

JOSÉ JAVIER
ESPARZA



¡SANTIAGO
Y CIERRA,
ESPAÑA!
EL NACIMIENTO
DE UNA NACIÓN

Lectulandia

Esta historia comienza en los albores del siglo XIII tras la victoria de los reinos cristianos sobre los musulmanes en la batalla de Las Navas de Tolosa, al grito de «¡Santiago y cierra, España!». Ganaron los cristianos. Ganaron los españoles. La batalla de Las Navas lo cambió todo. O, más precisamente, lo culminó todo. Lo más importante: la amenaza musulmana desapareció para siempre del occidente de Europa. Ya nunca más habría una España mora. Al sur solo queda el reino nazarí de Granada, último vestigio de la España islámica. El horizonte de los reinos españoles cambió de color: Castilla se vio envuelta en innumerables conflictos interiores, Aragón empezó a abrirse al Mediterráneo. Pero, por debajo de lo que parecían vidas separadas, empezó a afianzarse una melodía común: los reinos de España caminaban inexorablemente hacia su unidad.

Lectulandia

José Javier Esparza

¡Santiago y cierra, España!

El nacimiento de una nación

ePub r1.1

Banshee 09.01.14

Título original: *¡Santiago y cierra, España!*

José Javier Esparza, 2013

Editor digital: Banshee

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Aurora, Alfredo, Yago, Ramiro, Juan, Clara y Arturo

Introducción. Un lejano día del año 1212...

Hubo una vez algo que se llamó España. No fue en 1812 ni en 1492; fue mucho antes. Hispania nació como realidad histórica bajo las águilas de Roma. Fue el imperio romano el que creó Hispania, España, como una entidad singular. Después, esa Hispania se hizo cristiana. Más tarde, mediado el siglo v, el imperio romano estalló en mil pedazos. Entonces una elite política y guerrera venida del mundo germánico —los visigodos— heredó el poder de estas tierras. Con los godos, España sobrevivió al hundimiento de Roma y lo hizo como realidad histórica singular. Vinieron años difíciles y no siempre transparentes, pero sabemos lo que pasó: el reino godo de Toledo configuró una España independiente y promovió la unificación social, jurídica y religiosa del país. Al amanecer del siglo VIII, España era el único país de Europa que conservaba la fisonomía heredada de Roma, y no solo la fisonomía, sino también el nombre: Hispania, España.

Todo eso cambió en el año 711. La elite goda que dominaba el reino entró en una de sus frecuentes guerras civiles. Uno de los bandos llamó en su socorro a un enigmático vecino que había alcanzado gran poder en el sur: los musulmanes del califato omeya de Damasco. Estos acudieron a la cita y decidieron la lucha en la batalla de Guadalete. No era la primera vez que una fuerza extranjera venía a echar una mano a alguno de los bandos godos. En esta ocasión, sin embargo, pasó algo inusual: una vez concluido el trabajo, los contratados no volvieron a su casa, sino que se quedaron aquí y se adueñaron del campo. Así empezó la dominación musulmana en España.

Las fuentes originales son bastante escuetas, pero es perfectamente posible reconstruir el camino de la conquista mora. La facción goda vencedora en aquella guerra civil no podía ver a los musulmanes como enemigos, sino que los consideraba sus aliados. ¿Acaso no lo eran? Pero, en el caos de la posguerra, los nuevos amos aprovechan para ocupar ciudades esenciales: Sevilla, Mérida, Zaragoza, Toledo... los grandes centros de la vieja Hispania. En unos lugares pactan con los poderes locales. El valle del Ebro, por ejemplo, queda bajo el control de una familia de la tierra, los Casio, islamizados como Banu Qasi; lo mismo ocurre en Levante, donde el potentado Teodomiro se islamiza como Tudmir. En otros sitios, como las grandes ciudades hispanorromanas, el pacto permitió mantener ciertas libertades formales.

El procedimiento era sencillo: si te conviertes al islam y reconoces la soberanía del califa, conservarás tu poder y tus propiedades. Es difícil saber cuántos oligarcas de la España goda siguieron ese camino, pero debieron de ser muchísimos a juzgar por la frecuencia con la que después encontraremos poderosas familias musulmanas de origen cristiano. En cuanto al pueblo llano, ¿qué novedad había? Aparentemente, ninguna. Después de todo, lo mismo habían hecho antes los propios godos. Podemos

imaginar que para la población autóctona aquello no fue una gran novedad: sencillamente, una elite sustituía a otra en el poder.

Ahora bien, esta nueva elite mora no era como las anteriores. Antes, con los godos, la mayor parte de la población pudo continuar su vida como siempre había sido. Pero ahora, con los musulmanes, las cosas cambiaban: aquella gente traía otro idioma, otra religión, otras leyes. Quien no entrara por el aro quedaba convertido en ciudadano de segunda. Los que se convertían al islam —los muladíes— podían prosperar. Pero los que querían seguir siendo cristianos —los mozárabes— quedaban obligados a pagar un impuesto suplementario para mantener su fe. A medida que el islam se hacía más rígido, con la entrada de la escuela malikí, andando el siglo VIII, la vieja Hispania empezó a cambiar rápidamente de piel. Lo que iba naciendo, Al-Ándalus, ya no se reconocía en los cimientos romanos y cristianos de estas tierras. La España histórica estuvo a punto de desaparecer.

¿Por qué no desapareció? La leyenda y la historia, entremezcladas, nos han legado un relato: la resistencia de un puñado de astures e hispanogodos en las ásperas montañas de los Picos de Europa, el momento cumbre de Covadonga, el caudillaje de Pelayo, el nacimiento del reino de Asturias... Los musulmanes se retiran de la cornisa cantábrica. Acto seguido, las pertinaces disputas entre árabes y bereberes, que nunca iban a cesar en la España mora, provocan el abandono de las posiciones islámicas al norte del Duero. Los monarcas asturianos aprovechan la situación para consolidar un reino que se extiende desde Galicia hasta las montañas vascongadas. Al mismo tiempo, en los Pirineos, el emperador franco Carlomagno establece una barrera natural para defenderse de los musulmanes: es la Marca Hispánica, en cuya estela nacen sucesivamente el reino de Navarra, los condados catalanes y el condado de Aragón. Un siglo después de la conquista mora, en el norte de España existe una Hispania cristiana que lucha desesperadamente por sobrevivir.

El paisaje de esos siglos, entre 711 y 910, es estremecedor. La España cristiana era el mundo pobre, encajonado en una geografía cerrada y con recursos muy limitados; por el contrario, la España mora se extendía sobre las áreas más ricas y fértiles de la península. Con la tenacidad de la desesperación —y desesperación es la palabra adecuada para definir estos siglos—, los cristianos del norte pugnan por arañar territorios al otro lado de las montañas, lo mismo en el Cantábrico que en el Pirineo. Las crónicas nos han dejado conocer algunas historias asombrosas: la de Lebato y Muniadona, los primeros colonos de Castilla, y sus hijos Vítulo y Ervigio; la del valeroso Purello en León, la de los colonos de Brañosera —el primer municipio de la historia de España— o la de los campesinos asesinados y emparedados en la aragonesa cueva de la Foradada. En realidad fue esa gente, campesinos armados, la que hizo brotar la Reconquista.

Pero no bastaba con que unos hombres lucharan desesperadamente por sobrevivir.

Además era preciso que esa lucha cobrara sentido histórico, que se inscribiera de manera consciente y expresa en un linaje histórico y en una identidad. Esa fue la obra de Alfonso III el Magno, el rey con el que la corona asturiana se convierte en reino de León. La *Crónica de Alfonso III* formula de manera consciente lo que hasta ese momento solo era una convicción latente, a saber: la España cristiana de Asturias es la heredera directa del reino godo de Toledo y, por tanto, le corresponde el derecho a reconquistar toda la península para devolverla de nuevo a la cruz. La historia nunca se mueve si no la impulsa el motor de las ideas, y esa idea, la de la Reconquista de la España perdida, dio un sentido concreto y transparente a la lucha de los cristianos españoles por su supervivencia. Gracias a esa idea, la vieja Hispania romana, cristiana y goda no desapareció. Esa es la prodigiosa epopeya que hemos contado en *La gran aventura del Reino de Asturias* (La Esfera de los Libros, 2009).

Lo que pasó después lo hemos narrado en un segundo volumen también publicado por La Esfera de los Libros: *Moros y Cristianos. La gran aventura de la España medieval*, y puede resumirse de esta manera: en la España cristiana, pobre pero pujante, nacen cinco reinos que luchan por asentarse. De la vieja matriz asturiana nacen León, Portugal y Castilla. En el Pirineo, Navarra desaparece para volver a aparecer, mientras, en Aragón, la corona se funde con el condado de Barcelona —y eso será la Corona de Aragón—. Estos cinco reinos encarnan intereses propios y singulares, y con frecuencia los veremos envueltos en conflictos interminables, pero, en el plano histórico, hay algo que los une a todos incluso por encima de su voluntad: la afirmación de la cultura cristiana frente al enemigo africano. Porque en la España mora, en ese mismo lapso de tiempo, se ha producido un hecho fundamental: el califato de Córdoba estalla y dos invasiones africanas sucesivas —almorávides y almohades— intentan perpetuar el poder islámico bajo un impulso que ya no es el de la España andalusí, sino el de la África musulmana.

No es un proceso pacífico ni homogéneo: en la España cristiana se lucha dentro de cada reino, y cada reino contra el vecino. Las familias reales, los linajes nobiliarios, las ciudades y los poderes eclesiásticos pugnan cada cual por defender sus propios intereses. Para esta España cristiana, cuya frontera se sitúa ya en las sierras andaluzas y en el Levante, los moros de Al-Ándalus son, a veces, enemigos, y a veces aliados. Sin embargo, y como norma general, toda la cristiandad española se aliará cuando se trate de combatir una invasión musulmana africana, esto es, exterior. Ocurrirá frente a los almorávides, primero, y frente a los almohades después. Y ante estos últimos se librará una batalla decisiva: la de Las Navas de Tolosa, en julio de 1212.

¿Qué pasó en Las Navas? Recordemos lo esencial: el poderoso imperio almohade, con centro en Marruecos, trata de recuperar el territorio perdido por el islam y lanza una gran ofensiva para afianzar su poder en Al-Ándalus y aplastar el

orgullo cristiano. Los musulmanes ocupan en ese momento la actual Andalucía, casi toda Extremadura, parte del sur de Portugal y, en el este, Valencia, Murcia y las Baleares. La frontera con Castilla está en Sierra Morena. Las tierras de La Mancha son escenario de múltiples correrías. El objetivo almohade es limpiar la frontera de cristianos, pero el caudillo musulmán, el Miramamolín (así llamaban las crónicas cristianas al emir de los creyentes), alberga proyectos mayores: quiere reconquistar hasta llegar a Roma y ha jurado que su caballo abrevará en el Tíber. Bajo ese designio, un poderoso ejército africano desembarca en España, pone rumbo norte y llega a Sierra Morena.

Enfrente está el rey de Castilla, Alfonso VIII. Los castellanos han obtenido de Roma una importante concesión: su campaña ha sido declarada como cruzada por el papa. Junto al rey de Castilla comparecen el rey de Aragón, Pedro II, un caballero de cuerpo entero, y con menos entusiasmo —pero nobleza obliga— el rey de Navarra, Sancho VII. En ese momento León se las tiene tiesas con Castilla por cuestiones fronterizas, pero la declaración de cruzada impone una tregua: caballeros leoneses y portugueses acudirán también a la llamada de Castilla. Al principio, miles de voluntarios europeos se unen al esfuerzo bélico; sin embargo, las duras condiciones de la marcha —y la pobreza del botín— terminarán desalentando a la mayoría de ellos. Y así, en aquel julio de 1212, los españoles se encontraron solos frente al desafío almohade. Solos, sí, pero juntos. Y ese día empezó a tomar forma algo decisivo.

Ganaron los cristianos. Ganaron los españoles. La batalla de Las Navas lo cambió todo. O más precisamente: lo culminó todo. Lo más importante: la amenaza musulmana desaparecía para siempre del occidente de Europa. Ya nunca más habría una España mora. En el medio siglo posterior —un lapso verdaderamente breve— Castilla y Aragón alcanzan sus últimos objetivos factibles en la península. Factibles, sí, porque seguir avanzando es literalmente imposible: no hay recursos humanos suficientes para poblar las nuevas tierras. Al sur queda el reino nazarí de Granada, último vestigio de la España islámica, a veces vasallo de Castilla, otras veces en rebeldía, pronto sumido en sus propias querellas internas. El horizonte de los reinos españoles cambia de color: Castilla se va a ver envuelta en innumerables conflictos interiores, Aragón va a abrirse al Mediterráneo. Pero, por debajo de lo que parecen vidas separadas, empieza a afianzarse lo que podríamos llamar una melodía común: los reinos de España caminan hacia su unidad. Esa es la historia que vamos a contar aquí, en este tercer volumen que cierra la serie de la Reconquista.

* * *

¿Puede hablarse realmente de «nacimiento de una nación»? En otros términos: ¿los

españoles de la época se sentían españoles? Sin duda, sí, sobre todo cuando tenían a su lado a gentes que venían del otro lado del Pirineo o de más allá del estrecho de Gibraltar. Pero sería absurdo pensar que aquellos antepasados nuestros tenían algo semejante a una «conciencia de nacionalidad»; ya no española, sino ni siquiera leonesa, navarra o portuguesa. En aquel momento, siglo XIII temprano, la conciencia de comunidad política funcionaba con otros criterios. La nacionalidad es un concepto moderno.

A efectos políticos, uno pertenecía a un reino, y esa pertenencia era inseparable de la relación personal de subordinación a un rey; con frecuencia, además, tal relación pasaba por el intermedio del vasallaje personal a un magnate —un conde, un obispo, etc.— que a su vez era vasallo del monarca. La estructura del orden medieval era así. No tan rígida y despótica como nos ha contado después la literatura moderna, pero en todo caso inseparable de la figura del rey. Ahora bien, todo esto solo puede entenderse si lo ponemos en el contexto de un orden religioso. ¿Y por qué? Porque el reino del rey en la tierra era reflejo —pálido, pero reflejo al cabo— del reino de Dios en el mundo, y en eso residía su legitimidad.

En realidad, el verdadero factor de comunidad, lo que hacía que uno se sintiera parte de algo, era la religión, mucho más que el territorio y que el propio orden político. Los españoles del siglo XIII —leoneses, aragoneses, navarros, etc.— se sentían sobre todo cristianos, y era el hecho de pertenecer a un orden cristiano lo que les confería una identidad colectiva. Por eso, dicho sea de paso, resultan tan ridículos los actuales intentos de nuestras comunidades autónomas de construirse una personalidad propia a partir de los viejos reinos medievales. Está muy bien recordar con cariño a nuestros ancestros, pero ellos funcionaban con criterios muy distintos a los de hoy.

En el marco de ese orden cristiano, en la España del siglo XIII había cinco entidades políticas con corona propia: León, Navarra, Castilla, Aragón y Portugal. Todas se sentían vinculadas entre sí por distintos lazos —familiares, territoriales, de origen, etc.—, pero no por eso van a dejar de pelearse cada vez que un conflicto surja en el horizonte. Inversamente, todas ellas ven ajena, extraña, a la España bajo poder musulmán, y ello precisamente por musulmana; por eso se considerarán con derecho a conquistarla —reconquistarla— para incorporarla a sus dominios.

¿Cómo eran cada uno de esos cinco reinos? ¿Qué idea tenían de sí mismos? ¿Qué representaban en este momento de nuestro relato, a la altura de 1212, después de la victoria decisiva de Las Navas de Tolosa? En principio, cada uno representaba un proyecto de poder distinto. Y sin embargo, todos terminarían confluyendo en un destino común.

Empecemos por León, el reino más antiguo de la España cristiana, heredero de la vieja corona asturiana. León había sido el auténtico motor de la Reconquista; de

hecho, fue allí donde se hizo explícita la conciencia de que había algo que reconquistar. En el reino de León aparecieron algunos de los rasgos fundamentales del medioevo español: la organización política mediante fueros, la pujanza del Camino de Santiago como vector religioso, cultural y económico, y también las primeras cortes democráticas, esto es, con representación popular. De León nacerían Castilla, primero, y Portugal después, y los nuevos reinos terminarían taponando la expansión leonesa hacia el sur. Ahora, 1212, León se enfrentaba a su propia decadencia. El rey Alfonso IX —un buen rey, por otro lado— había empleado todas sus energías en mantener sus dominios a salvo de la ambición portuguesa y de la fuerza castellana. Como desconfiaba profundamente de Castilla, no había estado en Las Navas. Después de la batalla, aprovechó la debilidad musulmana para reconquistar territorios en Extremadura. Pero el León de Alfonso IX se enfrentaba a un problema insuperable: el rey no tenía herederos varones. O mejor dicho: tenía uno, pero era castellano, hijo de su efímero matrimonio con la castellana Berenguela, y esto hará que los acontecimientos giren de una manera radical. Lo veremos.

Vayamos ahora al segundo reino histórico, el de Navarra, surgido muy temprano, hacia el año 824, acogido al interés de Carlomagno por crear una frontera que frenara la expansión islámica. Por Navarra entraron las influencias europeas en España, y también las sucesivas olas de reforma religiosa. Hubo un momento, en el primer tercio del siglo XI, en el que Navarra se convirtió en el reino más poderoso de la España cristiana: fue con Sancho III Garcés, Sancho el Mayor. De hecho, el linaje de Sancho terminará ciñendo todas las coronas españolas. Pero eso no salvará a Navarra de una trayectoria agónica; incluso llegó a desaparecer, subsumido en Aragón, para resurgir nuevamente en manos de un nieto del Cid. Desde ese momento, toda la política navarra consistirá en evitar que sus vecinos castellanos y aragoneses la devoren. Ahora, 1212, el rey Sancho VII disfrutaba de la victoria. Sancho había acudido de mala gana a Las Navas, obligado por la declaración de cruzada y con una desconfianza cerval hacia las ambiciones castellanas. Pero allí, en Las Navas, el destino le había reservado un papel decisivo: la entrada en el campamento del emir musulmán y, según la tradición, la captura de las cadenas que protegían al jefe moro (esas cadenas que figuran en el escudo navarro). ¿Y después de la batalla? Después de Las Navas, el rey Sancho evaluaba sus opciones: nada que ganar por el sur, expectativas no especialmente halagüeñas en el norte. A cambio de eso, una acertada política comercial y fiscal había convertido a Navarra en una gran potencia económica: todos le debían dinero, y especialmente Aragón. Pero otro problema inquietaba a los navarros: el rey Sancho tampoco tenía herederos varones.

En el paisaje después de la batalla, quien de verdad aparecía como potencia indiscutible era Castilla, el tercer reino histórico, emancipado de la corona leonesa hacia el año 930 como condado independiente, elevado un siglo después a la

condición de reino. En poco más de dos siglos, una ambiciosa e inteligente política había llevado a aquel minúsculo condado nacido en el rincón noroeste de Burgos a convertirse en el principal eje de poder en la península, hasta el punto de que los cronistas extranjeros de esta época, cuando hablan de Castilla, la llaman «Hispania», como si la parte definiera al todo. Por eso, apenas veinte años antes de Las Navas, todos los demás reinos de España se habían aliado contra Castilla. Solo la intervención vaticana, llamando a los reyes cristianos a unirse contra el islam, salvó a Castilla de la asfixia. Pero ahora, 1212, el viejo Alfonso VIII, victorioso, podía legítimamente considerarse líder de la cristiandad española.

Junto a Castilla, crecía en poder e influencia nuestro cuarto reino: Aragón, una corona mixta que desde medio siglo atrás ya incorporaba el territorio propiamente aragonés, los condados catalanes —excepto Urgel— y diversos territorios del sur de Francia. Un variopinto mosaico que se derramaba a ambos lados del Pirineo, cuyas tierras solo tenían en común su dependencia de una misma corona y que, a pesar de esa variedad, realmente funcionaba como un reino. De cara a la península, la política aragonesa pasaba por ampliar sus tierras hacia el sur; de cara a Europa, por asentar su control sobre los condados y señoríos occitanos. Inevitablemente nacerán de ahí tensiones que someterán a la Corona de Aragón a una feroz presión. Pocos años antes de Las Navas, el rey de Aragón, Pedro II, se había visto envuelto en el trágico episodio de la represión de los cátaros, que no tuvo solo una dimensión religiosa, sino también una dimensión política. El rey Pedro abandonó la cuestión francesa para acudir a Las Navas de Tolosa, donde sus banderas combatieron con gloria. Pero sería para volver inmediatamente a Francia, y aquello le costaría la vida. No obstante, Aragón será, con Castilla, el gran protagonista de los años venideros.

Y por último, en el rincón opuesto de España sobrevivía el reino de Portugal, desgajado de León hacia 1139, cuando el conde Alfonso Enríquez —hijo de Enrique de Borgoña, que era yerno del rey leonés Alfonso VI— materializó las aspiraciones de independencia de la nobleza local. Portugal había logrado afirmar su personalidad política en pugna permanente con León, por el este, y con los musulmanes por el sur. Ahora, año de 1212, Portugal había rebajado la tensión con sus vecinos cristianos: el rey Alfonso II se había dedicado sobre todo a organizar el país. Pero otros problemas atosigaban al reino: el rey y sus hermanos habían entrado en conflicto, y las cosas llegarán hasta el punto de que el rey se verá excomulgado.

Estos eran nuestros cinco reinos. Y ahora, la pregunta incómoda donde las haya: ¿existía alguna posibilidad de que estos cinco reinos se convirtieran en uno solo? ¿Había alguna razón que pudiera mover a estas cinco Españas —seis, si contamos la musulmana— a unificarse? ¿Había al menos alguna fuerza, alguna voluntad, alguna ambición que apuntara ya, año de 1212, hacia lo que dos siglos y medio después iba a ser la unificación nacional?

En realidad sí la había, pero nos equivocaremos si interpretamos esa unidad en términos políticos modernos. Desde el siglo XI circulaba en las coronas españolas la idea imperial, nacida en la corte leonesa de Alfonso III el Magno. Según esa idea, a León, monarquía primogénita de España, le correspondía el liderazgo sobre las demás. Varios reyes leoneses esgrimieron el título imperial. Las otras casas reinantes no eran ajenas a esa idea. Cuando Sancho el Mayor de Navarra controló la corona leonesa —sin ceñirla—, se intituló «*rex ibericus*» y «*rege navarriae hispaniarum*», y también le llamaron «*imperator*», aunque él mismo jamás empleara ese título. Del mismo modo, cuando Alfonso el Batallador de Aragón se casó con Urraca, heredera de Castilla y León, empleó el título de «*imperator totius Hispaniae*». Añadamos que los enlaces matrimoniales entre las casas reinantes españolas serán frecuentísimos. Y así, en el momento en que comienza nuestro relato, año 1212, el rey de Portugal era hijo de una catalana, el de León era hijo de una portuguesa, el de Castilla era hijo de una navarra y los de Navarra y Aragón eran, ambos, hijos de infantas castellanas. Había, pues, una cierta idea subyacente de unidad.

Ahora volvamos al paisaje después de la batalla. Con el ejército almohade vencido en Las Navas, Castilla y sus aliados se lanzan sobre el norte de Andalucía. Detrás, en los castillos capturados, quedan guarniciones estables que se ocuparán de mantener firme una frontera que ya ha descendido al sur de Sierra Morena. Y de repente, todo se frena. ¿Por qué? Por algo imprevisible: una feroz hambruna cuyo efecto se vio agravado por una epidemia de peste. Consta que la epidemia apareció en el mismo verano de 1212. Pocos meses después se intensificaba. El invierno de 1213 a 1214 padeció severas heladas. Y la primavera posterior, de marzo a junio de 1214, conoció una extrema sequía que arruinó las cosechas. En aquellas condiciones, nadie estaba en condiciones de proseguir la guerra. Ni los moros ni los cristianos.

Mientras tanto han pasado dos cosas de la mayor importancia. Primero, que el rey de Aragón, Pedro II, marcha a Francia y encuentra la muerte. Y enseguida, que el rey de Castilla, Alfonso VIII, muere a su vez dejando en el reino un serio problema sucesorio. A partir de estos dos hechos cruciales comienza nuestro relato. Terminará de una manera que ni Alfonso ni Pedro podían siquiera soñar: con Aragón y Castilla juntos en un mismo trono.

Primera parte. La gran ofensiva cristiana hacia el sur

La maldición cátara: Aragón, al borde del abismo

Es el año 1213 y el reino de Aragón se ve de repente al borde del abismo. Tan solo doce meses atrás, el rey Pedro II ha tocado la gloria en Las Navas de Tolosa con sus aliados castellanos, pero ahora todo se tiñe de negro. La causa: el último coletazo del asunto cátaro, que ha bañado de sangre el sur de Francia. Será allí donde Pedro encuentre la muerte.

Situémonos. Estamos entre la Provenza y el Languedoc, en el sur de Francia. Es el mismo escenario donde han nacido la poesía trovadoresca y el amor cortés. Desde muchos años atrás, estas tierras han estado vinculadas al condado de Barcelona, primero, y a la Corona de Aragón después, fruto de las sucesivas herencias del linaje condal. Habitualmente, la fórmula de Aragón para gobernar sus territorios había sido dividir funciones: mientras un heredero de Aragón gobernaba las tierras españolas, otro de la misma casa gobernaba las francesas. Pero ahora, principios del siglo XIII, el rey Pedro II había desposado a María de Montpellier, y este señorío quedó así de nuevo incorporado a la corona aragonesa. Por eso muchos de los territorios donde estalló el problema cátaro eran directamente vasallos de Aragón.

Hablemos ahora de los cátaros. A lo largo del siglo XII, hasta el sur de Francia habían llegado singulares doctrinas religiosas venidas de Oriente y cuyo rasgo común era la heterodoxia respecto al catolicismo romano. ¿Y en qué consistían esas ideas? Fundamentalmente, en una transposición del viejo maniqueísmo persa con su radical oposición entre materia y espíritu. El concepto central de estas doctrinas era la idea de pureza, y por eso a sus adeptos se les llamó «cátaros», que en griego —*kazarós*— quiere decir «los puros». Un cierto romanticismo posmoderno ha convertido a los cátaros en algo así como una cofradía del libre pensamiento, pero nada más lejos de la realidad. El catarismo era una secta fundamentalista. En su doctrina, Dios ha creado el mundo espiritual, pero el mundo material no es obra de Dios, sino de Satán. Cualquier cosa que ligue a los hombres con lo terrenal es una fuente de pecado. Si el hombre quiere salvarse, debe alejarse lo más posible de la materia, de lo mundano —incluida la propia Iglesia—, para llegar al espíritu puro. Uno de sus principales centros fue la ciudad de Albi, y por eso a los cátaros se les llama también «albigenses».

¿Por qué estas doctrinas prendieron especialmente en el tercio sur de Francia? Nadie lo sabe muy bien, pero parece que los poderes locales encontraron en ellas una forma de singularizarse, de reivindicar cierta identidad propia. De hecho, tanto los duques de Aquitania como los condes de Tolosa protegieron el movimiento. Y gracias

a esa protección fracasarán los sucesivos intentos de Roma por extirpar la herejía. A finales del siglo XII, el catarismo se había convertido ya en un fenómeno que ponía en franco peligro la unidad de la Europa cristiana.

El asunto cátaro tuvo grandes implicaciones políticas. En aquel mismo momento, el rey de Francia trataba de hacerse con el poder en el sur del país. La Francia de estos años es un país dividido: toda la mitad occidental está sometida a la Inglaterra de los Plantagenet; el sureste está bajo influencia aragonesa y la Francia propiamente dicha se reduce a la mitad oriental del territorio, bajo la dinastía capeta. El rey de Francia, el capeto Felipe Augusto, quiere arañar territorios bajo control inglés y aragonés. Dentro de esa política, la cuestión cátara le brinda una oportunidad de oro para meter la nariz en el Languedoc... en perjuicio de Aragón.

Inicialmente la Iglesia trató de resolver el problema por vía pacífica, enviando legados papales para evangelizar, pero la cosa se torció cuando los obispos locales entraron en conflicto con los enviados del papa. Fracasada la vía pacífica, el papa Inocencio III sondeó al rey de Francia para declarar una cruzada contra los cátaros. Pedro de Aragón, que las veía venir de lejos, barruntó que esa cruzada iba a meter en sus territorios a un ejército hostil, de manera que se ofreció él mismo para encabezar a las huestes papales. Pero Inocencio III no se fiaba del rey de Aragón: temía que no fuera lo bastante duro con los nobles sospechosos de simpatizar con los cátaros. Y en esa tesitura ocurrió algo terrible: un legado papal, Pedro de Castelnau, fue asesinado por un hombre del conde de Tolosa, eventual aliado del rey de Aragón. Aquel crimen precipitó la intervención militar contra los cátaros. Era el año de 1208. Así empezó la cruzada albigense.

A partir de aquí, las cosas se complican de manera extraordinaria: por debajo de la cruzada anticátara se desata una guerra civil en la que salen a la luz todas las querellas contenidas durante los años anteriores. Combaten unos reyes contra otros, por poder e influencia; combaten unos nobles contra otros, por el control de territorios, y combaten también unas capas sociales contra otras, porque el catarismo se había extendido de manera particular entre las capas más ricas de la población occitana, y así las más pobres encontrarán en la cruzada una buena oportunidad para dar rienda suelta a su frustración y su resentimiento. En un ambiente caótico, los cruzados de Inocencio III y Felipe Augusto de Francia recorren el país persiguiendo a los cátaros. Estos se hacen fuertes en los distintos castillos de la región. Será una guerra de asedio sin cuartel.

El momento cumbre del conflicto es la batalla de Beziers, en la que los cruzados copan y aniquilan a las huestes de la nobleza procátara. Y aquí aparece un personaje fundamental: Simón de Montfort, un señor feudal del norte de Francia, más vinculado a la corona inglesa que a la francesa, pero cuya familia juega a las dos barajas según las conveniencias. Simón acaba de volver de Tierra Santa. Inmediatamente se suma a

esta nueva cruzada. Participa con sus huestes en el asedio de Beziers y después en el de Carcasona. Este último episodio le convierte en jefe de la cruzada albigense. Y retengamos este nombre, el de Simón de Montfort, porque va a influir de manera muy notable en la historia de los reinos españoles.

El catarismo como movimiento religioso desapareció realmente en estos últimos episodios. A veces sus adeptos serán dejados libres, pero en otros lugares serán quemados en masa. De los cátaros ya solo quedaban algunos enclaves aislados. Pero entonces el problema religioso se convierte en problema político, porque Simón de Montfort, estimulado por sus conquistas, aspira a crearse un señorío propio en la Occitania, con la consiguiente oposición de los señores de la región. ¿Y de quién eran vasallos estos señores occitanos? Del rey de Aragón, Pedro II, que se ve así metido de hoz y coz en un auténtico avispero. Pedro, inteligente, opta por una solución diplomática: pacta el matrimonio de su hijo Jaime, que en este momento tiene solo tres años de edad, con la hija de Simón de Montfort, Amicia. Sin embargo, el pacto no dará resultado.

El rey de Aragón apartó temporalmente los asuntos franceses para acudir a la cruzada de Las Navas de Tolosa. Ya lo hemos contado aquí. Pero resuelta esta cuestión, volvió rápidamente a Francia. El cruzado Simón de Montfort se había convertido en un problema de enorme magnitud: en realidad Simón ya no combatía para Roma ni para el rey de Francia, sino para sí mismo. El conde de Tolosa, viejo enemigo de Aragón, ahora se siente amenazado y pide ayuda al rey Pedro. El monarca aragonés sabe que frenar a Simón de Montfort le permitirá mantener su control e influencia sobre el sur de Francia. Y así, en el verano de 1213, Pedro II acude al epicentro mismo del conflicto: la ciudad de Muret, a veinte kilómetros al sur de Tolosa.

Lo que pasó en Muret fue un auténtico desastre. Pedro de Aragón llegó a la ciudad convencido de su victoria, con el refuerzo de las tropas tolosanas y un contingente que triplicaba en número al de su rival. Este, Simón de Montfort, ni siquiera se encontraba en la ciudad en ese momento. El conde de Tolosa, aliado del rey Pedro y tan seguro como él de la victoria, propuso sitiar Muret y rendir a sus defensores por hambre. Pedro aceptó plantar el asedio, sí, pero, fiel a su espíritu de caballero, impuso una estrategia distinta: derrotarían a las huestes de Simón de Montfort en batalla campal. Dicen que de ahí surgieron serias disputas entre Pedro y el de Tolosa. Sea como fuere, y conforme a las órdenes de Pedro, aragoneses y tolosanos acamparon al norte de la ciudad, lejos de los muros.

En ese momento llegó Simón a Muret. Traía refuerzos, aunque no suficientes para vencer a los aragoneses en una batalla convencional. Tan confiados estaban los de Aragón en su victoria que no tomaron precauciones defensivas; la tradición cuenta incluso que el rey Pedro se pasó la noche de jarana. Simón, consciente de la

situación, planeó un movimiento atrevido: primero fingió una maniobra de huida y, acto seguido, ordenó a su caballería atacar las posiciones aragonesas de improviso y por uno de sus flancos. Los caballeros de Aragón, sorprendidos por el ataque, apenas si pudieron armarse frente a la avalancha. Los de Tolosa, aterrados, se dieron a la fuga. Fue una auténtica carnicería.

Cuenta la tradición que los cruzados de Simón divisaron a un caballero vestido con un hábito coloreado con las barras aragonesas, lo tomaron por el rey Pedro y acabaron con él a cuchilladas. Todo el campo se llenó con un solo grito: «¡El rey ha muerto!». Pero el verdadero Pedro, que no andaba lejos, alzó la voz: «¡El rey está aquí!». Entonces la hueste enemiga se abalanzó sobre él. Así acabaron los días del noble rey Pedro II de Aragón. Con el ejército en desorden y su rey muerto, al bando aragonés no le quedó otra opción que tratar de escapar con el menor daño posible. Pero Simón de Montfort, que no quería cargarse con un indeseable lastre humano, ordenó que no hubiera prisioneros. Todos cuantos aragoneses y tolosanos cayeron en manos enemigas fueron ejecutados. Un desastre, en fin.

La catástrofe de Muret tuvo amplísimas consecuencias en Aragón. Para empezar, el reino quedaba descabezado. El heredero, Jaime, un niño de cinco años, seguía en manos de Simón. Hubo que recurrir a la diplomacia vaticana para que el de Montfort soltara al niño. Las Cortes de Aragón enviaron entonces al pequeño bajo la custodia de la Orden del Temple, donde Jaime se criará. Mientras tanto, ejerció la regencia un tío abuelo de Jaime, el conde Sancho Raimúndez. A Jaime le declararán mayor de edad cuando cumpla diez años, pero será en un paisaje extremadamente tenso, con rebeliones nobiliarias en todo el reino. Pasarán muchos años antes de que el mundo le conozca como Jaime I el Conquistador.

En cuanto a Simón de Montfort, no iba a durarle mucho la alegría. La ciudad de Tolosa se rebeló, Simón acudió allí con sus huestes y en el asedio encontró la muerte: una piedra lanzada desde una catapulta le segó literalmente la cabeza. Era junio de 1218. Ya se sabe que toda gloria, por definición, es efímera. Tolosa volvía a ser independiente, aunque quien finalmente se llevará el gato al agua será el rey de Francia, como de costumbre. Pero volvamos la mirada a España, porque, pocos meses antes de la abrupta muerte de Simón, un muchacho de trece años había llegado al trono de Castilla: Fernando III, al que la posteridad conocerá como «el Santo». Y no sin razón.

La Corona de Castilla, en el aire

Dolor y zozobra en el reino de Castilla, año de Nuestro Señor de 1214. El vencedor de Las Navas de Tolosa, Alfonso VIII, muere a los cincuenta y nueve años de edad y después de cincuenta y seis de reinado. De ahí el dolor. Y de aquí la zozobra: el rey muere sin heredero mayor de edad. Castilla va a entrar así en una aguda crisis política que se resolverá, carambola tras carambola, de una manera imprevisible. En el centro de los acontecimientos, una mujer: Berenguela, hija del difunto monarca. Pero vayamos por partes.

Alfonso VIII de Castilla falleció un año después que Pedro de Aragón, en octubre de 1214. También un año antes había muerto, probablemente envenenado en Marruecos, el caudillo almohade Muhammad al-Nasir, el Miramamolín. Desaparecían así los tres grandes protagonistas de Las Navas de Tolosa. El obispo Jiménez de Rada, que lo dejó escrito todo, también nos contó las circunstancias de la muerte del rey Alfonso:

Habiendo cumplido cincuenta y tres años en el Reino el noble Rey Alfonso, llamó al Rey de Portugal su yerno para verse con él; y habiendo empezado su camino dirigido a Plasencia, última ciudad de su dominio, empezó a enfermar gravemente en cierta aldea de Arévalo que se llama Gutierre Muñoz, donde últimamente, agravado de una fiebre, terminó la vida y sepultó consigo la gloria de Castilla, habiéndose confesado antes con el Arzobispo Rodrigo, y recibido el sumo Sacramento del Viático, asistiéndole Tello, obispo de Palencia, y Domingo, de Plasencia.

La muerte de Alfonso VIII dejó una situación sucesoria muy difícil en Castilla. El rey había tenido un hijo, Fernando, su primogénito, en el que estaban puestas todas las miradas. Un tipo arrojado y enérgico, aquel Fernando; un príncipe con espíritu de cruzado que en vísperas de Las Navas había escrito al papa para exponerle su voluntad de combatir al moro. Pero este Fernando había muerto antes de la batalla decisiva, a los veintitrés años, víctima de una enfermedad desconocida. Su muerte sumió al rey Alfonso en un profundo pesar. Muerto Fernando, la corona debía pasar al otro hijo varón de Alfonso, Enrique, que era solo un niño. Y cuando Alfonso VIII abandonó el mundo de los vivos, para este niño Enrique fue la corona: un mozalbete que en 1214 tenía solo diez años.

Pero no iba a ser la única desdicha que se abatiera sobre el reino de Castilla. En un paisaje de plagas y epidemias y hambrunas, la corona del pequeño Enrique solo era una incierta promesa. Inmediatamente se hizo cargo de la regencia su madre, la reina Leonor de Plantagenet, una notabilísima dama inglesa que era hermana de Ricardo Corazón de León y de Juan sin Tierra. Pero la pobre Leonor apenas

sobrevivió unas semanas a la muerte de su marido. Y muerta también Leonor, la regencia debía pasar a la hermana mayor del rey niño Enrique, que era Berenguela. Ahora bien, resulta que la hermana mayor del rey era al mismo tiempo... exreina de León. Y entonces el problema estalló, porque las grandes casas castellanas no iban a aceptar como regente a una mujer emparentada con el enemigo leonés.

Para entender bien el problema hay que dibujar, siquiera sea someramente, el paisaje dinástico. Esta Berenguela nuestra, hija de Alfonso VIII de Castilla, se había casado con el rey Alfonso IX de León. En su momento fue una forma rápida y eficaz de aplacar las permanentes hostilidades entre León y Castilla. Alfonso y Berenguela tuvieron varios hijos, y entre ellos un varón: Fernando (no confundir con el otro Fernando, el malogrado hijo y heredero de Alfonso VIII de Castilla). Ahora bien, Berenguela y el rey leonés eran parientes, de manera que el matrimonio fue declarado nulo. Nuestra dama se quedó sin corona y volvió a la corte castellana, sin otro horizonte que procurar a sus hijos un futuro adecuado a su posición. Mas he aquí que ahora, 1214, Berenguela se convertía de repente en regente de Castilla.

Como es fácil imaginar, para una buena parte de la nobleza castellana no era plato de gusto aceptar como regente a una mujer que tenía un hijo con el rey de León. ¿Qué parte de la nobleza? Los terribles Lara, que en los últimos años habían protagonizado numerosos conflictos y que ahora maniobrarán de nuevo para quedarse con la regencia de Castilla. Pero esto, a su vez, desatará los ánimos de otra parte de la nobleza, que no quería ver a los Lara ni en pintura. Castilla vivirá años turbios de pactos y contrapactos. Berenguela, prudente, optó por enviar a su hijo Fernando a la corte de León, junto a su padre, el rey Alfonso IX. Nuestra dama se refugia en el castillo de Autillo, en Palencia. Los grandes nombres de la nobleza castellana están al borde de la guerra civil: un Lara, Álvaro Núñez, se queda con la regencia de la corona, pero otros clanes notables —los Girón, los Téllez de Meneses, los Haro— hacen frente común contra los Lara. Estos intentan una jugada decisiva: casar al niño rey Enrique. Sin embargo, el destino jugará a todos una mala pasada.

Enrique era un niño: se comportaba como un niño y jugaba como un niño. Un día de junio de 1217, el muchacho, que contaba entonces trece años, peleaba con otros mozos en el palacio episcopal de Palencia. Y entonces ocurrió una desgracia como otras muchas que todos conocemos: un mozalbete lanzó una piedra, la piedra fue a estrellarse en la cabeza de Enrique y el niño, herido, falleció inmediatamente después. Un accidente; una tragedia familiar. Pero, además, un drama político, porque ahora Castilla se quedaba sin heredero. Y la corona, por ley, solo podía pasar a una persona: Berenguela, la hermana mayor, la madre del niño Fernando de León.

El poderoso Álvaro Núñez de Lara debió de sentir que la tierra se abría bajo sus pies. En una maniobra desesperada, intentó ocultar la muerte del niño, pero hay ciertas cosas que es imposible tapar. Berenguela se enteró de la trampa, acudió a

Dueñas, localidad vecina al lugar de los hechos, y literalmente la tomó. Allí exigió que se le entregara el cadáver de su pequeño hermano. Nadie osó oponerse a la voluntad de nuestra dama.

Berenguela, inteligente, no quiso ser reina de Castilla: expresamente renunció a la corona en favor de su hijo Fernando, el vástago del leonés. Será Fernando III. Era una apuesta de enorme alcance: ese muchacho, que ya tenía entonces dieciséis años, podía ceñir sobre sus sienes las coronas de Castilla y de León a la vez. De momento, y como primera providencia, Berenguela se ocupará de preparar para su hijo un matrimonio de altura: el que contrajo con la princesa alemana Beatriz de Suabia, nieta de dos emperadores, Federico Barbarroja e Isaac II de Bizancio.

Los Lara, mientras tanto, no se habían quedado quietos. Viéndose en apurada situación política, urdieron una arriesgadísima maniobra: convencer al rey de León, Alfonso IX, para invadir Castilla y hacerse con la corona de su hijo, el joven Fernando. Era una felonía, pero, por otro lado, ¿acaso el leonés Alfonso no era el monarca mayor en este enredo de familia? Alfonso necesariamente debía estar de acuerdo: el rey de León no tenía hijos varones, todas sus esperanzas estaban puestas en sus dos hijas, Dulce y Sancha, y quién sabe si aquella aventura en tierras castellanas no despejaría para siempre las incertidumbres que pesaban sobre el futuro del reino leonés. Sin embargo, la suerte jugó a favor de Berenguela: en plena operación de acoso y derribo al trono del joven Fernando, el cabeza de los Lara, Álvaro Núñez, muere. Los Lara quedan desconcertados. Y el rey de León, Alfonso IX, que está mucho más preocupado por sus expectativas de reconquista en el área de Cáceres, abandona cualquier pretensión sobre Castilla. El camino se abre para Berenguela.

Nuestra dama, consciente de las oportunidades que la Providencia ha puesto en sus manos, se apresura a explotarlas con muy buen tino. Primero fuerza un acuerdo entre su exmarido, Alfonso de León, y su hijo, Fernando de Castilla: fue el pacto de Toro, en agosto de 1218. Después neutraliza a los peligrosos Lara. ¿Cómo? Casando a una Lara, la dama Mafalda de Molina, con un hijo de la propia Berenguela, Alfonso. Y acto seguido, siega la hierba bajo los pies de su propio exmarido con otra jugada dinástica de altura: se dirige al caballero que el rey de León había buscado para desposar a una de sus hijas, Juan de Brienne, rey de Jerusalén, y le ofrece la mano de una infanta de Castilla. Así el de León se queda sin yerno. Berenguela ganaba, una vez más.

A estas alturas, Fernando III ya era un caballero de veinticinco años (había nacido en 1199) que lucía la corona regia con toda propiedad. Hijo y madre se reparten los papeles: mientras Berenguela se dedica a poner orden en la política doméstica, Fernando está en el sur, en la frontera, sacando petróleo de la debilidad musulmana, acosando y conquistando Andújar, Martos y Baeza, es decir, la llave de Andalucía.

Son años decisivos para la Reconquista. La ofensiva de Fernando III está abriendo toda Andalucía para Castilla, pero es que al mismo tiempo, en el oeste, Alfonso IX de León toma Cáceres y Mérida, y el joven Jaime I de Aragón, en el este, afronta la conquista de Mallorca. El islam español se hunde y el mapa político de la cristiandad empieza a conocer un dibujo nuevo. Y en ese momento Berenguela, inteligente, incansable, concibe su última gran jugada.

Estamos ya en 1230. El exmarido de Berenguela, Alfonso IX de León, es ya un hombre de sesenta años, una edad muy avanzada para la época. Los últimos años le han deparado grandes glorias: ha conquistado Cáceres, Mérida, Badajoz, Talavera la Real... La campaña más brillante de su vida. Con la victoria en sus manos, el rey de León decide acudir a Santiago de Compostela. Por el camino, a la altura de Villanueva de Sarria, enferma gravemente. Morirá pocos días después, el 24 de septiembre. El reino queda en manos de tres mujeres: su viuda, Teresa de Portugal, y sus hijas Dulce y Sancha. Y en Castilla, otra mujer, Berenguela, ve llegada la hora de la jugada final: hacer que León sea para su hijo, Fernando. Así Castilla y León se unirán para siempre. Pronto veremos cómo fue. Pero ahora hemos de cambiar de escenario.

La leyenda de Jaime I de Aragón, el niño templario

Piadoso, belicoso, valiente... y fatalmente mujeriego. Así era Jaime I de Aragón, que pasaría a la historia como «el Conquistador». Pero hasta llegar a todo eso, nuestro personaje tuvo que atravesar pruebas de una dureza excepcional.

Dice la leyenda que el rey Pedro de Aragón, el padre de Jaime, no quería ver ni en pintura a su mujer, María de Montpellier. Tanta era su antipatía, que los magnates del reino temieron que la corona se quedara sin heredero. Pero era preciso prolongar el linaje, así que a alguien se le ocurrió urdir una treta. Cierta caballero acudió a ver al rey Pedro y le contó algo sugestivo: en el palacio de Mirabais le aguardaba una dama por la que el monarca bebía los vientos. Pedro corrió a palacio. Penetró en la oscura alcoba. Allí, en efecto, había una dama. A ciegas, el rey acudió al lecho. Solo después se dio cuenta de que aquella dama no era la que el rey deseaba, sino la reina María, o sea, su esposa. De tan singular forma fue concebido Jaime I de Aragón.

¿Realidad o leyenda? La vida de Jaime de Aragón está tan llena de circunstancias extravagantes que es imposible distinguir una cosa de la otra. Aquí ya hemos contado la dura suerte del niño Jaime: en plena refriega por el asunto cátaro, el rey Pedro de Aragón pacta el matrimonio del niño con la hija de su enemigo, Simón de Montfort. Después Pedro muere en la fatídica batalla de Muret, la reina María muere también, y Jaime, de cinco años, queda en poder de Simón. Hizo falta la intervención del papa Inocencio III, nada menos, para que el de Montfort soltara la prenda. Entonces Jaime fue enviado al castillo de Monzón, al cuidado de los templarios, que se encargaron de la educación del futuro rey. Conocemos el nombre de su tutor: el maestre Guillem de Mont-Rodon. Mientras tanto, un tío-abuelo del niño, Sancho Raimúndez, trataba a duras penas de mantener la regencia frente a las asechanzas de la nobleza. Difícil papeleta.

Todo tuvo que hacerse quemando etapas. Cuando Jaime cumplió diez años —era 1218— se le declaró mayor de edad en las Cortes de Lérida. Casi inmediatamente, a los trece, se le casa con una infanta de Castilla, doña Leonor. Jaime solo era un niño, pero era preciso afirmar la presencia de un rey para sofocar las ambiciones de los señores feudales. La Corona de Aragón era la más feudalizada de la cristiandad española. La pugna entre el poder soberano del monarca y el poder privado de los nobles era la tónica dominante. Para sostener su hegemonía, los reyes no habían tenido otra opción que comprar literalmente su liderazgo pagando grandes cantidades. El difunto rey Pedro había multiplicado esa política hasta el paroxismo. Tanto que, cuando Jaime llega al trono, la corona estaba al borde de la bancarrota.

Conviene explicar esto un poco, para aclarar el avispero político donde había ido a caer el joven rey. Desde un siglo atrás, los reyes de Aragón intentaban afianzar su poder imponiendo una política unitaria en los distintos condados, controlando el territorio a través de las veguerías (vicarías), recuperando las fortalezas y castillos

otorgados en su día a los señores, organizando un sistema de impuestos que proporcionara la adecuada base fiscal a la corona, etc. Esta política ocasionó mil problemas, porque la nobleza no estaba dispuesta a admitir que el rey se atribuyera derechos y rentas sobre territorios que los nobles consideraban como propios. Pero, al mismo tiempo, el rey estaba obligado a recompensar los servicios de la nobleza en el terreno militar. ¿Y con qué podía el rey pagar esos servicios, si no podía obtener recursos de los señoríos? Con un solo instrumento: aumentar la presión fiscal sobre la población. Así los pobres serían más pobres para que los ricos fueran más ricos. Pero ni siquiera con eso bastó para equilibrar las cuentas, de manera que la corona tuvo que echar mano de recursos de urgencia: enajenar el patrimonio regio, arrendar la jurisdicción real... Es decir, entregar a otros la gestión de los derechos políticos y económicos de la corona a cambio de dinero. Así la corona terminó endeudándose hasta las cejas. Y ese era el paisaje que heredaba Jaime I de Aragón.

Es una situación descabellada: para enjugar la deuda de la corona hay que aumentar las rentas, pero para aumentar las rentas hay que pagar los servicios de los nobles, de manera que la deuda volverá a crecer. Solo había una solución: un programa de conquistas territoriales que permitiera extender las áreas donde obtener rentas. Ahora bien, para esas conquistas había que contar con las huestes militares de la nobleza, y esta andaba a lo suyo. Los conflictos armados se suceden en lugares tan distantes como Albarracín y Montcada. Hacia 1224 la situación llega a un punto límite: los nobles aragoneses apresan al rey. Decididamente, Jaime está en manos de sus magnates.

El joven rey —diecisiete años, pero muy curtidos— sabe que no tiene otra opción que conquistar tierras. Pone los ojos en Peñíscola. Pero, una vez cerca de su objetivo, descubre que los nobles no han acudido con sus huestes. En Zaragoza y Lérida los magnates han creado una liga para defender sus privilegios frente al rey. Jaime tiene que abandonar su presa y volver a Zaragoza. Por el camino, cerca de Cutanda, se topa con una hueste: son los hombres de Pedro Ahones, uno de los cabecillas de la revuelta nobiliaria. Jaime le ordena ponerse de su lado, pero Ahones se niega. La bronca termina con Ahones muerto. Naturalmente, la guerra con los nobles vuelve a comenzar.

Quien solucionó todo esto fue la Iglesia, y más concretamente el arzobispo de Tortosa, por encargo papal. La Iglesia, en España como en todas partes, estaba especialmente interesada en asentar el poder público del monarca frente al poder privado de los nobles. Era una cuestión de principios: en el orden medieval, el rey reina porque Dios lo ha querido; su reinado es un reflejo del reinado de Dios, y menoscabarlo es tanto como subvertir el orden que Dios ha querido para su pueblo. Eso no impedirá que ciertos magnates eclesiásticos se comporten como cualquier señor feudal, pero sí hará que, cuando las cosas lleguen a mayores, Roma intervenga

para respaldar a los reyes. Así lo hizo ahora en Aragón. A la altura de 1227, la Concordia de Alcalá señaló la primacía del rey sobre los nobles. Y a Jaime I se le abría el paisaje.

¿Cómo era el joven Jaime en este momento? Las crónicas —y en particular la de Miquel Desclot— nos lo pintan con trazos muy atractivos: «Era un palmo más alto que los demás hombres, fornido y proporcionado en todos sus miembros, el rostro lleno y colorado, la nariz larga y recta, la boca bien contorneada, escondiendo una dentadura tan blanca que parecía una doble hilera de perlas; los ojos rasgados y negros, los cabellos rubios como el oro, las manos hermosas y los pies mejores». No hay testimonios en contra, de manera que el retrato, aunque seguramente carga la mano, ha de darse por bueno.

Con el paisaje interior pacificado, inmediatamente se le planteó a Jaime la oportunidad de volcar las energías del reino hacia el exterior. Y la ocasión surgió donde menos se esperaba: no en una guerra de conquista hacia tierras valencianas, como se había intentado antes, sino en una operación naval de envergadura. Ocurrió que los mercaderes de Barcelona, Tarragona y Tortosa acudieron al rey para pedirle ayuda contra los piratas musulmanes que desde las Baleares hostigaban el tráfico marítimo. Desde muchos siglos atrás, las Islas Baleares, y en especial Mallorca, eran la base privilegiada de flotas que vivían de la rapiña en los mares. La piratería se había convertido en la principal fuente de riqueza de los moros mallorquines, para desesperación de los mercantes que surcaban el Mediterráneo entre las costas catalanas e Italia. Las expediciones de los ladrones del mar no solo depredaban el tráfico marítimo, sino que además azotaban el litoral con devastadoras campañas que asolaban los campos y capturaban a sus gentes para venderlas como esclavos. Y así, en diciembre de 1228, los mercaderes catalanes formularon al rey Jaime una singular propuesta: si el rey ponía los guerreros, ellos, los mercaderes, pondrían las naves para conquistar Mallorca.

¿Podía el rey aportar los guerreros solicitados? Solo si los nobles se avenían a ofrecer sus huestes. Pero esta vez el negocio era apetitoso: Mallorca era un territorio rico y fértil, y con toda seguridad la riqueza derivada de la piratería habría llenado la isla con un tentador botín. Los caballeros catalanes aceptaron la propuesta: si había tierras y botín, participarían en la empresa. En cuanto a los caballeros aragoneses, preferían actuar en Valencia, pero tampoco dejaron de estar presentes en la campaña.

Era el 5 de septiembre de 1229. Desde los puertos de Tarragona, Salou y Cambrils zarpa una escuadra de 155 naves. A bordo viajan 1.500 caballeros y alrededor de 15.000 soldados. Una semana después, los aragoneses desembarcan en Santa Ponsa. Es un ciclón que arrolla a los defensores musulmanes. Estos, viéndose en clara inferioridad, corren a refugiarse en las murallas de Palma de Mallorca, que entonces se llamaba Madina Mayurqa. Con la discreta elegancia que les

caracterizaba, a los musulmanes mallorquines no se les ocurrió mejor cosa que crucificar a varios prisioneros cristianos ante los mismos ojos de los sitiadores. Si con esa barbaridad esperaban atemorizar a los de Aragón, el tiro les salió por la culata: las huestes de Jaime I, enardecidas, redoblaron sus energías. La ciudad caerá en pocos días. La venganza de los vencedores será terrible.

A decir verdad, el comportamiento de los vencedores tras la victoria será tan poco ejemplar como antes lo había sido el de los moros. Con la isla en sus manos, los nobles catalanes entran en conflicto por el reparto del botín. Para colmo de males, los cadáveres de la matanza se pudren rápidamente por efecto del calor y se desata una epidemia letal. El rey Jaime, que acaricia proyectos más ambiciosos, tiene ahora ante sus ojos la conquista de Menorca, la isla vecina, pero ve cómo a sus espaldas todo se descompone: sus caballeros se pelean por el botín y sus soldados se mueren por la epidemia. ¿Qué hacer?

Lo que hizo Jaime fue contradecir a Clausewitz: la política prolongó la guerra por otros medios. Y así, en vez de rendir Menorca por las armas, la rindió por un oportuno pacto de vasallaje que los moros menorquines, atemorizados, se apresuraron a aceptar. Ibiza y Formentera cayeron inmediatamente después y sin resistencia. Centenares de campesinos de Ampurias vendrían a repoblar las islas. Mallorca se constituyó como reino de la Corona de Aragón y tuvo fueros en 1230. Los nobles catalanes consiguieron lo que querían: tierras y botín. En cuanto a los mercaderes de Barcelona, Tarragona y Tortosa, también obtuvieron lo que deseaban: unas Baleares libres de piratas. Pero, a todo esto, ¿en qué pensaba ahora Jaime I de Aragón?

El rey Jaime, veintiún años, había dibujado una jugada completa: satisfacía a los mercaderes, calmaba a los nobles, ampliaba de manera notable sus propias posesiones y, además, se aseguraba una fuente suplementaria de ingresos para la corona —tan necesitada— a través de los derechos sobre un comercio marítimo que iba a intensificarse sin cesar. Ahora el horizonte se ampliaba. Y en el mapa mental del joven rey aparecía un nombre nuevo: Valencia. Pero de momento volvamos a Castilla, donde seguían pasando cosas igualmente trascendentales.

La reina Berenguela: León y Castilla se hacen uno

La reina Berenguela de Castilla, madre de Fernando III, es uno de los personajes más sugestivos de la Edad Media española: inteligente, enérgica, generosa, piadosa... y con una astucia política que impresiona por su visión estratégica. Ya hemos visto cómo esta mujer había llegado al trono por carambola, después de las muertes sucesivas de su padre, Alfonso VIII; de su madre, Leonor Plantagenet, y del pequeño heredero, su hermano Enrique, todo ello en el corto espacio de tres años. La incertidumbre sucesoria había disparado las ambiciones de la nobleza castellana, que estuvieron a un paso de llevar al reino a la guerra civil. Berenguela decidió entonces hacer un gesto: en el mismo acto de su proclamación como reina de Castilla, renunció a la corona en favor de su hijo primogénito, Fernando. Era el año 1217. Y así Castilla se vio con un joven rey varón. Pero Fernando, rey de Castilla, era algo más: era también el único hijo varón del rey de León. Es decir, que podía reinar en Castilla y León a la vez, reuniendo las dos coronas. Y esa va a ser la gran jugada política de Berenguela.

En su momento, el matrimonio de Berenguela con Alfonso IX de León había sido una manera directa de solucionar los pertinaces problemas entre León y Castilla, siempre a la gresca por cuestiones fronterizas. Alfonso de León y Berenguela tuvieron cinco hijos. ¿Por qué se anuló aquel matrimonio? Los esposos mantenían un cierto grado de parentesco —el marido era tío segundo de la esposa—, pero Roma dio su dispensa al enlace. Ahora bien, en Roma cambió el papa, llegó un nuevo pontífice mucho más estricto en materia de consanguinidades —Inocencio III— y Berenguela y Alfonso, pese a tener ya cinco hijos, vieron cómo su matrimonio era declarado nulo. Por más que los esposos rogaron al papa, no hubo nada que hacer. Berenguela tuvo que dejar la corte leonesa y volvió a Castilla con sus hijos. Alfonso de León no se volvió a casar: le quedaban dos hijas y un varón de un matrimonio anterior con Teresa de Portugal, pero el varón murió joven. De manera que el trono de León carecía de herederos varones... salvo Fernando, el hijo que Berenguela tuvo de Alfonso en su frustrado matrimonio.

Al rey Alfonso IX le llegó la hora final hacia 1230, en una peregrinación a Santiago. Y como moría sin hijos varones, la lucha por el trono fue inevitable. Entre otras razones, porque el propio Alfonso se encargó de complicar las cosas. La clave está en que Alfonso IX de León no podía aceptar de ninguna manera que su reino terminara en manos castellanas. Toda su vida había sido una permanente afirmación de la independencia leonesa frente al creciente poder castellano, aquel reino nacido de la propia matriz leonesa. Su largo reinado —más de cuarenta años— había visto innumerables conflictos fronterizos con Castilla, tanto por el control de la Tierra de Campos —el granero del norte— como por el reparto de zonas de influencia en el sur, en las áreas ganadas a los moros. Tan honda era su hostilidad hacia Castilla que

Alfonso IX ni siquiera intervino en la coalición de Las Navas de Tolosa. Ahora, llegado el momento de hacer testamento, Alfonso estaba dispuesto a buscar cualquier fórmula que impidiera la unión de León y Castilla. Aunque ello significara alterar el derecho sucesorio habitual.

¿Qué decisión tomó Alfonso IX? Una realmente original. Ya hemos visto que, antes de su frustrado matrimonio con Berenguela, Alfonso había contraído otro matrimonio, igualmente anulado por consanguinidad, con Teresa de Portugal. De aquel matrimonio nacieron un hijo y dos hijas: Fernando (como el castellano), Dulce y Sancha. El Fernando portugués murió muy joven, hacia 1214. Eso dejó a Alfonso sin más heredero varón que el otro Fernando, el castellano, el hijo de Berenguela. Pero este ya era rey de Castilla, es decir, exactamente lo que más podía irritar a Alfonso. Y así el rey de León decidió legar el trono a sus otras hijas portuguesas: Dulce y Sancha. Nadie había hecho nunca nada igual, pero Alfonso estaba decidido: cualquier cosa menos una unión con Castilla.

Ahora bien, ¿el reino de León en manos de tres mujeres, una exesposa y dos hijas, afincadas en Portugal y ajenas a los asuntos de la corona? Aquello no podía funcionar. Berenguela lo vio con claridad: después de todo, ella no era menos exesposa que Teresa, y Fernando era varón y rey, mientras que Dulce y Sancha solo eran dos damas enteramente alejadas de la vida pública y que, además, ni siquiera estaban casadas. Fernando de Castilla, empujado por su madre, reivindicó sus derechos. Pero serán las mujeres las que arreglen el asunto: Berenguela y Teresa.

Es atractivo imaginar la escena: las dos mujeres de un mismo hombre, dos exesposas, dos viudas, juntas y frente a frente para liquidar una herencia que va mucho más allá de ellas mismas. Eso fue la reunión de Benavente, que pasará a la historia como Concordia de Benavente, aunque hay razones para dudar de que la atmósfera fuera propiamente cordial. Teresa de Portugal acudía como lejano recuerdo de un matrimonio desdichado. Tenía a su favor el testamento del rey muerto, pero tenía en contra todo lo demás. Berenguela, por el contrario, era perfectamente consciente de los triunfos que tenía en las manos: un reino poderoso —el de Castilla—, un candidato que ya era rey —Fernando III— y también, con toda seguridad, la simpatía de una parte importante de la nobleza leonesa y de la Iglesia; la nobleza, porque el horizonte de conquistas y victorias era mucho más prometedor con Fernando que con Dulce y Sancha, y la Iglesia, porque Berenguela se había cuidado mucho de ganarse su aquiescencia con donaciones y favores. El testamento de Alfonso IX decía lo que decía, pero no fue difícil convencer a todo el mundo de que aquellas últimas voluntades eran completamente inviables.

De aquella reunión de Benavente salió un tratado: el de las Tercerías, también llamado de Valencia de Don Juan. En realidad, todo consistía en una compraventa. Berenguela compraba literalmente a Teresa los derechos de sus hijas. Lo hacía

entregando a la portuguesa pingües compensaciones económicas y territoriales, y especialmente señoríos de fuste en tierras castellanas; señoríos que, eso sí, volverían a Castilla cuando las hijas de Teresa murieran. Para la portuguesa no fue un mal negocio: ganaba mucho más de lo que tenía antes. ¿Qué otra cosa hubiera podido hacer? ¿Convocar a los nobles fieles y abrir una guerra civil dentro de León, guerra que, además, habría sido también una guerra con Castilla? No tenía ni fuerzas ni poder ni riqueza para sostener semejante apuesta. Por el contrario, la oferta de Berenguela era tentadora: una posición propiamente principesca para ella y para sus hijas. Teresa aceptó. Su hija Sancha terminó en el convento cisterciense de Villabuena, en El Bierzo. Su otra hija, Dulce, quedó con Teresa en el monasterio de Lorvao hasta el fin de sus días. Y los derechos al trono leonés pasaban a Fernando III de Castilla.

Fernando III fue coronado rey de León el 2 de diciembre de 1230 en Toro. El nuevo rey no fusionó propiamente los dos reinos: estamos en el siglo XIII y el concepto de Estado moderno no cabe aún en cabeza alguna. Castilla y León siguieron conservando sus propias instituciones, sus propias cortes y sus propias leyes, conforme al uso medieval. Pero el rey ya era solo uno, y lo seguiría siendo para siempre. Los nobles leoneses que levantaron la voz, como Diego Froilaz, fueron acallados sin esfuerzo. Entre otras cosas porque el horizonte que se abría al sur era de lo más atractivo: con el imperio almohade en franca descomposición, toda Andalucía ofrecía tierras nuevas por conquistar.

A partir de ahora veremos a Fernando III llevando la Reconquista hasta sus últimas líneas; su fama de rey guerrero le acompañará hasta el fin de sus días. Pero Fernando no fue solo un rey guerrero, sino también un legislador sensato que, por ejemplo, ordenó la traducción del *Fuero Juzgo*, el viejo corpus legal visigodo, para que sirviera de norma legal en los territorios reconquistados. Ya llegaremos a eso.

Y la reina Berenguela, a todo esto, seguirá desplegando una actividad inagotable en el orden político. Mientras el hijo combate en la frontera contra los musulmanes, la madre se dedica a reorganizar el reino. Y hace más cosas: protege monasterios, dirige las obras de las catedrales de Toledo y Burgos, encarga una crónica sobre los reyes de Castilla y León al obispo Lucas de Tuy (el Tudense)... Berenguela es una auténtica mujer de Estado.

La huella de nuestra dama todavía se proyectará durante años. Cuando Fernando enviude de Beatriz de Suabia, Berenguela, muy en su papel de madre, se encargará de buscarle nueva esposa «con el fin de que la virtud del rey no se menoscabase con relaciones ilícitas». La elegida fue una dama de la casa real francesa, Juana de Danmartín. Berenguela murió hacia 1246, con sesenta y seis años de edad. Dejaba tras de sí una obra de gobierno impresionante. Y como aportación fundamental a la historia de España, la reunificación de los reinos de León y de Castilla.

El rey Jaime conquista Valencia

La última vez que pasamos por la Corona de Aragón, habíamos dejado a Jaime I victorioso en las Baleares. Era 1229 y la conquista de Mallorca había tenido el efecto de un conjuro mágico: los terribles problemas internos que atormentaban al reino se disipaban como por ensalmo. La aristocracia catalana cedía en sus ambiciones y el rey se daba un baño de autoridad. Pero eso solo iba a ser el primer paso: si los nobles catalanes tuvieron las Baleares, los aragoneses tendrían otra frontera en Valencia. Y ahí hemos de viajar ahora.

Valencia no era una pieza fácil. Desde mucho tiempo atrás figuraba entre las grandes ciudades de la península. Este enclave ibero, romanizado después como Valentia Edetanorum, abandonado y reconstruido sucesivas veces, llevó una vida bastante opaca tras la conquista musulmana, pero hacia el siglo XI ya había aquí un esplendoroso reino taifa y durante algunos años fue la capital del Cid. Después Valencia vivió lo mismo que toda la España andalusí: la hegemonía almorávide, las grandes convulsiones de las segundas taifas y, al fin, la caída bajo la órbita almohade.

¿Qué había en Valencia en ese momento? ¿Quién vivía allí? Estudios recientes dicen que en la Valencia de 1230 vivían unos 120.000 musulmanes, 65.000 cristianos y 2.000 judíos. Son números que hay que referir no a la ciudad, sino al conjunto del reino, que se extendía aproximadamente sobre las hoy provincias de Castellón, Valencia y parte de Alicante. En todo caso, la cifra de cristianos mozárabes es sorprendentemente alta, sobre todo si se tiene en cuenta que a lo largo del siglo anterior se habían producido dos migraciones masivas de mozárabes valencianos hacia el norte: una tras el hundimiento de la Valencia del Cid, hacia 1102, y otra cuando la expedición redentora de Alfonso el Batallador, en torno a 1125. Esto significa que Valencia, ciudad ciertamente bajo poder islámico, solo muy parcialmente era musulmana.

En el momento de nuestro relato, Valencia, como todos los territorios de Al-Ándalus, estaba viviendo los efectos de la descomposición del imperio almohade. Hasta fecha reciente había gobernado en tierras valencianas un almohade, Zaid Abu Zaid, que a su vez había recogido el cargo de su tío y de su padre: era un negocio familiar. Cuando murió el califa almohade, Yakub II, Zaid quedó en situación de casi completa autonomía. Con su poder bien asentado en un territorio rico y organizado, supo jugar a dos bandas y pactar con el rey Jaime de Aragón mientras hacía lo propio con el nuevo califa Al-Mamun. Era un juego peligroso que podía haber salido bien si en el propio interior del reino moro de Valencia no hubiera surgido una disidencia notable: la de Zayán ibn Mardanish, que promovió un golpe de Estado. Era el año 1229. Zaid se vio desalojado del poder y no le quedó otra opción que acogerse al vasallaje de Jaime I. Y en Valencia quedaba como rey el subversivo Zayán, el hijo de

Mardanish. Por cierto que, para muchos autores, este apellido «Mardanish» es de origen inequívocamente mozárabe: una arabización de Martínez, como el célebre Mardanish murciano de un siglo atrás, alias «el rey Lobo». Traemos aquí el dato porque es elocuente sobre la complejidad étnica y social del Levante español en ese tiempo.

El caso es que este Zayán estaba convencido de poder resistir. Decidido a no pactar jamás con cristianos, se acogió a la autoridad del sultán de Túnez y trató de convertirse en cabeza de un reino mediterráneo volcado hacia el sur. Pero el depuesto Zaid, mientras tanto, optaba por una política absolutamente contraria: pactaba con Jaime I, se instalaba en Segorbe, obtenía del rey aragonés el derecho a gobernar y poblar cuantos lugares conquistara en el territorio musulmán valenciano y, más aún, terminaría convirtiéndose al cristianismo con el nombre de Vicente Bellvis. Es decir que esta guerra se convertía en realidad en dos: por una parte, la guerra interna entre Zaid y Zayán; por otra, la guerra de Zayán contra Jaime I.

El rey de Aragón, por su lado, no ha perdido el tiempo. La situación en Valencia abre posibilidades extraordinarias. Hay aquí un hombre clave: se llama Blasco de Alagón y es uno de los nobles de confianza del rey. Blasco era mayordomo del reino (algo así como un primer ministro de la corte) cuando Jaime llegó al trono. Estuvo con el rey en las duras luchas de los años siguientes, cuando la prioridad de Jaime era frenar las ambiciones nobiliarias. Tan decisiva fue la fidelidad de Blasco que el rey le premió con un altísimo privilegio: todas las fortalezas, castillos y ciudades que Blasco conquistara le pertenecerían en propiedad. Y los ojos de Blasco ahora estaban puestos en el sur, en Valencia, que era la nueva frontera de Aragón.

Cuando estalla la guerra civil entre los musulmanes valencianos, Blasco aparece en Segorbe, junto al destronado Abu Zaid. Segorbe es la villa que abre los llanos valencianos desde la sierra de Espadán. ¿Qué hace ahí nuestro caballero? Dicen algunas fuentes que estaba desterrado, pero es poco probable; es mucho más verosímil que acudiera con el consentimiento o incluso por orden del propio rey, para apuntalar el poder de Abu Zaid frente al nuevo rey moro de Valencia, el golpista Martínez.

Con el reino moro de Valencia desgarrado por las luchas internas y el vasallaje de Abu Zaid bien asentado, Jaime I ve que ha llegado el momento de dar el golpe de gracia. Corre el año de 1232. Ese verano se celebra una importantísima reunión en Alcañiz. El rey ha convocado a los principales consejeros del reino y, entre ellos, a dos personajes fundamentales: el maestre de la Orden de San Juan del Hospital, Hugo de Folcalquer, y nuestro amigo Blasco de Alagón. El objetivo: planificar la conquista de Valencia.

Blasco había propuesto una estrategia llena de sentido: ocupar las tierras llanas y eludir los puntos fortificados. ¿Por qué? Sin duda, para asegurarse un rápido control

sobre las zonas agrarias; de este modo, los aragoneses podrían avituallar a sus huestes sobre el terreno y, a la vez, cortarían las vías de abastecimiento de las fuerzas moras, que quedarían encerradas en sus castillos. Pero la estrategia es una cosa y la realidad es otra. Apenas comienzan los movimientos aragoneses, un enclave montañoso, y no una ciudad del llano, da muestras de debilidad: Morella. Blasco no duda, acude a Morella y la toma. Plaza fundamental, Morella, porque su castillo domina el Maestrazgo. Es el mes de octubre de 1232.

El rey Jaime había concedido a Blasco —lo hemos dicho líneas antes— el derecho a quedarse con cuantas fortalezas conquistase. Por ejemplo, Morella. Ahora bien, Morella era demasiado importante como para dejarla en manos de otras huestes que no fueran las del mismo rey. De manera que Jaime reclama la plaza a su caballero y, para evitar dudas al pobre Blasco, toma otro enclave montañoso: Ares, algo al sur, que corta literalmente las líneas de aprovisionamiento de Morella. Blasco cede, como es natural. El rey compensará su docilidad concediéndole la villa zaragozana de Vástago (y, más tarde, el señorío de la propia Morella). El hecho es que, en este momento, la campaña acaba de comenzar y Aragón controla ya dos posiciones importantísimas en el occidente montañoso del reino moro de Valencia. Con la línea Morella-Ares-Segorbe ocupada por los cristianos, los musulmanes quedan cercados por el oeste.

A partir de ese momento, todo se desarrolla paso a paso y sin desmayo, con una tenacidad propiamente... aragonesa. El objetivo fundamental ahora es Burriana, el principal baluarte militar musulmán en el norte. Si Burriana cae, todo el sistema defensivo moro se vendrá abajo. Jaime lo sabe y pone sitio a la ciudad. Es mayo de 1233. El asedio durará tres meses, mucho menos de lo que los musulmanes esperaban. Y con Burriana en manos cristianas, todas las poblaciones de la Plana de Castellón bajan los brazos: Peñíscola, Cervera, Pulpis, Chivert, Alcatén... Si Aragón ya controlaba el oeste del reino moro de Valencia, ahora ha ocupado también el norte. El rey Jaime está a poco más de sesenta kilómetros de su objetivo.

Siguiente paso: los baluartes que rodean Valencia. Jaime trabaja con calma, metódicamente. El rey abandona el frente para casarse (con la princesa Violante de Hungría, en 1235), pero sus huestes van tomando Moncada, Foyos y Museros. Los musulmanes, sin auxilio exterior, no pueden frenar a las banderas de Aragón. Ahora el objetivo es la llave de Valencia: el castillo del Puig. Será una gran batalla. Las tropas aragonesas quedan al mando de un tío del rey: el veterano Bernat Guillem d'Entença, señor de Fraga. Las crónicas dicen que por parte cristiana combatían 80 caballeros, 30 templarios y 2.000 infantes, frente a un enemigo que les triplicaba en número. Será o no verdad, pero el hecho es que los sarracenos retrocedieron y Jaime instaló sus tiendas en el Puig. Y en aquellos combates, por cierto, pereció el veterano Bernat Guillem d'Entença.

Cuenta la tradición que fue entonces cuando entró en la historia un animalillo que iba a terminar convirtiéndose en animal heráldico valenciano. Una noche, el rey despertó por el ruido de un tambor que tocaba a rebato. La tropa formó a toda prisa. El enemigo, en efecto, intentaba tomar el campamento cristiano. Gracias a la temprana alerta del tambor, la ofensiva enemiga fue desmantelada. El rey buscó al tambor para recompensarle por su buen tino. Pero lo que encontró junto al tambor no fue a un hombre, sino a un murciélago que batía sus alas sobre la piel del instrumento. El animal, providencialmente, había hecho su nido en el techo de la tienda del rey. Y por eso —dice la leyenda— hay un murciélago en el escudo de Valencia.

En la primavera de 1238 todo está preparado para el asalto final. El rey moro, Zayán, hace una última propuesta de pacto: prestará vasallaje a Jaime y le rendirá varias fortalezas si le permite seguir mandando en Valencia. Pero Jaime —según dicen, contra el criterio de sus nobles— está decidido a tomar la ciudad. Las huestes aragonesas ocupan sucesivamente Almenara, Vall d'Uxó, Nules, Paterna, después Ruzafa... El cerco se estrecha. Termina abril y el ejército aragonés asfixia literalmente al moro Zayán. En torno a Valencia se despliegan los caballeros del Temple, el Hospital y Calatrava, las mesnadas de Guillén de Aguilón y de Jimeno Pérez de Tarazona, las huestes de los obispos de Zaragoza, Barcelona, Segorbe, Vic, Tortosa...

No habrá combate. No podía haberlo. Para Zayán habría sido un suicidio. El rey moro no tenía otra opción que pactar una capitulación honrosa. La familia real musulmana, con Zayán ibn Mardanish a la cabeza, saldría de la ciudad y sería escoltada por tropas cristianas hasta Denia. La nueva frontera entre Aragón y los musulmanes quedaba situada en el río Júcar. El 9 de octubre de 1238 entraba Jaime I en Valencia. En el cortejo triunfal estaban su esposa e hijas, sus principales caballeros, varios obispos... y su aliado moro, el ya cristiano Vicente Bellvis, antes llamado Abu Zaid.

La conquista del reino de Valencia se completó años más tarde, cuando las banderas de Aragón llegaron hasta la línea Biar-Villajoyosa. Al paso de esa expansión, Jaime repoblaba las tierras valencianas con una singular política que iba a dejar a los nobles aragoneses con un palmo de narices. Ya veremos eso aquí. Pero ahora hemos de cambiar nuevamente de escenario, porque, mientras tanto, habían sucedido otros hechos de la mayor importancia: en el norte, el trono de Navarra cambiaba de titular, y en el sur, un oscuro caudillo llamado Ibn Hud se hacía con la mayor parte de Al-Ándalus y Fernando III de Castilla tomaba... Córdoba, nada menos.

Y Navarra brindó con... Champaña

Hemos visto a León y Castilla unirse bajo el cetro de Fernando III, y hemos visto a Jaime de Aragón reconquistando las Baleares y Valencia. Pero en España había más reinos, y uno de ellos debe llamar ahora nuestra atención porque estaban pasando cosas decisivas: Navarra, donde el rey Sancho VII el Fuerte moría sin descendencia legítima. Con el trono vacío, llegará a Pamplona una dinastía francesa. Y a partir de ese momento, y durante varios siglos, el viejo reino pamplonés va a caer bajo la órbita del norte.

Sancho VII el Fuerte llegó al trono con cuarenta años (en 1194) y reinó otros cuarenta; para la época, un prodigio de longevidad. Fue un rey de fuste, pero dejaba un balance problemático. Le llamaban «el Fuerte» porque era un tipo imponente: medía más de dos metros y era ancho como una puerta (de las de antes). Pero heredó un reino en posición precaria, con sus líneas de expansión cortadas por Aragón y Castilla, y sin otro horizonte que los condados franceses del norte del Pirineo, lo cual era un pobre consuelo. Muchos años atrás, cuando Castilla entró en tierras de Álava y Vizcaya, Sancho se vio acorralado. Confuso, no se le ocurrió mejor cosa que pedir auxilio al califa almohade, con lo cual se ganó la animadversión general y la hostilidad de la Iglesia. Para colmo, los almohades vieron que allí había negocio y apresaron al pobre rey como rehén. Eso fue hacia 1200. A Sancho no le quedó otro remedio que agachar la cabeza y recomponer sus relaciones con Castilla.

Al menos el rey navarro pudo encontrar algunas compensaciones en los otros frentes de su política exterior. Como las finanzas del reino estaban muy saneadas por una acertadísima gestión de los impuestos y los censos, Navarra pudo convertirse en el banquero de Aragón. Y al mismo tiempo, los señoríos del sur de Francia le abrían las puertas: desde Gascuña a Tolosa, la amistad navarra representaba una garantía ante la compleja situación que se vivía entonces en Francia, escindida entre los francos de Felipe Augusto y los ingleses de Juan sin Tierra. Después llegó la batalla de Las Navas de Tolosa, donde Sancho, según la tradición, penetró en el campamento del caudillo musulmán y arrancó las cadenas que le protegían. Aquella victoria permitió a Sancho recuperar algunas tierras perdidas en Álava y Guipúzcoa, pero el reino ya había tocado techo.

Ahora, a la altura de nuestro relato, el problema de Sancho era otro: el rey estaba muy enfermo, la hora de su muerte se acercaba y no había heredero varón que le sucediera. Sancho se había casado dos veces. La primera, con Constanza de Tolosa, fue un desastre: la mujer acabó repudiada, ignoramos por qué. La segunda, de la que apenas hay otra constancia que referencias secundarias, pudo ser con Clemencia, una hija del emperador Federico Barbarroja; si tal matrimonio existió, también debió de ser flor de un día. Dice la tradición —la *Crónica del Príncipe de Viana*, concretamente— que una de las dos mujeres le dio un hijo: un heredero que, sin

embargo, murió accidentalmente a los quince años. Después Sancho tuvo numerosos hijos ilegítimos, pero ninguno de ellos, precisamente por ilegítimos, optaba a la sucesión. Hacia 1230, el rey, que ya llegaba a los ochenta años, empezó a padecer horribles dolores a causa de una úlcera varicosa en una pierna. Tan grave fue la dolencia que Sancho VII se encerró en su fortaleza de Tudela. Llegaba la hora final y Navarra estaba sin heredero.

¿Y qué hacer sin un heredero para el reino? La cuestión era urgente; el rey necesitaba una solución y fue a buscarla en un recurso extravagante: un pacto de prohijamiento con Jaime I de Aragón. Era extravagante, sí, pero no era la primera vez que ocurría. Ya hemos dicho que el reino de Navarra estaba acostumbrado a que sus territorios fueran objeto de litigio entre Castilla y Aragón. Permanentemente amenazados por unos o por otros, los reyes de Navarra entendieron que su única opción era arreglarse con los otros o con los unos. Un siglo atrás, García Ramírez de Pamplona y Ramiro II el Monje de Aragón habían llegado a un acuerdo singular: Ramiro reconocía a García como ahijado; el primero sería rey padre, y el segundo, el rey hijo; mientras Ramiro gestionaba las cosas del reino, García se dedicaría a mandar los ejércitos. Este arreglo no tuvo en realidad vigencia efectiva, pero marcaba un camino, una manera de solucionar las cosas. Y a ese mismo camino recurrió Sancho VII: un pacto de prohijamiento con Jaime I de Aragón. Y según ese pacto, cuando uno de los dos muriera, el superviviente heredaría el reino del difunto. Cuando se firmó el acuerdo (en Tudela, en 1231), Sancho se acercaba a los ochenta años y Jaime tenía poco más de veinte. Estaba claro quién iba a heredar a quién.

Que el trono de Navarra pasara a Jaime de Aragón podía haber cambiado la historia de España: la Corona de Aragón era en aquel momento una potencia estimable que controlaba los territorios propiamente aragoneses, los condados catalanes y parte de la Occitania francesa, acababa de conquistar las Baleares y se disponía al asalto de Valencia. Si las tierras de Navarra caían bajo la órbita de Jaime, Aragón tendría salida a dos mares. Sin embargo, nada de eso se hizo realidad.

No se hizo realidad porque las Cortes de Navarra, celosísimas de su independencia, forzaron al rey a una solución algo más convencional: que la corona permaneciera dentro del propio ámbito familiar. ¿En qué cabeza? En la de un sobrino. Sancho VII tenía dos hermanas. La mayor, Berenguela, casada con Ricardo Corazón de León, había muerto sin descendencia en 1230. La pequeña, Blanca, casada con Teobaldo III de Champaña, había muerto un año antes, pero tenía un hijo llamado también Teobaldo. Esta Blanca había sido persona de enorme peso en el reino; de hecho, ella fue la que aseguró el ejercicio del poder cuando la enfermedad obligó al rey a recluirse en Tudela. Ahora Blanca había muerto, pero la anciana dama había dejado todo dispuesto para que su hijo subiera al trono. Y así se convirtió en rey de Navarra un francés: Teobaldo, sobrino de Sancho.

A Sancho VII el Fuerte se le fue la vida el 7 de abril de 1234, viernes, en su doloroso lecho de Tudela. Sus restos descansan hoy en la colegiata de Roncesvalles. Con él moría el último vástago de la dinastía Jimena, aquella que, junto a la dinastía Íñiga, y no pocas veces contra ella, había venido cortando el bacalao en Navarra desde los primeros tiempos de la Reconquista. Y apenas un mes después aparecía en Pamplona el joven Teobaldo, treinta y tres años, conde de Champaña y Brie, casado con la dama Margarita de Borbón. Los Borbón, en aquella época, solo eran una rama menor de los capetos que señoreaba el castillo de Bourbon l'Archambault, en el centro de Francia. Mucho más poderosos eran los señores de Champaña, adinerada dinastía del oriente francés, precisamente de la región de Champagne, entre Borgoña y París, epicentro de una intensa actividad comercial y artesana (y donde, por cierto, ya se producía vino, aunque todavía sin burbujas). El viejo Teobaldo había sido un buen partido para Blanca de Navarra, y el joven Teobaldo, este que ahora llegaba a Pamplona, era un adinerado aristócrata al que los nobles navarros recibieron como solución para todos sus males.

¿Y qué tenía que ver un francés venido de tan lejos con la vieja y recia tradición navarra? En realidad, nada. Pero Teobaldo juró los fueros y con eso bastó. A partir de ese momento, el nuevo rey se dedicó a hacer su propia política, y hay que reconocer que con notable acierto. Para tener tranquilas las espaldas, se apresuró a firmar pactos con sus vecinos de Aragón y Castilla, y también con Inglaterra, que, recordemos, controlaba la mitad occidental de Francia. Al mismo tiempo, se trajo de Champaña a un equipo de consejeros al que encargó la dirección de los asuntos de gobierno. Más cosas: sin dismantelar la vieja división territorial a base de tenentes, que favorecía a los nobles, le superpuso otra organización por distritos encomendada a merinos de su confianza, de manera que la recaudación de impuestos y la administración de justicia pasó a depender directamente de los hombres del rey. ¿Y cómo acogió todo esto la aristocracia navarra? Mal, pero ella misma se había metido en el lío al escoger a un monarca como Teobaldo.

No pararon aquí las innovaciones de Teobaldo, porque además el flamante rey, para que todo quedara bien clarito, ordenó compilar sus leyes en el llamado *Cartulario Magno*. Pero ¿qué pasaba entonces con las viejas leyes navarras, de las que dependían los derechos y fueros de nobles y siervos, de villas e infanzones? Los infanzones navarros reivindicaron sus viejas leyes. Y entonces Teobaldo, para no herir susceptibilidades, se ocupó de recoger todo el derecho tradicional navarro de los siglos anteriores. Así, a petición de los infanzones, nació el *Fuero General* o *Fuero Antiquo*.

Este documento es muy importante, porque en realidad ha seguido vigente hasta hoy. Conocerá sucesivas reformas, conocidas como «amejoramientos», en 1330, 1418 y 1973. Está escrito originalmente en una lengua romance donde aún es difícil

distinguir el castellano y el aragonés (por supuesto, nada de euskera ni francés). Según el Fuero, el rey está obligado a jurar los fueros navarros antes de ser proclamado; si el rey es extranjero, no podrá designar más de cinco funcionarios extranjeros; el monarca tampoco podrá hacer corte sin el consejo de los notables del reino, cuya voz también es igualmente decisiva para firmar guerras, paces o treguas. Y una nota curiosa: todos los navarros deben luchar por el reino si son llamados a las armas, pero solo hasta la frontera que marca el Ebro; al sur de esta, y a partir del tercer día de combate, el rey deberá pagar a sus mesnadas con el sueldo habitual de los mercenarios. Y el rey Teobaldo, hecho todo esto, decidió partir hacia Tierra Santa, allá por 1238, en son de cruzada.

Teobaldo distaba de ser un as en el campo de batalla, pero era un político finísimo. Durante su expedición a Tierra Santa, que duró dos años, le ocurrió lo mismo que a tantos otros: que sus banderas cayeron derrotadas. Pero el hábil rey navarro constató que los musulmanes andaban siempre a la gresca entre sí y concibió una operación de envergadura: pactar con unos y otros, sembrar la sospecha entre las diferentes facciones sarracenas y pescar en la marea. Dicho y hecho: los musulmanes de Damasco no tardaron en pelearse con los de Egipto. Teobaldo estrechó sus lazos con estos últimos y, de resultas de la operación, el rey navarro ganó para la cristiandad Jerusalén, Belén y Nazaret, entre otras plazas. Y todo eso, mientras escribía trovadorescos poemas para su esposa. Un prodigio, Teobaldo.

¿Y Jaime I de Aragón no hizo nada por recuperar un trono que, después de todo, podía pertenecerle por voluntad del viejo rey Sancho VII? No: las miras de Aragón estaban puestas en el sur, donde la descomposición del imperio almohade abría las puertas a nuevos e inmensos territorios. Frente a esa expectativa, una intervención en Navarra solo podía traer más guerra entre cristianos, es decir, algo que ni Jaime ni la cristiandad española en general iban a hacer salvo caso de fuerza mayor. Pero quizá sea el momento de explicar lo que estaba pasando en el sur: por qué se estaba hundiendo el imperio almohade.

Así se hundió el imperio almohade

Hemos visto a los musulmanes retrocediendo al sur de Sierra Morena, y también en las Baleares y en Valencia. La Reconquista avanza sin tregua. El imperio almohade, poderosísimo al comenzar el siglo XIII, ahora se está disolviendo como un azucarillo. Pronto la guerra civil desgarrará las tierras de Al-Ándalus. ¿Por qué? ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo se hunde un imperio?

Volvamos por un momento al escenario de Las Navas de Tolosa, verano de 1212. Allí la coalición cristiana había derrotado al imperio almohade. Y la derrota va a tener consecuencias de amplísimo alcance en aquella frágil construcción política que se extendía a los dos lados del estrecho de Gibraltar. El califa almohade, Muhammad al-Nasir, el Miramamolín de nuestras crónicas, vencido y quebrantado en Las Navas, vuelve a Rabat y abdica. Era 1213. No debió de ser una sucesión pacífica, porque Muhammad muere envenenado inmediatamente después. Le reemplaza su hijo Yakub II, un mozalbete de dieciséis años. Quien de verdad gobierna es el visir, Abu Said ben Jami. El joven Yakub permaneció en el poder diez años y le tocó la papeleta más difícil posible: tratar de mantener en pie un imperio que se derrumbaba.

¿Por qué se derrumbaba el imperio almohade? Muy fundamentalmente, por su incapacidad para exhibir victorias militares. El sistema de poder almohade se basaba en la preeminencia social de la aristocracia militar berebere sobre las poblaciones autóctonas; por ejemplo, sobre los andalusíes. Lo que justificaba esa hegemonía era la ortodoxia islámica, incluida la guerra santa. Y para que nadie dudara de dónde estaba verdaderamente la espada del islam, los almohades se veían obligados no solo a mantener en pie de guerra ejércitos bien armados, sino también a golpear con periódica frecuencia las fronteras cristianas en cualquier punto del mapa. Eso no era fácil: había que saber combinar bien paces y guerras, explotar las debilidades y divisiones del enemigo, y utilizar la victoria para asentar el poder en el interior. Sobre todo, había que procurar que la efervescencia bélica no enturbiara el activo comercio exterior —las prolongaciones hacia Europa de las caravanas de oro del Sudán— ni el equilibrio de poder dentro de cada territorio. Y aquí es donde Yakub naufragó.

Cuarenta años atrás, un talento político como el de Yusef II todavía pudo lograr el prodigio, pero aquel tiempo había pasado ya. Ahora las amenazas interiores y exteriores eran demasiado fuertes. En el norte, los reinos cristianos, y en particular Castilla y Aragón, eran enemigos poderosos, a los que no se podía someter al castigo de expediciones de saqueo. Eso solo habría podido hacerse con una incorporación masiva de tribus bereberes del sur a los ejércitos almohades, pero precisamente en el sur se despertaba una amenaza paralela: las reivindicaciones de los señores locales en Marrakech, Túnez o Mequínez, que aprovecharon la derrota de Las Navas para dar señales de rebeldía. Lo cual, a su vez, dio pie a los poderes locales andalusíes, en la

España mora, para hacer lo propio. En suma, un laberinto político sin solución.

Atrapado en ese laberinto, el califa Yakub II murió muy pronto, con menos de treinta años. Le sucedió en el trono almohade su hijo Abdul-Wahid I, pero fue asesinado —estrangulado, concretamente— ese mismo año. En el puesto de visir se mantenía el viejo Abu Said. Llegaba al trono un hermano del estrangulado, Abu Mohammed Abdallah al-Adil. Lo primero que hizo el nuevo rey, seguramente con buenas razones, fue cambiar de visir: designó al notabilísimo Abu Zaid ben Abi Hafs, de la familia que gobernaba en Túnez. Pero aquello no había quien lo levantara, y es la propia familia del rey la que empieza a conspirar. Dos hermanos del califa aspiran al trono, cada uno de ellos apoyado por las dos grandes fuerzas que desgarran el imperio al norte y al sur: a uno de los aspirantes lo respalda Castilla; al otro, el jeque de Marrakech. El pobre Abu Mohammed Abdallah al-Adil terminó muriendo ahogado en un baño de su palacio. Era octubre de 1227. Le sucedió su hijo Yahya, pero el imperio almohade estaba condenado a muerte (y nunca mejor dicho).

Mientras todo esto ocurría en Marruecos, cabeza del imperio almohade, en Al-Ándalus las grandes familias de poder empezaban a jugar sus cartas. Y ahora es el momento de presentar a un personaje fundamental: Abu Abdala Ibn Yusuf Ibn Hud al-Yudami, más conocido por Ibn Hud, de los Ibn Hud de toda la vida. Los Ibn Hud, o hudíes, eran una de las grandes familias de la España mora. Procedentes de la región de Yudam, en el Yemen, habían llegado a España en los primeros tiempos de la conquista. Una de sus ramas se instaló en Zaragoza, cabeza del rico valle del Ebro. Desplazó a otra tribu yemení —los tuyibíes— del poder en la región y plantó sus reales en Zaragoza, Lérida, Huesca y Tudela. Eso fue hacia 1039. Así nacieron los reinos taifa de Zaragoza y Lérida. Desde entonces los hudíes gobernaron el valle del Ebro hasta que fueron derrocados por los almorávides. El último hudí relevante, Zafadola, pactó con los cristianos y se hizo con un señorío propio en Rueda de Jalón, antes de morir en las convulsiones que llevaron al colapso del imperio almorávide, a mediados del siglo XII. Ahora, un siglo después de la muerte del último caudillo hudí, aparecía nuestro hombre: Ibn Hud.

En realidad nadie sabe si nuestro Ibn Hud era propiamente un vástago de aquel brillante linaje. Estas incertidumbres son muy frecuentes en la historia de la España mora: la poligamia musulmana tenía sus desventajas, y una de ellas era la abundancia de descendientes, reales o supuestos, que reivindicaban derechos de herencia. En todo caso, el hecho es que nuestro Ibn Hud, que debía de tener en ese momento algo menos de cuarenta años, aprovecha el marasmo almohade y se subleva en Murcia. Como el imperio está manga por hombro, numerosos poderes locales se suman a la estela de ese hombre que parece capaz de poner orden. Así Ibn Hud se apodera no solo de la región de Murcia, sino también de Almería y Málaga. Y pronto dejará sentir su peso en el corazón de Al-Ándalus: Córdoba y Sevilla.

Mientras Ibn Hud se subleva en Murcia, otros caudillos le imitan en otros puntos de Al-Ándalus. En Valencia, Zayán Ibn Mardanish —ya lo hemos visto— da un golpe de Estado, derroca al jefe almohade de la ciudad y crea su propio reino. Será efímero: Jaime I de Aragón no tardará en conquistar Valencia, como también hemos visto en estas páginas. Y más al sur, en lo que un día fue el corazón del califato de Córdoba, crece otro poder: el de Muhammad ibn Nasr, que va a terminar convirtiéndose en un personaje fundamental de nuestra historia. ¿De dónde había salido este Muhammad ibn Nasr? Su origen es algo más claro que el de Ibn Hud: de Muhammad sabemos que había nacido en Arjona en 1194, en el seno de una familia con amplias propiedades agrarias. ¿Solo un campesino, pues? No. En la frontera norte, que se ha venido abajo después de Las Navas de Tolosa, los cristianos aprietan. Muhammad, según parece, encabezó algunas expediciones de defensa y la suerte le sonrió. De modo que en pocos años se labró una cierta fama de caudillo guerrero. Y así pronto habrá dos nombres que brillan en Al-Ándalus: Ibn Hud en Murcia y Muhammad en Arjona. Los dos con el mismo sueño: reunificar la España musulmana bajo su poder. Pero solo podía quedar uno.

En medio del marasmo político almohade, la influencia de los caudillos se hace determinante. Ibn Hud se apodera sin dificultad de Córdoba y Sevilla. Podría ser el salvador del islam en la península. Pero otros muchos tienen puestos sus ojos en nuestro segundo caudillo, Muhammad. Las relaciones entre los dos hombres no tardan en convertirse en una sorda lucha por el poder. ¿Qué es lo que está en juego? Ante todo, el control del rico valle del Guadalquivir. Al otro lado de la frontera, Fernando III de León y Castilla contempla el tablero y concibe claramente un movimiento: ahondar la enemistad entre Muhammad e Ibn Hud.

El escenario del drama es Úbeda; allí apunta Fernando III, que en enero de 1233 pone cerco a sus muros. La ciudad se ha quedado prácticamente sola. ¿Por qué? Porque Ibn Hud no quiere socorrerla mientras ande cerca Muhammad, y Muhammad no moverá un dedo si al final es Ibn Hud quien va a quedarse con el trofeo. El uno por el otro, ninguno de los dos acude en auxilio de los moros de Úbeda, que no tienen otro remedio que rendir la ciudad. La caída de Úbeda avivó la hostilidad entre Ibn Hud y Muhammad hasta llevarla al borde de la guerra civil. Era lo que Fernando pretendía.

La jugada política del rey cristiano en todo este jaleo es magistral. Su victoria en Úbeda le ha permitido poner a Ibn Hud de rodillas, de manera que el caudillo moro de Murcia tiene que pagarle tributo: mil dinares al día. Pero Ibn Hud sigue siendo más fuerte que Muhammad, de manera que Fernando, mientras cobra de Ibn Hud, consiente que mesnadas de guerreros cristianos se alineen junto a las tropas de Muhammad que luchan por apoderarse de Sevilla... contra Ibn Hud.

De Sierra Morena hacia abajo, el caos es fenomenal: los partidarios de un caudillo

moro luchan contra los del otro mientras el rey cristiano alimenta el enfrentamiento. Apoyado por la aristocracia local mora, Muhammad se proclama sultán de la taifa de Arjona. Sus huestes, enardecidas por las victorias, van obteniendo la fidelidad de varias ciudades, una tras otra: Guadix, Baza, Jerez, Porcuna, Córdoba, Jaén. Ibn Hud pone sitio a Sevilla en 1233, Muhammad se apodera de la ciudad al año siguiente —y manda matar al gobernador, partidario de Ibn Hud—, pero una nueva sublevación local vuelve a poner a Ibn Hud al frente de la morisma sevillana. El caudillo de Murcia logra tomar Córdoba, pero Muhammad se mantiene fuerte en Arjona y en Granada.

Las cosas dan un giro importante cuando Ibn Hud consigue algo trascendental: el califa de Bagdad, máxima autoridad política y espiritual del mundo islámico, le reconoce como gobernante de todo Al-Ándalus. Ibn Hud ve hecho realidad su sueño de unificar la España mora bajo su poder, mientras Muhammad, que soñaba lo mismo, ve cómo sus ilusiones se desvanecen. Muhammad reconoce a Ibn Hud como emir a cambio de que se le confiera el gobierno de Arjona, Jaén y Porcuna. Pero el paisaje dista de haberse aplacado: las hostilidades entre los dos caudillos siguen desgarrando la España andalusí. Y mientras tanto, Fernando mira. Mira y... algo más.

Algo más, en efecto, porque la estrategia castellana está dando el fruto apetecido: embarcados en una larga guerra de desgaste entre sí, los caudillos moros pierden fuerza a ojos vista. Es el momento que Fernando III esperaba para lanzar su golpe más espectacular: Córdoba, nada menos. La cruz iba a reconquistar la vieja capital califal. Ese día todo el mundo contendrá el aliento.

Cuando Córdoba volvió a la cristiandad

Noticia importantísima: después de largos siglos de dominación musulmana, Córdoba vuelve a ser cristiana. Fue en el mes de junio de 1236. Lo hizo Fernando III. Toda España y toda Europa recibieron con júbilo el acontecimiento. El mundo islámico recibía un golpe del que ya no se recuperaría jamás.

Recordemos que desde 1230 Fernando III era no solo rey de Castilla, sino también de León, lo cual le había convertido en el monarca más poderoso de la cristiandad española. Para mantener tranquilos sus frentes interiores, se había preocupado de firmar pactos estables con aragoneses y portugueses. Eso le permitirá concentrar todos sus esfuerzos en dos objetivos primordiales: hacia dentro, reorganizar el reino; hacia fuera, dar a la Reconquista un impulso decisivo.

Acabamos de ver los trastornos que estaban desgarrando al imperio almohade. Con el islam español hecho trizas, Fernando juega sus cartas con una meticulosa combinación de diplomacia y guerra, interviene en los conflictos que oponen a las distintas facciones musulmanas y saca provecho de cada lance que se le presenta. Poco a poco las posiciones de la frontera sur van cayendo, una tras otra, en manos castellanas. Es una tarea lenta, pero tenaz y sin pausa. En 1230 las mesnadas del arzobispo de Toledo, Jiménez de Rada, penetran hasta Cazorla y Quesada. En 1232 Fernando III conquista Trujillo. Al año siguiente caen Montiel, Baza, Úbeda y Baeza. Las posiciones musulmanas que han quedado aisladas atrás, al norte, se entregan en 1235, como los castillos de Iznatoraf y Santiesteban, en Jaén. Todo el flanco oriental del avance cristiano queda así protegido. Y con ese flanco cubierto, la estrategia de Fernando III puede concentrarse en el valle del Guadalquivir, el centro neurálgico de la España musulmana: la línea Córdoba-Sevilla.

Córdoba había sido la primera capital sarracena en España. Sede del califato, siguió siendo el centro del mundo musulmán durante la cruenta etapa de Almanzor. Cuando el edificio político de Almanzor se vino abajo, Córdoba fue ocupada temporalmente por los castellanos, primero, y los catalanes después, pero la ciudad estaba demasiado lejos de las líneas cristianas como para ocuparla en permanencia. Con el tiempo, allí creció una taifa que conoció diversas vicisitudes —incluido un despoblamiento generalizado— hasta la llegada sucesiva de almorávides y almohades. Ahora Córdoba ya no era la capital del islam español —los almohades preferían Sevilla, mejor conectada con Marruecos por su puerto fluvial—, pero seguía ostentando el título de centro tradicional de la España andalusí.

El rey castellano no contemplaba un ataque directo y frontal contra ninguna de esas ciudades. Su objetivo era más bien encerrar a Córdoba y Sevilla con dos ofensivas paralelas a través de Extremadura y del Guadalquivir. Por eso sus huestes toman sucesivamente Medellín, Alange, Magacela y Santa Cruz. Sin duda el rey se había planteado el desafío como una tarea a largo plazo, con etapas bien medidas.

Pero entonces vino a ocurrir algo que precipitó las cosas. Estaban las Cortes reunidas en Burgos, cuando un mensajero del sur irrumpió en la sala. Traía noticias asombrosas: un grupo de caballeros castellanos había conseguido apoderarse de un arrabal de Córdoba, concretamente de la Ajarquía. Rápidamente copados por los musulmanes, los intrépidos caballeros de la frontera habían quedado sitiados por el enemigo. Y había que socorrerles. Era enero de 1236.

¿Qué estaba pasando en Córdoba? ¿Cómo habían podido entrar los cristianos en el arrabal? Porque algunos musulmanes descontentos les habían abierto el camino. ¿Y por qué? Esta historia hay que contarla despacio, porque dice mucho sobre la situación real del islam español en ese momento. Ya hemos explicado que los caudillos moros, en su lucha por el poder, habían suscrito pactos de vasallaje con Fernando III, y que el rey cristiano había aprovechado la situación para apretarles las tuercas. A uno de esos caudillos, Ibn Hud, que controlaba Córdoba, se le había obligado a pagar un cuantioso tributo. Ibn Hud, para obtener fondos, había escogido el camino más sencillo: exprimir con pesados impuestos a parte de la población local. Eso había creado un enorme descontento. Y ahora los descontentos se vengaban abriendo las puertas de la Ajarquía a los cristianos.

Fue en una oscura noche de diciembre de 1235. Unos moros de la Ajarquía abandonaron secretamente Córdoba y acudieron a un cercano campamento cristiano en Andújar. Dice la tradición que había entre los visitantes algún musulmán convertido al cristianismo. Sea como fuere, el hecho es que allí se presentaron los moros de la Ajarquía. El de Andújar era un campamento de almogávares, aquellos guerreros profesionales de la frontera que vivían en el frente con sus familias, hombres de una audacia sin límites y cuya subsistencia dependía exclusivamente del botín tomado al enemigo. Los moros confiaron a los almogávares su desesperación: fritos a impuestos por los aristócratas de Ibn Hud, su vida se había convertido en un infierno; si los almogávares les liberaban, ellos, los moros de la Ajarquía, les ayudarían a tomar la ciudad.

El pastel no era tan apetitoso como a primera vista puede parecer. La Ajarquía solo era una parte, y no la más importante, de Córdoba. En realidad no era más que un barrio separado de la capital por su propia muralla. Una vez llegaran allí los cristianos, sin duda las tropas sarracenas acantonadas en la ciudad se movilizarían y acogotarían a los almogávares. Pero los almogávares no se caracterizaban precisamente por su prudencia. Nuestros guerreros decidieron jugárselo todo a una carta. La tradición cronística nos ha legado los nombres de aquellos valientes: Martín Ruiz de Argote, Domingo Muñoz, Diego Muñoz, Diego Martínez el Adalid (el adalid era el oficial de los almogávares), Pedro Ruiz de Tafur, Álvaro Colodro y Benito Baños. Los almogávares cursaron aviso al jefe cristiano de la frontera, Álvar Pérez de Castro el Castellano, un noble que había tenido sus más y sus menos con el rey, pero

que ahora estaba allí, al pie del cañón. Y cumplido ese trámite, los caballeros marcharon al asalto.

Guiados por sus aliados musulmanes, en la noche gélida de diciembre, los guerreros de la frontera escalaron la muralla de la Ajarquía. El centinela, al ver a los asaltantes, no dio la voz de alarma, sino que se limitó a decir: «Yo soy de aquellos que tú sabes», y dejó pasar a los cristianos. En pocos minutos, la Ajarquía de Córdoba estaba en manos de aquellos temerarios.

Al amanecer, el revuelo en Córdoba fue fenomenal. Todas las tropas moras de la ciudad corrieron a sitiar a los almogávares, que quedaron encerrados en la Ajarquía con los musulmanes rebeldes. No había otra opción que pedir refuerzos. Y así partieron aquellos mensajeros que en pocas jornadas pudieron llegar a Benavente, donde se hallaba el rey, y a Burgos, donde estaban reunidas las Cortes, para transmitir la impresionante noticia: había una tropa cristiana en Córdoba y necesitaba socorro. No había tiempo que perder.

No hubo mesnada en la frontera que no acudiera a la llamada. Inmediatamente aparece en escena un afamado caballero: Ordoño Álvarez, mesnadero del rey, con sus huestes. Acto seguido llega con sus tropas Álvaro Pérez de Castro el Castellano, que aguardaba noticias en Martos. En los días siguientes se suman a los refuerzos el obispo de Baeza, fray Domingo, con sus tropas, y también el obispo de Cuenca. Nadie ignoraba el alcance del envite: los musulmanes, porque consideraban a Córdoba como la cabeza de todo su sistema defensivo en el valle del Guadalquivir; los cristianos, porque tomar Córdoba significaba reconquistar el corazón mismo de la España mora. Pero, a todo esto, ¿qué estaba haciendo el rey?

El rey Fernando, al conocer la noticia, se había puesto inmediatamente en camino. Al parecer, no sin reticencias de algunos de sus consejeros, que temían que las huestes de Ibn Hud acudieran a socorrer Córdoba y aquel episodio se convirtiera en una severa derrota para la cristiandad. Pero en el ánimo de Fernando pesó más la necesidad de auxiliar a sus súbditos, tal y como le estaban reclamando los mensajeros. Así, el rey llamó a sus caballeros, partió de Benavente, llegó a Zamora y desde allí a Salamanca; en todas partes iba sumando a su hueste hombres y armas. Por la vieja calzada de la Guinea, en el duro invierno de la meseta, entre los ríos desmadrados y los campos de fango, avanzó hasta avistar los muros de Córdoba.

Era el 7 de febrero de 1236 cuando el rey Fernando III llegó a la capital sarracena. Con él venían las milicias de los concejos y los escuadrones de las órdenes militares. En pocos días la situación había dado completamente la vuelta: ahora ya no era aquel puñado de arrojados almogávares el que estaba sitiado por las fuerzas moras de Córdoba, sino que era la Córdoba sarracena la que se hallaba a merced de un imponente ejército cristiano.

Nadie pudo socorrer a los musulmanes de Córdoba. Después de varios meses de

sitio, los moros se rindieron. Fernando se comprometió a respetar las vidas de los habitantes. El 29 de junio de 1236 las huestes cristianas entraban en la que un día fue capital del califato. Fernando III envió mensajes a todos los puntos de su reino para que acudiesen a repoblar la ciudad. Y según la tradición, fue entonces cuando el rey decidió reparar un agravio histórico: devolver las campanas de Santiago. Muchos años antes, en 998, el sanguinario caudillo moro Almanzor había arrasado Santiago de Compostela. Como manifestación de su victoria, y «para vergüenza del pueblo cristiano», Almanzor se apoderó de las campanas de la catedral jacobea y ordenó que fueran llevadas a Córdoba a hombros de cautivos leoneses. Desde entonces aquellas campanas, botín de guerra, estaban en la mezquita de Córdoba. Ahora Fernando ordenaba devolver las campanas a Santiago... a hombros de cautivos sarracenos. Tras lo cual dejó la ciudad en manos de Álvaro Pérez de Castro, jefe militar de la frontera, y Tello Alfonso de Meneses, y el rey volvió a Toledo.

El eco de la pérdida de Córdoba fue demoledor para los musulmanes por su valor simbólico. Y por el mismo motivo fue causa de júbilo entre los cristianos, que se apresuraron a repoblar en gran número la ciudad. ¿Cuántos acudieron allí? No lo sabemos a ciencia cierta, pero debieron de ser millares, porque dice la *Crónica* que «de todas las partes de España vinieron pobladores a morar y poblar, y corrieron allí, como dice la historia, como a bodas de rey. Y tantos eran los que vinieron que faltaron casas a los pobladores y no pobladores, porque eran más los moradores que las casas...».

Mucha gente, sí. Demasiada. Pronto no hubo en Córdoba comida para mantener a tanto recién llegado. Se declaró una hambruna terrible en la ciudad. Álvaro Pérez de Castro corrió a pedir audiencia al rey para solucionar el problema. Fernando III decidió destinar a la manutención de Córdoba una parte del tesoro real, así como gran cantidad de provisiones y grano. A Pérez de Castro le encomendó organizar el territorio de modo que no quedara campo sin cultivo ni hombre sin pan. Y cuando Pérez de Castro murió —fue enseguida, en 1240—, el rey en persona se trasladó a Córdoba para ponerse al frente de sus huestes. Porque aún quedaba tarea por hacer.

En efecto, con Córdoba en manos cristianas el mapa de Andalucía se abría por todas partes. Numerosas ciudades fueron enseguida reconquistadas o directamente se entregaron al rey de Castilla y León: Osuna, Marchena, Porcuna, Montoro, Lucena... Luego caerá Jaén. A medida que la cruz vuelve a gobernar el mapa, las tierras reconquistadas se van llenando de nuevos pobladores. Y en pocos años al rey Fernando solo le queda un gran objetivo que cumplir: la conquista de Sevilla. Será su última frontera.

La conquista de Murcia: donde aparece Alfonso el Sabio

La frontera entre Castilla y Aragón por el sur quedó fijada en Murcia. Más precisamente: Castilla se quedó Murcia y ganó así una segunda salida al mar. Aragón, por su lado, llegaba a su límite de expansión en la península. La presencia musulmana en España quedaba confinada a parte del territorio andaluz. Y en ese contexto aparece el infante Alfonso, hijo de Fernando III el Santo, que pasará a la historia como Alfonso X el Sabio.

Recompongamos una vez más el paisaje, para no perder la perspectiva. Después de la batalla de Las Navas de Tolosa en 1212, el imperio almohade se ha hundido. Al-Ándalus se deshace. En pocos años, Castilla se extiende hacia Jaén y Córdoba mientras Aragón hace lo propio en las Baleares y Valencia. En la España musulmana quedan dos grandes centros de poder: uno en torno a Murcia, otro alrededor de Granada, y ambos enfrentados entre sí. De esta manera, apenas treinta años después de Las Navas, las líneas de expansión cristiana vienen a converger sobre Murcia: los aragoneses llegan desde Valencia, los castellanos lo hacen desde Jaén. Unos y otros desean hacerse con ese territorio. Así va a reactivarse una querrela que duraba ya cien años. Y al hilo del conflicto quedará fijada la frontera definitiva entre Castilla y Aragón por el sur.

¿Por qué tanto Castilla como Aragón deseaban reconquistar el reino de Murcia? Por la riqueza de sus tierras y por su excepcional valor estratégico. Para Aragón, dominar Murcia significaba controlar todo el litoral mediterráneo de la península e incorporar a la corona un auténtico vivero agrario. Y para los castellanos, poner allí los pies representaba, además, ganar una segunda salida al mar y cerrar las vías de acceso de los moros hacia el interior de la meseta, en particular mediante el control de los grandes valles: del Guadalentín, del Segura, del Vinalopó... Era mucho lo que estaba en juego.

La región de Murcia siempre había sido una bicoca: fértil, de clima benigno y suave, regada por vegas generosas, con mucho litoral, abierta al mar y, al mismo tiempo, cerca de montañas que proporcionaban abundante caza y madera. Los cartagineses fundaron aquí su primer gran asentamiento en la península: Quart Hadasht, que quiere decir Ciudad Nueva. Los romanos la llamaron Cartago Nova (Cartagena) e hicieron de ella cabecera de una provincia: la Cartaginense. Cuando cayó el imperio, toda la región sufrió las convulsiones de las invasiones bárbaras hasta que los bizantinos instalaron en Cartagena una base permanente. Después, un duque hispanogodo llamado Teodomiro creó en el área un territorio propio llamado Aurariola y que abarcaba las actuales Murcia y Alicante. Cuando los musulmanes invadieron España, Teodomiro pactó con ellos: el godo se garantizó el control personal del territorio ofreciéndoles a cambio sumisión política. Así nació la kora o provincia de «Tudmir», que tal fue el nombre que le dieron los invasores.

A mediados del siglo VIII, los godos perdieron cualquier dominio sobre la zona y dos clanes árabes empezaron a pelear por el poder en la provincia de Tudmir. Tanto pelearon que Córdoba temió perder pie y, para reconducir a los revoltosos, el emir envió a un ejército que los aplastó. El epicentro de la revuelta, que era la misteriosa ciudad de Eio (tal vez cerca de Cieza, tal vez cerca de Hellín), fue concienzudamente arrasado. En su lugar se construyó una ciudad de nueva planta: Madina Mursiya, es decir, la actual Murcia. Desde ese momento, Murcia se convirtió en cabeza de una rica región que iba a desempeñar un papel protagonista en los siglos posteriores. Entre otras cosas, aquí estuvo la capital del famoso Rey Lobo, Lubb (o Lope) ibn Mardanish, un caudillo musulmán de origen mozárabe que se alió con los reinos cristianos contra los almohades. Eso fue en torno a 1150. El Rey Lobo cayó veinte años después, pero Murcia siguió siendo un territorio de singular personalidad.

Como Murcia era un bocado de lo más suculento, los reinos cristianos negociaron varias veces a quién correspondería reconquistar la región, y ello mucho antes de que asomaran por allí las banderas de la cruz. En 1151, cuando todavía faltaba un siglo para que Murcia volviera a ser cristiana, Aragón y Castilla firmaron el Tratado de Tudilén, que otorgaba a Aragón el derecho de reconquistar las plazas situadas al sur del Júcar excepto los castillos de Lorca y Vera. Más tarde, en 1179, en Cazola, las dos coronas acordaron redefinir el paisaje: Aragón podría reconquistar las tierras hasta la línea Biar-Calpe y Castilla se atribuía el área al oeste de Biar. Es importante subrayar que en aquel momento la conquista de Murcia seguía siendo un objetivo remoto, pues las líneas de avance cristianas estaban muy lejos de la región; pero precisamente eso demuestra hasta qué punto aragoneses y castellanos concedían una importancia altísima al territorio murciano.

Ahora, en el momento de nuestro relato, a la altura de 1230, en Murcia se había alzado uno de los grandes protagonistas de la descomposición de Al-Ándalus: Ibn Hud, que se había proclamado emir y en una decena de años había extendido su poder hasta la mismísima Córdoba. Ya hemos contado aquí sus vicisitudes: enfrentado a otro caudillo musulmán de nombre Muhammad ibn Nasr, llamado al-Ahmar («el Rojo») por el color de sus cabellos, Ibn Hud se encontró rodeado de enemigos: al norte, los cristianos, y el Rojo dentro de Al-Ándalus. Cuando Fernando III tomó Córdoba, en 1236, Ibn Hud quedó en posición muy precaria. Su única oportunidad para sobrevivir era tributar vasallaje a Castilla, pero eso no iba a ponerle a salvo de las conspiraciones que en su propia casa se tejían contra él. Apenas dos años después de la pérdida de Córdoba, Ibn Hud era asesinado en el puerto de Almería. Le mató uno de sus propios gobernadores, que no tardaría en entregarse al gran rival de Ibn Hud: Muhammad ibn Nasr el Rojo. En Murcia quedaban los parientes del muerto como regentes del reino, pero nadie ignoraba que la suerte estaba echada. Tarde o temprano, Murcia caería en manos cristianas. Toda la cuestión

estaba en saber quién llegaría antes: si los de Castilla o los de Aragón.

Fue Castilla. Y en realidad, lo fue porque los moros murcianos así lo quisieron. Aragón ya había conquistado Valencia, y en 1242 Jaime I había llegado a Alcira, donde estaba el único puente que cruzaba el Júcar: el campo se abría hacia el sur para los aragoneses. Los herederos de Ibn Hud veían claro el peligro y, sobre todo, veían que estaban en una auténtica ratonera: amenazados por los aragoneses en el norte y por los musulmanes de Ibn Nasr el Rojo en el oeste, su única opción era pagar vasallaje a Castilla, para que Fernando III les protegiera frente a ambos. El viejo sistema de parias. Ahora bien, el reino moro de Murcia ya no tiene de dónde sacar el dinero. Así el vasallaje adoptará una forma mucho mayor de sumisión: en 1243, Ibn Hud al-Dawla, tío del difunto caudillo murciano, se somete al hijo de Fernando, el infante Alfonso, por el Tratado de Alcaraz. ¿Qué estipulaba ese tratado? Que Murcia no solo se convertía en reino vasallo de Castilla, sino que se incorporaba materialmente a la corona castellana bajo forma de protectorado. Es decir: los Ibn Hud seguirán gobernando Murcia, pero la soberanía sobre el territorio —y los ingresos de las rentas y tributos— corresponden al rey de Castilla y León.

Atención a este infante Alfonso que firma el pacto de protectorado con los parientes de Ibn Hud: es el primogénito y heredero de la Corona de Castilla, al que la historia posterior conocerá como Alfonso X el Sabio. ¿Qué estaba haciendo allí Alfonso? Dirigir las operaciones en Murcia. Fernando, el rey, estaba enfermo y se había retirado a Burgos. Su hijo Alfonso, veintidós años en aquel momento, quedó al frente del negocio. Y hay que reconocer que lo hizo con provecho, porque nunca costó menos sangre conquistar un reino.

Ahora el principal objetivo era marcar la línea de frontera con Aragón, porque Jaime I seguía ocupando paso a paso las tierras de lo que hoy es la provincia de Alicante. En los meses precedentes las banderas aragonesas habían llegado a Caudete, Villena y Sax, plazas que están al oeste del castillo de Biar y que, por tanto, según los tratados anteriores, debían corresponder a Castilla. Y las huestes del infante Alfonso, por su parte, estaban subiendo hasta Játiva, que era parte del lote correspondiente a Aragón. A estas alturas, solo había dos opciones: o empezar a pelear o firmar un nuevo pacto. Y tanto Jaime I como Fernando III eran reyes sensatos e inteligentes, poco amigos de enzarzarse en querellas sin sentido. Así se llegó al pacto definitivo (más o menos, en fin) sobre el sureste español: el Tratado de Almizra, el 26 de marzo de 1244.

Almizra es el actual Campo de Mirra, en Alicante, a unos dos kilómetros al este de Villena. Desde lo alto del cerro de San Bartolomé, donde un día hubo un castillo, se divisan las tierras de Alicante, Murcia, Albacete y Valencia. Allí, en ese castillo, se firmó el pacto. Según contó el propio rey Jaime, la negociación fue cualquier cosa menos amable: «Quien quiera Játiva, por encima de nos habrá de pasar», dice el rey

aragonés que dijo a los enviados castellanos. Y cuenta la tradición que solo las lágrimas de la infanta Violante, hija de Jaime y prometida en matrimonio al castellano Alfonso, pudieron aplacar tensiones. Jaime retuvo Játiva. Y los castellanos se quedaron con la línea Caudete-Sax y el sur de la línea Biar-Villajoyosa. Castilla ganaba así su anhelada salida al mar Mediterráneo. Los términos de este pacto se mantendrán durante sesenta años.

Lo que pasó después fue que ciertas localidades del antiguo reino moro de Murcia no reconocieron el pacto: en Orihuela, Mula, Cartagena y Lorca hubo sublevaciones de musulmanes. El infante Alfonso fue expeditivo: envió a sus tropas bajo el mando de Rodrigo González, señor de Girón, y del maestro de la Orden de Santiago, don Pelayo Pérez Correa. Mano de santo: Lorca pactó y Mula y Cartagena se rindieron. Pero Alfonso, precavido, mantuvo allí guarniciones castellanas. De manera que el viejo reino moro de Murcia siguió siendo un protectorado, pero aquellas ciudades rebeldes pasaron a depender directamente de la Corona de Castilla y recibieron una abundante repoblación castellana.

¿Era posible la existencia de un protectorado musulmán dentro de un reino cristiano? No. En Granada se había hecho fuerte el otro gran caudillo de la descomposición almohade, Muhammad ibn Nasr el Rojo, y la vecindad con ese foco de conflicto hacía inviable que Murcia sobreviviera bajo el mando de los herederos de Ibn Hud. La propia marcha de las cosas hará que Castilla refuerce la presencia de la corona en la región. Primero, en 1257, con la creación de la diócesis de Cartagena: recordemos que las diócesis eclesiásticas eran la verdadera columna vertebral de la organización del territorio desde tiempos de los godos. Inmediatamente después, con la designación de un adelantado mayor a modo de delegado del poder regio. Entre una cosa y la otra, la jurisdicción cristiana terminó siendo la única válida en Murcia.

Habrán sublevaciones mudéjares, pero la Corona de Castilla estaba dispuesta a no ceder ni un ápice. Murcia terminó siendo tan cristiana como cualquier otra provincia del reino. Eso, en todo caso, fue varios años más tarde. Y para entonces Castilla ya había alcanzado otra frontera decisiva en el lado opuesto del mapa: Sevilla, cuya reconquista vino a cerrar el ciclo de la expansión castellana. Y aquí, en Sevilla, nació la marina de Castilla. Enseguida veremos cómo fue. Pero antes...

Así se inventó el reino moro de Granada

Pero antes hay que contar el nacimiento de un nuevo protagonista en nuestro relato: el reino moro de Granada, que ve la luz precisamente ahora. Mientras la España cristiana se configuraba alrededor de cuatro reinos que eran cinco —Portugal, Castilla y León, Navarra y Aragón—, Al-Ándalus buscaba una conformación nueva tras el hundimiento almorávide. La encontrará en una entidad de nuevo cuño: el reino de Granada, que nació de manera bastante fortuita, pero que logrará sobrevivir más de doscientos cincuenta años. Veamos cómo empezó todo.

Si usted se acuerda, cuando el imperio almohade se desmoronó, en Al-Ándalus surgieron dos caudillos dispuestos a gobernar el naufragio: Abu Abdala ibn Hud y Muhammad ibn Nasr. Ibn Hud se había hecho fuerte en Murcia y había llegado a controlar un extenso territorio que incluía Jaén, Almería y Córdoba. El otro, Ibn Nasr, se había proclamado sultán de Arjona, primero, y emir de Al-Ándalus después, y su partido había encontrado numerosos seguidores en Granada. Inevitablemente, los dos caudillos entraron en conflicto entre sí. Entonces el rey Fernando III, que además de santo era sagaz, decidió meter la cuchara y apoyar a uno de los dos rivales. ¿A cuál? Al más débil: Ibn Nasr. Con ello obligaba al otro, Ibn Hud, a combatir en dos frentes.

Completemos el perfil del personaje: Muhammad ibn Yusuf ibn Nasr era natural de Arjona, de familia terrateniente y, según parece, con veleidades ascéticas, porque las fuentes le adscriben a las escuelas religiosas sufíes, no especialmente bien avenidas con el riguroso malikismo que imperaba en Al-Ándalus. Muhammad no era un guerrero, sino un campesino rico. Pero las algaradas cristianas en la frontera le llevaron a combatir, y lo hizo con la suficiente fortuna como para convertirse en un caudillo local. Ahí empezó su carrera. Y al otro lado de la raya, Fernando III vio en él un estupendo instrumento para frenar al peligroso y ambicioso Ibn Hud.

Muhammad Ibn Nasr aprovechó la oportunidad: ocupó cuantos territorios pudo y lo hizo de manera expeditiva. Tampoco renunciará a la traición: en Sevilla, Ibn Nasr pacta con el reyezuelo local, al-Bayi, para derrotar a los partidarios de Ibn Hud; cuando logra su propósito, manda asesinar al desdichado al-Bayi y pone en su lugar a un hermano suyo (de Ibn Nasr), Alí ben Asquilula. Una nueva sublevación obligará a este a huir. Ibn Nasr pierde Sevilla. Ibn Hud, el murciano, vuelve a ganar. Es la época en la que Damasco reconoce a Ibn Hud como emir. Muhammad se verá obligado a rendirle vasallaje. Pero Ibn Hud tenía los días contados: después de perder Córdoba y Murcia fue asesinado por uno de sus hombres. Castilla se apresura a ocupar y repoblar el territorio conquistado. Y en Al-Ándalus ya solo queda un poder digno de ese nombre: el del otro caudillo moro, Ibn Nasr. De él nacerá una dinastía: los nazaríes, es decir, los hijos de Nasr.

Muhammad ibn Yusuf ibn Nasr entró en Granada el mismo año en que Ibn Hud fue expeditivamente expulsado del reino de los vivos. Acto seguido apareció en el

escenario del crimen, Almería, y la anexionó a su reino. Es evidente que todo guarda relación entre sí: el nazarí era el beneficiario directo de la expansión castellana en Andalucía. A cambio de su complicidad, Muhammad obtenía nada menos que un reino. Porque es aquí y ahora cuando nace el reino de Granada, que en ese momento ocupa aproximadamente las provincias de Granada, Almería y Málaga, además de algunas posiciones en la provincia de Jaén. Muhammad ya es Muhammad I. Siguiendo la costumbre islámica, el nuevo rey se puso un sobrenombre que evocaba de manera rimbombante la guerra santa: al-Galib Billah, «el victorioso por Dios». Pero el primer nazarí pasará a la historia por su apodo de al-Ahmar, o sea, «el Rojo», por el color de sus barbas.

Dice la tradición que, cuando Muhammad entró en Granada, la población le recibió al grito de «Bienvenido el vencedor por la gracia de Alá», a lo que Muhammad respondió: «*Wa la galiba illa-llah*», que quiere decir «No hay más vencedor que Alá». Esa frase se convertirá desde entonces en divisa de la dinastía nazarí. Una de las primeras cosas que ordenó el nuevo rey fue construir un palacio digno de su alcurnia: la Alhambra, que se llama así, «la roja», por las barbas del personaje. Y dispuesto a ser el rey que sus súbditos esperaban, a Muhammad tampoco le costó mucho abandonar las escuelas musulmanas ascéticas en las que hasta entonces había profesado para abrazar el malikismo mayoritario en Al-Ándalus.

¿Cómo era entonces Granada? ¿Cuánta gente vivía allí? La Granada de este momento, año de 1238, era una ciudad de rango secundario. El lugar había conocido un cierto auge en época ibérica y romana, pero después quedó despoblado. Cuando llegaron los musulmanes, en el siglo VIII, no se instalaron en Granada, sino en la cercana Elvira, que era la verdadera cabeza de la comarca. La nueva Granada no se fundaría hasta el año 1031, cuando las revueltas de las taifas auparon a los ziríes al poder en la región. Fue entonces cuando alrededor del barrio del Albaicín se desplegó una ciudad con alrededor de 4.400 casas y que en los dos siglos siguientes no conoció otra modificación que los sucesivos recintos amurallados.

Es decir que Granada solo era una ciudad de importancia menor. Pero en las vegas y sierras cercanas había desde antiguo una intensa actividad agraria; tanto y tan rica que, un siglo antes, los mozárabes —esto es, los cristianos— de la región se habían sentido con fuerzas para pedir al rey de Aragón, Alfonso el Batallador, que acudiera a redimirles del poder musulmán, y mucho debían de estimar los moros estas tierras cuando movilizaron todo lo que tenían a mano para frenar la intentona. No lo consiguieron, por cierto: Alfonso llegó, liberó a varios miles de familias cristianas y las llevó consigo al norte, y aquellos mozárabes granadinos fueron los que repoblaron las nuevas tierras al sur de Zaragoza. Pero el episodio da fe de la importancia económica del entorno de Granada. Y esa era la ciudad que ahora estaba llamada a ser capital del nuevo reino.

Muhammad se las prometía muy felices: después de todo, había conseguido unificar la mayor parte de la España mora bajo un solo poder. Lo que quedaba fuera de su control —Sevilla, Huelva y parte de Cádiz— no le despertaba el menor apetito: en todos esos lugares habían aparecido pequeñas taifas gobernadas por reyezuelos cuyo destino no podía ser otro que caer bajo las armas castellanas. Porque el diseño estratégico castellano estaba claro: ante todo, reconquistar hacia el suroeste, hacia el valle del Guadalquivir, por el valor económico de la región y porque allí estaba precisamente la línea que separaba las áreas de expansión portuguesa y leonesa; si Fernando quería imponer sus banderas, le resultaría prioritario hacerlo de manera que los portugueses no le comieran terreno. Muhammad el Rojo sabía que Fernando III no pararía hasta llegar a la desembocadura del Guadalquivir. Pero aquel nuevo reino de Granada, encajonado en las sierras subbéticas, no tenía por qué entrar en el camino del rey Fernando.

Ahora bien, había un pequeño problema: Jaén. Esta ciudad seguía en manos musulmanas y formaba parte del reino de Muhammad. Y por su posición geográfica, representaba para Castilla una evidente amenaza: como un vigía adelantado sobre el valle del Guadalquivir desde las peñas de la sierra Mágina, Jaén controlaba los movimientos cristianos en las recién ganadas llanuras. Hablamos, además, de una localidad que gozaba de una prosperidad más que notable. Fernando III había intentado tomar Jaén en dos ocasiones, en 1225 y 1230, sin conseguirlo. Las crónicas musulmanas evalúan el número de sus defensores en más de 50.000 hombres, lo cual seguramente es una exageración, pero da fe de la importancia que se concedía a la ciudad. Por supuesto, Muhammad al-Ahmar no ignoraba todo esto. De hecho, para afianzar sus posiciones, entre 1243 y 1245 las huestes del nazarí prodigaron las correrías por la región, desde Andújar hasta Martos. En una de estas expediciones lograron forzar la retirada de los cristianos, encabezados por el infante Rodrigo (un hijo de Alfonso IX de León) y los caballeros de Santiago. Si Fernando III quería asentar su hegemonía en la zona, estaba obligado a tomar Jaén.

Como todas las campañas del rey Fernando, también esta de Jaén será fruto de una meditada estrategia. Reunió a sus tropas en Andújar. Conocemos el nombre de algunos de los que le acompañaron: Nuño González, Sancho Martínez de Jódar, Rodrigo González; también el infante Alfonso, señor de Molina, hermano del rey... En la campaña estaban también las órdenes militares de Santiago y Calatrava, y las milicias concejiles de Úbeda, Baeza y Quesada. Desde Andújar, Fernando envió columnas hacia Jaén y Alcaudete, por un lado, y hacia Arjona por el otro. De esta manera evitaba que los distintos puestos fuertes musulmanes pudieran prestarse socorro. Mientras las mesnadas ponen cerco a sus objetivos, un intenso trabajo se desata en la retaguardia: talar árboles, arrancar viñas... Se trata de reducir al mínimo las posibilidades de abastecimiento del enemigo. Arjona cederá a los pocos días: la

ciudad capitula y la línea defensiva de Muhammad en el norte se desmorona. Para Fernando quedaba libre el camino a Jaén.

Dice la tradición que, durante el asedio de Jaén, el rey Fernando tuvo una visión. Se le apareció en sueños nada menos que santa Catalina de Alejandría, aquella mártir egipcia de finales del siglo III, poeta y filósofa, virgen y sabia, ejecutada en tiempos del emperador Maximiano. Los europeos habían conocido la historia de Catalina en las primeras cruzadas en Tierra Santa, y desde entonces la devoción a la santa tuvo una difusión espectacular. Y era esta santa Catalina la que ahora aparecía en los sueños de Fernando III para entregar al rey un objeto cargado de presagios: unas grandes llaves. Fernando, al despertar, no dudó: eran las llaves de Jaén. La ciudad sería suya. Como primera providencia, dio el nombre de santa Catalina al cerro donde tuvo su visión. Añade la tradición que en aquel monte clavó el rey cristiano su espada, y en ese mismo punto se eleva hoy una cruz.

Jaén fue suya, en efecto: después de un cerco atroz que ocupó todo el invierno entre 1245 y 1246, entre mil sufrimientos y penalidades, con frío y hambre, Jaén se rindió. Las defensas de la ciudad eran muy sólidas y la orografía del lugar vetaba el uso de máquinas de asedio, pero el diseño estratégico de Fernando había dejado a Muhammad al-Ahmar literalmente con las manos atadas: no podía enviar ningún auxilio a los sitiados, de manera que los moros de Jaén quedaron abandonados a sí mismos. Y así, el 28 de febrero de 1246, el nazarí se resignó: acudió al campamento de Fernando III y le besó la mano. El rey moro de Granada se convertía en vasallo del rey de Castilla.

Las condiciones de la capitulación fueron severas. Los moros quedaban obligados a evacuar y entregar Jaén de manera inmediata; se les autorizó a llevarse sus pertenencias. Muhammad al-Ahmar pagaría un tributo anual de 150.000 maravedíes durante veinte años. El rey nazarí de Granada quedaba como vasallo del castellano, con el deber de servirle tanto en la paz como en la guerra, y obligado a acudir a las Cortes de Castilla, donde se sentaría entre los magnates del reino. Y aceptado todo eso, Muhammad al-Ahmar volvió a Granada. Para Muhammad, después de todo, no había sido un mal negocio. Perdía Jaén, pero tenía en las manos un reino que ahora quedaba protegido tanto frente a los castellanos como frente a los aragoneses. En poco tiempo, el reino moro de Granada conocerá un auge notable. Sobrevivirá dos siglos y medio.

Jaén se convirtió inmediatamente en ciudad cristiana. Fernando III hizo purificar y consagrar la mezquita, a la que dio el nombre de Santa María. Otorgó sede episcopal a Jaén y nombró alcaide a don Ordoño Álvarez de Asturias, señor de Noroña. Y después de ocho meses, Fernando III marchó hacia nuevos objetivos. El fundamental: Sevilla.

En Sevilla nació la marina de guerra castellana

Con Córdoba reconquistada, Jaén ganada igualmente para la cruz y Granada y Murcia sometidas a vasallaje, las banderas de Castilla y León tenían ante sí el horizonte del valle del Guadalquivir, que era la nueva frontera de la Reconquista. Y el centro de esa frontera estaba en Sevilla, la vieja ciudad romana y goda, convertida en último núcleo del poder almohade en España. Los almohades, aquella secta religioso-guerrera que desde un siglo atrás dominaba las dos orillas del estrecho de Gibraltar, habían hecho de Sevilla su capital en Al-Ándalus. Ahora, a la altura de 1245, el imperio almohade solo era una sombra: hafsíes en Túnez, benimerines en Argelia y zianidas en el Magreb central se estaban repartiendo los despojos del viejo poder. ¿Y qué quedaba del antiguo imperio? En términos reales, solo la franja atlántica: en África, el oeste del actual Marruecos, y en España, el valle del Guadalquivir, cuya llave era Sevilla.

El rey de Castilla y León, Fernando III, conocía bien el paño. Sabía que Sevilla, en la práctica, no dependía tanto del poder oficial de Marruecos como de los caudillos locales que ejercían el poder de hecho. También conocía el rey cristiano los hondos desgarros de la dinastía almohade: había un califa en el trono, Abu Muhammad al-Adil, pero sus dos hermanos, Abu al-Ala y Yahya, conspiraban contra él. En esa tesitura, conquistar Sevilla para la cruz era un propósito factible. Solo había que atender a dos objetivos primordiales: uno, incordiar lo más posible a los almohades en Marruecos; el otro, aislar a la capital del Guadalquivir para que no pudiera recibir refuerzos de África. Para lograr lo primero, Fernando III no dudó en meter la cuchara en las querellas internas de la familia almohade. ¿Cómo? Apoyando a uno de los hermanos conspiradores, Abu al-Ala. En cuanto al otro objetivo, el de aislar a Sevilla, representaba un desafío estratégico de primera magnitud. Tanto que merece la pena examinarlo despacio.

Sevilla, ya ha quedado dicho, era la cabeza del imperio almohade en España. El imperio atravesaba horas bajas, pero las posiciones musulmanas en la región eran muy fuertes. Los poderes locales se mostraban dispuestos a luchar por su supervivencia. Y no estaban solos: Sevilla era una ciudad bien defendida y bien abastecida, permanentemente avituallada a través del puente de Triana; disponía de refuerzos constantes procedentes de África, que llegaban a la ciudad por el Guadalquivir; además, las taifas cercanas, como la de Niebla, compartían el objetivo de resistirse a la expansión cristiana. De manera que para tomar Sevilla había que ejecutar una operación a gran escala que cubriera simultáneamente varios frentes: cercar la ciudad por tierra, romper la vía de abastecimiento de Triana, taponar el Guadalquivir desde su desembocadura, evitar que los sitiados pudieran ser auxiliados por la cercana taifa de Niebla... Demasiadas cosas al mismo tiempo para unas huestes como las castellanas, cuyo número no bastaba para atender tantos objetivos a la vez y que, por otro lado, carecían de barcos de guerra. ¿Qué hacer?

Fernando III necesitaba refuerzos. No dudó en solicitarlos al rey de Aragón, Jaime I, y este tampoco dudó en prestarlos: hubo una nutrida hueste aragonesa en las operaciones de cerco sobre Sevilla. Pero las maniobras por tierra de poco servirían si al mismo tiempo no se cerraba el paso a los socorros que la ciudad pudiera recibir desde África por el Guadalquivir. El rey Fernando necesitaba barcos de guerra. Y no los tenía. Quien los tenía era Aragón. Pero Castilla no podía pedírselos, porque meter en el Guadalquivir a los barcos de las cuatro barras hubiera supuesto saltarse a la torera las líneas de frontera acordadas entre los dos reinos. Una cosa era pedir algunos centenares de caballeros para realizar una misión concreta —práctica muy habitual—, y otra muy distinta concentrar una fuerza terrestre y naval forastera en la zona. Castilla estaba obligada a construirse su propia marina de guerra.

Aquí aparece un personaje fundamental: Ramón de Bonifaz y Camargo, que al cabo pasará a la historia como el creador de la Marina Real de Castilla. Este Bonifaz era probablemente de Burgos, o al menos allí había puesto casa. Debió de nacer hacia 1195, cuando Castilla y León todavía eran reinos separados. La vida de este hombre fue desde muy temprano la mar. Porque Castilla tenía mar: los puertos cántabros y vascos, que pertenecían a la corona y donde se estaba desarrollando una intensa actividad náutica tanto para la pesca de altura como para el comercio con la Europa del norte. Los centros de la vida marítima castellana son bien conocidos: Vizcaya, Guipúzcoa y, de manera muy especial, las «cuatro villas» cántabras, a saber, Laredo, Castro Urdiales, Santander y San Vicente de la Barquera. Y allí, en ese mundo que empezaba a escribir caminos sobre la mar, había prosperado don Ramón de Bonifaz.

Parece que Bonifaz le había sido presentado al rey Fernando unos años antes, durante una estancia del monarca en Burgos. Allí estaba la cabeza comercial y administrativa de los puertos cantábricos, y don Ramón, un veterano de cincuenta años, ya era el hombre de más peso en el negocio. Ahora, ante la perentoria necesidad de barcos para tomar Sevilla, Fernando III pensó en aquel viejo marino: si alguien podía armar una marina de guerra para Castilla en un tiempo récord, ese era don Ramón de Bonifaz.

Corría enero de 1247 cuando el rey encargó al marino su misión. Bonifaz acudió a los principales puertos de Castilla: Bermeo, Guetaria y las cuatro villas cántabras. Pero no solo en los puertos castellanos encontró eco la convocatoria, sino también en los del reino de León, porque consta que a la llamada acudieron numerosos marineros asturianos (de Avilés, concretamente) y gallegos. León, recordémoslo, era también corona de Fernando III, pero constituía una entidad política distinta, con sus propias cortes. Por eso es significativo que León se sumara a la empresa: todo el mundo veía la conquista de Sevilla como una misión colectiva. ¿Cuántos barcos logró reunir don Ramón? Dice la crónica de Alfonso X el Sabio que un total de trece barcos de vela más cinco galeras expresamente encargadas por el rey en Santander. No mucho, pero

suficiente para la gran operación.

La guerra naval en esta época todavía era muy semejante a la de tiempos de los romanos: atacar al navío contrario, inmovilizarlo y proceder al abordaje. Hablamos de choques entre galeras propulsadas por hombres, donde los brazos importan más que el viento. Las batallas con barcos de vela, donde es decisiva la maniobra, aún vivían su infancia: la primera batalla de este tipo acababa de librarse en aguas inglesas hacia 1217. También la panoplia de armas a bordo era muy limitada. No había artillería. En la Europa del siglo XIII ya se conocía la pólvora, pero aún no se usaba para impulsar proyectiles. Lo que podía encontrarse en los barcos era una amplia variedad de arpones y ballestas, ocasionalmente catapultas y a veces el llamado «fuego griego», una mezcla viscosa que inventaron los bizantinos y que ardía sobre el agua, incendiando los buques rivales. Los barcos de esta época son, sobre todo, plataformas flotantes de arqueros y ballesteros que asaetean al enemigo; el cual, por su parte, hace lo mismo en espera del abordaje, donde se librará el choque decisivo.

Bonifaz no era un marino de guerra. Que se sepa, nunca antes había combatido. Pero era un hombre de mar experimentado, curtido al viento del Cantábrico, y esos conocimientos resultaron preciosos cuando los temporales comenzaron a sacudir a aquella improvisada flota —trece barcos de vela, cinco galeras— que lentamente descendía desde Galicia hacia la desembocadura del Guadalquivir. Comenzaba el mes de agosto de 1247 cuando la primera flota castellana, con aquellos cascarones colmados de hombres, hacía acto de presencia en Sanlúcar de Barrameda. Y allí, como era de temer, aguardaban los barcos almohades. No solo la flotilla mora que habitualmente protegía la entrada al río, sino también los barcos que traían refuerzos de África. La marina castellana iba a librar su primera batalla.

No sabemos gran cosa sobre cómo fue aquella primera batalla naval de la armada castellana, pero sí conocemos sus resultados: las galeras y los veleros de Bonifaz deshicieron a la escuadra musulmana. En el episodio debieron de ser decisivas las galeras santanderinas del rey Fernando, cuya envergadura les permitía quebrar con ventaja a las saetías y zabras de los moros, barcos ágiles y rápidos, pero de menor peso. Y una vez limpia la desembocadura del Guadalquivir, Bonifaz puso proa hacia la gran prueba: llegar a Sevilla.

Lo que va a pasar a partir de este momento puede describirse como la primera gran operación anfibia de la historia militar española. Mientras Bonifaz lleva sus barcos río arriba, el rey Fernando mueve a sus tropas a lo largo de la ribera oeste del Guadalquivir para impedir que los moros de la taifa de Niebla acudan a hostigar a la flota castellana. Y así asegurado el control del río, los castellanos ganan una baza táctica fundamental: ya pueden maniobrar libremente por las dos orillas. Con esa baza en su mano, Sevilla queda por fin al alcance de las armas cristianas. Los

refuerzos de Aragón ya han llegado y se despliegan por los alrededores. Solo un obstáculo separa al rey Fernando de su objetivo: la barrera tendida por los moros sobre el río, entre Triana y la Torre del Oro; una barrera que literalmente taponaba el Guadalquivir y que, además, permite a los sarracenos controlar Triana, que en la época era un arrabal poderosamente fortificado. Y no era poca cosa la tal barrera: un impenetrable puente de grandes barcazas amarradas con gruesas cadenas. Era preciso romper ese puente. ¿Cómo? Con barcos; los barcos de Bonifaz.

Fue el 3 de mayo de 1248, festividad del hallazgo de la Santa Cruz. El viento soplaba del sur y la marea parecía hecha a propósito para la hazaña. Bonifaz escogió sus dos naves más pesadas: dos carracas de carga. Hizo adosar en sus proas enormes tablas de madera erizadas de clavos y hierros aserrados, como una gigantesca maza de guerra... naval. Y cuando más firme soplaba el viento, las dos carracas largaron velas y se lanzaron a toda velocidad contra el puente moro. Estremece imaginar la violencia del choque. El primer barco se estrelló contra la barrera con un estrépito titánico. Inmediatamente después, la segunda carraca cristiana chocaba contra los barcos encadenados del puente musulmán. El puente de Triana se rompió en mil pedazos. Bonifaz iba a bordo de esta segunda carraca. Y había cumplido su misión.

Con el puente de Triana deshecho, la ciudad tardó muy poco en caer. Los moros aún pudieron rechazar un par de asaltos en Sevilla y Triana, pero la resistencia era imposible: las tropas cristianas, dueñas de todo el territorio en torno a la ciudad y ahora, además, del Guadalquivir, solo tenían que esperar la rendición. Esta se produjo el 23 de noviembre de 1248, cuando el rey moro de Sevilla, Axataf, pidió audiencia al rey Fernando y le entregó las llaves de la capital que tan celosamente había defendido. Después, a Axataf se lo tragó la historia.

Caída Sevilla, Fernando III se apresura a explotar el éxito. Las huestes castellanas toman sucesivamente Medina Sidonia, Arcos de la Frontera, Sanlúcar, Lebrija, Rota, Jerez, Santa María del Puerto... Grandes nombres de las armas cristianas doran sus blasones en el combate: el maestre de Santiago Pelayo Pérez, el caballero Garci Pérez de Vargas... Pero todos sabían que ninguna de esas victorias habría sido posible sin los barcos de Ramón de Bonifaz y sus galeras de Santander. Hoy figuran en el escudo de Cantabria una torre, unas cadenas y un barco; son el recuerdo de la hazaña hispalense de Ramón de Bonifaz, el creador de la marina de guerra castellana. Y así se reconquistó Sevilla.

Valencia: así se hacía una repoblación en el siglo XIII

Desde la toma de Cazorla en 1231 hasta la de Sevilla en 1248, el reino de Castilla y León ha protagonizado una expansión prodigiosa que suma a sus territorios la friolera de 50.000 kilómetros cuadrados. Aquí hemos visto algunos episodios decisivos de esa expansión. Pero ¿qué estaba pasando mientras tanto en la Corona de Aragón? Porque Jaime I —también lo hemos contado— había conquistado las Baleares en 1230 y Valencia en 1238. ¿Qué estaba haciendo el rey aragonés desde entonces? ¿Acaso su descenso hacia el sur se había detenido? No exactamente. Lo que estaba pasando era otra cosa: al margen de los problemas franceses de Jaime I, de los que ya nos ocuparemos más adelante, lo que estaba haciendo Aragón era repartir el territorio. Y el asunto merece ser visto en detalle, porque nos dice mucho sobre cómo se efectuó la repoblación cristiana de las tierras ganadas al islam.

Es importante tener en cuenta una cosa: ese proceso que conocemos como Reconquista no fue tanto una acción militar como una enorme aventura popular. A partir del siglo IX, y durante cientos de años, decenas de miles de asturianos, gallegos, aragoneses, vascos, navarros, etc., marcharon hacia el sur buscando nuevas oportunidades para sus propias vidas. Ese largo camino hacia el sur tuvo una dimensión religiosa y política evidente: se trataba de recuperar las tierras que un día fueron de la cruz y ahora estaban ocupadas por un poder extranjero. Pero esa dimensión no siempre fue transparente y, por otro lado, conoció numerosos altibajos. Sin embargo, nunca se detuvo el movimiento de gentes hacia las tierras que iban quedando desocupadas en el sur. Unas tierras que ofrecían al recién llegado más riesgos, sin duda, pero también más libertades.

Desde este punto de vista, la Reconquista conoció tres grandes fases. La primera, la de la Reconquista inicial, es la que se conoce como «presura»: los campesinos libres se aventuran en tierra de nadie, toman campos, los cultivan y, después, el poder les reconoce la propiedad sobre tales espacios. Así se hizo desde finales del siglo IX hasta principios del siglo XI en la meseta norte de Castilla, en el valle alto del Ebro y también en la Plana de Vic, en los condados catalanes. A medida que se descendía hacia el sur y que el poder en los reinos cristianos iba estando más organizado, el modelo de repoblación cambió. Nunca desapareció del todo el sistema de presura, donde el protagonismo era para el colono privado, pero ahora los reyes se preocupaban de dar forma a la conquista de nuevos espacios mediante un instrumento nuevo: los concejos, esto es, agrupaciones de núcleos de población que generalmente dependen de un señor, militar o eclesiástico, como delegado del poder regio. Así ocurrió en la frontera de la sierra de Guadarrama, por ejemplo. Y más tarde, a partir del siglo XII, cuando la Reconquista descendió hasta los llanos de La Mancha y de Teruel, aparecerá una forma nueva de repoblación. Esta es la que ahora debe

ocuparnos.

Esa tercera fase de la repoblación se conoce como «repartimiento». ¿En qué consiste? En repartir los territorios conquistados entre los grandes poderes del momento: nobles, órdenes militares y señoríos eclesiásticos. ¿Y por qué se hace ahora de esta manera, y ya no según las formas anteriores? Por tres razones. Primero, porque la nueva frontera es mucho más inestable y protegerla frente al enemigo exige una fuerza militar que solo esos grandes poderes están en condiciones de asegurar. ¿Y por qué solo ellos, y no el rey o los concejos? Esta es la segunda razón: desde dos siglos antes, las coronas españolas están viviendo un constante proceso de feudalización del poder, de manera que el monarca tiene que aceptar el peso de los dueños de la tierra; de hecho, los reyes de Castilla o Aragón apenas tienen fuerza militar propia, y sus ejércitos son en realidad la suma de las mesnadas de los señores feudales. ¿Y no hubo problemas sociales por este peso decisivo de los grandes señores? ¿No protestaban los campesinos libres al ver reducidas sus expectativas? A veces sí y a veces no, pero, en todo caso, tampoco había suficiente masa humana para que las protestas llegaran muy lejos, y esta es la tercera razón por la que se impuso el sistema de los repartimientos: la escasísima demografía de la España de la época, que obligaba a administrar los nuevos territorios con un criterio distinto.

La España cristiana siempre estuvo muy poco poblada. Recordemos que desde dos siglos atrás todos los monarcas habían favorecido la llegada de inmigrantes europeos (los llamados «francos») que venían a instalarse en España al calor de las vías jacobeanas. Al mismo tiempo, al menos desde el siglo X era constante el goteo de mozárabes —esto es, cristianos de Al-Ándalus— que huían de la España mora para instalarse en el norte, entre cristianos. Ahora, con la reconquista de amplísimos territorios, aparecían nuevos espacios que había que llenar, y la tarea no era nada fácil. En muchos lugares se optó por mantener a la población mudéjar, esto es, musulmana, pero sometida a los señoríos cristianos. En otros muchos, sin embargo, no había población suficiente y la tierra tampoco era apta para cultivos intensos, de manera que había que optar por la ganadería de amplios espacios. Y tanto para una cosa como para la otra, solo los grandes señores estaban en condiciones de organizar el territorio de manera eficaz. En definitiva, la evolución del sistema de repoblación, desde el modelo primitivo de la presura hasta el de los repartimientos, fue consecuencia al mismo tiempo de varios factores: el cambio en la estructura de poder, las necesidades bélicas y la propia condición de la tierra.

La historia suele ser extremadamente fría a la hora de explicar este tipo de procesos socioeconómicos. Sin embargo, es importante ponerse en la piel de los colonos, aquellas gentes que dejaban su tierra para buscar una vida nueva en espacios que hasta poco tiempo antes habían sido escenario de guerra. Con frecuencia los colonos han de empezar literalmente desde cero. Pero la aventura vale la pena,

porque esa vida nueva lleva consigo, siempre, una ganancia importante de libertad personal. El cristiano de Cantabria o de Huesca que marchaba a vivir a Córdoba o a Valencia no aspiraba solo a una mejora económica, sino que sobre todo buscaba un estatuto más libre. Y los fueros que los reyes otorgaban a los nuevos espacios conquistados garantizaban precisamente esa libertad.

Volvamos ahora a Jaime I de Aragón, cuya tarea en este momento de nuestro relato es precisamente esa: dar fueros y organizar territorios. La conquista del reino de Valencia ha otorgado a la corona amplísimos espacios nuevos. Además ha llevado las banderas de Aragón hasta la misma frontera del reino moro de Murcia, que naturalmente pugna por no perder terreno. Jaime I atiende a la vez los dos objetivos, que en realidad son el mismo: afianzar el control del suelo valenciano y arañar porciones de tierra a los musulmanes de Murcia. Miles de hombres han venido desde Huesca, Zaragoza y Barcelona para combatir en estas lides; para todos ellos ha llegado ahora el momento de disfrutar de la victoria.

¿Cómo organizar eso? Jaime I era un rey serio y su corte era un ejemplo de eficacia, de manera que se procedió a llevar un minucioso registro de a quién se otorgaba qué. Ese registro se llamó *Llibre del Repartiment* (Libro del Repartimiento), y nos ha llegado íntegro hasta el día de hoy. Hay una versión disponible en internet: www.jaumeprimer.uji.es/cgi-bin/repartiment.php. Bucear en sus páginas es sumergirse en la España de un tiempo donde todo era posible. El libro detalla la procedencia de los beneficiarios, y es interesante ver que, entre los vencedores, no solo hay aragoneses —la mayoría— y catalanes, sino también muchos navarros, bastantes franceses, italianos, ingleses y hasta húngaros (húngara era la segunda esposa de Jaime), lo cual demuestra que aquella conquista tuvo un evidente aire de cruzada.

En el *Llibre* aparecen donaciones especiales que nos hablan de la alcurnia de sus beneficiarios: Artal de Luna, Berenguer d'Entenza, Lope de Esparza, Diego Crespí, Pedro Artés, Jaime Zapata, Alfonso Garcés, Sancho de Pina, entre otros. Son caballeros, soldados destacados o personas de relieve en la corte a los que se va a encomendar la posesión de alquerías, pueblos y hasta comarcas enteras. Pero junto a ellos aparecen miles de personas, nombradas una a una, con detalle del lote que el rey les concede en recompensa por los servicios prestados. Como mínimo, dos yugadas de tierra, es decir, toda la tierra que una yunta de bueyes sea capaz de trabajar en dos días. Una yugada venía a equivaler a 2.700 metros cuadrados. Puede imaginarse el premio que representaba media hectárea de huerta valenciana para un tipo que venía de ser menestral en Teruel o Jaca. Pero es que, además de la tierra, a estos hombres se les reconocía la posesión sobre sus propias personas: la libertad.

Uno va repasando el *Llibre del Repartiment* de Valencia y encuentra todos los nombres de los colonos, incluidas las mujeres, que en ocasiones son propietarias en

primera persona. De Jaca han venido Beltrán de Pina, Benedet Paloma, Blasco de Ordoño, Sancho de Seinos... De Teruel vienen Pedro Muñoz, Jimeno Romei, Marco Monto, Andrés de Retascho, Blasco de Alcastreles... Son miles de nombres y la imaginación vuela tratando de reconstruir la historia de cada uno de ellos. Un libro semejante se había confeccionado para la conquista de Mallorca, y los castellanos harán lo mismo pocos años después para repartir las tierras de Murcia. Estos documentos son el libro de familia de los españoles de la Reconquista.

Pero Jaime I hizo más: para administrar el nuevo territorio, no lo puso bajo el mando de la nobleza aragonesa, sino que instituyó unos fueros singulares que daban al reino de Valencia entidad propia (naturalmente, bajo el cetro del propio Jaime). Esto sentó muy mal a los aristócratas de Aragón, porque limitaba sus oportunidades de ganar territorios a expensas de las tierras valencianas. ¿Por qué hizo eso el rey Jaime? Probablemente, porque sus pasados quebraderos de cabeza con la nobleza aragonesa le habían aconsejado poner límites al poder de los magnates. Y lo que así surgía era un reino diferenciado, en parte del cual regía el derecho aragonés, pero que en otra parte se gobernaba por sus propios fueros e instituciones.

El desarrollo de Valencia en los decenios posteriores va a obedecer directamente a esta singular naturaleza jurídica. El peso feudal sobre el reino es escaso. Las ciudades —y en particular la propia Valencia— se gobiernan de una manera bastante autónoma. El número de pequeños propietarios es elevadísimo. Los gremios de oficios se organizan por libre y mantienen sus propias instituciones. Tribunales preexistentes, como el de las Aguas, que data de tiempos de los romanos, siguen vigentes ahora. Por otro lado, permanece en buena medida la abundante población mudéjar (musulmana) y mozárabe (cristiana) que había antes de la conquista. Todo eso crea una riqueza notable. Riqueza que el propio monarca va a aprovechar, porque Jaime, que jurará los fueros valencianos, también obtendrá sus buenos réditos por ello.

A partir de este momento, la política de la Corona de Aragón es ya la de una gran potencia europea. En 1246 Jaime ha casado a su hija Violante —o Yolanda, que viene a ser lo mismo— con el heredero de Castilla y León, Alfonso X el Sabio. Hacia el este, las aguas del Mediterráneo occidental no separan, sino que enlazan los puertos de Aragón. Una intensa actividad marítima empieza a cobrar cuerpo en nuestras costas. Y al otro lado del Pirineo, en el sur de Francia, aún permanece la huella dinástica aragonesa. La vieja Occitania, sin embargo, está siendo objeto de numerosas presiones. Un curioso negocio se perfila en el horizonte: Aragón renunciará a sus posesiones francesas y, a cambio, Francia renunciará a sus derechos sobre los condados catalanes, que databan de tiempos de Carlomagno. Pronto lo veremos.

El final de Fernando III, el rey santo

Fernando III de Castilla y de León entregó su alma a Dios el 30 de mayo de 1252. Tenía cincuenta y tres años; en la época, una edad no especialmente temprana para morir. Dice la crónica que murió de hidropesía, es decir, una anormal retención de líquido en los tejidos. Pero la hidropesía no es tanto una enfermedad como un síntoma; puede ser consecuencia de tumores, o de trastornos circulatorios, o de alguna otra disfunción en los órganos. No sabemos cuál de todas esas dolencias aquejó a Fernando.

La salud del rey había empezado a dar señales alarmantes diez años atrás. Ya entonces su hijo Alfonso se hizo cargo de algunos asuntos de Estado, y en particular de la cuestión murciana. Aun así, al rey Fernando no le faltaron las energías para acometer la decisiva conquista de Sevilla. Ahora, primavera de 1252, el rey acariciaba un nuevo objetivo: una expedición militar sobre el norte de África para neutralizar cualquier posible reacción musulmana. Pero la muerte, inoportuna por definición, llamó a la puerta.

Fernando había reinado treinta y cinco años en Castilla y veintidós en León. Cuando él llegó al trono, Castilla y León eran reinos distintos; ahora su corona era la misma y no dejaría de serlo jamás. Cuando él llegó al trono, la frontera de la cristiandad pugnaba por bajar de Sierra Morena; ahora había alcanzado las aguas de Cádiz y Huelva y ya no volvería a retroceder. Cuando él llegó al trono, la lengua oficial de la corte era el latín; ahora era y seguiría siendo el castellano. Cuando él llegó al trono, la diversidad de leyes y fueros complicaba extraordinariamente la administración del reino; ahora, con la nueva recopilación del *Fuero Juzgo* visigodo impulsada por Fernando, se establecía un corpus jurídico que iba a estar en vigor hasta el siglo XIX. Realmente, la labor de gobierno de este hombre es excepcional.

Lo que dejaba tras de sí era un reino muy poderoso que ya se proyectaba hacia dos mares y que, sin ánimo de desmerecer a nadie, con plena razón podía adjudicarse el título de hermano mayor de la cristiandad española. Fernando legaba a la posteridad no solo una obra de gobierno sobresaliente, sino también un asombroso reguero de hijos. Con su primera esposa, la alemana Beatriz de Suabia, había tenido diez vástagos. Uno de ellos será el heredero de la corona, Alfonso, que casará con una hija de Jaime I de Aragón. Su segunda esposa, la francesa Juana de Danmartin, le dio otros cinco hijos y, entre ellos, a la que será reina de Inglaterra, Leonor de Castilla. En la abundante progenie del rey Fernando encontramos, además de reyes poetas y reinas inglesas, dos arzobispos de Sevilla, varios señores de la guerra, un conde francés, un senador de Roma, varias monjas castellanas... Todo un fresco de la Europa medieval.

La referencia a Europa no es retórica: el reinado de Fernando III saltó

efectivamente las fronteras de la cristiandad española. ¿Por qué? Porque nuestro personaje se convirtió en modelo perfecto de rey cruzado. En Europa, conviene no olvidarlo, es tiempo de cruzadas. Recapitulemos: cuarta cruzada en 1204, cruzada contra los cátaros en 1208, cruzada de los niños en 1212 (un episodio entre legendario y real), quinta cruzada pontificia en 1213, derrota de los cruzados en Egipto en 1221, cruzada de la Orden Teutónica en Prusia en 1226, cruzada de Federico II Hohenstauffen a Jerusalén en 1228, marcha del rey Teobaldo de Navarra a Tierra Santa en 1239, cruzada contra los mongoles en 1241, cruzada de Luis IX de Francia en Egipto en 1248... Todo eso sucede mientras en Castilla y León reina Fernando, que a su vez da un evidente aire de cruzada a sus campañas en Andalucía, como Jaime I se lo estaba dando a sus campañas en Baleares y Valencia.

Gracias a un benedictino inglés, Mateo de París, que lo reflejó en la *Chronica Majora*, sabemos que en Europa todo el mundo pensaba que Fernando III empuñaría la espada para marchar sobre Tierra Santa. De hecho, en los últimos años de su vida envió una embajada a Inglaterra, a la corte de Enrique III, con una singular propuesta: una cruzada sobre el norte de África, para la cual Fernando dejaría el camino de Castilla abierto de manera que los ingleses no tuvieran que atravesar Francia. De aquella embajada quedó seguramente el compromiso de casar al heredero inglés, Eduardo (el malvado Longshanks del *Braveheart* de Gibson), con una hija de Fernando, Leonor.

Ese era el negocio que Fernando III se traía entre manos cuando le llegó la muerte: una cruzada en Occidente. Y no era una ocurrencia aislada. Desde el matrimonio de Fernando III con Beatriz de Suabia, en 1221, había caballeros de la Orden Teutónica en España, concretamente en Zamora y en Híjar. Enseguida, en 1229, habrá un convento de la española Orden de Calatrava en Pomerania, Prusia. Más aún: consta que en 1246 el rey Fernando negoció con el papa y con Balduino de Constantinopla el envío de 1.500 guerreros castellanos (300 caballeros, 200 arqueros, 1.000 peones) al recién creado imperio latino de Constantinopla. Si la aventura no llegó a hacerse realidad fue porque Balduino no pagó los 40.000 marcos de plata que debían sufragar la expedición. Pero, con todos estos datos en la mano, se entenderá que la Castilla de mediados del siglo XIII se había convertido para el resto de las coronas europeas en un modelo de reino cruzado. Los materiales que lo prueban son abundantísimos: no solo la crónica inglesa de Mateo de París, sino también las crónicas francesas, las italianas, la correspondencia de los papas... La política internacional de aquel tiempo era esa: la cruzada contra el islam. Y ahí Castilla tenía ya voz propia.

Todo eso se acabó en 1252. El 30 de mayo de ese año, en Sevilla, al caer la noche, el rey sintió que había llegado la hora final. Fernando ordenó retirar cuantos adornos en su cámara connotaran la dignidad regia. Mandó que la habitación se

decorara como el interior de una iglesia. Porque lo que allí iba a suceder, en efecto, merecía más la atmósfera de una capilla que la de un palacio.

Cuando el rey escuchó la campanilla que anunciaba la llegada del Viático, y conforme a una tradición ancestral, pidió que le llevaran una soga y se la puso al cuello. Después ordenó que se le depositara sobre un lecho de cenizas. Era el trance de la penitencia, repetido por los reyes cristianos desde tiempo inmemorial. Así acostado sobre las cenizas, Fernando exclamó: «Desnudo salí del vientre de mi madre, que era la tierra. Desnudo me ofrezco ahora a ella. Señor, recibe mi alma entre la compañía de tus siervos». De tal guisa recibió el rey el último sacramento.

Acto seguido pidió una daga y una cruz y, en gesto de suprema mortificación, comenzó a herirse el torso mientras besaba una y otra vez el crucifijo. Y pidiendo perdón por sus muchos pecados, el monarca expiró en la madrugada del 31 de mayo de 1252. Sus restos fueron inhumados en la Capilla Real de Sevilla. Siglos más tarde será trasladado a la catedral hispalense. En su tumba se inscribió un epitafio escrito en latín, castellano, árabe y hebreo, y que reza así:

Aquí yace el muy honrado Fernando, señor de Castilla y de Toledo y de León y de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaén, el que conquistó toda España, el más leal, el más verdadero, el más franco, el más esforzado, el más apuesto, el más granado, el más sufrido, el más humilde, el que más temió a Dios, el que más Le hizo servicio, el que quebrantó y destruyó a todos Sus enemigos, el que alzó y honró a todos Sus amigos, y conquistó la ciudad de Sevilla, que es cabeza de toda España...

¿Exageraba el que redactó el epitafio? Los epitafios suelen estar hechos, precisamente, para exagerar, pero en el caso de Fernando III sabemos que las cualidades que adornaron a este rey fueron realmente sobresalientes. Las fuentes le retratan como «gobernante a la vez severo y benigno, enérgico y humilde, audaz y paciente, gentil en gracias cortesanas y puro de corazón». Son los rasgos prototípicos del caballero cristiano. Los mismos que adornaban a otro rey santo, su contemporáneo San Luis IX de Francia, que además era primo suyo.

Dicen las crónicas de la época que su muerte hizo llorar lo mismo a mujeres que a hombres, y de manera especial a los guerreros, aquellos guerreros a los que tanta gloria había dado. «Atleta de Cristo», le llamó el papa Gregorio IX. «Campeón invicto de Jesucristo», le tituló el también papa Inocencio IV. Y es verdad que a Fernando nadie le venció jamás. Según el Tudense, que escribía su crónica por esos mismos años, las costumbres del rey eran tan honestas que «nada parecido hemos leído de reyes anteriores». Pero es que sus propios enemigos le colmaban de elogios, porque un cronista musulmán como Al Himyari, abiertamente hostil a los castellanos, no deja de calificar a Fernando como «un hombre dulce, con sentido político». Un

dato interesante: a la ceremonia funeraria de Fernando III acudió el rey moro de Granada, y lo hizo acompañado de cien nobles sarracenos que portaban antorchas en señal de duelo. Debió de ser un espectáculo digno de verse.

En el trono quedaba, bajo la sombra del gran hombre, su hijo Alfonso, treinta y un años en aquel momento, largamente curtido en las lides políticas y también en el campo de batalla, y que además era, sin duda, uno de los hombres más cultos de su tiempo. A Alfonso iba a tocarle la compleja tarea de organizar políticamente un reino que en medio siglo había conocido un aumento espectacular. Las contrastadas cualidades del heredero permitían concebir grandes esperanzas en el futuro de Castilla. La realidad sería mucho más amarga. Pero todo eso ya lo veremos aquí.

Fernando III, «atleta de Cristo» y «campeón invicto de Jesucristo», fue canonizado en 1671 por el papa Clemente X, un pontífice muy pro español que luchó por la paz entre España y Francia, y apoyó el arraigo de la Iglesia en Polonia y el Québec. Este Clemente, por cierto, fue el que canonizó a San Francisco de Borja, Santa Rosa de Lima y San Luis Beltrán, beatificó a San Juan de la Cruz, a San Francisco Solano y a once mártires holandeses asesinados por los calvinistas, y además declaró venerable a sor María de Jesús de Ágreda. Una compañía estupenda para el rey que plantó la cruz en Córdoba, Jaén y Sevilla, y que devolvió a Santiago las campanas robadas por Almanzor.

Hoy San Fernando sobrevive en las memorias como patrón de Sevilla, de otras tres ciudades españolas, de una ciudad venezolana y de otra colombiana, de la universidad tinerfeña de La Laguna, del Arma de Ingenieros del Ejército español... Él fue quien mandó levantar las catedrales de Burgos y León, y también quien unificó los estudios generales de Salamanca y Palencia, que Alfonso X elevará enseguida al rango de universidad: la primera universidad española. Por cierto que al rey Fernando, en la iconografía, no se le representa con cetro, sino con su espada: *Lobera*, un arma que según la tradición perteneció al conde Fernán González y que hoy se saca todos los años en procesión por las calles de Sevilla. El último rey que la empuñó fue Alfonso XIII. Hoy es un rito olvidado por nuestros monarcas. Lo cual tal vez explique algunas cosas.

Segunda parte. Así eran nuestros cuatro reinos

Alfonso X: gran príncipe, problemático rey

Alfonso X de Castilla y León y Galicia y Toledo, hijo y heredero de Fernando III el Santo y Beatriz de Suabia, nieto del rey Felipe de Alemania, bisnieto del emperador Federico I Barbarroja del Sacro Imperio Romano Germánico... Alto, rubio, de ojos claros y hermoso semblante; enérgico e inteligente, cultivado y sensible. Ese era el personaje que llegaba al trono de Castilla en 1252, con treinta y un años de edad y una riquísima experiencia política y guerrera. Todo auguraba días de oro y gloria para Castilla y León.

Al nuevo rey ya lo hemos visto haciendo cosas importantísimas: peleando en Andalucía, firmando tratados con Aragón, gobernando en Murcia, ejerciendo de hecho como rey cada vez que su padre enfermaba. De la abundante progenie del rey Fernando (catorce hijos en dos matrimonios), el primogénito Alfonso era sin duda el mejor dotado para hacerse cargo del reino. Desde niño fue entregado al cuidado del mayordomo de su abuela, doña Berenguela. Aquel caballero se llamaba García Fernández de Villamayor; su esposa, doña Mayor Arias de Lima.

El mayordomo —que, precisemos, no era un sirviente, sino más bien un ministro— guio la crianza del muchacho entre el palacio de Berenguela en Burgos y las posesiones familiares en Galicia. Allí aprendió Alfonso el galaico-portugués. Cuando tuvo la edad adecuada, el infante fue enviado a la corte de Toledo, donde su padre le rodeó de una nube de tutores y preceptores. A los diecinueve años —era 1240— fue proclamado mayor de edad y heredero. Inmediatamente se hizo cargo de labores de gobierno.

La carrera de Alfonso como heredero es francamente brillante. Nunca deja de estar a la sombra de su padre, pero las tareas que asume son de tal calado que bien puede hablarse no de un heredero, sino más bien de un auxiliar del rey. Es él, Alfonso, quien dirige las operaciones de la conquista de Murcia entre 1243 y 1245, y en la circunstancia combina magistralmente la acción militar con la diplomacia. Es también él, el heredero, quien firma con Jaime I de Aragón el tratado que delimita la frontera murciana entre los dos reinos.

Tan manifiesto debía de ser el talento del joven Alfonso, que el rey Jaime no dudó en prometer a su hija Violante, de apenas diez años de edad, con el infante castellano. Era 1246. Se casarán tres años después. Al mismo tiempo que somete Murcia, Alfonso se ocupa también de lo que está pasando al otro lado del mapa, en Portugal, donde dos hermanos pelean por el trono; ya contaremos aquí esa historia. Enseguida le encontraremos en la conquista de Sevilla, donde dirige varias operaciones bélicas

y, tras la victoria, permanece en la ciudad organizando el repartimiento de tierras entre los vencedores. Quien así actuaba no era, evidentemente, solo un heredero; ya era un rey de hecho. Lo será de derecho muy poco después: el 1 de junio de 1252.

El programa político de Alfonso, una vez en su mano el cetro castellano, no difería gran cosa del de su padre y, en cierto modo, era su natural prolongación: asegurar el frente sur, repoblar las tierras conquistadas, unificar el derecho del reino. A todas ellas se aplica enseguida, y hay que decir que con dispar fortuna. Por ejemplo, el proyecto de desembarcar en la costa norteafricana para dismantelar cualquier posible reacción musulmana, heredado del rey difunto, quedó en agua de borrajas. Alfonso concluyó la construcción de las Atarazanas de Sevilla, terminó de armar la flota castellana y nombró un nuevo almirante que sustituyera al difunto Ramón de Bonifaz, el pionero. Incluso obtuvo de Roma la declaración de cruzada para la empresa. Consta que el nuevo rey designó obispos para las nuevas diócesis que habían de nacer en el África conquistada. Pero, finalmente, aquella ofensiva jamás tuvo lugar.

¿Por qué no hubo campaña sobre África? Al parecer, Alfonso esperaba contar con el apoyo sobre el terreno de diversos reyes norteafricanos. En aquel momento el Magreb vivía una intensa guerra entre el imperio almohade, que se hundía a ojos vistas, y la dinastía berebere de los benimerines, que era el nuevo poder emergente en la región. Otras veces Castilla había metido la cuchara en estas querellas, y con provecho. Pero ahora el paisaje debió de parecerle al rey demasiado arriesgado. Y así la proyectada cruzada sobre el norte de África, con Ceuta como primer objetivo, se redujo a una serie de expediciones de castigo sobre plazas costeras. La más famosa fue la del puerto marroquí de Salé. La dirigió el almirante Juan García de Villamayor, hijo de aquel mayordomo de doña Berenguela que crio al pequeño Alfonso. El almirante don Juan volverá a aparecer en nuestra historia.

Mientras aseguraba la frontera del sur, el reino necesitaba llenar el territorio por el norte. Alfonso ya poseía una dilatada experiencia en este asunto por el repartimiento de Sevilla, que él mismo dirigió. ¿Cómo se repobló el viejo reino moro de Sevilla? Según hubieran sido las condiciones de la conquista. En las plazas moras que se rindieron previa capitulación, la ocupación consistió básicamente en un cambio de poder: los cristianos tomaban el control de las fortalezas y de los tributos que antes cobraban los jefes moros, y la gran mayoría de la población musulmana pudo seguir en su sitio. Pero en las localidades que se conquistaron a viva fuerza, como Sevilla y varias plazas del valle del Guadalquivir, los musulmanes fueron obligados a abandonar sus campos y ciudades, y su lugar lo ocuparon los soldados del ejército vencedor y los colonos llegados de todos los rincones de la cristiandad. Ahora bien, ni las huestes militares ni los colonos fueron suficientes para llenar el espacio, porque la densidad demográfica de la España de entonces era bajísima. Y esta cuestión

ocupará al nuevo monarca a lo largo de todo su reinado.

Porque no se trataba solo de llenar el espacio con gente, sino que además había que organizar el territorio. Y con un matiz muy importante: había que organizarlo de tal modo que el control del poder regio no naufragara en manos del poder nobiliario, como había ocurrido en otros momentos de la historia castellana y leonesa. Alfonso X tenía este objetivo muy claro, y donde mejor se ve es en su política territorial en el norte del reino: aumentan los señoríos de realengo, es decir, directamente dependientes del rey, y mengua el poder de los magnates. Todas las ciudades que nacen en este momento responden a ese objetivo: Aguilar de Campoo en Castilla, Cangas de Tineo en Asturias, Ciudad Real en La Mancha (que por eso se llama Real), Santa María de Ortigueira en Galicia, Villafranca de Ordicia en Guipúzcoa, Treviño en Burgos... Semejante política, como era de esperar, levantará suspicacias entre los nobles, pero estas no estallarán hasta mucho después.

Como no hay orden sin Derecho, Alfonso X continuó la obra de su padre y acometió la tarea de actualizar el paisaje jurídico del reino. Fernando III —aquí lo hemos visto— había ordenado compilar y renovar el viejo *Fuero Juzgo* visigodo para que sirviera de referencia en la repoblación del sur. Alfonso X irá aún más lejos. Con la vista puesta en la unificación jurídica del reino, ordenó redactar el *Fuero Real*, que debía aplicarse en las ciudades, y acto seguido el *Espejo de las Leyes*, conocido como *El Espéculo*, con el propósito de servir de código general y único para todos los territorios de la corona. ¿Cabía mayor ambición? Sí, sí cabía: alumbrar un cuerpo jurídico válido no solo para Castilla y León, sino para toda la cristiandad europea. Y nada menos que eso pretenderá Alfonso con la redacción de las *Siete Partidas*. Pero esto merece una explicación más detallada.

Líneas arriba, al enunciar los títulos que adornaban a Alfonso X, saltaba a la mirada su linaje alemán: la madre del rey castellano era la princesa Beatriz de Suabia, hija del rey Felipe de Alemania (que, por cierto, acabó de muy mala manera), lo cual hacía a nuestro protagonista bisnieto del emperador Federico I Barbarroja. Es decir que Alfonso X tenía sangre imperial. ¿Y qué era el imperio? El Sacro Imperio Romano Germánico era la unidad política que desde el siglo x agrupaba a la mayor parte de los reinos y señoríos de la Europa central, y en particular a lo que hoy conocemos como Alemania, Austria, los Países Bajos, Suiza y el norte de Italia. No era propiamente un Estado, sino más bien una dignidad que, eso sí, confería una autoridad política incontestable en el orbe de la cristiandad europea. En el momento de nuestra historia, hacia 1255, el Sacro Imperio vivía momentos delicados: sin candidato claro desde 1246, diversos partidos se enfrentaban por imponer cada cual a su propio emperador. ¿Quién podía ceñir esa corona con mejores títulos? Fue entonces cuando alguien pensó en Alfonso X de Castilla y de León.

Parece que la idea se le ocurrió a los representantes de las ciudades italianas. Fue

una embajada de la República de Pisa —la de la torre inclinada, que ya existía y, además, ya empezaba a inclinarse— la que apareció en Soria para proponer al rey Alfonso el problemático pastel: el imperio, nada menos. Después de todo, ¿por qué no? La sangre le avalaba. Ahora bien, había un problema: otro candidato. Se trataba de Ricardo de Cornualles, hijo del rey inglés Juan sin Tierra (el hermano de Ricardo Corazón de León). Y el de Cornualles contaba con el apoyo de los sectores eclesiásticos, mientras que por Alfonso se decantaron los gibelinos, esto es, los partidarios de un poder imperial fuerte frente al papado. El conflicto estaba servido.

Este asunto del imperio causará mil quebraderos de cabeza al rey Alfonso y, de paso, le costará un potosí de oro, porque el nombramiento imperial dependía de los príncipes electores —los grandes nobles europeos—, y la voluntad de estos solo se inclinaba a un lado u otro según el dinero que hubieran recibido. Nuestro rey obtuvo el apoyo de cuatro de los siete príncipes, pero los otros tres electores estaban «engrasados» por Ricardo de Cornualles y por Roma. Por otra parte, Ricardo se apresuró a coronarse sin esperar a que el conflicto se resolviera, de manera que el pleito se enquistó. Nada menos que veinte años tardará en resolverse. Ya veremos cómo.

La cuestión es que este conflicto imperial, que políticamente iba a ser un avispero, sin embargo dejó una maravilla jurídica, y así volvemos a las *Siete Partidas*: un texto donde Alfonso X quiso fundir la ambición codificadora del *Espéculo* con la sabiduría del Derecho canónico tradicional, y que constituye una obra doctrinal de imprescindible referencia. De las *Siete Partidas* se ha dicho que son al Derecho lo que la *Summa* de Santo Tomás de Aquino fue para la Teología. Y es verdad.

Este era el paisaje que tenía ante sí Alfonso X, que pasaría a la historia como «el Sabio», cuando ciñó la Corona de Castilla y de León. Nadie mejor preparado que él para acometer tantos retos. Sin embargo, a Alfonso enseguida se le van a complicar las cosas: revueltas mudéjares, revueltas nobiliarias, problemas sucesorios... Aquí lo veremos. Pero antes detengámonos en esa cuestión de las reformas jurídicas, que iban a ser decisivas para organizar la vida de la España de aquel tiempo, y no solo en Castilla.

Los reyes y las leyes: poner orden en la España medieval

El siglo XIII es, en nuestro suelo, el de las grandes construcciones jurídicas. Hay que dar cuerpo a la España reconquistada, organizar la vida en los nuevos espacios ganados para la cruz, y la forma de hacerlo es ordenar a los hombres y a las tierras según leyes justas y razonables. A eso se entregan nuestros reyes lo mismo en Castilla que en Aragón y Navarra. Porque nuestros reyes no son solo hombres de guerra, sino también hombres de leyes. Y en la estela de ese esfuerzo aparecen nombres de enorme relieve. Por ejemplo, Vidal de Canellas y Raimundo de Peñafort.

Una de las cosas más notables que hizo Fernando de Castilla y de León, en el plano del gobierno interior, fue la recopilación del viejo *Fuero Juzgo* visigodo. ¿Por qué fue esto tan importante? Porque significaba dar al reino una base jurídica homogénea, unas reglas generales sobre las que pudiera organizarse la vida política y social. Y es que el Derecho, en aquel momento, no venía escrito en constituciones o códigos cerrados, sino que era el producto de la suma de los distintos fueros que aquí y allá habían ido otorgando y reconociendo los reyes para estructurar la repoblación de la España reconquistada. Y si eso estaba haciendo Fernando en León y Castilla, algo muy semejante ocupaba a Jaime I de Aragón.

Para entender bien el alcance decisivo de estas medidas hay que explicar, siquiera sea someramente, cómo era el paisaje jurídico de la España cristiana a la altura del siglo XIII. Desde el principio de la Reconquista —esto es, cinco siglos atrás—, nuestros distintos reinos habían ido generando en su interior diferentes órdenes jurídicos en función de las condiciones de la repoblación. Cuando los colonos llegaban a un nuevo paraje y lo convertían en tierra cristiana, la corona les reconocía un cierto número de derechos que daban lugar a un régimen especial. Así hubo municipios con su propio fuero; el primero fue el de Brañosera, en Palencia, a principios del siglo IX. Hubo también comarcas con su propio fuero; por ejemplo, las comunidades de villa y aldea en Castilla. E incluso hubo personas con su propio fuero, como los mozárabes que huían de Al-Ándalus para vivir entre cristianos, o los inmigrantes francos que venían de Europa para dedicarse al comercio en las villas del Camino de Santiago, y a los que se reconocía un estatuto jurídico especial.

Estos fueros eran esenciales para garantizar la permanencia de la población en zonas de alto riesgo bélico: con una amenaza musulmana permanente, cultivar tierras o criar ganado en la frontera era tanto como vivir en peligro diario. Muchos españoles de la época, lo mismo en Castilla que en Aragón, estaban dispuestos a correr el riesgo, pero era preciso asegurar que, a cambio, disfrutarían de mayores libertades que en su vida anterior. Los fueros eran la plasmación por escrito de esas garantías: exenciones de ciertos impuestos y servicios, reconocimiento de derechos comunales sobre montes o bosques, concesiones de mayor rango en la escala social, protección

judicial en caso de litigio, etc. Después de los estragos causados por las pavorosas campañas de Almanzor, fue necesario además reconstruir las ciudades y sus campos, lo cual hizo preciso crear un derecho específicamente urbano. Es, por ejemplo, el caso del Fuero de León dictado por Alfonso V en 1017. Y a un proceso semejante se debe el primer gran fuero aragonés, el de Jaca, datado entre 1063 y 1077.

A lo largo de este proceso, simultáneo en toda la España cristiana, se fue construyendo un mapa jurídico de enorme riqueza. En Navarra, por ejemplo, las tradiciones locales se mezclan con el Fuero de Jaca y dan lugar a distintos ordenamientos en Sangüesa, Estella, Pamplona, etc. En Aragón, las bases del Fuero de Jaca conocen variantes específicas al aplicarse a Huesca y a Zaragoza. En el condado de Barcelona, Ramón Berenguer I había encargado compilar las distintas normas de sus territorios, desde las sentencias de la propia corte condal hasta las leyes de época romana y goda; es lo que se conoce como *Usatges* o *Usanzas*, que aún conocerán nuevas compilaciones con Ramón Berenguer IV. En Castilla, los distintos fueros otorgados a lo largo de cuatro siglos habían generado un corpus relativamente homogéneo en sus disposiciones, pero muy variopinto en su aplicación. En León, la vieja tradición jurídica visigoda se había multiplicado en numerosos fueros especiales que solo habían empezado a conocer una cierta coherencia a partir del mencionado fuero leonés de 1017. Así pues, un panorama muy rico, sí, pero también difícilmente gobernable.

Era preciso unificar o, por lo menos, armonizar derechos. Para eso había que superar el viejo derecho, fragmentado según territorios y según estamentos sociales, y buscar normas que se aplicaran «lo mismo a los varones que a las mujeres y a los grandes que a los pequeños», como decía el *Fuero Juzgo*. Ese era ahora el reto.

Precisamente la recopilación del *Fuero Juzgo*, en Castilla y León, hacia 1241, sirvió para solventar el problema jurídico que planteaban las tierras andaluzas conquistadas por Fernando III. *Fuero Juzgo*, recordémoslo, era el nombre que se dio a la traducción a lengua romance del viejo *Liber Iudiciorum* visigodo, que databa del siglo VII. El cual, a su vez, era una compilación de derecho romano y costumbres visigodas reordenadas según la filosofía cristiana, tarea en la que brilló especialmente Braulio de Zaragoza. El *Liber Iudiciorum* había sido en su día muy importante porque permitió dotar a la Hispania visigoda de un solo derecho común tanto para la minoría hispanogoda como para la mayoría hispanorromana. Después perdió vigencia como código, pero sus principios siguieron orientando la vida jurídica de la España cristiana. Lo que se hacía ahora en Castilla, 1241, era reactualizar su letra para aplicarla directamente a los nuevos territorios. El primer lugar donde consta su aplicación es la Córdoba reconquistada. La tarea no acabará aquí: muerto Fernando III, su sucesor, Alfonso X, perseverará en el mismo programa con textos como el *Fuero Real* o, sobre todo, las *Siete Partidas*.

En Navarra el trabajo de armonización jurídica había comenzado un poco antes, y por necesidades urgentes: cuando el trono pasó a la dinastía francesa de Champaña, los infanzones del reino vieron peligrar su estatuto y exigieron al nuevo rey, Teobaldo I, que jurara los fueros locales. Los infanzones, recordemos, eran la pequeña nobleza, generalmente de origen campesino, que había ascendido en la escala social por sus servicios de guerra y que había sido la capa social determinante en los esfuerzos de la Reconquista. El rey Teobaldo, dispuesto a mantener la corona, aceptó. Y así fue como, a la altura de 1237, una mano anónima se tomó el trabajo de compilar el derecho local, emanado de los viejos fueros de Jaca y de Tudela, y reunirlos en un solo texto. Eso es el *Fuero General* de Navarra, también llamado *Fuero Antiguo*.

La situación en Aragón era algo más complicada. Cuando Jaime llegó al trono, la vida jurídica del reino bebía en dos fuentes distintas: en los territorios propiamente aragoneses regía el antiguo Fuero de Jaca, pero diversificado en distintos ordenamientos locales, y en los territorios catalanes regían los *Usatges* de Barcelona, en conflicto a su vez con los usos de los otros condados. Después de las conquistas de Jaime I en Mallorca y Valencia, la corona constaba de cuatro territorios claramente diferenciados: el reino de Aragón, el condado de Barcelona, el reino de Mallorca y el reino de Valencia. En Mallorca se aplicó el derecho catalán, pero en Valencia no: mientras que en una parte del reino de Valencia se impuso el derecho aragonés, en otra empezó a aplicarse un derecho específico, los Fueros de Valencia. El paisaje resultante era de una complejidad notable. Había que armonizar todo aquello. Y en esa tarea brillarán algunos nombres que figuran entre los grandes sabios de nuestra historia.

Primer nombre que hay que retener: Raimundo de Peñafort, un dominico catalán, del Alto Penedés, nacido hacia 1175, formado en Bolonia y que hizo carrera en la jerarquía vaticana. Raimundo fue uno de los promotores de la Orden de la Merced, aquella congregación dedicada a redimir cautivos cristianos en tierra de moros. Roma siempre le confió misiones de alto relieve, pero la salud de Raimundo era frágil, de manera que a lo largo de su vida —que, por cierto, terminaría siendo muy longeva: casi cien años— alternó periodos de intenso trabajo organizativo con otros de reclusión, oración y estudio. En uno de esos periodos de estudio acometió una compilación de Derecho Canónico, las llamadas *Decretales de Gregorio IX*, que iban a estar en vigor hasta el siglo xx.

Raimundo de Peñafort aparece en la corte de Aragón hacia 1235 como asesor del rey Jaime en materia de derechos y leyes. Su influencia resultó determinante, hasta el punto de ejercer como confesor del propio rey. Introdujo en Aragón la Inquisición, normalizando la jurisdicción eclesiástica en el reino. Y entre las numerosas decisiones que hay que atribuir a Raimundo, figura una que sería de gran importancia en materia jurídica: la designación de Vidal de Canellas como obispo de Huesca.

Raimundo de Peñafort sería canonizado en 1601. Hoy es santo patrón de los juristas y los abogados. Que buena falta les hace.

En cuanto a Vidal de Canellas, era un sacerdote catalán, de Barcelona, formado en la Universidad de Bolonia, donde había conocido a Raimundo de Peñafort. En 1237 —el año del fuero navarro— le encontramos como obispo de Huesca y Jaca, y al año siguiente es obispo de Vic y Lérida. En condición de tal asiste a la conquista de Valencia y allí ha de desempeñar un delicado papel: tratar de conciliar a los nobles aragoneses cuando comiencen a disputarse los frutos de la victoria. Tan eficaz fue en su labor que el rey Jaime quedó impresionado. Vidal era uno de los cerebros más poderosos de su tiempo. El rey lo sabía, y por eso le encargó una tarea de enorme alcance: reunificar todo el derecho aragonés emanado del viejo Fuero de Jaca en un Fuero General actualizado. Esa obra pasará a la historia como *Compilatio Minor*. Y después Vidal redactará una versión aún más amplia, el llamado *Vidal Mayor*, que no solo recolectaba leyes, sino que además prescribía precisiones técnicas y prácticas para jueces y letrados. Una obra monumental.

Después de la intervención de estas grandes cabezas, el paisaje jurídico de la Corona de Aragón quedó ostensiblemente más claro. En el territorio aragonés, las Cortes de Huesca de 1247 aprobaron el *Fuero General* de Vidal, que vino a sustituir a todos los fueros anteriores. En el territorio catalán, los *Usatges* de Barcelona fueron extendiéndose al resto de los condados. Y en el reino de Valencia, el Fuero que Jaime I otorgó en 1240 irá prevaleciendo sobre el derecho aragonés hasta terminar, un siglo después, consolidándose en todo el territorio valenciano.

Así se fue aclarando el complejo paisaje jurídico de los reinos cristianos españoles. A lo largo del siglo XIII va tomando cuerpo en nuestras tierras una organización política coherente y sólida. Pero aún quedaba mucho por hacer.

La Navarra de los Teobaldos

Hemos visto a Castilla ocupar el valle del Guadalquivir y a Aragón tocar las tierras murcianas. Así los reinos españoles nacidos al calor de la Reconquista —León, Castilla, Aragón, los condados catalanes— alcanzaban su línea máxima de expansión. Pero en España había otros reinos. ¿Qué estaba haciendo Navarra, con corona propia desde el siglo IX, y cuya sangre regaba las venas de los reyes de Castilla y de Aragón? ¿Y qué estaba haciendo Portugal, que acumulaba ya más de un siglo de independencia a sus espaldas?

Ni Navarra ni Portugal habían sido actores secundarios en nuestra historia colectiva. De un rey navarro, Sancho el Mayor, nacieron los linajes que gobernaban ahora en toda la cristiandad española. Y uno de esos linajes era precisamente el portugués, cuya independencia en la franja occidental de la península ya era un hecho consolidado. Después, la propia marcha de la Reconquista había dibujado destinos distintos. A Navarra se le acabaron pronto las posibilidades de expansión territorial por el sur —porque ahí estaban Aragón y Castilla—, de manera que el viejo reino hubo de girar su atención hacia otros horizontes. En cuanto a Portugal, la geografía le dictó su propio espacio sobre las tierras del Algarve. Tierras distintas y distantes, la portuguesa y la navarra. Pero en una y otra corona se vivía un proceso idéntico: la creación de algo que ya iba pareciendo un Estado.

Vale la pena detenerse a ver cómo estaban las cosas en estos otros reinos. Y aplicando un estricto derecho de primogenitura, vamos a empezar por Navarra, que al fin y al cabo estaba ahí mucho antes que Portugal. La última vez que pasamos por Navarra en estas páginas, habíamos visto cómo llegaba al trono, por carambola, un francés: Teobaldo de Champaña, hijo de una infanta navarra. A Teobaldo I le faltó tiempo para reclamar esa corona, porque Navarra era entonces un bocado muy apetitoso, una tierra rica y bien administrada, en paz y con ingresos sustanciosos. Teobaldo juró los fueros locales, tal y como la nobleza del reino le exigió, y a partir de ese momento se dedicó a organizar las cosas. En ese contexto nace el *Fuero Antigo* de Navarra, cuya huella se extiende hasta hoy.

Teobaldo era un tipo inteligente y práctico, uno de esos hombres que busca ante todo la eficacia. Nunca fue un guerrero notable, pero, a cambio, tenía un olfato asombroso para ganar en cualquier situación. Cuando se marchó a las cruzadas —era 1238— vio cómo sus banderas perdían en el campo de batalla, pero vio también —ya lo hemos contado— que el bando musulmán era cualquier cosa menos una comunidad fraterna. Así que, a base de maniobras y negociaciones, de acercarse a unos y alejarse de otros, y de indisponer a todos y a cada uno contra su vecino, se las arregló para dar la vuelta a la situación y terminó apoderándose de Jerusalén y Belén. Eso le convirtió en un auténtico campeón de la cristiandad.

Como a todos los reyes del momento, lo que más preocupaba a Teobaldo I era asentar el poder de la corona sobre el de los magnates locales. El rey había conseguido ganarse la aquiescencia de los nobles con la jura de los fueros, pero otra cosa eran los magnates eclesiásticos, que veían con alarma la tendencia de Teobaldo a centralizar todo el poder. Las broncas del rey con el obispo de Pamplona, Pedro Jiménez de Gazólaz, hicieron época. Este obispo Jiménez, al que las fuentes califican como «enérgico, indomable y autoritario», quería preservar las prerrogativas eclesiales, de manera que entabló un larguísimo y áspero conflicto con el rey. Tan áspero que llegó a excomulgar a Teobaldo. Pero Teobaldo se había ganado la amistad del papa Inocencio IV, que no tardó en conceder al rey navarro un privilegio por el cual solo el propio pontífice podía excomulgar al monarca. Conociendo a Teobaldo, hay que suponer que en el trámite mediaría una buena cantidad de oro. Así nuestro rey pudo dedicarse a administrar tranquilamente sus tierras navarras y champañesas mientras cultivaba con ahínco la poesía trovadoresca. De hecho, pasaría a la historia como Teobaldo el Trovador.

Y esta orientación francesa de Navarra, ¿no significó un alejamiento del resto de las coronas de la cristiandad española? Desde el punto de vista dinástico, sí, pero solo en ese plano. En lo demás, Navarra seguía siendo una corona española. A lo largo de los siglos anteriores se había trenzado una densa red de relaciones familiares, comerciales, políticas y culturales entre todos los reinos de España. Esas relaciones no afectaban solo a los grandes linajes, que concertaban matrimonios entre sí, sino también a las gentes del común que acudían a las ferias y a los mercados, y a los caballeros que prestaban su brazo para las guerras lejos del propio suelo.

Los nombres navarros que aparecen en las conquistas de Valencia y Murcia son numerosísimos. Como los conocemos, nada mejor que señalar a algunos de ellos. Por ejemplo, Simón de Aybar, «caballero ilustre», o Lope de Esparza. Están también Raimundo García de Almorabid, magnate que se distinguió en la conquista de Bihar, y Hernando Díaz de Aux, «valeroso en la conquista». Otros cuyo valor se alaba son Guillermo Assín y Pérez Baztán. A los hermanos Zapata, Pedro y Guillermo, se les recompensó expresamente por su heroísmo. En la frontera de Murcia se distinguió la familia Calahorra y también la familia Ximénez, de la que sabemos que se instaló allí y regentó los primeros empleos. En Alicante, los Martín de Vera. En Valencia, los Salazar y los Albizu. Algunos cayeron con gloria, como Guillermo Pueyo. Otros culminaron con vida una brillante campaña en Valencia y Murcia, como Miguel Pérez de Tudela.

Al mismo tiempo, en el norte de la península el comercio crea una realidad propia al margen de las dependencias políticas. Los puertos vascos pertenecen a la corona castellana, pero no por eso dejan de ser la «Navarra marítima», las salidas de Navarra al mar, y así se reflejará en los sucesivos tratados de Pamplona tanto con Fernando III

como con Alfonso X. Los barcos navarros comerciaban en Flandes y también en Alejandría. Tan intensa fue esa actividad que el timón de codaste, un invento decisivo de esta época, se llamó «timón a la navarresa». Navarra jamás fue un reino aislado del mundo.

Cuando Teobaldo I murió en 1253, le sucedió en el trono su hijo, que se llamaba también Teobaldo, y que tenía el mismo carácter que su padre. Pero con el pequeño Teobaldo había un problema: precisamente, que era pequeño, porque no pasaba de los catorce años. Según la ley, Teobaldo no iba a ser mayor de edad hasta cumplir los veintiuno, y hasta ese momento todas sus decisiones tendrían que pasar por el filtro de un tutor que, a su vez, no podría decidir sin haber escuchado antes a doce magnates (ricos hombres, como se los llamaba) que tendrían la última palabra. Difícil tesitura. De momento, la regencia quedó en manos de la reina viuda, Margarita de Borbón Dampierre, y al rey niño se le puso bajo la tutela de Jaime I de Aragón, nada menos.

¿Por qué Jaime y no otro? Por varias razones. Primero, porque el reino de Navarra era un reino español, y por eso se buscó apoyo en una corona española en vez de la corona francesa. Además, porque Jaime era ya el hermano mayor de la cristiandad española, una vez muerto Fernando III de Castilla. Y por último, a los nobles navarros les resultaba más amable el respaldo aragonés que el castellano, porque uno de los conflictos permanentes de Navarra era el uso de los puertos vascos, propiedad precisamente de la Corona de Castilla. Por otro lado, recordemos que este tipo de enjuagues entre Aragón y Navarra era frecuente desde los lejanos tiempos de Ramiro el Monje (allá por 1135), cuando los reyes de Aragón y Navarra dieron en llamarse respectivamente «rey padre» y «rey hijo». Jaime I ya había tutelado la llegada al trono de Teobaldo I. Ahora tutelaba una sucesión tranquila. Fue en los tratados de Tudela y Monteagudo, en 1253 y 1254: allí los nobles del Navarra señalaron al monarca aragonés como garante de la estabilidad del reino.

Fue una sabia decisión. Los consejeros de Teobaldo II trabajaron con prudencia e inteligencia. El rey niño se apresuró a jurar los Fueros, pero, al mismo tiempo, obtuvo del papa la concesión de los ritos de unción y coronación; esto era muy importante porque subrayaba el origen divino de la corona y, por tanto, situaba al rey muy por encima de los nobles. El joven Teobaldo fue ungido en 1257 y finalmente coronado en 1259. Una de sus primeras decisiones fue favorecer a las ciudades del reino. ¿Cómo? Procurándoles un sensible aumento de su peso político a cambio de una moderada subida de impuestos. Los burgueses recuperaban por vía política lo que perdían por vía económica, y de esta manera el rey se hizo con un sólido apoyo en la base misma del territorio. A Teobaldo II no le faltarán enemigos, y en particular el mismo que amargó la vida de su padre: el indómito obispo Jiménez de Gazólaz. Pero las medidas políticas del rey ya habían descompensado la balanza... a favor de

Teobaldo.

Los avances de Teobaldo II en la administración del reino fueron tan notables que de esta época data el primer censo en un reino de la cristiandad española. Por primera vez podemos saber cuánta gente vivía allí. Concretamente, en Navarra había «treinta mil fuegos», o sea 150.000 personas, porque se calculaba en torno a cinco personas por hogar. También tenemos por primera vez una especie de «presupuesto general» que nos permite reconstruir la política de la época. Así, sabemos que la corona se reservaba para sí —y para la gestión del gobierno— en torno al 60 por ciento de los ingresos del reino. A los gastos militares se dedicaba en torno al 34 por ciento. El resto, a la burocracia de la corona.

También en su política exterior fue inteligente el rey Teobaldo II. El reino de Navarra no tardó en acercarse a Luis IX de Francia (San Luis), que era el gran campeón de la cristiandad de este tiempo. Tal y como era costumbre en la época, el pacto se firmó con un matrimonio: en 1255 Teobaldo desposó a Isabel, hija del rey francés. La jugada fue completa, porque enseguida Alfonso X de Castilla prometió a su hija Berenguela con el heredero del trono francés. De esta manera se trenzaba una sólida alianza entre Navarra, Francia y Castilla cuya primera consecuencia fue que Teobaldo obtuvo el libre uso de los puertos castellanos de San Sebastián y Fuenterrabía. A la altura de 1270, Teobaldo II ya era un gran rey. Pero la fatalidad se lo llevó ese mismo año en la cruzada de Túnez, junto a su suegro Luis de Francia, ambos víctimas de la disentería que diezmo la expedición. Y para Navarra se abrían tiempos de incertidumbre.

Por qué existe Portugal

Ya hemos visto cómo estaba Navarra. Ahora vayamos a otro momento importante en nuestro relato: a mediados del siglo XIII, en Portugal hay una guerra civil. El resto de las coronas españolas va a meter ahí la cuchara. Pero ¿por qué había una guerra civil en Portugal? ¿Y desde cuándo existía Portugal como reino independiente? Porque Portugal era un reino muy reciente, con apenas un siglo de existencia. A la mayoría de los españoles se nos ha olvidado esta historia, así que vale la pena recordarla.

Más que nuestros primos, son nuestros hermanos: su gente es la misma que la nuestra, y su propio nacimiento fue idéntico al de los otros reinos españoles. Portugal era un pedazo de la misma Hispania que luchaba por extender sus espacios hacia el sur frente a la ocupación musulmana. Hasta el siglo XII, nada diferenciaba a las tierras portuguesas del resto de la cristiandad peninsular. Primero, Portugal fue el nombre que se dio a las tierras al sur del Miño, en torno a Oporto; de O Porto viene el topónimo Portucale. Lo que había más al sur era la clásica Lusitania romana. Portugal no era otra cosa que la frontera suroeste del reino de Asturias, primero, de León después. Cuando se ganó Oporto para la cruz, el horizonte de la Reconquista descendió hasta Coimbra. Más tarde, hasta las tierras al sur del río Mondego, y después a la línea del Tajo. Siempre como frontera sur de León.

A finales del siglo XI, sin embargo, algo importante pasó; algo que iba a cambiar el destino de aquellas tierras. El rey Alfonso VI de León (1047-1109) tenía una hija bastarda: Teresa. Para desposar a Teresa buscó a un joven de mucho fuste: Enrique de Borgoña, un caballero extranjero que, junto a su hermano Raimundo, había puesto su brazo al servicio de la cruzada leonesa contra el islam. Y a modo de dote nupcial de Teresa, el rey Alfonso decidió otorgar a la pareja las tierras al sur del Miño y hasta la línea del Tajo. Era el año de 1095. Así nació el condado de Portugal.

Nada en su origen predecía su independencia. Portugal solo era un territorio más de la corona leonesa. Como Castilla o como Galicia. Pero Castilla y Galicia eran reinos, y esto tiene su importancia. El rey confirió al nuevo espacio portugués ancha autonomía. ¿Por qué? Por la idea que el propio Alfonso VI se hacía de su corona. Alfonso llegó al trono solo como rey de León; su hermano Sancho reinaba en Castilla y su hermano García en Galicia. A ambos derrotó, y así Alfonso pasó a ceñir tres coronas. Después ganó las provincias vascas a Navarra, y por fin en 1085 conquistó Toledo a los moros. Alfonso VI se convertía en el monarca más poderoso de su tiempo y adoptó el título de emperador. ¿Por qué «emperador»? Porque la corona leonesa, en tanto que heredera directa de Asturias, gozaba de un cierto derecho de primogenitura sobre las otras coronas de las Españas, tanto cristianas como musulmanas. Y en ese edificio político, nada más lógico que reconocer a los territorios subordinados una fuerte capacidad de organizarse a sí mismos.

El Portugal que Teresa recibió como dote nupcial era aproximadamente la mitad del que hoy conocemos. Abarcaba desde el río Miño, por el norte, hasta el Tajo en el sur, aunque la frontera real estaba situada un poco más arriba, en el cauce del Mondego. Su capital era Coimbra. A Enrique y Teresa se les confió la lucha en la frontera con el islam, y hay que decir que no estuvieron particularmente brillantes. Pero en la estela de esa marca condal creció una aristocracia muy celosa de sus propios derechos y, sobre todo, dos sedes episcopales independientes, las de Coimbra y Braga, cuya principal preocupación era no caer bajo el control de la poderosa diócesis de Santiago de Compostela. Una cosa y la otra hicieron que en el joven condado portugués naciera una aguda conciencia de singularidad. Y esa conciencia se puso de manifiesto cuando murió el rey emperador, en 1109, sin heredero varón: ante los serios problemas sucesorios, Enrique y Teresa comenzaron a comportarse como príncipes independientes.

Enrique de Borgoña murió enseguida, pero su esposa, Teresa, mantuvo la misma política. Ahora bien, el objetivo de Teresa no era tanto proclamar un reino independiente como ensanchar su territorio por el norte, es decir, por Galicia, lo cual metió a esta mujer de hoz y coz en los complejísimos conflictos gallegos de aquel tiempo, donde los problemas sociales se mezclaban con pertinaces disputas políticas y económicas. Teresa quería una especie de «Gran Galicia» desde el Cantábrico hasta el Tajo. Pero tanto la aristocracia como la Iglesia portuguesas tenían pavor a semejante horizonte: los nobles, porque eso significaría perder protagonismo —y rentas— frente a la nobleza gallega, y las diócesis de Braga y Coimbra porque bajo ningún concepto querían quedar subordinados al arzobispo de Santiago, que en aquel momento era el muy influyente Gelmírez. De manera que los nobles y los obispos se apartaron de Teresa y buscaron un nuevo líder. ¿Quién? El pequeño Alfonso Enríquez, el hijo de Teresa y Enrique de Borgoña.

Alfonso Enríquez (1109-1185), heredero con dos años de edad, armado caballero a los trece, elevó a reino las tierras del Portucale luchando al mismo tiempo contra su propia madre, contra el rey de León y contra los almorávides. El verbo «luchar» no es inadecuado, porque todos estos años van a ser testigos de una interminable serie de batallas y algaradas que, entre otras cosas, opondrán a madre e hijo en el campo del honor. Alfonso no estaba solo, evidentemente: una poderosa nobleza local movía su brazo. Y ganó Alfonso. El Tratado de Zamora de 1143 confirmó la independencia portuguesa. Para la Corona de León, Portugal se había convertido en un molesto grano que le incomodaba sobremanera en la lucha contra los musulmanes. Era mucho más práctico reconocer la independencia de Portugal, que por otro lado ya era un hecho consumado, y preocuparse por delimitar bien las zonas de reconquista que correspondían a cada cual. Porque hay que recordar que la mayoría de los conflictos de este tiempo entre los reinos cristianos derivaban de la disputa sobre las áreas de

reconquista.

A partir de ese momento, la historia de Portugal se escribe sobre dos líneas: hacia fuera, el objetivo es reconquistar nuevos espacios por el sur frente a los musulmanes, lo cual hará entrar a los portugueses en frecuente pugna con el vecino leonés, que se los disputa; hacia dentro, se trata de dar forma al reino con una tenaz política de organización y repoblación, tarea en la que no faltarán gruesos contingentes de inmigrantes europeos, en especial flamencos. A Alfonso Enríquez le sucederá su hijo Sancho, casado con una infanta de Aragón. A Sancho, un nuevo Alfonso llamado «el Gordo». Y a este, su hijo Sancho II, que llegó al trono en 1223. Y aquí nos vamos a detener, porque en este momento la historia de Portugal vuelve a enlazarse con la de las otras coronas de la cristiandad española.

Sancho II era un cruzado. En su cabeza solo cabía un objetivo: completar la Reconquista de la franja occidental de la península. Con el poder musulmán en franco retroceso, no había un momento que perder: las operaciones militares en el Algarve ocuparán al monarca durante toda su vida. Hacia 1236, el Algarve y el Alentejo ya eran de nuevo cristianos. Pero, por debajo de los éxitos militares, a Sancho se le acumulaban los problemas políticos y sociales.

Primer problema: con Roma. Resulta que la corona portuguesa arrastraba una pena de excomunión desde varios años atrás, cuando el padre de Sancho, Alfonso II, entró en conflicto con la Iglesia por cuestiones de poder. Sancho firmó con Roma un tratado que venía a apaciguar las cosas, pero, ocupado el rey como estaba con la actividad guerrera, se esforzó más bien poco por cumplir sus cláusulas. Y así el contencioso con la Iglesia se agravó.

Segundo problema: con la nobleza. Como todos los reyes de su tiempo, Sancho se vio en la necesidad de afirmar el poder público de la corona frente al poder privado de los aristócratas. Pero lo hizo con medidas desafortunadas, con nulo tacto y con un sentido político más bien obtuso. De manera que en pocos años el rey Sancho se ganó la animadversión de la gran mayoría de la nobleza portuguesa, que comenzó a conspirar a calzón quitado contra el rey.

Tercer problema: con los mercaderes. Porque en Portugal, como en el resto de la cristiandad hispánica, habían crecido numerosas ciudades y, en ellas, una amplia población burguesa que vivía del comercio. Estos cambios sociales modificaban sustancialmente el mapa del reino y, como era inevitable, despertaban por doquier conflictos de intereses. Normalmente, los reyes solucionaban estos contratiempos con fueros y leyes que marcaban derechos y límites —ya hemos visto aquí la intensa actividad jurídica de estos años en Castilla y en Aragón—, pero Sancho, que disfrutaba en el campo de batalla, tenía verdadera fobia a las tareas administrativas. Y por otra parte, ¿a quién confiar la elaboración de esas leyes, si estaba indispuerto con los nobles y la Iglesia? De manera que también el conflicto con los burgueses se

enquistó.

Así llegó un momento, andando 1240, en el que absolutamente todo el mundo estaba contra el rey de Portugal. El obispo de Oporto escribió al papa. Este hizo examinar la cuestión portuguesa en el Concilio de Lyon, en 1245. El concilio declaró al pobre Sancho «hereje» y le excomulgó. La nobleza portuguesa llamó a otro rey: Alfonso, el hermano de Sancho. Este Alfonso, nacido en 1210, vivía tranquilamente en Boulogne, en Francia, disfrutando de las posesiones de su esposa, la condesa Matilda. Alfonso renunció a sus posesiones boloñesas y marchó a Portugal. Al fin y al cabo, era una orden del papa. Y a Sancho II se le cayó el mundo encima, como es natural.

¿Cuánto afectaba todo esto al resto de la cristiandad española? Mucho, porque el trastorno dinástico portugués metía súbitamente en escena a un nuevo agente, y las consecuencias políticas de la novedad eran imprevisibles. De entrada, Castilla apoyó a Sancho II. Primero, por los lazos de sangre: Sancho se había casado un par de años atrás con una dama de fuste, Mencía López de Haro, vizcaína, o sea castellana, que insistía en hacer valer los intereses castellanos en la corte portuguesa. Y además, Castilla respaldó a Sancho porque lo último que convenía a los castellanos era un cambio en las directrices políticas de la reconquista, con el sur de Portugal y el valle del Guadalquivir aún abiertos a las operaciones bélicas. En este momento, recordemos, Castilla todavía no había tomado Sevilla, y lo que menos deseaban Fernando III el Santo y su heredero, Alfonso el Sabio, era que un cambio de piezas en el tablero les privara de su presa.

Se avecinan así días de intensas intrigas palaciegas. Hablarán las armas, pero, sobre todo, hablará la dama vizcaína, Mencía López de Haro, que iba a tener en esta historia un papel protagonista. Es el momento de contar su peripecia.

La vizcaína que pudo ser reina de Portugal

¿Recomponemos el paisaje? Un rey volcado en los afanes bélicos, Sancho II de Portugal, está llevando la Reconquista hasta el extremo sur del país. Es un gran jefe guerrero. Pero su ardor guerrero le hace desatender los problemas interiores del reino, y estos son morrocotudos: un serio conflicto con la Iglesia, la hostilidad de los magnates del reino y la permanente querrela de las ciudades y los mercaderes con los poderes feudales. Son los mismos trances que viven todos los reinos de la cristiandad europea, pero aquí hay una diferencia: Sancho, el rey, no hace nada por resolverlos. Y así los problemas crecen hasta alcanzar una dimensión intolerable.

En ese paisaje, el rey tiene una idea fija: se ha de casar. Porque Sancho, en efecto, que se acerca ya a los cuarenta años y lleva dos decenios reinando, está soltero. Un rey sin hijos es un factor más de inestabilidad: la ausencia de herederos llena de incertidumbre el futuro del reino. Y a falta de talento político para resolver los problemas del país, Sancho busca esposa. ¿La encontrará? Sí: una ilustre viuda castellana, la dama vizcaína Mencía López de Haro. Y así entra nuestra protagonista en esta historia.

Los López de Haro eran señores de Vizcaya desde el siglo XI, primero bajo la corona navarra, después bajo la corona leonesa, e incluso reclamaron ese título cuando Alfonso el Batallador ganó las tierras de Vizcaya para la corona navarro-aragonesa, entre 1124 y 1173. La Casa de Haro seguiría siendo determinante en las provincias vascas y en La Rioja hasta el siglo XIV. Era uno de los linajes más poderosos ya no de la corte castellana, sino de España entera. Y en ese linaje había nacido nuestra dama, hija de Lope Díaz II de Haro, llamado «Cabeza Brava», señor de Vizcaya, y de Urraca de León, hija ilegítima —pero reconocida— del rey leonés Alfonso IX. O sea que doña Mencía era una persona de lo más principal.

El portugués no iba a ser el primer matrimonio de doña Mencía. La dama no debía de cumplir aún los veinte años cuando su mano fue entregada en matrimonio a don Álvaro Pérez de Castro, «el Castellano». De este caballero, hijo de la poderosa casa castellana de Castro, ya hemos hablado en estas páginas: lo hemos visto combatiendo junto a Fernando III y Alfonso X en Martos, Baeza, Córdoba y Jerez. Un auténtico señor de la guerra. Su matrimonio con doña Mencía no fue lo que se dice una historia de amor: los vaivenes de la Reconquista habían provocado sucesivos conflictos entre los Castro y el rey, y la mano de la joven Mencía fue la prenda de la reconciliación. Era el año 1234. Poco convivieron el caballero y nuestra protagonista, porque don Álvaro, caballero de Calatrava, se pasaba la vida en el frente andaluz. Allí murió en 1240, cuando se dirigía hacia el Guadalquivir para organizar la ofensiva final. Mencía quedaba viuda con veinticinco años y sin hijos. ¿Una desgracia? Sí, pero, desde el punto de vista político, también era una nueva oportunidad.

Castilla no tardó en jugar esa carta, la de una joven viuda de ilustre linaje y anchas posesiones. Portugal vive años convulsos. El rey Sancho, que está llevando la Reconquista hasta el extremo sur del país, se acerca a los cuarenta años y sigue soltero. Su reino vive momentos de inquietud interior. Hace falta una reina que le dé hijos y estabilice la situación. Castilla no puede dejar pasar la oportunidad; las implicaciones políticas de un enlace con Portugal son evidentes. ¿Y quién puede ser la novia ideal para el rey portugués Sancho? Nuestra Mencía. No han pasado aún dos años desde la muerte de Castro el Castellano cuando doña Mencía López de Haro es entregada en matrimonio al rey Sancho de Portugal.

Cuando doña Mencía llegó a la corte portuguesa no era ninguna niña: rondaba la treintena y desde muy pequeña había sido educada en las cosas del poder. Sabía, pues, dónde caía. Pero ni siquiera ella podía imaginar el tamaño del avispero en el que acababa de meterse. La palabra animadversión se queda corta para describir la atmósfera que acogió a la nueva reina. Todos los problemas que por entonces sacudían a Portugal fueron a focalizarse sobre nuestra protagonista: las querellas entre nobles, los conflictos sociales, el descontento popular... Hacía falta un culpable, y el pueblo y la corte lo encontraron en la persona de doña Mencía. Aislada, nuestra dama se rodeó de cortesanos que venían de Castilla, lo cual no hizo sino aumentar el malestar de sus nuevos súbditos. ¿Y cómo era que el rey Sancho la amaba? El pueblo lo tuvo claro: el rey «iba encantado con artes de doña Mencía». O sea, que la tomaron por bruja.

Realmente doña Mencía no tenía nada que ver con los desgarros internos portugueses, pero en la figura de esta mujer se halló al chivo expiatorio idóneo para vaciar todas las tensiones acumuladas desde la fundación del reino. Rápidamente se disparan las intrigas en todas las direcciones posibles. Los nobles descontentos —que ya eran amplia mayoría— cursan mensajes al hermano del rey Sancho, Alfonso, conde de Boulogne, para que abandone sus posesiones francesas y retorne a Portugal. La Iglesia local, por su parte, trama la gran acusación: el matrimonio de Sancho y Mencía es ilegítimo. ¿Por qué? Porque los esposos son parientes. En realidad la endogamia era mínima: un parentesco en cuarto grado, es decir, nada fuera de lo habitual en los matrimonios regios. Pero era la excusa que todos necesitaban para forzar un cambio de poder.

El arzobispo de Oporto encabezó la reclamación al papa. Este, Inocencio IV, convocó un concilio en Lyon. Solo un enviado de Sancho defendió al pobre rey; todos los demás hablaron en su contra. Sancho fue excomulgado. Ya lo hemos visto. De aquel concilio salió también un llamamiento al hermano del rey, Alfonso, el de Boulogne, para que acudiera con sus tropas a Tierra Santa: en realidad era una argucia para que pudiera mover sus mesnadas hacia Portugal. Por otra parte, Mencía y Sancho no lograban tener hijos, lo cual empeoraba todavía más las cosas: sin un

heredero, la suerte de los esposos no podía ser otra que la derrota y el exilio. Y así, a la altura de 1246, la situación de nuestra dama era la peor de las posibles.

¿Por qué Sancho no optó por el camino más fácil, que hubiera sido repudiar a Mencía y someterse a los deseos de los magnates portugueses? Es difícil saberlo. Puede que considerara semejante sumisión como una derrota, o puede que en verdad amara a Mencía hasta el punto de arriesgar su corona en el envite. El hecho es que el rey de Portugal decidió resistir a todas las presiones y plantó cara. Buscó la alianza castellana. Esta, no obstante, será tibia: Castilla no podía comprometerse en la defensa de un rey excomulgado por Roma. Por otro lado, ¿quién era doña Mencía? No formaba parte de ninguna casa real, no tenía más posesiones que las de su linaje, no representaba más que a sí misma y a su propio interés... Castilla y León difícilmente iban a sacar del lance más que sinsabores, y eso en el mismo momento en que las armas castellanas se disponían a afrontar la crucial reconquista de Sevilla. Decididamente, apoyar a Sancho y Mencía no era un buen negocio.

La entrada de Alfonso en Lisboa fue triunfal: nadie quería ver ya a Sancho ni en pintura. El rey depuesto terminó encontrando cobijo en Toledo, en la corte castellana; cobijo, pero nada más. Mientras tanto, Mencía era llevada a toda prisa al castillo de Ourem y de ahí a Galicia, para quitarla de en medio. La decisión del papa ya había surtido su efecto: el matrimonio de nuestros protagonistas fue declarado nulo, lo cual implicaba también la privación de la dignidad regia de los esposos. Sancho aguantó muy poco más: moría en Toledo, derrotado y solo, en 1248.

En el trono portugués quedaba, libre de toda carga, Alfonso, el hermano de Sancho. Como conocía el paño, el nuevo monarca se dedicó a restañar todas las heridas que habían roto el reino en los años anteriores. Organizó la administración. Recompuso las relaciones con la nobleza feudal. Buscó apoyo en los mercaderes de las ciudades. Convocó Cortes en las que, siguiendo el modelo leonés, ya entraron los representantes de las ciudades, es decir, el estado llano. Por otra parte, las extravagantes circunstancias de su llegada a la corona le permitieron disolver su matrimonio anterior en Boulogne. Y como Alfonso era un hombre sensato, buscó esposa en el flanco que más le interesaba: Castilla, para dejar también cerrada la herida de doña Mencía. La elegida será una hija ilegítima de Alfonso X el Sabio: Beatriz de Guzmán, una niña de apenas diez años que terminará dando ocho hijos al rey y a la que esperaba una larga vida en la corte portuguesa.

Alfonso III de Portugal fue cabalmente un gran rey. Cuando pacificó el paisaje interior, se concentró en terminar la Reconquista. De hecho Portugal fue el primer reino de la península que completó la tarea. El Reformador, como se le llamó, iba a reinar hasta 1279, al borde de los setenta años. Sus sucesores fundarán la marina portuguesa, que tan decisiva iba a ser en los siglos posteriores.

En cuanto a doña Mencía, nadie supo nunca más qué fue de ella. Odiada por los

portugueses, acusada de bruja, excluida de un trono por el que nunca había luchado, apartada a la fuerza de un hombre que la amaba, y abandonada también por la corona castellana, que evidentemente no iba a hacer una guerra por ella, nuestra desdichada protagonista terminó en algún lugar de Castilla, probablemente en sus posesiones familiares de Palencia, y ahí su vida se apagó. Murió hacia 1270, con algo más de cincuenta años, hundida en la amargura de todas las derrotas. Su cuerpo descansa en una capilla del monasterio de Santa María la Real de Nájera. Sus albaceas se encargaron de que sobre la tumba figuraran, junto a cuatro leones, las armas de la Corona de Portugal. Porque la vizcaína doña Mencía, aunque la historia no quiso, fue reina de Portugal.

Y entonces nos pusimos a cazar ballenas

Uno oye hablar de la pesca de la ballena e inmediatamente se le viene a la cabeza el *Moby Dick* de Melville. Pero, históricamente, la caza de la ballena no fue cosa anglosajona, sino una hazaña muy española: fueron nuestros pescadores del Cantábrico quienes crearon la industria ballenera desde la Alta Edad Media. La actividad de los balleneros vascos, cántabros y asturianos está acreditada desde el siglo XII, nada menos. Durante siglos, sus chalupas y barcos cruzaron el Atlántico, y con el tiempo llegarían a establecer bases en Terranova. Con toda propiedad puede hablarse de un auténtico sector ballenero en la economía española que dio trabajo a millones de personas entre los siglos XII y XVIII. Si *Moby Dick* existió, seguro que oyó hablar en vasco y en castellano. Y eso empezó precisamente en la época que estamos narrando aquí.

¿Cómo comenzó aquella gran aventura que fue la caza de la ballena? Imaginemos la escena: el mar Cantábrico en el golfo de Vizcaya, la mar picada y el cielo peligroso. Estamos hacia 1240. No hay GPS, no hay radio ni otra predicción meteorológica que la sabiduría popular. Los barcos son débiles armatostes de madera cuyas velas apenas saben gobernar los vientos. Si el mar siempre ha sido peligroso, en esta época lo es mucho más. Una enorme manada de ballenas aparece en las aguas, como todos los otoños, en su viaje desde el Ártico hacia el sur. Un paisano las divisa desde una atalaya. Y seguramente alertará a los suyos con el viejo grito: «¡Por allí resopla!».

A la voz del vigía, hacia las ballenas se dirigen varias chalupas, frágiles cascarones de tamaño ridículo si las comparamos con los cetáceos. Y a bordo de esas chalupas, unos pocos hombres decididos, armados con arpones y cuerdas, se lanzan en pos de las ballenas, con cuya carne y cuya grasa van a garantizar la supervivencia de sus familias. Muy pronto el trabajo se perfecciona: ya no pescarán solo en las aguas del golfo de Vizcaya, sino que se extenderán a Asturias, a Galicia, incluso al mar del Norte. Y después, una vez descubierta América, irán aún más lejos, hasta Canadá.

¿Por qué cazar ballenas? Porque esos animales eran fundamentales para sobrevivir. Es muy importante subrayar el valor económico y social que tuvo la caza de la ballena para la España de entonces. La grasa de la ballena era un material de primera importancia para la vida doméstica; era, por ejemplo, el principal combustible de las lámparas. Las capturas de nuestros pescadores pronto alimentaron un negocio de dimensión internacional: la grasa de ballena se vendía en Londres, Flandes, Burdeos, Toulouse... En torno a ese comercio creció una actividad incesante que cimentó muchas fortunas. Miles de personas en toda la cornisa cantábrica vivieron de la caza de la ballena. Para muchos pueblos y villas era su principal fuente

de riqueza. Por eso Castro Urdiales, Zarauz o Lequeitio, por ejemplo, tienen ballenas en sus escudos.

¿Cómo se cazaban las ballenas? Jugándose la vida: caza de aproximación en aquellas pequeñas chalupas. Conviene recordar que estamos hablando de animales que miden más de veinte metros de largo, de unas cien toneladas de peso y que nadan por encima de los doce nudos, es decir, más de veinte kilómetros por hora. A semejantes animales se enfrentaban nuestras chalupas. En las lanchas viajaban un timonel, uno o dos arponeros y un número variable de remeros, entre cinco y diez. El timonel guiaba la aproximación, los remeros se acercaban hasta donde sus brazos les permitían y los arponeros cazaban al animal; después, fuerza y paciencia hasta que fuera posible remolcar al cetáceo hasta la costa. Los testimonios de la época lo describen con mucha exactitud. Hemos reconstruido uno de ellos. Dice así:

Salen de los puertos inmediatos en chalupas, y sin temor del bruto, que bastaría a asustar a un ejército, van a buscarlo; tomando un gran círculo de mar, gobiernan los demás la chalupa, y líbranla de los golpes del mar, y a su bordo un valiente y diestro arponero aguarda a que salga la ballena a la superficie a respirar arroyos de su frente, y entonces le dispara con esfuerzo el arpón, hínkaselo en aquella mole formidable, y la bestia herida y furiosa se hunde y corre mucho mar, llevándose mucho de rollo de cuerda atada al arpón, y también la chalupa, que sigue flotante a la ballena, hasta que, desangrada y muerta, sube arriba y la conducen victoriosos a su puerto. Hazaña que ejecutan muchas veces en su mar los guipuzcoanos, de que somos testigos, y no la ejecutarían los afamados marineros de Holanda, Inglaterra y Francia, que aun a vista de esto llamarían temeridad al salir solo en chalupas a matar ballenas.

En el momento de nuestro relato, mediados del siglo XIII, la caza de la ballena era todavía una práctica fundamentalmente costera. Era impensable fletar balleneros que se adentraran en alta mar. Hay que tener presente que la navegación en aquellos tiempos era peligrosísima. En el Mediterráneo era común que los barcos solo pudieran hacer un viaje largo al año, entre abril y octubre, porque en otoño e invierno era excesivamente arriesgado navegar. Y si eso era así en el Mediterráneo, podemos imaginar la dificultad de navegar en el Atlántico, donde las corrientes y los vientos eran ingobernables. Las trayectorias habituales de los barcos apenas se separaban de la costa; si uno se adentraba en el océano era por accidente, como les pasó a los vikingos cuando llegaron a Islandia y a Terranova.

Navegar en esta época requiere grandes dosis de intuición y pericia. Es francamente difícil orientarse en la mar. La latitud se mide de forma rudimentaria y con un altísimo grado de error. Los instrumentos de este tiempo (el astrolabio griego,

la ballestilla de cruceta europea, el *kamal* árabe) permiten definir la trayectoria en función de los astros, pero el navegante ha de tener en cuenta el margen de error, y por eso es tan importante la intuición del marinero. En cuanto a la longitud, era simplemente imposible averiguarla con precisión, y lo seguiría siendo hasta la invención del sextante en el siglo XVIII.

Había, eso sí, brújulas, lo cual facilitaba las cosas. Existe la idea general de que la brújula, esa aguja magnética que apunta siempre al norte, es un invento árabe. No es verdad. Las primeras brújulas conocidas son de origen chino; se mencionan por primera vez en libros del siglo XI y consta su uso a principios del siglo XII. En Europa la brújula aparece a finales de ese mismo siglo XII, en el *De Naturis Rerum* de Neckam, donde se habla ya de su uso entre marineros. En el mundo árabe surge después, a principios del siglo XIII, y se llamó *al-konbas*, evidente importación lingüística del término germánico *kompass*. Por cierto: mientras que la brújula china apuntaba al sur en un cuadro de 24 divisiones, la europea apuntaba al norte en un cuadro de 16 divisiones. Era un artefacto curioso, aquella primera brújula: una aguja magnetizada flotando dentro de un tazón de agua.

Pero muchas cosas nuevas van a pasar ahora, en el curso del siglo XIII. Acaba de inventarse el timón de codaste, adosado a la popa del barco; hasta ese momento se navegaba con timones sujetos al costado del buque. El nuevo timón, llamado «a la navarresa» (porque parece que se inventó en Navarra), va a permitir adentrarse con mayor seguridad en mares abiertos. Y la otra gran innovación técnica del momento es la coca, del término flamenco *kok*, que quiere decir «concha». Se trata de un barco de aspecto redondeado que incorpora numerosas novedades: más palos para largar más velamen y aprovechar mejor el viento, cascos lisos (en vez de maderas superpuestas) para oponer menos resistencia al agua, etc. A partir de la coca, se desarrolló la carraca: un barco igualmente redondo y velero, pero de tamaño mayor, para transportar grandes cargas. Los nuevos hallazgos encuentran singular eco en el norte de Europa, donde los comerciantes de la mar se agrupan en la Liga Hanseática: una auténtica federación de ciudades comerciales en torno al mar Báltico, cuya red mercantil se extiende desde Rusia hasta Inglaterra y Flandes. Todo eso permitirá que nuestros marineros conviertan la caza de la ballena en un negocio a gran escala.

La corona respalda la caza y obtiene también sus beneficios. Desde el siglo XII el rey de Castilla había establecido que los balleneros de Motrico cedieran una pieza de sus capturas a la Orden de Santiago. En esta misma época se regulan en San Sebastián los derechos aduaneros de las barbas de la ballena. San Vicente de la Barquera tuvo fuero regio para cazar ballenas desde 1210. En 1220, la corona firmaba un documento por el que se reservaba para sí la primera ballena que pescaran los hombres de Guetaria en su campaña anual. Fernando III recibirá como tributo de los de Zarauz una tira de carne de cada ballena, de la cabeza a la cola. El mismo tributo

servían los balleneros de Luanco, en Asturias; estos últimos ofrecían, además, el vientre de la ballena a la cofradía de Nuestra Señora del Rosario. El tributo de la tira de ballena —de la cabeza a la cola— pervivirá durante siglos como signo de fidelidad al rey.

¿Y qué se hacía después con las ballenas? Primero se repartía la pieza según los usos del lugar. La operación se realizaba en un lugar fijo, con gente especializada en el «destocinado» o descuartizamiento de la ballena. Como el material era valiosísimo, solo se permitía intervenir a quienes habían participado en la captura. Después, la grasa de los cetáceos, el saín, era derretida al fuego e introducida en barricas. La carne se salaba para su consumo. Los huesos se destinaban a fabricar utensilios caseros. También se aprovechaban las barbas, que son de queratina, como nuestras uñas, y que hasta hace muy poco se utilizaron para lo que hoy usamos plásticos. Y, por supuesto, tampoco se dejaba escapar la lengua, pieza tan codiciada que será preciso someterla a una rígida regulación: en 1381 se firmará un convenio entre los cabildos eclesiástico y civil de Lequeitio para dividir el producto de las lenguas de las ballenas en tres partes, dos para la reparación de los muelles y la tercera para la iglesia de Santa María.

Acto seguido aparecían los comerciantes, que adquirirían la grasa para transportarla a los lugares de venta. Con toda propiedad puede hablarse de un auténtico sector ballenero en la economía española del siglo XIII, sector que no parará de crecer hasta el siglo XVIII. Para el universo ballenero trabajaban armadores, pescadores, navegantes, comerciantes, operarios del despiece y, además, todas las actividades secundarias: fabricación de herramientas específicas, confección de ropas destinadas a la pesca en alta mar, etc. Familias enteras vivían de la ballena, y el oficio ballenero también pasaba de padres a hijos: era común que los hijos y sobrinos de los marineros se iniciaran a los trece o catorce años, pisando por primera vez la cubierta de los barcos. Y cuando se descubra América, nuestros balleneros llevarán su actividad al Nuevo Mundo.

Hoy estamos muy sensibilizados con la supervivencia de las ballenas, y es bueno que así sea. No fueron nuestros viejos balleneros quienes provocaron su progresiva extinción, sino la pesca masiva del siglo XX, y especialmente los arpones automáticos de los japoneses. Frente a eso, la aventura de los pescadores del Cantábrico medieval conserva toda la frescura y la nobleza de unos hombres que luchaban por sobrevivir. Gracias a su sacrificio, a su pelea diaria con el mar, millones de españoles pudieron ganarse la vida a lo largo de más de medio milenio. Una aventura que empezó en la Alta Edad Media, cuando aquellos pescadores vascos, cántabros y asturianos hicieron lo que nadie había hecho antes: salir al mar y cazar ballenas. Gente con valor.

El país del millón de ovejas: nace la Mesta

Para construir algo que se parezca a un Estado hay que controlar muchas cosas. Entre otras, el dinero, porque no hay Estado sin recursos, ni política sin un mínimo control de la economía. En esta altura de nuestro relato, último tercio del siglo XIII, los reinos cristianos de España empiezan a dibujar algo que ya es una política económica. Alfonso X el Sabio estimula el comercio en Castilla y León, establece ferias y mercados, implanta aduanas e impuestos... Objetivo: proveer a la corona de recursos fijos que no dependan de los nobles y magnates. Y el mejor modo de hacerlo es meter la cuchara en las actividades económicas ya existentes, protegerlas y, a cambio, cobrar derechos. ¿Qué actividades? Por ejemplo, la ganadería trashumante. Así nació una institución decisiva en la historia de España: la Mesta.

Los españoles nos hemos dedicado a la ganadería de la oveja desde tiempos de los romanos, que se sepa, y por fuentes anteriores sabemos que también había cabañas de toros incluso en época prerromana. Después, con los godos, hay constancia de que existía un pastoreo bien organizado, incluidas las asambleas de ganaderos para resolver sus problemas. Es decir que la afición a criar reses viene de antiguo. Pero lo que vamos a ver en la Edad Media es un tipo de ganadería singular: la trashumancia, es decir, un pastoreo móvil, migratorio, que conduce a los animales a través de largas distancias en busca de los mejores pastos según la estación del año. Andando el tiempo, la trashumancia iba a convertirse en una de las actividades más características de la España medieval.

La ganadería conoció un impulso importante en la Alta Edad Media por las singulares circunstancias de la Reconquista. La razón es transparente: es más fácil mover ganado que mover los campos. Las tierras que iban ganándose para la repoblación después del siglo IX, especialmente los llanos al sur del Duero y del Ebro, siguieron expuestas durante mucho tiempo a las expediciones moras de rapiña. En esas condiciones, sembrar cultivos era una actividad demasiado arriesgada, porque había muchas probabilidades de perderlo todo en cualquier incursión sarracena. Por el contrario, la actividad ganadera permitía llevarse los animales a lugar seguro ante una amenaza enemiga para volver cuando el peligro hubiera pasado. Nació un tipo singular de hombre: el pastor a caballo, que lo mismo guiaba a sus reses que penetraba en tierra mora para saquear los campos sarracenos. Estos «caballeros villanos», como se les llamaba, iban a ser un grupo social determinante en la Reconquista.

El hecho es que, más allá de las contingencias bélicas, así empezó a desarrollarse una ganadería de amplios espacios en áreas de fricción permanente, como el sur de Soria. Más adelante, cuando la frontera descienda hasta la sierra de Guadarrama, primero, y hasta La Mancha después, se repetirá el proceso, cada vez más al sur. Por

otro lado, el impulso reconquistador de los siglos XII y XIII dejó abiertas enormes áreas que no eran posible repoblar por falta de recursos humanos, de manera que esos espacios se convirtieron también en ámbito de la ganadería. Castilla se llenó de ovejas. ¿Cuántas? Muchas: a principios del siglo XIII debía de haber en el espacio de Castilla y León en torno a un millón de cabezas, y este es un cálculo por lo bajo.

Todo esto fue configurando una intensa actividad trashumante tanto en Castilla como en Aragón, hasta el punto de que las cabañas de ovejas se convirtieron en una de las bases principales de la economía medieval española. Muy pronto se dibujaron rutas fijas de trashumancia que cruzaban toda la península en busca de los pastos más adecuados en cada estación: los grandes llanos en otoño e invierno, las montañas y brañas en primavera y verano. Las casas nobiliarias, las órdenes militares y los monasterios no tardaron en controlar el negocio. Se cultivó con especial predilección la raza de ovejas merinas, muy apreciadas por la calidad de su lana, y también las llamadas churras, destinadas sobre todo a producir carne. Decenas de miles de personas se dedicaron al pastoreo como actividad exclusiva, y alrededor de ella creció un mercado de radio muy amplio. Ciudades como Medina del Campo y Burgos se convirtieron en centros económicos de primera magnitud y antes del siglo XIII ya se había empezado a exportar la lana merina al norte de Europa.

Naturalmente, la multiplicación de la actividad trajo consigo la necesidad de solucionar sobre la marcha multitud de problemas. El primero era evidente: a medida que la Reconquista descendía hacia el sur, muchas tierras que antes se dedicaban solo a pasto empezaron a albergar también cultivos, lo cual generó los inevitables conflictos entre ganaderos y agricultores, porque esas tierras quedaban ahora vetadas para los rebaños. Se hizo necesario fijar rutas de trashumancia, regular los impuestos de paso, arbitrar derechos de pasto... Alrededor del ganado había mucho dinero y cada cual quería sacar su parte: las villas querían cobrar por el paso de los rebaños, los propietarios de los rebaños intentaban que sus pastores quedaran exentos de cualquier servicio que no fuera el suyo, los agricultores pedían compensaciones por los estragos que causaba el paso de las bestias, los ganaderos pleiteaban por las piezas perdidas o mezcladas (o robadas, que de todo había)... Era preciso organizar cuidadosamente todo aquello.

La primera institución que nació en nuestro suelo para organizar la trashumancia no fue castellana, sino aragonesa: la Casa de Ganaderos de Zaragoza, confirmada por Jaime I en fecha tan temprana como 1218, y a la que el rey dotó de un justicia con rango de delegado regio. Fue la primera organización de este tipo que aparecía en Europa. Hoy todavía existe: se dedica a la comercialización del ternasco de Aragón —un animal sabrosísimo— y posee una fundación que, entre otras cosas, guarda un archivo que es una auténtica joya. Pero la entidad ganadera que más fama alcanzaría, por el volumen de su cabaña y por su decisiva importancia económica a lo largo de

seiscientos años, sería la Mesta de Castilla y León.

La Mesta nació como consecuencia directa de las grandes transformaciones territoriales de este periodo final de la Reconquista. Numerosas áreas que antes se dedicaban solo al pastoreo empezaron a ser roturadas y labradas. Desde La Mancha hasta Extremadura y el valle del Guadalquivir, los ganaderos empezaron a organizarse en auténticos sindicatos (del griego *síndico*, que es el que protege a alguien en un juicio) para defender sus derechos. Estos gremios de ganaderos se reunían varias veces al año en asambleas llamadas «mestas», palabra que quiere decir «mixtas», «mezcladas», donde se resolvían problemas corporativos de distinto tipo, desde los precios de las reses hasta la recuperación de ovejas perdidas. Tanto era el dinero que se ventilaba en aquellas mestas, que la corona vio claramente la necesidad de apadrinarlas. Y así nació el Honrado Concejo de la Mesta de Pastores, bajo la protección de Alfonso X el Sabio, en 1273.

La Mesta seguía siendo una asociación esencialmente gremial, es decir, una asamblea de productores, pero el Cuaderno de Leyes que Alfonso X le impuso venía a superponerle una minuciosa estructura administrativa. Al igual que se había hecho en Aragón con el justicia de ganaderos, Alfonso situaba al frente de la Mesta a un «alcalde entregador mayor» designado por la corona. Este alcalde entregador mayor tenía la responsabilidad de dirigir el órgano de gobierno colegiado de los ganaderos, los cuales, por su parte, estaban representados por otros cargos subordinados, como los «alcaldes entregadores» (los que vigilaban los caminos), los «alcaldes de la Mesta» y los «alcaldes de cuadrilla», elegidos por los propietarios de los rebaños. Y para atender los numerosos litigios derivados de la actividad trashumante, la Mesta disponía además de un cuerpo estable de procuradores, contables y «alcaldes de alzada», que es como se llamaba a los encargados de ver las apelaciones a las sentencias.

La estructura de la Mesta puede parecer excesivamente burocrática, pero el hecho es que funcionó. El volumen de la actividad era enorme, de manera que requería una organización bien engrasada. Y la eficacia de la institución se notó enseguida. Para empezar, quedó perfectamente dibujada la red de caminos que permitía a los rebaños pasar de unos pastos a otros a través de tierras cultivadas. Así se señalaron cañadas, cuerdas y cordeles, como se llamaba a los caminos según su anchura, donde el ganado podía circular libremente. A las cañadas principales se las denominó «cañadas reales» —nombre que aún hoy conservan— para dar fe de la protección de la corona. Estas cañadas reales eran tres: la del oeste o leonesa, que partía de Zamora y terminaba en Extremadura atravesando Salamanca y Béjar; la central o segoviana, que arrancaba en el norte de Castilla y terminaba en el valle del Guadalquivir atravesando la sierra de Guadarrama; la tercera era la del este o manchega, que nacía en Cuenca y terminaba en Murcia después de cruzar las llanuras de La Mancha.

Simultáneamente, se reguló en detalle la vida jurídica y económica de las cabañas. Por ejemplo, los pastores quedaron exentos del servicio de las armas. Y naturalmente, la corona se reservó parte del pastel mediante los correspondientes tributos: por el rebaño, el «servicio»; por el recorrido, el «portazgo»; por los pastos, el «montazgo». Los sucesores de Alfonso X llegarán más lejos y ejecutarán una especie de «nacionalización» del sector al convertir a toda la cabaña ganadera del reino en «cabaña real».

Este invento de la Mesta iba a durar la friolera de seiscientos años. En los siglos siguientes se acentuará la explotación ganadera y, con ella, crecerá el correspondiente aparato legislativo. Cuando vengan mal dadas, como durante la grave crisis del siglo XIV, las ovejas se convertirán en un recurso barato y seguro. La exportación de lana castellana a Europa seguirá siendo una de las grandes fuentes de la riqueza nacional. En el siglo XVIII se alcanzará el máximo número de cabezas trashumantes: tres millones y medio de ovejas, nada menos.

La Mesta fue oficialmente disuelta en 1836, en la época en que los gobiernos liberales se dedicaron a dismantelar las instituciones tradicionales españolas. Pero al otro lado del mar, en América del Norte, la trashumancia de ganado vacuno se convertía en un rasgo característico del paisaje, y Borja Cardelús ha demostrado que esta singular forma de pastoreo en grandes espacios —la del *cow-boy*— es una herencia española. En cuanto a nuestras tierras, las áreas dedicadas a la trashumancia terminarán siendo devoradas por los municipios. Hoy las cañadas sobreviven fundamentalmente como rutas turísticas y de ocio. Cuando vea usted en cualquiera de ellas a un sujeto con casco y *mountain bike*, recuerde que un día, por ahí mismo, corrieron las ovejas del Honrado Concejo de la Mesta.

Las sublevaciones mudéjares: los moros se revuelven

Alguna vez los reyes cristianos —Alfonso X el Sabio, Jaime I de Aragón— se vieron a sí mismos como soberanos de unos reinos plurales, de hegemonía cristiana, por supuesto, pero con súbditos musulmanes y judíos viviendo con su propio fuero. Era una visión muy medieval de las cosas. Sin embargo, la propia realidad se encargaría de deshacer aquella imagen. Las sublevaciones mudéjares alteraron la vida interior de Castilla y Aragón ya pasado el ecuador del siglo XIII. Y de esa manera se configuró el mapa humano casi definitivo de la España cristiana.

Miremos el paisaje. Tenemos el valle del Guadalquivir bajo dominio castellano. También en Murcia ondean las banderas de Castilla. Y en el mediterráneo español ya no hay otro poder que Aragón. ¿Qué pasaba con los musulmanes que habían mandado allí hasta entonces? ¿Cómo se adaptaron a la nueva situación? Mal: no es fácil pasar de jefe a subordinado. Es verdad que los musulmanes habían hecho antes lo mismo con los hispanos que encontraron en estas tierras, pero ese es el tipo de argumento que solo consuela al vencedor, no al vencido. Los musulmanes de Sevilla, Murcia y Alicante terminarán rebelándose. Fueron las sublevaciones mudéjares.

«Mudéjar» es una palabra derivada del árabe *mudayyan*, que significa «doméstico» o «domesticado». Así, mudéjar se llamó a los musulmanes que permanecieron en las tierras reconquistadas por la cruz. ¿Y de dónde habían salido? ¿Eran españoles o extranjeros? En Al-Ándalus los extranjeros siempre fueron minoría: los árabes, yemeníes y bereberes que vinieron a España desde la invasión ocuparon la cúspide del sistema, pero numéricamente nunca fueron mayoritarios. Y muy minoritarios fueron igualmente los judíos, agrupados en populosas aljamas como las de Toledo y Orense. La mayoría de la población era de cepa hispana.

A los hispanos que se habían convertido al islam se les llamaba muladíes, y pronto fueron el clan dominante en el poder local. A los que siguieron siendo cristianos se les llamó mozárabes, y su número fue ampliamente mayoritario durante mucho tiempo. Se ha calculado que en tiempos de Almanzor —siglo X— los mozárabes constituían aproximadamente el 70 por ciento de la población andalusí. ¿Por qué el califato toleraba una presencia tan abundante de cristianos en sus tierras? Por razones económicas y políticas. El sistema andalusí descansaba sobre una economía de tipo esclavista y servil que cargaba a la base de la sociedad con abundantes impuestos. Los musulmanes, por ley coránica, solo debían pagar un tipo de tributo. ¿Y quiénes pagaban entonces todas las demás cargas? Los cristianos, naturalmente. De manera que el papel social de los mozárabes consistía en mantener el edificio. Al-Ándalus era una sociedad musulmana, donde no se reconocía otra religión oficial que el islam, y los cristianos (que debían pagar otro impuesto suplementario para seguir siendo cristianos) eran los metecos del sistema aunque

fueran mayoritarios. Y así fue hasta bien entrado el siglo XI.

Esto cambió de forma sensible en los decenios siguientes, sobre todo a partir de las invasiones almorávides. Por un lado, los mozárabes encontraron más facilidades para emigrar al norte cristiano, donde la repoblación de nuevos espacios les daba la oportunidad de conquistar una vida más libre. Por otro, la llegada de los almorávides, corriente fundamentalista de rígida ortodoxia, hizo aún más incómoda la vida de los cristianos andalusíes. Convertirse al islam era, más que nunca, una garantía de supervivencia. Después, la llegada de los almohades todavía estrechó más la soga. De manera que a principios del siglo XIII el número de mozárabes descendió y el de muladíes creció. Y así estaban las cosas a mediados del siglo XIII, cuando el mundo almohade se hundió y las banderas cristianas se adueñaron de Valencia, Córdoba, Murcia y Sevilla.

Tras aquellas conquistas, los reyes cristianos se encontraron con un mapa social singular: nuevos territorios poblados sobre todo por gentes de cepa hispánica, pero de religión mayoritariamente musulmana, lo cual les confería de forma automática el estatuto de vencidos. Esos eran los mudéjares. ¿Qué hacer con ellos? En muchos lugares mantendrán sus tierras y sus derechos, incluso su religión; en otros, por el contrario, serán obligados a abandonar el país. En no pocos casos, y especialmente en el ámbito de la Corona de Aragón, no es impropio hablar de generosidad para con los vencidos. Y en las zonas bajo control castellano, particularmente en Murcia y Sevilla, lo que aparece es un simple cambio en la cúspide: una nueva elite —cristiana— se hace con el poder sobre una población mayoritariamente musulmana cuya supervivencia, por otro lado, es vital para mantener la producción de los campos.

Ahora bien, por muy cómodas que sean las condiciones del vencido, no es fácil pasar de amo a siervo. Por otro lado, el poder musulmán no había desaparecido de la península: el reino de Granada actuaba como foco de atracción para los mudéjares y, al otro lado del mar, el califa de los hafsíes de Túnez multiplicaba su influencia sobre los musulmanes españoles. Ante esa situación, los reyes cristianos decidieron trasladar algunas comunidades de mudéjares a tierras cristianas y, al contrario, repoblar con cristianos zonas de claro predominio mudéjar. Eso solucionaba el problema político, pero aumentaba el problema social. A medida que el poder de la nueva elite cristiana se vaya haciendo más visible en las tierras reconquistadas, el malestar entre los mudéjares crecerá. El problema es tan evidente que en las nuevas conquistas ya no se respetará el tradicional derecho de los musulmanes a permanecer en sus tierras: por ejemplo, cuando los castellanos tomen Niebla (1262) y Écija (1263) los mudéjares serán obligados a abandonar sus hogares. Y por eso surgieron las revueltas mudéjares.

La primera revuelta sería la protagonizó un personaje singular: Mohammad Abu Abdallah Ben Hudzáil al Sähuir, llamado Al Azraq, que quiere decir «el de los ojos

azules». Al Azraq había nacido en Alicante y era un típico producto de esta fase final de la Reconquista: hijo de moro y de cristiana, su familia era aliada de los reyes de Aragón y el propio Al Azraq pasó parte de su infancia en las cortes de Aragón y Castilla. Cuando Jaime I conquistó Valencia, Al Azraq, aliado de los cristianos, obtuvo una serie de fortalezas en Gallinera, entre Gandía y Alcoy. Pero muy pronto Al Azraq iba a revolverse.

Dice la leyenda que Al Azraq se sublevó indignado por el maltrato de los vencedores cristianos a los moros vencidos, pero esto no deja de ser una interpretación piadosa. Lo más probable, poniéndose en la mentalidad de la época, es que Al Azraq se considerara con derecho a ostentar un señorío propio, vasallo de Aragón, pero con plena autonomía. Algo perfectamente posible en un momento en el que aquella frontera aún no estaba definida. El hecho es que en 1244 nuestro hombre encabeza una primera rebelión. Será derrotado. Significativamente, el rey Jaime le perdona. ¿Y qué hace entonces Al Azraq? Prepara una segunda sublevación que esta vez, además, incluye el proyecto de apresar y dar muerte al rey Jaime. Pero al traidor Al Azraq le traiciona a su vez su primer consejero, que avisa al rey de Aragón. Jaime I prende al moro. ¿Le manda matar? No, se limita a desterrarle. ¿Por qué? Porque Jaime, rey cristiano, quería ser rey tanto de cristianos como de moros. Al Azraq terminará exiliado en Granada.

La gran revuelta llegará después, en la primavera de 1264, y tendrá otro escenario: las tierras de Sevilla y de Murcia. En Sevilla, quien mueve los hilos es el rey moro de Granada; en Murcia, la voz cantante la lleva el reyezuelo local Muhammad Ibn Hud —ya hemos hablado aquí de esa familia—. El levantamiento toma el aspecto de una insurrección popular: los mudéjares asaltan las granjas de la minoría cristiana, atacan a las guarniciones castellanas, toman los resortes del poder en las ciudades... Pero lo que hay detrás es una operación de gran escala promovida por los nazaríes de Granada, los hafsíes de Túnez y los benimerines de Marruecos, que encuentran en la algarada una excelente ocasión para frustrar los propósitos castellanos de lanzar una cruzada sobre el norte de África. En pocos meses Castilla se encontró con una verdadera guerra en su propia casa. Y en dos frentes.

Los cristianos aplastaron la revuelta. Por seria que fuera la amenaza, las armas de Castilla eran más fuertes. Y además, Castilla no estaba sola: ante la amplitud del desafío, la reina Violante, esposa de Alfonso X de Castilla e hija de Jaime I de Aragón, pidió ayuda a su padre. De este modo las banderas cristianas se repartirán el trabajo: mientras los castellanos pacifican el valle del Guadalquivir y la cuenca del Guadalete hasta Jerez, los aragoneses hacen lo propio en Murcia. La ola tarda poco en deshacerse. En octubre de 1264 se somete Jerez. En el verano de 1265 es el propio rey de Granada el que rinde vasallaje a Castilla. A principios de 1266 se entregan los moros de Murcia. Asunto resuelto.

Y resuelto el problema bélico, quedaba el problema social: ¿Qué hacer ahora con los mudéjares? La solución fue la única posible: aplicarles las leyes de la guerra, pues guerra había habido. Así en Jerez todos los mudéjares tuvieron que abandonar la ciudad. Otras muchas localidades se vaciaron automáticamente de moros, porque los mudéjares ya no consideraban seguro vivir en tierra de cristianos; es lo que ocurrió en Constantina, en la sierra sevillana, donde en 1264 ya no quedaban musulmanes. ¿Adónde iban los emigrados? Al reino nazarí de Granada, que se convirtió en receptor de todos los mudéjares fugitivos. También los moros murcianos se marcharon en masa a tierras granadinas; el rey Jaime aprovechó para trasladar a Murcia a cerca de 10.000 aragoneses y catalanes mediante un nuevo repartimiento de tierras y propiedades.

A pesar de la emigración masiva, ni Andalucía ni Murcia quedaron vacías de mudéjares. Tanto Alfonso X como Jaime I deseaban mantener musulmanes en sus reinos, primero por conveniencia económica —alguien tenía que trabajar los campos— y además por decoro político, pues todas las leyes anteriores estaban concebidas para una situación en la que moros y judíos podían figurar como súbditos del reino, y rectificar ahora esa política sería tanto como reconocer un error. De hecho, en Murcia seguirán mandando —nominalmente— hasta finales de siglo los derrotados Ibn Hud. Pero es una evidencia que la situación de los mudéjares cambió de manera drástica. No perdieron sus derechos, pero los viejos pactos que les protegían perdieron toda vigencia. En realidad, la situación de los musulmanes bajo dominio cristiano empezó a parecerse a la que antes vivieron los cristianos bajo poder musulmán: simple sumisión.

Aún habrá una tercera revuelta mudéjar en tierras cristianas: será en Alicante, ya en 1276, y como protagonista volveremos a encontrar al viejo Al Azraq, que salió de su destierro en Granada para incordiar otra vez a la Corona de Aragón. Era una operación bien montada: 250 jinetes benimerines enviados desde Marruecos, 1.200 guerreros de Granada, 1.800 mudéjares reclutados entre la población local... Evidentemente, esto no tiene nada que ver con un levantamiento social. La tropa mora llega a sitiar Alcoy. La aventura tendrá un curioso final: Al Azraq, ya anciano, murió a las primeras de cambio; sus tropas, solas y sin jefe, terminarán siendo perdonadas por la Corona de Aragón. Y desde entonces en Alcoy recuerdan todos los años este episodio de una manera singular: las fiestas de Moros y Cristianos.

La última cruzada de Jaime el Conquistador

A mediados del siglo XIII, la Corona de Aragón había alcanzado su máxima expansión en la península: aquí ya no había nada más que reconquistar. Al mismo tiempo, buena parte del sur de Francia estaba bajo su control político, de manera que Aragón era ya una notable potencia europea que se derramaba a ambos lados del Pirineo. La marcha natural de las cosas empujaba a los aragoneses hacia el Mediterráneo y, al otro lado del mar, a Tierra Santa, el escenario de las cruzadas. Ese era el paisaje de la política exterior de Jaime I el Conquistador. Pero las cosas no iban a salir como el rey habría deseado. Y para empezar, tuvo que renunciar a sus dominios franceses.

Recordemos sumariamente los antecedentes. Desde el siglo XI, y como fruto de sucesivos enlaces matrimoniales, Aragón extendía su influencia sobre una ancha porción del sur de Francia: Tolosa, Rasés, Bèziers, Foix, Narbona, Nimes, Montpellier... El control aragonés sobre estas tierras, un auténtico mosaico feudal, no tenía los mismos rasgos de dependencia que el de las tierras españolas, pero el rey de Aragón era su soberano y a él prestaban vasallaje los señores locales. Así, Aragón se convirtió en la tercera fuerza en presencia dentro del escenario francés, junto a los capetos, que dominaban el este del país, y los ingleses, que dominaban el oeste.

Andando el tiempo, los capetos consiguieron ganar terreno a costa de los ingleses, de manera que a lo largo del siglo XIII empieza a tomar forma la Francia que hoy conocemos. Y respecto a los territorios bajo influencia aragonesa, París —que ya era la capital del reino— optó por asociar tierras mediante pactos matrimoniales. La Provenza ya estaba en manos de un hermano del rey de Francia desde 1245; Tolosa siguió el mismo camino en 1249. A la altura de 1250 los capetos de París dominaban casi toda Francia salvo, precisamente, los últimos territorios vasallos de Aragón. Ahora bien, la legitimidad de Aragón para ejercer el poder sobre esos condados del sur de Francia era muy problemática. Y en esa tecla tocó el rey Luis.

¿Por qué era problemática la legitimidad de Aragón en el sur de Francia? Porque, en realidad, esa legitimidad provenía de la vieja herencia carolingia, es decir, la misma que los capetos invocaban para reunificar Francia. Hagamos un nuevo ejercicio de memoria: a la altura del siglo VIII, ante la invasión musulmana, Carlomagno construye en el Pirineo una entidad político-militar que se conoce como Marca Hispánica y que abarca desde Navarra hasta el Mediterráneo; con el tiempo, los condados catalanes, y en particular el de Barcelona, se emanciparán del control francés, pero desde el punto de vista jurídico nunca habían dejado de ser tributarios de la Francia carolingia. Mientras Francia estuvo dividida, la Corona de Aragón pudo ejercer su poder en las dos vertientes del Pirineo. Pero ahora Luis IX de Francia era fuerte y reclamaba lo suyo, es decir, no solo los condados del sur de Francia, sino también los del viejo espacio barcelonés.

En otras circunstancias habría habido guerra entre Francia y Aragón. Ahora no podía haberla, porque los dos reyes —Luis y Jaime— se veían a sí mismos como campeones de la cristiandad, ambos estaban igualmente interesados en mantener alianzas y, por otro lado, ambos sabían que podían obtener ventajas de un acuerdo pacífico. Ese acuerdo será el Tratado de Corbeil, que empezaba de la siguiente manera: «Es universalmente conocido que existen desavenencias entre el señor rey de Francia y el señor de Aragón, de las Mallorcas y de Valencia, conde de Barcelona y Urgel, señor de Montpellier; por lo que el señor rey de Francia dice que los condados de Barcelona, Besalú, Urgel, etc... son feudos suyos; y el señor rey de Aragón dice que tiene derechos en Carcasona, Tolosa, Narbona...».

Lo que Luis y Jaime resolvieron en Corbeil, cerca de París, fue lo más sensato desde todos los puntos de vista: el sur del Pirineo para Aragón, el norte para Francia. El rey de Francia, heredero de Carlomagno, renunciaba a sus derechos sobre los condados catalanes. Y Jaime I, por su parte, renunciaba a los suyos sobre el mosaico feudal francés —Tolosa, Bèziers, Nimes, la Fenolleda, Provenza, etc.—, aunque conservando el señorío de Montpellier. Para rubricar adecuadamente el tratado, la hija de Jaime, Isabel, se casará con el heredero de Luis, llamado Felipe.

Acto seguido, Jaime I el Conquistador giró los ojos hacia el gran objetivo de su vida: una cruzada en Tierra Santa. No entenderemos nada de esta época si prescindimos del hecho de que todos los europeos se veían a sí mismos, antes que nada, como cristianos, y que en esa identidad colectiva los Santos Lugares ocupaban una posición eminente. Mantener la cruz sobre Jerusalén era mucho más que un objetivo político, era la aspiración mayor de cualquier cristiano. Y por eso Jaime I, terminando la década de 1260, empezó a contemplar el proyecto de marchar a la cruzada.

En aquel momento la situación internacional era complejísima. En el oriente de Europa los bizantinos acababan de recuperar su imperio, que había estado medio siglo en manos de los condes de Flandes. Más al este, los mongoles de Kublai Kan presionaban sobre Turquía y Mesopotamia. Allí, en Turquía, gobernaban todavía los selyúcidas, bajo los que malvivían las comunidades cristianas de Oriente. Todas estas fuerzas estaban enfrentadas entre sí, pero tenían un enemigo común: el terrible sultán mameluco Baibars, que desde Egipto extendía su poder hacia Libia, Arabia y, precisamente, Tierra Santa. Los mamelucos —del árabe *mamluk*, que quiere decir «poseído»— eran originariamente una casta de esclavos blancos dedicada a la guerra, pero a la altura de 1250 habían terminado haciéndose con el poder en el islam. Ahora, los viejos enemigos —bizantinos, turcos, mongoles— sentían que sus intereses venían a confluir: había que librarse del mameluco Baibars. Y así empezaron a llegar a las cortes cristianas exóticas embajadas que pedían una sola cosa: una nueva cruzada.

Los reinos cristianos acogieron la petición con embarazo. El papa se fiaba más bien poco de los bizantinos. Por su parte, las repúblicas comerciales italianas (Pisa, Venecia, etc.) miraban con malos ojos cualquier aventura que pudiera interferir en los negocios. Más al norte, las cortes del imperio germánico contaban más bien poco, enzarzadas como se hallaban en la lucha por la sucesión al trono. En esa lucha andaba metida Castilla, que bastante tenía con sus propios combates. Y en cuanto a Francia, el rey Luis IX tenía su propio proyecto: una cruzada, sí, pero no en Oriente, sino sobre Túnez, un territorio que le quedaba más cerca y que a priori era más asequible, además de adaptarse mejor a los intereses franceses en el Mediterráneo. Solo una corte escuchará con benevolencia a los mensajeros de Bizancio y de los mongoles: la de Jaime I de Aragón.

¿Por qué Jaime prestó oídos a la solicitud? Porque, en realidad, una cruzada era lo único que le quedaba por hacer en la vida. Y además, porque una aventura de este tipo le permitiría mantener ocupada a una nobleza demasiado levantisca. Jaime hizo saber que se hallaba dispuesto: una expedición aragonesa sobre Oriente intentará retomar para la cruz los lugares de Tierra Santa. Ahora bien, ¿iba a hacerlo él solo? La corte de Aragón envió legados a Francia, Roma y a las repúblicas italianas. Lo que encontró fue más bien decepcionante. Los horizontes de Francia estaban en otro sitio. El propio Luis ya había protagonizado una cruzada, la séptima, entre 1248 y 1254, y fue un desastre sin paliativos. Por eso Francia insistía ahora en su objetivo tunecino. El mismo objetivo alentaban las repúblicas italianas, y no por motivos religiosos, sino por razones comerciales: tomar Túnez significaría limpiar de piratas berberiscos las rutas del Mediterráneo. El papa se vio en la tesitura de elegir: o el proyecto de Aragón en Jerusalén, o el de Francia en Túnez. Y eligió el de Francia, al que se sumaron los reyes Eduardo de Inglaterra y Teobaldo de Navarra.

Ahora bien, el papa, aunque apoyaba el proyecto francés, no había desautorizado la campaña de Jaime I, de manera que el rey de Aragón aprestó sus naves y se dispuso a la aventura. El plan era que se unieran a él, más tarde, los ingleses y los navarros después de someter Túnez. Era el año 1269. Los barcos de Aragón se hicieron a la mar. Pero a las primeras de cambio, una espantosa tempestad deshizo la flota. A duras penas pudieron volver a puerto. La cruzada de Jaime de Aragón fue un fracaso.

¿Salió mejor lo de los franceses en Túnez? No, salió aún peor. La flota de Francia, con sus refuerzos ingleses, navarros e italianos, llegó a su destino, desembarcaron, libraron con éxito los primeros combates... Pero inmediatamente se declaró una feroz epidemia de disentería que hizo estragos entre los cruzados. Luis de Francia murió allí. También Teobaldo de Navarra. Eduardo de Inglaterra pudo salir vivo y embarcó hacia Tierra Santa, pero sin resultados palpables. Los logros políticos de la campaña no fueron escasos, porque el rey de Túnez se vio obligado a firmar un

tratado de paz. Pero la cruzada, como tal, había sido un desastre.

Jaime nunca se sacó la espina de aquel fracaso. En su mentalidad, era inaceptable morir sin haber hecho antes una cruzada sobre Tierra Santa. Ciertamente que él había tenido su propia cruzada, y con éxito, contra los musulmanes en Baleares, Valencia y Murcia, pero el objetivo de Tierra Santa era la cumbre de todo. Y el destino le daría otra oportunidad a la altura de 1274, cuando el papa convocó el segundo Concilio de Lyon.

El Concilio de Lyon, convocado por el papa Gregorio X, tenía que resolver tres asuntos principales: uno, la superación del cisma de la Iglesia bizantina, o sea, los ortodoxos; dos, la revisión del sistema de elección del papa; tres, precisamente, la conquista de Tierra Santa. La asamblea fue de lo más relevante: todos los que pintaban algo en Europa acudieron allí, desde reyes y abades hasta obispos y embajadores, incluidos los legados del Gran Kan de los mongoles. Entre los invitados estuvo Santo Tomás de Aquino, que murió durante el viaje. De aquellas sesiones salió el sistema de elección del papa mediante cónclave (el mismo que aún hoy se mantiene), y también un principio de acuerdo con la Iglesia ortodoxa que, finalmente, no se verificó por razones políticas. Y en lo que concierne a la cruzada, también se acordó algo importante: lanzar una nueva campaña sobre Tierra Santa... en un plazo de seis años.

¡Seis años! Jaime porfía: no puede esperar tanto; quiere marchar a la cruzada cuanto antes. ¿Por qué tanta prisa? Sin duda, por su edad: el rey de Aragón tiene ya sesenta y ocho años, que para la época es una edad avanzadísima. Se sabe viejo y cansado. Sabe también que no va a tener otra oportunidad. Sin embargo, no habrá una nueva cruzada. La amarga experiencia de la anterior había disipado muchas euforias. Ni el papa ni los templarios querían organizar una nueva campaña sin la suficiente cobertura financiera. El rey de Aragón lo intentó todo. Sin éxito.

Jaime terminó rindiéndose a la evidencia. Se despidió solemnemente del papa, se dirigió a sus caballeros y dijo: «Barones, ya podemos marcharnos: hoy a lo menos hemos dejado bien puesto el honor de España». Y el rey retornó a Aragón. Lo que allí le esperaba era un auténtico avispero.

El Conquistador vivirá muy poco más: expiraba el 27 de julio de 1276 en Alcira, Valencia. Tal y como él mismo había dispuesto, en el trance final fue amortajado con los hábitos del Císter. Pero el rey Jaime había dispuesto algunas otras cosas. Y estas iban a provocar una verdadera tormenta política en la Corona de Aragón.

El polémico testamento del rey don Jaime

Lo que nadie podrá negar a Jaime I de Aragón es que en el curso de sus largos años de gobierno el mapa del reino cambió para siempre. La incorporación de Baleares y Valencia convirtió a la vieja corona pirenaica en una gran potencia mediterránea. Una potencia que, naturalmente, despertaba lo mismo codicias que temores, y ello tanto dentro como fuera de sus fronteras. Para terminar de estimular las codicias, Jaime I dictó un testamento que venía a complicar mucho las cosas, porque dividía la corona en trocitos. Y cuando el poder se fragmenta, suele crecer el número de los que aspiran a sacar tajada. Eso es lo que pasó en Aragón.

Tal y como dejó las cosas Jaime I al morir, en un testamento que era revisión de otros dictados con anterioridad, la Corona de Aragón quedaba dividida en dos tronos soberanos: uno abarcaba las tierras de la península y sería para su hijo Pedro; el otro, insular, con sede en Mallorca, quedaba para su segundo hijo, Jaime. A su vez, la herencia peninsular no constituía una unidad homogénea, sino que constaba de al menos tres entidades: Aragón, Valencia y el condado de Barcelona. Pedro reinaría sobre las tres como soberano único, pero cada uno de esos territorios mantenía su propio estatuto de reino y, por tanto, su propia forma de regirse; lo cual no causaba problema alguno al que estaba arriba, esto es, al heredero Pedro, pero las cosas se veían de distinto modo en la perspectiva de la nobleza aragonesa y catalana, porque el estatuto de reino significaba que los magnates iban a ver muy limitado su poder.

Cuestión de principio: ¿y por qué Jaime repartía el reino, si su gran mérito había consistido precisamente en construir una potencia política de primer orden? ¿Por qué dividir lo que antes se ha unido? Esta es una de las grandes preguntas que desde siempre ha inquietado a los historiadores del rey Conquistador. Desde la mentalidad política moderna, es incomprensible que un rey cuya vida ha consistido en incorporar tierras a su cetro decida dispersar ese patrimonio al morir. Para tratar de explicarlo, con frecuencia se ha aludido a los intereses de las sucesivas esposas del monarca, y en particular de la reina Violante, que habría inspirado esta solución testamentaria para que todos sus hijos se llevaran herencia. Es una hipótesis lógica y, además, enseguida veremos que Violante maniobró cuanto pudo para que sus hijos se llevaran el mayor trozo del pastel. Pero no es una explicación suficiente.

No es una explicación suficiente, porque Jaime, muerta ya Violante, insistió en esa solución testamentaria: el reparto. De donde solo cabe pensar que el rey Conquistador, después de todo, era un rey medieval al modo europeo, y que por tanto veía sus tierras no como un legado que debiera traspasar intacto a su sucesor, sino como un patrimonio personal que le pertenecía en virtud de su condición regia y del que, por tanto, podía disponer en la forma que creyera más conveniente. A lo largo del medioevo español vamos a ver una continua oposición entre esas dos formas de entender el patrimonio real. Con frecuencia los reyes actuarán de una u otra manera

en función de criterios que muchas veces se nos escapan. Las razones de Jaime parecen claras: el reino era suyo, lo había conquistado él, luego nada más natural que disponer de sus tierras según su personal criterio.

El hecho es que esta manera de repartir las tierras de la corona causó a Jaime muchos sinsabores, y ello desde fecha muy temprana. Para entender bien el calibre del problema hay que repasar el paisaje de la sucesión en Aragón y los sucesivos testamentos que el rey Jaime fue dictando. Se casó por primera vez con Leonor de Castilla, hija de Alfonso VIII, el de Las Navas. Fruto de ese matrimonio nació el infante Alfonso de Aragón y Castilla; era el primogénito y heredero. Aquel enlace fue anulado por razón de parentesco, pero los derechos del heredero quedaron intactos. Después Jaime se casó con Violante de Hungría (el nombre Violante es la forma latina medieval de Yolanda), que le dio nueve hijos. De esa nueva progenie, dos llegarían a la edad adulta en condiciones de heredar: Pedro y Jaime. Y cuando murió la reina Violante, en 1251, Jaime se lanzó a una intensa serie de amoríos de la que nacieron, entre otros, Fernán Sánchez y Pedro Fernández, bastardos, pero reconocidos por el monarca; son nombres que hemos de retener, porque iban a jugar un papel importante en toda esta historia.

En 1241, Jaime dicta por primera vez testamento y procede a un primer reparto: el primogénito de Leonor, Alfonso, heredará Aragón y el condado de Barcelona, y el primogénito de Violante, Pedro, se quedará con las Baleares, el Rosellón y la Cerdaña. Es decir que ya aquí había una partición del reino. Cuando nació el segundo hijo de Violante, Jaime, el rey cambió su testamento, pero siempre en el mismo sentido: Alfonso heredaría solo Aragón, para Pedro serían el condado de Barcelona y el reino de Valencia, y a Jaime le corresponderían las Baleares. Aún habría más cambios, pero el decisivo fue este: en 1260 muere de manera prematura el primogénito, Alfonso, de manera que hay que recomponer otra vez el paisaje. Y en esta nueva versión del testamento, Pedro heredará Aragón, Barcelona y Valencia, y Jaime las Baleares y algunos condados pirenaicos.

Todos estos vaivenes testamentarios levantaban auténticas olas de indignación entre los nobles, porque, cada vez que se modificaba un reparto territorial, la nobleza, que vivía de los tributos de la tierra, veía alteradas sus jurisdicciones, por tanto sus derechos, y por tanto sus ingresos. Estamos hablando de territorios —recordémoslo— a los que el rey había dotado de personalidad propia elevándolos a la condición de reinos, lo cual era decisivo a la hora de repartir prebendas. Así, cuando Jaime decidió que Valencia sería reino singular, los magnates aragoneses se subieron por las paredes, porque veían frustrado su deseo de extender su poder al nuevo territorio. De aquí nació una sorda hostilidad de los nobles de Aragón hacia el rey, y esa hostilidad iba a encontrar su portavoz nada menos que en el infante Alfonso, el primogénito de Jaime y Leonor. ¿Por qué Alfonso? Porque en aquel momento Jaime ya estaba casado

con Violante, la cual a su vez maniobraba para que sus propios hijos, Pedro y Jaime, no se quedaran sin su pedazo del pastel. La prematura muerte de Alfonso iba a resolver —dramáticamente— este problema, pero no sería el único frente donde el rey de Aragón tendría que sostener su posición frente a los magnates del reino.

Para terminar de hacer el aire irrespirable, la nobleza de Cataluña se levantó contra el rey poco después a causa de la política de Jaime en Murcia. Jaime I había decidido devolver a Castilla las tierras reconquistadas en Murcia, lo cual frustró las expectativas de los magnates catalanes, que aspiraban a hacerse fuertes allí. Para colmo, Jaime enseguida pidió fondos con vistas a una nueva campaña en Andalucía. Los nobles catalanes se negaron. El rey optó por confiscar lo que necesitaba, y aquello fue la gota que colmó el vaso. En 1259 la nobleza catalana se subleva. No será la última vez. Los problemas de derechos y jurisdicciones seguirán alimentando todo tipo de revueltas. La más peligrosa será la de 1274. Su cabecilla fue el vizconde Juan de Cardona, pero su valedor principal iba a ser otro hijo del rey: el bastardo Fernán Sánchez, hijo reconocido del rey Jaime con la dama Blanca de Antillón.

¿Qué pintaba el bastardo Fernán en esta historia? El episodio puede resumirse así: del mismo modo que la reina Violante había tratado de afirmar los derechos de su prole frente al primogénito de Leonor, ahora la amante del rey, Blanca de Antillón, trataba de poner a su hijo Fernán por encima de los herederos de Violante. Parece que Blanca intentó enemistar al rey con sus otros hijos. La maniobra, en el contexto de las revueltas nobiliarias catalanas, solo podía tener consecuencias explosivas. El frente de la conjura era amplísimo: no solo implicaba a los más señeros magnates catalanes, sino que también las familias más viejas de Aragón —los Luna, por ejemplo— entraron en la conspiración. Pero enfrente había alguien que sabía bien lo que se jugaba: el infante Pedro, el primogénito y heredero. Fue una guerra civil. Y Pedro tenía a su lado a un personaje muy notable: el otro bastardo del rey, Pedro Fernández, barón de Híjar.

La cuestión se resolvió a hierro y sangre. El infante Pedro atacó las posiciones de Fernán Sánchez y los suyos. Los rebeldes perdieron. Dice la tradición que Pedro condenó a su hermanastro Fernán a morir ahogado. El otro bastardo del rey, Pedro Fernández, iba a tener mejor suerte: su fidelidad al heredero Pedro de Aragón le reportaría en el futuro cargos de la mayor importancia en el reino. Y como el bastardo Pedro, barón de Híjar, era además un hombre valiente y sabio, buen guerrero y político avisado, todavía le encontraremos en algunos de nuestros próximos episodios.

Volvamos a nuestro escenario. Era el año de 1275 y el rey Jaime acababa de volver del Concilio de Lyon, donde había visto frustrado su empeño por emprender una nueva cruzada. Lo que encontraba en casa era sencillamente espantoso. A las luchas que desgarraban el reino en su interior se añadía la sublevación de los

mudéjares valencianos. Lo último que hizo el viejo Conquistador fue marchar a Valencia para controlar la situación. Allí le esperaba la muerte. Era el 27 de julio de 1276.

Ahora, muerto el rey Jaime, la Corona de Aragón quedaba partida en dos. Pedro, que sería Pedro III, reinaría en Aragón, Barcelona y Valencia. Jaime, que sería Jaime II (pero solo en Mallorca), reinaría en las Baleares, el Rosellón, la Cerdaña y Montpellier. Por cierto que también los dos hermanos tendrán sus más y sus menos. Pero eso ya lo veremos en otro momento.

Quien quedaba como soberano en el Aragón peninsular era Pedro: un hombre que tenía ya treinta y seis años en el momento de llegar al trono y que pasará a la historia como Pedro III el Grande. De entrada, el nuevo monarca canceló el vasallaje que Aragón rendía al papa desde los lejanos tiempos del rey Pedro II el Católico, abuelo de nuestro personaje. ¿Por qué? Por los serios problemas que Aragón debía afrontar en Sicilia, donde el papa se había aliado con Francia en perjuicio de los derechos aragoneses. Pedro III estaba casado nada menos que con Constanza Hohenstauffen, nieta del célebre emperador Federico II e hija del rey de Sicilia. Con aquel matrimonio, los horizontes de Aragón se ampliarán aún más decididamente hacia el Mediterráneo. Y en la estela de ese designio las banderas de las cuatro barras iban a escribir gestas asombrosas.

Al rey Sabio se le sublevan los nobles

No solo los reyes de Aragón tenían problemas con sus nobles; en Castilla sucedía lo mismo y, además, en más grave medida. Hoy a Alfonso X le recordamos como el rey Sabio, pero lo cierto es que su reinado estuvo salpicado por quebrantos sin fin. Uno de ellos fue precisamente la rebelión de los grandes aristócratas castellanos, que puso de manifiesto la debilidad del poder regio frente a los señores de la tierra y de la guerra. El rey quería construir algo que pareciera un Estado, pero los tiempos no estaban maduros para semejante desafío.

Situémonos: estamos en la muy linajuda villa burgalesa de Lerma, a principios del año 1272. Allí se han reunido los nombres más rancios de la aristocracia castellana: están los Lara en la persona de Nuño González; están los Castro representados por Esteban Fernández; están los Haro a través de Lope Díaz III; está también el señor de Cameros, Simón Ruiz, y está, además, el infante Felipe de Castilla, hermano del rey y cabeza política de la conspiración. Los magnates del reino están dispuestos a defender sus reclamaciones hasta donde haga falta. En su determinación no hay vuelta atrás. Hasta el punto de que los conspiradores toman una elocuente previsión: negociar de antemano con el rey de Navarra para que este les preste asilo si les sale mal la jugada. Es evidente que aquella gente estaba dispuesta a todo.

¿Qué estaba pasando? Todo se debe a la singular estructura del poder en el mundo medieval, que no tiene nada que ver con lo que nosotros hoy conocemos. En la Edad Media no había Estados con súbditos o ciudadanos, como en el mundo moderno. Lo que había era una estructura de tipo piramidal con sucesivos escalones intermedios: un campesino, por ejemplo, era vasallo del propietario de los campos, el cual a su vez era vasallo del monarca. Esa red de vasallajes estaba regulada por minuciosos pactos que, por lo común, eran distintos en cada caso, y harán falta muchos siglos para que pueda hablarse de uniformidad legal. Y aunque el rey está arriba, necesita de los nobles para mantener su corona. En esas condiciones, una constante de la política medieval será el conflicto entre los nobles y los reyes, y entre los nobles mismos, por sus respectivas cuotas de poder; el paisaje se complicará hasta el paroxismo cuando aparezcan las primeras ciudades como sujetos de derecho singular, porque también ellas plantearán sus propias reclamaciones.

En estas páginas hemos visto ya a todos los reyes de la cristiandad española haciendo ímprobos esfuerzos por subrayar el poder público del monarca frente al poder privado de los grandes propietarios. ¿Cómo? Reformando el derecho, creando villas de dependencia regia, organizando un sistema de tributos que revierta en las arcas de la corona... Hay una línea permanente de la política medieval que puede definirse así: organizar la vida pública con la corona como centro del poder. La Iglesia, con muy pocas excepciones, siempre será partidaria del poder regio frente al

de los nobles; por eso nunca dejará de esforzarse para sustentar el orden político en un edificio jurídico estable. Ahora bien, por debajo de los textos legales, la realidad era la que era: el rey no tenía capacidad militar ni fiscal si no recurría a los nobles, los cuales, naturalmente, se cobraban el servicio. Eso ponía al rey en manos de los magnates. Y si el rey no pagaba, los nobles se sublevaban. Eso es lo que estaba pasando ahora en Lerma, a principios del año de Nuestro Señor de 1272.

Alfonso X, como es natural, se enteró de la inquietante reunión y llamó a su hermano. El infante Felipe se hizo el sueco: eludió la respuesta y se limitó a decir al rey que había reunido a aquellos magnates porque necesitaba el consejo de sus amigos. Hizo algo más el infante Felipe: conminado por el rey a trasladarse con sus tropas a Andalucía, el hermano traidor escurrió el bulto bajo el efugio de que no podía mover a sus tropas por un retraso en las soldadas de las huestes. Un argumento que encerraba un reproche, pues los pagos en cuestión eran obligación del rey. Escamado, Alfonso X tiró de la lengua a otro de los conjurados: Nuño González de Lara. El cual admitió la reunión de Lerma, pero negó que se tratara de una conspiración. Y Nuño, como antes el infante Felipe, también hizo algo más: se ofreció a ayudar al rey para recaudar nuevos impuestos en Castilla y Extremadura. ¿Para qué? Para que el rey pudiera pagar a los nobles las soldadas que les adeudaba. Otro reproche, en fin.

Alfonso X puso a prueba a los conspiradores y les ordenó acudir con sus huestes a Sevilla para reforzar las posiciones que el primogénito y heredero de la corona, Fernando de la Cerda, defendía frente a los musulmanes. Los conjurados respondieron que antes el rey debía entrevistarse con ellos. Esto ya iba oliendo a traición masiva. Por Nuño González de Lara, que empezaba a jugar a varias bandas, el rey supo que los conjurados habían entablado contacto con el rey de Navarra. Feo asunto, porque todos los nobles sabían que no podían negociar con ningún otro soberano sin permiso del rey. Pero Alfonso aún descubrió otra cosa mucho más alarmante: ciertas cartas que probaban la implicación del sultán de los benimerines de Marruecos en la trama. El rey de Castilla y León, buen jugador, se guardó esas cartas en la manga. Ordenó a los revoltosos cesar cualquier conversación con la corona navarra. Los revoltosos se negaron. Nuño González de Lara declaró rotos sus compromisos con Alfonso, su rey. Por parte de Alfonso, era una manera de que la conjura saliera a la luz. Y hecho esto, citó a los revoltosos en Burgos. Era ya septiembre de 1272.

Ninguno de los nobles refractarios entró en Burgos: no se fiaban de lo que pudiera pasar allí, de manera que optaron por permanecer en las aldeas cercanas. A través de emisarios hicieron llegar al rey sus exigencias. Querían que el rey no fundase más ciudades nuevas en León y Castilla —porque estas caían bajo la dependencia de la corona, de manera que no tributaban a los nobles—, querían que

no les hiciese pagar un impuesto especial para la ciudad de Burgos, querían regirse por su propio fuero y que la corona no les pusiera jueces especiales; de paso, denunciaban a cierto número de funcionarios y merinos de la corona que, a su juicio, les habían faltado al respeto. Alfonso recibió las demandas. Seguramente las estudió con atención. Y como primera providencia, firmó un pacto con el rey de Navarra para cerrar las salidas de los rebeldes: si aquellos magnates iban a hacerle la guerra, no sería con el refuerzo de los navarros.

Con las negociaciones rotas y la vía navarra cerrada, los revoltosos tomaron una decisión tremebunda: se dirigieron a Granada, nada menos. Granada, el reino moro que seguía haciendo la guerra a los cristianos a la menor oportunidad. El camino de los nobles rebeldes hacia el sur fue un reguero de violencia: saquearon granjas, robaron ganado, devastaron campos... Eso Alfonso no se lo esperaba. El rey les envió mensajes de conciliación y también de reproche, pero todo fue inútil. Entrado el otoño de 1272, los conjurados están en Granada, solemnemente recibidos por el rey Muhammad I, y firman con el moro un pacto de ayuda mutua contra Alfonso X. Entre los que firman están el infante Felipe (hermano del rey), Nuño González de Lara, Esteban Fernández de Castro y Diego López de Haro, a los que se han unido ahora nombres muy relevantes de Asturias y de otros linajes castellanos y leoneses. Y el pacto contenía una cláusula reveladora: el acuerdo duraría hasta que Alfonso X hubiera compensado a los nobles por los agravios recibidos. ¿Y no eran ellos los que habían agraviado al rey? Es evidente que, en la mentalidad de aquellos hombres, no.

La jugada granadina de los nobles rebeldes dio un vuelco espectacular a la situación: después de aquel pacto, Alfonso tenía enfrente a un bloque hostil que realmente podía complicarle mucho la vida, porque la suma de esas huestes armadas constituía por sí sola una pequeña potencia. Los revoltosos eran perfectamente conscientes de su poder. Y dispuestos a explotar el éxito hasta donde fuera posible, doblaron la apuesta: en enero de 1273 se dirigieron a Tudela y rindieron homenaje al rey de Navarra; le presentaron una cumplida relación de los agravios que el rey castellano les había infligido y pasaron a ser vasallos del monarca navarro. ¿Y no acababa de firmar un pacto el rey de Navarra con el de Castilla para cerrar la puerta a los revoltosos? Sí, pero...

En aquel momento, recordemos, reinaba en Navarra Enrique I, un obeso caballero que apenas un par de años antes había tenido que abandonar a toda prisa sus posesiones francesas de Champaña para reemplazar en el trono a su hermano Teobaldo II, fallecido sin descendencia. Enrique era el tipo de hombre que huía de los líos: si tenía un problema con el rey de Francia, por ejemplo, corría a rendirle vasallaje y asunto resuelto; si tenía que firmar un pacto con Alfonso X, lo hacía también, y si venían los nobles castellanos a rendirle homenaje, él se dejaba querer y seguía a sus negocios, que eran lo que verdaderamente le interesaba. Ahora, puesto

en la tesitura de mediar en el conflicto castellano, Enrique escogió el camino más fácil: no sería él quien declarara la guerra a Alfonso X, por supuesto, pero tampoco iba a desdeñar aquel regalo que la Providencia le enviaba y que le daba una excelente baza para negociar con Castilla.

Alfonso X no tuvo otra opción que doblar el brazo. Había demasiadas cosas en juego a la vez, así que el rey promovió un acercamiento. Las negociaciones las llevaron varios miembros de la familia real: el heredero Fernando de la Cerda (así llamado, por cierto, por un grueso pelo que desde niño le adornaba el pecho), la reina Violante, su hermano el arzobispo Sancho, y además se ofrecieron a mediar los maestros de las órdenes militares, que podían actuar como instancia neutral. Al mismo tiempo, cosas importantes suceden en Granada: muere el rey Muhammad I y le sucede su hijo Muhammad II, el cual firma nuevos acuerdos con Alfonso X que incluyen, entre otras cosas, la ruptura de Granada con los magnates rebeldes. Termina el año 1273 cuando los nobles levantiscos retornan a Castilla. Primero los Haro y los Castro. Después los Lara. Al principal protagonista de la conjura, que era Nuño González de Lara, el rey le confía el cargo de adelantado mayor de la frontera andaluza: una forma bien vistosa de comprar su fidelidad. ¿Y el infante Felipe, el hermano traidor del rey? Este tuvo poco tiempo para saborear la victoria: se lo llevó la muerte en noviembre de 1274.

¿Por qué cedió el rey ante la presión de los magnates? Primero, porque en aquel momento las armas castellanas estaban en guerra contra los nazaríes de Granada y los benimerines de Marruecos, y Alfonso X no podía permitirse en Castilla una tercera guerra que, además, tendría rasgos de guerra civil. De hecho, mantener a los nobles revoltosos ocupados en la negociación le permitió poner todo el esfuerzo bélico en la frontera mora y obtener allí una tranquilizadora victoria. Además, el rey sabía que, en el fondo, las reclamaciones de aquellos hombres no eran litigios particulares, sino que por esas bocas hablaban la mayoría de los magnates del reino; una represión al viejo estilo solo habría servido para extender el malestar entre los grandes nobles. Tercera razón: Alfonso X seguía interesadísimo en optar a la cabeza del Sacro Imperio, y nada más inconveniente para esa apuesta europea que enzarzarse en una querrela intestina, pues ¿cómo iba a gobernar el imperio un hombre incapaz de apaciguar su propia casa?

Pero hay una cuarta razón que seguramente es la decisiva: por muy resuelta que fuera la voluntad política del rey, la realidad del reino era la que era y la aquiescencia de los nobles seguía siendo fundamental para asegurar los recursos militares y económicos de la corona. Por todo eso, Alfonso X cedió. No podía ni imaginar el rey Sabio que aquella debilidad se le volvería en contra pocos años después en forma de guerra civil.

Una guerra civil hizo francesa a Navarra

Allá por 1275, mientras Alfonso el Sabio afrontaba el amargo final de su reinado, algo terrible ocurrió en Navarra: Pamplona se llenaba de sangre en una guerra civil que terminaría poniendo al viejo reino bajo la órbita política francesa. ¿Y por qué Navarra se hizo francesa? Porque el trono se le había quedado vacío. Aquí hemos contado ya cómo la corona navarra, a partir de la infanta Blanca, entroncó con los franceses de Champaña: su hijo Teobaldo I el Trovador —el eficaz negociador en la cruzada de Jerusalén— se casó con una Borbón; el segundo Teobaldo —el que murió en la cruzada tunecina— lo había hecho con una hija del rey de Francia y su hermano y sucesor, Enrique el Gordo, vino también de la Champaña junto a su esposa Blanca de Artois. El Gordo podía haber dado mucho de sí, porque apuntaba maneras de buen rey, pero la vida no le dejó: moría en 1274, parece que precisamente por su obesidad, a los treinta y seis años. Había tenido un hijo, Teobaldo, pero murió despeñado desde una almena del castillo de Estella. Solo le sobrevivía una hija: Juana, una niña de tres años. Y entonces Navarra, sin rey en el trono, estalló.

Miremos el paisaje: en Aragón, un viejo Jaime I acaba de ver frustrada su última cruzada y se prepara ya para morir; en Castilla, a Alfonso X el Sabio se le está desmontando el reino por las rebeliones nobiliarias y la amenaza benimerín en el sur, y pronto va a ver morir a su hijo y heredero, Fernando de la Cerda; en Francia, acaba de llegar al trono Felipe el Atrevido, un rey guerrero que pronto va a mirar hacia el Mediterráneo. La situación general es de seria inestabilidad. Y en medio de ese mar amenazante, Navarra flota como un frágil esquife que todos quieren abordar: lo mismo Aragón que Castilla y Francia, todos quieren quedarse con el pastel de Pamplona.

La reina viuda Blanca, regente de Navarra, convocó Cortes en Pamplona. Las Cortes habían reconocido a su hija, la pequeña Juana, como heredera cuando murió el niño Teobaldo. Ahora se trataba de recordar a cada cual su juramento. Nadie negó el derecho de Juana al trono, pero la apuesta era otra: ¿dónde se criaría la niña hasta ser mayor? ¿Con quién se casaría la heredera? ¿Quién protegería a una Navarra sin rey? Pronto se dibujaron tres partidos: Aragón, Castilla, Francia... Grandes nombres de la nobleza Navarra emergen en este momento como paladines de cada facción: el alférez real Gonzalo Ibáñez de Baztán, el terrateniente procastellano García Almoravid, el tenente de Salazar y el roncal don Pedro Sánchez de Monteagudo... En este último, buen conocedor de los fueros, recayó el título de gobernador mientras durara la minoría de la pequeña Juana.

La elección de Sánchez de Monteagudo debía haber calmado las cosas: aunque proaragonés, el nuevo gobernador era hombre respetado incluso por los procastellanos. La mayor parte de la nobleza, agrupada en las llamadas juntas de infanzones de Obanos (porque en Obanos se reunían), era partidaria de que Navarra

se acogiera a la protección de Aragón. En el lado opuesto, los partidarios de Castilla eran, sobre todo, los concejos de la Navarrería y San Nicolás, dos de los burgos de Pamplona. Pero había alguien que veía con extrema inquietud los movimientos de aragoneses y castellanos: la propia reina viuda, la francesa Blanca, y sus cortesanos, igualmente franceses, que constataban cómo la partida se les iba de las manos. Y entonces Blanca decidió actuar por su cuenta.

Debió de ser hacia noviembre de 1274: a pesar de la decisión de las Cortes, y actuando por su cuenta, Blanca se dirigió a Francia. En principio solo iba para prestar homenaje al rey Felipe III por las heredades recibidas en Champaña, pero su objetivo era otro: entregar la mano de la pequeña Juana al segundo hijo del rey de Francia, llamado también Felipe. Esa era la carta que el rey francés se guardaba en la manga, y seguramente la viuda Blanca la conocía de antemano. Juana se criaría en Francia, con las hijas de Felipe III el Atrevido. Navarra quedaba sujeta a la órbita francesa. Las Cortes se encontraron ante una política de hechos consumados.

¿Qué hacer? ¿Rebelarse o acatar? Sánchez de Monteagudo, el gobernador, prefirió bajar la cabeza: al fin y al cabo, había jurado obediencia a los reyes. Además, también él estaba casado con una champañesa. Lo mismo hizo la mayor parte de la nobleza local. Pero hubo alguien que no aceptó el enjuague de la reina viuda: en la Navarrería, el burgo más antiguo de Pamplona, se concentra la disidencia. Y entre los disidentes está nada menos que García Almoravid, el gran terrateniente procastellano. En un determinado momento, con la reina viuda aún en Francia, en la Navarrería empiezan a montarse catapultas y armas de guerra. ¿Qué está pasando?

Lo que está pasando es que el conflicto sucesorio ha avivado el fuego, nunca dormido, de la guerra a muerte entre los tres burgos de Pamplona. A lo largo de los siglos anteriores, al lado del núcleo originario de Pamplona, la Navarrería, habían crecido otros dos burgos: San Cernín, repoblado con francos (gente que venía del norte de Europa) y San Nicolás, mixto de francos y navarros del medio rural. San Cernín y San Nicolás se odiaban sin tregua, y ambos odiaban a su vez a la Navarrería. Los conflictos entre los tres burgos por las tierras colindantes eran una constante de la vida navarra medieval. Los tres estaban bajo una sola autoridad, la del obispo, pero eso no suavizaba las cosas. Y ahora, con los ánimos exaltados por el asunto de la niña Juana, saltó la chispa precisa para que la guerra volviera a estallar. Será la llamada «guerra de la Navarrería».

El gobernador, Sánchez de Monteagudo, intentó solucionar el problema por las buenas. No lo consiguió. Lo intentó por las malas y desafió al líder de la Navarrería, García Almoravid, a duelo singular, pero este no acudió a la cita. Como Monteagudo no lograba solventar el conflicto, la reina viuda Blanca pidió al rey de Francia que enviara a un gobernador capaz de aplastar la revuelta. ¿Por qué al rey de Francia? Porque este ejercía ya como tutor de los derechos de la pequeña Juana. Y así apareció

en escena Eustaquio de Beaumarchais, un tipo que se había ganado fama de duro limpiando de criminales los campos. Eustaquio llegó a Navarra con su hueste. Los contendientes, al verlo, se apresuraron a asegurar su fidelidad: en efecto, ninguno de los dos bandos ponía en duda los derechos de Juana, sino que su conflicto se debía a razones de otro orden. ¿Qué razones? Eustaquio debió de quedarse de piedra al saber que Monteagudo, el cesado gobernador, había decidido pasarse al campo de su antiguo enemigo, Almoravid. Eustaquio habló con unos y otros. A las pocas semanas, el duro francés se había hecho un auténtico lío. Y en Pamplona el campo seguía cubierto de máquinas de guerra con las que cada bando amenazaba al otro.

A partir de este momento, la guerra ya es inevitable. Eustaquio intenta que los de la Navarrería se desarmen. Estos se niegan. Cuando se dirige a la Navarrería para parlamentar, los vecinos piensan que en realidad va a ejecutar el desarme, así que la emprenden a saetas contra Eustaquio. A todo esto, los nobles del reino, de todas las facciones, piden al rey de Francia que Eustaquio se vaya. ¿Por qué? Porque temen que el vecino rey de Castilla, al ver a una hueste francesa tan nutrida moviéndose a su antojo, ataque territorio navarro. Pero los patricios de los otros dos burgos de Pamplona estaban en posición contraria: veían al rey de Castilla como aliado de los insurrectos de la Navarrería —lo cual era cierto— y al gobernador francés como un aliado frente a los nobles del propio reino navarro. A lo largo del verano de 1276 se suceden los combates. En una de estas, Monteagudo intenta cambiar nuevamente de bando, es descubierto y asesinado. Y en el mes de septiembre llega a Navarra un enorme ejército: una tropa de 30.000 hombres que el rey de Francia envía como refuerzo a Eustaquio de Beaumarchais.

Fue horrible. Los insurrectos de la Navarrería no tenían ninguna posibilidad frente a semejante despliegue. Los franceses arrasaron todo lo que encontraron. Las descripciones de la crónica son elocuentes. Lo cuenta Guillermo de Anelier, un poeta provenzal que estuvo allí y al que debemos la memoria del suceso:

Aquí veríais abrir y destrozár féretros, y esparcir cerebros y despedazar cabezas, y tratar de malos modos a señoras y doncellas, y robar la corona del santo Crucifijo, y coger y ocultar las lámparas de plata, y abrir las arcas y robar las reliquias, los cálices, las cruces y los altares. Veríais tomar muchas ropas y despojar a las mujeres. Como los traidores no podían encontrar un lugar donde esconderse, eran apresados y llevados a estacar, conduciéndolos hasta los burgos atados con sogas al cuello (...). Y a todos aquellos que habían causado enojo o pesar, los hizo ahorcar y empalar. A varios de los allí presentes los hizo arrastrar. A todos los demás los hizo llevar presos a Tiebas a morir de dolor. Jamás vi a ningún hombre vengarse tan bien.

De la Navarrería no quedó nada, salvo la catedral; el resto fue arrasado. Los

nobles rebeldes lograron huir, pero les sirvió de poco: todos, Almoravid incluido, terminaron presos y con sus bienes confiscados. Felipe III, el rey francés, aprovechó para extender la guerra a toda Navarra: aunque sus tropas actuaban en nombre de la pequeña reina Juana, lo que en realidad estaban haciendo era invadir un país. Y cuando muera Felipe III, su heredero será precisamente aquel niño Felipe que en su día fue prometido a la niña Juana. Eso será ya en 1285. Así el viejo reino de Navarra entró abiertamente en la órbita del poderoso vecino francés. Y pronto veremos a un rey de Pamplona optando al trono de Francia, para pavor de los franceses. Ellos se lo habían buscado.

Cómo Italia se hizo aragonesa

Cambiamos ahora de escenario, porque en aquellos años ocurrió algo trascendental para el futuro de nuestro país. Casi todos los españoles saben que un día América fue española. Algunos saben además que Flandes y Filipinas formaron igualmente parte del imperio español. Pero pocos recuerdan que también la mitad de Italia integró durante siglos la monarquía hispánica: fue el Reino de las Dos Sicilias. Pues bien: aquello comenzó a esta altura de nuestro relato, finales del siglo XIII, y vino de la mano de la Corona de Aragón. Desde entonces, y hasta bien entrado el siglo XVIII, la Italia del sur gravitó en la órbita española.

En la aventura italiana de la Corona de Aragón hay un nombre de mujer: Constanza de Hohenstaufen, hija del rey Manfredo I de Sicilia y nieta del celeberrimo emperador Federico II Hohenstaufen. El reino de Sicilia, en la época, no se limitaba a la isla siciliana, sino que comprendía también el tercio sur de la península itálica, o sea, lo que luego será el reino de Nápoles. En el año 1262, nuestra dama Constanza, que tenía entonces quince años, se casó con el infante Pedro de Aragón, primogénito de Jaime I el Conquistador y heredero de todos los reinos peninsulares de la corona aragonesa. Aquel matrimonio parecía, a primera vista, una bicoca para Aragón: la alianza siciliana le permitiría extender su influencia naval por el Mediterráneo. Pero el hermoso paquete ocultaba una amarga sorpresa, porque Sicilia era un avispero: el papado tenía los ojos puestos en aquel territorio y no cejaría hasta quedárselo. Hasta el punto de que Roma excomulga al rey Manfredo, padre de Constanza, y el papa Clemente IV se queda con Sicilia. Y así Pedro de Aragón se encuentra con que tiene en casa una heredera sin corona, un conflicto con el papa y una guerra en el sur de Italia, todo de una vez.

¿Qué estaba pasando en Sicilia? ¿Por qué fue excomulgado Manfredo, el suegro del heredero aragonés? En teoría, Manfredo fue excomulgado por haberse aliado a los sarracenos para mantener su corona y por haber llegado al trono siendo hijo ilegítimo. Pero la causa real del conflicto de Manfredo con el papa era algo más compleja: desde mucho tiempo atrás, los papas intentaban asentar su poder político en la península italiana, poder que se veía seriamente amenazado por el reino normando de Sicilia y Nápoles, vasallo del emperador germánico. El conflicto había llegado al paroxismo en tiempos del emperador Federico II, el abuelo de Constanza, y era algo más que una simple pelea territorial: lo que estaba en juego era el rostro del poder en la Europa medieval. Los partidarios del imperio se enfrentaban a los del papa, y esa oposición envolvía a su vez sucesivos conflictos entre monarcas y nobles, ciudades y aristócratas, clérigos y señores feudales. Es la conocida guerra entre güelfos y gibelinos. Para simplificar, digamos que en aquel momento el siciliano Manfredo encarnaba al partido gibelino, mientras que los intereses del papa eran los del partido

güelfo.

¿Cómo podían los papas —Alejandro IV, Urbano IV, Clemente IV— asentar su poder territorial en el mosaico italiano frente al reino de Sicilia? Solo con ayuda exterior. ¿Y quién podía prestársela? Francia, y en particular Carlos de Anjou, hermano de San Luis (el gran cruzado Luis IX), porque Carlos estaba especialmente interesado en gozar de un reino propio. El papa Clemente coronó a Carlos rey de Sicilia en 1266. El angevino (o sea, el de Anjou, Carlos) formó un ejército, derrotó a Manfredo, que murió en la batalla, y mandó cegar a sus herederos varones. Sicilia era suya. Pero Pedro de Aragón formuló una objeción de principio: muerto Manfredo y ciegos sus sucesores varones, la corona siciliana tenía que ser para nuestra dama Constanza, que era la heredera legítima del reino. Por otra parte, y al calor del caos, numerosos nobles sicilianos se levantaron contra Carlos de Anjou. Y Sicilia entera ardió en un incendio que iba a prolongarse largos años.

Aragón no hizo acto de presencia militar en Sicilia en aquel momento, pero jugó bien sus cartas. Para empezar, Constanza llamó a su lado a los más distinguidos partidarios de su causa: los Lauria, los Lanza, los Prócidas, grandes familias de nobles guerreros que de esta manera pasan a servir a Aragón. En 1276 muere Jaime I y Pedro III es coronado rey. Como tal, Pedro reivindica los derechos de su esposa al trono siciliano. No puede comprometerse en una guerra en territorio italiano, pero sí puede reafirmar el poderío naval aragonés en el Mediterráneo. Pedro, recordémoslo, no ha heredado las Baleares, que están en manos de su hermano Jaime II, pero no por ello ha dejado Aragón de ser una fuerte potencia marítima. En 1279 Pedro hace su primera exhibición de poder: una gran operación naval sobre los musulmanes de Túnez, que serán obligados a volver al vasallaje aragonés. El jefe de aquella expedición fue un almirante siciliano: Conrado Lanza. Y muy pronto, en 1281, el rey Pedro concibe su siguiente golpe: nada menos que una cruzada en tierras del Magreb.

Es difícil saber qué tenía Pedro III exactamente en la cabeza. El hecho es que a partir de este momento la sucesión de los acontecimientos va a ser vertiginosa. A principios de 1282, el rey Pedro tiene a su flota dispuesta para una nueva operación en Túnez, y esta vez con mayores miras: no se trata solo de controlar algunas ciudades costeras, sino que incluso se contempla una invasión del territorio tunecino. Pedro pide al papa Martín IV que conceda a su campaña los beneficios de la cruzada. Pero el papa Martín, que es francés, mira con enorme recelo las maniobras de Aragón: sus simpatías están puestas en Carlos de Anjou, enemigo de Pedro por el asunto siciliano. Aun sin el título formal de cruzada, Pedro de Aragón está decidido a lanzar sus naves sobre Túnez. Pero en ese momento ocurre algo terrible en Sicilia. El 30 de marzo de 1282, en Palermo, las campanas llaman a vísperas; a la señal, el pueblo se dirige contra la guarnición francesa de la ciudad y la aniquila. Inmediatamente la revuelta se extiende a otras ciudades sicilianas: Corleone, Mesina,

con el mismo resultado, a saber, el exterminio de las guarniciones francesas de Carlos de Anjou. El episodio pasará a la historia como las Vísperas Sicilianas. Y acto seguido, los nobles de la isla ofrecen la corona al legítimo heredero de Manfredo: Pedro de Aragón, esposo de Constanza de Sicilia.

Pedro III no tardó ni un minuto en aceptar el regalo. Su flota, la misma que debía haber marchado sobre Túnez, varió el rumbo y navegó hacia Palermo. Pedro y Constanza entraron en la ciudad en agosto de 1282. Inmediatamente fueron coronados. Y sin perder tiempo, el rey aragonés envió embajadas a Carlos de Anjou, que estaba en la otra punta de la isla, apremiándole a reconocerle como rey y abandonar Sicilia. Naturalmente, el de Anjou se negó. El francés ordenó preparar una gran escuadra para recuperar Sicilia a viva fuerza, pero entonces entró en acción la flota aragonesa y, al mando de ella, un nombre que hará historia: el almirante Roger de Lauria, hijo de uno de aquellos grandes linajes sicilianos que la reina Constanza había acogido en Aragón. Roger de Lauria destruyó a la flota francesa en Nicotera. Francia fue expulsada de Sicilia.

Como es fácil imaginar, tanto Carlos de Anjou como el papa Martín se subieron por las paredes. El papa, como primera providencia, excomulgó a Pedro III, ordenó que fuera apartado del trono y ofreció la corona aragonesa a un hijo del rey Felipe III de Francia, Carlos de Valois. Más aún, el papa Martín IV, francés al fin y al cabo, declaró una cruzada contra Aragón a mayor gloria del rey de los franceses. Francia iba a invadir tierras aragonesas. Y no iba a hacerlo sola: el rey de Mallorca, Jaime II, traicionaba a su hermano Pedro y se pasaba a los franceses; Navarra, donde había habido un nuevo cambio de poder —ya lo veremos más adelante—, apoyaba igualmente a los franceses, y Castilla, que andaba envuelta en conflictos sucesorios, se inhibía. Pedro III iba a tener que hacer frente al mayor desafío de su vida.

Aragón tenía en ese momento dos problemas simultáneos de orden interior, y ninguno era fácil. El primero venía derivado de la apuesta siciliana, que costaba mucho dinero. El segundo, muy relacionado con el primero, era la inquietud de los nobles, que seguían siendo el principal resorte económico de la corona y con los que, por tanto, era imperativo contar para cualquier proyecto. Naturalmente, los nobles de Aragón, al ver que al rey se le presentaba un paisaje delicado, no tardaron en sublevarse y presentar una larguísima lista de reivindicaciones. La lista no era nueva. Pedro nunca había aceptado esas exigencias. Pero ahora, con el propio trono puesto en entredicho por la ofensiva papal, el rey no tuvo más remedio que acatar todas las reclamaciones que los nobles le exigían: era la única manera de hacer frente a la invasión francesa sin perder pie en las nuevas posesiones italianas. Así, Pedro juró el «privilegio general» que reconocía los derechos de la nobleza, y que incluía cosas como la cesión de numerosos castillos y la obligación de convocar Cortes. Fue una derrota del rey en materia de política interior, pero aquella derrota iba a permitirle

obtener una resonante victoria en política exterior.

Francia invadió Aragón, en efecto. Era ya agosto de 1285 y el rey francés llegó incluso a tomar Figueras, Rosas, San Feliú de Guixols y Gerona. Pero esto fue lo único que pudo hacer el rey Felipe, porque enseguida las naves de Aragón van a desequilibrar la balanza. En los meses anteriores, la flota de Roger de Lauria había quebrantado seriamente a los franceses en Malta, en Nápoles y en Calabria. En septiembre de 1285, los barcos de Aragón acudieron a socorrer Cataluña. Roger de Lauria desarboló a la flota francesa en las islas Formigues, frente a las costas de Gerona. Eso rompió las líneas de abastecimiento de los franceses, dejando a su ejército literalmente aislado. Acto seguido, los hombres de Lauria desembarcaron y se unieron a las tropas que Pedro III había enviado por tierra. Los ejércitos de Aragón acometieron a los franceses en el collado de las Panizas. Allí los temibles almogávares, de los que pronto hablaremos en detalle, deshicieron al enemigo. El 1 de octubre de 1285, las tropas del rey de Francia se retiraban al otro lado de los Pirineos. Su propio rey, Felipe III, moría pocos días después, víctima de la peste que azotó a sus tropas.

Cuentan que aquella fue una guerra extremadamente cruel. A la peste y al hambre de las ciudades asediadas se unió el asesinato de los prisioneros, y ello en los dos bandos. Unos años antes, Carlos de Anjou había hecho cegar a los herederos del derrotado Manfredo, el suegro de Pedro III, para que no pudieran reclamar el trono; ahora a Roger de Lauria se le atribuye la barbaridad de cegar a doscientos prisioneros franceses y devolverlos así a su campo en siniestro heraldo de victoria. En todo caso, digno prolegómeno para el siglo que ya se adivinaba, el XIV, que iba a ser el más cruel de la Edad Media europea.

Y volviendo a nuestro asunto, después de aquella victoria ya nadie puso en duda quién mandaba en el Mediterráneo occidental: Aragón. Pedro consolidó sus posiciones en Sicilia, redujo a Francia a la impotencia y además castigó a su hermano Jaime II y le confiscó el reino de Mallorca. Aragón alcanzaba así su máxima expansión territorial hasta la fecha. El reino de Sicilia quedó de hecho partido en dos: la isla siciliana para los aragoneses, las tierras de Nápoles para Francia. Fue un compromiso muy frágil, porque la hostilidad del papado siguió viva: muerto el francés Martín IV, otro papa, Honorio IV, mantuvo la excomunión sobre la corona aragonesa. Pedro III concibió nuevos planes, pero la muerte, que al final pone a todos en su sitio, se encargó de abortarlos: el rey de Aragón moría el 11 de noviembre de 1285. A la historia pasó como «el Grande». Entre otras razones, porque con él Italia se hizo aragonesa. Y ahora, volvamos del Grande Pedro al Sabio Alfonso.

Por qué a Alfonso X le llamaron «el Sabio»

A don Alfonso X de Castilla y de León no le llamaron después «el Sabio» porque fuera personalmente muy culto —que lo era—, sino porque una de las señales más brillantes de su reinado fue precisamente la dedicación a la cultura. Alfonso dio un impulso enorme a los trabajos de traducción de Toledo, elevó el Estudio General de Salamanca al rango de universidad —la primera de España—, se metió a escribir la Historia de España y, más aún, del mundo, organizó un observatorio astronómico de gran nivel y, además, compuso centenares de poesías, lo mismo religiosas que profanas. Como político no le salieron demasiado bien las cosas, pero como intelectual fue el monarca más notable de su tiempo.

¿Y cómo es que este caballero sentía tal atracción por la cultura? Otros monarcas, antes que él, habían apoyado los trabajos del conocimiento y el desarrollo de las artes, unas veces por gusto personal, otras por prestigio, y también por razones estrictamente políticas, porque no hay política de alto rango sin una dimensión cultural. Cuando los viejos reyes asturianos construyeron la hermosa Oviedo del prerrománico, en el siglo IX, fue porque necesitaban una capital que estéticamente estuviera a la altura de sus ambiciones. Cuando Alfonso III el Magno ordenó redactar las *Crónicas* que historiaban el principio de la Reconquista —y él mismo metió la pluma en alguna—, fue porque quería hacer consciente el esfuerzo de recuperación de la España perdida, que desde entonces vino a ser la «ideología» de nuestros reinos cristianos. Cuando dos siglos después Alfonso VI ordenó los trabajos de traducción de Toledo —la célebre «escuela de traductores»—, bajo impulso de los monjes cluniacenses, fue porque el conocimiento y la ciencia eran imprescindibles para asentar el liderazgo político cristiano. Nuestro rey de ahora, Alfonso X, no era insensible a tales argumentos, pero en su caso había algo suplementario: Alfonso X, además, amaba todo eso.

Parece que la inclinación personal de Alfonso hacia las letras y las ciencias era herencia de su madre, la alemana Beatriz Isabel de Suabia, criada en la singular corte italiana del emperador Federico II Hohenstaufen. Y también sabemos que su padre, Fernando III el Santo, se había preocupado mucho por dotar a su primogénito y heredero de una formación excelente en todos los órdenes. El hecho es que antes de cumplir los treinta años Alfonso ya entraba en lizas poéticas, algunas de ellas contra los vates de la corte de su padre. De ahí nacen las cantigas de escarnio y maldecir, poesías satíricas escritas en galaico-portugués —Alfonso se había criado en Orense— que el entonces joven príncipe lanza contra diferentes personalidades del reino, incluidos los poetas entonces de moda, como Pero da Ponte. Se conservan 453 composiciones de este tipo en la pluma del rey. Pero más célebres aún son otras composiciones líricas de distinto género: las 420 *Cantigas de Santa María*, poesías

religiosas que, siempre en galaico-portugués, cantan alabanzas a la madre de Dios. Las *Cantigas de Santa María* son sin duda el mayor legado de la poesía medieval española. Y como, además, muchas de ellas incluían partituras para ser cantadas, las *Cantigas* son también un tesoro incomparable en el aspecto musical.

Alfonso era un furibundo lector que se hizo editar cuantas obras consideraba esenciales. Hacia 1251 encargó la traducción de un viejo texto hindú que había pasado al mundo árabe a través de Persia: el *Calila y Dimna*, una colección de cuentos ejemplarizantes para educación de príncipes. También auspició la edición de una versión castellana del sueño de Mahoma sobre el cielo y el infierno (la *Escala de Mahoma*), del *Libro de los secretos de la Naturaleza* y otra del *Purgatorio de San Patricio*. A un canónigo sevillano llamado Bernardo de Brihuega le encargó una colección de vidas de santos. En poco tiempo Alfonso llegó a dirigir un auténtico equipo de escritores que compilaba, traducía, redactaba o creaba los textos más variopintos. Y no era infrecuente que el propio rey, entre batalla y batalla, entre cortes y cortes, hallara tiempo para entregarse a la literatura.

A propósito de las traducciones, Alfonso X dio un enorme impulso a lo que luego se conocería como Escuela de Traductores de Toledo. Recordemos: cuando los cristianos reconquistan Toledo en 1085, encuentran una ingente producción literaria y científica; buena parte de ese material había sido llevado allí para ponerlo a salvo de las sucesivas destrucciones de bibliotecas andalusíes desde la época de Almanzor. Por iniciativa de los monjes cluniacenses, se procede a una metódica tarea de traducción: mozárabes y mudéjares que conocen el árabe y el romance, judíos que conocen el hebreo, el árabe y el romance, monjes cristianos que conocen el romance y el latín... Todos ellos participan en el trabajo de verter al romance, al latín y hasta al francés unas obras que no pocas veces procedían de Persia y de la India. Este trabajo, sostenido durante decenios, irradiará sobre toda Europa.

La novedad con Alfonso X es que no solo se traduce mucho, sino que además se crea mucha obra nueva, especialmente en materia científica. Hacia 1250 aparece el *Lapidario*, un tratado médico-mágico sobre las propiedades de los minerales en relación con la astronomía; es una compilación de textos griegos y árabes cuya edición se atribuye al médico judío Yehuda ben Moshé («Yehuda Mosca», le llaman las fuentes cristianas). También a Ben Moshé, que era rabino de la sinagoga de Toledo y médico de Alfonso, se le atribuye la traducción y adaptación del *Abenragel*, o sea el *Libro cumplido de los juicios de las estrellas*, que fue el tratado de astrología más importante de su tiempo hasta la aparición de otra compilación ordenada por el propio Alfonso X: el *Libro del saber de Astrología*, concluido hacia 1279. Pero la joya de la corona, en materia científica, son las *Tablas Alfonsíes*, que ya no son astrología, sino astronomía empírica: Alfonso X había mandado instalar un observatorio astronómico en el castillo toledano de San Servando; a partir de las

observaciones aquí realizadas se calcularon esas *Tablas Alfonsíes*, un completo tratado de Astronomía que todavía tres siglos más tarde admirará al mismísimo Copérnico.

Como todo hombre de cultura, Alfonso sentía la necesidad de ponerse en perspectiva histórica, de encontrar su sitio en el curso del tiempo. A ese ánimo responde sin duda otra de las grandes iniciativas del rey: la redacción de una gran historia de España que sería la primera crónica histórica escrita en romance. Se trataba de contar nuestra historia desde los orígenes bíblicos hasta el reinado de Fernando III el Santo. ¿Qué se proponía el rey con estas obras? Él mismo nos lo dijo:

Donde por todas estas cosas, yo, don Alfonso, después que hube hecho juntar muchos escritos y muchas historias de los hechos antiguos, escogí dellos los más verdaderos e los mejores que supe; e hice también hacer este libro, y mandé poner en él todos los hechos señalados tanto de las historias de la Biblia como de las otras grandes cosas que acaecieron por el mundo (...). Todos los grandes hechos que acaecieron por el mundo a los godos y a los gentiles y a los romanos y a los bárbaros y a los judíos y a Mahoma, a los moros de la engañosa fe que él levantó, y todos los reyes de España, desde el tiempo en que Joaquín casó con Ana y que Octaviano César comenzó a reinar, hasta el tiempo que yo comencé a reinar, yo, don Alfonso, por la gracia de Dios, rey de Castilla.

Esta *Estoria de España*, catalogada por Menéndez Pidal como *Primera Crónica General*, se vio alterada por otro proyecto de ambición aún mayor: una *Grande e general estoria* que debía contar la historia de la humanidad desde el Génesis hasta el presente. ¿Por qué contar la historia de todo el mundo? Probablemente porque Alfonso, en aquel momento, estaba aspirando al título imperial: era 1272, el rey de Castilla podía ser emperador de toda la Europa romano-germánica y se hacía preciso mostrar que el gran reino castellano y leonés no solo era la cabeza de la cristiandad española, sino que además podía legítimamente reclamar un puesto preeminente entre todas las tierras de la cruz. Esta *Grande e general estoria* quedará tan inacabada como el propio título imperial, pero la herencia que nos dejaba, desde el punto de vista cultural, era extraordinaria.

De otras iniciativas alfonsíes, como la de los textos jurídicos, ya hemos hablado en anteriores capítulos: el *Fuero Real*, el *Espéculo*, el *Setenario*, las *Siete Partidas*... sucesivas compilaciones que iban a extender su influencia durante siglos. También del escritorio regio salieron manuales de cetrería y libros de ajedrez, entre otros. Bien puede decirse que nunca se había escrito tanto en Castilla como en la época del rey Sabio.

El paseo por la aportación cultural de Alfonso X no quedaría completo sin una

mención expresa a la Universidad de Salamanca, la primera española, que empezó a ser universidad precisamente en este momento. Las universidades habían nacido dos siglos antes en el seno de la iniciativa cultural y científica de la Iglesia. Primero fue Bolonia; después, Oxford. En España se creó el Estudio General de Palencia hacia 1208; de él nació diez años más tarde, como una ampliación, el Estudio General de Salamanca, que fue el primero en impartir enseñanzas de Medicina. Los estudios generales eran ya escuelas pluridisciplinarias reconocidas y mantenidas por la corona. Los más importantes de estos estudios generales eran elevados a «universidad», es decir, que se reconocía validez universal a los títulos que expedía. En 1255 el papa Alejandro VI concedió a Salamanca la bula por la que el viejo estudio se convertía en universidad. Y Alfonso X se apresuró a dejar su huella: ordenanzas, cátedras —por ejemplo, la de Música—, una biblioteca con su bibliotecario... La de Salamanca no fue solo una de las cuatro primeras universidades europeas, sino también la primera con una biblioteca pública. Andando por medio Alfonso X, no podía ser de otro modo.

Quizá lo más atractivo de este rey es que su amor por el conocimiento y la cultura no era una simple pasión de intelectual, sino que además venía envuelto en un intenso amor a su tierra, a su país. Él mismo lo escribió así:

Esta España tal es como el paraíso de Dios (...), es bien abundada de mieses, e deleitosa de frutas, viciosa de pescados, sabrosa de leche e de todas las cosas que de ella se hacen; e llena de venados e de caza, cubierta de ganados, lozana de caballos, provechosa de mulos e de mulas; e segura e abastada de castillos; alegre por buenos vinos, holgada de abundamiento de pan, rica de metales. E España, sobre todas las cosas, es ingeniosa, y aún temida y muy esforzada en lid; ligera en afán, leal al Señor, afirmada en el estudio, palaciana en palabra, complida de todo bien; e non ha tierra en el mundo quel semeje en bondad nin se iguale ninguna a ella en fortaleza, e pocas ha en el mundo tan grandes como ella. E sobre todas España es abundada en grandeza; más que todos preciada por lealtad. ¡Oh, España, non ha ninguno que pueda contar tu bien!

El legado que Alfonso X nos dejó en materia cultural es incomparable. Por eso pasó a la historia como el rey Sabio. Bien es cierto que la vida no le regalaría grandes bondades en el plano político. Hora es ya de ver las amarguras que tuvo que afrontar en sus últimos años. Un hondo y doloroso caos.

El caótico hundimiento del rey Alfonso

A don Alfonso X el Sabio le amargaron los últimos años de su reinado en Castilla y León. Entre nobles levantiscos, musulmanes recalcitrantes y herederos codiciosos, el mapa castellano iba a conocer entre 1272 y 1284 tribulaciones sin cuento. Y el problema más grave fue la sucesión a la corona, que despertó algo muy próximo a una guerra civil. Inquietantes síntomas de debilidad en un reino que, sin embargo, se había convertido ya en una de las grandes potencias europeas.

De la rebelión nobiliaria castellana ya hemos anticipado algo, y su causa no tiene mayor secreto: el rey trata de extender sus poderes y los nobles intentan poner a salvo sus intereses. No hay más, y lo mismo estaba pasando en otras partes. Pero aquí este conflicto iba a conocer una amplitud insospechada por dos razones. En primer lugar, porque los nobles levantiscos de Castilla buscaron apoyo en los musulmanes de Granada y del norte de África, lo cual daría al problema una dimensión temible. Y la segunda razón es que por medio se cruzó la sucesión en el trono castellano y leonés, y eso hizo que no hubiera fuerza en el reino que quedara al margen del drama. Pero empecemos por el principio.

Estamos en 1275. Alfonso el Sabio está en Francia, luchando infructuosamente por la corona imperial. Ha dejado en Castilla como regente a su hijo y heredero, el infante Fernando de la Cerda. Don Alfonso ha sido citado en Beaucaire por el papa Gregorio X. El desenlace de la entrevista no puede ser más frustrante: Alfonso entiende que jamás será emperador. Por si esto fuera poco, durante su estancia francesa el rey recibe una alarmante noticia: los benimerines, la nueva dinastía reinante en el norte de África, han cruzado el estrecho de Gibraltar, han recabado el apoyo de los moros de Granada y están arrasando los campos desde Écija hasta Jerez. Y para colmo de males, en ese mismo momento muere por causas naturales el heredero, el infante Fernando de la Cerda, cuando estaba reuniendo al ejército para frenar a los invasores. Todo ocurre en el curso de unas pocas semanas. Y al rey Sabio se le cae el mundo encima.

¿De dónde habían salido los benimerines? De la dinastía Banu Marin, unos bereberes de Argelia que se habían hecho con el poder en el norte de África cuando se hundió el imperio almohade. En su momento los benimerines habían contado con el apoyo de los reinos cristianos, porque a todos les convenía destrozarse a los almohades. Pero, una vez dueños de Argelia y Marruecos, los benimerines planearon un ambicioso juego: estrechar lazos con el reino moro de Granada, para controlar los dos lados del Mediterráneo occidental, y al mismo tiempo ganarse fidelidades entre los grandes señores castellanos de Andalucía, para tener el camino libre en el estrecho de Gibraltar. La rebelión nobiliaria en Castilla mostró a los benimerines que el enemigo del norte distaba de ser un bloque homogéneo. Muchos nobles buscaron apoyo en los nazaríes de Granada, y Granada trabajaba ya para los benimerines.

Cuando Alfonso X estrechó el cerco sobre los nazaríes, los benimerines no tardaron en enviar tropas; de hecho, muchos ya estaban allí. Y entre la aristocracia castellana había demasiados nombres «tocados» por el dinero musulmán. El 12 de abril de 1275, los benimerines desembarcan en Algeciras y marchan contra Sevilla, Córdoba y Jaén.

Con el rey de Castilla ausente, es el heredero Fernando de la Cerda quien se pone al frente de las tropas. Fernando, hijo primogénito de Alfonso X y Violante de Aragón, apenas tenía entonces veinte años, pero llevaba en las espaldas un apretado aprendizaje: casado a los catorce años con la infanta Blanca de Francia (hija de San Luis), armado caballero a esa misma edad, delegado para los asuntos del reino de León al año siguiente, adelantado mayor del reino de Murcia en 1272, jefe de guerra contra los moros aquel mismo verano... Al jovencísimo Fernando de la Cerda vamos a encontrarle en esos años asumiendo responsabilidades de la mayor magnitud: interviene en las negociaciones con los nobles levantiscos, participa en las asambleas que han de resolver problemas como el cobro de impuestos, representa a Castilla en el pleito por la corona navarra... Alfonso tenía plena confianza en su primogénito. Tanta que, antes de marchar a Francia para dar la última batalla por el título imperial, reúne cortes en Burgos y nombra a Fernando regente del reino.

En aquella crítica primavera de 1275, cuando los benimerines desembarcaron en Algeciras, Fernando estaba en Valladolid. Entre otras cosas, debía presidir una asamblea con los obispos de Castilla. Allí recibió la noticia de la invasión mora. Formó a su hueste y ordenó llamar a todas las tropas del reino. Inmediatamente se puso en camino hacia Ciudad Real (que entonces se llamaba Villa Real), donde tenían que reunirse los ejércitos cristianos. Cuando salió de Valladolid ya estaba enfermo. Al llegar a Ciudad Real murió «de gran dolencia», como dice la *Crónica*. No podemos saber qué tipo de enfermedad le llevó a la tumba, pero la situación que se creaba en el reino era simplemente caótica. Muerto Fernando, es su hermano Sancho quien se pone al frente de la hueste cristiana: los benimerines ven frenada su ambición en el valle del Guadalquivir. Pero el problema de fondo no será militar, sino político. Y ahí es donde se desatará el caos.

¿Por qué tal caos? Paradójicamente, por exceso de normas, y en concreto por las reformas legales introducidas por Alfonso X. El derecho tradicional castellano decía que, en caso de muerte del heredero, el trono debía pasar al segundo en la línea de sucesión, que en este caso era el infante Sancho, segundo hijo de Alfonso y Violante. Así se había hecho siempre. Ahora bien, las *Partidas* del rey Sabio habían introducido en el orden jurídico castellano el derecho privado romano, según el cual los títulos de sucesión debían pasar a los herederos del muerto, es decir, a los hijos de Fernando de la Cerda, dos críos que en aquel momento tenían cinco años, el mayor, y unos pocos meses el segundo. Naturalmente, Sancho, el hermano del muerto, planteó

sus reivindicaciones. Peliagudo problema.

Parece que en un primer momento Alfonso no tuvo inconveniente en dar satisfacción a Sancho: al fin y al cabo este era un mocetón de diecisiete años, despierto y valiente, que ya había escrito páginas dignas de un rey y que en el momento de mayor riesgo, cuando la muerte de Fernando, supo tomar la espada para frenar a los benimerines. Ahora bien, en el juego actuaban otras fuerzas: por un lado, muchos nobles del reino veían en Sancho al rey que necesitaban; por otro, la familia política del finado, los reyes de Francia, quería ver a los hijos de la francesa Blanca en el trono castellano y leonés. Atrapado en semejante atolladero, Alfonso X trató de templar gaitas: no tomó ninguna decisión directa sobre la sucesión y creó un reino en Jaén para el primogénito de Blanca y Fernando de la Cerda. Mala solución, porque eso del reino jienense, que era insuficiente para los partidarios de los pequeños De la Cerda, al mismo tiempo era una ofensa para los partidarios de Sancho. Y el problema se multiplicó.

Castilla entra así en un oscuro vértigo de conspiraciones que aviva los odios y rencores acumulados desde años atrás. El rey, cansado y enfermo a sus cincuenta y cinco años, abrumado por las contrariedades, parece incapaz de dar una a derechas. ¿Ha perdido el juicio? Un importante sector de la nobleza cree llegado el momento de arreglar cuentas pendientes. Corre el año 1277 cuando se desata una conjura en la corte. Sus protagonistas: el infante Fadrique, hermano del rey, y Simón Ruiz, señor de los Cameros. Alfonso descubre la conjura y reacciona de forma brutal. La *Crónica* de Alfonso X lo cuenta así: «Y porque el rey supo algunas cosas del infante Fadrique, su hermano, y de don Simón Ruiz de los Cameros, el rey mandó al infante don Sancho que fuese a prender a don Simón Ruiz de los Cameros y que le hiciese luego matar. Y don Sancho salió de Burgos y fue a Logroño y halló allí a don Simón Ruiz y apresólo. Y ese mismo día que lo apresaron, apresó Diego López de Salcedo en Burgos a don Fadrique por mandado del rey. Y don Sancho fue a Treviño y mandó quemar allí a don Simón Ruiz. Y el rey mandó ahogar a don Fadrique». Un documento posterior, los *Anales* de Alfonso X, añade una precisión suplementaria: don Fadrique murió asfixiado en un arca cerrada y llena de hierros puntiagudos. Horroroso.

¿Qué se proponían don Fadrique y Simón de los Cameros? Parece demostrado que su objetivo era declarar incapaz a Alfonso X y coronar al infante Sancho. Pero en la conjura no estaban solo aquellos dos: también se cita como implicados a Lope Díaz III de Haro, señor de Vizcaya, con su hermano Diego López de Haro; a Ramiro Díaz y a Pedro Álvarez de las Asturias; a Fernán Ruiz de Castro y Fernán Ruiz de Saldaña, y tal vez también a los Lara. En definitiva, los nombres más importantes de la nobleza castellana. ¿Y el infante Sancho qué pensaba de todo esto? La conjura se había organizado para coronarle a él, pero Sancho no dudó en obedecer a su padre y

ejecutar a Simón Ruiz. ¿Estaba Sancho en el ajo? La historia no nos lo dice, así que puede usted pensar lo que guste.

Semejantes alteraciones en el norte dieron un balón de oxígeno a los benimerines que se movían en el sur. Después de haber sido rechazados en Jaén y Sevilla, los invasores se hacen fuertes en Algeciras. Alfonso X sitia la ciudad por tierra y mar, pero el caos en el campo cristiano es tan intenso que las tropas castellanas se quedan sin víveres. Es asombroso: un asedio donde los que pasan hambre y sed no son los sitiados, sino los sitiadores. Cuando el rey benimerín de Marruecos, Abu Yusuf Yacub, se entera de la situación, no duda: envía una flota que destroza a la armada castellana, captura y degüella masivamente a los marineros, desembarca en Algeciras y contraataca a los sitiadores. En agosto de 1279, los cristianos levantan el campo. Alfonso X se ve obligado a firmar una tregua.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Alfonso había entrado en barrena. Cada vez menos gente le obedecía. A la altura de 1282, el infante Sancho, numerosos nobles y algunas importantes ciudades se levantan y llegan al extremo de desposeer al rey de sus poderes: lo mismo que querían hacer don Fadrique y don Simón. Pero Alfonso se resiste: maldice a su hijo, le deshereda en testamento y, aún más, pacta con los benimerines —sí, con los benimerines— para recuperar lo perdido. Desde bases seguras en Sevilla, Murcia y Badajoz, el viejo rey Sabio intenta recomponer el paisaje: entrando a viva fuerza en unos sitios, comprando voluntades en otros. Sancho, desheredado, pierde el apoyo de nobles tan relevantes como Lope Díaz III de Haro y se esfuerza por retener a sus partidarios. El caos es formidable. Y la guerra entre padre e hijo podría haberse prolongado durante años de no ser porque la muerte, providencial, se llevó a Alfonso X en Sevilla, en abril de 1284, con sesenta y dos años y en un paisaje de absoluta descomposición del reino.

Sancho no perdió el tiempo: el 30 de abril se hizo coronar en Toledo. Será Sancho IV. La mayor parte de los nobles y ciudades, incluidos muchos de los que habían acatado la voluntad de Alfonso X el Sabio, le rendirán homenaje. Pero detrás quedaba el complejísimo pleito sucesorio derivado de los derechos de los infantes De la Cerda. Un asunto que iba a teñir de sangre la historia castellana de los años posteriores. Y que preludiaba los siniestros colores del siglo XIV.

Tercera parte. Insensatos, almogávares y benimerines

Espadas de la cristiandad

Hay una escena de la *Divina Comedia* —el canto VII del Purgatorio, concretamente— donde Dante Alighieri pone como hoja de perejil a los monarcas de su tiempo por haber descuidado sus deberes. En la nómina de reprobados están los reyes de Aragón, y en particular los hijos de Pedro III, que fueron Alfonso III el Liberal (o el Magnífico) y Jaime II el Justo. ¿Tan malos fueron? Quizá no, y en comparación con otros monarcas europeos del momento resultan incluso benignos, pero es verdad que las querellas entre los reinos cristianos desde finales del siglo XIII van a sumir a toda Europa en un auténtico caos y España no quedará al margen del marasmo.

Vamos a ponernos en contexto. Situémonos, por ejemplo, hacia 1290. En Castilla reina Sancho IV, que acaba de aplastar una rebelión nobiliaria. En Aragón ha muerto Pedro III y la corona se ha dividido: el primogénito Alfonso III hereda Aragón, Valencia y Mallorca, y el segundo hijo de Pedro, Jaime, reina en Sicilia. En Navarra mandan ya los franceses con Felipe IV, y en Portugal gobierna el sabio Dionisio I el Labrador. Todos y cada uno de estos reinos sostienen pleitos con el vecino. Mientras tanto, al sur, la dinastía nazarí mantiene su control sobre el reino de Granada, en firme alianza con los benimerines del norte de Marruecos. Y para completar el cuadro, las luchas entre el papado, el imperio, Francia e Inglaterra desgarran Europa, al tiempo que los piratas berberiscos infestan el Mediterráneo. Un avispero, en fin.

La situación no es fácil para nadie. Sancho de Castilla se las tiene tiesas con los benimerines en Andalucía y al mismo tiempo soporta la hostilidad de Aragón y Navarra. Alfonso de Aragón pelea en Sicilia contra los franceses y en el mar contra los berberiscos, aliados de Francia. Como Navarra ya es francesa, el viejo reino de Pamplona actúa como un factor de desestabilización sobre Aragón. Portugal trata de mantenerse al margen de todo este embrollo y Granada aprovecha cualquier debilidad castellana para reforzar sus posiciones en el sur. Sobre el papel, el ideal cruzado se mantiene: la Europa cristiana debe prevalecer sobre la amenaza musulmana. Pero en la práctica, la verdadera amenaza para la cristiandad está en las propias coronas cristianas.

En medio de este proceloso mar de conflictos y alianzas a varias bandas, destaca el caso de Dionisio I el Labrador, rey de Portugal, sin duda uno de los pocos monarcas de este tiempo que supo mantener la cabeza fría. Dionisio, con la reconquista del territorio portugués ya culminada, rehuyó los conflictos bélicos, en los que verdaderamente no tenía nada que ganar, y se apresuró a cerrar todos sus frentes exteriores. Firmó la paz con la Santa Sede, clausurando los largos

desencuentros que habían opuesto a Portugal con el papado, y mantuvo también una relación tranquila con Castilla, sin más alteración que un breve y localizado conflicto fronterizo. Y con las espaldas bien cubiertas, se puso a gobernar.

En efecto, Dionisio fue lo que se llama un buen gobernante: organizó el territorio, dictó leyes, resolvió injusticias, redistribuyó tierras (por eso se le llama el Labrador), protegió a los campesinos, fomentó la explotación minera, administró con prudencia los bienes de la corona, instituyó mercados en las ciudades, se ocupó de potenciar rutas comerciales de exportación e importación, creó universidades (la de Coimbra, por ejemplo), fundó la marina portuguesa, construyó puertos, firmó acuerdos comerciales con el extranjero (sobre todo con Inglaterra), ordenó plantar extensas áreas con pinos para detener el avance de las arenas en la costa... Por si faltaba algo, dedicó mucho tiempo de su larga vida a componer cantigas: hasta 137, música incluida. Un tipo enorme.

Dionisio el Labrador iba a reinar la friolera de cuarenta y cinco años, hasta 1325. Curiosamente, a la posteridad ha pasado como un hombre de escasa talla moral. Sin embargo, tenía a su lado a una mujer que terminaría siendo beatificada: Isabel de Aragón, hija de Pedro III, que cumplía apenas once años cuando se casó con Dionisio y que dedicó la mayor parte de su vida a cuidar de los pobres. La obra social de Santa Isabel de Portugal —que así pasaría al santoral— es pasmosa: ordenó construir hospitales, levantó albergues y refugios para pobres, mendigos y huérfanos, incluso potenció escuelas gratuitas para los niños del país. Todo eso salía del tesoro de Dionisio, el cual, por su parte, se limitaba a mirar a su esposa y dejarla hacer. El reinado del Labrador terminó de mala manera, con un áspero conflicto con sus hijos, pero lo que dejaban detrás Dionisio e Isabel era realmente envidiable.

¿Y estos monarcas hispanos tenían alguna conciencia de unidad, de pertenecer a una cuna común? Según como se mire. Cuando Dionisio de Portugal fue invitado a intervenir en la guerra interna castellana entre Alfonso X y su hijo Sancho, se apartó inmediatamente de cualquier tentación y respaldó al rey Alfonso, que por otro lado era abuelo del propio Dionisio. Por su parte, el hijo de Alfonso, Sancho IV de Castilla, se abstuvo de apoyar a Pedro III de Aragón en su guerra contra los franceses en Cataluña y Pedro pensó en tomar represalias, pero enseguida el hijo de Pedro, Jaime II, firmará acuerdos con los castellanos para repartirse zonas de influencia en el Mediterráneo. Es decir que no hay conciencia alguna de unidad política. Y sin embargo, unos y otros se ayudan cuando hay un enemigo exterior que amenaza el statu quo.

Por otro lado, la trama de relaciones de sangre entre las casas reinantes en España es realmente densa. Dionisio de Portugal era hijo de una castellana y estaba casado con una aragonesa. Sancho IV de Castilla era hijo de Violante de Aragón y por tanto nieto de Jaime I el Conquistador. Jaime II de Aragón se casará con una hija de

Sancho de Castilla... Estos matrimonios eran declaraciones expresas de alianza, al menos temporal, y con alguna frecuencia incluían el traspaso de propiedades que hacían aún más densa la red de relaciones entre los grandes linajes de nuestros distintos reinos. Al final, la política de este tiempo tiene el aspecto de una enorme querrela familiar.

Precisamente una cuestión familiar vino a cerrar la hostilidad entre Castilla y Aragón a la altura del año 1291. Ese año muere Alfonso III de Aragón y con él desaparece uno de los principales obstáculos para que la cristiandad española pudiera caminar a un mismo paso. Alfonso era hechura de su padre, Pedro III: con él combatió contra los franceses y para él conquistó Mallorca, que entonces estaba en manos de un hermano de Pedro llamado Jaime. Cuando Pedro murió, Alfonso, que entonces tenía veinte años, heredó no solo los reinos españoles de Aragón, sino también la política de su padre: intervención en Sicilia, hostilidad hacia Castilla. Alfonso conquistó Menorca, envió expediciones navales a Italia contra los franceses y apoyó a los infantes De la Cerda en su pleito con el rey castellano Sancho IV. Pero he aquí que Alfonso III murió enseguida, al parecer por un infarto, y entonces la corona pasó a su hermano Jaime. Y con él las cosas iban a cambiar.

El nuevo rey de Aragón, Jaime II —no confundir con el que hasta poco antes había sido rey de Mallorca, llamado también Jaime—, tenía ideas completamente distintas sobre la orientación de la corona, que ya era una gran potencia mediterránea. Firmó la paz con Castilla y lo hizo mediante el procedimiento habitual: un pacto de esponsales. La elegida fue Isabel de Castilla y de Molina, hija de Sancho IV. El 1 de diciembre de 1291 se celebraron las nupcias. La novia tenía solo ocho años, de manera que el matrimonio no se consumó, pero evidentemente aquí esas cosas importaban poco: el verdadero objetivo era pacificar el paisaje. Más aún, Jaime se puso de acuerdo con Sancho para trabajar juntos contra los benimerines, y por eso habrá naves aragonesas corriendo en socorro de Tarifa cuando el célebre episodio de Guzmán el Bueno, que enseguida veremos aquí.

El otro punto conflictivo de Aragón era Sicilia, y aquí Jaime, que había recibido esa isla en herencia, optó por lo que podríamos llamar un encaje de bolillos diplomático: como Francia y el papa discutían los derechos aragoneses sobre Sicilia, Jaime propuso cambiar la pieza por Córcega y Cerdeña. La jugada venía a convertir el Mediterráneo occidental en una especie de mar interior aragonés, porque ahora la corona controlaba las Baleares y estas otras dos islas. Ahora bien, surgió un obstáculo imprevisto: el hermano menor de Jaime, Fadrique, nombrado gobernador de Sicilia, se negó a entregar la prenda, lo cual daría lugar a un conflicto que se prolongaría en el tiempo. Ya hablaremos de él.

Con Aragón bajo el cetro de Jaime, las cosas cambiaron en muy pocos años. Ahora el paisaje de la España cristiana ofrecía el aspecto de una hermandad bien

avenida con Dionisio en Portugal, entregado a sus labores de gobierno interior; Sancho IV en Castilla y León, centrado en su objetivo de expulsar a los benimerines de las plazas que los moros aún controlaban en Andalucía, y Jaime dedicado a explotar su posición dominante en el Mediterráneo. Realmente es sugestivo pensar lo que hubieran podido hacer los tres reinos españoles aliados frente a la coalición de nazaríes y benimerines en el sur. Castilla no había renunciado al viejo proyecto de Fernando III el Santo: reconquistar al otro lado del estrecho de Gibraltar. Aragón, por su parte, tenía el mayor interés en controlar las costas de Argelia y Túnez, lo cual le habría dado un control absoluto sobre el Mediterráneo occidental. Aragón y Castilla firmaron un tratado: el de Monteagudo. Cada cual dibujó su propio espacio en el norte de África con el río Muluya como línea divisoria. Jaime II aún no tenía treinta años; Sancho aún no cumplía los cuarenta; podía haber un prometedor futuro por delante. Pero no lo hubo.

No lo hubo porque en el año 1295, con treinta y siete años de edad, moría el rey de Castilla y de León Sancho IV. ¿De qué murió? No lo sabemos con seguridad: algunas fuentes apuntan a la tuberculosis. En todo caso, una súbita dolencia le llevó en pocos meses a la tumba. Todos los proyectos conjuntos de Castilla y Aragón se disolvieron como si hubieran sido un sueño. Jaime de Aragón tuvo que replantear su política de arriba abajo. Y en el trono castellano quedaba un niño de nueve años, Fernando, bajo la regencia de su madre, María de Molina. La regente y su hijo heredaban, entre otras cosas, el viejo pleito de los infantes de la Cerda, descendientes de Alfonso X el Sabio, y también las asechanzas del infante don Juan, hermano del viejo rey y aliado de los benimerines. Ahora todos ellos, con el trono vacío, volverían a la carga. Venían tiempos turbios para las tierras de Castilla y de León.

La tremebunda historia de Guzmán el Bueno

Y en estas estábamos cuando pasó lo de Guzmán el Bueno, una de esas historias que antes todo el mundo sabía, pero que ahora apenas si se cuenta en las escuelas. Recordemos: un caballero defiende Tarifa, los moros sitian la plaza, apresan al hijo del caballero, amenazan con matarle si los cristianos no rinden la plaza, el caballero se niega y arroja a los moros la daga con la que habrán de matar al chaval... Esa fue la tremebunda historia de Guzmán el Bueno, allá por el verano de 1294.

¿Quién era este hombre? ¿De dónde había salido? Guzmán el Bueno no es un personaje legendario; existió realmente. Se llamaba Alonso Pérez de Guzmán y había nacido en León en 1256. Era hijo de Pedro Núñez de Guzmán, adelantado mayor de Andalucía, el hombre que en aquel momento gobernaba el avance cristiano hacia el sur. Alonso era, pues, noble, pero era hijo natural, bastardo. Eso en aquella época no era particularmente grave: Alonso se crio en casa de su padre y aprendió a ser un caballero. Pronto destacó, además, como guerrero: combatió con éxito en las filas de Lope Díaz III de Haro, señor de Vizcaya, y allí se distinguió al apresar al jefe berberisco Aben-Comat. Pero los hermanastros de Alonso no le querían bien. Nuestro caballero se vio obligado a abandonar Castilla. Dejó Sevilla, se dirigió a Algeciras y se puso al servicio del rey benimerín de Marruecos, Abeyuzuf, con la condición de no pelear nunca contra cristianos.

¿Un cristiano al servicio del moro? Sí, contra otros moros. Para entender el episodio hay que dibujar bien el contexto. Estamos en uno de esos momentos donde todos combaten contra todos. Del mismo modo que en la España cristiana los reinos combaten entre sí —y las grandes familias dentro de cada reino—, también en la España aún musulmana los reyes moros libran guerras por la hegemonía. La Reconquista no se ha abandonado: la España cristiana mantiene sus aspiraciones sobre la España mora, y por eso los reyes moros, para mantenerse en el trono, han de pagar tributo a los cristianos. Pero para el rey de Marruecos, Abeyuzuf, el enemigo no está en Castilla, donde Alfonso X el Sabio anda en pleitos armados con su hijo rebelde Sancho, sino en África; es aquí donde Alonso combatirá a plena satisfacción del rey marroquí. Su fama crece en los dos lados del estrecho de Gibraltar. Crece tanto que Alfonso X el Sabio le escribe para encomendarle una delicada misión: que utilice su influencia ante Abeyuzuf para que este le preste auxilio militar contra el infante Sancho. Alonso cumple la misión con éxito. Los benimerines participan en la guerra civil castellana. Estamos en 1282. Alonso Pérez de Guzmán tiene veintiséis años y es un caballero de extraordinaria reputación y gran influencia.

El rey Alfonso X premió a Alonso Pérez de Guzmán con un señorío en Sanlúcar de Barrameda y con una esposa: la riquísima María Coronel, dama de linaje y fortuna que aportaba cuantiosas propiedades en Sevilla y Cádiz. Nuestro hombre quedaba en la mejor posición posible: respetado y rico, con amplia influencia lo mismo en

Andalucía que en Marruecos. Una posición idónea para seguir acumulando tierras y rentas, tarea a la que se entregó con acierto. Cuando murió el sultán meriní Abeyuzuf, Alonso quedó libre de todo compromiso, dejó Marruecos y volvió a España. Pero en España había muerto también Alfonso X; llegaba al trono el infante don Sancho, que será Sancho IV. Y una de las primeras cosas que hizo el nuevo rey fue llamar a nuestro hombre.

Alonso Pérez de Guzmán, sin vínculos ya con Marruecos, acude a la llamada del rey. La corte castellana está en aquel momento en Sevilla. Allí Alonso entra en amores con una doncella. La esposa, María, ve venir el problema y se propone alejarse del peligro: pide al rey que encomiende al caballero la alcaldía de Tarifa, recién conquistada a los moros benimerines. Sancho accede y allá se traslada toda la familia de Alonso, a excepción de su hijo mayor, Alfonso, que ha entrado al servicio del infante don Juan, hermano del rey Sancho. Y atención a este Juan, porque su intervención va a ser crucial en la tragedia.

Aquí ya hemos contado el caos que rodeó los últimos años del reinado de Alfonso X, con las ásperas disputas sucesorias y las frecuentes guerras banderizas. Una de esas guerras había opuesto al ahora rey Sancho con su padre. Ahora Sancho reinaba, pero su corona era frágil. Su hermano, este Juan del que hablamos, se la disputaba. Es una historia oscura y un tanto sórdida. Cuando Alfonso X entró en guerra con su hijo Sancho, desheredó a este y nombró albacea testamentario a su otro hijo, Juan. Desde entonces Sancho y Juan se profesaban una hostilidad manifiesta. Sancho fue rey a pesar del testamento de Alfonso X, y Juan le reconoció como monarca, pero los ánimos seguían encendidos. A la altura de 1288, una refriega entre caballeros terminó con el asesinato del señor de Vizcaya, Lope Díaz III de Haro, que era suegro del infante Juan. El propio rey Sancho estaba en medio del lío, y Juan, su hermano, le atacó.

El infante Juan fue condenado a muerte por haber atentado contra la vida de su rey y hermano; la pena le fue perdonada, pero estuvo tres años recluido en un castillo. Cuando salió de su encierro, en 1292, Juan se comportó como un leal servidor de su hermano: combatió con él en la toma de Tarifa e incluso quedó herido en el lance. Rodeado de toda la dignidad de su linaje, Juan poseía su propia hueste y su propio séquito; por eso se le asignó como paje a un hijo de nuestro hombre, Alonso Pérez de Guzmán. Pero el infante Juan no tardó en aliarse de nuevo con otros nobles castellanos, y especialmente con el señor de Lara, para conspirar contra el rey Sancho. El rey se enteró, naturalmente, y expulsó a Juan de la corte.

Juan, ultrajado, clama venganza. Marcha primero a la corte de Portugal, donde busca ayuda; recordemos que con Juan está, como simple paje, Alfonso, el hijo de nuestro caballero Alonso Pérez de Guzmán. El rey de Portugal, Dionisio, ve que le van a meter en un peligrosísimo negocio y hace oídos sordos a las propuestas del

infante felón. Entonces Juan recala en Marruecos, pide ayuda a los benimerines y les propone un intercambio: él les entregará Tarifa si ellos, los moros, le ayudan a conquistar el trono de Castilla. Con el traidor Juan sigue el pequeño Alfonso. Pero el que defiende Tarifa es Alonso Pérez de Guzmán. Así nuestro hombre va a verse atacado por las huestes en las que milita su hijo.

Ese es el escenario en el que se desarrolla el drama. Los benimerines, que combaten para el infante don Juan, ponen sitio a Tarifa. Conminan a Alonso a la rendición. Pero Alonso Pérez de Guzmán no se rinde: primero, porque su obligación es defender la plaza; además, porque sabe que hacia Tarifa se dirigen refuerzos castellanos por tierra y aragoneses por mar. Alonso da la batalla. Todos los intentos por tomar la plaza fracasan. Entonces el pérfido infante Juan, que ve que no va a poder cumplir con el rey moro, recurre a un chantaje cruel. Coge a su paje Alfonso, el hijo de nuestro caballero, se lo entrega a los moros y le conduce al pie de la fortaleza. Los benimerines, por orden de su jefe castellano, muestran al cautivo. La amenaza es clara: o se rinde la plaza o el hijo de Alonso Pérez de Guzmán morirá. Y entonces nuestro hombre pronuncia una sentencia que le hará pasar a la posteridad:

No engendré hijo que fuese contra mi tierra. Haced lo que tengáis que hacer. ¿Queréis la villa? No puedo entregaros lo que no es mío, sino del rey mi señor, al que rendí homenaje. ¡Tomad mi puñal!

Esa es la frase lapidaria con la que Alonso Pérez de Guzmán, Guzmán el Bueno, tomó la decisión más difícil de su vida. El infante don Juan y sus benimerines cumplieron la amenaza. Bajo los mismos muros degollaron al inocente hijo del caballero. Nunca sabremos si lo hicieron con el puñal que el caballero les lanzó. Después, cortaron la cabeza del joven y la lanzaron sobre el castillo con una catapulta. Pero si su objetivo era amedrentar a los castellanos, lo que lograron fue todo lo contrario. Espoleados por el ejemplo tremendo de su jefe, los cristianos encarnizaron su defensa. Tarifa no cayó. A los pocos días llegaron, por tierra y por mar, los refuerzos castellanos y aragoneses que venían a socorrer la plaza.

Nadie ignoró el gesto de Guzmán el Bueno. El rey Sancho le cubrió de honores: le concedió Sanlúcar de Barrameda, Rota, Chipiona, el Puerto de Santa María y toda la tierra desde la desembocadura del Guadalquivir a la del Guadalete. Después, cuando el rey muera, Castilla volverá a desangrarse en luchas intestinas entre quienes ambicionaban la corona. En esas luchas no faltarán candidatos que pacten con los moros y que a cambio de su ayuda comprometan, una vez más, la plaza de Tarifa. Pero Alonso Pérez de Guzmán y el Concejo de Sevilla resistirán a todas las tentativas. Más tarde encontraremos a Guzmán el Bueno junto a Fernando IV de Castilla en el cerco de Algeciras. Su última hazaña fue, en aquella misma campaña, la conquista de Gibraltar. Murió muy poco después, en combate, en 1309, durante una

incursión en el reino de Granada, a la altura de Gaucín.

Por cierto que la muerte de Guzmán el Bueno fue un acontecimiento de la mayor importancia en Castilla. Había muerto un héroe y todo el mundo lo sabía. Su cadáver fue llevado por sus hombres a Algeciras, a Tarifa, a Medina Sidonia y a Sanlúcar, desde donde viajó, río arriba, hasta Sevilla. En la catedral sevillana se celebraron los oficios fúnebres. Alonso Pérez de Guzmán fue enterrado en el monasterio de San Isidro (Santiponce), edificio fundado por él y donado al Císter. Su figura pasó inmediatamente a la leyenda popular. De Alonso Pérez de Guzmán, duque de Niebla, nace la casa ducal de Medina Sidonia, y la familia enseguida emparentará con otros grandes linajes castellanos como las casas de Arcos y Medinaceli. Durante muchos siglos no habrá poeta, desde Lope de Vega hasta Quintana, que no encuentre inspiración en la figura de Guzmán el Bueno.

Hoy, cuando demasiada gente ha decidido echar estiércol sobre nuestra memoria, no faltan voces dispuestas a roer el pedestal de Guzmán el Bueno. Por ejemplo, hace unos años cierto alcalde andaluz lamentaba que se llamara «Bueno» a quien había dejado que mataran a su hijo. En fin... Para empezar, si a Guzmán se le llamó «el Bueno» no fue por el episodio de su hijo, como muchos creen, sino, al parecer, por otro gesto que protagonizó en Tarifa: un día, viendo el hambre que azotaba al pueblo, abrió la despensa del castillo y repartió pan entre los sitiados. Sea como fuere, aquel gesto, trágico, extremo, brutal, el sacrificio de un hijo, permitió salvar la vida de los cristianos de Tarifa, que no fue poca cosa, y desde luego salvar la ciudad. El legado histórico de Guzmán el Bueno, junto a ese gesto trágico de sentido del deber, fue enorme: salvó a la Andalucía cristiana de caer de nuevo en manos de los musulmanes. Eso es, sin duda, lo que muchos no le perdonan. Pero esa es exactamente la razón por la que nosotros, hoy, rendimos homenaje a Guzmán el Bueno.

María de Molina: el que resiste, gana

Enorme mujer: María de Molina, viuda del rey castellano Sancho IV, que será regente del reino hasta que su hijo Fernando alcance la mayoría de edad y enseguida se convertirá en la única persona capaz de impedir que Castilla se disuelva en la anarquía y la guerra civil. A María de Molina iba a tocarle lidiar con desafíos de extrema gravedad. En el tránsito del siglo XIII al XIV, solo su inteligencia política, su prudencia y su voluntad de hierro podrán detener el estallido de una corona acosada por todas partes.

Recapitulemos: Sancho IV muere en 1295. Deja un heredero de diez años, Fernando, y otros seis hijos. Todas las tensiones que hasta poco antes habían puesto en peligro la estabilidad del reino vuelven a cobrar vigencia. La reina viuda es una mujer de treinta años que ya ha tenido que superar terribles pruebas. Se llama María Alfonso de Meneses y desde 1293 ostenta el título de señora de Molina de Aragón. Por eso es María de Molina.

¿De dónde ha salido María? De la casa real castellana, y vale la pena trazar la genealogía: Alfonso IX de León y Berenguela de Castilla tuvieron cinco hijos. Uno de ellos fue el rey Fernando III el Santo, y otro fue el infante Alfonso, señor de Molina. Este infante Alfonso de Molina se casó a edad ya avanzada con doña Mayor Alfonso de Meneses, y de ese matrimonio nació hacia 1264 nuestra protagonista. El rey Fernando, mientras tanto, tenía otros hijos, y entre ellos el que será Alfonso X el Sabio.

María adoptó el título de Molina cuando heredó el señorío de Molina de Aragón, un influyente enclave en la actual provincia de Guadalajara, colchón entre Aragón y Castilla. Pero la niñez de esta mujer había conocido otros paisajes: los de la Tierra de Campos y los de la corte castellana. En ese ambiente cortesano se movían también los hijos de Alfonso X el Sabio, y en particular hemos de fijarnos en el infante Sancho, un año mayor que María. ¿Se ha perdido usted en el jaleo genealógico? Recordemos: María es hija del infante Alfonso y sobrina de Fernando III, y el infante Sancho es hijo de Alfonso X, a su vez hijo de Fernando III. O sea que María, aunque un año menor, era tía de Sancho. Y este parentesco va a tener enseguida una importancia decisiva.

Ya hemos visto el formidable caos que se apoderó de Castilla cuando murió el heredero de Alfonso X, el infante Fernando de la Cerda. Con Fernando muerto, el heredero natural era Sancho. Pero los cambios legales introducidos por el propio Alfonso X inclinaban la corona hacia los descendientes del De la Cerda, y la querrela hizo que las ambiciones nobiliarias se desataran una vez más. En medio de ese caos, la corte celebraba el bautizo de una niña bastarda, hija natural del infante Sancho y la dama María de Meneses. Oficiaba como madrina una prima de esta dama. ¿Quién era

la prima? Nuestra María de Molina. El infante Sancho quedó prendado de ella. Y así empezó todo.

Sancho y María se casaron en 1282. Fue un matrimonio extremadamente polémico. Por una parte, María, como hemos visto, era tía de Sancho. Pero es que, además, Sancho ya estaba legalmente casado con la dama catalana Guillerma de Montcada; este enlace era solo papel y nunca se había consumado, pero no dejaba de ser un matrimonio. Por consiguiente, todo el mundo consideró nulos los esponsales de María y Sancho. El papa dictó sentencia. Los novios fueron excomulgados. A partir de ese momento, para María solo habría una obsesión: obtener la dispensa papal. Y Sancho, por su parte, emprendía su particular odisea en busca de la corona.

Cuando muera Alfonso X, en 1284, Sancho y María serán reyes, pero tendrán que afrontar obstáculos nada desdeñables: las intrigas de los nobles castellanos, y en particular de la casa de Lara; las aspiraciones de los infantes De la Cerda, que no renunciaban a la corona; la traición del infante don Juan, hermano del rey; la amenaza de los benimerines en el sur... Todo ello agravado por la política exterior francesa, aliada del papa y enemiga de Aragón. La combinación era atroz: María y Sancho, para legitimar su matrimonio, necesitaban al papa, pero el papa era aliado de Francia, la cual estaba en guerra con Aragón y además apoyaba a los nobles rebeldes castellanos. Los reyes de Castilla debían afrontar ese calvario mientras, al mismo tiempo, peleaban en el sur contra los benimerines. Para volverse loco.

Sancho IV fue superando todas esas pruebas con buena nota. ¿Y qué hacía mientras tanto María? Poner un poco de inteligencia en el paisaje. Primero, convenció a su marido para arreglarse con los Lara. Después, salvó la vida del vencido infante don Juan, que a punto estuvo de morir a manos del propio Sancho. Todo para ganarse la anuencia del papa y la neutralidad de Francia, porque el objetivo mayor seguía siendo obtener la dispensa para su matrimonio. Ahora bien, los planes de Francia eran otros: el rey Felipe IV pretendía forzar la separación de Sancho y María para poner en el trono castellano a una francesa. Y pese a ello, María de Molina insistirá en buscar el acercamiento al frente que conformaban Francia y el papa. ¿Tan importante era la dispensa papal? Sí, no solo porque Sancho y María deseaban volver al seno de la Iglesia, sino porque en el envite se jugaba toda la continuidad de la dinastía y, con ella, la propia Corona de Castilla.

La muerte de Sancho lo cambió todo. Era 1295 y María quedó, sola, al frente de una nave envuelta en terribles tormentas. Ahora su única preocupación era salvar la corona de su hijo, el pequeño Fernando, el heredero, un niño de apenas diez años. Pero alrededor se disparaban todas las ambiciones. El primero en ver las orejas del lobo fue el rey de Aragón, Jaime II, que anuló el compromiso matrimonial de su hija Isabel con el heredero de Castilla. ¿Y quiénes eran esos lobos? Todos. Por supuesto, los levantiscos nobles castellanos, como los Lara y los Haro. También los infantes De

la Cerda, que ven llegada la hora de hacer efectivo su derecho al trono. Asimismo, el irreductible infante don Juan, el hermano traidor de Sancho. Igualmente otro hijo de Alfonso X, Enrique el Senador —así llamado porque ocupó tal dignidad en Roma—, que exige la tutoría del heredero. Y todas esas fuerzas, tan pronto aliadas como enfrentadas entre sí, van a pelear a dentelladas por quedarse con el trono de Castilla.

Estos conflictos no serán amables debates palaciegos. Cada una de las fuerzas en presencia dispone de sus propias tierras, sus propios recursos, sus propias mesnadas en armas. Y como era previsible, los vecinos Aragón, Portugal y Francia juegan también sus bazas por uno u otro partido. Pronto todo el territorio de Castilla y León se convierte en escenario militar. El infante Juan ataca Badajoz y toma Coria y Alcántara. Alfonso de la Cerda, con apoyo aragonés, ataca León. Juan llegará a proclamarse rey de León, Sevilla y Galicia. Alfonso de la Cerda hará lo propio en Castilla, Toledo, Córdoba, Murcia y Jaén. El niño Fernando ya ha sido proclamado rey, pero nadie da un euro por el futuro del heredero. María de Molina se ve obligada a actuar con rapidez.

La pregunta era solo una: ¿quién podía ayudar a María contra los grandes linajes? La respuesta también era solo una: las ciudades, enfrentadas a muerte con los grandes terratenientes, y la Iglesia, que siempre optará por el poder público de la corona frente al poder privado de los magnates. María convoca Cortes en Valladolid y allí obtiene el apoyo de las principales ciudades castellanas, que ven en la persona del heredero Fernando un freno a las ambiciones de los nobles. Los municipios de Castilla constituyen una hermandad que inmediatamente forma su propio ejército. Pero no es suficiente, además hay que romper el frente nobiliario formado por los De la Cerda, los Lara, el infante Juan y Enrique el Senador. ¿Cómo? El lado más débil, por venal, es Enrique. El Senador ha exigido quedarse con la tutela oficial del heredero Fernando. Las Cortes de Valladolid le reconocen esa exigencia, pero María, a cambio de una cierta cantidad de oro, conserva la custodia de su hijo: Fernando, pues, seguirá con María de Molina.

Acto seguido, toca ocuparse de las alianzas construidas por las facciones rebeldes con Portugal y Aragón. Dionisio de Portugal había visto en el jaleo castellano una excelente ocasión para arañar territorios fronterizos. María hace acopio de entereza, cita al rey portugués y le propone un acuerdo: cederá determinadas plazas de la frontera, pero las casas portuguesa y castellana quedarán unidas por acuerdos matrimoniales entre los respectivos herederos; el de Castilla se casará con una portuguesa y el de Portugal con una castellana. Así el frente occidental queda cerrado.

¿Qué quedaba por resolver? Otras muchas cosas: los infantes De la Cerda seguían en sus trece, renovaban su alianza con el infante don Juan e invitaban al rey de Aragón a entrar en Castilla. Hay un momento, a la altura de 1296, en el que todo está

cabeza abajo: don Juan campa a sus anchas por tierras de Palencia, Alfonso de la Cerda sitia Sahagún y Diego López de Haro hace su propia guerra en Vizcaya; Jaime II de Aragón, más para protegerse que otra cosa, ataca en Murcia y Soria sin que los castellanos puedan hacerle frente, porque en ese mismo momento están ocupados tratando de frenar a los moros de Granada, que también quieren sacar tajada. Son meses extremadamente críticos en los que María y su hijo Fernando están al borde mismo del naufragio. ¿Qué hacer?

El que resiste, gana. María convoca Cortes en Cuéllar y agrupa a sus partidarios. Todos saben que les va la vida en el envite. Las milicias de las ciudades expulsan de Sigüenza a las mesnadas del señor de Lara. El infante don Juan también es derrotado en Ampudia, Palencia, y terminará cayendo preso poco después. Pero María no ha apostado solo por la guerra, sino que al mismo tiempo ha intensificado la acción diplomática. La cuestión clave sigue siendo la nulidad de su matrimonio con el difunto Sancho IV, que mancha de ilegitimidad a toda su descendencia. Hay que obtener la dispensa papal para ese matrimonio. ¿Cómo? Pagando. En ese momento hay un nuevo papa, Bonifacio VIII. ¿Y no era Roma aliada de Francia? Ya no: el rey Felipe IV había cometido el grave error de sufragar su guerra con Inglaterra imponiendo tributos al clero sin autorización papal. Rota la alianza del papa y Francia, era el momento de explotar la brecha. Las Cortes de Valladolid reunieron una buena cantidad de oro con destino a Roma. El papa cedió: el matrimonio de María y Sancho ya era válido.

La bula papal surtió un efecto inmediato. La causa de los rebeldes perdió toda razón de ser. El infante don Juan prestó juramento de vasallaje al niño rey Fernando. El cual, por su parte, ese mismo año dejaba de ser niño y llegaba a la mayoría de edad. Todo el frente contra Fernando se vino abajo. El propio Juan Núñez de Lara bajó la cabeza y fue admitido en la corte. Alfonso de la Cerda, por su parte, intentó hacerse fuerte en Almazán, Soria, junto a tierras de Aragón. Contaba para ello con el secreto apoyo de otro personaje de este drama: el infante Enrique el Senador, el único que no ganaba nada con la paz. Pero Enrique va a morir muy poco después, de manera que también este obstáculo desapareció. A la altura de 1303, la guerra civil en Castilla había terminado. Fernando, que ya era Fernando IV de Castilla y de León, se casó con Constanza de Portugal, la hija del rey Dionisio, según lo estipulado por María. Los moros de Granada, viendo el paisaje, optaron por avenirse a una tregua que implicaba prestar vasallaje a Castilla. Así María de Molina salvó al reino.

A María le aguardaban muchos sinsabores; entre otras cosas, iba a verse denunciada por corrupción ante su propio hijo. Y aún tenían que venir sucesos todavía más desgraciados que convertirían la vida castellana en una auténtica pesadilla. Pero ya llegaremos a eso. De momento, Castilla estaba salvada.

Los almogávares: cuando Grecia fue aragonesa

En 1305, una tropa de 6.500 españoles derrota a los ejércitos turcos, aplasta también a los bizantinos, conquista los ducados griegos de Atenas y Neopatria y se los entrega al rey de Aragón. Así, por las bravas. Aquel pedazo de Grecia será aragonés hasta 1388, año en el que sucumbirá ante la presión de turcos, venecianos, florentinos y hasta de una compañía navarra que pasaba por allí. Por el camino, Aragón se convertirá en la potencia hegemónica en el Mediterráneo. Esa fue la hazaña de los almogávares.

A finales del siglo XIII, el Mediterráneo hervía por el litigio entre Francia y Aragón por el reino de Sicilia, que entonces se llamaba Trinacria. Aquí lo hemos contado. Cuando los franceses invadieron Sicilia, se encontraron con un feroz levantamiento popular: las Vísperas Sicilianas, donde el pueblo masacró a la guarnición francesa. Los sicilianos pidieron ayuda a Pedro de Aragón, que envió a su flota. En el trono aragonés se sucedieron Pedro III, Alfonso III y Jaime II. Aragón y Francia llegaron a un acuerdo: los aragoneses cederían Sicilia y a cambio recibirían Córcega y Cerdeña. Pero los sicilianos no querían a los franceses ni en pintura, de manera que proclamaron rey a un hermano de Jaime II de Aragón llamado Fadrique. El conflicto terminó en 1302 con la paz de Caltabellotta, y Aragón aparecía como vencedora indiscutible: Fadrique reinaba en Sicilia, y Córcega y Cerdeña quedaban bajo cetro aragonés. Con razón el almirante Roger de Lauria pudo decir aquello de «no creo que pez alguno intente alzarse sobre el mar si no lleva un escudo con la enseña del rey de Aragón en la cola».

En estos años de guerra siciliana había destacado una tropa singular: los almogávares. ¿Quién era esa gente? Los almogávares eran una tropa de choque muy característica de los reinos españoles de aquel tiempo, tanto en Aragón como en Castilla: unidades de guerreros establecidas en la misma línea de frente, frecuentemente con sus familias, y que vivían de saquear el campo enemigo. El nombre que recibían, «almogávar», parece de origen árabe y se supone que puede venir de *al-mugawar*, algo así como «los que entran». Y desde luego que «entraban», porque desde principios del siglo XIII se sabe de sus hazañas tras las líneas moras: incursiones rápidas y breves, uno o dos días, que sembraban el caos y el terror.

Sabemos bien cómo eran los almogávares y cómo combatían: siempre a pie, feroces, ágiles y muy rápidos, ataviados con ropas ligeras y calzados con abarcas de cuero; armados con jabalinas, un pequeño escudo redondo y un cuchillo largo, el chuzo. De su capacidad de resistencia se cuentan cosas asombrosas: para endurecerse, dormían al raso y comían solo un día de cada tres. Aunque había almogávares tanto castellanos como aragoneses, son estos últimos los que más fama alcanzarían. Casi todos eran pastores del Pirineo y de las sierras del Sistema Ibérico, encuadrados en

unidades de doce hombres mandadas por oficiales de la corona. Antes de entrar en combate golpeaban sus chuzos contra la piedra, a los gritos de «Desperta, ferro», «Aragó, Aragó» y «Sant Jordi». Cuando se quedaron sin guerra en la península, la corona los mandó a Sicilia.

Los almogávares fueron decisivos en la guerra de Sicilia. Allí destacó especialmente su jefe, un extemplario llamado Rutger von Blume, o sea, Roger de Flor. Un personaje fascinante: hijo de un halconero del emperador Federico II, criado con los templarios, templario él mismo y cruzado en Tierra Santa, había dejado la orden acusado —falsamente, según parece— de quedarse con un botín ilegal; por eso entró como mercenario al servicio de Aragón, que le puso al frente de la tropa almogávar. Pero los almogávares, que en la guerra eran apreciadísimos, en la paz resultaban bastante molestos. Y ahora, 1302, los almogávares estaban en Sicilia, sin más guerras que librar e incordiando a todo el mundo, porque no eran gente que se adaptara bien a la vida de guarnición y, además, les pagaban poco y mal. Así que al rey Fadrique se le planteó enseguida una urgencia mayor: había que sacar de allí a los almogávares. ¿Pero cómo hacerlo?

La solución llegó bajo la forma de una aventura demencial: pelear para Bizancio. Ocurrió que el emperador de Bizancio, Andrónico II, tenía a los turcos a pocas jornadas de Constantinopla: el imperio corría peligro y era urgente recibir refuerzos. ¿Quién podía echar una mano? Fadrique de Sicilia no lo dudó: los almogávares. Era la ocasión que todos esperaban: los almogávares ya tenían dónde combatir y el rey de Sicilia se podía librar de tan incómodos huéspedes. Todos contentos.

La flota aragonesa salió de Mesina con 4.000 almogávares, muchos de ellos con sus familias, y 1.500 soldados de marinería. Roger de Flor, el jefe, había pedido a Andrónico dos cosas: un título nobiliario y una esposa. Ambas cumplió el emperador, que nombró megaduque al caballero y le dio la mano de su sobrina María. La boda se celebró en Constantinopla, ciudad en manos de las tropas genovesas que protegían al emperador. Y aquí empezaron los almogávares a dejar tarjetas de visita, porque, tras la boda, unos genoveses cometieron la imprudencia de reírse del aspecto desastrado de un almogávar, hubo bronca, la bronca se convirtió en batalla campal y aquello terminó en degollina generalizada de genoveses. Pronto el emperador Andrónico sintió el mismo impulso que había sentido Fadrique en Sicilia: había que sacar de allí a los almogávares.

Los guerreros de Aragón —la Gran Compañía Catalana de Almogávares, que así se llamaba— zarpó hacia tierras turcas. Los acompañaban tropas griegas y también los mercenarios alanos que combatían para Andrónico. El enemigo quedó hecho picadillo en el primer encuentro. Fue en Cízico, en el Peloponeso. Roger de Flor atacó de improviso, a medianoche, aprovechando que los turcos estaban acampados. Al amanecer, los almogávares descubrieron que habían machacado a un ejército que

les doblaba en número.

Nuestros amigos pasaron allí el invierno, y no sin conflictos: una nueva bronca, ahora con los aliados alanos, terminó en la muerte del hijo del jefe de estos, un tal George. Es decir que ahora, además de estar a malas con los genoveses, también lo estaban con los alanos. Pero el invierno pasó y la guerra volvió, y la compañía de almogávares afrontó su nueva misión: socorrer diversas ciudades sitiadas por los turcos. Estos, que ya conocían la matanza de Cízico, huyeron aterrados ante la llegada de los aragoneses. Así los almogávares fueron liberando una ciudad tras otra. Uno de los grandes comentaristas históricos de este episodio, el catalán Francisco de Moncada, militar y político al servicio de la corona española, lo explicará así tres siglos después: «Con esta victoria comenzaron a levantar cabeza las ciudades de Asia, viendo que los nuestros habían dado principio a su libertad, que los turcos tenían tan oprimida».

La batalla decisiva será al año siguiente, al pie del monte Tauro, en la Anatolia interior. Para reforzar a Roger ha llegado desde Sicilia el valenciano Berenguer de Rocafort con 1.200 almogávares más. De nuevo la fuerza turca es muy superior, pero de nuevo será derrotada tras una batalla larguísima, de día y de noche. «Feren tal carnissería que era meravela», dice en su *Crónica* el gerundense Ramón Muntaner, uno de los integrantes de la expedición. Misión cumplida.

La compañía regresó a Constantinopla. Fue recibida con honores por el emperador Andrónico, que elevó a Roger de Flor a la condición de César. Al mismo tiempo, llegaba a Bizancio otro caudillo, el ribagorzano Berenguer de Entenza, con 1.500 almogávares más. Estaba terminando el invierno de 1305. Pero entonces comenzará una tragedia que va a teñir Grecia de sangre.

Ocurrió que Andrónico había honrado a Roger, sí, pero desconfiaba, temía que la compañía, tan crecida ya en número, se erigiera en poder independiente. Por otro lado, los griegos sentían fuertes celos de ver victoriosos a unos extranjeros. Y además quedaban las deudas pendientes de los aragoneses con genoveses y alanos. Así que el emperador fue tejiendo una despiadada intriga: dejó de pagar a los almogávares, para indisponerlos con su jefe, y trató de dividir a los caudillos. El acto final fue un banquete de gala en Adrianópolis. Lo organizaba Miguel, el hijo de Andrónico. El pretexto: había que preparar la nueva campaña contra los turcos. Allí acudieron Roger de Flor y muchos de sus oficiales. María, la mujer de Roger, que era de sangre imperial bizantina, conocía bien las costumbres de su casa y se temió lo peor, pero Roger estaba obligado a acudir. Roger marchó con doscientos caballeros de su hueste. Ninguno volverá. Así lo cuenta Moncada:

El día antes de la partida de Roger, estando comiendo con el emperador Miguel y la emperatriz María, gozando de la honra que sus príncipes le hacían, entraron en la pieza donde se comía el alano George, el turcople

Meleco, con muchos de los suyos, y el griego Gregorio. El primero cerró con Roger, y después de muchas heridas, con ayuda de los suyos le cortó la cabeza, y quedó el cuerpo despedazado entre las viandas y mesa del Príncipe, que se presumía había de ser prenda segurísima de amistad, y no lugar donde se quitase la vida a un capitán amigo (...). No se satisficieron los alanos con solo la muerte de Roger, porque al mismo tiempo acometieron a todos los catalanes y aragoneses que estaban en su compañía, y con atroces muertes los despedazaron.

Fue una matanza horrorosa, pero Miguel quería más: se había propuesto acabar con todos los almogávares y envió un poderoso ejército a Galípoli, donde estaba concentrado el grueso de la compañía. Los dos Berenguer —el de Rocafort y el de Entenza— decidieron resistir. Mandaron embajadores a Constantinopla para pedir explicaciones por el asesinato de Roger de Flor. Andrónico, que se veía ganador, ordenó asesinar a los embajadores aragoneses. Nunca debió hacerlo: la furia de los almogávares será terrible.

El episodio pasó a la historia como la Venganza Catalana. Los almogávares hundieron sus propias naves, en señal de que no había vuelta atrás, y atacaron al ejército bizantino, que quedó diezmado. Arrasaron Galípoli. Destrozaron también al ejército del traidor príncipe Miguel. Los muertos se contaron por miles. Y se seguirían contando, porque los almogávares no pararon ahí: después de acabar con el grueso del ejército bizantino, persiguieron a los mercenarios alanos, los asesinos de Roger de Flor, y los masacraron también. Así concluyó la Venganza Catalana.

Los almogávares se organizaron como fuerza independiente. En 1308 fueron contratados por el duque de Atenas para luchar contra los bizantinos, pero como el duque no pagaba, los almogávares le depusieron y se hicieron con el ducado. Después, en 1319, ampliarán su territorio con el ducado de Neopatria, en Tesalia, siempre en nombre de los reyes de Aragón y de Sicilia, que avalarán sus correrías. Rodeados de enemigos, los almogávares fundarán un espacio de poder inexpugnable: pelearán contra griegos, turcos, franceses, venecianos, florentinos, e incluso contra los navarros que volvían de su frustrada conquista de Albania (otra historia que habrá que contar).

Casi cien años durará la huella aragonesa en Grecia, hasta 1388. Hoy queda memoria de aquello en los títulos del rey de España, que es rey de las Dos Sicilias y duque de Neopatria, y en las banderas de la Brigada Paracaidista española, que precisamente se llama Almogávares VI. No es para menos.

El horrible fin de los templarios

Mientras el templario Roger de Flor buscaba mejor fortuna en la Corona de Aragón, sus hermanos de orden se enfrentaban a una de las mayores conspiraciones de todos los tiempos; tan amplia y tan sañuda que terminaría llevando a la muerte a muchos freires del Temple. La cosa puede resumirse así: el 18 de marzo de 1314, frente a la catedral de Notre Dame de París, arden en una pira el gran maestro de la Orden del Temple, Jacques de Molay, y su jefe en Normandía, Geoffroy de Charnay. Dos años antes el papa Clemente V había ordenado la disolución de la orden, acusada de horribles delitos: blasfemia, sodomía, idolatría. Se extinguía así, entre el horror y el oprobio, la historia de los templarios. Solo había un ganador: Felipe IV el Hermoso, rey de Francia, principal promotor de la maniobra, que se quedará con las posesiones templarias en Francia y con el tesoro de la orden. Un episodio atroz.

Fueron enormes las repercusiones de este suceso en toda la cristiandad. Los templarios habían sido la más notable de las órdenes militares cristianas. Las órdenes, recordémoslo, habían nacido entre finales del siglo XI y principios del XII para custodiar los Santos Lugares y proteger a los peregrinos cristianos frente al acoso musulmán. Primero apareció la Orden del Santo Sepulcro, en 1099. Enseguida, en 1104, la de los Hospitalarios de San Juan. La Orden del Templo —en francés, *temple*— de Jerusalén nació en 1118. En España las circunstancias de la Reconquista favorecieron el surgimiento de órdenes militares, de milicias de Cristo, para asegurar las regiones reconquistadas y proteger la frontera. La primera nació en el Aragón de Alfonso el Batallador: fue la cofradía de Belchite, en 1122. Después vendrán Calatrava, Santiago, Alcántara, Montesa... Pero el Temple supo convertirse en la orden más poderosa de la caballería cristiana.

Debemos olvidar el tópico que nos presenta a la Orden del Temple como un gran ejército. Es verdad que los caballeros del Temple, como los del Hospital, encarnaban la defensa de la fe en Palestina, pero eso se debía más a un liderazgo de carácter espiritual que a su fuerza militar propiamente dicha. Tal liderazgo incluía la disposición permanente al sacrificio, que los caballeros de las órdenes militares jamás eludirán. ¿Cuántos caballeros había en la Orden del Temple? Según los cálculos más rigurosos, su número en Palestina rondaba los tres mil hombres, y en Chipre apenas superaba el centenar. Con eso no se podía hacer frente a los musulmanes, de manera que los templarios recurrían con frecuencia a contratar los servicios de soldados profesionales.

Por otro lado, los templarios no eran solo guerreros: otros muchos hermanos permanecían en Europa atendiendo sus conventos y encomiendas, que eran la principal fuente de ingresos de la orden. Conventos y encomiendas que tampoco tenían nada de fabuloso. Parece que en toda Europa sus posesiones no pasaban de las

mil casas; de ellas, más de la mitad estaban en Francia. En España poseían treinta y dos encomiendas en Castilla, quince en Aragón, otras quince en el condado de Barcelona, cuatro en Valencia y una en Mallorca. Además no todas existieron al mismo tiempo. Lo cual, por cierto, desmiente a los «esotéricos» que creen descubrir huellas templarias por todas partes.

Otro mito que se deshace es el del supuesto «tesoro templario», que habría convertido a esta orden en la mayor potencia económica de Europa. Según la leyenda, los templarios encontraron en el templo de Jerusalén el tesoro del rey Salomón y de ese hallazgo provendría su enorme riqueza. Y es verdad que el Temple era muy rico, sí, pero no hay nada que avale la teoría del «tesoro oculto». ¿Cómo llegó el Temple a convertirse en la orden más poderosa, incluido el poder económico que se le atribuye? Este asunto, mitologías aparte, ha sido estudiado muy en serio por Ignacio de la Torre Muñoz de Morales en su libro *Los Templarios y el origen de la banca* (Ed. Dilema, Madrid, 2004), que aclara muchas cosas. Y no tienen nada de mágico.

La riqueza del Temple venía de la extrema eficacia de su sistema de encomiendas y de la excelente administración de esos bienes. Las encomiendas no militares del Temple —campos, huertos, talleres, molinos— producían anualmente unos ingresos de en torno a 200.000 libras tornesas, que equivalen a 16.000 kilos de plata. Un tercio de todo eso se enviaba a Tierra Santa para sufragar gastos militares. Pero los gastos militares del Temple estaban en torno a los 2.600 kilos de plata, de manera que aún sobraba mucho dinero. ¿Qué se hacía con el excedente? Se utilizaba para dar en préstamo. Así, con el comercio de estos excedentes, el Temple inauguró el tráfico de dinero en Europa. Los templarios fueron los primeros banqueros de nuestra historia.

En 1148 el Temple realiza la primera gran operación económica que conocemos: el préstamo a Luis VII de Francia de 2.000 marcos de plata, en torno a media tonelada del metal precioso. A partir de ese momento, serán muchos los reyes que contraerán deudas con la orden, y especialmente la corona francesa. Cuando llegó al trono de Francia Felipe IV, en 1286, se encontró con que debía nada menos que 101.000 libras tornesas, es decir, ocho toneladas de plata. En los cuatro años siguientes solo logró devolver la mitad. Era, sin duda, una razón de peso para acabar con los templarios. Pero no fue exactamente eso lo que llevó a Felipe a urdir la gran traición.

En efecto, habitualmente se dice que Felipe IV provocó el final de los templarios porque quería librarse de tan enojosos acreedores, pero las cosas fueron algo más complejas. De hecho, cuando el rey de Francia se encontró con que no podía pagar las soldadas de su hueste, fueron los propios templarios quienes pagaron en lugar del rey. Más aún: el Temple se convertirá en el administrador del tesoro regio. Hasta que Felipe IV constató algo todavía más alarmante que su deuda: las minas de plata se estaban agotando. Y sin plata, la moneda perdía valor. Y si la moneda perdía valor,

todo el mundo se endeudaba hasta la carestía. O sea que había que encontrar plata como fuera. ¿Y quién tenía plata en abundancia? Los templarios.

Vale la pena explicar un poco la cuestión. La moneda corriente en tiempos de Felipe IV era la mencionada libra tornesa (así llamada porque se acuñaba en Touraine). Cada libra contenía 3,95 gramos de plata. Cuando las minas de plata alemanas empezaron a agotarse, hubo que reacuñar las monedas a la baja, es decir, con menos cantidad de plata: solo 1,36 gramos. Pero eso hizo que todo perdiera valor rápidamente, lo cual creó enormes problemas sociales hacia 1302. La única solución era volver a reacuñar la libra con mayor cantidad de plata por pieza. ¿Dónde había plata? Primero, Felipe expropió a los banqueros lombardos. Después, a los judíos. Pero el botín seguía sin ser suficiente. Lo mismo estaba pasando en Inglaterra. Allí el príncipe de Gales optó por asaltar el tesoro del Temple, de donde obtuvo un fabuloso botín. Felipe IV aprendió la lección. Fue entonces cuando concibió la idea de acabar con la Orden del Temple para quedarse con sus bienes. La pregunta era: ¿cómo hacerlo? La respuesta era solo una: la difamación.

De entrada, Felipe IV pensó en un cambalache institucional y se dirigió al papa con una sorprendente propuesta: que Roma fusionara todas las órdenes militares en una sola; Felipe renunciaría al trono y aceptaría ser nombrado maestre de los caballeros. El papa, evidentemente, se olió la tostada: estaba claro que Felipe IV pretendía en realidad quedarse con el control absoluto de las órdenes y, por tanto, también de sus bienes. Aquello no coló. El papa Clemente V contestó a Felipe con la negativa. Y fue entonces cuando el rey de Francia urdió una sucia maniobra.

Felipe encontró a un delator de ocasión: un tal Esquino Floriano (Esquieu de Floyran), de profesión espía, que decía conocer los secretos más inconfesables de la orden. Fue ese sujeto, bien «lubricado» por Felipe IV, quien confeccionó la lista de acusaciones: blasfemia, idolatría, sodomía... El rey se apresuró a hacer llegar al papa Clemente la infamante denuncia. Y sin esperar a la opinión del pontífice, el 13 de octubre de 1307 Felipe ordenaba la detención inmediata y simultánea de todos los templarios de Francia.

El propósito de Felipe era organizar juicios rápidos y expeditivos: los templarios serían confrontados bajo tortura a sus supuestos delitos; si confesaban, serían condenados a penas menores, pero si negaban los hechos serían condenados a muerte. Naturalmente, las «confesiones» se contaron por centenares. La atrocidad era tan impresentable que el papa intervino y exigió, primero, la custodia de los prisioneros, pues las órdenes religiosas estaban sometidas a la autoridad papal, y después, que los templarios fueran juzgados por los obispos de cada diócesis. Para Felipe IV fue un contratiempo, porque los templarios, una vez libres de la tortura, se retractaron de sus «confesiones». ¿Qué hacer? Otra maniobra: Felipe movió a los obispos franceses para que convencieran al papa de que era preciso juzgar a los templarios en un solo

concilio.

Fue en Sens, cerca de París, ya en abril de 1310. Los primeros templarios que se retractaron de su anterior «confesión» fueron enviados a la hoguera: cincuenta y cuatro de una vez. Al mismo tiempo, en otros puntos de Francia se empezaba a quemar templarios sin esperar siquiera a la parodia de juicio. El pusilánime papa Clemente cedió. Inmediatamente se desató la pelea por quedarse con el tesoro del Temple. El papa quiso saldar el problema ordenando que sus propiedades pasaran a la Orden del Hospital y que los templarios supervivientes —esto es, los que habían «confesado»— ingresaran en otra orden monástica. Pero Felipe IV no estaba dispuesto a semejante cosa. Y además, quedaba pendiente un problema nada menor: los cuatro principales jefes del Temple aún no habían sido juzgados.

En efecto, el gran maestre Jacques de Molay, como Hugues de Pairaud, Geoffroi de Gonneville y Geoffroi de Charney, los cuatro nombres principales del Temple en Francia, permanecían sin juicio. Todos habían confesado bajo tortura, pero Molay y Charney, dos veteranos que pasaban de los setenta años, hicieron acopio de valor y se retractaron: nunca habían cometido sodomía, nunca habían blasfemado, nunca habían incurrido en idolatría, ni ellos ni ninguno de sus caballeros, y todas las acusaciones eran falsas. Ambos sabían lo que ocurriría: esa misma tarde fueron entregados a la hoguera por orden del rey de Francia. A Molay se le atribuye un último alegato: «¡Nos consideramos culpables, pero no de los delitos que se nos imputan, sino de nuestra cobardía al haber cometido la infamia de traicionar al Temple por salvar nuestras miserables vidas!». Dicho lo cual murió en la hoguera.

En los reinos españoles no ocurrió nada de esto. Hubo concilios en Salamanca, Tarragona y Orense, y en ellos se absolvió a los templarios. El Temple, en todo caso, ya estaba formalmente disuelto por la Santa Sede. Y Felipe IV se lanzó sobre el tesoro. Declaró saldada su deuda con la orden y más aún: bajo el pretexto de que los templarios habían hecho desaparecer el tesoro real depositado en París —algo completamente falso—, obligó a la Orden del Hospital a pagarle 200.000 libras tornesas, más otras 60.000 por las costas de los juicios a los templarios. Además, se quedó con todas las encomiendas que había arrebatado ya al Temple. Un negocio redondo. Pero ese no fue el último acto del drama.

Dice la tradición que el maestre Jacques de Molay, mientras las llamas devoraban su cuerpo, exclamó: «Dios conoce que se nos ha traído al umbral de la muerte con gran injusticia. No tardará en venir una inmensa calamidad para aquellos que nos han condenado sin respetar la auténtica justicia. Dios se encargará de tomar represalias por nuestra muerte». Era la maldición del gran maestre. Un mes después, el papa Clemente V moría entre horribles sufrimientos, víctima de «un dolor insufrible que le mordía el vientre». Y en noviembre del mismo año, el rey Felipe IV se golpeaba con un árbol cuando cabalgaba; el golpe le provocó una parálisis general y así, paralizado,

vio cómo la vida se le escapaba en pocas horas. De tan truculento modo terminó el episodio de la extinción de los templarios. Y ahora, volvamos a España.

El infante don Juan Manuel, ¿moralista o traidor?

Al infante don Juan Manuel le conocemos todos por ser uno de los grandes nombres de nuestra cultura medieval: el autor de la colección de cuentos moralizantes *El conde Lucanor*. Pero don Juan Manuel, antes y además de eso, fue uno de los personajes más ambiguos de nuestra historia, duro y ambicioso, protagonista destacado del caos castellano y sin duda uno de los mayores quebraderos de cabeza que tuvo que soportar la pobre María de Molina. Hablemos de don Juan Manuel, pero antes hay que dibujar el conjunto del tablero.

Aquí hemos visto a María de Molina salvando el trono de su hijo Fernando frente a las asechanzas de la gran nobleza castellana: los Lara, los Haro, los De la Cerda, Enrique el Senador y el infante Juan, aquel hijo de Alfonso X el Sabio, todos ellos ocasionalmente aliados con Portugal, Aragón y hasta con los moros de Granada. Fueron años (1295-1302, aproximadamente) en los que Castilla estuvo a punto de romperse en pedazos, y muy sólida debía de ser ya la estructura política del reino cuando pudo sobrevivir a aquello. María resistió gracias al apoyo de las ciudades, en especial Valladolid, y de la Iglesia local, que nunca reconoció a otro rey. Finalmente Roma —bien engrasada con oro— legitimó el matrimonio de María y por tanto la corona de su hijo Fernando. María de Molina salió con bien de aquello y Fernando IV pudo reinar. Pero los problemas estaban lejos de haber terminado.

El conflicto se había resuelto en el campo de batalla, pero ninguno de sus actores había abandonado el tablero: con pactos aquí y allá, concesiones en un sitio y negociaciones en otro, en 1302 todas las piezas de la partida seguían dispuestas a mantener su juego. Fernando IV ya era rey, pero, por debajo, las maniobras proseguían. Hablamos de un hombre, este Fernando, que había sucedido formalmente a su padre, Sancho IV, con solo diez años de edad, y que ahora tenía diecisiete: un jovencito al que le gustaban la caza, las damas y las juergas, y los magnates castellanos no tardaron en descubrir que un tipo así era muy fácilmente manipulable. ¿Y para qué le querían manipular? Ante todo, para separar al rey de su madre.

El plan no podía ser más tópico: acusar a María de Molina de corrupción. Y lo peor es que el hijo, Fernando, estuvo dispuesto a creer a los acusadores. En las Cortes de Medina del Campo, en mayo de 1302, los infantes Enrique y Juan y el señor de Lara denuncian que María ha malvendido las joyas que le legó su marido, el difunto rey Sancho IV. Fue necesario que apareciera María con las joyas para demostrar la falsedad de la acusación. Después lo intentaron de otra manera: acusaron a María de Molina de haberse quedado con los subsidios que las Cortes habían destinado a la corona. Y ahí tuvo que intervenir don Nuño, abad de Santander y canciller de la reina, con las cuentas de María para demostrar que no solo no se había quedado con dinero de la corona, sino que incluso había contribuido con su propio patrimonio a sostener a la monarquía. María de Molina salvó su crédito ante su hijo, pero en el episodio

Fernando IV había manifestado una alarmante debilidad de carácter.

Y usted se preguntará: ¿y en Castilla no había otra política que la continua pelea entre sus magnates? Sí, sí la había, y además muy clara. A estas alturas, la política castellana solo podía consistir en tres objetivos: apaciguar las relaciones del reino con sus vecinos, fortalecerse frente a la amenaza musulmana y, precisamente, tratar de contener las ambiciones nobiliarias. Lo de los vecinos no fue difícil: Fernando IV estaba casado con una portuguesa —Constanza— y las relaciones familiares entre Portugal y Castilla eran fluidas. Respecto al otro vecino, Aragón, todo el problema consistía en fijar los derechos de cada cual en la frontera, singularmente en Murcia, cosa que se resolvió en una minuciosa serie de tratados: Torrellas en 1304, Elche en 1305, Alcalá de Henares en 1308. Más complicado resultó frenar las ambiciones nobiliarias, porque estas seguían desatadas y de hecho condujeron a una dura guerra civil en Vizcaya. Los protagonistas: el señor de Haro Diego López V y el infante don Juan (otra vez él), cuya esposa era precisamente de la casa de Haro, María II Díaz. Y mientras tanto, se dibujaba con claridad el otro objetivo del programa: completar la Reconquista atacando las bases benimerines en Algeciras y Gibraltar.

Esta campaña de Algeciras fue producto de los pactos de Castilla con Aragón: los dos reinos necesitaban limpiar el mar de bases musulmanas, y el único modo de hacerlo era apoderarse de puntos fuertes como Algeciras y Gibraltar y, al tiempo, someter a vasallaje al reino de Granada. Fue en 1309. Todas las cortes europeas veían con buenos ojos aquella expedición, que solo podía aportar beneficios para las potencias cristianas. Las armas castellanas y aragonesas lograron conquistar Gibraltar, pero no pudieron tomar Algeciras. Y no pudieron porque, en pleno asedio, una parte importante del contingente cristiano abandonó el campo. ¿Quién desertó de tan escandaloso modo? El infante don Juan —¡sí, otra vez él!— y ese otro notable personaje que abría este capítulo: el infante don Juan Manuel.

Don Juan Manuel ha pasado a la historia de nuestras letras por sus libros, particularmente por *El conde Lucanor*, pero el personaje distaba de ser un erudito entregado a cultivar la estética. Al contrario, vamos a encontrarle metido hasta el cuello en todos los follones del reino de Castilla en esta época, y siempre en el mismo partido: el de los grandes nobles que conspiran contra el poder regio. Aunque, en realidad, don Juan Manuel nunca tuvo otro partido que el del propio don Juan Manuel.

¿De dónde había salido este personaje? ¿Por qué era tan influyente? Don Juan Manuel era nieto del rey Fernando III el Santo. Sus padres, el infante don Manuel y doña Beatriz de Saboya, ostentaban el título de adelantados del reino de Murcia, es decir, un lugar donde Castilla se batía el cobre con los musulmanes de Granada y con las aspiraciones aragonesas. El padre de don Juan Manuel murió cuando él tenía solo dos años; su madre dejó el mundo seis años después. Así que nuestro hombre fue

adelantado del reino de Murcia con ocho años de edad. Se crio en la corte de Castilla con Sancho IV, que era su sobrino, pero que le doblaba en edad, y allí se ganó fama de ingenioso e inteligente, cosa que en efecto era en grado sumo. Y habría sido un fiel servidor de la corona de no haber mediado todos los sucesos que hemos visto aquí: la muerte prematura de Sancho IV, la minoría de edad de Fernando, la regencia de María de Molina y las aspiraciones de los infantes De la Cerda, que pretendían apoderarse del reino de Murcia, es decir, de las posesiones de nuestro personaje.

A la altura de 1298, los aragoneses, al calor del caos castellano, ocuparon Murcia, y el joven don Juan Manuel —dieciséis años— quedó a la intemperie. Obtuvo de María de Molina el marquesado de Villena (Alarcón, Belmonte, etc.), pero no era lo que él quería. Más aún: rompió su promesa de sostener a María de Molina y se convirtió en uno de los principales incordios de la sufrida regente. A partir de ese momento el infante solo tendrá un propósito en su vida: recuperar Murcia, reconstruir su patrimonio y ampliarlo cuanto pudiera. Sabía que para ello había de mirar más a Aragón que a Castilla, y estaba dispuesto a hacerlo. En 1299 pactó un matrimonio con la infanta Isabel de Mallorca, pero Isabel morirá antes del enlace. En 1303 intentó arreglarse directamente con Jaime II, rey de Aragón, y le pidió Murcia; solo obtuvo la mano de una hija de Jaime, Constanza... una niña de tres años.

Fernando IV de Castilla se enteró de estos enjuagues aragoneses de don Juan Manuel e intentó liquidarle. Don Juan Manuel optó entonces por cubrirse las espaldas y se acercó a los nobles que conspiraban contra el rey, en especial a Enrique el Senador, y cuando este muera se aliará con el inevitable infante don Juan. La paz entre Aragón y Castilla acabó con las esperanzas de don Juan Manuel, porque Murcia era ya legalmente aragonesa, pero nuestro hombre no cejó: cambió su plaza de Alarcón por Cartagena e incluso trató de hacerse con la localidad murciana de Mula, cosa que no logró porque los muleños le tenían pavor. Lo que sí consiguió fue consolidar su pacto matrimonial con Aragón, y llevó a vivir consigo a la infanta Constanza, si bien bajo palabra de no consumir el matrimonio hasta que la niña hubiera cumplido los doce años. Curiosas costumbres.

Esa era la situación a la altura de julio de 1309, cuando la gran campaña cristiana contra Algeciras. A pesar de las enfermedades y de los problemas de avituallamiento —los auténticos azotes de la guerra de aquel tiempo—, la operación era posible. Algeciras y Gibraltar podían caer. Toda la fuerza de Castilla y de Aragón estaba empeñada en la empresa. Gibraltar capitula en septiembre de 1309. En ese mismo momento el rey de Aragón está sitiando Almería. Solo queda Algeciras. Don Juan Manuel, como todos los grandes señores, ha acudido allí con su hueste: los caballeros de su señorío. Forma junto al infante don Juan, el revoltoso e intrigante hijo de Alfonso X. Y en esa tesitura, don Juan Manuel, don Juan y otros señores abandonan la partida. ¿Por qué? La excusa fue que el rey Fernando IV adeudaba varias soldadas

a las huestes de los señores. El caso es que aquella fue la segunda traición de don Juan Manuel: la primera, faltar a su palabra de sostener a María de Molina; la segunda, esta deserción. Y aún vendrían más.

Naturalmente, Fernando IV se tomó muy a mal la traición. En este momento el proyecto fundamental del rey castellano, convertido por fin en una persona mayor, era culminar la Reconquista. La campaña andaluza no había terminado tan mal, después de todo: Algeciras seguía siendo mora, pero había firmado un pacto de vasallaje con Castilla, y el reino de Granada resistía a duras penas los embates de las huestes castellanas. Pero Fernando IV vivía obsesionado con su tío don Juan, al que culpaba de todos sus males, y hay que conceder que no le faltaban razones. El rey multiplicará las maniobras para liquidar a su molesto pariente. Habrá incluso un intento de asesinato, frustrado *in extremis* por María de Molina, que no quería ver las manos de su hijo manchadas de sangre.

Juan Manuel vio que la amistad con don Juan no le conducía a ninguna parte y aprovechó para llevar el agua a su molino: se alejó del inquieto tío del rey y, aún más, buscó reconciliarse con el monarca. Fernando IV, que no se esperaba el regalo, nombró a Juan Manuel mayordomo mayor, cargo de enorme relieve en la corte. No es fácil saber qué cartas jugaba exactamente Juan Manuel: sí, había roto con don Juan y servía al rey Fernando, pero al mismo tiempo movía sus fichas en el complicadísimo tablero de las ambiciones nobiliarias. Fernando IV, dispuesto a cualquier cosa con tal de llevar a cabo sus proyectos de Reconquista, cedió y cedió. En aquel momento había una guerra civil en el reino nazarí: el rey de Granada luchaba contra el gobernador de Málaga. Buena ocasión para meter la cuchara y sacar provecho. En el verano de 1312, Fernando tenía a sus tropas listas. Antes tuvo que solventar un enojoso asunto en Martos, Jaén: el juicio y ejecución de los hermanos Carvajal, acusados de haber asesinado a un consejero regio. Y hecho esto, marchó hacia el frente. No llegaría jamás.

No llegó jamás porque la muerte se lo llevó el 7 de septiembre de 1312. Fernando IV moría de noche, sin que nadie viera nada. Tenía veintiséis años. Parece que la culpa fue de una trombosis coronaria, pero el pueblo no tardó en relacionar el súbito fallecimiento con la severa condena de los hermanos Carvajal. Sea como fuere, el rey moría y dejaba a un heredero, Alfonso, de un año de edad. La reina madre, María de Molina, ahora «reina abuela», se veía una vez más obligada a defender la continuidad de la corona. Y tras las cortinas, don Juan Manuel urdía nuevas conspiraciones. El poder en Castilla volvía a pender de un hilo.

Ramón Llull: un sabio devorado por el ardor misionero

En la Edad Media española no había solo guerra contra el moro y luchas por el poder. Había muchas cosas más. Hemos visto a los españoles de la época organizando la repoblación de territorios, fundando universidades, cazando ballenas y compilando leyes. También hubo en nuestros reinos una intensa vida espiritual que alumbró personalidades extraordinarias. Por ejemplo, un mallorquín que durante siglos dará mucho que hablar: Ramón Llull, filósofo, místico, poeta y, sobre todo, misionero.

Ramón Llull (o Raimundo Lulio) nació en Mallorca hacia 1232, hijo de un caballero catalán —Ramón Amat Llull— que destacó en la reconquista de la isla en tiempos de Jaime I. Ramón se crio en la corte y gozó de la amistad del infante Jaime, un hijo de Jaime I que heredaría la corona mallorquina como Jaime II. Mallorca siempre había sido un caso especial. Protegida por su insularidad, fue la última tierra hispana a la que llegaron los moros. Después conocerá las mismas convulsiones que el resto de España, pero, invariablemente, con un lapso de varios años de diferencia. Jaime I conquistó la isla en 1229, pero las Baleares aún seguirían mucho tiempo marchando a su aire.

Las singulares características de la vida balear, puerto de mil rutas, habían creado un complejo paisaje donde se superponían la herencia bizantina y la larga huella musulmana con la impronta cristiana y una no desdeñable presencia judía. Ahí, en ese mundo, creció Ramón como un caballero, con todo lo bueno y lo malo que eso significaba en el siglo XIII. Brilló de manera potentísima en la corte de Mallorca: fue sucesivamente paje, senescal y después mayordomo de Jaime II, cargo que equivalía a una suerte de primer ministro. No le faltaron amoríos ni lances aventureros, aunque parece que no tantos como la leyenda le ha atribuido. Se casó y tuvo hijos. Como era hombre cultivado, dio en componer canciones burlescas y poesías de amor para trovadores. Todo le predestinaba a ser, en fin, un gran señor medieval. Pero acabaría siendo otra cosa.

Llull acabó siendo otra cosa porque le ocurrió algo impresionante: pasaba ya de los treinta años cuando una noche vio a Cristo crucificado. La visión se repitió la noche siguiente. Y así hasta cinco noches consecutivas. La experiencia le marcó profundamente. Ramón pensó que no podía ser un azar, que aquello significaba que Dios esperaba algo de él. ¿Pero qué? Para recibir la respuesta decidió abandonar el mundo. Vendió todos sus bienes y adelantó la herencia de su esposa y sus hijos. Peregrinó a Santiago. Vivió como ermitaño en una cueva. Llegó a la conclusión de que Dios le llamaba para predicar la cruz a los musulmanes, todavía muy numerosos en la Mallorca de aquel tiempo. ¿Y cómo predicar a los musulmanes? Aprendiendo su lengua. De manera que contrató a un esclavo árabe para que le enseñara su idioma.

Ramón no solo se dedicó a estudiar árabe, sino también gramática, filosofía,

teología... Parece que el lugar escogido para sumergirse en esa vida fue el monasterio cisterciense de La Real, en Palma. Comienza a escribir, y lo hace en árabe: la *Lógica*, el *Libro de la contemplación*, el *Diálogo del gentil con los tres sabios*... De este dominio de la lengua árabe procede su apodo de «Arabicus Christianus». Pero no bastaba con hablar el árabe: también había que explicar la fe de manera que el musulmán la entendiera. Los argumentos teológicos por sí solos no podían conseguirlo; era preciso echar mano de razones que un cristiano, un musulmán, un judío y un pagano pudieran compartir para sentar criterios de verdad. En definitiva, era preciso recurrir a la filosofía. Esta iba a ser la gran apuesta cultural de la Europa del medioevo.

Aquí hay que hablar de un personaje crucial: San Alberto Magno (1200-1280), que además de santo fue teólogo y filósofo. Alberto fue uno de los principales recuperadores de la figura de Aristóteles. ¿Por qué Aristóteles? Porque las ideas aristotélicas sobre la ética y la metafísica «demostraban la fuerza de la razón, explicaban con lucidez y claridad el sentido y la estructura de la realidad, su inteligibilidad, el valor y el fin de las acciones humanas». Es decir, que proporcionaban un arsenal de verdad y razón coherente con la fe y que también los no cristianos podían compartir.

Los pensadores de esta época, como Alberto o como nuestro Ramón, no eran solo teóricos; también se preocupaban por investigar la naturaleza. Un cierto sensacionalismo moderno les ha colgado una oscura fama de cabalistas herméticos entregados a la alquimia. Pero la alquimia solo tenía de oscuro la arbitrariedad de sus teorías, propia de un tiempo en el que era difícil describir los principios físicos de la materia. Por eso el alquimista, a la vez que estudia la materia, teoriza sobre su esencia. El alquimista no era un mago; era un filósofo. Donde el físico moderno ve cualidades objetivas a través de la experimentación, el alquimista veía principios espirituales. Sus teorías pueden parecer hoy infantiles, pero con ellas se abrió el conocimiento. Alberto descubrió, entre otras cosas, el arsénico. Era 1250. También demostró con argumentos racionales que la Tierra es redonda.

Asentar las cosas sobre principios racionales: este era el gran horizonte cultural del momento. La Europa medieval es ante todo un orden cristiano. En tanto que tal, se propone demostrar la verdad de la fe cristiana ante los no creyentes. La búsqueda de argumentos que puedan ser comprendidos por todos lleva a recurrir a la filosofía, y a partir de aquí se plantea otra cuestión capital: las relaciones entre filosofía y teología, porque la primera solo es razón, mientras que la segunda se basa en la verdad revelada por Dios. ¿Hay compatibilidad entre ellas? ¿Hay contradicción? ¿Es superior la una a la otra? Estas eran las grandes cuestiones de aquel tiempo.

En este trabajo de racionalidad hay un nombre que destaca entre todos: Santo Tomás de Aquino (1224-1274), que dedicó su *Suma contra gentiles* precisamente a

proveer de argumentos racionales a los predicadores cristianos que misionaban entre musulmanes y judíos. Santo Tomás había sido discípulo de San Alberto Magno y su obra puede describirse como un esfuerzo incomparable por fijar un marco filosófico para las grandes cuestiones del pensamiento cristiano: la fe, la razón, el alma, la creación, la política. El de Aquino bebe abundantemente en Platón, primero, y en Aristóteles después, y el resultado de su trabajo —la referencia inevitable es la *Suma Teológica*— es una armonización perfecta entre filosofía y teología.

Hay que conocer todas estas cosas para poner en su justo lugar a nuestro protagonista. Llull es un sabio, sí, y un poeta, pero sobre todo es un misionero que arde en deseos de llevar el Evangelio a quienes no lo conocen y demostrar su verdad. Y para eso, a la altura de 1274, y bajo el mecenazgo de su amigo Jaime II de Mallorca, concibe su primer gran proyecto: un sistema lógico capaz de dictaminar lo verdadero y lo falso. En realidad aquello estaba concebido como un artefacto, una máquina donde las proposiciones teológicas se organizaban en formas geométricas —círculos, cuadrados, triángulos, etc.— que, accionadas por una palanca, arrojaban respuestas afirmativas o negativas. A esto lo llamó *Ars Generalis Ultima* o *Ars Magna*.

Llull acudió con su invento a la Sorbona, la Universidad de París, que en la época era el principal centro del pensamiento. Tuvo una acogida más bien fría. Todo el mundo aceptaba que el sistema era de un ingenio fuera de lo común, pero presentaba un serio problema: puestas todas las verdades —filosóficas y teológicas— en un mismo nivel, al final la diferencia entre filosofía y teología se borraba. Y lo que en París se estaba buscando no era eso, sino una filosofía que no necesitara sustentarse en la fe. Gran decepción. El *Ars Magna* quedaría como una muestra sutilísima del pensamiento medieval, pero no pasó de ahí. Eso sí: gracias al artefacto, Llull es hoy el santo patrón de los informáticos españoles, pues, en efecto, el invento no dejaba de ser una máquina inteligente de naturaleza binaria.

De todas maneras, aquello no enfrió el ardor misionero de Ramón. Con el dinero que Jaime II le dio por su invento fundó un monasterio para franciscanos bajo un concepto enteramente nuevo: no solo se enseñaba allí teología, sino también árabe, hebreo y caldeo, para que los monjes pudieran ir a predicar. El papa Juan XXI aprobará ese colegio en 1276. Llull sigue pensando y escribiendo. En 1286 recibe su título de profesor en la Sorbona. A partir de 1287 viaja reiteradas veces a Roma con el propósito de convencer al papa para promover una nueva cruzada en Tierra Santa; pero no se trata solo de una operación bélica, sino que Llull ha concebido un gran proyecto misional. Los papas andaban ocupados en otras tareas —son los años de la lucha por el control de Sicilia— y el éxito de Llull fue más bien escaso, pero nuestro hombre no abandonará el proyecto.

Ramón ingresó en la orden tercera franciscana, es decir, los franciscanos seculares.

Firme en su decisión de llevar la cruz a judíos y sarracenos, obtiene de Jaime II de Mallorca la autorización para predicar en las sinagogas y mezquitas del reino. Enseguida vuelve a proponer en Roma la recuperación de Tierra Santa. ¿Cómo? Unificando las órdenes militares bajo el poder de un príncipe cristiano al que Llull llama *Rex Bellator* y que, eso sí, ha de ser soltero o viudo, para eliminar cualquier tentación de que aquello se convierta en una simple operación de poder. Era 1305 y el proyecto no podía cuajar: ya hemos contado aquí la que se les estaba viniendo encima a los templarios en estos mismos años. Por otro lado, son tiempos de sórdida pesadumbre para la Iglesia: la Silla de Pedro se ha convertido en objeto de codicia política, el rey Felipe de Francia invade Italia, se elige papa al francés Clemente V y este traslada su sede a Aviñón. No era, ciertamente, el mejor momento para horizontes misioneros.

Pero Llull no esperó a la cruzada para partir él mismo en misión. Vamos a encontrarle predicando en Túnez, en Chipre, en Asia Menor, en Jerusalén. En 1311 acude al Concilio de Vienne, en Francia, y obtiene la aprobación para cinco nuevos centros de estudios de lenguas orientales. Llull volvió a Túnez entre 1314 y 1315. Parece que fue allí donde los sarracenos, furiosos, le apedrearon hasta morir, aunque en realidad nadie sabe cómo ni cuándo murió Ramón Llull. Lo que sí sabemos es lo que él mismo deseaba. Lo expresó así: «Tanto se dilata, Señor, el día en que yo tome martirio en medio del pueblo, confesando la santa fe cristiana, que todo me siento desfallecer y morir de deseo y añoranza porque no llegue a aquel día en que esté en medio del pueblo, acosado como león u otra salvaje alimaña, rodeada de cazadores que la matan y la despedazan».

Lo que dejaba tras de sí aquel hombre era asombroso: trescientas obras en árabe, romance (catalán) y latín sobre filosofía, gramática, mística, pedagogía, ética caballeresca y hasta novelas. Títulos como *Árbol de ciencia*, *Tratado de astronomía*, *Libro del amigo y del amado*, *Libro de contemplación*, *Libro de las bestias*, *Libro del ascenso y descenso del entendimiento*, *Retórica nueva*, *Libro del orden de Caballería*, *Libro de Santa María*... Entre otras cosas, a Llull se debe la defensa más firme del dogma de la Inmaculada Concepción de María.

Ramón Llull tendría una posteridad problemática: muchos discípulos en España mantuvieron sus doctrinas, pero el asunto de la doble verdad —filosófica y teológica— tendrá al mallorquín en cuarentena doctrinal durante siglos. Llull es beato de la Iglesia católica —su festividad es el 29 de marzo—, pero su canonización sigue pendiente. Esperemos que por poco tiempo.

Una intriga medieval, un rey niño y un desastre

A María de Molina debió de caérsele el mundo encima cuando la voluntad divina le hizo vivir por segunda vez la misma pesadilla. La primera fue cuando murió su esposo, Sancho IV, en 1295, dejándola como regente de su hijo Fernando, que entonces era un niño de nueve años. Ahora, 1312, la calamidad se repetía: aquel Fernando, ya rey Fernando IV, moría sin otro heredero que el pequeño Alfonso, un bebé de poco más de un año. María, que había mantenido con firmeza el derecho de su hijo al trono, ahora debía hacer lo mismo con su nieto. Pero había otra mujer en la corte: la viuda de Fernando, Constanza, dispuesta a seguir su propio juego. De nuevo las ambiciones se disparaban en torno a la precaria corona. Una cruenta tragedia vendrá a bajar el telón. Pero vayamos por partes.

Recordemos quiénes son los personajes fundamentales del drama. Primero, María de Molina: esposa, madre y abuela de reyes, unos cincuenta años en este momento, preocupada ante todo por preservar la corona castellana para su nieto Alfonso. Después, Constanza de Portugal y Aragón, viuda de Fernando IV y madre del pequeño Alfonso, que aspira a lo mismo que María, pero pretende hacerlo apoyándose en las casas de Lara y de Haro. También está el infante Pedro, hermano del difunto rey Fernando IV —y, por tanto, hijo también de María—, un joven de poco más de veinte años que ve llegada la hora de escalar a lo más alto. Pronto se le unirá el hermano pequeño: Felipe. En la escena permanece el veterano infante don Juan «el de Tarifa», al que ya conocemos bien aquí: hijo de Alfonso X el Sabio, conspirador nato, a veces traidor, que en este momento desea sobre todo cortar en seco las ambiciones del infante Pedro. Y hay que añadir, además, al inevitable infante don Juan Manuel, que pronto será el gran moralista de *El conde Lucanor*, pero que de momento sigue obsesionado por acrecentar sus dominios en el sureste, a caballo entre Castilla, Granada y Aragón.

A partir de este momento, todos pugnan por quedarse con la tutoría sobre el sucesor, el pequeño Alfonso. Es fácil entenderlo. Un heredero de un año de edad es una pieza extremadamente frágil. Cualquier cosa puede pasarle. Recibir la misión de tutelar al heredero otorga al beneficiario un enorme poder en el reino. Y si algo irreparable le ocurriera al pequeño antes de llegar a la mayoría de edad, nadie habría mejor situado que el tutor para cortar el bacalao. Por otro lado, no era solo un tutor lo que había que elegir, porque una cosa es obtener la custodia del niño y otra regentar la corona durante la minoría de edad; ambas funciones podían coincidir, pero no tenía por qué. Más aún: cada función llevaba consigo la correspondiente parcela de poder. Y bien, ¿quién tenía que decidir sobre la identidad del tutor y del regente? Las Cortes, donde los propios aspirantes llevaban la voz cantante. Y ya se entenderá que, en esas condiciones, la discusión distaba de ser un afable debate.

María de Molina encomendó la protección de su nieto Alfonso al obispo de Ávila:

era una solución provisional mientras se decidía quién se llevaría el gato al agua. Dos partidos se dibujaban: uno quería que la regencia fuera para el hermano del rey muerto, o sea, el infante don Pedro, y ahí estaban María de Molina y la viuda del rey, Constanza; el otro partido deseaba que la regencia fuera para el inquieto infante don Juan, y ahí estaba el infante don Juan Manuel, entre otros magnates. El partido de Pedro pesaba más, pero he aquí que doña Constanza cambió súbitamente de bando, lo cual alteró seriamente el equilibrio de poder. Finalmente, a la altura de 1313 se llegó a un acuerdo: la regencia sería compartida por los infantes Pedro y Juan, pero la custodia física del niño rey quedaba en manos de María de Molina. La fórmula aspiraba a estabilizar la política castellana. Aunque hablar de acuerdos estables, en estas circunstancias, no deja de ser una formalidad como cualquier otra.

Lo que pasó después es fácil de resumir: durante seis largos años, los infantes Pedro y Juan disputaron por aparecer como la primera espada del reino. Juan tenía a su favor la veteranía —era perro viejo— y la adhesión de los magnates: Juan Núñez de Lara, don Juan Manuel, Tello de Molina, incluso el infante Felipe, hermano de Pedro. Y Pedro se apoyaba sobre María de Molina y los concejos de Ávila y Valladolid, que no eran poca cosa. Hubo Cortes en Palencia en 1313 y la división llegó al extremo de que allí se dictaron dos ordenamientos distintos, uno por cada bando. Los maestros de las órdenes militares tuvieron que hacer de mediadores, sin gran resultado. En eso murió la viuda Constanza y, sin reina madre por medio, el papel de la reina abuela, es decir, María de Molina, quedó reforzado. Se llegó a una singular componenda: Pedro actuaría como regente en los territorios que le eran fieles, y Juan haría lo propio en los suyos, mientras María se quedaba con la custodia del pequeño heredero Alfonso. Eso fue la llamada Concordia de Palazuelos, en 1314, ratificada en las Cortes de Burgos al año siguiente. El principal problema político del reino quedaba solucionado. Pero eso no fue óbice para que la violencia siguiera adueñándose de Castilla en un sinfín de disputas territoriales.

Ahora bien, un desdichado suceso iba a resolver varios problemas de un golpe al mismo tiempo que sembraba de luto la corte castellana. Ocurrió en el verano de 1319. El infante Pedro, aún joven pero ya maduro, diestro en las armas, cada vez más influyente en los asuntos del reino, preparaba una campaña contra los moros de Granada. El papa había concedido a las ofensivas castellanas en Granada el carácter de cruzada. El infante se había destacado en varias acciones exitosas, tomando plazas de gran importancia. Todo eso había convertido a Pedro en un líder de peso indiscutible. Su sobrino, el heredero Alfonso, aún tenía solo ocho años. El infante Pedro, en fin, estaba alcanzando un protagonismo que empezaba a incomodar a otros magnates. Y sobre todo incomodaba al otro as de esta baraja, al veterano infante Juan, «el de Tarifa». Así que Juan decidió acudir al lado de Pedro: se acercaba ya a los sesenta años, estaba viejo y cansado, pero la ambición podía más. Si Pedro iba a

cubrirse de fama y honor luchando contra los moros, él, Juan, también tenía que estar ahí.

¿Qué estaba maquinando Pedro? Una exhibición de poder: una incursión armada a lo largo de la rica comarca de la Vega de Granada, abundante en botín, que machacara a los sarracenos y llevara a las huestes cristianas a las mismas puertas de la capital nazarí. El infante Juan no quiere perderse semejante aventura. La Vega de Granada era muy rica: habría botín para todos. De manera que Juan, que en ese momento estaba defendiendo la plaza de Baena, deja allí a su hijo Juan el Tuerto, reúne al grueso de su mesnada y marcha al encuentro de Pedro.

Fue realmente una gran campaña. Los ejércitos de Pedro y Juan se concentraron en Alcaudete, Jaén. Allí estaban también los caballeros de Calatrava, Santiago y Alcántara, así como las mesnadas de los arzobispos de Sevilla y Toledo. Dicen las crónicas que eran nueve mil hombres de a caballo y otros varios miles de a pie. Juan marchaba en vanguardia; Pedro, en retaguardia junto con los maestros de las órdenes militares.

La columna avanzó implacable: Alcalá la Real, Moclín, Íllora, Pinos Puente... Por todas partes arrasaban los campos y capturaban el ganado, saqueaban cuanto podían y ponían en fuga a las guarniciones moras. La víspera de San Juan estaban ya en las afueras de la ciudad de Granada. Misión cumplida. Y ahora había que tomar una decisión: seguir avanzando y sacudiendo, cada vez más lejos de la frontera cristiana, o darse por satisfechos con lo obtenido y volver a casa con el cuantioso botín. Pedro quería seguir avanzando; Juan proponía volver. Se impuso la segunda opinión. El 25 de junio, la columna castellana levantó el campo.

Pedro marchaba ahora en vanguardia; Juan, en retaguardia. Pero he aquí que, en un determinado momento, las huestes de Juan empezaron a verse acosadas por destacamentos de la caballería mora que salían de todas partes: los nazaríes del rey Ismail, al ver que los castellanos se retiraban, se habían atrevido a salir de la ciudad y ahora aguijoneaban a la columna cristiana en marcha. El infante Juan aguantó los ataques sin detener su rumbo, pero el acoso crecía a cada hora que pasaba. Tanto crecía que Juan no pudo seguir avanzando. Dispuesto a resistir, alineó a sus hombres y pidió ayuda al infante Pedro. Y entonces ocurrió el desastre.

La vanguardia de Pedro, cargada con su botín, estaba ya a punto de cruzar el río Genil: unos pocos metros más y estarían a salvo de los moros. En ese momento Pedro recibió la petición de socorro del infante Juan. Pedro llamó a sus tropas. Y estas, presas del pánico, desobedecieron: en vez de agruparse para socorrer al infante Juan, huyeron en masa hacia el río tratando de salvar el botín. Pedro, indignado por el comportamiento de sus hombres, se lanzó a caballo en medio de la multitud, espada en mano. Allí, entre la muchedumbre en fuga, cayó muerto a tierra. Así pereció a los veintinueve años, el 25 de junio de 1319, el infante Pedro de Castilla y Molina. Los

moros, que vieron aquello, no tardaron ni un minuto en abalanzarse sobre los cristianos en desbandada. La carnicería fue tremenda: los que pudieron escapar a las cimitarras nazaríes murieron en el río, ahogados por el peso del botín.

La situación no era mejor en la retaguardia, donde el infante Juan trataba inútilmente de aguantar la acometida sarracena. Dice la crónica —la de Alfonso XI, concretamente— que cuando don Juan se enteró de la suerte que había corrido el joven Pedro, se deprimió hasta el punto de que perdió el entendimiento y el habla, y así permaneció, «ni vivo ni muerto», hasta que cayó la noche. Sus hombres lo subieron en un caballo. Ambos, caballo y caballero, se perdieron en la oscuridad por tierras granadinas y nunca más se supo de ellos. Mientras tanto la vanguardia cristiana, con los maestros de las órdenes militares y los obispos de Toledo, Sevilla y Córdoba, lograba organizarse lo mínimo para ponerse a salvo. Consigo portaba, a lomos de un mulo, el cadáver del infante Pedro.

Las consecuencias políticas del desastre de la Vega de Granada fueron amplísimas. Habían muerto los dos hombres más importantes del reino. En consecuencia, todos los nombres subalternos —don Juan Manuel, Juan el Tuerto, Tello de Molina, el infante Felipe, etc.— rompieron a conspirar sin el menor recato. Hubo sublevaciones en toda Castilla y nadie parecía capaz de detener el caos. María de Molina, terriblemente afectada por la muerte de su hijo Pedro, pero no hundida, pidió ayuda al papa, que envió a un cardenal para poner orden. Se llegó a una solución de compromiso: que la tutoría del niño rey Alfonso quedara compartida por los infantes don Juan Manuel y don Felipe y la propia María. Lo último que hizo María de Molina fue llamar a los caballeros del concejo de Valladolid y pedirles bajo juramento que defendieran con su vida al pequeño rey Alfonso. Y hecho esto, expiró el 1 de julio de 1321.

Sin María de Molina en el escenario, todo se vino abajo. El infante don Juan Manuel, el infante Felipe y Juan el Tuerto se quedaban con la custodia del heredero mientras guerreaban entre sí. Fueron años de pesadilla: entre los nobles, en el norte, y los moros en el sur, no hubo paraje de León y de Castilla que no conociera el saqueo. Y así seguirán las cosas hasta 1325, cuando el niño Alfonso, con solo quince años, sea declarado mayor de edad. Será Alfonso XI y pasará a la historia como «el Justiciero». Pronto veremos por qué. Pero ahora cambiemos de escenario.

Los consulados del mar: cuando el Mediterráneo era Aragón

Mientras Castilla y León se debatían en larguísimos conflictos internos, la Corona de Aragón escribía una enorme proeza náutica y comercial. Desde Barcelona, Valencia y Mallorca hasta Rodas, Chipre y Alejandría, centenares de barcos aragoneses cruzaban el mar transportando productos que venían de India o China. Gracias a ese tráfico, que tenía tanto de negocio como de aventura, Aragón se convirtió en un auténtico imperio marítimo. El comercio floreció de manera extraordinaria y decenas de miles de personas vivieron a su sombra.

Podemos comenzar este relato imaginando una escena. Situémonos hacia 1350. Al puerto de Barcelona ha llegado una nao cargada de riquezas: seda, pimienta, algodón, oro, perfumes, papel; quizá, también, esclavos. Productos todos ellos escasos y, por tanto, caros, muy codiciados en las ciudades europeas. Ese barco viene de algún lugar al otro extremo del Mediterráneo, tal vez la isla de Rodas. Allí, un consulado de la Corona de Aragón se ha encargado de organizar el tráfico para comprar productos que vienen de muy lejos: de la Ruta de las Especias, a través del océano Índico, o de la Ruta de la Seda, a través de Persia y las tierras del Gran Mongol. Llegados a casa, los productos de esa expedición serán vendidos a su vez y marcharán a Nápoles, Flandes o Castilla, donde otros mercaderes comprarán lana, trigo, paños... En torno a esa ruta mercantil se construyó uno de los sistemas económicos más pujantes de la Europa medieval.

¿Cómo empezó todo? Aquí hemos visto cómo la Corona de Aragón fue aglutinando todas las tierras del este peninsular reconquistadas a los moros: Aragón, Cataluña, Valencia, Baleares... Y cuando la Reconquista llegó a su límite sur, Aragón se volcó de manera casi natural hacia el mar. La evolución política de la corona había ido poniendo bajo su cetro distintos puntos en el Mediterráneo (el Rosellón, Cerdeña, Córcega, después Sicilia) que configuraban toda una red de intercambios. Creció así una organización espontánea, promovida y protegida por la corona: los mercaderes de Aragón venderán en estos lugares productos manufacturados y a cambio comprarán materias primas. Pronto el sistema empezaría a dar grandes beneficios.

El Mare Nostrum nunca había dejado de albergar un intensísimo tráfico comercial. Los piratas berberiscos hacían de las suyas, pero, en general, era posible mantener rutas mercantiles estables que lo cruzaban en todas direcciones, también hacia el África musulmana. Catalanes, valencianos y mallorquines no tardarán en vivir para la mar. Jaime I el Conquistador había otorgado naturaleza legal al gremio de hombres de mar de Barcelona (una categoría que incluía no solo a los marinos, sino a todos los que vivían del tráfico marítimo) e instituyó un tribunal específico: el Consulado de Mar. Pronto esos consulados se extendieron a Valencia, Mallorca, Perpiñán. Se multiplicaron las corporaciones de mercaderes, se dotaron de órganos propios de gobierno, se designaron cónsules en los distintos puertos...

A finales del siglo XIII, el dominio aragonés sobre el Mediterráneo occidental ya es absoluto. Tanto que el más célebre almirante de la corona, el italiano Roger de Lauria, pudo pronunciar aquella célebre sentencia sobre los peces que llevaban en sus escamas las cuatro barras. Lo dijo en respuesta al emisario del rey de Francia, el conde de Foix:

... Señor, no solo no pienso que galera u otro bajel intente navegar por el mar sin salvoconducto del rey de Aragón, ni tampoco galera o leño, sino que no creo que pez alguno intente alzarse sobre el mar si no lleva un escudo con la enseña del rey de Aragón en la cola, para mostrar el salvoconducto del rey aragonés.

No era una baladronada del almirante. El propio Lauria había derrotado repetidas veces a franceses y napolitanos. Las innovaciones técnicas aplicadas por los barcos de Aragón eran eficacísimas: aquellas naves, dotadas de espolones y grandes ballestas montadas en cubierta, eran invencibles. Porque el comercio, en esa época, no era una tarea pacífica: genoveses y venecianos practicaban guerra de corso como variante de la actividad comercial. Son los mismos años en los que los almogávares de Aragón van a pasar Turquía a sangre y fuego, en socorro del imperio bizantino; un episodio que ya hemos contado aquí. ¿Y no había competencia en el Mediterráneo? Sí, pero Aragón navegaba mejor.

¿Cómo eran aquellos barcos? La nave más común hasta entonces había sido la galera, un barco alargado, propulsado a remo y a vela latina, y que se usaba prácticamente para todo. Pero en esta época, hacia el siglo XIII, se introduce la nao, un barco más grande, de aspecto redondeado, sin remos, con gran capacidad de transporte, timón axial y velas tanto cuadras como latinas. La nao fue una gran innovación técnica. Dos siglos después, será una nao, la *Santa María*, la que encabece el primer viaje a América; este tipo de barco seguirá vivo hasta el siglo XIX.

El control del Mediterráneo va a permitir a los barcos aragoneses transitar por todas las rutas comerciales. En aquella época había cinco grandes rutas. La principal, la llamada de Ultramar, era la de las especias de India y China, que atravesaba Asia Central; la misma que muy poco antes, entre 1271 y 1295, había transitado Marco Polo. Los aragoneses no llegaban a entrar en el continente asiático, porque los mercaderes árabes, que controlaban el área, actuaban como intermediarios y defendían ferozmente ese privilegio. Lo que hacían nuestros barcos era acudir a los puertos de Chipre, Tiro, Damasco y Alejandría, donde había colonias estables de comerciantes aragoneses, y embarcaban el material. La segunda gran ruta era la de Bizancio, que llevaba hasta Constantinopla y Trebisonda. Había una tercera ruta, interior, que conectaba las islas de Mallorca, Sicilia y Cerdeña, y por donde se transportaba sal y trigo. La cuarta ruta surcaba en cabotaje el norte de África: Túnez,

Argel, Trípoli, y llevaba oro y esclavos. Una última ruta, la de Occidente, salía al Atlántico y llegaba hasta Brujas, en Flandes, que era el punto de distribución de los productos orientales al resto de Europa.

Semejante tráfico exigía un enorme esfuerzo político y técnico. Había que atender a la construcción de barcos, la defensa de los puertos, la actividad de los comerciantes, el pago de derechos por mercancías, los seguros sobre productos y sobre naufragios, la seguridad de las rutas, los sueldos de los marineros... A aquella gente le iba literalmente la vida en ello. Las cosas que transportaban eran de un valor enorme: un saco de pimienta de poco más de medio kilo valía tanto como el salario de un trabajador de toda su vida. Un naufragio o un ataque pirata podían hundir en la ruina a un comerciante y a todos los que trabajaban a su alrededor.

Tan frágil estructura requería un altísimo grado de organización y un marco de seguridad jurídica. La organización la pusieron las corporaciones de mercaderes, verdadera clave de bóveda del sistema, que llegaron a ejercer enorme influencia política. Los mercaderes se gobernaban a través de los consejos de la Mercadería, una suerte de democracia mercantil. Y la seguridad jurídica la aportaban los tribunales, los consulados del mar, expertos en la resolución de litigios y que solían estar compuestos por dos cónsules y un juez de apelación. ¿Y sobre qué base juzgaban esos tribunales? Sobre la base de un derecho propio de la mar, y en esto la Corona de Aragón será pionera.

Desde finales del siglo XIII había en Barcelona una normativa concreta para regular la actividad del puerto y del litoral, pero será en Valencia, hacia 1320, donde aparezca la primera compilación de las «costumbres del mar». Esta compilación recoge los usos ya en vigor en el puerto de Barcelona, pero por primera vez los pone por escrito y además amplía su campo de actuación. Así se va construyendo un corpus legal que, además de recoger las costumbres españolas, incorpora también los usos marítimos de Roma y Grecia, de Bizancio y de las ciudades italianas. Eso será el *Libro del Consulado de Mar*, que es una de las grandes aportaciones españolas a la historia del Derecho. Aquel código estaba tan bien hecho que pronto fue adoptado en muchos otros lugares. Fue también uno de los primeros libros que conocieron la imprenta: esta entró en España en 1472 y muy poco después, en 1484, ya se imprimía en Valencia una edición.

En torno a esa actividad aparecen las lonjas, edificios grandiosos como la gótica de Valencia, auténticos palacios y templos del comercio. Una inscripción de la Lonja de Valencia nos da fe del espíritu de aquella gente:

Casa famosa soy en quince años edificada. Compatricios, probad y ved cuán bueno es el comercio que no usa fraude en la palabra, que jura al prójimo y no falta, que no da su dinero con usura. El mercader que vive de este modo rebosará de riquezas y gozará, por último, de la vida eterna.

Pero el sistema no se apoyaba solo sobre la península, sino también sobre los puestos fijos de la corona en tierras extranjeras. Allí funcionaban los cónsules de Ultramar, que, además de sus funciones judiciales, mediaban entre los mercaderes de Aragón y las autoridades del país donde se hallaran, acogían a los viajeros y les facilitaban sus negocios, y también desempeñaban misiones diplomáticas en nombre de la corona. Los consulados de Ultramar se asentaban en el llamado «alfondaco», un conjunto de construcciones diversas (casas, almacenes, baños, horno, taberna, tiendas, capilla) en torno a un patio central. Había alfondacos en los principales puertos del Mediterráneo. Su administración proporcionaba grandes beneficios a los cónsules, que generalmente eran mercaderes: derechos de justicia, de almacenaje, el *consolatge* (una tasa sobre las mercancías desembarcadas y vendidas en el alfondaco), el arrendamiento de tiendas, horno y taberna, etc. Había negocio para todos.

La gran aventura del Mediterráneo oriental se irá apagando poco a poco durante el siglo xv. La expansión turca hará cada vez más difícil la navegación. Cuando caiga Constantinopla, el viejo mundo bizantino quedará cerrado para los cristianos. Después caerá Alejandría y se cegará la salida a la ruta de las especias; es precisamente este cierre del Mediterráneo lo que moverá a los portugueses, primero, y a los españoles después, a buscar caminos alternativos por el Atlántico. La Corona de Aragón, por otro lado, vivirá un periodo de profunda crisis política, económica y social.

Aragón se integrará con Castilla a partir del matrimonio de los Reyes Católicos. Será ya en 1469. Pero eso no apagará la vida comercial del Mediterráneo, al revés: Barcelona y Valencia, los viejos centros de la expansión comercial aragonesa, seguirán manteniendo una intensa actividad. Desde Barcelona se exporta coral, papel, cordelería, vidrio, loza, armas, miel, aceites, azafrán. En Valencia se comerciaba con arroz, vino, aceite, pasas, melazas, dátiles, azúcar, almendras y, sobre todo, seda. Así se prolongó el legado de aquella gran aventura que fue la expansión comercial aragonesa por el Mediterráneo. Un episodio que marcaría el carácter del Levante español y que es parte esencial de la historia común de los españoles.

El rey justiciero que paró a los moros en el río Salado

Y ahora volvamos a Castilla, donde hemos dejado al pequeño rey Alfonso a punto de convertirse en un hombre. Lo primero que hizo el pequeño Alfonso XI al alcanzar la mayoría de edad —quince años tenía— fue ajustar cuentas con los magnates que hasta entonces habían vampirizado los reinos de Castilla y León. Era una forma expeditiva de poner orden para afrontar el gran desafío: detener a los benimerines que de nuevo amenazaban las fronteras cristianas. El nieto de María de Molina quizá no fuera una excelente persona, pero demostró ser un rey más que eficaz. Y una gran batalla, como no podía ser de otro modo, pondrá digno colofón a la aventura.

Recordemos: este Alfonso XI, hijo de Fernando IV, había quedado huérfano con un año de edad. Era 1312. Durante años pelearon por la regencia del reino y la custodia del niño su abuela María de Molina, su madre Constanza de Portugal, su tío Pedro, su tío Felipe, el infante Juan el de Tarifa y el infante don Juan Manuel, entre otros. Años de sangre en Castilla y León. La marcha inexorable de la vida y de la muerte fue clarificando el paisaje. Primero se murió Constanza, después perecieron Pedro y Juan en el desastre de la Vega de Granada y en 1321 fallecía la anciana María de Molina. Quedaban al frente del reino el infante Felipe —tío de Alfonso XI—, Juan el Tuerto —hijo de Juan el de Tarifa— y el infante don Juan Manuel, todos a su vez peleados entre sí. Los dos primeros se las arreglaron para quitarse de en medio al tercero, y no es metáfora: don Juan Manuel sufre un intento de asesinato, escapa y se encierra en su villa de Belmonte; es entonces, por cierto, cuando empieza a dedicarse en serio a la literatura el autor de *El conde Lucanor*.

Muy mal debió de pasarlo en aquellos años el pequeño Alfonso, pelele en manos de los magnates del reino. Pero Alfonso creció, cumplió quince años, fue proclamado mayor de edad y su primera obsesión será resolver viejas querellas. Lo hizo por las bravas: a degüello. En 1326 Juan el Tuerto sufre una emboscada en Toro y es asesinado allí mismo. Lo mataron los hombres del rey. Y hay que suponer que todo el mundo en el reino entendió con claridad el mensaje. El infante Felipe, tío del rey, cesó en sus intrigas y se sometió al pequeño monarca: fue nombrado mayordomo mayor y murió poco después, en abril de 1327, a los treinta y cinco años (no, no fue asesinado: de hecho, tuvo tiempo de dictar testamento). En cuanto al infante Juan Manuel, el pequeño rey optó por el guante de seda y se comprometió a casarse con su hija, Constanza Manuel. Alfonso no tardará en cambiar de opinión: rompió el compromiso con Constanza, la encerró en un castillo y se prometió con una hija del rey de Portugal. Pero el hecho es que así se acabaron los problemas interiores en Castilla y León. Luego vendrían más, pero Alfonso siempre se mostrará igual de expeditivo. Por eso a Alfonso XI se le llamará «el Justiciero».

Se acabaron los problemas interiores, pero no los exteriores, porque en el sur hervía la agitación musulmana. En los años previos, los sarracenos habían

aprovechado el caos castellano para desestabilizar a fondo la frontera. ¿Quién echaba leña al fuego? No tanto el reino moro de Granada como el nuevo poder del norte de África: los benimerines, que desde 1269 tenían vara alta en el Magreb. A los benimerines ya los hemos visto atacando Algeciras, Gibraltar y Tarifa. Su objetivo era mantener el control sobre las dos orillas del estrecho de Gibraltar, para lo cual contaban con el apoyo implícito del reino nazarí de Granada. Los moros de Granada no podían permitirse una guerra permanente y en solitario contra Castilla y Aragón, pero los refuerzos benimerines desequilibraban la balanza. Por fortuna para las armas cristianas, los benimerines debían hacer frente a episódicas revueltas en su propio campo, en los montes del Rif, lo cual les impedía sostener una ofensiva prolongada en España. Pero ahora, a la altura de 1330, el paisaje en Marruecos y en España se iba afilando como la hoja de una espada.

Alfonso XI de Castilla conoce bien las intenciones de los moros. Pero no es el único. En 1329, el rey de Aragón, que también se llama Alfonso (Alfonso IV), ha declarado la cruzada contra el reino de Granada: quiere controlar el sureste de la península para frenar a los piratas berberiscos y asegurar su dominio en el Mediterráneo. Por eso, a la vez que declara la guerra a Granada, trata de firmar treguas con los sultanatos independientes de Bugía y Túnez, en la costa norteafricana. Esa era la situación en el sureste cuando, en el suroeste, los benimerines deciden atacar. Resuelto ya su problema en el Rif, los benimerines buscan apoyo en Granada para lanzarse contra el sur de Andalucía, toman Algeciras y asedian Gibraltar. En pocos meses la frontera está ardiendo de punta a punta.

Alfonso de Castilla reacciona atacando una plaza clave: Teba, al oeste de Málaga, uno de los puntos fuertes de la estructura defensiva de Granada. Era agosto de 1330. Por cierto que en esa batalla combatió con los castellanos un grupo de escoceses. Es una historia curiosa: los escoceses estaban allí de camino a Tierra Santa, adonde llevaban el corazón embalsamado del difunto rey Roberto I (el joven Bruce de la película *Braveheart*). Los escoceses se batieron con bravura. Los mandaba sir James Douglas, el cual, antes de morir en combate, lanzó a los moros el corazón de Roberto I, para cumplir el deseo del monarca de luchar contra el infiel. Hoy existe en Teba un monumento que recuerda ese episodio. El hecho, en todo caso, es que Alfonso de Castilla ganó la batalla y obtuvo un ventajoso acuerdo: Castilla, Aragón y Granada firmaban una paz de cuatro años y los granadinos quedaban obligados a pagarle tributo.

La victoria de Teba pacificó la frontera con Granada, pero quedaba abierto el frente benimerín en Algeciras, y los benimerines no estaban dispuestos a transigir. En 1333 Abu Malik, hijo del califa benimerín, asedia y toma Gibraltar. ¿Por qué ha caído Gibraltar? Entre otras muchas razones, porque el infante Juan Manuel, escocido por el maltrato del rey a su hija, se ha negado a aportar sus tropas. Con Gibraltar en su

poder, el califa benimerín, que se llama Abul Hassan, da la orden de enviar tropas desde Marruecos. Durante meses y meses, el estrecho va a conocer un intenso tráfico de tropas con continuas refriegas navales. La armada castellana intenta bloquear el estrecho, pero todo es inútil: los barcos de Castilla no tienen ni cantidad ni capacidad suficiente para frenar a esta especie de marabunta naval. Así se terminó de completar el paisaje: al acabar la década de 1330, Alfonso XI iba a tener que enfrentarse a la mayor invasión musulmana desde los lejanos tiempos de los almohades.

Lo que el sultán benimerín había preparado era una ofensiva total: cuenta con todas sus fuerzas desembarcadas en España, con la participación plena del reino de Granada, con el concurso de los mudéjares bajo autoridad cristiana —a los que quería sublevar— y con el apoyo naval de importantes centros costeros norteafricanos. El plan, al parecer, era atacar simultáneamente Cádiz y Valencia. Ante la magnitud de la amenaza, los reyes de Castilla y Aragón pactan mutua asistencia. La clave estratégica está en el estrecho de Gibraltar, por donde siguen pasando tropas musulmanas hacia la península. Se impone, por tanto, una acción naval contundente. De momento, los musulmanes intentan varios movimientos tácticos —en busca de víveres— en Lebrija, Jerez, Arcos, Tarifa, Siles... Los castellanos consiguen frenarlos; incluso en Jerez muere Abu Malik, el hijo del sultán. El sultán Abul Hassan envía nuevos refuerzos. Decididamente, es preciso taponar cuanto antes el estrecho.

El almirante de la flota castellana, Alonso Jofre Tenorio, dispone a sus naves para frenar el inminente desembarco sarraceno. Cuenta con el refuerzo de la flota aragonesa al mando del almirante Jofre Gilabert. El plan era bueno, pero todo se torció. Cuando las naves aragonesas llegaron a Algeciras, Gilabert resultó seriamente herido. La flota aragonesa, sin jefe, se desorganizó. Sus barcos se dispersaron. Y en el peor momento, porque el estrecho ya estaba lleno de naves moras. Jofre Tenorio, viéndose solo, optó por una solución a la desesperada: atacar de frente a la flota de los benimerines. Fue un auténtico desastre. Abul Hassan llevaba años preparando esta ofensiva; si algo le sobraba, eran recursos y naves. La flota mora aplastó a los barcos de Castilla. Solo cinco navíos cristianos lograron escapar hacia Cartagena. Jofre Tenorio fue capturado, torturado y decapitado por los moros. El 14 de agosto de 1340, Abul Hassan cruza el estrecho y desembarca en Algeciras. Enseguida se reúne con el rey moro de Granada, Yusuf I, y juntos se dirigen contra Tarifa. Las puertas de la península quedaban abiertas para los sarracenos.

Alfonso XI tuvo que moverse a toda velocidad. Rápidamente pidió ayuda a su suegro el rey de Portugal, Alfonso IV (otro Alfonso). El rey portugués se hizo el remolón, porque el joven rey castellano tenía abandonada a su esposa portuguesa en beneficio de su amante, Leonor de Guzmán. Pero Alfonso XI reptó ante su suegro cuanto fue necesario, y este cedió: el propio rey de Portugal se puso en camino hacia Sevilla con sus mesnadas y envió a aguas de Cádiz una flota al mando del genovés

Manuel Pezagno. Allí los portugueses se fueron reuniendo con las naves supervivientes de la dispersa flota aragonesa y con varios barcos genoveses comprados a toda prisa por Castilla. De hecho, será un genovés quien mande la flota castellana: Egidio Bocanegra. A primeros de octubre de 1340, la flota cristiana lograba cortar la línea de suministro de los moros. Aun así, la situación seguía siendo gravísima: un contingente de al menos 60.000 musulmanes, entre benimerines y granadinos, sitiaba Tarifa y amenazaba con derramarse hacia el oeste, deshaciendo la línea de la Reconquista.

El 29 de octubre hay una trascendental reunión en el campamento de Alfonso XI en la Peña del Ciervo. Allí se decide que Alfonso IV de Portugal ataque a los nazaríes de Yusuf y Alfonso XI haga lo propio contra el contingente benimerín. La batalla se librará en las orillas del río Salado. Con el rey de Portugal forman tropas de Castilla y de León, varios concejos extremeños y los caballeros de las órdenes militares. Con el rey de Castilla se alinean todos sus magnates —también el infante don Juan Manuel—, varios concejos andaluces, las milicias de Zamora y tropas venidas de León, Asturias y las tierras vascas. Alfonso XI se entera de que los moros están desbordando la línea de Tarifa y diseña su estrategia: primero, manda una columna de socorro a Tarifa; acto seguido, avanza en varias direcciones simultáneas para sorprender a los sarracenos. Es la única oportunidad para vencer la desventaja que plantea la superioridad numérica musulmana.

El choque tuvo lugar el 30 de octubre. La estratagema castellana salió bien. Aquel ataque en varias direcciones desorientó a los musulmanes. Y cuando el sultán benimerín trataba de maniobrar para hacer frente al aluvión, se encontró con que también su retaguardia era atacada. ¿Por quién? Por la columna enviada días antes a Tarifa, que reaparecía ahora para sembrar el caos en las filas moras. El sultán Abul Hassan huyó a lomos de una yegua, llegó a Algeciras y acto seguido zarpó hacia Marruecos. Mientras tanto, sus huestes, en desordenada retirada, eran masacradas por las vanguardias de Castilla y Portugal. Así se frustró la mayor invasión musulmana de España desde los lejanos tiempos de los almohades.

Los benimerines seguirían dando guerra, pero nunca más intentaron una invasión. Cuatro años después, Alfonso XI recuperaba además la crucial plaza de Algeciras, y también en aquella ocasión estuvo el ya viejo infante Juan Manuel. La Reconquista no había terminado, pero Castilla podía respirar tranquila. De momento.

Cuarta parte. Aquel horrible siglo XIV

Cuando los papas se hundieron en la miseria

El XIV fue un siglo terrible, lleno de violencia, muerte y caos. Y uno de los asuntos clave en aquel tiempo fue la profunda crisis del papado, que convirtió a la Silla de Pedro en títere de la corona francesa. El mundo medieval era esencialmente un orden cristiano. Nada de lo que sucedía entonces puede entenderse sin ese dato fundamental. Y por eso las convulsiones en el interior del papado alcanzaron unas consecuencias tan vastas que modificaron el mapa europeo por completo.

Lo que llevó al papado a las simas más profundas de la corrupción a partir del siglo XIV fue, como de costumbre, la política. El último papa santo había sido el benedictino Celestino V; tan santo que se marchó de Roma y puso sede en Nápoles, para alejarse de insidias e intrigas. ¿Dónde estaba la clave de la cuestión? En las posesiones territoriales pontificias. En aquel momento el papado era no solo la primera autoridad espiritual de la cristiandad, sino también una potencia política que dominaba el centro de Italia. Pero a mediados del siglo XIII Aragón y Francia —aquí lo hemos visto— entraron en conflicto por el dominio de Sicilia y Nápoles, lo cual puso al papado en un incómodo brete: ¿a quién apoyar? Celestino V no lo tenía nada claro, y esa indecisión exasperó a los cardenales romanos, que veían peligrar sus privilegios. El desenlace fue un auténtico golpe de Estado pontificio que forzó la dimisión de Celestino V y llevó al solio a Bonifacio VIII. Era 1294. La primera decisión de Bonifacio fue encarcelar a Celestino, que murió preso poco después. Y liquidado Celestino, Bonifacio se aplicó a resolver el problema siciliano. Con muy poco acierto.

El papa Bonifacio, aristócrata y jurista, intentó una solución política al viejo estilo: reparto de tronos y componenda entre coronas, lo cual pasaba por forzar a Aragón a renunciar a Sicilia a cambio de Córcega y Cerdeña, y dar Sicilia a los franceses. Así, todos contentos. Pero no quedaron contentos los sicilianos, que se sublevaron en las famosas Vísperas Sicilianas y llamaron en su socorro a los de Aragón. Al final fue un primo del rey de Aragón el que se hizo con Sicilia, y el papa y los franceses se quedaron con un palmo de narices. Bonifacio sufría su primer revés político y Francia empezó a tejer su propia red. Todos los papas siguientes caerían en ella.

La corona francesa tenía un objetivo primordial: echar del continente a los ingleses, que aún ocupaban amplios territorios del suroeste de Francia. Esa guerra costaba mucho más dinero del que ingresaba la corona. ¿Cómo obtener más ingresos? El rey francés Felipe IV el Hermoso —que debería haber pasado a la historia como

Felipe IV el Siniestro— no encontró sistema más directo que obligar a la Iglesia francesa a pagar impuestos. Ahora bien, los poderes políticos no podían implantar tributos sobre la Iglesia sin contar con la autorización de Roma. El papa Bonifacio reaccionó por las bravas y le prohibió expresamente cobrar tasas al clero. El rey Felipe, a su vez, respondió prohibiendo cualquier exportación de productos a Roma. La tensión ya era irreversible. Hubo un principio de acuerdo que quedó frustrado cuando Francia y el papa volvieron a enfrentarse por el nombramiento de un obispo en Pamiers. Felipe IV no quería a ese obispo. El papa Bonifacio mandó una carta al rey. El rey ordenó quemar la carta y en su lugar hizo circular una falsificación en la que el papa aseguraba que el rey de Francia era su súbdito tanto en los asuntos temporales como en los espirituales. El episodio es uno de los más ilustres precedentes de manipulación de la opinión pública. La argucia surtió efecto y generó una inmediata corriente de apoyo al rey frente al papa.

El asunto llegó tan lejos que Bonifacio tuvo que convocar un concilio en Roma. Fue en 1302. Objetivo: definir con claridad las relaciones entre el poder temporal y la Iglesia. De allí salió la bula «Una y santa», que entre otras cosas decía lo siguiente: «Existen dos gobiernos, el espiritual y el temporal, y ambos pertenecen a la Iglesia. El uno está en la mano del Papa y el otro en la mano de los reyes; pero los reyes no pueden hacer uso de él más que por la Iglesia, según la orden y con el permiso del Papa. Si el poder temporal se tuerce, debe ser enderezado por el poder espiritual». Esa era la doctrina oficial de Roma sobre la relación entre el poder político y el espiritual. Y Felipe IV de Francia se subió por las paredes.

El rey de Francia recurrió a los grandes remedios. Convocó una asamblea en París —12 de marzo de 1303—, acusó al papa de herejía y corrupción, decidió procesarle y ordenó su captura. En septiembre de ese año, sicarios del rey de Francia acudieron a Anagni, residencia estival del papa, y apresaron a Bonifacio. En el complot estaban implicados nombres muy significativos del colegio cardenalicio y de las grandes familias italianas. El papa Bonifacio fue humillado, vejado, golpeado... Un levantamiento popular obligó a los franceses a liberar al papa, pero Bonifacio, un anciano de casi setenta años, falleció al mes siguiente. Lo último que hizo en su vida fue fundar la Universidad de La Sapienza.

Muerto Bonifacio, el cónclave de los cardenales eligió papa a uno de los clérigos más próximos al difunto: Benedicto XI, un dominico de sesenta y tres años que intentó hacer las paces con el rey de Francia al tiempo que excomulgaba a los autores del atentado de Anagni. Benedicto era un hombre justo, y seguramente eso causó su muerte: antes de cumplir un año en la Silla de Pedro fue envenenado. ¿Por quién? Al parecer, por los mismos que antes habían apresado y abofeteado a Bonifacio, y muy verosímilmente bajo inspiración directa de Felipe IV de Francia. Lo cierto es que, con el papado nuevamente vacante, el colegio de los cardenales se dividió

dramáticamente en dos: el partido italiano y el partido francés. Y después de casi un año vacío, en junio de 1305 era elegido papa un francés: Bertrand de Got, que escogió el nombre de Clemente V y que, en un rasgo inequívocamente gabacho, decidió coronarse no en Roma, sino en Lyon, en una ceremonia presidida por el rey Felipe.

Con Clemente V el papado dejó de ser independiente para convertirse en títere del rey de Francia. El nuevo pontífice, nada más tomar posesión, nombró nueve cardenales franceses al dictado de Felipe IV. Acto seguido anuló las bulas papales que el rey de Francia consideraba perjudiciales para sus intereses. Inmediatamente después permitió que Felipe aniquilara a los templarios —un terrible episodio que ya hemos contado aquí—. Y en 1309, para rematar los disparates, abandonó Roma e instaló la sede pontificia en la ciudad francesa de Aviñón. Es verdad que Roma se había convertido en un hervidero de intrigas homicidas y que Aviñón, en aquel momento, no era francesa, sino que pertenecía al reino de Nápoles. Pero no es menos cierto que Nápoles estaba bajo soberanía de los Anjou —la propia familia real francesa— y que la huida de Roma significó, en la práctica, la pérdida de toda independencia. En Aviñón estarán los papas hasta 1377.

Como es sabido, el papa Clemente V y el rey Felipe IV el Siniestro murieron ambos en 1314, poco después de que sus intrigas llevaran a la hoguera al maestre templario Jacques de Molay. Al trono francés llegó Felipe V y al papado subió otro francés, Juan XXII (Jacques Dueze), en cuyo nombramiento se reprodujo la misma querrela entre cardenales italianos y franceses. De hecho, Juan XXII fue papa porque el rey de Francia lo impuso. Nada cambió en el paisaje: el papado siguió siendo un títere de Francia y, en consecuencia, sufrió las inevitables consecuencias de los vaivenes políticos. Un áspero conflicto en el Imperio Germánico terminó con Italia invadida por los alemanes de Luis de Baviera y un antipapa nombrado en Roma. El siglo XIV fue terrible en todas partes, y en Italia llegó a niveles de violencia y caos difícilmente igualables.

Y después llegó otro francés, Pierre Roger de Beaufort (Clemente VI), papa entre 1342 y 1352, que encarna como nadie todos los tópicos sobre la corrupción papal en la Baja Edad Media: venal y dado al lujo, se metió en mil cenagales para sufragar sus costosas aficiones; como no se fiaba de los cardenales, se dedicó a crear cardenales entre sus propios parientes, de manera que el colegio cardenalicio era emanación del más puro nepotismo. Fue también el papa de la peste, porque en ese momento se expandió por Europa la peste negra, de la que hemos de hablar más aquí. En su descargo, de Clemente VI hay que decir que protegió a los judíos frente a la ira popular —porque el vulgo les acusó de ser los causantes de la peste— y que fue el mecenas de Petrarca. Algo es algo.

¿Cómo afectaba todo esto al resto de la cristiandad, y en particular a España? En

lo espiritual, muy poco: es verdad que las convulsiones en la cúpula trajeron consigo una mayor inseguridad en la base, pero en el plano estrictamente religioso la Iglesia seguía su camino al margen de las querellas romanas. En lo político, sin embargo, las consecuencias fueron enormes, porque el mapa de Europa cambió, el poder político cobró mayor volumen y el modelo del orden medieval se hundió definitivamente. Pero, curiosamente, fue en Francia donde la nueva situación iba a producir mayores efectos, y todos ellos fuertemente negativos.

En efecto, a partir de este momento el trono de Francia entró en una espiral que iba a conducirlo a las más hondas miserias. El hijo de Felipe IV el Siniestro, Felipe V, fue un legislador eficaz y buen diplomático, pero una feroz disentería se lo llevó tras cinco meses de sufrimientos atroces, sin hijos varones vivos y cuando solo llevaba seis años en el trono. Le sucedió su hermano Carlos IV, que se puso a investigar las finanzas del reino y descubrió que alguien había metido la mano a fondo. Carlos reaccionó colgando a los responsables —reales o supuestos— del desaguado, subiendo impuestos y confiscando posesiones por todas partes.

La expeditiva política de Carlos IV disparó el malestar entre los señores y las ciudades, lo cual a su vez echó leña al fuego del conflicto con Inglaterra. El rey inglés, Eduardo II, estaba casado con una hermana de Carlos de Francia, Isabel. La película *Braveheart* de Mel Gibson nos muestra a Eduardo como a un pusilánime homosexual y a su esposa como a una sacrificada idealista. Y Eduardo era un pusilánime, sí, pero Isabel tenía un carácter como para salir corriendo. Cuando Isabel se hartó de Eduardo, se lió con un noble inglés —Roger Mortimer— y acudió a Francia para pedir ayuda a su hermano, el rey Carlos. Este organizó el apresamiento y posterior asesinato —en términos abominables, por cierto— de Eduardo II. La cosa acabará muy mal, porque Mortimer terminó ahorcado tres años después e Isabel fue confinada de por vida en un monasterio. Y al rey Carlos, en Francia, las cosas no iban a irle mucho mejor.

La gran tragedia de Carlos IV de Francia iba a ser la sucesión. A su primera esposa, Blanca de Borgoña, la repudió por adúltera. La segunda, María de Luxemburgo, murió al volcar su carruaje, y con ella pereció el hijo varón que esperaba. La tercera esposa del rey, Juana de Evreux, le dio dos hijas, pero en Francia las mujeres no podían ocupar el trono. El propio Carlos falleció en 1328, con treinta y cuatro años. Con él se extinguía la dinastía directa de los capetos.

¿Quién ocuparía el trono de Francia? Había dos candidatos: Felipe de Valois, sobrino de Felipe IV, y Eduardo III de Inglaterra, hijo de Isabel y, por tanto, sobrino del rey difunto. ¡Un inglés aspiraba a la corona francesa! Era lo que faltaba para que el conflicto entre Francia e Inglaterra llegara a mayores. A la altura de 1337 comienza la guerra de los Cien Años (ciento dieciséis, para ser precisos) que iba a cubrir Europa de sangre y en la que ninguna potencia europea quedaría al margen. Tampoco

los reinos españoles, porque Castilla, Aragón y Navarra no dejarían de llevar allí sus banderas. Siglo terrible, en efecto, el siglo XIV.

El «primer año malo» de la Corona de Aragón

Los reinos medievales se parecían poco a los Estados modernos. Castilla o Aragón eran realidades políticas claramente definidas, sí, pero de identidad muy conflictiva, porque sobre ellos pesaban varias fuerzas contradictorias: la ambición de la corona de patrimonializar el reino, el deseo de las villas y ciudades de vivir según sus propias leyes, los esfuerzos de los nobles por preservar sus privilegios, etc. Además, las conquistas exteriores o los pactos con otras coronas permitían incorporar territorios que, a su vez, solían disponer de un fuero singular. Todo eso generaba unas entidades políticas muy heterogéneas, sometidas a continuas tensiones, donde los reyes navegaban como podían. Véase el caso de Alfonso IV de Aragón, llamado «el Benigno». Su reinado es un perfecto ejemplo de todos los problemas de un monarca en el siglo XIV.

Alfonso IV llegó al trono aragonés en 1327. La corona de las cuatro barras había protagonizado una expansión prodigiosa en los últimos cien años hasta convertirse en una potencia decisiva en el Mediterráneo. Ahora llegaba el momento de consolidar todo eso en estructuras políticas estables, pero la tarea iba a encontrar resistencias por todas partes. Alfonso, por cierto, fue rey por carambola: el trono iba a ser para su hermano mayor, Jaime, hijo de Jaime II, pero he aquí que este infante Jaime —un tipo complicadísimo— renunció a la corona y terminó ingresando como monjesoldado en la Orden de Montesa. Por eso Alfonso fue rey.

Alfonso venía de cubrirse de gloria en Cerdeña, isla que había sido adjudicada a Aragón cuando el reparto siciliano de Anagni, del que ya hemos hablado aquí. El negocio consistía en que Aragón renunciara a Sicilia a cambio de Córcega y Cerdeña. Eso concedía a Aragón derechos sobre esta última isla, pero no evitaba que hubiera otros aspirantes. ¿Quiénes? Sobre todo, las grandes ciudades comerciales italianas, Pisa y Génova, que estaban creciendo sobre la estela de sus barcos y mantenían en Cerdeña bases estables y abundantes intereses. Aragón tuvo que hacer valer sus derechos a viva fuerza. En 1323, siendo aún infante, Alfonso encabezó la ofensiva sobre la isla: más de un centenar de naves y más de diez mil guerreros se precipitaron sobre las costas sardas. No fue cosa fácil: los de Pisa se hicieron fuertes en Cagliari, capital de la isla, y a Alfonso le hizo falta un año de combates para abrir la lata. Cuando volvió a Barcelona, su primer gesto fue inaugurar la construcción de la catedral de Santa María del Mar. Tres años después, muerto su padre, Alfonso subía al trono.

Aquella aventura de Cerdeña fue un éxito desde el punto de vista militar, pero en lo político y en lo económico añadía nuevos problemas a la corona. Alfonso no dudó en repartir tierras entre la nobleza catalana e implantar allí un sistema feudal que debería haber asegurado el control de la isla, pero, por un lado, los patricios catalanes

actuaron más como depredadores que como administradores y, por otro, Génova y Pisa no dejaron de atizar el malestar para que el dominio aragonés de Cerdeña se convirtiera en un calvario. Ciudades como Sassari o Cagliari (que en catalán se llamaba Cáller) vivían en insurrección permanente. Y para forzar más las cosas, las flotas genovesa y pisana se dedicaron a boicotear las líneas comerciales que abastecían a Cataluña de trigo sardo y siciliano. El bloqueo naval en esa zona del Mediterráneo ocasionó una grave carestía en Barcelona, con la consiguiente fuga de población hacia otras regiones de la corona. Este es el momento en el que la Ciudad Condal empieza a perder su liderazgo económico en beneficio de Valencia.

Todo eso ocurrió en torno a 1333, un año que pasó a las crónicas como «el primer año malo» y que vio, además, un gravísimo problema político en tierras valencianas. Problema tan agudo que vale la pena detenerse en él, porque es muy elocuente sobre los problemas de organización de los Estados medievales. Desde los tiempos de la reconquista, Valencia gozaba del estatuto de reino singular, es decir, sujeto a la Corona de Aragón, pero con personalidad política y jurídica distinta al reino privativo de Aragón —que comprendía las tierras estrictamente aragonesas— y al condado de Barcelona. Para subrayar esa singularidad había incluso unos fueros propiamente valencianos. Sin embargo, al mismo tiempo los reyes habían repartido tierras valencianas entre nobles de Aragón que se regían por su propio fuero, distinto del de Valencia. De manera que en el reino de Valencia había dos ordenamientos legales distintos, ambos igualmente válidos, y cada uno de ellos representaba, en la práctica, un sistema distinto de poder. Los conflictos eran continuos.

Para solucionar esas disfunciones, Alfonso IV se propuso reformar los fueros de Valencia. ¿Cómo? La orientación general fue favorecer a los señores en perjuicio de las ciudades. De esta manera se conseguía que los nobles, que en principio eran los más refractarios a abandonar el viejo fuero aragonés, aceptaran el nuevo sistema. Ahora bien, este no era el único problema que se le planteaba al rey en Valencia. Y el más serio de todos lo creó el propio Alfonso con su política familiar.

Veamos: Alfonso IV se había casado en 1329, en segundas nupcias, con Leonor de Castilla y Portugal, hija del rey castellano Fernando IV. Esta Leonor había sido destinada desde niña a servir de prenda de la alianza entre Castilla y Aragón. A los cuatro años fue prometida al infante Jaime, heredero de la corona aragonesa. Pero este infante Jaime, como ya ha quedado dicho, era un tipo complicadísimo: nunca aceptó aquel matrimonio y decidió tomar los hábitos, primero en la Orden de San Juan y después en la de Montesa. El rey de Aragón, Jaime II, tuvo que echar mano de toda su capacidad de persuasión para que los castellanos no se sintieran ofendidos por esta deserción. Y entre las prendas del negocio estuvo, una vez más, Leonor, que terminó casándose con el nuevo heredero, Alfonso IV. Alfonso había tenido en su anterior matrimonio con Teresa de Entenza siete hijos, de los que solo dos varones

llegaron a la edad adulta: Pedro y Jaime. Su segunda esposa, la castellana Leonor, iba a darle otros dos varones recios y de buena salud: Fernando y Juan. No hay que ser un lince para deducir que toda esa descendencia masculina iba a crear problemas a la hora de la sucesión.

Lo que hizo Alfonso, muy verosímilmente por presión de Leonor, fue atribuir a sus dos últimos hijos numerosas tierras en Valencia, en las áreas fronterizas de la corona. Los hijos de la castellana no podían heredar el trono, que por derecho correspondía al primogénito Pedro, así que Leonor se las arregló para que el rey otorgara al infante Fernando un amplio señorío con jurisdicción propia, es decir, no dependiente del rey ni de sus sucesores. Ese señorío incluía las villas de Játiva, Alcira, Sagunto, Alicante, Morella, Castellón y Burriana, o sea un ramillete de plazas entre las más apetitosas del reino de Valencia. Pero la generosidad de Alfonso como padre no fue nada bien recibida por el heredero Pedro, que veía cómo le birlaban un trozo de la herencia, ni por los nobles de Aragón, que temían una fragmentación de la corona, ni por los patricios valencianos, porque ese reparto venía a contravenir los compromisos adquiridos por el propio Alfonso ante las Cortes. Todo el mundo se puso de uñas. Y las cosas estallaron en el fatídico 1333, aquel «primer año malo».

Aquí hay que hablar de un personaje central que se convirtió en portavoz de los descontentos: Francisco de Vinatea, un caballero valenciano, hijo de la nobleza militar, que en este momento de nuestra historia, ya con sesenta años, era primer jurado de la ciudad de Valencia. Dice la crónica —concretamente, la de Pedro IV el Ceremonioso— que Vinatea recibió a las villas de Valencia, estas le expusieron sus quejas y el caballero contestó así: «Yo me aventuraré a plantear la cuestión ante el Rey y no rogaré por mi vida y si me mata el Rey, moriré por lealtad, por lo que si yo me aventuro, vosotros, los demás jurados, bien podéis acompañarme». Vinatea acudió a ver al rey, le explicó que las villas no consentirían las donaciones que Alfonso IV quería hacer a sus hijos y añadió: «No cambiaremos de opinión, aunque me separe la cabeza del cuello, o nos mate a todos, y os prometo señor que si nos morimos no escapará ninguno de estos que son aquí, todos morirán a espada y vos señor y la reina y el infante don Fernando». Persuasivo, Vinatea.

La crónica aragonesa se demora en explicar que Alfonso accedió a la petición de los valencianos porque en Aragón, al contrario que en Castilla, «nuestro pueblo es libre». La verdad es que los fueros castellanos eran, con frecuencia, más ventajosos que los aragoneses, pero el hecho, en todo caso, es que Alfonso IV revocó su decisión. El intento del monarca de patrimonializar las tierras de la corona —una tentación política permanente a lo largo de toda la Edad Media— quedaba frustrado en Valencia como antes había quedado frustrado en Castilla. ¿Y así todos contentos? No, porque la reina Leonor y sus dos hijos, Fernando y Juan, quedaban en una posición francamente desairada. De aquí nacerán problemas que iban a terminar de la

peor manera posible, pero ya llegaremos a eso.

Se entenderá que, metido en todos estos enjuagues, a Alfonso IV de Aragón le quedó muy poco tiempo para afrontar la tarea que él más deseaba, a saber, la lucha contra el musulmán y la reconquista de tierras al sur de Valencia. En esto Aragón y Castilla iban de la mano, pero cada corona tenía su propia política, y no siempre pasaba por los mismos caminos. Así, mientras Castilla buscaba el vasallaje de Granada para calmar ese frente y poder concentrar todos sus esfuerzos sobre los benimerines del norte de Marruecos, Aragón buscaba pacificar las cosas con las plazas norteafricanas —especialmente las ciudades marineras de Argelia y Túnez— y enfocaba sus ambiciones sobre la frontera de Granada.

Alfonso IV atacó Granada en 1329, pero el reino nazarí acababa de firmar una tregua con Castilla, de modo que no hubo respaldo castellano para aquella empresa; sin ese apoyo, los sarracenos de Granada pudieron detener sin problemas la ofensiva aragonesa y, aún más, contraatacaron en Elche y Orihuela poniendo a Alfonso en un serio apuro. El rey de Aragón volvió a la carga en 1333 sobre Almería, pero de nuevo falló: ya hemos visto que en aquel «primer año malo» los genoveses y los pisanos habían bloqueado Barcelona por mar y los esfuerzos aragoneses estaban puestos sobre todo en Cerdeña. Alfonso tuvo que resignarse a una paz de compromiso con Granada en 1335. Meses después conseguía pacificar Cerdeña, pero sería por poco tiempo.

Alfonso IV el Benigno enfermó gravemente en el otoño de 1335. La reina Leonor, viéndose sola y perdida, huyó a Castilla. Justo a tiempo, porque el rey fallecía en enero de 1336, con treinta y siete años de edad. Le sucedió en el trono su primogénito Pedro IV, llamado «el Ceremonioso». Alfonso dejaba a sus espaldas un mapa bastante poco envidiable: carestía en Cataluña, nobles a la gresca en Valencia y Aragón, rescoldos de incendio en Cerdeña que no tardarían en volver a prender, dos infantes fugitivos... Y aún tenían que llegar tiempos peores.

Algeciras: el asedio más largo de la Reconquista

En la Reconquista hubo tremendas batallas de asedio, pero tal vez ninguna como la de Algeciras: durante veinte meses Alfonso XI de Castilla acosó la capital de los benimerines en España. Fue entre 1342 y 1344. Alfonso acababa de derrotar a los benimerines en el río Salado. Tomar Algeciras era decisivo para controlar el estrecho de Gibraltar. Toda la cristiandad europea echó una mano. Veamos cómo se hacía un asedio en el siglo XIV.

Reconstruyamos el mapa. Los castellanos han reconquistado el valle del Guadalquivir hasta Huelva y Cádiz, los portugueses han liberado por completo su territorio, los aragoneses han llegado hasta Murcia y acosan Almería. El poder islámico en la península se reduce al reino de Granada, que sin embargo no es poca cosa: las actuales provincias de Granada, Málaga y Almería, más parte de Jaén, Sevilla, Murcia, Córdoba y Cádiz. El reino de Granada está gobernado por una casta andalusí de origen árabe, los nazaríes. Pero los nazaríes no están solos: cuentan con el apoyo, al otro lado del mar, del reino marroquí de los benimerines. Para soldar esa alianza, Granada entrega a los benimerines el reino de Algeciras y Ronda, una suculenta franja desde las sierras de Málaga hasta Gibraltar. Este reino benimerín protege el flanco occidental de Granada y es la puerta de los norteafricanos en la península. Este será el escenario de la nueva campaña.

Después de su victoria en el río Salado, en 1340, Alfonso XI se apresura a explotar su éxito y toma Alcalá la Real, Priego, Carcabuey, Rute y Villamartín. Una presión general en toda la frontera comprime a los benimerines y los empuja hacia el sur. ¿Y qué hay en el sur? Algeciras. Mientras las huestes castellanas desmantelan la línea benimerín en tierra, en la bahía de Getares se va reuniendo una gran flota cristiana. No están solo los barcos de Castilla, sino también los genoveses de Egidio Boccanegra, los de Aragón al mando de don Pedro de Moncada y las naves portuguesas del almirante Carlos Pezano. Es una movilización de enorme alcance. Los reyes de Inglaterra y Francia apoyan la empresa. De Europa empiezan a llegar cruzados. Pronto surge un problema elemental: no hay dinero para pagar todo eso. El rey echa mano del recurso habitual y las Cortes aprueban en Burgos implantar la alcabala, un impuesto sobre las compras y ventas en el territorio de la corona. Como el IVA.

Todo lo que pasa a partir de este momento es un perfecto manual sobre cómo se hacía un asedio en la Edad Media. Alfonso XI ordena a su flota que bloquee Algeciras para evitar que a la ciudad lleguen socorros por mar. Al mismo tiempo, da instrucciones a sus tropas de vanguardia —los almogávares, que no eran una fuerza exclusiva de Aragón— para que hagan incursiones en terreno enemigo, capturen prisioneros y recaben cuanta información puedan sobre la situación de la ciudad:

número de defensores, puntos vulnerables, estado de las murallas, cuantía de los víveres, etc. Con esa información en la mano, el rey dispone vías de comunicación para trasladar al grueso de sus tropas, que aguardaba en Jerez. Sobre el río Barbate se construyen dos puentes; por ahí pasarán las tropas. Una cadena de barcazas en el Guadalete asegurará su avituallamiento.

Alfonso XI sale de Jerez el 25 de julio de 1342. Con él marchan los primeros nombres del reino: los maestros de las órdenes de Santiago, Calatrava y San Juan, los grandes nobles, el arzobispo de Toledo, el obispo de Cádiz y los concejos de las principales ciudades andaluzas —Córdoba, Sevilla, Jaén, Jerez, etc.—, con sus respectivas mesnadas. En total, 4.000 soldados de a pie y 1.600 de a caballo. A primeros de agosto, el rey planta su cuartel general en lo que hoy se conoce como Torre de los Adalides, al norte de Algeciras. Desde allí tiene una visión completa de su objetivo. La Algeciras de aquel tiempo estaba compuesta por dos núcleos: al norte, la Villa Vieja, una aglomeración protegida por muros, fosos y torres; al sur, la Villa Nueva, reconstruida sobre las ruinas de la vieja ciudad romana, asentada en una escarpada meseta donde ahora se concentraban las tropas moras. En el interior, nada menos que 30.000 habitantes; entre ellos, unos 13.000 soldados. Una pieza difícil.

El propósito de los sitiadores es que Algeciras caiga por hambre, como en todo asedio. Los castellanos sitúan puestos avanzados en lugares estratégicos para que nadie entre ni salga: es un auténtico tapón. Los benimerines, por su parte, lanzan ataques tratando de dismantelar el tapón; son las primeras escaramuzas, que ocasionan cuantiosas bajas. Los castellanos logran colocar un destacamento en la Torre Cartagena, en Carteia, donde hoy está San Roque, y cortan la comunicación de Algeciras con Gibraltar. A primeros de septiembre, sin embargo, el frente cristiano sufre un revés: Aragón se ve envuelto en una guerra en Mallorca y sus naves han de abandonar el cerco. Alfonso XI tiene que improvisar y coloca nuevas máquinas de asedio en la muralla oeste, donde la ciudad se abre al camino gibraltareño. Nuevas escaramuzas. También nuevas bajas; entre ellas, el maestro de la Orden de Santiago. Las máquinas de guerra castellanas machacan con grandes piedras a los sitiados; estos responden con un uso masivo de sus balistas, una especie de ballesta gigante que arroja gruesos dardos y otros proyectiles. Las huestes cristianas se van aproximando a los muros a través de galerías cubiertas y torres móviles. Los benimerines, por su parte, empiezan a usar un arma nunca antes vista en España: los «truenos», artefactos pirotécnicos que escupen pesadas bolas de hierro propulsadas con pólvora. Había aparecido la artillería.

En un asedio, la capacidad logística es decisiva: ganará quien sea capaz de asegurarse durante más tiempo el aprovisionamiento, resistiendo el desgaste de los días y los mil imprevistos de la batalla. En octubre, un gran temporal inunda el campamento cristiano; los benimerines aprovechan el caos y atacan causando graves

daños. Pero Alfonso XI está decidido a mantenerse en el campo: el arzobispo de Toledo y el prior de San Juan viajan a Europa para recabar apoyo del rey de Francia y del papa. El uno prestará 50.000 florines, 20.000 el otro. El propio rey Alfonso ordenará fundir sus joyas de plata. En diciembre de 1342 llegan refuerzos cristianos: son las milicias de los concejos de Castilla y Extremadura. Pronto aparecen también las mesnadas de don Juan Núñez de Lara y del ya anciano infante don Juan Manuel. Además retorna la escuadra aragonesa, esta vez al mando de Mateo Mercer. Por si faltaba algo, los cristianos emplazan una barrera marítima: gruesos troncos sujetos con cadenas flotan en la bahía y cierran el paso a cualquier embarcación. El cerco vuelve a estrecharse. Justo a tiempo, porque Granada prepara una expedición de socorro.

A la altura de mayo de 1343, Algeciras se ha convertido ya en uno de los principales campos de batalla de Europa. Un fuerte ejército nazarí ha llegado desde Granada. No puede entrar en la ciudad, pero toma posiciones en el río Palmones y amenaza a los sitiadores. Ahora bien, al mismo tiempo aparecen en el campo cristiano más cruzados europeos: los nombres más granados de la caballería de Alemania, Inglaterra y Francia. También ha acudido nada menos que el rey de Navarra, Felipe III, con abundancia de hombres y víveres. No hay grandes batallas campales: la mecánica sigue siendo la del asedio, el desgaste y la ocasional escaramuza. En uno de esos choques muere el rey de Navarra, cruzado cabal.

Los benimerines entienden que han de jugarse el todo por el todo. El sultán de Marruecos, Abu al-Hassan Alí, concentra una gran flota en Ceuta. Objetivo: romper el cerco naval de Algeciras y desembarcar con un numeroso ejército. Aragón manda refuerzos: diez galeras al mando del valenciano Jaime Escribano. En octubre de 1343 la flota marroquí zarpa desde Ceuta. Las almenaras prenden los fuegos de alarma y los barcos cristianos cierran la bahía de Algeciras. Pero las naves de la media luna no atacan Algeciras, sino que se agrupan en Gibraltar. Las flotas mora y cristiana quedan una frente a otra. En tal situación, solo cabe prever una gigantesca batalla naval. Y precisamente en ese momento, los genoveses se rilan: dicen que si no se les paga lo que se les adeuda, abandonarán el campo. Todo el mundo sabía que las relaciones entre los genoveses y los benimerines distaban de ser hostiles; perfectamente podían cambiar de bando. Alfonso XI tiene que tragarse el sapo, apretar los dientes y pagar.

Mientras Alfonso de Castilla cedía a la extorsión genovesa, los barcos de Marruecos soltaban en Gibraltar un grueso contingente de 40.000 peones y 12.000 jinetes. Esa fuerza, sumada a la de los nazaríes ya presentes en el campo de batalla, al otro lado del río Palmones, representaba una amenaza decisiva. Además, se anunciaba la llegada de nuevos refuerzos moros de Granada. Disyuntiva del rey Alfonso: ¿atacar a los marroquíes, atacar a los granadinos o esperar a que ambos contingentes se reunieran para atacar a ambos a la vez? Alfonso XI no podía

permitirse dividir sus tropas ni distraerlas del cerco, de manera que decidió esperar y ver. Y después de mes y medio de sitio, todo iba a precipitarse en un rápido desenlace.

Ocurrió el 12 de diciembre de 1343. Ese día la presión cristiana sobre los muros de Algeciras fue singularmente fuerte. Las armas castellanas lograron abrir brecha en las murallas. No lo suficiente para entrar en la ciudad, pero sí para que los sitiados se vieran perdidos. Los de Algeciras, temiendo un asalto inminente, hicieron señales a los ejércitos de Granada y Gibraltar. Pero estos, al ver las señales, interpretaron que el asalto cristiano había comenzado ya, de manera que ordenaron reunir a todas sus tropas —a los nazaríes de Granada y a los benimerines que venían de Gibraltar— en sus posiciones del río Palmones. Grave error: el grueso de la fuerza cristiana no estaba entrando en Algeciras, sino que permanecía apostado en la Torre de los Adalides. El rey de Castilla vio la maniobra mora y reaccionó con rapidez: lanzó a su ejército contra los moros que intentaban pasar el río. Era la primera gran batalla campal del cerco. Iba a ser la batalla decisiva.

Lo que pasó fue que los nazaríes y los benimerines, incapaces de reorganizarse en el trance de vadear el Palmones, flaquearon ante el ataque cristiano; los jinetes sarracenos cayeron bajo las flechas enemigas y los peones huyeron en desbandada. Los guerreros castellanos persiguieron a los fugitivos. El mando sarraceno ordenó reagruparse en Gibraltar, pero ya era demasiado tarde: los nazaríes volvieron como pudieron a su campamento, acosados sin tregua por los cristianos, y los benimerines se desperdigaron por las colinas cercanas, donde se convirtieron en blanco fácil de sus perseguidores. Tan larga partida se resolvía en una jornada. Perdió el primero que cometió un error. Y fue el moro.

Alfonso XI no disponía de tropas suficientes para completar su victoria con una ofensiva general, así que resolvió mantener el sitio: ahora, con los refuerzos moros derrotados, la ciudad enteramente aislada y sus defensas hechas trizas, Algeciras forzosamente tenía que caer. Y así ocurrió. A primeros de marzo, el rey de Granada envía un emisario al campamento castellano: entregará Algeciras con la condición de que se deje salir a sus habitantes con sus pertenencias. Granada pedía una tregua de quince años y en prenda pagaría a Castilla un tributo anual de 12.000 doblas de oro (cada dobla pesaba 4,6 gramos). Alfonso aceptó, pero redujo la duración de la tregua a diez años. El 26 de marzo de 1344, los moros de Algeciras abandonaban la ciudad. El 28 se celebraba misa en la mezquita, convertida en catedral. Después de veinte meses de asedio, Algeciras ya era cristiana.

Terminada la guerra, llegaba el momento de la política. Alfonso XI organizó la repoblación de la ciudad y promovió la llegada de colonos repartiendo tierras y concediendo derechos a los nuevos habitantes. La vieja mezquita fue cristianada como catedral de Santa María de la Palma. La diócesis de Cádiz pasó a llamarse de

Cádiz y Algeciras. Aquella conquista había dado a Castilla una baza estratégica fundamental: el control del estrecho de Gibraltar. El reino benimerín en España quedaba reducido a su mínima expresión. Para completar su desmantelamiento solo quedaba, precisamente, el peñón de Gibraltar, que seguía en manos sarracenas. Ahí puso sus ojos Alfonso XI.

A la altura de 1350, Alfonso XI de Castilla, treinta y ocho años, se dispuso a ejecutar en Gibraltar lo mismo que había conseguido en Algeciras: un asedio decisivo. Aún contaba con el apoyo naval de Aragón y Génova. Además, la tregua con Granada seguía en vigor, de manera que los benimerines estarían solos. En términos militares, la victoria era segura. Sin embargo, la última palabra no la tendrían las armas, sino los virus: en marzo de 1350, con el asedio recién establecido, una letal epidemia se declaró en la región. Tanto los cristianos como los musulmanes sufrieron sus violentos efectos. El propio rey Alfonso moría en aquel mismo mes de marzo, dejando tras de sí un complejo paisaje político. Aquella epidemia letal era la peste negra, la misma a la que acabamos de ver sembrando el terror en Italia, la misma que estaba causando estragos en toda Europa. La peste iba a ser la gran protagonista del siglo XIV. Hora es ya de ocuparse de ella.

La peste negra: el cuarto jinete del Apocalipsis

Veinticinco millones de muertos, nada menos: ese es el balance aproximado de la terrible peste negra que asoló Europa a mediados del siglo XIV. En aquella época nadie sabía qué era un virus o una bacteria. Cuando alguna enfermedad nueva llegaba, su propagación era letal. La plaga adquiría dimensiones apocalípticas y realmente no quedaba otra salida que huir y rezar. En torno a una cuarta parte de la población de Europa —y es el cálculo más restrictivo— pereció en esos años, entre 1348 y 1350. En los reinos españoles la peste causó estragos, especialmente en Aragón. Pero todo había empezado muy lejos de aquí.

A la altura de 1347, la ciudad costera de Caffa o Teodosia, en la península de Crimea, era uno de los principales centros comerciales del Mediterráneo oriental. Caffa era plaza genovesa: una de las puertas de Génova hacia los mercados asiáticos. Venecia, rival de Génova, codiciaba Caffa, pero ¿cómo apoderarse de ella? La respuesta vino en forma de alianza: las hordas tártaras que asolaban la región harían el trabajo. Los tártaros venían acosando Caffa desde 1340, atraídos por sus riquezas. En 1346, con el oro veneciano sufragando la operación, el acoso se convirtió en un asedio en toda regla: los tártaros de Mongolia pusieron sitio a la plaza. Pero con las caravanas de guerreros mongoles venía un visitante inadvertido: un agente invisible que hacía enfermar a los hombres y los mataba en pocos días. Los tártaros, dispuestos a sembrar Caffa de terror, no dudaron en utilizar los cadáveres de sus propios guerreros muertos como proyectiles de sus catapultas: durante días, las víctimas de aquel extraño mal volaron sobre los muros para despanzurrarse contra las calles de la ciudad.

Algunos comerciantes genoveses sitiados en Caffa pudieron eludir el cerco: lograron fletar barcos y huir a Italia. Cuando el sitio concluyó —entre otras cosas, por la enorme mortandad—, aún fue mayor el número de fugitivos. Y todos ellos llevaban consigo, invisible en sus cuerpos, al maléfico agente. Muchos barcos llegaban a puerto sin nadie vivo a bordo. Pronto la muerte se extendió por los puertos italianos. Arraigó en Génova, Venecia, Mesina, Nápoles... Era sin duda la peste. En aquel momento Nápoles había entrado en guerra con Hungría: la enfermedad diezmó a los combatientes antes incluso de entrar en batalla. Los húngaros regresaron a su tierra y consigo viajaba el mal. La esposa del rey Luis de Hungría, Margarita de Luxemburgo, se contaba entre los muertos. La peste atravesó los Alpes con los húngaros y se propagó en todas direcciones: Alemania, Escandinavia, Rusia... Al mismo tiempo, los barcos que viajaban desde el Mediterráneo hacia el Atlántico transportaban la enfermedad letal. Enseguida la muerte llegó a Francia, Inglaterra, Bretaña... y a España.

La peste no era una desconocida para los europeos del siglo XIV: los sabios de la

época guardaban en la memoria el terrible precedente de la llamada «peste de Justiniano», que sembró de muerte el Mediterráneo en el siglo VI, y sobre la que el médico bizantino Procopio había escrito con todo detalle. *Peste* es una palabra latina que se usaba para definir todo género de enfermedades contagiosas y epidémicas. La ciencia medieval no tenía instrumentos para identificar la causa del mal, pero conocía sus síntomas y sus efectos. Por eso se supo enseguida que a Europa había llegado la peste. Más precisamente: la peste negra, así llamada por el intenso color azulado que cobraba la piel de los muertos.

La enfermedad alcanzó los reinos españoles a través del mar. A finales de marzo de 1348 muere en Alcudia, Mallorca, un tal Guillem Brassà. Es la primera víctima con nombre conocido; enseguida vendrán miles. Entre finales de abril y primeros de mayo el mal empieza a causar estragos en Tarragona y Barcelona. Tardará pocos días en aparecer en Valencia y en Almería. En esta última ciudad, un notable médico musulmán de aquel tiempo, Abenjátima, consigna las primeras muertes en el mes de mayo. Precisamente a la peste dedicará Abenjátima su obra más importante: *Aclaración de la enfermedad de la peste*, donde por primera vez se alude a «organismos minúsculos» como causantes del desastre.

Desde Almería la peste se extendió por todo el reino de Granada. Al mismo tiempo empezaba a penetrar en el interior de Aragón: Lérida y Huesca en septiembre de 1348, Zaragoza en octubre... Aquí, en Zaragoza, estaban reunidas las Cortes de Aragón bajo la presidencia del rey Pedro IV el Ceremonioso, y sabemos que la peste estalló en ese preciso instante porque así lo consignaron los escribanos de la corona: «Estant en los tractaments de les dites corts comenya la gran mortaldat», dice la crónica del Ceremonioso. Empezaba el mes de octubre de 1348 y la plaga se había enseñoreado ya de la provincia de Teruel. Inmediatamente pasará también al reino de Navarra. Todas las vías de comunicación se convierten en autopistas para la peste. El Camino de Santiago la propaga por Asturias, León, Galicia y el norte de Portugal. Pronto se extenderá a Castilla.

Los efectos del mal son difícilmente imaginables para una mentalidad del siglo XXI, pero bastan unos pocos datos para entender lo duro que fue aquello. En el sur de Francia los muertos eran tantos que resultaba imposible enterrarlos; las autoridades optaron por arrojar los cadáveres al Ródano, lo cual movió al papa Clemente V a consagrar el río. En la plana de Vic, en Cataluña, desaparecieron ¡dos tercios de la población! En Teruel, un tercio. En Mallorca murió una cuarta parte de los habitantes, especialmente en los núcleos rurales. En Estella, Navarra, la población descendió de manera brutal: los que no murieron, abandonaron la ciudad. Numerosas tierras quedaron vacías en toda la península. En Portugal consta documentalmente que se vaciaron Ponte de Lima, Santar, Vale de Lobo y Ferreira, entre otros núcleos. En Cataluña quedaron súbitamente despobladas extensísimas áreas de cultivo. Lo mismo

pasó en toda la cuenca del Duero, en Castilla. Grandes masas de población rural emigraron a las ciudades. Y aquí, en las ciudades, la gente sobrevivía como podía al mal, acentuado involuntariamente por los refugiados del campo.

Semejante pandemia causó, como no podía ser de otro modo, intensas convulsiones sociales. En numerosos lugares de Europa el populacho echó la culpa a los judíos; como estos vivían en sus propios barrios específicos, con menor contacto con el exterior, la enfermedad tardó más en alcanzarles, y eso les hizo sospechosos. Tan acre debió de ser la persecución que el papa Clemente —lo hemos visto páginas atrás— dictó orden expresa de proteger a los judíos. Pero también entre estos hubo abundantes bajas: consta que en el verano de 1349 murieron por la peste varios judíos de Toledo. En la lápida del toledano David ben Josef aben Nahmias se lee: «Sucumbió de la peste, que sobrevino con impetuosa borrasca y violenta tempestad». Mientras tanto el mal seguía extendiéndose en todas direcciones. Hacia 1350 ha pasado ya a África y Asia. Se calcula que en estos dos continentes la peste causó entre treinta y cuarenta millones de muertos. En el camino hacia África, la peste se entretuvo en el campo de Gibraltar: tan fuertemente sacudió a la zona que hizo estragos entre las tropas castellanas que asediaban el peñón. Allí murió el rey de Castilla Alfonso XI, verosíblemente por la misma causa que iba a costar la vida de otros veinticinco millones de europeos en aquellos terribles años.

Hoy sabemos exactamente lo que ocurrió. La peste negra es en realidad la «peste bubónica», que se llama así por los bubones que desarrolla el paciente, es decir, la inflamación de los ganglios linfáticos. Lo que causa la enfermedad es una bacteria, *yersinia pestis*, que afecta a los animales, sobre todo a los roedores, y de manera muy violenta a los humanos. La peste presenta tres formas: la bubónica solo es una de ellas; las otras dos son la peste septicémica, que invade el torrente sanguíneo y mata en pocos días, y la peste pulmonar, que afecta a todo el pulmón y se contagia por vía aérea. ¿Cómo se transmite? De diferentes formas: por la picadura de las pulgas de las ratas, por las heces de los roedores, y también por vía aeróbica en el caso de la peste pulmonar. Lo que pasó en el siglo XIV fue que las ratas negras de Mongolia expandieron el mal entre los tártaros y estos lo trasladaron a Crimea cuando el asedio de Caffa. Allí la bacteria se extendió masivamente entre sitiados y sitiadores. Cuando los refugiados huyeron a Italia, la bacteria vino con ellos, tanto en sus cuerpos como en las ratas de los barcos.

Ratas y hombres, al mismo tiempo, propagaron la peste por toda Europa. En las zonas rurales, donde las ratas circulaban con más libertad, la incidencia de la peste fue especialmente dura. Se cree que en la extensión de la bacteria debió de influir la malnutrición: en las décadas anteriores Europa había conocido un fuerte aumento de la población sin que al mismo tiempo hubiera un alza en la producción de alimentos. Esto condujo a una notable escasez y a situaciones de hambre en numerosas áreas de

cultivos poco rentables. La malnutrición acarrió a su vez una pérdida de defensas naturales en el organismo, lo cual facilitó la multiplicación de los contagios. No hubo manera de frenar la catástrofe. La medicina de la época solo podía combatir la peste de una manera: con el aislamiento de los vivos y la incineración o inmersión de los muertos. El aislamiento inspiró una de las grandes obras de la literatura bajomedieval: el *Decamerón* de Boccaccio, escritor cuyo padre había muerto de peste en Florencia. Aún faltaban varios siglos para que la ciencia confirmara la intuición del almeriense Abenjátima: la existencia de aquellos «minúsculos organismos» que hoy llamamos bacilos.

La peste negra tuvo enormes consecuencias sociales. De hecho, influyó en el desmantelamiento del orden feudal, porque muchas tierras quedaron vacías y los lazos que vinculaban a los campesinos con sus señores se deshicieron. Como consecuencia, la producción agraria descendió de manera drástica. En áreas como el norte de Italia, especialmente castigadas por la peste, se calcula que la producción agrícola bajó nada menos que un 40 por ciento. Por el contrario, las ciudades conocieron una afluencia de habitantes como nunca antes habían vivido. La mayor parte de ellos eran refugiados que, expulsados de sus tierras por la enfermedad, vagaban sin oficio ni beneficio. No debió de ser nada fácil organizar todo aquello.

Un día la peste se marchó. Igual de inadvertidamente que había llegado. Dejaba tras de sí un balance de mortandad masiva y un mapa social muy diferente, preparado para sufrir cambios traumáticos. Todo eso influiría en los acontecimientos que a partir de ese momento iban a vivir los reinos españoles, envascados en querellas internas que con frecuencia serían singularmente sangrientas. Pronto vamos a ver al rey de Aragón persiguiendo a muerte a sus hermanastros y a los herederos de Castilla peleando en batalla campal. Y esto solo será el principio.

Los jauntxos: la primera guerra civil entre vascos

La peste fue solo uno de los males de aquel horrible siglo XIV. Otro fue la violencia, que sacudió con una intensidad raras veces vista antes. Buen ejemplo es la guerra de los jauntxos, uno de los episodios menos conocidos de la historia de España. En algún momento entre finales del siglo XIII y principios del XIV dos clanes vascos empezaron a pelear entre sí: los oñacinos contra los gamboínos. Pronto esa querrela arrastra a otros clanes: Abendaño, Ayala, Múgica, Butrón... Se pelea en Guipúzcoa, pero también en Álava y en Vizcaya. Los bandos se agrupan en torno a los señoríos rurales, pero la violencia no tarda en llegar igualmente a las villas. Durante más de un siglo, sin interrupción, las bárbaras reyertas entre señores rurales cubrirán de muerte las vascongadas.

Es francamente difícil saber cómo empezó todo. ¿Qué llevó a los señores rurales vascos de la Edad Media a guerrear entre sí durante tanto tiempo y sin pausa? La leyenda dice que la guerra arrancó de una discusión en la iglesia alavesa de Ulibarri: fue la disputa sobre cómo llevar los cirios en una procesión. Unos decían que debían llevarse por encima de los hombros (en su dialecto, *ganboa*, y de ahí lo de gamboínos); otros, que a la altura de las manos, por lo bajo (*oñaz*, y de ahí lo de oñacinos). Como protagonistas de la discusión, dos familias alavesas: Mendoza, cabeza del partido oñacino, y Guevara, que lidera el gamboíno. Las otras familias notables —Salazar, Ayala, Velasco— entran también en la disputa. La conciliación será imposible.

Esta es solo una versión. Otras sitúan el origen del conflicto en las enemistades entre familias vizcaínas; aún otras, en los valles de Guipúzcoa. Unos dicen que la guerra reflejó el arraigo de cada comunidad en su señorío histórico. Otros, que fue una pugna entre partidarios de Navarra y partidarios de Castilla. Y otros, en fin, la remiten a la transformación de la propiedad en los siglos medievales, con el nacimiento de poderosos clanes de propietarios. Seguramente todo eso es verdad al mismo tiempo. Por otra parte, las guerras entre clanes fueron una característica del mundo feudal en otros muchos lugares de Europa. Lo único que sabemos a ciencia cierta es esto: los señores rurales de distintos linajes vascos comenzaron a guerrear entre sí y a saquear el territorio del enemigo; pronto, el conflicto se extenderá por todos los valles.

Los protagonistas de esta guerra son los grandes señores, los *jauntxos* rurales, los llamados «parientes mayores», porque eran los primogénitos y, por tanto, los herederos de cada linaje. Los jauntxos se hacen fuertes en sus casas-torre y desde allí imponen su ley. No es una guerra caballeresca, sino una guerra bárbara de pillaje y brutalidad. Nadie queda al margen de la violencia. Tomar partido por un bando significa gozar de su protección, pero también exige «responder al apellido», es decir,

proveer al propio bando de combatientes y recursos. Cada agresión responde a un agravio previo y genera a su vez matanzas nuevas. Uno de los últimos jauntxos, el guerrero e historiador Lope García de Salazar, lo describía así:

La causa de las guerras entre los linajes, fue sobre envidia y sobre quién valía más, como fue antiguamente por todo el Universo Mundo (...). En el año del Señor de 1275 hubo guerra entre Ochoa de Butrón e Íñigo Ortiz de Iburguen, su primo, la cual se comenzara en vida de sus padres, que eran hermanos, sobre cuál valía más en la tierra (...). Mataron los de Alcedo a Martín Vidal, sobrino de Martín Sánchez de Palacio, en la puente de Sopena... e porque Ochoa de Salazar tenía cargo de Martín Sánchez de Palacio, e non les ayudaba como quisieran, fueron a los de Velasco...

Y así los Velasco, los Salazar, los Butrón, los Ayala, etc., se enzarzan en querellas sin fin. Conocemos los nombres que protagonizan estas luchas: Berroetas, Zugastis, Leguizamones, Urquizus, Suzunagas... Cualquier cosa justificaba la guerra. Cuando San Sebastián y Rentería disputaron por el canal de Pasajes, la bronca terminó en batalla campal: cien muertos. Se guerreaba por controlar cruces de caminos, pasos de montaña, los accesos a los valles. También por cuestiones de honor.

¿Nadie podía imponer la ley? Veamos: a lo largo de la Edad Media, las tierras vascongadas no constituyen una entidad singular ni poseen estructura política sólida. Guipúzcoa es un territorio de contornos difusos que tan pronto forma parte de Castilla como de Navarra. Álava, cuya existencia se documenta desde el siglo VII, nace como un señorío o condado que oscila entre Navarra y Castilla hasta el siglo XI; quien funda Vitoria es el rey de Navarra, pero el territorio alavés termina siendo castellano. Lo mismo en Vizcaya. Todos preferían ser castellanos porque Castilla garantizaba más libertad. Vizcaya es castellana desde 1155; Guipúzcoa, desde 1200.

En todos los territorios vascos nacen señoríos que representan al poder regio, pero el poder del rey es limitado: por un lado, las villas poseen sus fueros propios; por otro, los señores rurales son la ley en sus tierras y, además, influyen en las juntas de las villas. Los privilegios de unos y otros hacen imposible aplicar una ley exterior a los propios fueros. Añadamos que los jauntxos no son nobles rebeldes que guerreen contra la corona, al revés: no pocas veces prestarán a los reyes grandes servicios militares. El clan dominante en Vizcaya, los Haro, fieles súbditos de Castilla que van a estar presentes en todos los líos del reino durante estos siglos, también andaban quote en el ajo: eran del partido gamboíno. La voluntad de poder de los «parientes mayores» se ciñe a las tierras que tienen por suyas, en el más típico estilo feudal, y en ellas libran sus batallas. Para la corona era un asunto delicado: si se inmiscuía, podía violar su propia ley.

Como no hay instrumentos políticos eficaces para resolver el problema, la

violencia se extiende sin freno. En el siglo XIII, en Álava, los gamboínos derrotan a los oñacinos en el combate de Arrato, matando a su jefe, Lope González de Mendoza. Años después, el hijo de Lope venga a su padre y mata al jefe gamboíno Íñigo de Guevara. El señor de la torre de Zuia, gamboíno, toma las riberas del Zadorra. Los oñacinos se hacen fuertes en el pueblo de Mendoza. En el clan de los Ayala, ayaleses de Respaldiza y Quejana guerrear contra los Murga por el control de Álava. En Vizcaya, el señor de la casa de Mújica encabeza el bando oñacino, y el de la casa de Urquizu de Abendaño, el gamboíno. En 1356, en Bilbao, se celebra una corrida de jabalíes. Al señor de Vizcaya, el conde don Tello, se le asusta el caballo y queda en posición desairada. Un jauntxo rival, Juan de Abendaño, domina a la cabalgadura. En venganza por el deshonor, don Tello mata a don Juan y así comienza otra de aquellas guerras permanentes. Lope García de Salazar lo explicó de esta manera:

En el año del Señor de 1356 mató el Conde D. Tello, Señor de Viscaya, a este Juan de Avendaño, en la Villa de Bilbao dentro de su palacio, y echólo de las ventanas a la plaza (...). Y la postrimera causa de su muerte fue porque este Conde D. Tello, que era mucho monterero, tenía doce puercos monteses en Alobiña, y echólos a la plaza de Bilbao, y cabalgó en un caballo, e nunca lo pudo meter entre ellos, espantándosele, y díjole aquel Juan de Avendaño: Señor, dejadme cabalgar en ese caballo e yo lo haré saltar sobrellos a pesar de sí. Y dióselo y cabalgó en él. Y como era hombre endiablado, púsole las espuelas e hízole saltar sobre aquellos puercos. Y descabalgando, y subido el Conde a comer, no faltó quien le dijo que no era para el mundo si tales cosas soportaba. Y viniendo este Juan de Avendaño al palacio después de comer, fue luego muerto a porradas, y echado por la ventana a la calle, como dicho es.

A mediados del siglo XIV, la situación se hace insostenible para las gentes de las villas, que viven bajo la perpetua amenaza de las correrías de los jauntxos. En 1370 Juan López de Gamboa y los gamboínos queman la casa de Gonzalo Ibáñez de Marquina matándole a él y a dos hijos. El merino mayor de San Sebastián y seis familias principales de las villas de Guipúzcoa piden a Juan I de Castilla que tome medidas. Esas medidas serán las Ordenanzas de 1379, que dicen así:

Quedó mandado que ningún vecino ni morador de las villas y lugares de Guipúzcoa tomase parte en los bandos de Oñaz y Gamboa, ni de otros cualesquier escuderos de la tierra, y si tal hiciese, pechara en pena al merino 600 maravedises (...). Que si los bandos de Oñaz y Gamboa o algunos otros escuderos de la dicha tierra de Guipúzcoa tuviesen asonadas entre sí o con otros, ninguno de los dichos bandos que morasen en las villas y lugares fúeran osados de ir a las asonadas, ni dar a los referidos escuderos favor ni ayuda con

las armas ni de ninguna otra manera.

Pero las guerras continuaron mucho tiempo después de concluido este horrible siglo XIV. Conocemos muchos de esos incidentes. El corregidor Gonzalo Moro reúne a la junta de Avellaneda para que le ayude a pagar los gastos de su doctorado en Zaragoza; de repente se enciende una pelea que acaba con la vida de Íñigo Ortiz de Salcedo. En 1420, Fernando de Gamboa y los gamboínos queman de noche la casa de Lope de Unzueta, matando a este y a doce hombre más. Gómez González de Butrón protagoniza una guerra de más de treinta años, desde 1412 hasta 1443, contra la torre de Villela, en Munguía, e incluso utiliza artillería; todo había empezado por una disputa sobre un jabalí. En Bilbao, en 1446, Martín de Vasozábal pelea con Tristán de Leguizamón y le mata de un saetazo en el pecho; al año siguiente, en venganza, este Martín es muerto y despedazado. Los de Leguizamón llevaban desde 1414 peleándose en Bilbao contra los de Zurbarán. Sánchez de Zamudio mata en Altamira, en 1452, a Ochoa de Butrón y a su hijo. Se mata en Mondragón, Durango, Bilbao. Cada refriega enciende la mecha de una nueva guerra banderiza. El propio Lope García de Salazar, al que antes nos referíamos, soportó en su torre de Muñatones cinco años de asedio por sus propios hijos; Lope, que manejaba la espada con tanta soltura como la pluma, aprovechó para escribir su *Códice de las bienandanzas e fortunas*, gracias al cual sabemos todas estas cosas.

Podríamos multiplicar los ejemplos, porque Lope de Salazar los puso todos por escrito. Las villas habían informado abundantemente al rey de Castilla y se habían unido para formar hermandades que impusieran el orden. Enrique IV —ya a mediados del siglo XV— decretará que las tropas castellanas y las hermandades de las villas vascas recorran Guipúzcoa y Vizcaya, derriben las casas-torre y fuercen al destierro a los jauntxos. Pero, una vez cumplida la condena, los jauntxos volverán a hacer de las suyas: Múgica, jefe de los gamboínos, roba por tierra y por mar; Avendaño, jefe de los ñacinos, saquea desde Álava hacia el norte; los Marroquines, Salcedo, Murga y otros roban a los mercaderes de Burgos. La guerra toma además una nueva característica: los jauntxos intentan imponer su voluntad en las juntas de las villas. Habrá auténticas batallas campales entre los unos y las otras.

Hartas de violencia, las villas vascas pidieron ayuda a la corona. Solo Isabel y Fernando, ya terminando el siglo XV, podrán detener aquel baño de sangre. Primero, con medidas políticas de conciliación entre las villas y los linajes de los jauntxos. Después, y cuando ni siquiera esto dé resultado, con medidas mucho más duras que excluían a los miembros de las banderías de los cargos públicos. Pero hasta llegar a eso, las tierras vascas iban a vivir una larguísima ola de violencia. Otra mancha en el funesto expediente de nuestro siglo XIV. Siglo horrible, sí. Y ahora, retomemos el hilo de nuestro relato y volvamos a las tierras de Aragón.

El puñalito de Pedro el Ceremonioso

Al rey Pedro IV de Aragón, que pasó a los anales como «el Ceremonioso», le llamaban «el del *punyalet*», o sea, «el del puñalito», porque siempre llevaba consigo una especie de daga. ¿Y para qué quería una daga? Es fácil imaginarlo. Si lo que llevamos visto de siglo XIV ha sido bastante horrible, lo que queda por delante es para echarse a temblar, y eso tanto en Aragón como en Castilla: parricidios, fratricidios, venganzas, traiciones, adulterios... Pero vayamos por partes.

Pedro IV de Aragón, recordémoslo, había llegado al trono en circunstancias especialmente conflictivas. Era hijo del primer matrimonio de Alfonso IV y en principio nadie discutía su derecho a la corona, pero Alfonso, viudo, se volvió a casar, y desde ese momento Pedro quedó postergado en beneficio de la nueva familia del rey: Leonor de Castilla y los dos hijos que esta le dio, que eran los infantes Fernando y Juan. De manera que cuando Alfonso IV murió, allá por 1336, el heredero Pedro no pensó en otra cosa que en quitarse de en medio a su madrastra y a sus hermanastros. Pedro contaba entonces solo diecisiete años, pero debía de tener las ideas muy claras, porque fue morir Alfonso y salir corriendo Leonor como alma que lleva el diablo. Se marchó, eso sí, con gran cantidad de joyas, oro y plata: el tesoro que el difunto rey le había legado en su testamento. En cuanto a los hermanastros, Fernando y Juan, huyeron con su madre; pero a Fernando le había legado su padre los marquesados de Tortosa y Albarracín, y eso era una espina en el resentido corazón de Pedro, el nuevo rey.

Pedro el Ceremonioso, «el del puñalito», era un tipo duro; muy duro. Conocía bien los problemas de su reino y tenía la firme voluntad de solucionarlos a su manera, o sea, con mano de hierro. De entrada, se ocupó de calmar las cosas con Castilla, primero porque no podía permitir que nadie dudara de su convicción de cruzado, y además porque le convenía apaciguar ese frente. Por eso firmó con Alfonso XI el Justiciero un tratado (el de Madrid) que comprometía la ayuda aragonesa en la conquista de Algeciras; ya hemos visto aquí ese episodio, y nadie podrá discutir hasta qué punto fue decisiva la ayuda aragonesa. Pero lo que Pedro tenía en la cabeza era otra cosa: reorganizar su reino, aumentar el poder regio frente a los nobles y extender los dominios de la corona por el Mediterráneo. De entrada, se propuso recuperar el vasallaje de Mallorca —papel mojado desde mucho tiempo atrás— y abrió un proceso contra el rey mallorquín, Jaime III, al que naturalmente declaró culpable. Habría guerra.

Tan agresiva política despertó los inevitables recelos de los nobles de Aragón, que veían con muy malos ojos cualquier pretensión de aumentar las prerrogativas regias. Era un pleito que venía de lejos. Desde finales del siglo anterior, cuando estallaron los conflictos del rey de Aragón con Francia y con el papado, los nobles aragoneses

habían decidido resistirse cuanto pudieran a las pretensiones de la corona. Para eso firmaron un pacto, el juramento de la Unión, que todos los magnates de Aragón seguirían observando implícitamente en los años siguientes. Tan serio era el asunto que al pacto fueron uniéndose no solo otros nobles de Valencia y los condados catalanes, sino también ciudades como Zaragoza. Los reyes, en general, cedieron a la presión y otorgaron a los nobles lo que pedían, pero con cada nuevo rey se producía una escalada de tensión; era un litigio interminable.

En ese avispero fue a meter la cabeza Pedro el Ceremonioso con una decisión extremadamente polémica sobre su propia sucesión. Resulta que el heredero de la corona en aquel momento era el infante Jaime, hermano del rey, que de hecho ejercía ya como gobernador de Aragón. Pero Pedro, quizá temiendo que su hermano le traicionara, optó por nombrar heredera del trono a su hija Constanza, que apenas tenía cuatro años. En una situación de equilibrio tan precario, aquel gesto fue recibido como una provocación. El infante Jaime, ofendido, reclamó el apoyo de los aristócratas aragoneses, y estos, que solo estaban esperando un motivo para levantarse, no dudaron un minuto y resucitaron la Unión. Tan tenso estaba el clima que los nobles de Valencia imitaron a sus pares aragoneses y, aún más, numerosos municipios se sumaron a la ola.

La cosa se ponía muy negra. Y el rey Pedro, que tenía una habilidad innata para desencadenar tormentas, hizo entonces algo sorprendente: reunió a las Cortes en Zaragoza, revocó su propia decisión y confirmó los privilegios de la Unión, pero al mismo tiempo se hizo tomar declaración secreta de que todas esas medidas carecían de validez porque las había tomado contra su voluntad. Y para abrir definitivamente la caja de los truenos, a los pocos días moría en Barcelona el infante Jaime, hermano del rey y heredero de la corona, verosímelmente envenenado por orden de Pedro. Estaba claro cuál era el juego: Pedro acababa de declarar la guerra a sus nobles... preocupándose de que pareciera que el conflicto lo habían empezado ellos.

Los nobles de Aragón solo necesitaban una bandera a la que unirse para alzarse en armas. ¿Quién la levantó? El infante Fernando, hijo de Leonor: aquel hermanastro de Pedro que había tenido que huir del reino por temor a las represalias del Ceremonioso y su «puñalito». Fernando se convirtió en líder de la revuelta. En 1347 la situación de Aragón es de insurrección generalizada. Los nobles valencianos han creado su propia Unión, forman un ejército y derrotan a las tropas de Pedro en Bétera. La situación no es más favorable en Aragón. Pero Pedro, que era muy malo, pero también muy astuto, optó por aplicar el viejo principio «divide y vencerás». Primero se ganó (o sea, compró) la aquiescencia de importantes nobles aragoneses como Lope de Luna, con lo cual rompió el frente nobiliario. Después hizo lo mismo con las villas de Daroca, Teruel y Calatayud, y así rompió el frente municipal. Y por último pactó con los nobles valencianos, de manera que el bando rebelde quedó reducido a una

porción de la aristocracia aragonesa. Porción importante que aún contaba con plazas como Zaragoza y Tarazona, pero cuya fuerza militar era inferior a la del rey. Para redondear sus argumentos, el rey Pedro se hizo con el apoyo de una fuerte hueste de caballeros castellanos. Venían días difíciles para la Unión.

El último escenario del drama iban a ser los campos de Épila, linajuda villa de importante valor estratégico como vía de paso a orillas del Jalón. Era la primavera de 1348. El mapa de la situación era el siguiente: los unionistas se habían hecho fuertes en Zaragoza concentrando allí sus ejércitos; el rey Pedro IV se dirigía contra la ciudad; al mismo tiempo, Lope de Luna, aliado del rey, estaba poniendo sitio a Tarazona, al noroeste de Zaragoza, auxiliado por la hueste aliada de caballeros castellanos. Los de la Unión sabían que no podrían vencer a las fuerzas conjuntas del rey y sus aliados, de manera que decidieron una maniobra táctica: frenar a las tropas del rey en su avance, con lo cual, además, cortarían la comunicación entre Pedro IV y Lope de Luna. Para eso era preciso tomar el castillo de Épila, que estaba en manos de los partidarios del rey. El De Luna se enteró de la jugada, abandonó Tarazona y se dirigió hacia Épila a galope tendido. Aún no había llegado a la plaza cuando, el 21 de julio de 1348, empezó el combate. Los de la Unión, con el infante Fernando a la cabeza, intentaron asaltar los muros de Épila. Pero la guarnición resistía y, por otro lado, los unionistas carecían de máquinas de asedio. ¿Qué hacer? Solo había una opción: arrasar los campos y arrabales circundantes para dejar a los sitiados sin víveres y obligarles a combatir en campo abierto. Pero en ese momento empezaron a aparecer en lontananza las avanzadillas de Lope de Luna. Y eso lo cambió todo.

Los caballeros castellanos de Lope de Luna, al mando de don Álvar García de Albornoz, cargaron contra las líneas de la Unión. Objetivo: cruzar el río Jalón, sobre cuyo puente se habían apiñado los unionistas. Parece que los caballeros no pasaban de seiscientos, mientras que los unionistas eran varios millares, pero los peones de la Unión no supieron cómo frenar la avalancha. Los castellanos de García de Albornoz pasaron el puente y acometieron contra los caballeros de la Unión, que se mantenían en segunda línea. Detrás cargaban más caballeros: los aragoneses de Lope de Luna. Numerosos nobles de la Unión, al ver lo que se les venía encima, pusieron pies en polvorosa, y con ello los peones se disolvieron en desbandada. Los caballeros rebeldes que mantuvieron el ánimo —entre ellos, los Jiménez de Urrea, padre e hijo— intentaron formar una línea de defensa. Ahora las tornas habían cambiado por completo: los de la Unión ya no eran los sitiadores, sino los sitiados. ¡Y en campo abierto! La guarnición de Épila no perdió el tiempo: salió de la ciudad y cargó contra los de la Unión, atenazados entre dos frentes. La batalla se resolvió esa misma tarde con la derrota completa de los unionistas.

Pedro IV el Ceremonioso no era un hombre dado a la clemencia. A los nobles que no habían muerto en combate los mandó ejecutar. El infante Fernando, cabecilla de la

revuelta, habría sufrido la misma suerte de no ser porque cayó en manos de los caballeros castellanos de García de Albornoz y estos, sabedores de que por las venas de don Fernando corría sangre castellana, se cuidaron de ponerle a salvo enviándolo preso a Castilla. Después Pedro reunió a las Cortes en Zaragoza, sacó su famoso puñalito y con él destrozó las escrituras que recogían los privilegios de la Unión. A Lope de Luna le hizo conde. Y por último, para no dejar odios tras de sí —ya ha quedado dicho que Pedro IV era muy astuto—, concedió nuevos poderes al justicia de Aragón, de tal forma que este sería, en lo sucesivo, garante de los derechos de los nobles y las villas, lo cual era tanto como solucionar el problema político que había originado la rebelión. Un tipo listo.

El rey Pedro hizo otras muchas cosas con su puñalito. Finalmente logró echar a Jaime III de Mallorca y recuperó la isla, que quedó así definitivamente incorporada a la Corona de Aragón. Se anexionó el Rosellón y porfió contra Génova por el control de la isla de Cerdeña, que supo conservar. Con Pedro IV se consolidó Aragón como potencia decisiva del Mediterráneo. Incluso avaló las correrías de los almogávares en Grecia, y suya fue la idea —un bonito detalle— de poner guardia permanente en la Acrópolis de Atenas. Pero el frente que más iba a ocupar su atención no sería el mediterráneo, sino el castellano, porque a la altura de 1350, cuando la peste se llevó a Alfonso XI, Castilla entró en una larga serie de conflictos que desgarrarían el reino, y eso era una invitación que el inquieto puñal del Ceremonioso no podía declinar. ¿Qué estaba pasando en Castilla? Un auténtico culebrón de pasiones, intrigas, muertes y amoríos. Pero esto hay que explicarlo con un poco más de detalle.

Dramón de amor y poder en la corte de Castilla

Lo que pasó en Castilla tras la muerte de Alfonso XI fue un verdadero dramón de amores, traiciones y sangre. Muerto el Justiciero en 1350, quedaba en el trono castellano su hijo Pedro, un chaval de quince años criado a la sombra de su madre, María de Portugal. Contra el joven Pedro iban a concitarse todas las ambiciones que cruzaban el reino de parte a parte. Pero Pedro no se quedaría atrás en ambición ni en crueldad.

El mejor modo de aclararse es dibujar el mapa del poder en Castilla. Y hay que empezar por la reina viuda, María de Portugal, madre de Pedro, apoyada en el noble portugués Juan Alfonso de Alburquerque, que había sido alférez del difunto Alfonso XI y ahora ejercía como consejero principal del joven rey. Frente a este bloque de poder —llamémosle portugués—, ejercía gran influencia en el reino otro bloque constituido en torno a otra mujer: el de Leonor de Guzmán. Esta Leonor —una señora excepcional— había sido amante del rey Alfonso durante veinte años, pero, además de amante regia, también había actuado como principal consejera del monarca y se había ocupado de constituir un importante foco de poder sobre los señoríos que Alfonso fue otorgando a los distintos hijos que Leonor concebía (¡hasta un total de diez!). De este linaje saldrían los Trastámara, por ejemplo. Pero además había en Castilla un tercer bloque de poder que tenía algo que decir, y este venía igualmente determinado por una mujer. ¿Se acuerda usted de Leonor de Castilla y Portugal, viuda del rey Alfonso IV de Aragón, que tuvo que salir a escape de aquel reino cuando subió al trono Pedro el Ceremonioso? Esta otra Leonor, hermana de Alfonso XI de Castilla, tenía dos hijos, Juan y Fernando, con posesiones en Aragón, pero —ya lo hemos visto— igualmente huidos a tierras castellanas. A Fernando acabamos de verle derrotado en Épila. Y ambos, Juan y Fernando, eran primos carnales del joven rey Pedro I de Castilla, de manera que no tardaron en hacer valer su sangre. Llamemos a este tercer núcleo de poder el «bloque aragonés».

Tres bloques, pues: el portugués con la viuda del rey castellano, el de los Guzmanes con la amante del mismo difunto rey y el aragonés con la hermana del finado. Ese era el tablero. ¿Y qué es lo que estaba en juego? Ante todo, cada cual peleaba por afianzar su propio espacio: la viuda María y su hijo Pedro buscaban preservar el trono; los hijos de Leonor, mantener sus señoríos, y los infantes de Aragón, con sangre de las dos coronas en sus venas, apurar las posibilidades de subir a algún trono mientras el joven rey Pedro de Castilla fuera soltero y sin descendencia. A esa lucha por el poder se sumaba una abierta hostilidad entre el partido de la reina viuda María y el de la amante Leonor, porque esta y sus hijos habían sido colmados de posesiones y honores en vida del rey Alfonso, en detrimento de la reina y su hijo; pero ahora, muerto Alfonso, Leonor se quedaba sin protección y María veía llegada la hora de la venganza. Súmense a todo ello los intereses de las coronas vecinas,

Portugal y Aragón, que no iban a desperdiciar la oportunidad de aprovechar el caos castellano para sacar partido. Y ahora, dibujado el tablero, señaladas las piezas y descrito el juego, podemos contar lo que pasó.

En torno a estos tres bloques, en efecto, comienza a tejerse la tragedia. De partida, el bloque mejor situado era el de la viuda, María de Portugal. Con Alfonso muerto, el partido de la amante, Leonor de Guzmán, quedaba en posición francamente peligrosa. De hecho, lo primero que hizo la viuda María fue ordenar el arresto y encierro de Leonor y sus hijos. Una medida que buena parte de la nobleza castellana aplaudiría con alborozo, pues el rápido ascenso de los hijos de Leonor había herido muchas susceptibilidades en la corte. Parece que la idea se le ocurrió a Alburquerque, el portugués: el viejo alférez de Alfonso y ahora hombre fuerte del reino. Y así, en el mismo mes de marzo de 1350, mientras los caballeros del difunto Alfonso XI transportaban el cadáver del rey desde Gibraltar hasta Sevilla, Alburquerque ordena detener a los hijos de Leonor: Enrique, conde de Trastámara —un nombre que debemos retener—, y Fadrique, maestre de la Orden de Santiago.

La reacción de Enrique y Fadrique fue la única posible: enterados de la orden, se rebelaron y pusieron al reino al borde de una guerra civil. Pero, mientras tanto, su madre Leonor, que las veía venir de lejos, se había movido con rapidez y tramó una jugada magistral: concertó el matrimonio de su hijo Enrique con Juana Manuel, la hija del poderoso infante don Juan Manuel, que había sido el hombre decisivo en Castilla. Don Juan Manuel ya había muerto, pero las posesiones de su casa seguían siendo palabras mayores. De esta manera los hijos de Leonor multiplicaban su influencia. Y la viuda María, el valido Alburquerque y el joven rey Pedro se vieron obligados a aceptar a los vástagos de Leonor dentro de la corte.

En estas andábamos cuando el joven Pedro, súbitamente, enfermó de gravedad. Era agosto de 1350 y el pequeño rey, dieciséis años en aquel momento, estaba al borde de la tumba. Naturalmente, eso disparó aún más las ambiciones en torno al trono. El candidato mejor colocado para la sucesión era Fernando de Aragón (recordemos: hijo de Alfonso IV de Aragón y Leonor de Castilla y Portugal, el que tuvo que salir a uña de caballo de tierras aragonesas), lo cual hizo que al rey de Aragón, Pedro el Ceremonioso, le recorriera un escalofrío por la espalda: si un tipo con sangre real aragonesa llegaba al trono de Castilla; ¿qué le impediría reclamar también el trono de las cuatro barras? Pero además de este Fernando empezó a ventilarse el nombre de otro candidato a la corona castellana: el poderoso Juan Núñez III de Lara, descendiente de Alfonso X por vía de los infantes De la Cerda. Las ambiciones de Fernando y Juan quedaron en evidencia. Algo que para ambos iba a resultar extremadamente perjudicial cuando el joven rey Pedro, aquel mismo verano, superara su enfermedad.

Para el bloque portugués —la viuda María y el valido Alburquerque—, la cosa

estaba clara: si querían salvar la corona del joven Pedro, había que librarse de tantos enemigos. ¿Cómo? Apuntando directamente a la cabeza. Convencida de que la instigadora de todas las alteraciones era Leonor, la antigua amante de Alfonso, la viuda María ordenó detener y encerrar a la dama. No era broma: Leonor de Guzmán será ejecutada en Talavera de la Reina ese mismo año 1351. Su hijo Enrique de Trastámara, viéndose perdido, huye a Portugal. La viuda se tomaba su venganza. Y a partir de este momento el reinado de Pedro I iba a verse ahogado en una incesante marea de sangre.

Creyendo resuelto el problema de los Trastámara, Pedro I se dirigió contra Juan Núñez de Lara, aquel que había sido postulado como eventual sucesor. Juan intentó hacerse fuerte en sus tierras, pero murió —al parecer, por causas naturales— mientras preparaba su defensa. Eso no hizo cejar a Pedro, que se fijó como objetivo capturar al heredero de Juan, Nuño: un niño de tres años. El clan era fuerte, pero no lo bastante como para oponerse a las huestes del rey. Para colmo, el pequeño Nuño también moría pocos meses después. Pedro I se apoderó de Las Encartaciones —esa comarca entre Vizcaya y Cantabria— y los vencidos entregaron a las hijas de Juan Núñez de Lara: Isabel y Juana, en las que recaían ahora los derechos de herencia de su casa. Pedro incorporaba a sus dominios las tierras de Vizcaya, Lerma, Lara y un buen número de villas y castillos. Y para sacar el máximo partido del lance, destinó a las hijas de Núñez de Lara a sendos matrimonios políticos: a Isabel la casó con Juan de Aragón —hermano del infante Fernando, aquel cuyo nombre se había barajado como sucesor del trono—, y a Juana con Tello de Castilla, hermano del Trastámara Enrique.

Mientras todo esto sucedía en el campo, en palacio el valido Alburquerque se dedicaba a la política. En 1351 Castilla suscribió un pacto con Navarra que garantizaba a Pedro I un cierto respaldo frente a Aragón. Y al año siguiente Pedro se entrevistaba con su abuelo, el rey de Portugal Alfonso IV el Bravo, que entre otras cosas le aconsejó llevarse bien con sus hermanastros, los hijos de la ejecutada Leonor. Ese mismo año se convocaban Cortes en Valladolid. Allí, además de tomar medidas para paliar los desastrosos efectos de la peste, el rey buscó estrechar su alianza con las villas y ciudades, lo cual iba a suscitar el inmediato malestar de los nobles, que veían mermados sus privilegios cada vez que las villas adquirían nuevos derechos. Las medidas aprobadas en Valladolid eran muy sensatas desde el punto de vista político, y hubieran podido surtir buen efecto en un reino en paz. Pero Castilla era cualquier cosa menos un reino en paz.

En efecto, Enrique de Trastámara, formalmente perdonado por Pedro I, vuelve a Castilla, se refugia en sus anchas posesiones asturianas y se subleva una vez más. A partir de este momento, Enrique vivirá en permanente rebelión. Y mientras eso pasa en el norte, en el sur se ha sublevado Alfonso Fernández Coronel, un viejo caballero del partido de Leonor de Guzmán. Este Alfonso se hace fuerte en Aguilar de la

Frontera, en Córdoba, y además cuenta con el apoyo del infante Juan de Aragón. Alfonso Fernández Coronel quedó sitiado en Aguilar. Terminó rindiéndose. Fue el valido del rey, Juan Alfonso de Alburquerque, quien le prendió. Dispuesto a que todos en Castilla escarmentaran en cabeza ajena, Pedro I ordenó degollar y quemar a Fernández Coronel. Y en el trance, el viejo caballero pronunció una frase que pasó al repertorio popular: «Don Juan Alfonso, esta es Castilla, que hace a los hombres y los gasta».

A estas alturas del juego, entrado ya el año 1353, parecía que el bloque portugués había ganado la partida: los Trastámara estaban vencidos o domados, los infantes de Aragón estaban neutralizados y la alianza de la corona con las villas daba al rey un fuerte respaldo frente a los nobles. La reina viuda María y el valido Alburquerque pensaron que ya era hora de completar el mapa dando a Pedro lo que aún no tenía: un matrimonio ventajoso. La elegida fue Blanca de Borbón, una dama de la familia real francesa que, además, permitiría establecer una sólida y muy conveniente alianza entre Castilla y Francia. La cosa venía fraguándose desde el año anterior. Pedro siempre se había opuesto, pero la inestabilidad del reino terminó inclinándole a aceptar este matrimonio. Después de mil dilaciones a causa de sucesivos retrasos en el pago de la dote, el matrimonio terminó celebrándose en junio de 1353. Pero entonces el joven Pedro I iba a mostrar una nueva e inesperada dimensión de su personalidad: una deplorable flaqueza en materia sentimental.

En efecto, dos días después de la boda, Pedro hace algo sorprendente: abandona a su flamante esposa y la manda encerrar en el Alcázar de Toledo. ¿Qué estaba ocurriendo? Estaba ocurriendo que Pedro andaba perdidamente enamorado de una joven dama castellana, María de Padilla, que ya le había dado una hija de nombre Beatriz. Que el rey tuviera una amante y una hija bastarda no era obstáculo para nadie: bastaba con que Pedro guardara las apariencias, viviera con su esposa legítima —la francesa— y mantuviera a su amante lejos de la corte. Pero eso era exactamente lo que Pedro no estaba dispuesto a hacer.

El culebrón tuvo un efecto inesperado. Quizá Pedro no supo calcular las consecuencias de una decisión que venía a desautorizar a la viuda María y al valido Alburquerque —muñidores del matrimonio—, que iba a hacer que el rey de Francia se subiera por las paredes y que además cargaba de razones a una nobleza deseosa de bajar los humos al rey. El hecho es que a partir de ese momento Castilla iba a conocer una insurrección generalizada. Y todo por una mujer.

El tórrido culebrón de María de Padilla

María de Padilla, sí. Ella fue. Esto habría podido contarse como una hermosa historia de amor si sus consecuencias no hubieran sido tan sangrientas. Ocurrió que allá por el verano de 1352 iba el rey Pedro I de Castilla, dieciocho años, camino de Gijón, cuando el avisado caballero Juan Fernández de Hinestrosa le presentó a una sobrina suya. ¿Para qué? Para sacar partido del encuentro, evidentemente. La muchacha, huérfana ella, se llamaba María de Padilla y era «muy hermosa e de buen entendimiento e pequeña de cuerpo», según dicen las *Crónicas*. El joven rey Pedro se enamoró como un becerro. Y la historia de Castilla giró de golpe.

Pedro hizo a María su amante. Era lo que buscaba el desprejuiciado y astuto tío de la moza. La familia no era gran cosa: pequeña nobleza local de Castrojeriz, en Burgos; gente orgullosa y altiva, aupada sobre sus fueros (el de Castrojeriz era uno de los modelos forales de la España medieval), pero sin grandes posesiones. María había quedado huérfana de padre con quince años. Desde entonces vivía con su tío Hinestrosa, hermano de su madre. Era un noble de cierta importancia, la suficiente como para enviar a la joven María a criarse en casa de Juan Alfonso de Alburquerque, el valido del rey. Cuando Pedro marchó a Asturias para enfrentarse a Enrique de Trastámara, que le disputaba el trono, se detuvo en la localidad leonesa de San Facundo. Allí estaba el valido Alburquerque con su familia. También estaba María. El tío Hinestrosa vio que la ocasión la pintaban calva, se dejó caer por San Facundo, rindió homenaje al joven rey y le presentó a su sobrina. Así empezó todo.

La influencia de María de Padilla sobre Pedro debió de ser intensísima. Casi de inmediato empiezan a aparecer alrededor del rey, y en posiciones de relieve, los familiares del clan Hinestrosa. También casi de inmediato María le da una hija: Beatriz. Y enseguida este asunto se convierte en un problema político de primer orden, porque arruinaba los planes de la reina viuda, María de Portugal, madre de Pedro, que en la mano de Blanca de Borbón había imaginado triunfales horizontes. Ya hemos visto que Pedro se casó con Blanca pero la abandonó a los tres días: la facturó a Medina del Campo, junto a la celosa madre portuguesa del monarca. ¿Por qué? Dice la tradición que Pedro acusó a su flamante esposa de haber tenido amores con Fadrique, hermanastro (Trastámara) del rey. Más verosímil parece la tesis que alude a la pereza francesa a la hora de pagar la dote de la novia. En todo caso, lo que verdaderamente empujó a Pedro a abandonar a Blanca fue esa otra mujer: María de Padilla.

Para la madre del rey, la viuda portuguesa, aquello debió de ser intolerable: ella misma había sufrido el abandono por parte de su marido, Alfonso XI; ahora su hijo Pedro se comportaba de la misma manera. Y por otro lado, la conducta sentimental de Pedro venía a desautorizar al partido portugués de la corte, el del valido Alburquerque y la propia viuda. En la explosiva atmósfera que se vivía entonces en

Castilla, el culebrón de Pedro y la Padilla fue la chispa que prendió la pólvora: enseguida el reino se dividió entre partidarios de Blanca, la esposa, y partidarios de María, la amante. ¿Quiénes sostenían que el rey debía vivir con Blanca? La reina viuda María de Portugal, el valido Alburquerque, la gran nobleza, el rey de Aragón y los hermanastros del rey, o sea, los hijos de Alfonso XI y Leonor de Guzmán: Enrique de Trastámara, Fadrique y Tello. ¿Quiénes apoyaban a Pedro en su aventura con María de Padilla? La pequeña nobleza —o sea, el tío Hinestrosa y su gente—, los patricios de las ciudades y la comunidad judía.

Hay que apresurarse a subrayar que aquí, en realidad, las dos mujeres solo eran el pretexto para manifestar viejas querellas de poder. La gran nobleza apoyaba a Blanca porque quería mantener sus privilegios frente a la corona. En el lado contrario, la pequeña nobleza y la burguesía urbana, opuestas por definición a los magnates de la corona, vieron en el partido de María de Padilla una buena bandera para aumentar sus derechos frente a la alta aristocracia. Esto no era nuevo. Pero en el actual mapa sí surgían dos novedades: una, la presencia de un candidato a la corona, Enrique de Trastámara, que concitaba la simpatía del pueblo llano, gran parte de la alta nobleza (no en vano estaba casado con una hija del infante Juan Manuel) y el rey de Aragón; la segunda, los intereses políticos de Francia, que evidentemente estaban del lado de Blanca de Borbón. Así la cama de María de Padilla se convirtió en el centro del mundo.

La viuda María y el valido Alburquerque intentaron solucionar el problema acudiendo a los grandes remedios: escribieron al papa Inocencio VI para que reconviniera al joven rey Pedro. El papa lo hizo. Incluso le amenazó con la excomuni3n. Y Pedro, en efecto, acudió a Valladolid para reunirse con Blanca, pero la reconciliaci3n duró literalmente dos días; pasados estos, Pedro volvió a marcharse. Ofendido y burlado, el partido portugués puso pies en pared. El valido Alburquerque se significó de manera particular en la oposici3n pública a la conducta del monarca. Y Pedro, ciego de pasi3n, decidió echar a Alburquerque de su lado. El rey nombró un nuevo valido. ¿Quién? Hinestrosa, el tío de la Padilla. Y más aún: todos los altos cargos de la corte, desde el alguacil mayor hasta el maestre de la Orden de Calatrava, pasando por el comendador mayor de la Orden de Santiago, fueron destituidos y reemplazados por las gentes del clan Padilla. No fue una sucesi3n pacífica: el nuevo maestre de Calatrava, Diego García de Padilla, ordenó matar a su predecesor, Juan Núñez de Prado.

Pedro estaba dispuesto a acabar con Alburquerque y los suyos a cualquier precio. Mandó a sus tropas contra las plazas que aún eran fieles al valido portugués, como Medellín. El valido se refugió en Portugal. Pedro decidió entonces guarnecer la frontera. ¿A quién encargó la misi3n? A los Trastámara, para tenerlos a su vez bajo control. Y para que nada se le escapara, encomendó la vigilancia de los Trastámara a

un hermano de María de Padilla, Juan García de Villagera, recién nombrado comendador mayor de la Orden de Santiago. Naturalmente, era inevitable que los Trastámara y Alburquerque rompieran a conspirar contra Pedro I. La propia corte portuguesa iba a estar en el complot. Pero entonces Pedro volvió a hacer algo sorprendente: se casó otra vez. Y con una tercera mujer.

Fue en la primavera de 1354 y la afortunada —si tal cosa puede decirse— era Juana de Castro, hija de una importante casa gallega. ¿Qué podía haber en la cabeza del rey Pedro, veinte años en este momento, para hacer semejante cosa? Quizá pensó que un nuevo matrimonio canónico reforzaría su propósito de anular sus anteriores nupcias con Blanca de Borbón. Así que convenció a los obispos de Ávila y Salamanca para que declararan inválido el matrimonio con Blanca y se apresuró a buscar nueva esposa. ¿Por qué Juana? Seguramente porque los Castro eran un clan de la alta nobleza, con sangre real (ilegítima, pero regia) en sus venas, y aquel enlace le proporcionaba a priori el apoyo de un sector notable de la aristocracia del reino. Juana dará a Pedro un hijo: Juan, nacido en 1355. Pero aquel matrimonio tampoco fue lo que se dice ejemplar: Pedro abandonó rápidamente a su esposa dejándole, eso sí, el señorío de Dueñas.

El matrimonio de Pedro con Juana tuvo un efecto perfectamente describable: fue como arrojar un bidón de gasolina en un incendio incontrolable. Si la situación ya estaba desquiciada, aquel enlace la tornó demencial. La madre del rey, María de Portugal, recurrió de nuevo al papa, y este amenazó nuevamente a Pedro con la excomunión. ¿Fue eso lo que forzó la separación de Pedro y Juana? No es posible asegurarlo. El hecho es que, mientras tanto, el partido de la burlada Blanca crecía y el de Pedro iba menguando. En 1354, el mismo año del matrimonio con Juana, ambos bandos intentaron un acercamiento. Fue en Tejadillo, Zamora, a mitad de camino entre Morales y Toro, sede principal de la reina madre María. Cada partido se presentó con cincuenta caballeros armados, dicen las crónicas. Pedro llegó allí con una sola idea en la cabeza: obtener del bando contrario que declarara nulo el matrimonio con Blanca y avalara el enlace con Juana de Castro. Pero el otro bando no estaba dispuesto a semejante cosa.

Ante la patente fragilidad de la corona castellana, en aquel mismo momento empezaron a cruzarse varias conspiraciones cuyo objeto común era apartar del trono a Pedro. Por un lado, buena parte de la nobleza apoyaba de manera cada vez más abierta al infante Fernando de Aragón, hijo de Leonor de Castilla y el rey aragonés Alfonso IV, y primo carnal de Pedro; para más títulos, Fernando acababa de casarse con una hija del rey de Portugal. Por otro lado, Enrique de Trastámara, el hermanastro de Pedro, mantenía sus aspiraciones. Y al mismo tiempo, el exvalido Alburquerque y la corte portuguesa movían hilos para asentar la candidatura al trono castellano de un hijo del rey de Portugal, el infante Pedro, que no dejaba de ser nieto

del rey castellano Sancho IV el Bravo. Lo más notable era que en esta última conspiración andaban también quote los Trastámara, que, precavidos, jugaban a dos barajas.

¿Y qué hacía mientras tanto la hermosa María de Padilla, causa primera de todo este jaleo? Pues María se reponía de su segundo parto, la niña Constanza, segunda hija ilegítima de Pedro I, y tomaba una sorprendente decisión: escribía al papa Inocencio VI pidiéndole licencia para fundar un convento de monjas clarisas, dejando entender que su propósito era llevar una vida de penitencia y contemplación. ¿Fue idea de la propia María, o tal vez la cosa se le ocurrió al rey Pedro, que avalaba ante el papa la petición, para eludir la excomunión que sobre él pesaba? Imposible saberlo. El hecho es que ese convento se fundó: el Real Monasterio de Santa Clara, en Astudillo, Palencia; su primera abadesa fue una tía de María llamada Juana.

Ese era el paisaje en el que llegó Pedro a Tejadillo, Zamora, donde iba a entrevistarse con su madre, María de Portugal, para buscar una solución al problema de la pobre Blanca de Borbón. Para Pedro era meterse en la boca del lobo, y el lobo era su madre. El rey fue tratado con respeto, pero no tardó en darse cuenta de que le habían tendido una encerrona. Aislado de sus favoritos, vigilado siempre por los hombres de Alburquerque, Pedro I de Castilla era en realidad un prisionero. Mientras el joven rey trataba de imponer su criterio —que se declarase nulo el matrimonio con Blanca—, la reina madre se movía para que el papa anulara el otro matrimonio, el de Juana de Castro, cosa que consiguió sin grandes problemas. Pero Pedro tampoco se estuvo quieto: aprovechó aquella reclusión forzada para verse con sus hermanastros y enemigos, los hijos de Leonor de Guzmán, a los que se ganó prometiéndoles el oro y el moro. Y hablando de moros...

Quizá se haya preguntado usted qué pasaba mientras tanto en tierra de moros, allá en el sur, donde apenas unos años antes Alfonso XI había quebrado a los benimerines en Algeciras. La respuesta es sencilla: Pedro de Castilla, más preocupado por su corona y sus amoríos que por reconquistar tierra musulmana, había firmado una tregua con Granada para poder atender a sus asuntos. Circunstancia que los benimerines aprovecharon, naturalmente, para recuperar Algeciras sin oposición digna de tal nombre. No es una historia muy edificante.

Pedro consiguió escapar de su encierro vencido el otoño de 1354. Dicen que logró salir gracias a la ayuda de su astuto tesorero, el judío Samuel Leví. Lo primero que hizo fue llamar a María de Padilla, que ya no podría entrar en el convento por él fundado. Y acto seguido puso rumbo a Segovia, donde reorganizó a sus partidarios. Por aquellas mismas semanas moría envenenado Juan Alfonso de Alburquerque, el portugués, el principal apoyo de la reina madre María. ¿Quién le envenenó? En realidad no se sabe, pero no hay que ser un lince para adivinarlo. Y en la mente obsesa de Pedro I de Castilla empezaba a tomar forma una sangrienta venganza.

Por qué a aquel rey le llamaron «el Cruel»

Pedro I era blanco, de buen rostro autorizado con cierta majestad, los cabellos rubios, el cuerpo descollado y ceceaba un poco a la manera andaluza. Se veían en él muestras de osadía y consejo. Su cuerpo no se rendía con el trabajo, ni el espíritu con ninguna dificultad. Gustaba principalmente de la cetrería, era muy frugal en el comer y beber, dormía poco, y fue muy trabajador en la guerra. Dicen que en cambio poseyó una desmedida avaricia, que se dejó dominar por la lujuria y que fue cruel y sanguinario.

Lo dijo don Pero López de Ayala, cronista y canciller de Castilla, y con buenas razones. Por eso al rey Pedro le llamaron «el Cruel».

Recapitulemos: era el otoño de 1354 cuando Pedro I escapaba de la villa de Toro para sumergirse en un verdadero baño de sangre. Él había acudido allí para que sus enemigos, empezando por su propia madre, María de Portugal, le avalaran en su propósito de declarar nulo su matrimonio con Blanca de Borbón. Eso le permitiría mantener su relación con María de Padilla, su amante. Para crear una situación de hechos consumados, el joven rey Pedro —veinte años en este momento— no había dudado en buscar el apoyo de dos obispos, anular por su propia cuenta el enlace con Blanca y contraer nuevo matrimonio con la dama castellana Juana de Castro. La situación era endemoniada. Porque, evidentemente, no se trataba solo de una cuestión de amores, sino que el rifirrafe nupcial envolvía hondísimas querellas de poder que estaban haciendo trizas el reino.

Lejos de conseguir su propósito, Pedro se vio súbitamente rodeado de enemigos y confinado en la villa de Toro. Todas las fuerzas en presencia se pusieron en su contra. Le exigieron que abandonara a María de Padilla y que hiciera vida marital con Blanca de Borbón. Y como eso implicaba la plena nulidad del matrimonio con Juana de Castro, los propios familiares de esta entraron en liza para reclamar al rey que volviera con Blanca —sí, con la otra— y regularizara la situación de ambas damas. Pero el rey Pedro, obcecado, insistió en su afán. Manióbró cuanto pudo para desactivar a sus adversarios, generalmente ofreciéndoles prebendas sin fin. A los infantes Fernando y Juan de Aragón y Castilla, primos suyos y, el primero, eventual candidato al trono, Pedro les ofrece amplios señoríos en el norte. A Tello de Castilla, hermanastro suyo y hermano de Enrique de Trastámara, le ofrece el señorío de Vizcaya. Así Pedro desactivó el ancho frente que se había formado contra su cetro: muchos de los que antes habían sido sus rivales comenzaron a combatir entre sí. Finalmente se las arregló para huir de Toro. Así iba a comenzar una larga cadena de muertes que ensangrentaría Castilla durante años.

Como este es un asunto en el que hay cuatro mujeres por medio, para entender qué estaba pasando hay que explicar en qué situación se hallaba cada una de nuestras

damas en este momento de nuestra historia. La reina madre, María de Portugal, era una pieza clave en todo esto: ella había amañado la boda con Blanca de Borbón, lo cual significaba meter a la corona francesa en las querellas castellanas, y además seguía influyendo en la política del reino a través de otro portugués, Alburquerque, que había sido valido del difunto Alfonso XI y ahora perdía la confianza del joven rey Pedro. La segunda dama, Blanca de Borbón, esposa legítima de Pedro, solo era en realidad un peón en todo este juego: a Francia le convenía tenerla en el trono castellano porque los franceses, en aquel momento, acababan de emprender contra Inglaterra una larga guerra que duraría cien años, y este matrimonio era una prenda de alianza; pero en el escenario propiamente castellano Blanca era sobre todo la bandera que alzaron los grandes aristócratas, que querían afianzar su poder frente al joven rey y hallaron en las nupcias con la francesa una excelente oportunidad para manifestar su descontento. La tercera dama, María de Padilla, representaba exactamente lo contrario: como amante del rey y madre de varios de sus hijos, se convirtió en bandera de quienes aspiraban a un reforzamiento del poder regio frente a los grandes nobles. ¿Y quiénes aspiraban a tal cosa? La baja nobleza, los patricios de las villas y la comunidad judía, fundamentalmente. En cuanto a la cuarta dama, la pobre Juana de Castro, desposada por Pedro I en una jugada inconcebible, inmediatamente apareció como la primera damnificada por las veleidades del rey, de manera que también entró en el arsenal propagandístico de los magnates del reino contra el joven Pedro.

Este era el paisaje cuando Pedro logró escapar de Toro, y se comprenderá fácilmente que, con semejante atmósfera, el mapa de Castilla empezó a arder por todas partes. En diciembre de 1354 Pedro aparece en Segovia. Reúne a las huestes que le son fieles y se dirige a Burgos, donde convoca a las Cortes. El rey tiene un solo propósito: que las Cortes le sufraguen un ejército con el que aplastar a los nobles. Es en ese momento cuando comienzan a caer las principales cabezas de la rebelión nobiliaria (y no es una frase hecha). El líder natural de la oposición a Pedro I, el exvalido Alburquerque, ya había muerto en octubre de 1354, verosímelmente envenenado por orden del rey. Aquello fue solo el principio. En abril de 1355 fueron asesinados, siempre por orden del rey, algunos otros distinguidos nombres de la rebelión nobiliaria: el adelantado mayor de Castilla Pedro Ruiz de Villegas II, el merino mayor de Burgos Sancho Ruiz de Rojas, el escudero Martín Núñez de Carandia...

Cuando Blanca de Borbón pasa por Toledo —es ya mayo de 1355—, la ciudad se subleva en favor de la legítima esposa del rey. Pedro marcha sobre la ciudad y ordena decapitar a dos caballeros del partido de Blanca y, de paso, a otros veintidós vecinos que se habían mostrado demasiado obsequiosos con la desdichada francesa. Acto seguido, en la villa zamorana de Toro, cuartel general de la propia madre del rey,

Pedro entró a sangre y fuego. Era 1356. Y aún vendrían más y más horribles muertes. En 1358 Pedro convoca en Sevilla a Fadrique de Castilla, hermano del Trastámara, y le da muerte. Ese mismo año es apresada, y ejecutada al año siguiente, Juana de Lara, señora de Vizcaya y esposa de Tello de Castilla, otro hermano de Enrique Trastámara. Al parecer el propio Tello avaló la operación. La misma suerte corrió, y en las mismas fechas, el infante Juan de Castilla y Aragón, hijo de la que fue reina de Aragón Leonor de Castilla y Portugal. Al año siguiente es asesinada la propia Leonor, y también lo será la esposa del infante Juan, Isabel de Lara.

Nadie podrá negar que la carnicería fue efectiva. Enrique de Trastámara terminó refugiándose en Francia y poniendo su brazo al servicio del rey francés. La madre de Pedro, María de Portugal, puso tierra por medio y se marchó a su país de origen, donde falleció —de causas naturales, y la precisión es oportuna— en 1357, con cuarenta y cuatro años de edad. El joven rey, mientras tanto, seguía a lo suyo. Cuentan las crónicas que el rey Pedro, sumergido en una auténtica locura de sangre, se hizo llevar a Burgos las cabezas de seis caballeros a los que había condenado a muerte en Sevilla. La lista de cadáveres que Pedro iba acumulando no dejaría de engrosarse en los años siguientes. Con frecuencia encontramos los mismos nombres que en años anteriores habían sido sus mejores aliados: Gutierre Fernández de Toledo, Gómez Carrillo e incluso el judío Samuel Leví, aquel con cuya ayuda había escapado de Toro. Y sin contar los destierros de gente tan principal como el mismísimo arzobispo toledano, Vasco Fernández de Toledo.

A todo esto, la agitada vida sentimental del rey Pedro I de Castilla empezaba a dar frutos que venían a complicar aún más las cosas. María de Padilla ya le había dado dos hijas: Beatriz y Constanza. En 1355 le da una tercera hija, Isabel, mientras Juana de Castro le da un varón: Juan. ¡Un varón! Eso significaba que Pedro tenía un heredero. Por discutida que fuera la legitimidad del matrimonio con Juana de Castro, ese niño no dejaba de ser un posible sucesor de su padre. El pobre muchacho pagaría amargamente ese linaje: pasará casi toda su vida encerrado en el castillo de Soria, prenda de las luchas por el trono castellano. Porque en 1359 María de Padilla daba al fin un hijo varón al rey: Alfonso, al que Pedro haría reconocer como heredero legítimo. A principios de la década de los sesenta, Castilla tenía un rey que era Pedro, un aspirante que era Enrique de Trastámara (exiliado en Francia), un heredero posible que era el niño Juan y un heredero declarado que era el niño Alfonso, ambos fruto de matrimonios que el papa consideraba nulos. Horrible paisaje.

En su vértigo de sangre, Pedro concibió una última y terrible jugada para solucionar su problema marital: asesinar a Blanca de Borbón —la legítima— y coronar formalmente como reina a María de Padilla. La pobre Blanca, encerrada en el castillo de Medina Sidonia, fue efectivamente asesinada en 1361; tenía solo veintidós años. Pedro se apresuró a mover las cosas para que la Padilla fuera reina. Pero María

de Padilla moría a su vez ese mismo año, probablemente víctima de la peste, sumiendo al rey en un salvaje dolor. Pedro reunió a las Cortes en Sevilla. Proclamó ante ellas que su único amor había sido María de Padilla. Obtuvo de las Cortes la anulación de sus otros matrimonios —el de Blanca y el de Juana— y que María fuera declarada reina *post mortem*. Eso significaba también hacer heredero legítimo de la corona al pequeño Alfonso. Desdicha sobre desdicha: Alfonso moría enseguida, en 1362, dejando a Pedro I el Cruel sin más heredero que el otro niño, Juan, fruto de un matrimonio que el propio Pedro había hecho declarar nulo.

Llegados a este punto, es inevitable detenerse y reflexionar un poco sobre la gigantesca insensatez que parece envolverlo todo en la vida del rey Pedro. ¿Estaba loco? ¿Era un criminal en serie? Parece evidente que nuestro personaje tenía un cierto gusto por la sangre ajena, pero de todas maneras, conviene no olvidar que estamos hablando de un momento en el que todo el mundo estaba dispuesto a matar al prójimo... para que no le mataran a uno. La coalición de poderes que se había concitado contra Pedro I era temible: grandes magnates del reino con sus propias huestes, perfectamente capaces de sostener una guerra prolongada. Lo que estaba en juego era precisamente ese poder, que el rey quería limitar y los magnates, como es lógico, aumentar. Lo que salvó a Pedro fue que sus rivales, a su vez, tampoco tenían inconveniente en pelear a muerte entre sí. Todos escribirán páginas de sangre, y no solo Pedro: por ejemplo, los partidarios del Trastámara no dudarán en ejecutar una tremenda matanza en las juderías de Castilla porque los judíos, en general, habían apoyado al rey. De hecho, a este Pedro que pasó a la historia como «el Cruel» otros le llamaron «el Justiciero». Cuestión de puntos de vista. Ya ha quedado dicho que el siglo XIV fue especialmente cruento. Y no solo en España.

No solo en España, en efecto. Mientras Castilla arde, Europa se incendia por la guerra entre Francia e Inglaterra, guerra que en realidad es el contexto que permite entender todas las convulsiones del mundo cristiano en este tiempo. Pronto vamos a ver cómo Castilla y Aragón se hacen presentes en el conflicto franco-inglés. Y no solo por lazos diplomáticos, sino con la participación efectiva de naves y tropas en los campos de batalla europeos. En ese marco, Aragón y Castilla entrarán a su vez en guerra abierta: es la llamada «guerra de los dos Pedros» que opuso a Pedro IV de Aragón, el Ceremonioso, el del «puñalito», con Pedro I de Castilla, el Cruel. Tal para cual. Y de esa guerra de los dos Pedros hay que ocuparse ahora.

La guerra de los dos Pedros

A la España del siglo XIV solo le faltaba una cosa para ser un lugar inhabitable: una guerra entre Castilla y Aragón, los dos principales reinos del país. Y eso fue lo que ocurrió hacia 1356, cuando todos los intereses contrapuestos que cruzaban la península chocaron violentamente entre sí. La crisis castellana se había convertido en un serio problema para Aragón, y las ambiciones de Aragón no resultaban menos amenazantes para Castilla. Hablaron las armas, como no podía ser de otro modo.

Recordemos cuál era la situación de cada reino en este momento. Castilla afrontaba una áspera crisis interior donde se ventilaba la titularidad del trono. En esa crisis había dos personajes que interesaban mucho a la Corona de Aragón: uno, Enrique de Trastámara, hermanastro del rey castellano Pedro I, al que Aragón apoyaba con poco disimulo; el otro, el infante Fernando de Aragón, hermanastro del rey aragonés Pedro IV, al que este no quería ver ni en pintura. De manera que la corona de las cuatro barras se jugaba bastante en la crisis castellana. Aragón, además, aspiraba a consolidar su hegemonía en el Mediterráneo occidental, para lo cual precisaba imponerse a Génova, afianzarse en Murcia y doblegar a los moros en Almería. Pero he aquí que en esos tres frentes tropezaba con Castilla, que era aliada de Génova, que tenía Murcia bajo su control y que había firmado una larga tregua con el reino moro de Granada. El choque entre los dos Pedros era inevitable.

A la altura de 1356, unas naves genovesas fondeaban en Sanlúcar de Barrameda. Los genoveses, estimable potencia naval, eran viejos aliados de Castilla en su intento de dominar Gibraltar y neutralizar a los benimerines de Marruecos. Pero los genoveses eran al mismo tiempo viejos enemigos de Aragón en sus largas pugnas por controlar Cerdeña. Apenas un par de años antes, en 1354, las tropas de Aragón se las habían tenido tiesas con las de Génova en el Alguer. Ganaron los aragoneses, pero Génova seguía siendo su enemiga. Y aquel día de 1356, en Sanlúcar, las naves de Aragón persiguieron a las de Génova, les dieron caza y las hundieron. Aragón atacaba a un aliado de Castilla. Y el propio rey de Castilla, Pedro I, estaba allí, viéndolo todo. Esa fue la chispa que prendió la mecha.

Sin duda Pedro IV de Aragón había sobreestimado sus fuerzas. Castilla era un caos, pero sus tropas estaban muy en forma. La Corona de Aragón no solo debía atender frentes muy lejanos —Córcega, Cerdeña, Sicilia—, sino que además había sido severamente golpeada por la peste. Por el contrario, Castilla, menos afectada por la enfermedad, mantenía en pie de guerra numerosas huestes movilizadas para sus querellas internas y que ahora iban a encontrar mejor destino. Y aunque Aragón contaba con el refuerzo de sus aliados en Castilla —Enrique de Trastámara y el infante Fernando—, esta guerra será una sucesión de sinsabores para los aragoneses.

Las tropas de Pedro de Castilla penetran en territorio aragonés y valenciano. No

tardan en tomar plazas determinantes como Teruel, Caudete, Alicante y Villena. Incluso por mar se impone la superioridad castellana. En 1357 hay un intento de tregua, pero queda inmediatamente frustrado. ¿Por qué? Porque bajo la guerra abierta entre Aragón y Castilla hay otra guerra civil entre Pedro I y el Trastámara que le disputa la corona, y aun una tercera entre el rey de Castilla y su primo el infante Fernando de Aragón, que, a falta de trono, ambiciona quedarse con Murcia. En 1358 Enrique de Trastámara entra en Soria con una nutrida hueste mientras Fernando invade Murcia y se dirige contra Cartagena. Pedro reacciona enviando una flota contra Valencia. Mal paso, porque una galerna destroza dieciséis de las dieciocho naves que componían la escuadra. Pero dice la crónica que al rey de Castilla le bastarán ocho meses para reparar quince de ellas, armar doce más y hacerse traer otras diez galeras del rey de Portugal y hasta tres barcos del rey de Granada, que, recordemos, era aliado suyo. En cuanto tenga la flota lista, Pedro capitaneará una nueva singladura contra Barcelona e Ibiza. Realmente la potencia castellana era temible.

Las cosas parecen cambiar hacia septiembre de 1359, cuando Enrique de Trastámara y su hermano Tello derrotan a una hueste de Pedro de Castilla en Araviana, Soria. En la refriega muere nada menos que Henestrosa, el astuto tío de María de Padilla y valido del rey. Pedro, en represalia, ordena ejecutar a otros dos hermanos Trastámara que tenía presos, Juan y Pedro, de diecinueve y catorce años respectivamente. Es el mismo año en que manda asesinar a su tía Leonor, la exreina de Aragón, madre del infante Fernando, su otro oponente. Así se las gastaba Pedro el Cruel. ¿Esperaba Pedro domar a sus inquietos aristócratas con este tipo de escarmientos? Es posible, pero lo que pasó fue lo contrario: ante la sanguinaria conducta del rey, crece el número de nobles que huye del lado de Pedro. ¿Y dónde buscan cobijo? En las filas de Enrique de Trastámara, que veía cómo, pese a sus escasas glorias militares, crecía el número de su partido.

Fiado en su ascendiente sobre tanto magnate fugitivo, y ardiendo en deseos de venganza por el asesinato de sus hermanos, Enrique decide tomar la iniciativa. El Trastámara se dirige a Pedro IV de Aragón y se le ofrece para dirigir una ambiciosa campaña de invasión de Castilla. El Pedro aragonés ve una excelente oportunidad para asestar un golpe definitivo al Pedro castellano, pero los consejeros de Aragón no las tienen todas consigo: desconfían de Enrique y prefieren al otro aspirante al cetro de Castilla, el infante don Fernando, que además de hermanastro del rey aragonés es nieto de un rey castellano y, por tanto, tendrá mejor derecho para ocupar el trono. Enrique se niega en redondo, y tanto porfía que opta por atacar con o sin el apoyo expreso de Aragón. Ha empezado ya la primavera de 1360 cuando Enrique de Trastámara se apodera de la villa de Nájera.

Pedro el Cruel actuó como de costumbre. Montó en cólera y marchó sobre Nájera

con una hueste de diez mil infantes y cinco mil jinetes. Viendo enemigos por todas partes, mandó matar a Pedro Álvarez de Osorio, a los hijos del magnate vallisoletano Fernán Sánchez, al arcediano de Salamanca Diego Arias Maldonado, a un tal Pedro Martínez le hizo cocer en un caldero, y a un tal Pedro Sánchez ordenó asarlo en su presencia. Cuando llegó a las cercanías de Nájera, salió a su encuentro un fraile de Santo Domingo de la Calzada. El clérigo transmitió al rey una inquietante confidencia: el propio santo se le había aparecido para decirle que Pedro se arriesgaba a morir a manos de su hermanastro. La reacción de Pedro fue brutal: mandó quemar vivo al fraile. Y hecho esto, lanzó a sus tropas contra Nájera. Las huestes de Enrique retrocedieron ante la avalancha. Superados en todos los frentes, terminaron encerrándose en la ciudad. Pedro le puso sitio. Los de Enrique estaban perdidos. Pero en ese momento, Pedro volvió a hacer algo sorprendente: abandonó el cerco y regresó a Sevilla.

¿Por qué Pedro el Cruel abandonó el cerco? Las crónicas dicen que el rey castellano era tremendamente supersticioso, y que aquella misma mañana de finales de abril, cuando se dirigía a los muros de Nájera, setropezó por el camino con un rudo escudero que volvía del combate llorando la muerte de un camarada. El rey, aún afectado por la profecía del fraile de Santo Domingo, y ahora golpeado por la visión de aquel escudero, temió por su vida. Y por otra parte, un legado pontificio le esperaba en Aguilar para tratar paces. El hecho es que Pedro se marchó. Enrique de Trastámara no tardó ni cuarenta y ocho horas en poner pies en polvorosa. Aquel episodio decidiría el destino de Castilla, pero eso lo veremos más adelante.

¿Para qué volvió Pedro a Sevilla? Para continuar con sus purgas. En la capital hispalense le esperaba un regalo: las tripulaciones de cuatro galeras aragonesas, con su capitán valenciano al frente, capturadas por las naves castellanas. Pedro mandó matar a todos. Al mismo tiempo, acababa de firmar un pacto con el rey de Portugal para que cada cual entregara a los refugiados en sus respectivos reinos. Los desdichados castellanos que habían buscado cobijo en Portugal terminaron en manos de Pedro el Cruel, que una vez más hizo honor a su apodo. Entre las víctimas de esta nueva purga había un anciano: Pedro Núñez de Guzmán, padre de Leonor de Guzmán; el abuelo de Enrique de Trastámara. Y satisfecha la cuota de sangre, el rey de Castilla volvió a lanzarse contra Aragón, esta vez en la frontera de Zaragoza, desde Berdejo hasta Alhama. Otros sucesos, sin embargo, obligaron a Pedro de Castilla a detenerse y firmar una tregua con Aragón. ¿Qué ocurrió?

Ocurrió que, en plena refriega con Aragón, a Pedro de Castilla se le incendió el paisaje por otro punto: los musulmanes de Granada cruzaban la frontera y atacaban plazas castellanas. ¿Y no había firmado Pedro la paz con Granada? Ya no. La situación en la España mora no era más estable que en la España cristiana. El emir Mohamed V, aliado de Castilla, había sido derrocado por una conspiración palaciega

en 1359. Un nuevo emir, Ismail II, hermanastro del anterior, había tomado el poder. Y apenas un año después, este Ismail era a su vez asesinado por un cuñado suyo que subió al trono como Mohamed VI. La primera decisión del nuevo monarca sería atacar al enemigo cristiano.

Esta guerra de Castilla contra Granada no tuvo realmente mucha historia. Los musulmanes atacaron varias plazas fronterizas con fortuna, pero, pasado el efecto de la sorpresa, retrocedieron ante la potencia castellana. El 21 de diciembre de 1361 los musulmanes sufren una derrota decisiva en Linuesa, donde pierden miles de hombres. Logran recuperarse pocas semanas después en Guadix y detienen una ofensiva castellana, pero será para volver a perder terreno inmediatamente. Antes de que llegue la primavera de 1362 Pedro I ha tomado toda la línea al norte del Genil, desde Benamejí hasta Zagra, a setenta kilómetros de la capital granadina. El rey Mohamed VI se rinde a la evidencia y opta por buscar la paz. No habrá lugar: el anterior rey, Mohamed V, el amigo de Pedro, sigue vivo y el castellano desea devolverle el trono. Mohamed VI, que había conspirado para elevar al trono a Ismail II y que después había asesinado a este para coronarse, será muerto a su vez en Sevilla por mano de Pedro I el Cruel.

Resuelto el problema granadino, Pedro de Castilla romperá la tregua y volverá a la carga contra Pedro de Aragón. La ofensiva castellana es avasalladora: primero Ariza, Ateca, toda la línea del Jalón. Calatayud soporta un duro asedio. Al año siguiente, 1363, el escenario se sitúa más al sur: los castellanos entran por Cariñena y Teruel, atraviesan el sur del Maestrazgo y llegan hasta Segorbe y Sagunto antes de plantarse ante los mismísimos muros de Valencia. La Corona de Aragón está al borde de una derrota sin precedentes. Castilla no combate sola: tropas de Navarra y de Portugal auxilian a Pedro I. El otro Pedro, el aragonés, solo cuenta con las capitidisminuidas huestes de Enrique de Trastámara y el respaldo diplomático de Francia. Solo la intervención papal, hacia 1365, pudo detener el conflicto. Y será por poco tiempo.

Pero llegados a este punto conviene ampliar el foco, porque, a estas alturas del relato, la guerra de los dos Pedros, que había comenzado como prolongación de la guerra civil castellana, había terminado convirtiéndose en un caso particular de la guerra que oponía a Francia e Inglaterra. Mientras Aragón busca la alianza francesa, Castilla hace lo propio con los ingleses. Franceses e ingleses no tardarán en hacer acto de presencia en nuestras tierras. De manera que, para entender el cuadro en su conjunto, hay que hablar de la famosa Guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra, y de cómo determinó los sucesos que a iban a acaecer en España.

La guerra de los Cien Años (que en realidad fueron 116)

En el siglo XIV, lo que hoy conocemos como Francia no era propiamente un Estado, sino una dispar reunión de señoríos que dependían, unos, de la corona francesa y otros (los menos) de la inglesa. La gran apuesta de la corona francesa en el siglo anterior había sido precisamente recuperar los territorios vasallos de Inglaterra. Pero la obra de unificación emprendida por San Luis y sus descendientes se vino abajo cuando la dinastía Capeta se extinguió en 1328 sin herederos varones. En semejante situación, el rey Eduardo III de Inglaterra, sobrino carnal de Felipe V, el último capeto, planteó sus derechos al trono francés. Así empezó una larga guerra que iba a afectar profundamente a los reinos españoles.

Vaya por delante que Eduardo de Inglaterra tenía razones para reclamar la corona. Su madre era Isabel de Francia («la Loba de Francia»), una mujer que el cine nos ha retratado como dulce dama (es Sophie Marceau en *Braveheart*), pero que en realidad —hay que insistir en ello— era una señora de armas tomar. Isabel era hija del rey Felipe IV de Francia (llamado el Hermoso y al que aquí hemos apodado «el Siniestro») y hermana de Luis X, Felipe V y Carlos IV, reyes de Francia muertos sin descendencia masculina. Eduardo, por tanto, podía invocar los derechos de su madre. Ahora bien, la corte francesa, precisamente para regular los derechos al trono, llevaba años aplicando la vieja ley sálica, de origen germánico, que vetaba la corona a las mujeres. Y sin heredero varón directo ni heredera mujer posible, ¿quién podía ser rey de Francia? Los franceses buscaron a un niño: Felipe de Valois, hijo del hermano menor del difunto Felipe IV. Al inglés Eduardo le correspondía ahora prestar vasallaje al nuevo rey Felipe por los señoríos que la casa real inglesa conservaba en Francia. Pero Eduardo no estaba dispuesto a semejante cosa porque pensaba que la corona era suya. Y así los dos primos comenzaron a hacerse la guerra.

Esta fue una guerra eminentemente feudal: el objetivo mayor de ambos contendientes era desgastar lo más posible la autoridad del otro en sus respectivos señoríos. Eduardo intentaba que las tierras propiedad de la corona francesa rompieran su fidelidad hacia Felipe. ¿Cómo? Arrasando campos y ciudades de manera que la población se viera desprotegida por su rey y, en consecuencia, se acogiera a la protección de Eduardo. Felipe, por su parte, trataba de arrancar de las manos de Eduardo las posesiones que aún conservaba en suelo francés. ¿Cómo? Invadiéndolas abiertamente, como hizo en Gascuña, y forzando de esta manera un cambio de vasallaje. No fue una guerra de caballeros: el propósito de socavar la autoridad del enemigo en sus propios feudos incluía el recurso al saqueo, al arrasamiento de campos y a la aniquilación o al cautiverio masivo de campesinos. Pronto se hará difícil distinguir entre soldados y bandoleros. Una guerra horrible, en fin. Un cronista del XIV francés, Jean Froissart, puso en boca de uno de los grandes jefes guerreros de

la época, Aymerigot Marchés, una parrafada que define bastante bien la atmósfera de aquel conflicto. Dice así:

No existe en este mundo recreo ni alegría mayor que el ser hombre de armas y guerrear, y un salteador que se retira lo lamenta después. ¡Cómo gozamos cuando cabalgamos a la ventura y podemos toparnos por los campos con un rico abad, con un comerciante o con una caravana de mulas cargada de paño, pieles, especias o telas de seda! ¡Todo es nuestro o se rescata a nuestro antojo! Todos los días tenemos dineros nuevos. Los villanos de Auvernia y del Lemosín nos abastecen en abundancia y nos traen graciosamente trigo, harina, pan cocido, avena, paja para los caballos, buenos vinos, bueyes, ovejas, carneros cebados y toda clase de aves y caza. Vestimos como reyes y cuando cabalgamos todo el país tiembla ante nosotros. ¡A fe mía, no hay mejor vida que esta!

No puede extrañar que, en semejante paisaje, los campesinos terminaran sublevándose. Fue la llamada «revuelta de la Jacquerie» —el nombre viene de la *jacque*, la chaqueta típica de los labriegos—, hacia 1355, que sembró el caos en Francia. La cosa llegó hasta el punto de que los Estados Generales de París, capitaneados por el preboste de los mercaderes, Etienne Marcel, trataron de doblegar la autoridad regia. Hubo auténticos baños de sangre en la capital. Enseguida lo veremos con más detalle, porque en medio de todos estos trastornos hubo un español: el rey Carlos de Navarra. Pero adelantemos que Marcel acabará pagando con la vida —le asesinaron sus propios cofrades en 1358—, y el dato es elocuente sobre la profunda crisis que Francia atravesó en aquellos años.

A la altura de nuestro relato, hacia el año 1360, ya había una segunda generación en guerra: en Francia reinaba Juan II, hijo de Felipe, y en Inglaterra crecía la figura del llamado «Príncipe Negro» (dicen que por el color de su armadura), Eduardo, hijo del rey Eduardo III. Los ingleses habían vencido en dos grandes batallas: Crecy y Poitiers, donde cayó preso el rey francés. De esa última batalla salió un tratado, el de Brétigny, muy ventajoso para Inglaterra, que se hizo con Calais, en el norte, y con los ducados de Guyena y Aquitania, es decir, todo el suroeste de Francia. A cambio Eduardo III renunció al trono francés y en sus nuevas posesiones dejaba como gobernador a su heredero, el Príncipe Negro. Un dato curioso: después del Tratado de Brétigny, el rey francés Juan quedó libre y en su lugar fueron entregados como rehenes varios parientes suyos; pero he aquí que uno de ellos escapó, de manera que Juan consideró su deber retornar al cautiverio y se entregó a los ingleses, dejando a su hijo Carlos como regente del trono. Nobleza obliga. Juan morirá preso en Londres en 1364.

¿Y qué les iba a los reinos españoles en todo esto? Mucho. Castilla, por ejemplo,

tenía un vivo interés en que no creciera el poderío inglés en la costa atlántica. ¿Por qué? Porque en aquel momento Castilla ya era una potencia mercantil de primer orden, todo el reino producía lana en grandes cantidades (aquella revolución ganadera impulsada por Alfonso X el Sabio) y los barcos cántabros que la transportaban eran los dueños absolutos del golfo de Vizcaya y de las rutas hacia el norte de Europa. En esas condiciones, nada más inconveniente que ver a otro productor de lana — Inglaterra— asentado en aquellas aguas. Parece que los ingleses trataron de llegar a algún tipo de acuerdo, pero Castilla siempre se negó. Más aún: la corona castellana permitió a Francia alquilar barcos de guerra en los puertos cántabros y procuró estrechar lazos con la corona francesa; a esa política obedecía, por ejemplo, el matrimonio de Pedro I con Blanca de Borbón, del que tanto hemos hablado ya. La alianza de Castilla con Francia no fue solo diplomática: a la altura de 1350 hubo una notable batalla naval en aguas de Winchelsea, en el sureste de Inglaterra, donde la flota lanera castellana, que volvía de Flandes, fue atacada por la flota inglesa, que se preparaba para pasar a Francia. La batalla terminó en derrota castellana, aunque el rey de Inglaterra, para cerrar frentes, se apresuró a firmar un acuerdo de libre circulación marítima con Castilla.

Pero no solo Castilla contaba aquí. También Aragón y Navarra estaban del lado francés en aquella guerra. Aragón, porque nada podía interesarle más que llevar la atención francesa hacia el norte, y apartar así al incómodo vecino de los grandes negocios del Mediterráneo. Es verdad que Pedro IV el Ceremonioso («el del puñalito») dejará a sus caballeros alistarse en las filas inglesas si así lo desearan, pero eso formaba parte de los privilegios personales del guerrero; en todo lo demás, la política aragonesa será inequívocamente pro francesa desde el principio hasta el final. Después de largos años de conflicto por la cuestión siciliana, la alianza francesa representaba para Aragón una oportunidad de oro. En cuanto a Navarra, conviene recordar que aquí gobernaban dinastías francesas desde mucho tiempo atrás. En principio Navarra estaba del lado francés, pero, por así decirlo, con demasiada intimidad: el rey de Navarra en estos años, Carlos II, llamado «el Malo», era nieto del rey de Francia Luis X y no dejó de meter la nariz en el conflicto con la nada velada aspiración de hacerse con el trono francés. Carlos II conspirará con Marcel en la revuelta de los burgueses de París, moverá cuantos hilos pueda para ceñir la corona francesa y estará implicado en todos los jaleos del país vecino. De hecho, todo lo que pasa en Francia en estos años es incomprensible si no se pone en primer plano la controvertida figura de Carlos el Malo. Enseguida lo veremos.

Este paisaje de alianzas, donde los reinos españoles en general se alineaban con Francia, cambió sensiblemente con la llegada al trono castellano de Pedro I. Aquí ya hemos visto con qué obstinación Pedro desdeñó a Blanca de Borbón por su encelamiento (valga el término en su acepción zoológica) con María de Padilla. La

broma tuvo consecuencias políticas inmediatas, porque en Francia aquello sentó fatal. Y por otra parte, el gran enemigo de Pedro I, Enrique de Trastámara, derrotado en Castilla, se exiliaba en Francia y se ponía al servicio del rey vecino, lo cual daba un giro imprevisible a la situación. Unas cosas y otras condujeron a Castilla a abandonar la alianza francesa y acercarse a Inglaterra. El acuerdo sobre la flota cántabra —aquel que vino después de la batalla de Winchelsea— se convirtió en trampolín para estrechar lazos. Los puertos cántabros quedaron cerrados para Francia, que ya no pudo alquilar allí más barcos. A los franceses no les quedó otro aliado posible que Aragón.

La inmediata guerra entre Castilla y Aragón —la guerra de los dos Pedros que ya hemos visto aquí— fue en ese sentido una prolongación de la guerra de los Cien Años entre Inglaterra y Francia. Los movimientos castellanos favorecían a Inglaterra; los movimientos aragoneses, a Francia. La potencia naval castellana hizo estragos en el litoral mediterráneo. Pedro I el Cruel, constatando que Aragón flaqueaba, redobló sus ofensivas. Los castellanos llegaron a asolar las costas del Levante y a tomar plazas decisivas del poder aragonés. Todo eso sumaba puntos en el balance inglés. Y Francia, por su parte, se veía empujada a frenar a Castilla como fuera. ¿Pedro I era consciente de que cada victoria suya representaba una amenaza nueva ya no para Aragón, sino para Francia? Es difícil saberlo. El hecho es que hacia 1366 Francia decidió intervenir. No contra Castilla, sino contra Pedro.

En aquel momento estaba ya en el trono francés Carlos V, llamado «el Sabio». Carlos recapacitó. La guerra con Inglaterra se hallaba en un momento de relativa tregua tras el humillante Tratado de Bretigny. Pero las victorias de Pedro de Castilla, y en particular su proyección naval hacia el Mediterráneo, le creaban un problema imprevisto: un aliado de Inglaterra podía cambiar el paisaje por el sur. Si el Pedro castellano doblegaba al Pedro aragonés, Francia quedaría atrapada en una tenaza entre Inglaterra y Castilla. Era preciso ayudar a Aragón, pero la corona francesa estaba arruinada tras largos años de guerra; por otro lado, una intervención directa en España despertaría el recelo de los ingleses y renovarían las hostilidades con estos en territorio francés. Había, además, otra cuestión: lo que Francia necesitaba ante todo era una marina de guerra eficaz como la castellana; o sea que su interés no estaba tanto en vencer a Castilla como en ponerla a su lado, algo que solo podría ocurrir con un cambio en el trono. Aragón, por su parte, necesitaba desesperadamente la ayuda francesa; sin ella, terminaría vencida por Castilla. ¿Y quién era el embajador de Aragón ante el rey de Francia? Enrique de Trastámara, el hermanastro del rey Pedro I y aspirante al trono castellano.

El rey de Francia decidió actuar. No entraría en guerra al lado de Aragón, sino que ayudaría a Enrique de Trastámara a tomar el trono de Castilla. Después de todo, la casa real francesa tenía una vieja cuenta que saldar: el triste destino de Blanca de

Borbón, esposa legítima de Pedro I, muerta en 1361, verosíblemente asesinada por orden de su despiadado marido. Y para semejante operación, Francia no necesitaba enviar huestes de la corona. Tenía a las mesnadas de mercenarios que años atrás habían pasado el territorio a sangre y fuego y que ahora se hallaban aquí y allá, desperdigadas e inactivas, creando problemas por todas partes. Los campos de batalla de Castilla serían un excelente destino para esas «compañías blancas», como se las llamaba por el color de sus banderas. Así Francia ayudaría a Aragón y detendría a Pedro el Cruel... provocando una guerra civil en Castilla. Y eso iba a cambiar la historia de España.

Pero en nuestro relato de los acontecimientos ha surgido ya varias veces el nombre de Carlos el Malo, el rey de Navarra, que iba a jugar un papel protagonista en las convulsiones de la guerra de los Cien Años. Con él descubriremos también aventuras asombrosas, como aquella vez que una compañía navarra se dispuso a conquistar nada menos que Albania. Así que hagamos un paréntesis y pongamos el foco en Carlos, sin duda uno de los personajes más controvertidos de este periodo. Su historia merece punto y aparte.

Aquel rey de Navarra al que llamaron «el Malo»

A Carlos de Navarra le llamaron «el Malo» los franceses, no los españoles, pero hay que conceder que el personaje, bueno, lo que se dice bueno, no era. En su lucha por la corona francesa protagonizó episodios espantosos. Hubo un largo periodo en el que la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra pivotó en torno a la calenturienta cabeza del rey de Navarra. Su horrible muerte pareció concebida a propósito para rubricar una vida tan llena de sangre ajena. Si se hubiera salido con la suya, hoy Navarra sería un simple departamento francés. No fue así.

La Navarra de este tiempo, mediados del siglo XIV, era un territorio de contornos no muy distintos a los actuales, relativamente pacífico (al menos, en comparación con Castilla) y bien organizado, con unos 200.000 habitantes y una lucrativa vida económica basada en la minería de metales y en el paso de vías comerciales, actividades ambas que dejaban buenas rentas a la corona. Una bicoca de no ser porque la peste había hecho estragos: se calcula que en ciudades como Pamplona o Sangüesa desaparecieron hasta el 60 por ciento de los vecinos, muertos la mayoría, emigrados los demás. Para ennegrecer el paisaje, aquellos años fueron testigos de cruentas persecuciones contra los judíos, prolongación de las que se habían producido en Francia.

En Navarra venían reinando linajes franceses desde más de un siglo atrás. Eso no disminuía el roce de Pamplona con sus vecinos castellanos y aragoneses (roce frecuentemente áspero), pero orientaba necesariamente la política navarra hacia cuanto pasaba en Francia, donde la familia real tenía intereses directos. Nuestro personaje, Carlos II, había nacido en Evreux, Francia, hijo de Felipe III y de Juana II. Juana y Felipe eran franceses y, de hecho, raras veces estuvieron en Navarra pese a ceñir su corona. Por ambos progenitores, Carlos descendía de los reyes del país vecino. Además podía invocar derechos sobre territorios tan distantes como Borgoña, Brie, Champaña y Angulema. Pero el dato fundamental era este otro: su abuelo materno, el rey francés Luis X, el último capeto, había muerto sin descendencia y dejaba el trono abierto a la incertidumbre. Desde entonces Carlos vivió obsesionado por hacerse con la Corona de Francia.

Carlos llegó al trono navarro en 1350. Su padre había muerto en Jerez durante el asedio de Algeciras; a su madre la mató la peste cerca de París. Nuestro protagonista tenía diecisiete años cuando fue coronado. Pese a haber vivido más tiempo en Francia que en Navarra, no desconocía los usos de su reino: hablaba perfectamente castellano, había intervenido varias veces ante las Cortes y, en fin, sabía qué terreno pisaba. Lo primero que hizo fue confirmar el tratado de paz suscrito con Aragón. Lo segundo, firmar otro tratado semejante con Castilla. Lo tercero, purgar con mano dura a los caballeros navarros que consideraba poco afectos a su persona: en Pamplona

mandó colgar de un puente a un merino y ocho caballeros. Y hecho todo esto, dejó a su hermano Luis como regente y se marchó a Francia para pelear por el trono. Tardaría diez años en volver a Navarra.

¿Podía Carlos el Malo ser rey de Francia? En rigor, no: los franceses habían resucitado la ley sálica, que vetaba a las mujeres el acceso al trono, para bloquear la sucesión. Con esa ley, Juana, la madre de Carlos, quedaba excluida, de modo que los derechos de Carlos se reducían a cero. Pero en el marasmo sucesorio francés, agravado por la guerra con Inglaterra, todo era posible. Carlos llega a Francia. De momento no aspira a la corona, sino a recuperar las posesiones normandas y borgoñonas de su familia. Se casa con la niña Juana de Valois (once años), hija del rey francés Juan II. Es 1352. Carlos era astuto e intrigante. No tardó en ganarse el apoyo de una parte notable de la nobleza francesa, incluso de la burguesía de París. ¿Por qué? Resumamos el asunto diciendo que Carlos de Navarra ofrecía tanto a nobles como a burgueses un horizonte tranquilizador.

Hay que recordar que Francia no era un Estado propiamente dicho, sino una colección de señoríos sujetos a distintos vasallajes, y muchos de ellos rendían tributo a los reyes ingleses. Ahora bien, la dinastía reinante en Francia, los Valois, estaba empeñada en una guerra con Inglaterra que, entre otras cosas, implicaba que los grandes señores se sometieran a la corona francesa; señores, insistamos en ello, cuyos vínculos con Inglaterra, por el mosaico feudal francés, no eran menos estrechos que con el propio rey de Francia. En ese complejísimo contexto apareció Carlos de Navarra para ofrecer su propia alternativa: confirmar los derechos aristocráticos, paz con Inglaterra, libertad de comercio en el canal de La Mancha... Un programa muy apetecible para demasiada gente, y en particular para los aristócratas normandos y para las ciudades comerciales del norte. Con toda propiedad puede hablarse de un «partido navarro» en la Francia de este momento. Y Carlos II era su cabeza.

El rey Juan de Francia no ignoraba las intrigas de Carlos. Solo esperaba una oportunidad para neutralizar al incómodo navarro. Y esa oportunidad llegó en 1354, cuando las gentes de Carlos asesinaron al condestable de Francia, Carlos de la Cerda, descendiente de los De la Cerda castellanos, también llamado Carlos de España. ¿Qué pasó? El obispo García de Eugui, confesor de Carlos el Malo, lo cuenta así:

Un día, estando en la corte del rey de Francia don Carlos de España, que era condestable de Francia, dijo públicamente grandes palabras y malas y grandes injurias de este rey de Navarra. Estas palabras supieron el noble don Martín Enríquez y los otros ricos hombres, caballeros y escuderos navarros que en servicio del dicho rey estaban, y fueron un día a un lugar donde el dicho condestable estaba y entraron por la fuerza y mataron al dicho Carlos de España, condestable de Francia. Y por esto tuvo el rey muchos que le quisieron mal en Francia, y de hecho el rey de Francia procedió contra este

rey de Navarra y le tomó todos los lugares que tenía en Normandía y en Francia, y derribóle todas las fuerzas que eran suyas.

En realidad el asunto venía de atrás. A este Carlos de la Cerda el rey Juan de Francia le había dado el condado de Angulema, que Carlos de Navarra consideraba suyo. Además, para elevar a aquel castellano al estatuto de condestable de Francia, Juan había ordenado asesinar al anterior condestable, Raúl de Brienne, que era amigo del navarro. Tantos honores irritaron mucho a Carlos el Malo. Pero hay más. Carlos de la Cerda, Carlos de España, era el hombre a quien Juan había confiado la misión de deshacer la red de alianzas que el navarro había tejido. Y por si eso fuera poco, en aquel momento Carlos de la Cerda, en nombre del rey de Francia, entraba en conversaciones con los ingleses para firmar la paz; exactamente lo que más podía inquietar a Carlos el Malo, pues él se presentaba a sí mismo como único garante de esa paz con Inglaterra. La suerte del condestable estaba echada. Parece que el propósito del navarro no era asesinar a De la Cerda, sino simplemente apresarle, pero los ejecutores de la orden, capitaneados por Felipe, hermano del rey de Navarra, fueron demasiado lejos. Carlos de la Cerda murió bajo ochenta tajos de espada.

Dicen que el rey Juan, al conocer la noticia, quedó tan afectado que se tumbó en la cama y allí permaneció un par de días. Si esto hubiera pasado en Castilla o en Aragón —o en la propia Navarra—, Carlos el Malo no habría durado vivo más de veinticuatro horas por semejante afrenta a la corona. Pero esto era Francia, el poder del rey era mucho menor que en España y, al revés, los grandes señores feudales estaban en condiciones de imponer su ley al monarca. Carlos de Navarra, con sus alianzas normandas y borgoñonas, ya era uno de esos grandes señores. De modo que el navarro se dijo «a lo hecho, pecho», asumió las responsabilidades por el asesinato del condestable De la Cerda y al mismo tiempo mostró sus poderes: reforzó los castillos normandos, reclutó tropas en Brujas y tendió lazos con los ingleses, que le enviaron ayuda militar. Aquella exhibición de poder noqueó al rey de Francia. Carlos el Malo se había convertido de hecho en duque de Normandía, aun sin poseer oficialmente ese título; incluso se le permitió impartir justicia al margen de París.

Todo marchaba sobre ruedas para el navarro. Respaldado por el partido normando y apoyado militarmente por Inglaterra, su influencia sobre Francia era cada vez mayor. El rey Juan se veía obligado a firmar humillantes tratados con los ingleses y cada rúbrica era un peldaño que ascendía Carlos el Malo. Pero aquí fue donde Carlos cometió un error fatal.

Ocurrió que los reyes de Inglaterra y Francia, a instancias del papa, abrieron negociaciones de paz. Al papa, fiel aliado de Francia, le interesaba sobre todo detener la guerra y que Juan conservara su corona. El rey Eduardo III de Inglaterra, por su parte, podría aceptar esa propuesta si a cambio recibía suficientes cesiones en territorio francés. El acuerdo era posible. Pero para nuestro protagonista, Carlos el

Malo, semejante pacto sería catastrófico, porque mermaría radicalmente su poder. ¿Qué hizo Carlos? Intrigar, como de costumbre. A través de Juan de Gante, hijo de Eduardo III, el navarro hizo llegar al rey de Inglaterra una propuesta alternativa: repartirse Francia entre los dos. Eduardo, rey de Inglaterra, tendría la corona francesa. Carlos, a cambio de su ayuda, obtendría Normandía, Champaña, Brie y el Languedoc, es decir, una porción importantísima de Francia. Era un buen plan, pero el inglés no era tonto: puestos a elegir entre un rey de Francia y un rey de Navarra, siempre era más seguro apostar por el caballo más fuerte; por otro lado, a Eduardo III un pacto con Carlos el Malo solo podía traerle más guerras con Francia, ¿y para qué, si podía conseguir lo mismo firmando la paz con el francés? El navarro no tuvo pacto. Y aún peor: quedó en evidencia, porque el rey Juan —el francés— no tardó en descubrir su juego.

La cólera del rey de Francia cayó con todo su peso sobre nuestro personaje: Carlos el Malo fue apresado y encerrado, mientras cuatro de sus caballeros eran decapitados sin juicio alguno. Fue una escena digna de un libro de caballerías. El delfín Carlos (el hijo y heredero del rey Juan) dio una fiesta en su castillo de Ruan. Carlos el Malo acudió como los demás aristócratas. En un momento del festejo, el rey Juan II entró en la sala con varios guerreros, todos armados y gritando: «¡Que nadie se mueva si no quiere morir por esta espada!». El rey se dirigió hacia Carlos el Malo, le derribó de la silla y le increpó: «¡Traidor, no eres digno de sentarte a la mesa con mis hijos!». La guardia del rey encadenó al navarro. Era el 5 de abril de 1356. A partir de este momento, Carlos el Malo permanecerá preso en varios castillos franceses: el Louvre, Châtelet, Arleux... Todas las gestiones emprendidas para liberarle fueron infructuosas.

Sin embargo, el rey Juan no tardaría en arrepentirse de su acción. La gran mayoría de los señores normandos, partidarios de Carlos, decidió pasarse claramente al bando inglés. Eduardo III de Inglaterra, viendo vía libre en el país, intensificó sus ofensivas. Al rey de Francia no le quedó otra opción que presentar batalla en Poitiers. Fue el 19 de septiembre. Los arcos largos de los ingleses —la gran innovación táctica del momento— destrozaron a la caballería francesa. El rey Juan cayó preso. Y mientras tanto, Carlos el Malo, aun en cautiverio, veía cómo su partido crecía sin pausa en el reino de Francia. Ahora es cuando el navarro jugará sus bazas más arriesgadas. También las más sangrientas.

En efecto, tan fuerte era la influencia de Carlos II de Navarra en las cosas de Francia, que incluso cautivo no dejó de recibir adhesiones. Ahora, año de 1356, con el rey Juan preso de los ingleses tras la batalla de Poitiers y el joven delfín Carlos (otro Carlos) al frente de los negocios del reino, todos los descontentos con la política de la corona levantaron la voz. Y todos eran amigos o aliados o socios de Carlos de Navarra. En particular el líder de los burgueses de París, el preboste Etienne Marcel.

La situación era delicadísima para la corona francesa. El delfín Carlos, heredero y regente del trono, que pasaría a la historia como «el Sabio», no ignoraba su débil posición. Por eso se apresuró a convocar Estados Generales (las Cortes de la época) para mostrar su buena voluntad a los magnates del reino y a los burgueses de París. Estos últimos formularon al delfín una lista de peticiones más o menos razonables; entre ellas, cambiar a los consejeros del regente y perseguir a los funcionarios corruptos. Pero en la lista había algo que Carlos el Sabio no podía aceptar: excarcelar a Carlos de Navarra. Tanto no podía aceptarlo, que el sabio delfín hizo enormes concesiones —por ejemplo, dejar a los Estados Generales el control de la finanzas del reino— con tal de no liberar al peligroso navarro. ¿Fue suficiente? No. Dar más poder a los aliados de Carlos el Malo solo sirvió para que el delfín se viera finalmente obligado a firmar el indulto de su enemigo.

A partir de aquí todo se desarrolla en el espacio de unos pocos meses. El 9 de noviembre de 1357 Carlos el Malo es liberado. Sus aliados, empezando por Etienne Marcel y los burgueses de París, le preparan un recibimiento triunfal, propio de un rey. El navarro aprovecha para levantar un ejército con huestes normandas, inglesas y de la propia Navarra, y plantea abiertamente sus derechos al trono. En París, mientras tanto, el delfín se las ve y se las desea para calmar a los descontentos. Y en Londres, el cautivo rey de Francia, Juan, llega a un arreglo con el rey de Inglaterra, Eduardo, para repartirse el país. El caos es fenomenal. Caos que las bandas mercenarias que pululan por el reino, sin guerra que librar, aprovechan para saquear Francia a conciencia. Todo está manga por hombro.

Lo que comienza en este momento es una especie de guerra civil a cuatro bandas. El delfín Carlos leyó correctamente la situación —por algo le llamaron «el Sabio»— y convirtió su debilidad en ventaja: ante el caos producido por los saqueos de los mercenarios, acusó a los Estados Generales y al preboste Etienne Marcel de no cumplir con sus obligaciones y levantó su propio ejército. Mientras Carlos el Malo seguía a lo suyo en el norte, Marcel se encontraba con que todo se le torcía. Necesitaba hacer algo, y rápido. ¿Qué hizo? Aprovechar el tratado de Francia e Inglaterra para mostrarlo ante el pueblo como una traición a los intereses franceses y, subido en ese caballo, dar un golpe de Estado: Marcel se presentó en París con tres mil hombres, populacho armado; asaltó el palacio real, dio muerte a los mariscales del ejército del delfín ante la propia mirada del heredero, y simbólicamente cubrió la cabeza de este con la caperuza roja y azul, los colores del pueblo de París. Con el delfín en su poder, Marcel hizo algo más: decidió dar puerta a Carlos el Malo y apartarle del juego; al fin y al cabo, ya tenía todo el poder y no necesitaba para nada al peligroso rey de Navarra. Pero Marcel se equivocaba.

Marcel se equivocaba, porque el delfín era más listo de lo que el preboste pensaba. Como la mayoría de los nobles no se atrevía a entrar en París tras el

asesinato de los mariscales, el delfín convocó a los aristócratas del reino en un pueblo cercano, Senlis. Pretexto: conseguir que los nobles validaran los acuerdos de los Estados Generales. Objetivo real: huir de París y recobrar el poder. El delfín logró su propósito y reorganizó a sus huestes. Marcel se vio amenazado y, ante la necesidad de organizar la defensa de la capital, decidió subir los impuestos al pueblo. El delfín, que tenía la misma necesidad, tomó idéntica medida. Y entonces ocurrió algo que ni Marcel ni el delfín se esperaban: los campesinos, víctimas pasivas de años de saqueo, exasperados ahora por este aumento de los tributos, se levantaron. Fue la revuelta de la «jacquerie». Aquel imprevisto volvió a romper la baraja.

Un líder popular llamado Guillaume Carle, que pasó a la historia como «Jacques Bonhomme», se puso a la cabeza de la protesta. Los jacques asaltaron cuantas posesiones nobiliarias encontraron a mano. Pronto todo el norte del país quedó bajo los efectos de la guerra. Las rutas comerciales quedaron cerradas, lo cual fue letal para los burgueses de París. Marcel trató de ganarse a los jacques, pero estos jugaban su propio juego. El delfín, mientras tanto, intentaba mantenerse a flote en la tempestad. Era la típica situación en la que un hábil pescador podría sacar ganancia del río revuelto. ¿Y quién era el mejor pescador en este jaleo francés? Carlos de Navarra, por supuesto. El Malo se había visto apartado del poder por Marcel. Ahora era el momento de recuperar posiciones. Organizó un ejército con mercenarios ingleses, obtuvo el apoyo de los nobles, que se veían amenazados por la jacquerie, y también el de los burgueses del norte, cuya supervivencia dependía de que las rutas comerciales quedaran abiertas de nuevo. Y con esas bazas en la mano, el Malo actuó.

El navarro hizo una vez más honor a su apodo. Se presentó con sus tropas en la ciudad de Mello, cuartel general de los jacques. Citó a negociar a su jefe, Guillaume Carle. Cuando este se presentó, fue apresado y, enseguida, torturado y asesinado. Fue solo el principio: la jacquerie se había quedado sin cabeza y Carlos el Malo no dudó en explotar a fondo la oportunidad. La represión fue durísima. Todo sospechoso de haber estado con los jacques fue ahorcado. A modo de escarmiento, se ejecutó a cuatro representantes de cada pueblo. Una carnicería. Y restablecido el orden por tan bárbaros procedimientos, el rey de Navarra entró en París para pedir lo suyo. El preboste Etienne Marcel le nombró «capitán universal» y, haciendo de la necesidad virtud, cambió de planes: ahora auspiciaría una liga de ciudades que tendría como rey a Carlos de Navarra. Sin duda, el Malo y Marcel pensaron que, esta vez, habían ganado. Pero no: tampoco esta vez.

No ganaron porque calcularon mal su jugada. Y es que, una vez más, infravaloraron al delfín. Mientras Marcel gobernaba París y Carlos el Malo se sentía rey sobre las lanzas de sus mercenarios ingleses, el delfín, con la gran mayoría de los ejércitos de Francia a su lado, bloqueaba París y hacía ver al pueblo de la capital que en realidad eran presos de un ejército extranjero. Las innumerables trifulcas

organizadas por los soldados ingleses en la ciudad del Sena no hicieron sino acelerar las cosas. En julio de 1358 la atmósfera degenera: hay auténticas matanzas en las calles. Y cuando el pueblo se entera de que llegan más ingleses para reforzar a Carlos el Malo, la situación da un vuelco espectacular: el 31 de julio los burgueses de París asaltan y asesinan a Etienne Marcel, sospechoso de querer entregar las llaves de la ciudad a los ingleses. Carlos el Malo tuvo que escapar a uña de caballo hacia Saint Denis. Y el delfín, enterado de todo, entraba triunfal en París el 2 de agosto, repartiendo clemencia y pan. El joven heredero del trono de Francia había vuelto a ganar la partida.

Carlos el Malo quedó en una posición muy delicada: seguía siendo fuerte y sus tropas se mantenían en armas, pero su influencia se limitaba a las tierras del alto Sena y, lo más importante, la Corona de Francia se le escapaba definitivamente de las manos. El rey francés, Juan, y su hijo, el delfín Carlos, tenían perfectamente claro que había que neutralizar al navarro. Este, viéndose cada vez más aislado, intentó sus últimas maniobras; ninguna salió bien. Para ganar adeptos en suelo francés casó a su hermana Agnes con el conde de Bearn, pero aquel matrimonio fue un desastre. Después, muerto el duque de Borgoña, reivindicó este ducado, al que tenía derecho, pero el rey Juan II se anticipó a la maniobra y entregó Borgoña a su hijo Felipe. Cuando murió el rey Juan, ya en 1364, Carlos el Malo ensayó el último golpe: una acción armada que impidiera la coronación del delfín. ¡Esa corona tenía que ser para el navarro!

Tropas inglesas, navarras y gasconas marcharon sobre Normandía en abril de 1363. Su bandera mostraba las armas de Navarra y Francia: el pendón de Carlos el Malo. A la altura de Cocherel, al noroeste de París, las tropas del Malo chocaron con las huestes francesas del delfín. El ejército del navarro lo mandaba el caballero Juan de Grailly, gascón vasallo del rey de Inglaterra. El francés lo dirigía Bertrand du Guesclin, bretón al servicio de Francia. Ganó Du Guesclin, que en un momento decisivo del combate pudo rodear a los navarros. Así el delfín Carlos encontró libre el camino al trono. Y para demostrar que no iba a consentir ninguna insurrección en su reino, el joven rey, el mismo que pocos años antes había entrado en París indultando y perdonando, ordenaba ahora decapitar a todos los cautivos del bando vencido, acusados de traición. Aún quedarán algunas compañías anglonavarras, huidas de la derrota, saqueando la Borgoña y Normandía, pero Cocherel fue la puntilla para Carlos el Malo. El navarro, refugiado en Pamplona, terminó buscando acuerdos con el delfín Carlos, que ya era el rey Carlos V, para mantener al menos sus posesiones normandas.

Luego vendrán las guerras civiles castellanas, donde Carlos el Malo se aplicó a sacar el mayor partido posible de los dos bandos negociando con ambos a la vez: una jugada muy propia de este caballero. Y la misma doblez mostrará en Francia,

rindiendo público homenaje a Carlos V por un lado mientras, por otro, entablaba negociaciones secretas con los ingleses. Pero tan enrevesada madeja terminó atrapando al propio rey de Navarra. El rey de Francia descubrió la traición del Malo, apresó a sus hombres de confianza y les condenó a muerte, mientras tropas francesas se anexionaban las posesiones normandas del navarro. Castilla, por su parte, aprovechaba la situación para arrancar varias plazas fronterizas de Navarra. Era ya 1379. Carlos el Malo había sido definitivamente vencido.

La vida de nuestro personaje terminó de muy mala manera. A la altura de 1387, con cincuenta y cinco años, tuvo una extraña crisis: se sintió indispuesto y se desmayó. El médico de la corte quiso sanarle con un singular remedio: envolver el cuerpo del enfermo en pañuelos empapados en coñac. Así se hizo. Pero, en el trance, el criado que sostenía el candelabro dejó caer la vela sobre los trapos, la cataplasma se incendió y el enfermo rey murió abrasado. ¿Accidente? ¿Asesinato? Nunca se sabrá. Pero está claro que la muerte de Carlos II de Navarra, Carlos el Malo, estuvo a la altura de su vida. Al Malo le sucedió su hijo Carlos III, llamado «el Noble». Reinará casi cuarenta años. Y será un buen rey.

Y ahora, vista la turbulenta historia de Carlos el Malo, retornemos a Castilla y su guerra civil.

«Ni quito ni pongo rey»: un bretón decide el trono de Castilla

Era marzo de 1366 cuando las temibles «compañías blancas» de guerreros mercenarios, al mando del condestable Bertrand du Guesclin, cruzaron los Pirineos por Aragón. Venían en nombre del rey de Francia para ayudar a Enrique de Trastámara a ganar el trono de Castilla. El propio Enrique las había reclutado en suelo francés. La operación contaba con el respaldo expreso de Pedro IV de Aragón. Pero es que, además, muchos en Castilla estaban deseando levantar las armas contra el rey castellano. La corona de Pedro I el Cruel tenía los días contados.

Gente singular, la de aquellas compañías blancas: una abigarrada mezcla de caballeros sin señor, bandoleros redomados, guerreros de oficio y aventureros de toda laya, no solo franceses, sino también bretones, borgoñones, alemanes y hasta ingleses. En cuanto a su jefe, el bretón Bertrand du Guesclin o Duguesclin, a sus casi cincuenta años era ya un personaje legendario: cabezón y bajito, feo con ganas, pero más ancho que largo y fuerte como un toro, llevaba peleando desde la adolescencia en multitud de torneos y batallas y se había ganado justa fama de invencible. Dicen que nadie sino él podía levantar la espantosa maza que esgrimía en el combate. Duguesclin había hecho carrera en los largos años de guerra contra Inglaterra — acabamos de verle derrotando a Carlos el Malo en Cocherel—, y ahora, 1366, el rey francés, Carlos V el Sabio, le proponía una nueva aventura: reunir a las compañías blancas, sacarlas de Francia, donde solo creaban problemas, y conducir las a pelear en Castilla. En realidad solo era cuestión de dinero: por 200.000 florines de oro, Duguesclin haría el trabajo. ¿Quién pondría el dinero? Una parte, el rey de Francia, que deseaba neutralizar la alianza de Castilla con Inglaterra forzando un cambio de rey en el trono castellano. La otra parte, bien a su pesar, la pondría el papa: servidumbres de la alianza francesa.

Enrique de Trastámara, el hijo de Alfonso XI y Leonor de Guzmán, el aspirante bastardo al trono de Castilla, se puso al frente de las compañías blancas. El rey Pedro I el Cruel había matado a su madre y a tres de sus hermanos. Ahora llegaba el momento de la venganza. El contingente del Trastámara pasó a Aragón. Allí recibió refuerzos aragoneses. Acto seguido, Enrique se dirigió a Calahorra. La plaza fue tomada sin resistencia. Enrique fue proclamado por sus huestes rey de Castilla y de León. En los días siguientes muchas plazas vecinas imitaron a los calagurritanos. Y en pocas semanas, la mayoría de las ciudades y villas de Castilla ya habían hecho saber a Enrique que le reconocían como rey. Enrique, confiado, licenció a la mayor parte de las compañías blancas con un soberano estipendio —ya habían empezado a crear problemas también en Castilla— y se quedó solo con Duguesclin y sus bretones. El reino de Pedro I el Cruel se hundía de golpe.

Cierta historiografía romántica pretende justificar los excesos de Pedro I por la bárbara hostilidad de los grandes magnates castellanos. En ese sentido, Pedro no

habría sido «el cruel», sino «el justiciero». Y es verdad que los grandes linajes de Castilla no eran gente pacífica e inclinada al debate sosegado, pero, aun así, los excesos de Pedro son injustificables. A estas alturas de nuestro relato, año de 1366, con más de quince años en el trono, Pedro I se había convertido en una especie de *serial killer* con corona. Lo primero que hizo cuando se enteró de la caída de Calahorra fue ordenar el inmediato asesinato del caballero Juan Fernández de Tovar. Su delito: ser hermano del gobernador que había rendido la plaza. Es muy significativo que, tan solo veinticinco días después de la entrada de Enrique en Castilla, todo el reino hubiera prestado ya obediencia al Trastámara. Solo Galicia, Sevilla y algunas villas de León permanecían fieles a Pedro, y hay que suponer que más por miedo que por amor.

Pedro I estaba en Burgos cuando cayó Calahorra. Viéndose amenazado, puso tierra por medio y se marchó a Sevilla. Por todas partes encontró lo mismo: todo el mundo le abandonaba. Desconfiado, continuó hasta Portugal, donde reinaba su tío Pedro (otro Pedro). Pero he aquí que el rey de Portugal miraba con buenos ojos la perspectiva de invadir a su vez Castilla, de manera que nuestro rey Cruel salió a escape hacia Galicia y recaló en Santiago de Compostela. Terminaba ya el mes de junio de 1366 y la mayor parte del reino de Castilla había reconocido a Enrique de Trastámara. Incluso Sevilla. A Pedro, enloquecido, no se le ocurrió mejor cosa que mandar asesinar al arzobispo de Santiago, don Suero Gómez de Toledo. Y desesperado, embarcó en La Coruña rumbo a Bayona, en el suroeste de Francia: solo sus amigos ingleses, dueños de aquellas tierras, podían ayudarle.

Pedro I el Cruel encontró oídos receptivos: los de Eduardo de Woodstock, el Príncipe Negro, heredero de la corona inglesa. A los ingleses les resultaba vital tener a Castilla de su lado: los barcos castellanos les permitían controlar tanto el Atlántico como el Mediterráneo occidental y, además, Inglaterra en modo alguno podía consentir que en Castilla se instalara un rey aliado de los franceses. Para consolidar el frente solo hacía falta una pieza: Navarra, imprescindible para que las huestes inglesas cruzaran el Pirineo con dirección a Castilla. Y en Navarra reinaba Carlos el Malo, que tenía —ya lo hemos visto— el máximo interés en desestabilizar a la corona francesa para hacerse con ese trono. El pacto se dibujó con rapidez. Inglaterra ayudaría a Pedro I el Cruel: a cambio recibiría oro suficiente para cubrir todos los gastos de la campaña y, además, vara alta sobre los puertos de Vizcaya. Navarra, por su parte, permitiría pasar a los ingleses: a cambio recibiría derechos sobre Guipúzcoa.

Las huestes inglesas, con Pedro I el Cruel y el Príncipe Negro al frente, cruzaron Navarra al final del invierno de 1367. Con los ingleses venían gascones y aquitanos reclutados sobre el terreno, un contingente de refuerzo llegado desde Londres con centenares de caballeros y arqueros y, en el mismo lote, otra hueste cedida por el rey de Mallorca, Jaime IV, que veía aquí una manera de hostigar a su enemigo el rey de

Aragón. Elocuente estampa de unos años en los que todo el mundo luchaba contra el mundo. A Pedro le habían dicho que su odiado Enrique de Trastámara estaba en La Rioja, de manera que hacia allá puso rumbo. Pasó el Ebro por Logroño y el 3 de abril se plantó en Navarrete, cerca de Nájera. Ahí estaban, sí, las fuerzas de Enrique y Duguesclin. Y allí fue la batalla.

Lo que pasó en el combate es bien conocido porque Pero López de Ayala lo contó por lo menudo. Básicamente, Enrique y Duguesclin confiaron todo a la caballería, pero los arqueros ingleses no dieron opción. La superioridad numérica del Trastámara quedó pronto anulada por las incesantes lluvias de flechas de las gentes del Príncipe Negro. Porque los de Enrique eran más, sí, pero ya no estaban los mercenarios de Francia, de manera que el ejército del Trastámara estaba compuesto sobre todo por levadas de campesinos bastante poco fiables en el combate. Eso, más una mala colocación en el terreno, decantó la balanza del lado inglés. Las huestes de Duguesclin y Enrique, atrapadas entre el frente enemigo y el río Najerilla, terminaron diezmadas. Enrique abandonó el campo como pudo y regresó a Francia. Bertrand Duguesclin, vencido, se entregó al Príncipe Negro. Tuvo que pagar un fuerte rescate para salir libre. Dato curioso: Duguesclin pensaba que lo que el Príncipe pedía por su rescate era demasiado poco para su valía, de modo que él mismo subió su propio precio. Cuestión de honor.

Pedro I el Cruel lo tenía ahora todo en su mano para consolidarse en el trono. Sin embargo, hizo exactamente lo contrario de lo que tenía que hacer. Para empezar, se entregó a una de sus ya habituales escabechinas y ordenó matar a todos aquellos que consideraba enemigos, desde el caballero Íñigo López de Orozco, asesinado a sangre fría después de la batalla, hasta los nobles de Toledo, Sevilla y Córdoba que no se habían mostrado suficientemente hostiles al Trastámara. Era el mejor modo posible de ganarse el odio de todo el mundo. Y para terminar de empeorar las cosas, Pedro, envanecido, rehusó pagar al inglés lo que le debía y prescindió de sus servicios. El Príncipe Negro, enojado, abandonó Castilla en agosto de aquel mismo 1367. Y así el rey Cruel se quedó solo.

Naturalmente, Enrique de Trastámara tardó poco en enterarse de lo que le había pasado a su enemigo. Viendo la oportunidad que se le presentaba, formó un nuevo ejército en Francia, cruzó Aragón, pasó a Castilla y volvió a Calahorra. Si la vez anterior alguien había podido dudar, en esta ocasión nadie lo hizo: Burgos, Córdoba, Valladolid, la comarca de Toledo (no así la capital)... todos abrazaron enseguida el partido del Trastámara. Más de la mitad del reino era suyo sin necesidad de dar una batalla. ¿Y qué hacía Pedro? Pedro el Cruel conservaba la otra mitad de Castilla, pero con dificultades cada vez mayores. Se hizo fuerte en Andalucía, donde recabó la ayuda del rey de Granada. El moro le cedió un ejército de cuantiosa infantería y 7.000 jinetes: era lo que Pedro necesitaba para defenderse. Pasaron los meses. El año 1368

fue de incertidumbre, con dos reyes de hecho en el trono. Hasta que Pedro decidió atacar.

Fue en el campo de Montiel, en La Mancha, en marzo de 1369. Pedro se dirigía a Toledo, asediada por Enrique. En el camino se encontraron las huestes de los hermanastros. Los del Trastámara no dieron opción: esta vez Enrique tenía más y mejores hombres. La hueste de Pedro, destrozada en el campo, corrió a refugiarse en el castillo de Montiel con su rey a la cabeza. Era una salida desesperada: sitiados por una fuerza superior y sin apoyo alguno fuera del castillo, Pedro y sus hombres estaban condenados a la derrota. Viéndose atrapado, Pedro intentó jugar una última carta: hizo llegar un mensaje al general del Trastámara, el bretón Duguesclin, proponiéndole una rendición por separado previo pago de una formidable suma. Duguesclin accedió. Pedro salió del castillo. Fuera, en el campo, le esperaba Duguesclin. Era el 23 de marzo.

Pedro el Cruel debió de arder de ira cuando constató que Bertrand Duguesclin, contra lo acordado, no le conducía a campo abierto, sino que le llevaba al campamento de su hermano Enrique. Porque el bretón era un mercenario, sí, pero también era un hombre de honor. El Cruel se había dejado apresar de la manera más estúpida. Una vez en el campamento de su enemigo, la cólera le venció. Pedro se lanzó contra Enrique. Para matarle, evidentemente. El Trastámara cayó al suelo. Pedro esgrimió su puñal para acabar con la vida de su hermanastro. Una fuerza invencible elevó entonces a Pedro por los pies, haciéndole caer de bruces: eran los brazos de Duguesclin, el forzudo. Enrique, viendo a Pedro en el suelo, no se lo pensó un minuto: sacó su daga y lo apuñaló hasta la muerte. Quizás en ese último instante pasara por la mente de Pedro el augurio del desdichado monje de Santo Domingo de la Calzada: su hermanastro Enrique le habría de matar. Eso no lo podemos saber. Lo que sí sabemos es que en aquel momento, con la partida resuelta, Bertrand Duguesclin, ante la mirada desencajada del rey Cruel, pronunció las palabras que le harían pasar a la historia de las frases rotundas: «Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor». Su señor, en efecto, era Enrique de Trastámara. Y el fiel bretón acababa de darle un reino.

Enrique ordenó cortar la cabeza de Pedro y la arrojó a un sendero. El resto del cuerpo lo mandó colgar en el castillo de Montiel. Duguesclin volvió a Francia cargado de honores; allí fue nombrado condestable del reino. En cuanto a Enrique, de inmediato fue reconocido como rey: Enrique II. Con él comenzaba la dinastía Trastámara, que llegaría a reinar tanto en Castilla como en Aragón. Los Reyes Católicos saldrían de ese linaje. Aquel día, 23 de marzo de 1369, la historia de España cambió.

De la frontera de Portugal a las costas de la Rochela

A Enrique II de Castilla, el Fratricida, le esperaban mil peligros dentro y fuera del reino. Lo más asombroso es que será un buen rey, después de todo. Conviene recordar de quién estamos hablando: un tipo que en este momento andaría por los treinta y seis años, pero que llevaba ya dos decenios peleando por salvar su vida, primero, y por conquistar el trono después. Hijo de Alfonso XI de Castilla y de su amante Leonor de Guzmán. Reconocido como hijo de rey y ennoblecido con abundantes señoríos. Perseguido con saña por su hermanastro el rey Pedro. Conspirador que había pasado al servicio de Aragón y de Francia frente al rey castellano. Elevado ahora al trono después de una guerra fratricida en la que no hubo reino vecino que no metiera la cuchara. Este era el hombre, Enrique, que ahora, primavera de 1369, ceñía la corona castellana después de haber matado a su hermanastro con sus propias manos.

Después de una guerra tan larga como aquella, y tan llena de muerte, todo hacía presagiar que el vencedor se entregaría a una orgía de sangre. Enrique de Trastámara había visto cómo le mataban a su madre, a dos hermanos y a innumerables partidarios suyos. Ahora podía vengarse. Y sin embargo, nada de eso pasó. Buen ejemplo es lo que ocurrió con los judíos, que muy mayoritariamente habían apoyado a Pedro frente a Enrique. En las guerras anteriores, las fuerzas de Enrique habían castigado con severidad a las juderías. Al llegar la batalla final, en Montiel, los judíos habían procurado una importante hueste a Pedro. Pero ahora Enrique hacía borrón y cuenta nueva, se abstenía de imponer castigos a los hebreos y proclamaba su deseo de que todo el reino viviera en paz. Lo mismo ocurrió con las villas que habían abrazado la causa de Pedro, incluso con los nobles más significados del bando perdedor. El nuevo rey solo exigió que se le reconociera como tal. Y la mayoría lo hizo.

La mayoría, sí, que no todas las villas. Zamora, por ejemplo, siguió hostil al Trastámara. También Ciudad Rodrigo y Valencia de Alcántara. Ciudades todas ellas próximas a la frontera portuguesa y que ahora, derrotado su partido, preferían rendir vasallaje al rey de Portugal antes que al nuevo rey castellano. ¿Quién era el rey de Portugal? Fernando I, un joven de veinticuatro años que había subido al trono un par de años atrás y que concibió la audaz idea de sacar tajada del caos castellano. Fernando era descendiente directo del rey Sancho IV de Castilla. Con ese pedigrí, y muerto Pedro, al que Portugal había reconocido siempre como único rey legítimo, Fernando no tardó en reivindicar el trono. En la primavera de 1370 invadió Galicia, tomó La Coruña y recibió el respaldo de aquellas villas hostiles al Trastámara. A Enrique no le quedó otra que volver a tomar las armas.

Lo que hizo Fernando de Portugal fue una temeridad extraordinaria, y no puede extrañar que la posteridad le haya bautizado con el sobrenombre de «el Inconsciente», entre otros calificativos. Castilla acababa de terminar una guerra, pero,

por eso mismo, todas sus huestes estaban en armas y prestas a actuar donde hiciera falta. Enrique de Trastámara, ya Enrique II, atacó y lo hizo a fondo: llegó a tierras gallegas, cruzó a Portugal, tomó Braga, sitió Guimaraes y volvió a Galicia asolándolo todo a su paso. Mientras tanto, la esposa del rey, Juana Manuel, dirigía personalmente el cerco de Zamora. Los últimos paladines de Pedro el Cruel, los caballeros Fernando de Castro y Men Rodríguez de Sanabria, fueron derrotados en el Puerto de los Bueyes, cerca de Lugo, en marzo de 1371. Castro y Rodríguez huyeron a Portugal. No será la última vez que Enrique de Trastámara tenga problemas por el lado portugués: enseguida habrá una nueva «guerra fernandina», siempre en el área fronteriza gallega. Pero el partido del difunto Pedro estaba acabado. Y las aspiraciones del Inconsciente Fernando I, también.

Enrique de Trastámara pasó a la posteridad como «el de las Mercedes», por las innumerables gracias que concedió a quienes respaldaron su causa, tanto a los mercenarios de Bertrand Duguesclin como a los caballeros castellanos que levantaron su bandera. Realmente Enrique tenía muchas deudas que pagar. Pero en su favor hay que decir que las más onerosas de todas, las que comprometían la integridad del reino, no las pagó. ¿Cuáles eran esas deudas? Las que había contraído con Pedro IV de Aragón, que incluían la cesión de importantes territorios de la corona. Hubo otra deuda, sin embargo, que Enrique pagó con puntualidad: la que tenía con el rey de Francia, sin cuyo apoyo jamás habría conseguido la corona, y que ahora pedía su compensación en forma de barcos. Así Castilla volvió a verse metida de hoz y coz en la Guerra de los Cien Años.

El episodio tiene un nombre: La Rochelle, en la costa atlántica francesa, plaza que se había convertido en la base principal de la armada de Inglaterra. La Rochelle (La Rochela en los textos clásicos españoles) era la llave para el control del ducado de Guyena, en el suroeste de Francia. La Guyena estaba en manos inglesas. Forzar su caída solo era posible por mar. Y Carlos V de Francia sabía que ahora, con Enrique en el trono castellano, tenía ya lo que había buscado: naves de guerra. Con esa baza en la mano, no dudó en atacar a los ingleses. Fue en junio de 1372. Enrique dio al rey francés lo que necesitaba: una veintena de barcos entre galeras y naos, al mando del almirante genovés Ambrosio Bocanegra, secundado por los capitanes Fernán Ruiz Cabeza de Vaca, Fernando de Peón y Ruy Díaz de Rojas. El rey de Inglaterra, Eduardo III, se apresuró a reforzar la defensa con más de cuarenta naves al mando de su yerno Juan de Hastings, conde de Pembroke, que zarpó hacia Francia con abundancia de hombres y material. Así se dibujó el escenario del gran combate.

Fue una de las grandes batallas navales de su tiempo. No está claro quién llegó primero a La Rochela, si la flota castellana o la inglesa. Lo que se sabe es lo que pasó después. El 21 de junio los barcos castellanos avistaron a los ingleses. Hubo un cruce de fuego sin consecuencias. Bocanegra leyó la situación táctica y decidió retirarse de

la bahía. Los ingleses, eufóricos, vocearon la cobardía castellana. Pero el genovés sabía lo que hacía. Las naos inglesas eran más pesadas y de mayor calado que las galeras castellanas. En la bajamar, los barcos ingleses quedarían varados, mientras que los castellanos podrían moverse con libertad y dar la vuelta a su inferioridad numérica. Eso era lo que Bocanegra esperaba: la bajamar. Cuando esta llegó, la armada castellana se lanzó al ataque. El jefe inglés, Pembroke, no había previsto ese detalle elemental. Fue una escabechina: las lombardas castellanas destrozaron a los inmóviles buques enemigos, que en ese preciso instante descubrieron su trágico error. Todos los barcos ingleses fueron quemados, hundidos o apresados. Pembroke cayó preso junto a medio millar de caballeros y 8.000 soldados. La victoria castellana fue inapelable. Y Enrique II pagaba con creces su deuda con el rey de Francia.

Dice la *Crónica* que Ambrosio Bocanegra, el almirante genovés, tuvo un gesto de generosidad poco frecuente en aquel tiempo: perdonó la vida a los cautivos. Una nota blanca en aquel negro siglo XIV. Al conde de Pembroke y a setenta de sus caballeros los envió a Burgos, donde el rey Enrique esperaba noticias. Acabaron en manos de Bertrand Duguesclin, condestable de Francia, que cobraría el rescate: otra deuda pagada. Por lo demás, aquella victoria de La Rochela fue de una enorme trascendencia. A los franceses les abrió la puerta de la Guyena, donde la posición inglesa se hizo ya insostenible. Muy poco más tarde, en 1375, Eduardo III de Inglaterra tenía que firmar un severo tratado (el de Brujas) por el que renunciaba a todas sus posesiones francesas; solo mantendría en su poder los solares de Calais, Burdeos y Bayona. Y en cuanto a Castilla, la clara superioridad naval exhibida en aquel combate le permitió asentarse como potencia indiscutible del Atlántico. Los puertos cántabros volvieron a florecer con el comercio de lanas hacia Flandes, hasta el punto de que los mercaderes castellanos instalaron un consulado en Brujas.

A Enrique de Trastámara le quedaba un pequeño problema por resolver, y este también tenía nombre inglés: Juan de Gante, duque de Lancaster, cuarto hijo varón del rey Eduardo III de Inglaterra. ¿Y qué pintaba el Lancaster en todo esto? Pues que también aspiraba al trono castellano, porque en 1371 había desposado a Constanza de Castilla, hija de Pedro I el Cruel y María de Padilla. Y muerto Pedro sin otra descendencia, Juan de Lancaster se apresuró a explorar el paisaje, por ver qué podía sacar en limpio. En 1373 el inglés se dejó caer por Portugal. Al fin y al cabo, Enrique ya era un declarado enemigo de Inglaterra, y más después de la batalla de La Rochela. A las huestes del duque de Lancaster se las verá junto a las del portugués Fernando en su segundo ataque contra Castilla, ya entrado el año 1373. Pero esta tentativa tuvo tan mal fin como la primera.

Enrique, de todos modos, sacó las oportunas consecuencias de la situación. Una alianza entre Portugal e Inglaterra era mala cosa. En los años anteriores, los ingleses, aún fuertes en sus posiciones del sur de Francia, habían podido entrar en Castilla sin

mayor obstáculo. A su favor tenían la amistad del rey de Navarra, que les brindaba un estupendo pasillo para pasar tropas desde Francia a La Rioja. Por consiguiente, la clave estaba en Navarra. Y ahí puso sus ojos Enrique II. ¿La invadió? No, hizo algo más político: concertó el matrimonio de su hija Leonor con el heredero de la corona navarra, también llamado Carlos. El matrimonio se verificó en 1375. Y eso dejó a los ingleses sin pasillo navarro hacia Castilla.

Ya ha quedado dicho, sin embargo, que al rey Carlos de Navarra le llamaban «el Malo», y el apelativo no era casual. El sinuoso monarca llevaba años tejiendo intrigas. El rey de Francia, vigilante, advirtió a Enrique de lo que Carlos el Malo estaba tramando: una invasión por sorpresa de la ciudad de Logroño. ¿Fiel advertencia francesa a su aliado castellano? ¿Maniobra del rey francés para domar al siempre peligroso monarca navarro? No es fácil saberlo. El hecho es que Enrique II de Castilla atacó Navarra. Y ganó, porque en aquel momento no había quien detuviera a los castellanos. Carlos el Malo tuvo que ceder una buena colección de plazas para obtener una paz humillante: la de Briones, en 1379, que consagraba la hegemonía castellana y obligaba formalmente a Navarra a cerrar su espacio a cualquier enemigo de Castilla.

En diez años de reinado desde su traumático ascenso al trono, Enrique II de Trastámara podía hacer balance. Había asentado su corona, pacificado el reino, reformado la administración y devuelto cierta holgura a las arcas reales; había desmantelado a la flota inglesa en La Rochela, derrotado a Fernando de Portugal, neutralizado las aspiraciones de Juan de Lancaster, incluso domado a Carlos el Malo... Tenía cuarenta y seis años y podía soñar con un futuro de esplendor. Pero no hubo tal. El 29 de mayo de 1379, muy poco después de firmar la paz con Navarra, Enrique moría en Santo Domingo de la Calzada (sí, el mismo lugar donde aquel fraile profético se cruzó en el camino de Pedro el Cruel). Dice la tradición que Enrique murió envenenado al calzarse unos borceguíes que le había enviado el rey moro de Granada. Parece, sin embargo, que aquella extraña dolencia que hinchó sus pies hasta la muerte fue algo más prosaico: la gota.

La última voluntad de Enrique fue que a su muerte no quedara en Castilla ningún cristiano en cautividad. Eso era tanto como cerrar todas las heridas de los años anteriores. Llegaba ahora al trono su hijo mayor, Juan. Pero Castilla ya era otra muy distinta a la que el primer Trastámara recibió.

¿Y qué pasaba mientras tanto en Aragón? Que tenía su propia guerra. Y se llamaba Mallorca.

Otra pieza del puzle: el problema mallorquín

Pedro IV el Ceremonioso fue aquel rey de Aragón que ordenó a los almogávares poner una guardia permanente en la Acrópolis de Atenas, pues aquellas ruinas eran «la más hermosa joya que exista en el mundo, tal que ni siquiera todos los reyes cristianos juntos podrían hacer algo semejante». Fue también el monarca que machacó a los nobles de su reino para poner orden en la corona. Pero, sobre todo eso, Pedro IV fue el rey que frustró las últimas aspiraciones del reino de Mallorca de llevar una vida independiente, al margen de Aragón. Le costó Dios y ayuda, porque enfrente tenía a un hombre cuya única obsesión en la vida era recuperar el trono mallorquín: Jaime IV.

El problema de Pedro IV el Ceremonioso, llamado «el del puñalito», puede en realidad resumirse en una sola idea: mantener a flote un reino en un momento en el que todo, absolutamente todo, se vuelve en contra suya. El Aragón que Pedro recibió era una gran potencia: su influencia era determinante en el Mediterráneo occidental, había conseguido imponerse a los intereses de Francia y del papado, e incluso mantenía colonias en Oriente, tanto en Grecia como en Asia Menor. Pedro, que nunca fue un tipo delicado, se las había arreglado para solucionar a golpe de espada los problemas que le habían planteado los propios aristócratas aragoneses o los rebeldes sardos. Del mismo expeditivo modo había recuperado el control de Mallorca. Pero en eso llegó la peste, que arruinó el país. Después vino la guerra civil castellana, que le obligó a aventurar movimientos políticos y militares muy por encima de lo que el reino podía dar de sí. Y todo se complicó aún más cuando la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra aspiró literalmente a las potencias vecinas. Y también a Aragón.

Pedro IV había actuado con inteligencia, dadas las circunstancias. Su alianza con Francia le había permitido mantener tranquilo el frente norte. Después había logrado resistir las ofensivas de Pedro I el Cruel, el rey castellano, que dejaron a Aragón al borde del precipicio. ¿Se equivocó Pedro al apostar por Enrique de Trastámara en vez de por Pedro el Cruel? Es posible, pero el hecho es que Enrique ganó. Y aunque Aragón obtuvo bien poco rédito de aquella victoria, al menos logró mantener su territorio intacto después de las violentas cabalgadas del Cruel por tierras aragonesas y valencianas. Cerrado ese penoso episodio, lo último que podía esperar el rey «del puñalito» era que reapareciera un viejo conocido: Jaime de Mallorca, aquel al que el propio Pedro IV había puesto a buen recaudo después de la batalla de Lluchmayor, y que ahora volvía para recuperar el trono mallorquín. Pero contemos esta historia desde el principio.

Vamos a recordar someramente qué pasaba en Mallorca. El reino de Mallorca existía como tal desde su anexión por Jaime I el Conquistador, en 1231. Cuando Jaime I murió, Mallorca no fue para el heredero de Aragón, Pedro III, sino para su

hermano Jaime (II). No era un reino privativo: en teoría, era feudo vasallo del reino de Aragón. Pero Jaime II de Mallorca se las arregló para esquivar cuanto tiempo pudo el debido homenaje a su hermano, hasta el punto de aliarse con Francia y el papa para mantener independiente su trono. Aragón recuperó Mallorca con Alfonso IV, ya en 1286, y el reino insular seguirá sometido hasta 1295, cuando se firmó el Tratado de Anagni, que pretendía poner fin a la guerra siciliana. A Jaime II de Mallorca le heredó su hijo Sancho, que murió sin descendencia en 1324. Subió al trono un sobrino de Sancho, Jaime III, que tuvo que lidiar con las enormes presiones — políticas, financieras, militares— de Aragón para recuperar la isla. Jaime III terminó perdiendo el trono a manos de Pedro IV el Ceremonioso en 1345, y murió cuatro años después en su intento de recuperarlo, en la batalla de Lluchmayor. Del mismo golpe, el rey Pedro tomaba preso al heredero de Jaime III, el infante Jaime. Este infante Jaime es nuestro personaje.

Jaime IV de Mallorca era un niño de doce años cuando cayó preso del rey de Aragón. No debemos imaginar un atroz cautiverio en siniestras mazmorras: Jaime no dejaba de ser un rey de la familia aragonesa, de manera que su prisión, compartida con su madre y su hermana, consistió más bien en una especie de confinamiento en diversos castillos, Játiva primero, Barcelona después. El confinamiento duró hasta 1363: en ese momento Aragón yace bajo el caos provocado por la guerra con Castilla, y Jaime aprovecha la debilidad aragonesa para poner pies en polvorosa. Se escapa de Barcelona, aparece en Nápoles y allí contrae matrimonio con la reina Juana: un enlace de gran provecho político para ambas partes, porque Nápoles busca ahí un punto de apoyo para frenar la potencia aragonesa en el Mediterráneo, y Jaime encuentra un buen aliado para recuperar el trono mallorquín. De esta manera la querrela por la corona de Mallorca volvía a estar viva. El matrimonio de Jaime con Juana durará de hecho muy poco: en 1366 nuestro personaje abandona la corte napolitana y empieza a trabajar para recuperar la isla; su isla.

Lo primero que hizo Jaime fue marcharse a Francia para buscar apoyos. Al fin y al cabo, los franceses mantenían un largo pleito con Aragón por hacerse con el control del Mediterráneo occidental; si alguien podía ayudar a Jaime a reconquistar el trono, ese era el rey francés. Pero las cosas habían cambiado mucho, Francia se hallaba metida en el sangriento cenagal de la guerra de los Cien Años y Aragón no había perdido la oportunidad de aliarse con su viejo enemigo para afianzar su propia posición. Francia tampoco podía permitirse abrir un segundo frente. Así pues, no hubo dinero francés para Jaime de Mallorca. ¿A quién acudir? Evidentemente, al otro bando de aquella guerra: los ingleses. Jaime entró en contacto con el Príncipe Negro, el hijo y heredero de Eduardo III de Inglaterra, que gobernaba por entonces las posesiones inglesas en el sur de Francia y, desde allí, movía sus piezas en la guerra civil castellana. Y así el problema mallorquín entró en el gran tablero de la Europa de

aquel tiempo.

El proyecto era transparente: la coalición de Inglaterra y Pedro de Castilla peleaba contra la alianza de Enrique de Trastámara, el rey de Aragón y los franceses. En ese paisaje, Jaime de Mallorca entraría al lado de Pedro y de los ingleses. El premio de la victoria sería un reino de Mallorca independiente, ya no vasallo de Aragón, sino aliado de la Castilla de Pedro y de Inglaterra. Las huestes de Jaime IV estuvieron en la batalla de Nájera, en 1367. Ganaron Pedro y los ingleses, pero a Jaime le perseguía la fatalidad: terminó preso del Trastámara, que le retuvo como pieza de cambio. La reina de Nápoles tuvo que pagar un fuerte rescate para que su díscolo esposo recobrarla la libertad.

Todo el paisaje cambió súbitamente cuando la guerra civil castellana se resolvió con la victoria del Trastámara. Los ingleses se retiraron de España. Aragón, por su parte, también se quitó de en medio, visto que el nuevo rey castellano no iba a conceder las tierras que había empeñado a cambio de la ayuda aragonesa. El problema mallorquín perdió todo interés para las potencias en juego. Y Jaime se vio solo, empeñado en una lucha que solo a él le importaba. ¿Qué hacer? Jaime se jugó el todo por el todo: concibió la loca idea de reclutar en Francia un ejército mercenario —mercenarios era lo único que sobraba en aquellos feroces tiempos— para invadir Aragón y ganar a viva fuerza su trono.

Fue en el verano de 1374. Jaime IV atravesó los Pirineos al frente de 6.000 hombres. Sus soldados pensaban en el saqueo sobre un territorio debilitado; él pensaba en su corona. Penetró en Aragón por el Conflent. Desde ahí pasó a Castilla. El rey de Aragón, Pedro IV, viéndose atacado, protestó ante Francia, pero le dijeron que ese asunto no iba con ellos. Entonces protestó ante el rey de Castilla, pero Enrique de Trastámara contestó que el pequeño ejército del mallorquín era una hueste incontrolable contra la que nada podían hacer. ¿Verdad? ¿Mentira? Seguramente ambas cosas a la vez. Mientras Pedro IV pedía infructuosamente socorro, Jaime IV atacaba por el sur hasta Crevillente, y por el norte hasta San Cugat del Vallés. Asolándolo todo a su paso, dejando solo ruina y muerte, el heredero de Mallorca llegó incluso a las puertas de Barcelona. Allí fue finalmente vencido y rechazado. Los mercenarios franceses e ingleses, ya cargados de botín, fueron abandonando la bandera de aquel rey sin trono. En febrero de 1375, Jaime IV volvía a cruzar la frontera con Castilla y buscaba refugio en Soria. Allí, en Almazán, moría pocas semanas después, quizás a causa de sus heridas de guerra, tal vez envenenado. Mallorca nunca más sería independiente.

Cuando pasó el ciclón del mallorquín, Pedro IV el Ceremonioso, «el del puñalito», debió de mirar alrededor para constatar que Aragón estaba hecho un desastre. Llevaba en el trono cuarenta años y desde allí había visto, primero, la rebelión nobiliaria, después la peste, luego las guerras con Castilla y, para terminar,

este episodio del Jaime mallorquín. Pero la corona seguía siendo fuerte, el Mediterráneo seguía siendo un mar aragonés y había un heredero, Juan, bien capacitado para subir al trono cuando Pedro faltara. En aquel año de 1375, el mismo de la derrota de Jaime, fallecía la reina consorte, Leonor de Sicilia. Pedro, aunque tenía ya cincuenta ocho años, no dudó en volver a casarse. Sería su cuarta mujer. La primera había sido María de Navarra, que solo le dio hijas. Cuando murió María, casó con Leonor de Portugal, a la que se llevó la peste apenas un año después. Entonces desposó a Leonor de Sicilia, que le había dado dos varones, Juan y Martín. Ahora, muerta Leonor, Pedro IV se casaba con la joven Sibilia Fortiá, hija de un noble ampurdanés. Al viejo rey aún le quedaban cosas por hacer e hijos por engendrar.

Pedro debió de estar realmente enamorado de aquella joven, Sibila. Solo así se explica que organizara expresamente para ella una coronación por todo lo alto en la catedral de Zaragoza, con toda la nobleza de los reinos presente en el festejo. Pero Sibila era demasiado joven y también ambiciosa. Pronto entró en conflicto con el heredero, Juan, que era de su misma edad; porque Sibila, naturalmente, quería mandar. Los últimos años del Ceremonioso transcurrieron envueltos en aquellos conflictos. Su conquista postrera, esta pacífica, fue ganar para la corona el señorío de Albarracín. Después se lo llevó la malaria un 5 de enero de 1387, cuando tenía sesenta y seis años y cumplía más de medio siglo en el trono. Nadie podía imaginar que en apenas veinte años el reino de Aragón iba a conocer un giro radical. Pero ya llegaremos a eso. Antes hay que hablar de otro singular acontecimiento de aquel año de 1375: la guerra que libraron aragoneses y navarros nada menos que en la lejana Albania.

La compañía navarra que conquistó Albania

Año de Nuestro Señor de 1375. Castilla restaña las heridas de su guerra civil. Carlos de Navarra (el Malo) ve alejarse su sueño de ceñir la corona francesa. Aragón intenta quedar a salvo de los incendios de unos y otros. Y mientras ocurre todo eso, una compañía de soldados españoles cruza el Mediterráneo para conquistar Albania, nada menos. Es la compañía navarra de Luis de Evreux, que va a firmar una de las hazañas más extravagantes de nuestra Edad Media. Allí marcharon para hacer la guerra contra otros españoles: los aragoneses que controlaban Atenas y Tebas.

¿Y qué se les había perdido a los navarros en Albania? Lo que hoy conocemos como Albania, ese país de la costa adriática, era en el siglo XIV una pieza más en el mosaico de señoríos, ducados y principados que componía (o, más bien, descomponía) el imperio bizantino. Desde tiempo atrás, la mayor parte de esas plazas, y en especial las ciudades costeras, puntos estratégicos de las vías comerciales, eran feudo de la aristocracia mercantil italiana —florentinos, venecianos, genoveses—, cuyos principales linajes habían emparentado con la familia imperial bizantina y actuaban como virreyes en esas tierras. Albania, cuya capital era entonces Durazzo, también había estado bajo control italiano, concretamente de los Anjou de Sicilia. Pero allá por 1368 los sicilianos perdieron el territorio a manos de un caudillo local, Carlos Topia, emparentado con la propia casa real siciliana. Venecia se apresuró a apoyar a Topia para fastidiar a Sicilia. Así los sicilianos no conservaron en Albania más que el título —el ducado de Durazzo— y la vaga aspiración de volver un día. Esa era la situación cuando la titular del ducado de Durazzo fue a casarse con Luis de Evreux, hermano de Carlos el Malo, rey de Navarra. Luis, deseoso de aventuras y poder, no lo dudó: él recuperaría Durazzo.

Bien. ¿Con qué recuperar Albania? Luis necesitaba tropas. Pero precisamente tropas era lo único que sobraba en aquel momento en Europa, sacudido como estaba el continente por la guerra de los Cien Años. Desde algunos años atrás operaba en el sur de Francia, entre Navarra y Gascuña, una compañía mercenaria pagada con oro navarro y francés. Esa compañía había peleado para Carlos el Malo en sus querellas por hacerse con la corona francesa. Ahora, sin misión en el horizonte, a todos convenía enviarlos lejos. A Carlos de Navarra, que ya estaba en otros menesteres, le vino muy bien transferir aquella tropa a su hermano Luis. Al rey Carlos de Francia no le agradaba menos la idea: incluso donó 50.000 ducados para una aventura que, por otro lado, devolvería a sus parientes Anjou el dominio de Albania. Un famoso capitán de la época, Ingeram de Coucy, reclutó en Gascuña quinientos lanceros y otros tantos arqueros a caballo que se unirían a la hueste. Era 1372.

En los meses siguientes, varios cientos de navarros y gascones se alistaron en la compañía navarra. Un capitán navarro, Juan de Urtubia, escudero del rey, anduvo

buscando voluntarios en el sur de Francia. En febrero de 1374 Urtubia recibe del rey de Navarra 1.000 florines de oro aragoneses y los derechos sobre los molinos del puente de Tudela, a modo de recompensa por su trabajo. Los voluntarios seguirán afluyendo al calor de una excelente soldada: treinta florines de oro al mes por cabeza. No era una tropa de desarrapados: la crónica cuenta que entre la hueste se contaban numerosos ingenieros, es decir, soldados especializados en asedios y máquinas. A partir de febrero de 1375 empiezan a zarpar los navarros desde el puerto de Tortosa. Urtubia parte con cincuenta hombres. Conocemos los nombres de los otros capitanes: el también navarro Garro o Guarro y los gascones Mahiot de Coquerel y Pedro de la Saga. Su objetivo: la ciudad de Durazzo.

Durazzo ya no era ni sombra de lo que había sido: aquel viejo emporio griego y romano era ahora una ciudad empobrecida, rodeada de pantanos, con un ambiente malsano y pocos recursos. Pero seguía siendo un punto esencial en el tráfico mercantil del Adriático, de manera que valía la pena el esfuerzo. Los navarros llegaron allí en 1376. Les costó muy poco hacerse con la plaza. Luis de Evreux ya tenía su reino de Albania, aunque fuera aquel pobre villorrio rodeado de ciénagas. Ahora bien, entonces sucedió algo que nadie esperaba: Luis murió. La compañía navarra se quedó sin señor. Y aún peor: la viuda, la duquesa de Durazzo, contrajo nuevo matrimonio y perdió interés por aquel remoto punto del mapa. Así aquella hueste de navarros y gascones se vio aislada en un país lejano, sin contacto con Navarra ni con ninguna otra corona europea. Un ejército fantasma en un territorio sin dueño.

La compañía navarra rompió su juramento de fidelidad a la duquesa de Durazzo y se apresuró a buscar un nuevo patrón. Creyó hallarlo en Pedro IV de Aragón, que tenía en Tebas y Atenas a sus almogávares, pero la Grecia aragonesa ya no era ni sombra de lo que fue; entre otras cosas, porque los descendientes de la hueste almogávar se hallaban divididos entre los partidarios de Aragón y los que preferían servir a la corona siciliana. Aragón, en fin, no era un patrón fiable.

Pero había más gente interesada en contratar los servicios de los navarros. Ya ha quedado dicho que aquellas tierras eran un mosaico de señoríos mal avenidos. En Corinto gobernaba un magnate florentino, Nerio I Acciajuoli, casado con una princesa bizantina. En Acaya mandaba el príncipe Jaime de Baux, que aspiraba al título imperial de Bizancio. Por medio andaba también la Orden Militar de los Hospitalarios, cuyo gran maestre era el veterano aragonés Juan Fernández de Heredia, y que desde su base de Rodas velaba por controlar los Santos Lugares. Todos ellos pensaban —cada cual por su cuenta— que era preciso reunificar el fragmentado mosaico bizantino. Y uno de los mayores obstáculos para ello eran precisamente los últimos almogávares de Grecia. Nerio, el de Corinto, contrató a Juan de Urtubia y sus hombres. El otro capitán, Mahiot de Coquerel, fue contratado por

Jaime de Baux y los hospitalarios al mismo tiempo. Así la hueste navarra encontró nuevos patrones. Y todos iban a emplearlos para lo mismo: expulsar a los aragoneses. Se avecinaba una guerra entre españoles en el extremo oriental de Europa.

En la primavera de 1379, Juan de Urtubia partió con cien hombres desde Durazzo hacia la Morea. Nerio, el de Corinto, había puesto a su disposición varios barcos y un cierto número de guerreros. Los navarros desembarcaron en Glarentza (hoy se llama Kastro-Kyllini), atravesaron el Peloponeso y llegaron a las llanuras de Beocia. Lo que encontraron allí los navarros fue un absoluto caos: los bandos aragoneses, enfrentados entre sí, luchaban a su vez contra la población local rebelde y contra los florentinos. Todos los descontentos con el dominio aragonés se sumaron a la hueste de Urtubia. Incluso algunos señores vecinos se apresuraron a aportar tropas, como el duque de Eubea y el marqués de Bodonitza, dos italianos. Cuando Juan de Urtubia se plantó ante Tebas, tenía a sus órdenes un ejército de considerables dimensiones.

¿Y qué pasaba mientras tanto en Tebas? En Tebas los aragoneses no salían de su asombro al ver lo que se les venía encima. Los líderes de la ciudad, Bernardo Ballester y Luis Fadrique de Aragón, estaban ausentes (Ballester viajaba precisamente a Aragón para negociar con el rey Pedro IV). Los otros notables locales —Fuster, Falguera, Guardia, Savall, Ibáñez, Rodar, Lluria— andaban a la gresca. Su situación era simplemente desesperada. Y lo peor era que, si caía Tebas, todo el poder aragonés en la región caería después, empezando por la vecina Atenas. El vicario de esta última ciudad, Galcerán de Peralta, vio el riesgo con claridad y se jugó el todo por el todo: dejó Atenas y corrió en socorro de los sitiados. Era una apuesta a una sola carta: si ganaba, Tebas y Atenas estaban salvadas; si perdía, las dos ciudades caerían a la vez.

Fue una batalla tremenda. Los aragoneses de Galcerán perdieron; el propio vicario cayó preso de los navarros. Pero lo peor estaba aún por llegar. Dentro de Tebas, las querellas que dividían a la ciudad estallaron en una espiral incontrolable. Los enemigos del poder aragonés abrieron las puertas a los navarros. La matanza fue atroz: no solo porque los navarros entraron en la ciudad a sangre y fuego, sino también porque con ellos iban florentinos, griegos y venecianos dispuestos a saldar viejas deudas, mientras en el interior de las murallas los propios bandos tebanos ajustaban cuentas entre sí. Los supervivientes huyeron adonde pudieron. Tebas quedó prácticamente despoblada.

Aquella no fue la última batalla de Urtubia y los navarros en Grecia. Después de Tebas vino Livadia, la otra gran capital de la región, y luego la misma Atenas. A la altura de 1381 Urtubia pudo incluso plantearse crear su propio principado. El proyecto lo frustraron los vencidos aragoneses, que, tenaces, regresaron con refuerzos para recuperar lo suyo. Urtubia volvió a verse solo en tierra lejana. Necesitaba nuevamente un aliado. Y esta vez lo encontró en la Orden del Hospital: el gran

maestre Juan Fernández de Heredia y su lugarteniente, el prior Gauchier de la Bastida, gascón y amigo del propio Urtubia, contrataron los servicios de los navarros. ¿Para qué? Para impedir que los aragoneses reconstruyeran su dominio. El apoyo de los hospitalarios bastó para frenar a los de Aragón. Las cuatro barras abandonaron Grecia después de casi un siglo de dominio en Atenas y Neopatria, cuando las llevaron los almogávares. Y el cerebro de la operación, Nerio Acciajuoli de Corinto, pudo hacerse con el control de Tebas y Atenas.

Nadie sabe qué pasó después con Juan de Urtubia. Su rastro desaparece. En enero de 1382 la compañía firmó la paz con Venecia y nuestro personaje ya no figura entre los signatarios. Sí están los caballeros Berard de Varvassa, Juan de Ham Subsion, Lorenzo de Salafranca y Juan de Espoleto, pero no hay huella del capitán. Del otro caudillo de la compañía inicial, el gascón De Coquerel, sabemos que desempeñó el gobierno de Acaya y Lepanto, pero Urtubia no aparece en ninguna parte. Ni siquiera está en la lista de los caballeros navarros que obtuvieron tierras en el Peloponeso cuando, poco después, Jaime de Baux subió al trono imperial bizantino. En definitiva, a Urtubia solo cabe darle por muerto.

¿Y qué fue del resto de la compañía? Poco se sabe, porque no fundaron un espacio político propio al estilo de los almogávares, sino que se disolvieron en el marasmo de Bizancio. Probablemente los últimos caballeros gascones y navarros de la compañía terminarían envascados en las querellas de la región. Su antiguo patrón, el florentino Nerio I Acciajuoli, estaba casado con la hija de un príncipe bizantino, Teodoro Paleólogo. Cuando murió Nerio, hacia 1394, sus posesiones pasaron a otro italiano, Carlo Tocco, conde de Cefalonia. Teodoro Paleólogo quiso arrebatarse el premio al heredero y sitió Corinto. Entonces el italiano llamó en su socorro a los turcos del general Evrenozbeg, que llegaron a Corinto, ganaron al Paleólogo y, de paso, invadieron la región de Morea. Los navarros que por allí quedaban, bajo las órdenes de Pedro de San Superano, se limitaron a obedecer a Tocco, que era su jefe. Seguramente nunca fueron conscientes de que estaban contribuyendo a que Bizancio, el último vestigio del imperio romano de Oriente, cayera en manos musulmanas. Así acabó, disuelta en la historia, la alucinante aventura de la compañía navarra que conquistó Albania. Algo que solo pudo haber pasado en aquel descabellado siglo XIV.

Dos papas en la cristiandad: el cisma de Occidente

Si algo faltaba en el mapa de Occidente para que el incendio fuera generalizado, a la altura de 1378 ocurrió un suceso de enorme gravedad: la Iglesia Católica Romana se partió en dos. Trescientos años antes, la Iglesia de Constantinopla se había separado de Roma. Ahora era la propia Iglesia de Roma la que sufría una escisión en su seno: frente al papa romano habrá otro en Aviñón. Llegará a haber hasta tres papas diferentes en un complejísimo enredo que iba a prolongarse durante medio siglo. Toda la cristiandad se vio afectada. También, por supuesto, los reinos españoles.

Todo empezó cuando el papa Gregorio XI, el francés Pierre Roger de Beaufort, decidió volver a Roma. Desde muchos años atrás, y por la fuerte influencia francesa en el papado, la santa sede no residía en Roma, sino en Aviñón. Ello permitía al papa y a los cardenales eludir la explosiva situación política italiana y en particular las turbulencias de Roma, donde no había año sin revueltas: los italianos no soportaban a los cardenales franceses y querían un papa romano. El papa Gregorio sabía todas estas cosas. Por eso seguía en Aviñón. Sin embargo, también sabía que un retorno a Roma devolvería al papado buena parte de la autoridad perdida. El consejo de santa Catalina de Siena fue determinante. Gregorio decidió volver a la Ciudad Eterna. Pero, por desgracia, el papa murió en marzo de 1378, poco después de su regreso. Y dejó al colegio cardenalicio con un problema de primera magnitud: celebrar cónclave en la conflictiva Roma. En efecto, la tradición de la Iglesia señalaba que el cónclave para elegir nuevo papa debía celebrarse en el mismo lugar donde hubiere fallecido el anterior. Ahora bien, hacía mucho tiempo que los cardenales no pisaban allí por los antedichos problemas políticos. De hecho, muchos prefirieron quedarse en Aviñón. Y a los que acudieron a Roma, el recibimiento que el pueblo les dispensó fue cualquier cosa menos cordial.

Aquel cónclave tuvo un cierto aire de partido de fútbol de la selección italiana. Turbas organizadas de paisanos salían al paso de los cardenales gritando «*Romano lo volemo o almanco italiano*», o sea, «Romano lo queremos o por lo menos italiano». Más aún: el populacho invadió los aposentos de los cardenales exigiendo un papa del país. En semejante atmósfera, el cardenal Orsini —italiano— propuso elegir a un papa provisional hasta que fuera posible celebrar un cónclave con mínimas seguridades. Los demás se opusieron. El aragonés Pedro de Luna señaló a un candidato: Bartolomeo de Prignano, italiano, arzobispo de Bari, hombre austero y recto. La mayoría aceptó la propuesta, salvo dos franceses y, de nuevo, Orsini, que negó validez a una votación realizada bajo presión. Pero finalmente Orsini cedió y, visto el paisaje de efervescencia popular, anunció a la muchedumbre que se dirigiera a la basílica de San Pedro.

¿San Pedro? ¿Por qué?, se preguntó la muchedumbre. Ruido, tensión, confusión. De repente surge el rumor de que todo es una maniobra dilatoria de Orsini porque el

papa no va a ser italiano. A un cardenal francés, acosado por las masas, le preguntan quién va a ser el papa. El francés responde: «Bari», pero pronuncia mal y la chusma entiende un nombre francés. El caos se multiplica por toda la ciudad. Muchos cardenales huyen. Los doce que quedan en Roma aprueban el 9 de abril la entronización de Prignano, que adopta el nombre de Urbano VI. Es un italiano. Cuando la marejada se calma, el resto de los cardenales vuelve a Roma. El 18 de abril Urbano VI era coronado pontífice. Dos meses después el nuevo papa recibía la adhesión de los cardenales que habían permanecido en Aviñón.

Ya había un papa italiano, pero eso, paradójicamente, no iba a crear más que problemas. Urbano —sesenta años en ese momento— era un hombre íntegro y con clara conciencia de que había que reformar la Iglesia, pero esas cualidades no venían acompañadas de la sensatez ni del tacto. Acosado como se veía, tardó poco en chocar con todo el mundo, desde la propia curia hasta los príncipes de las potencias amigas. Con una falta de mano izquierda asombrosa, Urbano reprendió públicamente a los obispos por permanecer en Roma en vez de volver a sus diócesis. Todos callaron menos el obispo de Pamplona, Martín de Zalba, que contestó que no estaba allí por placer, sino por utilidad pública para refrendar al papa. Aquel incidente fue la gota que colmó el vaso. Muy pronto el colegio cardenalicio empezó a conspirar contra el papa Urbano. Y el primero, Martín de Zalba.

Aprovechando el caluroso verano de Roma, la mayor parte de los cardenales se trasladó a Anagni. En Roma solo quedaron cuatro: los italianos. Todos los demás se pusieron de acuerdo para declarar inválida la proclamación de Urbano. ¿Por qué? Porque la presión popular —argüían— había coartado su libertad de elección, lo cual no dejaba de ser verdad. Los disidentes pidieron un nuevo cónclave. Urbano se negó. Entonces los cardenales rebeldes se marcharon al sur, a la cercana ciudad de Fondi, con el objeto de recibir el apoyo político del reino de Nápoles, cosa que les costó muy poco; probablemente todo estaba concertado desde semanas atrás. Más aún: tres de los cardenales italianos —Corsini, Borsano y, otra vez, Orsini— abandonaron el partido de Urbano y se unieron a los de Fondi. El papa se quedó solo.

Otra persona tal vez hubiera reflexionado, pero Urbano VI era realmente testarudo. Para él, todo lo que estaba pasando era consecuencia de sus proyectos de reforma. Los cardenales disidentes —debió de pensar el nuevo papa— no representaban a la Iglesia, sino a sus personales intereses económicos y políticos, es decir, justamente aquello que Urbano se había propuesto borrar. El diálogo fue imposible. El golpe de gracia llegó en septiembre: el rey de Francia, determinante en las cosas del papado, formalizó su apoyo a los disidentes. La reacción de Urbano VI fue expeditiva: nombró un nuevo colegio cardenalicio con veintinueve cardenales, veinte de ellos italianos. Los de Fondi no fueron menos expeditivos: por su cuenta y riesgo convocaron nuevo cónclave y eligieron a su propio papa. El designado fue

Roberto de Ginebra, del partido francés. Subió al solio como Clemente VII e instaló su sede en Aviñón. Ya había dos papas. Y así comenzó el cisma. Era el 20 de septiembre de 1378.

Este papa Clemente, Roberto de Ginebra, no era precisamente un santo. Hijo de los condes de Ginebra, emparentado con varias casas reales, con buena formación intelectual y política, obispo antes de cumplir los veinte años y cardenal antes de los treinta, era el perfecto ejemplo de eclesiástico-político que no servía tanto a la fe como a la corona; concretamente, a la corona francesa. En el expediente de Roberto figuraba, entre otras cosas, la matanza de Cesena, una brutal carnicería sobre la población de una localidad italiana que había intentado sacudirse el yugo político pontificio. Pero con todo y con eso, no dejaba de ser el hombre elegido por el colegio cardenalicio y, además, tenía el apoyo francés. En un contexto como el de aquel momento, con la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra, las potencias aliadas de los franceses no tardaron en reconocer a Clemente VII: Castilla, Aragón, Navarra, también Portugal y hasta Escocia, Noruega y Dinamarca. No era una cuestión religiosa, sino política. Clemente lo sabía bien: su primera decisión fue ceder los territorios pontificios a la familia Anjou, es decir, ponerlos bajo la órbita política francesa.

El cisma dividió a Europa en dos. La mayor parte de las potencias europeas — incluidos los reinos españoles— estaba con Clemente, pero a Urbano le quedaban las grandes ciudades italianas, Inglaterra, Flandes y el imperio alemán, que no eran poca cosa. Además, el verdadero problema radicaba en que, con el derecho canónico en la mano, ambos papas podían blasonar perfectamente de legitimidad. Tan complejo era el litigio que la Universidad de París, la prestigiosa Sorbona, se mantuvo durante largo tiempo neutral, incapaz de decidir cuál de los dos papas era el legítimo, si el de Roma o el de Aviñón.

Nuestros reinos españoles no permanecieron ajenos al conflicto. En diciembre de 1378, Enrique II de Castilla convocó una asamblea en Illescas, Toledo, para estudiar el problema. No hubo solución. El debate se prolongó dos años. Una asamblea posterior en Medina del Campo decidió apoyar a Clemente, aunque la posición mayoritaria en el clero era apostar por un nuevo concilio; cosa esta última que tenía su importancia, porque significaba otorgar al concilio más peso que a la autoridad papal, y la misma línea doctrinal iba a seguirse en otros lugares de Europa. En Aragón, Pedro IV convocó igualmente varias reuniones para elucidar a qué papa respaldar; como no hubo acuerdo, optó por declararse neutral y, en tanto se llegara a una solución, administrar él por sí mismo las finanzas del clero, lo cual vino como agua de mayo al tesoro de la corona.

¿Y qué pensaban los grandes religiosos, los más influyentes por su virtud y sabiduría? También se dividieron. En el partido del papa Urbano hallamos a santa

Catalina de Siena, santa Catalina de Suecia, el beato Pedro de Aragón, la beata Ursulina de Parma, Felipe de Alençon y Gerard de Groote. En el lado del papa Clemente encontramos a san Vicente Ferrer, el beato Pedro de Luxemburgo y santa Colette. Los grandes doctores de la ley se inclinaron por Roma, porque la elección de Clemente no había sido ilegal, pero la elección canónica era la de Urbano. Por el contrario, los teólogos se mostraron divididos. En Alemania, Enrique de Hesse y Conrado de Glenhausen apoyaron a Urbano. En Francia, Pierre d'Ailly, Felipe de Maizieres, Jean Gerson y Nicolás de Clemanges respaldaron a Clemente. No es casualidad que sus respectivas posiciones reflejaran las de sus propios países. Porque el problema de fondo era más político que religioso.

Mientras todo esto pasaba en el resto de Europa, en Roma el papa Urbano VI se metía en un trágico avispero. Necesitado de apoyos políticos para garantizar su propia seguridad, terminó incurriendo en los mismos vicios políticos que pretendía reformar: alentó un golpe de Estado en Nápoles, colocó a familiares suyos en puestos políticos, nombró por todas partes cardenales amigos... Precisamente en Nápoles terminaría cayendo Urbano prisionero de los propios poderes que había alentado. Desde allí, cautivo, gobernó su parte de la Iglesia. Cuando se le permitió volver a Roma, ya en 1389, duró muy poco con vida; dicen las malas lenguas que un oportuno veneno acabó con él. Le sucedió como papa de Roma el también italiano Piero Tomacelli, entronizado como Bonifacio IX, que logró asentar su tiara sobre el apoyo de Nápoles y de las comunas romanas.

En el otro lado de la raya, el papa de Aviñón, Clemente, extenderá su pontificado hasta su muerte en 1394. Le sustituirá un español: el aragonés Pedro Martínez de Luna y Pérez de Gotor, más conocido como «el papa Luna», que escogió el nombre de Benedicto XIII. Con este aragonés el cisma de Occidente alcanzará su punto culminante, porque el papa Luna no se dejará manejar por los franceses. Pero esto ya lo veremos más adelante.

¿Qué significó, al cabo, aquel cisma? Louis Salembier lo describió muy bien:

Obispos, príncipes, teólogos y canonistas estaban en un estado de perplejidad del que no podían salir por el conflictivo, no desinteresado y tal vez insincero testimonio de los cardenales. De allí en adelante ¿cómo los fieles iban a despejar la incertidumbre y formar una opinión moralmente segura? Los fieles recurrieron a sus líderes naturales, y estos, no sabiendo exactamente qué apoyar, siguieron sus intereses o pasiones y se adhirieron a probabilidades. Fue un terrible y angustioso problema que duró cuarenta años y atormentó a dos generaciones de cristianos. (Louis Salembier, *Gran Enciclopedia Católica*, vol. I, Robert Appleton Company, 1907).

Lo asombroso, como escribió Joseph de Maistre, es que la Iglesia resistió esta

división. Ninguna otra organización humana habría podido superar semejante prueba. Pero ahora volvamos a España, porque en la frontera de Portugal estaban hablando las armas.

Aljubarrota: donde Portugal salvó su independencia

Fue en 1385, cuando el rey de Castilla y de León estuvo en condiciones de pelear por la Corona de Portugal. Quince años antes, había sido el rey de Portugal el que estuvo en posición de tomar el trono castellano. Cuestiones de familia (real). Pero en aquella época, con la guerra de los Cien Años como decorado permanente, las cuestiones de familia implicaban al mundo entero, de modo que la pugna entre Castilla y Portugal dio ocasión a Francia e Inglaterra para batirse, una vez más, en suelo hispano. El momento cumbre fue la batalla de Aljubarrota, en aquel año de 1385: una de las más representativas de la baja Edad Media, donde se aplicaron todas las tácticas entonces en vigor. Ganaron los portugueses... gracias al inglés.

La causa de aquella guerra entre Castilla y Portugal fue que el rey portugués Fernando I murió sin otra descendencia que su hija Beatriz, casada con el rey de Castilla Juan I. Por tanto, el rey de Castilla tenía ahora derecho a ocupar el trono portugués, aquella corona hispana desgajada del cetro de León en el siglo XII. Ahora bien, pocos portugueses estaban por la labor. Y por eso hubo guerra.

Quince años antes, el rey Fernando I de Portugal había tratado de sacar partido de la guerra civil castellana —aquí lo hemos visto— e invocó sus derechos dinásticos para hacerse con la Corona de Castilla. Fuerzas inglesas le secundaron en su propósito, pero Enrique de Trastámara logró frenar a los portugueses. Fernando se rindió a la evidencia y, tras varios años de guerra, optó por dedicarse a gobernar, cosa que hacía mucha falta, porque Portugal, como toda Europa, aún no se había repuesto de los estragos de la peste. Esta es la época en la que los barcos portugueses empiezan a surcar los mares mientras en el suelo de la corona se multiplican los campos de cultivo. Pero Fernando tenía un serio problema: su mujer.

La esposa del rey Fernando era la dama Leonor Téllez de Meneses, hija de un importante linaje con ramas en Castilla y Portugal. Leonor casó muy joven con un noble portugués, el señor de Pombeiro, con quien tuvo un hijo; pero Fernando I se enamoró perdidamente de ella, la sedujo, forzó la anulación de su matrimonio anterior y terminó desposándola. Hasta aquí Leonor parece la víctima de un capricho regio, pero nuestra dama demostraría muy pronto que en realidad la víctima era Fernando: tardó poco en sentar sus reales en palacio, intervenir en asuntos de gobierno y maniobrar a fondo en la política exterior. Inteligente y ambiciosa, Leonor terminó convirtiéndose en la pieza clave del trono portugués; para descontento de los nobles, que veían con muy malos ojos tan desmedida influencia.

Todo se complicó aún más por el hecho de que Leonor no dio herederos varones a Fernando; le nacieron dos hijos, Pedro y Alfonso, pero ambos murieron en el parto. Solo sobrevivió una hija: Beatriz. Y el paisaje se oscureció definitivamente cuando el rey Fernando, con solo treinta y ocho años, fallecía de tuberculosis en octubre de

1383. ¿Quién quedaba al frente del país? Leonor. Con una hija como heredera y con un favorito, el conde Andeiro, como alfil de la corona. ¿Cabía más complicación? Sí, y esto es lo que hizo estallar la situación: porque esa única hija del matrimonio regio, Beatriz, había sido dada en matrimonio un año antes al rey de Castilla, Juan I, hijo de Enrique Trastámara. En su momento, con Fernando vivo, aquel matrimonio había sido un buen modo de templar las cosas con Castilla. Pero ahora, sin rey en el trono, el enlace de Beatriz tenía consecuencias imprevistas: los derechos del trono portugués pasaban, por vía matrimonial, al rey castellano. Y eso era inaceptable para demasiada gente en Portugal.

Leonor intentó gobernar con el apoyo del conde Andeiro. Todo fue inútil. Buena parte de la aristocracia se oponía a una anexión a Castilla. También la burguesía comercial, que temía perder sus relaciones privilegiadas con Inglaterra. Un hermanastro bastardo del difunto rey Fernando, el infante Juan, gran maestre de la orden de Avis, reclamó el trono. Un importante caballero portugués, Nuno Alvares Pereira, formó hueste, proclamó su apoyo a Juan de Avis y puso cerco a las ciudades que simpatizaban con el partido castellano. El país se dividió, aunque eran mayoría los partidarios del De Avis. El caos se apoderó del reino. Andeiro, el valido de Leonor, fue asesinado por las turbas. Leonor no pudo reconducir la situación. Finalmente, el 6 de abril de 1385 las Cortes portuguesas se reunían en Coimbra y proclamaban rey a Juan de Avis. Leonor y su hija tuvieron que huir a Castilla. Y allí estaba el rey castellano, Juan, que no tenía la menor intención de abandonar sus derechos al trono portugués. Después de todo, no le avalaba solo su matrimonio, sino los compromisos contraídos por el difunto rey portugués, que tenían valor de ley. Así empezó la guerra.

Nada de cuanto ocurre en Europa en este tiempo es ajeno a la gran guerra que Inglaterra y Francia disputaban en suelo francés, y tampoco iba a serlo este conflicto entre Castilla y Portugal. Los portugueses habían tomado claramente al partido inglés. El rey Fernando, el mismo que firmó el pacto matrimonial de Beatriz con Castilla, había suscrito a la vez acuerdos con el duque de Lancaster, casado con una hija de Pedro el Cruel, para recuperar el trono castellano. Por el contrario, los Trastámara estaban del lado francés y los barcos de Castilla no habían dejado de atacar puertos ingleses en los años anteriores. Así que ahora, en esta pugna por el trono de Portugal, castellanos y portugueses no iba a estar solos: una hueste de arqueros ingleses compareció al lado de Juan de Avis, mientras que una numerosa tropa francesa engrosó el bando de Juan de Castilla.

Era junio de 1385 cuando Juan I de Castilla invadió territorio portugués. Entró por el centro, en lo que hoy es la frontera con Cáceres, con el propósito de llegar a Lisboa. La fuerza reunida por el rey castellano era temible: unos treinta mil hombres entre peones, lanceros y ballesteros, con un refuerzo de dos mil caballeros franceses.

Un gran ejército. Lento, sin duda, a la hora de moverse por territorio hostil, pero contundente. Los portugueses, por su parte, habían concentrado sus fuerzas en el castillo de Tomar, al noreste de Lisboa. Allí estaban el rey Juan de Avis y el caballero Nuno Alvares Pereira, recién nombrado condestable del reino. La fuerza portuguesa era claramente inferior: unos seis mil quinientos hombres. Sin embargo, Juan de Avis no tenía otra opción que salir al encuentro del enemigo si quería evitar que Juan de Castilla entrara en Lisboa.

¿Podían seis mil quinientos hombres frenar a treinta mil enemigos? Sí, sí podían: las victorias inglesas en la guerra de los Cien Años habían cambiado muchos conceptos del vigente arte de la guerra. Entre otras cosas, habían demostrado que con una eficaz utilización del terreno y de los arcos largos ingleses era perfectamente posible destrozar a la caballería pesada, por numerosa que esta fuera. Era precisamente lo que Juan de Avis necesitaba, y lo tenía: esos arqueros ingleses venidos a reforzar su hueste. Cabe pensar que los castellanos estaban igualmente al corriente de estas cosas. Pero seguramente Juan de Castilla y sus caballeros franceses ignoraban que allí, en Portugal, iban a encontrarse con los mismos arqueros que habían aniquilado en varias ocasiones a la caballería del rey de Francia.

Era el mediodía del 14 de agosto de 1385 cuando Juan I de Castilla, en su marcha sobre Lisboa, se topó con la fuerza portuguesa. Los de Juan de Avis habían ocupado la cima de una colina cerca de Leiria, entre riachuelos que protegían sus flancos. Los castellanos bordearon la colina en busca del lugar más accesible para atacar. Los portugueses, por su parte, organizaron a toda velocidad el campo según el modelo inglés: una gruesa línea de infantería en el centro, sendos contingentes de arqueros en los flancos y una fuerza de reserva en retaguardia; delante de la línea central de infantería, un laberinto de fosos, zanjas y troncos para frenar el empuje de la caballería pesada enemiga, exactamente igual que habían hecho los ingleses en Crécy y Poitiers. Cuesta creer que Juan de Castilla y sus franceses no supieran lo que les esperaba. El hecho, sin embargo, es que una desafortunada cadena de errores precipitó las cosas.

Primer error: el rey de Castilla dio la orden de atacar. Eran ya las seis de la tarde cuando la tropa castellana completó la maniobra. Sus hombres venían de una agotadora jornada de marcha bajo el sol de agosto. Y pese a ello, el de Castilla atacó. ¿Por qué? ¿Temía la llegada de refuerzos enemigos? ¿Tanto confiaba en la contundencia de su caballería francesa? El caso es que la hueste castellana atacó al estilo clásico: carga de caballería pesada sobre la línea de infantería. Y esta maniobra fue el segundo error, porque antes de llegar al contacto con la línea enemiga la caballería francesa quedó atrapada en el laberinto de zanjas y trincheras excavado por los portugueses. Deshecho el ímpetu inicial, la caballería se convirtió en blanco inmóvil para los arqueros ingleses, que diezmaron a los jinetes. Igual que había

ocurrido reiteradas veces en los campos de batalla de la guerra de los Cien Años.

En ese momento la segunda línea castellana debía haber intervenido para auxiliar a la caballería, seguir el combate a pie y llegar hasta la infantería enemiga, pero ese fue el tercer error: la segunda línea, seguramente por el cansancio del día, avanzó con gran lentitud y no llegó al contacto. La caballería había sido sacrificada en vano. Así las cosas, los contendientes quedaron frente a frente en un estrecho campo —el previamente dibujado por los portugueses— listos para el combate a pie. La tropa castellana era más numerosa, pero eso, en un campo tan angosto como el dispuesto por el enemigo, terminó siendo un grave inconveniente. Fue el cuarto error: la extensa línea castellana atacó, la angostura del campo entre riachuelos desorganizó a la fuerza, y en ese momento los portugueses hicieron avanzar a su retaguardia. Los castellanos quedaron atrapados entre los accidentes naturales del terreno y las líneas del enemigo. Al caer el sol, Juan I de Castilla se rindió a la evidencia: había perdido. El rey ordenó la retirada. Y fue su quinto y último error, porque toda retirada en desorden es una invitación al suicidio, y aquella degeneró en matanza masiva.

Lo que siguió, en efecto, fue una escabechina. Aislados en pequeños grupos, los castellanos salieron del campo de batalla desorientados y sin saber adónde dirigirse. Y así fueron cayendo en manos de los portugueses; no solo de los soldados enemigos, sino también de los lugareños desplegados por los alrededores. Las cifras son horribles: si en la batalla habían muerto cinco mil hombres, otros tantos fueron asesinados después, en la matanza posterior. Dicen que al amanecer del día siguiente, 15 de agosto de 1385, el curso de los ríos que riegan el lugar había quedado estancado por la cantidad de cadáveres que descansaban en el lecho. Lo más notable de la aristocracia castellana pereció allí: hijos de los Mendoza, de los Téllez, de los Manrique de Lara... En cuanto a los franceses, el rey Juan de Avis dio orden de asesinar a los supervivientes. Sin más.

El propio rey Juan I de Castilla tuvo que huir a uña de caballo, oportunamente puesto a salvo por su ayo, Pedro González de Mendoza. Es una historia impresionante. El caballo de Juan había muerto en la batalla; viendo a su rey en peligro, Pedro González de Mendoza, guerrero y poeta, señor de Hita y Buitrago, mayordomo del reino, descendió de su montura, dio el caballo a Juan y permaneció en pie, esperando la acometida del enemigo mientras el monarca escapaba. Pedro murió en el combate. Salvando la vida de su rey.

Hoy en Portugal hay un monasterio, el de Batalha, y una villa del mismo nombre, que conmemoran aquella carnicería. Ambos fueron elevados por Juan de Avis en acción de gracias por la victoria. Reinó como Juan I de Portugal y dio nacimiento a una dinastía propia. Los portugueses le llaman «Juan el de Buena Memoria». En cuanto al Juan castellano, el descalabro de Aljubarrota iba a sumergirle en nuevos e inesperados peligros. Poco podía imaginar nadie que el más serio de todos ellos iba a

resolverlo un improvisado ejército de mujeres: las mujeres de Palencia.

Las mujeres de Palencia salvaron un reino

Hoy mucha gente lo ha olvidado —incluso allí—, pero las mujeres de Palencia escribieron una de las gestas más insólitas de la Edad Media: ahuyentaron ellas solas a un ejército enemigo. Fue en mayo de 1388, aquel año en el que el duque de Lancaster, un inglés, a punto estuvo de quedarse con la Corona de Castilla. Desde entonces las palentinas lucen en su traje regional una banda dorada, privilegio que antaño solo cabía a los varones. Y sobre todo: gracias a las mujeres de Palencia, Castilla siguió siendo un reino español.

Recordemos la situación: las armas de Castilla y León han sido seriamente derrotadas en la batalla de Aljubarrota por los portugueses de Juan de Avis. El rey Juan I de Castilla ve cómo sus aspiraciones al trono portugués se evaporan, pero hay algo aún peor: con las huestes de Castilla así quebrantadas, el camino del reino queda abierto para cualquiera que tenga suficiente fuerza militar. El trono de Castilla era un bocado de lo más apetitoso. Además, la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra sigue viva y Castilla ya se había distinguido como aliada de los franceses, de manera que los ingleses ven el cielo abierto: una intervención en Castilla podría privar a Francia de uno de sus principales aliados y, aún más, poner la poderosa flota castellana al servicio de Inglaterra. Los ingleses no lo dudaron. En el verano de 1386, un contingente inglés desembarca en La Coruña. Viene al mando de Juan de Gante, duque de Lancaster.

¿Quién era este caballero y por qué estaba allí? Juan de Gante —así llamado por haber nacido precisamente en esa localidad flamenca— era el cuarto hijo varón del rey de Inglaterra, Eduardo III. Tenía apenas veinte años cuando se casó con Blanca de Lancaster. Enseguida murió su suegro, el duque de Lancaster, y Juan heredó todas sus posesiones. Y hay que subrayar esto porque las posesiones en cuestión eran un verdadero reino: 20.000 hectáreas de tierras en el noroeste de Inglaterra y en otros lugares, treinta castillos en Inglaterra y Francia, rentas abundantísimas y un papel determinante en la corona. De hecho, hoy el ducado de Lancaster es parte fundamental del patrimonio de los reyes de Inglaterra. Juan enviudó de Blanca en 1369 y volvió a casarse. ¿Con quién? Con Constanza de Castilla, hija de Pedro I el Cruel. Era ya 1371 y Pedro había muerto a manos de Enrique de Trastámara. Los derechos de Pedro I pasaron a Constanza. Juan de Gante vio la oportunidad de reclamar la Corona de Castilla. Así entró este caballero en la historia de España.

Lancaster avanza en Galicia sin encontrar demasiada oposición: aún ardían los rescoldos de la guerra civil castellana y en esta región eran muchos los que habían tomado el partido de Pedro el Cruel. Para ellos, Juan de Gante no era un príncipe extranjero, sino el valedor de los derechos de Constanza, la hija de Pedro. Controlada La Coruña, el duque de Lancaster penetra hacia el sur y se instala en Orense. Allí levanta su corte. Pero el duque no está solo: sabe que cuenta con el apoyo portugués.

La intervención inglesa ya había sido determinante para lograr la victoria portuguesa en la batalla de Aljubarrota. Ahora se trata de explotar el éxito.

¿Qué podían sacar los portugueses de esta aventura? León. Por las venas de Juan de Avis también corría sangre real castellana. El pacto consistió probablemente en que el de Lancaster se cobraría el trono de Castilla a través de su esposa Constanza, mientras que Juan de Avis, rey de Portugal, incorporaría a su reino las tierras de León. Para soldar la alianza, Lancaster otorga a Juan de Avis la mano de su hija Felipa, nacida del primer matrimonio del inglés. Conviene no minusvalorar estos enjuagues: si los dos Juanes —el de Lancaster y el de Avis— obtenían la victoria, la alianza así formada controlaría toda la fachada occidental europea. Claro que para eso tenían que doblegar al tercer Juan: Juan I, rey de Castilla. Y Castilla aún no había dicho su última palabra.

Las tropas de Inglaterra y Portugal entraron en territorio de León. Los choques armados se sucedieron mes tras mes. El propósito de Lancaster y Avis era infligir a los castellanos otra derrota decisiva que barrera a Juan del trono. Pero no habrá tal, porque Juan I de Castilla rehuyó otra confrontación directa. La fuerza castellana había quedado muy disminuida después de Aljubarrota, pero el reino seguía siendo una de las grandes potencias de la época y no era fácil darle el jaque definitivo. Decenas de miles de hombres fueron movilizados para acudir al combate. Los angloportugueses pensaron entonces en golpear sobre una capital importante. ¿Cuál? Palencia. ¿Y por qué Palencia, precisamente? Porque era una ciudad muy notable y, al mismo tiempo, era asequible para las fuerzas angloportuguesas.

Viejo solar celtíbero, romano y después godo, protagonista de la Reconquista más temprana, codiciado pivote de la Tierra de Campos, hito importante del Camino de Santiago, escenario de innumerables enfrentamientos entre los grandes linajes castellanos y leoneses... Palencia había sido la primera ciudad española que vio nacer una universidad en su suelo: el Estudio General fundado en 1208 por el obispo Tello Téllez de Meneses. Alfonso VIII, el de Las Navas, había dado a la ciudad fueros que le permitieron constituir muy tempranamente un concejo libre. Y desde entonces Palencia había sido uno de los escenarios fundamentales de todas las convulsiones de la vida medieval castellana. Pero a partir de ahí, y a medida que se consolidaba la expansión hacia el sur, otras ciudades fueron tomando el relevo: Burgos, Salamanca, Toledo... De esta manera Palencia quedó como una ciudad aún importante, sí, pero de segundo orden.

Ahora, año de 1388, eso se traducía en una situación militar delicada. Las tropas de Lancaster y Avis andaban de saqueo por Villalpando y Benavente. El hambre y las enfermedades habían empezado a hacer acto de presencia en la hueste. Ni de lejos tenían fuerza suficiente para intentar un asalto a la ciudad de León. Pero el reino de Castilla tampoco podía aspirar a reunir un ejército que diera cuenta de los invasores:

el mero esfuerzo de frenar a los angloportugueses había obligado a vaciar de hombres las principales ciudades. Por ejemplo, Palencia. En Palencia, en efecto, no quedaban hombres: todos estaban en el área de Valderas, a poco más de cincuenta kilómetros hacia el oeste, tratando de acosar al enemigo. El de Lancaster supo pronto que Palencia estaba vacía de soldados. Era una oportunidad que no podía dejar pasar: tomar una ciudad como esa significaría dar jaque al rey de Castilla. Pero...

Pero ocurrió que, cuando el de Lancaster llegó ante los muros de Palencia, vio las almenas repletas de defensores. Alguien había dado la voz de alarma. Ante la llegada del enemigo, las mujeres de la ciudad, con los viejos, los niños y los plebeyos, habían tomado las murallas. Y el invasor, que esperaba una victoria rápida y fácil, se vio en la tesitura de tomar una imprevista decisión: o intentar de todas formas el asalto, exponiéndose a que sus ya cansadas y hambrientas huestes recibieran un severo golpe, o replegarse de nuevo hacia Portugal. Si atacaba y perdía, le sería francamente difícil volver a sus bases portuguesas; si se retiraba, salvaría al menos a su hueste y podría seguir devastando campos y causando estragos en su camino de vuelta a casa. No sabemos si hubo combate ante los muros de Palencia —nadie lo sabe—, pero sí conocemos el final de la historia: Juan de Gante, duque de Lancaster, volvió grupas y levantó el sitio. Las mujeres de Palencia habían vencido al inglés.

No puede decirse que la razzia de Juan de Gante y Juan de Avis por tierras castellanas y leonesas fuera una victoria militar —de hecho, no conquistaron ciudad alguna—, pero sí fue sin duda una victoria política. ¿Por qué? Porque Juan I de Castilla se vio obligado a tomar decisiones que de otro modo no hubiera tomado. El rey castellano podía blasonar de que, aun con sus huestes quebrantadas después de lo de Aljubarrota, había logrado rechazar a un ejército enemigo, pero bien sabía Juan que su reino no podría permitirse otro ataque de este tipo. De esta manera se llegó a una situación en la que todo el mundo apostó por la negociación. Había sonado la hora de la política.

Los contendientes se entrevistaron en Troncoso, Portugal, en 1388. Allí se dibujaron las líneas del acuerdo que enseguida iba a firmarse en Bayona. Como tantas otras veces, la prenda de la paz sería un matrimonio: el heredero del trono castellano, Enrique, se casaría con la hija de Lancaster y Constanza, Catalina. Eso significaba volver a unir las dos ramas que se disputaban el trono: la de los Trastámara y la de Pedro el Cruel. El canciller Pero López de Ayala explica las condiciones del tratado en su *Crónica*. El inglés renunciaba al trono de Castilla, pero a cambio recibía 600.000 francos de oro y su esposa, Constanza, obtenía las rentas y derechos de Guadalajara, Olmedo, Medina del Campo y Huete. Asimismo Juan I de Castilla se comprometía a perdonar a todos los hijos de Pedro el Cruel que estaban en prisión o en el exilio. Y por otro lado, Castilla firmaba con Portugal una tregua de seis años que terminaría haciéndose (casi) definitiva. Juan de Avis se aseguraba un largo

reinado.

Los herederos, Enrique y Catalina, se casaron en la catedral de San Antolín de Palencia. Sí, Palencia: el escenario de aquella gesta de unas mujeres singularmente bravas. En el mismo acto, los herederos del trono castellano recibían el título de Príncipes de Asturias, que desde entonces se atribuye al heredero de la corona en España. Y en cuanto a las mujeres de Palencia, el rey les concedía una recompensa singular: el derecho de portar sobre su corpiño la banda dorada, el distintivo de una orden creada medio siglo atrás por Alfonso XI y que hasta entonces era exclusivo de los caballeros. Desde aquel día, y hasta hoy, las mujeres de Palencia exhiben esa banda con orgullo.

Los nuevos príncipes de Asturias iban a tardar muy poco en reinar: el 9 de octubre de 1390, apenas dos años después del Tratado de Bayona, el rey Juan I de Castilla caía de su caballo y fallecía en el acto. Ahora bien, Enrique, el heredero, aún era menor de edad en ese momento: once años. El cardenal Pedro Tenorio, pieza clave del reino, mantendría la muerte de Juan en secreto hasta dejar bien dispuestos los detalles de la regencia. Pero eso ya lo veremos más adelante.

En cuanto a Juan de Gante, duque de Lancaster, dejó España y volvió a Inglaterra, donde le aguardaban serios problemas políticos: el reinado de su sobrino Ricardo II había levantado resistencias por todas partes, entre otras razones por los sucesivos aumentos de impuestos que exigía la larga guerra con Francia. Allí, en Inglaterra, morirá Constanza, la hija de Pedro el Cruel, ya en 1394. Lancaster aprovechó para casarse con la que había sido su amante durante los últimos veintiocho años: Catalina de Roet-Swynford. Juan de Gante morirá en 1399. Uno de sus hijos será rey de Inglaterra.

Así terminó la historia de esos tres Juanes —el de Castilla, el de Gante y el de Portugal— en unos años de sangre y fuego. Pero en España había aún otro Juan: el rey de Aragón, Juan I, llamado «el Cazador» y también «el amante de toda gentileza». Y de él hay que hablar ahora, porque este cuarto Juan, decididamente inclinado a la *dolce vita*, estaba llevando a la Corona de Aragón a un callejón sin salida.

El rey cigarra: Juan I de Aragón, o cómo arruinar a un reino

Sus títulos de «el Cazador» o «el amador de toda gentileza» son demasiado amables para alguien que, en realidad, fue ante todo un vividor. Lo peor es que Juan I, a fuerza de gastarse el dinero del reino en fiestas y corruptelas, dejó a la Corona de Aragón hecha un desastre. Nadie podrá negar su sincero amor por la poesía, pero, mientras él disfrutaba de la vida, su gente vivía en la ruina y la temperatura social subía hasta el punto de la combustión. Los judíos pagaron el pato.

Fue el peor rey posible en el peor momento posible. A finales del siglo XIV, la Corona de Aragón apenas si podía sostener el enorme edificio de su imperio marítimo. Primero fue la peste, después la guerra civil castellana y siempre la perpetua efervescencia en sus posesiones italianas —Cerdeña, Sicilia—; todo eso había ido minando la capacidad de resistencia de un reino cuyas naves seguían siendo señoras del Mediterráneo, pero cuyos cimientos flaqueaban peligrosamente. El viejo Pedro IV había logrado detener temporalmente la decadencia. ¿Cómo? Sofocando con mano de hierro —con su famoso «puñalito»— las exigencias de la nobleza feudal. Pero incluso él había tenido que oír de las Cortes de Monzón, allá por 1383, la amarga queja del pueblo ante la desastrosa política fiscal del reino. Ahora, con Juan en el trono, el mal se multiplicaría.

¿Dónde estaba el problema? Fundamentalmente, en la excesiva feudalización del reino, que obligaba a la corona a endeudarse mucho más allá de lo posible para sufragar sus propias políticas. Cada vez que la corona quería hacer algo —detener las invasiones de Pedro I, sofocar las revueltas sardas, auxiliar a los almogávares en Grecia—, tenía que pedir dinero a los grandes señores. Estos, a su vez, recurrían invariablemente a subir los impuestos sobre el pueblo para satisfacer las necesidades de la corona. Esa política era insostenible. Y lo fue mucho más cuando los reyes y sus parientes empezaron a pedir dinero no para afrontar necesidades políticas, sino para aumentar sus propios patrimonios personales. Todo eso llevó a la corona a un callejón sin salida.

Juan I llegó al trono aragonés en 1387. Era ya un hombre de treinta y siete años, con intereses propios y que había prodigado los gestos de independencia frente a los designios paternos. Sus sucesivos matrimonios, aún como heredero, dan fe de ello: primero se comprometió con una princesa francesa, Juana de Valois, hija del rey Felipe IV, pero la novia falleció antes de llegar a Aragón. Después contrajo matrimonio con la hija del conde de Armañac, Marta, que a su vez murió en Zaragoza en 1378. Su padre, Pedro IV, pensó entonces en casarle con la heredera de Sicilia para reforzar su política mediterránea, pero Juan decidió por su propia cuenta desposar a otra francesa, Violante o Yolanda de Bar, sobrina del rey Carlos el Sabio. Ese matrimonio abrió un abismo entre padre e hijo. Abismo que manejó en su propio

provecho la madrastra de Juan, Sibila de Forciá, la joven y bella tercera esposa del rey Pedro. Sibila obtendrá de Pedro IV innumerables favores y beneficios; todo eso estimulará a su vez la inquina del heredero Juan en un irrespirable ambiente de intrigas cortesanas.

Sibila fue, en efecto, la primera víctima de Juan cuando este llegó al trono. El nuevo rey encerrará a la viuda en prisión y le obligará a renunciar a todos sus bienes y derechos, que eran muchos: 66.059 sueldos anuales, concretamente. El dinero fue a parar a la esposa de Juan, Violante de Bar, que ya gozaba de enormes rentas (la comarca de Jaca, las comunidades de Daroca y Teruel, las rentas de las principales aljamas judías y varias salinas, entre otras cosas). Así la reina se convirtió en una de las principales fortunas de la corona. ¿Por amor de su esposo? No precisamente: mientras Violante engordaba su patrimonio y se dedicaba de hecho a gestionar el tesoro real, Juan consagraba su existencia al cultivo de las artes, la poesía, la música y a la organización de grandes festejos en compañía de su amante, Carroza de Vilaragut, ilustre dama valenciana, favorita a su vez de la propia Violante y mujer poderosísima en el reino. Tan poderosa que las Cortes terminarán exigiendo la expulsión de doña Carroza.

Las fiestas que organizaba Juan I de Aragón debían de ser realmente dignas de verse: músicos, poetas, astrólogos, alquimistas y trovadores surcaban el reino de punta a punta en innumerables ferias cortesanas. Fue él, Juan, quien creó los Juegos Florales de Barcelona en 1393. Naturalmente, eso actuó en beneficio de la vida cultural del reino, pero a costa de un gasto que nadie podía permitirse. Alrededor del rey creció una nube de cortesanos que se apresuró a sacar tajada de los cuantiosísimos presupuestos movilizados para estas «suntuosísimas frivolidades», como las llama la Crónica. Unos cortesanos que no solo se quedaban con suculentas porciones de las sumas dedicadas a festejos, sino que además sisaban elevados porcentajes de los dineros destinados a la guerra con Cerdeña o incluso a la propia ceremonia de coronación del monarca, que no llegó a celebrarse porque los fondos para sufragarla habían desaparecido. En torno a la atractiva vida cultural de la corte creció una corrupción intolerable.

Como el tesoro real no podía pagar semejantes alegrías, Juan pidió ayuda a las Cortes. Estas se negaron, porque el reino, sacudido por una seria crisis, carecía de recursos. Entonces la reina Violante optó por enajenar o hipotecar propiedades de la corona. ¿Quiénes las compraron? Los grandes nobles, es decir, los mismos que estaban sangrando a mansalva el tesoro real. Cuando eso no bastó, el rey Juan vendió sus castillos del Rosellón. Y como ni siquiera esto bastaba, la corona empezó a endeudarse con los banqueros de Florencia, cuyos préstamos a interés usurario dieron la puntilla a la economía del reino. Un desastre.

Y mientras Juan ejercía de cigarra, ¿quién hacía el papel de hormiga? El infante

Martín, hermano menor de Juan. El rey se había ocupado de firmar paces con Castilla, Francia y Navarra para tener el paisaje tranquilo, pero eso no le privó de sufrir conflictos en otros puntos. Y como el rey Juan estaba a lo suyo, o sea, a la *dolce vita*, tuvo que ser su hermano Martín el que hiciera el trabajo. Fue Martín quien detuvo al conde de Armañac, exsuegro de Juan I, cuando al viejo aristócrata francés se le ocurrió invadir el Ampurdán en busca del trono mallorquín. Fue igualmente Martín quien tuvo que marchar a Cerdeña, sublevada bajo Leonor de Arborea, para apoyar a las tropas fieles a Aragón en la isla, tropas que no recibían ayuda desde la península porque todo el dinero se lo quedaban los cortesanos de Juan. Y fue Martín, en fin, quien tomó cartas en el asunto siciliano —había heredado de su madre los derechos sobre la isla— propiciando el matrimonio de su propio hijo, llamado también Martín, con la heredera de Sicilia, y actuando en Palermo para defender los intereses de Aragón. ¿Y el rey? El rey Juan, de juerga.

Era solo cuestión de tiempo que el pueblo pusiera pies en pared. El pueblo, es decir, las Cortes, donde estaban representadas las villas de la corona. Fueron las Cortes las primeras —de hecho, las únicas— en advertir al rey de que iba por muy mal camino. Primero denunciaron los excesos de la camarilla de Juan y Violante. Después protestaron por los abusivos impuestos y cargas. Más tarde se negaron en redondo a sufragar los gastos suntuarios del monarca. Y cuando las Cortes se vieron impotentes, fue el pueblo quien se tomó la justicia por su mano. La crisis económica, la escasez en las tierras de la corona, el malestar por una política irresponsable: todo eso se dio la mano en los disturbios que a la altura de 1390 empezaron a sacudir el reino. Disturbios que a la postre terminarán encontrando un chivo expiatorio: los judíos.

La agitación antijudía venía de Europa. Había comenzado en los años de la peste negra, encontró campo abonado en la carestía provocada por la guerra de los Cien Años y terminó contagiándose a España. Primero fue Castilla. Después, inmediatamente, Aragón. Enseguida hablaremos por lo menudo de las persecuciones contra los judíos, que iban a saldarse con tremendas matanzas. Por ahora limitémonos a señalar que en el verano de 1391 no hubo aljama ni sinagoga de Aragón que no conociera el fuego: las aljamas de Mallorca, Valencia, Lérida, Gerona y Barcelona fueron asaltadas y un número indeterminado de judíos murió víctima de las turbas enfurecidas.

En un ambiente de pobreza generalizada, los prestamistas judíos se convirtieron en blanco de la furia popular (y también los judíos que no se dedicaban al préstamo). Solo la aljama de Zaragoza quedó a salvo de la destrucción, aunque no de las violencias. La corona se apresurará a compensar a las víctimas: en 1392 Juan I funda la segunda aljama de Barcelona y autoriza una segunda escuela rabínica, y al año siguiente encomienda al rabino Hasdai Crescas la restauración de la sinagoga de

Valencia. Pero aquellos fuegos dejaron un rescoldo que ya no se apagaría.

Juan I de Aragón murió muy pronto, en 1396. La muerte le sorprendió cazando: probablemente volvía de una de sus francachelas cuando, según su costumbre, se internó en el bosque de Orriols, en Gerona, para buscar alguna pieza; el caballo falló, Juan cayó al suelo y ya no se levantó. Esa es, al menos, la versión oficial. Tenía cuarenta y seis años y fallecía después de solo nueve de reinado. Solo nueve, sí, pero que bastaron para dejar a la corona al borde de la ruina. Y además Juan legaba a Aragón un problema aún mayor: no había heredero.

En efecto, el rey moría sin herederos varones. Sus sucesivas esposas le habían dado seis hijos, pero todos murieron de niños. La única descendencia que dejaba era femenina: Juana, casada con el conde Mateo de Foix, y Violante (o Yolanda), que más tarde sería esposa de Luis II de Anjou, rey de Nápoles. En esas condiciones, la corona debía pasar a Martín, el abnegado hermano del rey. Ahora bien, Martín estaba en Sicilia, donde acababa de poner a su hijo en el trono. Tuvo que ser la esposa de Martín, María de Luna, la que reclamara el trono en su nombre. Y por si faltaba algo para enredar el problema, en esa tesitura la intrigante reina Violante de Bar comunicó que estaba embarazada del difunto rey, lo cual obligaba a demorar la sucesión hasta que el parto se verificase.

Fueron tiempos desquiciados. Mateo de Foix, yerno del rey Juan, invadió Cataluña y reclamó el trono; las tropas del reino, fieles a Martín, rechazaron al intruso. Mientras tanto, el embarazo de la reina Violante terminaba mal: alumbraba a una niña, Juana, que moría en el acto. Y al mismo tiempo Martín abandonaba Sicilia y ponía rumbo a Aragón para hacerse cargo de la corona. Martín, llamado «el Humano», llegó a Zaragoza en octubre de 1397. Allí juró los fueros y empezó a actuar de hecho como rey, aunque no sería coronado hasta abril de 1399. Martín I conocía bien el paño: lo primero que hizo fue aliarse con los patricios de las ciudades, las oligarquías urbanas, grandes víctimas del incesante expolio de Juan I, para hacer frente a las ambiciones de los nobles.

El reinado de Martín I en Aragón fue épico: un hombre solo trataba de detener la decadencia de un reino en un ambiente donde todos parecían atender exclusivamente a su propio interés. Pronto las querellas entre el patriciado urbano, por un lado, y las guerras banderizas entre clanes nobiliarios, por otro, harán la corona ingobernable. Pero esta es otra historia. Ahora hablemos de la cuestión judía, que estaba tiñendo de fuego el mapa de España.

La cuestión judía: matanzas para cerrar el siglo

En efecto, el final del siglo XIV estuvo marcado en España por un suceso terrible: las persecuciones contra los judíos, que empezaron en Sevilla en 1391 y se extendieron por toda la península. Las revueltas populares contra los judíos no fueron algo exclusivo de España. Incluso puede decirse que fue en España donde más tarde prendieron. Pero en todo caso fue un suceso de enorme calado que ensombreció los últimos años de un siglo ya de por sí particularmente sangriento.

No fue España la primera, es verdad. La primera gran persecución antijudía ocurrió en Inglaterra alrededor de 1290, o sea, un siglo antes que entre nosotros. Los judíos ingleses tenían un estatuto singular: formalmente eran protegidos de la corona, pero esa protección significaba, en la práctica, que el rey los consideraba como su propiedad personal. ¿Y para qué quería el rey judíos? Para que le prestaran dinero. En la cultura cristiana medieval, el préstamo de dinero con interés estaba prohibido para los creyentes. Pero los judíos no lo eran, de manera que podían dedicarse al préstamo. Y como no había otras vías de financiación, las comunidades judías alcanzaron un relevante papel: su actividad les reportaba unos notables ingresos que, a su vez, se transformaban en elevados impuestos que cobraba la corona. Ahora bien, eso terminó siendo letal para los judíos ingleses: por una parte, el resto de la sociedad sufría las consecuencias de la usura, de manera que pronto el judío empezó a ser muy mal visto; por otra, los impuestos que el rey les cobraba eran cada vez más altos, lo cual revertía en un aumento de los intereses sobre el préstamo, con la consiguiente ebullición del pueblo. Cuando la situación se hizo insostenible, porque ya no era posible aumentar más los intereses ni pagar más impuestos, los judíos dejaron de ser rentables para la corona. El rey Eduardo I dictó su expulsión. Fue el primer país que expulsaba a los judíos.

Un proceso muy semejante se vivió en Francia, y fundamentalmente por las mismas causas: la práctica de la usura. Añádase que por entonces funcionaban ya perfectamente organizados en toda Europa los gremios de oficios y artesanos, gremios que eran invariablemente católicos y que se habían convertido en centro de la actividad económica; para los gremios, las prácticas financieras de los judíos eran una losa insoportable. A todo eso se unió el efecto de la peste negra: los judíos, que vivían apartados en sus comunidades y por tanto quedaron menos expuestos a la pandemia, fueron acusados de haber propagado el mal, lo cual aumentó el odio popular.

Con frecuencia se ventila esta cuestión de las persecuciones contra los judíos como una manifestación de la intolerancia de la Iglesia. La verdad es exactamente la contraria: fue precisamente la Iglesia la que protegió a los judíos. En Francia, por ejemplo, solo permanecieron los judíos del Franco Condado porque aquel era un

territorio puesto directamente bajo la autoridad papal. Hubo una primera expulsión temporal de judíos franceses alrededor de 1182, pero las grandes expulsiones vendrán después, en 1306 y 1321, aunque no serán completas. Casi simultáneamente ocurrirá lo mismo en Alemania, donde los judíos fueron expulsados en 1348. En 1370 las juderías de Bruselas y Lovaina fueron aniquiladas. Pocos pudieron escapar. Las matanzas volverán a Francia entre 1380 y 1383. ¿Hacia dónde se dirigían todas estas masas expulsadas de aquellos países? Hacia Holanda y España, donde su vida resultaba mucho más llevadera.

En España había numerosas juderías emplazadas durante los largos siglos de la Reconquista, y muchas de ellas acogieron a los fugitivos de Europa. La Iglesia consideraba a los judíos como sujeto de evangelización, es decir, que había que convertirlos, pero no agitó los ánimos del pueblo. Tampoco las coronas españolas tenían interés en prescindir de los judíos. Aquí ya hemos visto cómo en las guerras civiles castellanas, por ejemplo, las comunidades judías se pondrán del lado de Pedro el Cruel, y varias aljamas serán arrasadas por los ejércitos rivales (los del Trastámara), pero después, acabada la guerra, el rey Enrique protegerá a los judíos castellanos. Hay quien, como Américo Castro, defiende una relación directa de causa-efecto entre aquella guerra civil y el antijudaísmo de finales del siglo; es difícil sostener semejante cosa.

La ola europea de furor antijudío llegará a España tardíamente, hacia 1370, como reflejo de los sucesos del otro lado del Pirineo y por las mismas razones de carácter socioeconómico. Es el estado llano el que enarbola la bandera del antisemitismo. En 1370 hay un conato de ataque a la aljama de Pamplona que la reina Juana de Navarra frena personalmente. En Aragón, mientras tanto, la presión popular llevaba al rey Pedro IV a prohibir a los judíos de Valencia vivir fuera de su aljama. Y en Castilla, las Cortes de Toro de 1371 tomaban medidas sobre los judíos dirigidas a satisfacer las exigencias del pueblo. Esa era la atmósfera de las tierras de España cuando un oscuro personaje comenzó a calentar el ambiente: Ferrand Martínez.

¿Quién era Ferrand o Ferrán Martínez? Un clérigo que ocupaba la plaza de arcediano, es decir, diácono principal, de la catedral de Écija. Aunque su puesto estaba en Écija, Ferrand vivía en Sevilla como vicario del arzobispo, y desde allí se dedicó a predicar contra los judíos. ¿Por qué? No se sabe bien. El hecho es que Martínez detestaba a los judíos, a los que consideraba depósito de todos los males. En el ambiente de aquel momento, semejantes prédicas le hicieron enormemente popular. Y en un paso más, el clérigo se atribuyó la jurisdicción sobre los judíos de la diócesis, con lo cual se pasó de los sermones a los hechos. Era 1376.

Hay que decir que Martínez no lo tuvo fácil. La comunidad judía de Sevilla era la más rica e influyente del reino. Los judíos protestaron ante el rey y Enrique II amonestó públicamente al arcediano. Como años más tarde Ferrand insistiera en sus

prédicas, de nuevo el rey —esta vez Juan II, el sucesor de Enrique— reprendió al clérigo amenazándole con serias penas. Para prevenir males mayores envió a sus monteros de Espinosa —su guardia personal— a proteger la judería. En 1383 el conflicto ya había llegado hasta la cúspide del reino. La propia reina Leonor se puso de parte del inflamado clérigo. Martínez siempre se defendió diciendo que sus prédicas no tenían otro fin que servir a la Iglesia y a la corona. Pero la corona le vetó expresamente atacar a los judíos, y la Iglesia, después de un proceso canónico, le suspendió en sus funciones eclesiásticas so pena de excomunión. ¿Asunto resuelto? No.

No, porque en 1390 murieron tanto el rey Juan como el arzobispo de Sevilla, el poder quedó vacío y el cabildo de la catedral sevillana, movido por la presión popular, nombró a Ferrand Martínez vicario general. Aquello puso todo el poder en sus manos. Y el arcediano no perdió el tiempo: inmediatamente cursó órdenes a todas las parroquias de su diócesis para que destruyeran las sinagogas y se incautaran de todo el material litúrgico de los judíos. Los hebreos protestaron ante el rey, pero este era en aquel momento un niño de once años: Enrique III. Y aunque la corona fue clara en sus amenazas, nadie hizo mayor caso de la admonición regia. Entre marzo y junio de 1391 Sevilla ardió literalmente contra los judíos.

Sabemos lo que pasó porque el canciller Pero López de Ayala lo contó en su *Crónica*. En la primavera de 1391 llegaron ante el Consejo del reino de Castilla los judíos de la corte, «de los más honrados del Reino». Fueron ellos quienes dieron traslado al Consejo de las noticias recibidas de la aljama de Sevilla: que un arcediano de Écija predicaba contra los judíos y que «todo el pueblo estaba movido contra ellos». Las autoridades tomaron cartas en el asunto. El conde de Niebla, Juan Alfonso, y el alguacil mayor de Sevilla, Alvar Pérez de Guzmán, detuvieron a un tipo que se había significado por sus agresiones a los judíos y le hicieron azotar. Con ello esperaban dar un escarmiento suficiente, pero el resultado fue el contrario: el pueblo de Sevilla se levantó, tomó preso al alguacil e incluso trató de matar al conde. La chispa, que ya era llama, se extendió por todas partes. López de Ayala lo consigna así: «E perdiéronse por este levantamiento en este tiempo las aljamas de los Judíos de Sevilla, e Córdoba, e Burgos, e Toledo, e Logroño, e otras muchas del regno; e en Aragón, las de Barcelona e Valencia e otras muchas».

La corona envió procuradores con órdenes expresas de sofocar las revueltas, pero la tarea llevó tiempo. Fue una carnicería. Se ignora el número de víctimas —el cómputo tradicional de 4.000 muertos en Sevilla es seguramente exagerado—, pero en cualquier caso debió de ser muy elevado. Naturalmente, a la matanza siguió el saqueo de las posesiones de los judíos. Dice Pero López de Ayala que en aquellas revueltas «había más codicia que devoción». La religión, en efecto, solo era un pretexto. La aljama de Sevilla, la más poblada de Castilla —unos cinco mil vecinos

—, quedó casi vacía. Constan también asaltos a las aljamas de Andújar, Montoro, Jaén, Úbeda, Baeza, Ciudad Real, Cuenca, Huete, Escalona, Madrid, Toledo... De ahí el fenómeno pasó a la Corona de Aragón. Los que escaparon a las matanzas se acogieron a la protección de los grandes señores, los cuales cobraban a los judíos fuertes sumas para garantizar su seguridad, de manera que la comunidad se empobreció bruscamente. En Navarra, el rey Carlos terminará vendiendo los bienes de los judíos del reino.

El rey niño Enrique III tomó plena posesión de la corona en 1393, con trece años. Pocos meses después se llenaba la vacante del arzobispado de Sevilla. Una cosa y la otra terminaron con el liderazgo popular del arcediano Martínez, que fue detenido por «alborotador del pueblo» y encarcelado. Pasará poco tiempo entre rejas, sin embargo: para los sevillanos, Ferrán Martínez era una especie de santo popular. El arcediano quedó excluido de la vida pastoral, pero aún tuvo tiempo de legar todos sus bienes a un hospital de la capital andaluza. Durante mucho tiempo el inflamado arcediano será una figura de dimensiones legendarias entre el pueblo llano. En cuanto a los sevillanos, tardarán diez años en pagar la formidable multa que la corona les impuso por la revuelta.

Cuando se escribe la crónica de estos sucesos, el asunto suele despacharse como la brutal reacción de un pueblo resentido contra una minoría a la que se juzgaba como privilegiada. Eso es una parte de la verdad, pero solo una parte. Los judíos se habían convertido en diana de la furia popular por su propio estatuto y condición: no solo porque tuvieran dinero (que, por cierto, no todos lo tenían), sino porque constituían una comunidad muy celosa de su singularidad religiosa, racial y cultural. Esto no había sido un problema doscientos años atrás. Ahora, sí. ¿Por qué? Porque ahora las sociedades empezaban a construirse sobre bases distintas al viejo modelo feudal de las vinculaciones personales y grupales; ahora empezaban a ser ya sociedades modernas, edificadas sobre una homogeneidad creciente de identidades, intereses y vínculos. En realidad las persecuciones contra los judíos pueden leerse como un síntoma del fin de la Edad Media.

Los propios judíos ya estaban viviendo ese proceso de transformación antes de las persecuciones. Según el censo de judíos de 1390, en la Corona de Castilla solo quedaban en aquel momento 3.600 cabezas de familia. Este número no incluye, evidentemente, a los conversos, que ya eran legión. En aquel mismo año se convirtió al cristianismo el rabino mayor de Castilla, Salomón Ha Leví, que a partir de entonces se llamaría Pablo de Santa María. Con él se convirtió toda su familia. Las persecuciones multiplicarán después el número de conversos. Aparecerá así un sector nuevo, el de los judeoconversos, que a su vez desarrollará una problemática nueva: la de la «limpieza de sangre». Pero ya llegaremos a eso.

¿Y qué pasaba con los moros de Granada?

A estas alturas de nuestro relato, tal vez esté usted preguntándose qué pasaba con los moros de Granada. Porque esta crónica nuestra empezó como una historia de los últimos siglos de la Reconquista, pero hace ya muchas semanas que los musulmanes están ausentes del relato. ¿No existían? ¿Se habían rendido? ¿Permanecían en su lugar? ¿Nadie les molestaba? ¿Acaso los reinos cristianos habían renunciado a reconquistar todo el territorio peninsular? Vamos a verlo.

Estamos en los últimos años del siglo XIV. Los dominios islámicos en España se reducen al reino nazarí de Granada. Quedan ya muy atrás los tiempos en los que el islam ofrecía una identidad homogénea desde Persia hasta el Atlántico. Ahora el occidente islámico es un mosaico de reinos independientes en Marruecos y Argelia, pequeñas repúblicas más o menos autónomas que viven de la piratería en el Mediterráneo; más al este, se extiende el sultanato mameluco de Egipto. En medio de ese caos político, el reino moro de Granada muestra una imagen de sorprendente solidez: protegido por fronteras naturales —las serranías penibéticas y el mar Mediterráneo—, desde Ronda y Grazalema hasta la sierra de Cabrera, los nazaríes extienden su control por las actuales provincias de Málaga, Granada y Almería, más ciertas franjas de las provincias aledañas. La tierra es rica y productiva. El mar ofrece vías para el comercio. Y aunque los distintos clanes nazaríes no dejarán de pelear entre sí, Granada prospera.

¿Cómo se había llegado hasta aquí? Vamos a recordar algunos hitos fundamentales. En 1212 las armas castellanas, aragonesas y navarras vencen a los almohades, amos de Al-Ándalus, en la batalla de Las Navas de Tolosa. Esa victoria frustra cualquier nuevo intento musulmán de expandirse en Occidente. A partir de ese momento, el islam español entra en crisis. Las sucesivas campañas cristianas terminan de desbarolar el poder andalusí. En el oeste, Fernando III el Santo conquista Córdoba en 1236 y Sevilla en 1248; Alfonso X el Sabio continuará la tarea hasta llegar al Atlántico por Cádiz y al Mediterráneo por Murcia. En el este, mientras tanto, Jaime I el Conquistador toma las Baleares (1229-1235), gana el reino de Valencia en 1239 y converge con Castilla en Murcia en 1265. El islam no mantenía en la península más que un pivote: el reino de Granada, controlado por la dinastía nazarí. Para asentar su poder, el primer caudillo nazarí, Muhammad ibn Nasr el Rojo, rindió vasallaje a Castilla.

Lo que pasó después fue que el reino de Granada trató de consolidarse entre la presión cristiana por el norte y, por el sur, el empuje de los benimerines, la nueva dinastía gobernante en el Magreb. Granada se apoyó en los benimerines, y viceversa, para recuperar aliento en la península: «La tierra hispana será pronto conquistada y habrá tierra para todos los musulmanes», había proclamado el caudillo benimerín

Abu el Hassan, llamado «el sultán negro». Aquí ya hemos contado las peleas en torno a Tarifa y la decisiva batalla del Salado (1340), donde la coalición cristiana —Castilla y Portugal— sepultó las pretensiones benimerines. El sultán Abu el Hassan tuvo que abdicar en su hijo Abu Inan, el cual fue a su vez estrangulado por su propio visir. Eso ocurría en 1358. El imperio benimerín entró en crisis, aunque nunca dejará de ver Granada como una vía natural de expansión. El hecho es que para el islam se acabaron los tiempos de gloria.

Por fortuna para los nazaríes, la situación en el mundo cristiano no era mucho mejor: la peste negra, la consiguiente crisis social y económica, la gran crisis del papado, las guerras civiles en Castilla y la guerra de los Cien Años en Europa tenían a los reyes españoles demasiado ocupados como para pensar en aventuras granadinas. Aunque nunca hubo paz en la frontera, tampoco puede hablarse de guerra generalizada. Las fricciones armadas se limitaron a algaradas fronterizas, pequeñas incursiones de saqueo (por ambas partes) con inmediato retorno a las bases propias, sin oscilaciones territoriales significativas. En otras ocasiones, los nazaríes se aliarán con cualquiera de los bandos en liza en las guerras civiles cristianas, y cuando no, sabrán administrar las treguas para mantener su territorio a salvo. Así, el reino de Granada pudo consolidarse sin otra servidumbre que pagar de vez en cuando los correspondientes tributos a las coronas castellana y aragonesa. Gracias a esas parias —que así se llamaba a los tributos— la dinastía nazarí mantuvo su corona.

Hubo en la historia nazarí algunos reyes francamente notables. Tanto Yusuf I como Muhammed V, a pesar de sus reveses militares, supieron mantener unido el reino en la franja central del siglo XIV. La capital, Granada, sobrepasó ampliamente los 165.000 habitantes. La población total del reino se calcula en más de 300.000 personas. Fueron años de esplendor comercial y cultural. Los nazaríes lograron algo inusual en el mundo islámico: generar una dinámica social capaz de sobreponerse a los frecuentes altercados políticos y a las luchas de poder —habitualmente cruentas— dentro de la familia nazarí. Pero todo eso terminó cuando murió en 1391 Muhammed V, el constructor del patio de los Leones de la Alhambra.

Muhammed había reinado dos veces a lo largo de medio siglo, y vale la pena demorarse en dar algún detalle porque su peripecia es muy reveladora. Este caballero, Muhammed, había llegado al trono con dieciséis años, en 1354, legítimo heredero de su padre Yusuf I. Tres grandes hombres de Estado garantizaban la seguridad del reino: el visir Abu al-Nuayn, el jefe de la cancillería Ibn al-Jatib —gran historiador— y el general Yahya ibn Omar, jefe de las fuerzas mercenarias magrebíes que componían el ejército granadino. Pero Muhammed perdió el trono cuando una de las esposas del viejo sultán Yusuf, Maryam, de origen cristiano, compró a varios dignatarios del reino con el objeto de elevar a su hijo Ismail. Muhammed V tuvo que exiliarse en Fez. Este Ismail, el hijo de la cristiana, reinó solo un año: enseguida fue

asesinado por su principal consejero, su primo Abu Said, que se hizo coronar como Muhammed VI e impuso una férrea tiranía. Pero el depuesto Muhammed V sabía que contaba con una gran baza a su favor: su alianza con Pedro I de Castilla.

Cuando Pedro I ganó el primer asalto de su guerra civil (era 1361), Muhammed V volvió a España y se instaló en Ronda. Desde allí las fuerzas del nazarí y las del castellano golpearon a conciencia al usurpador Abu Said. Este se vio perdido y puso pies en polvorosa. ¿Hacia dónde? Hacia Burgos, donde esperaba acogerse a la protección de Pedro I de Castilla. Evidentemente, Abu Said no conocía al Cruel: Pedro hizo alancear al usurpador y envió su cabeza a Muhammed V en prenda de amistad.

¿Era Muhammed V un amigo de los cristianos? No, en absoluto: el sultán de Granada intentaba flotar aliándose tan pronto con Castilla como con los benimerines. Incluso había aprovechado el caos castellano para arrancar plazas como Úbeda. ¿Era entonces una pieza del expansionismo benimerín? Tampoco: nunca dejó que los benimerines metieran la nariz en Granada, y cuando su consejero Ibn al-Jatib quiso acercarse demasiado a sus vecinos del sur, ordenó su asesinato. La ambición de Muhammed V era conservar independiente el reino de Granada. Y lo consiguió. Pero en el momento de su muerte, año de 1391, dejaba tras de sí una herencia complicada, un mapa político inestable y un reino con difíciles horizontes.

¿Por qué eran difíciles los horizontes del reino de Granada? Porque, por así decirlo, había llegado a una suerte de callejón sin salida. En cierto modo, aquellas fronteras naturales que habían protegido la supervivencia del reino iban convirtiéndose ahora en una cárcel histórica. Tal y como se estaba configurando el mundo en aquel momento, para los nazaríes solo había dos opciones: una, mantener a toda costa la paz con los cristianos pagando el correspondiente precio, pero eso excitaría el celo político-religioso de los benimerines, sus combativos vecinos del sur del estrecho; la segunda opción era afirmarse como potencia musulmana con el respaldo de los benimerines, pero, evidentemente, eso obligaría a afrontar el desafío militar de Castilla y de Aragón. Cualquiera de las dos opciones era, además, políticamente arriesgada a largo plazo: la primera, porque tarde o temprano los cristianos codiciarían las ricas vegas granadinas; la segunda, porque significaba someter al reino de Granada a los siempre explosivos vaivenes del poder en el norte de África.

Tan complicada disyuntiva se materializó en dos hombres. El primero era Yusuf II, hijo y heredero de Muhammed V. Yusuf era un tipo pacífico y amante de las letras; si por él hubiera sido, Granada habría permanecido en paz, aliada o tributaria de los castellanos, recluida en su espacio natural, cultivando su autosuficiente prosperidad. Pero había otro hombre que representaba todo lo contrario: el hijo menor de Yusuf, llamado Muhammad, ambicioso y aguerrido; Muhammad no solo quería el trono,

sino que además estaba resuelto a ganar espacio a costa de los cristianos y para ello se había asegurado el apoyo de los benimerines de Marruecos. Los cuales, por supuesto, también jugaban sus cartas: los benimerines sabían que su poder dependía de su influencia sobre el rico reino de Granada, que les garantizaba fluidas vías comerciales. ¿Y cuál era el arma secreta de los benimerines para influir en Granada? La ortodoxia religiosa y el celo guerrero contra los cristianos. Así se dibujó el paisaje que terminaría conduciendo al reino de Granada a una larga agonía.

Yusuf II ascendió al trono en 1391. Inmediatamente hubo una revuelta en Granada. ¿Quién la promovía? Su hijo menor, Muhammad, apoyado por los benimerines. ¿Qué argumento justificaba la rebelión? Precisamente, el pacifismo de Yusuf. El embajador de los benimerines en Granada presionó a Yusuf. Este, para contentar a los fundamentalistas, se vio forzado a romper la tregua con los cristianos y lanzó un ataque sobre tierras murcianas. Pero eso no bajó la temperatura en la capital, donde se seguía conspirando por todos los rincones. Yusuf, acorralado, optó por los viejos remedios: cárcel, destierros, ejecuciones... Uno de los perjudicados fue el poeta Ibn Zamrak, que había sido visir del viejo Muhammed V y que ahora daba con sus huesos en la cárcel. Así, Yusuf abrió la caja de los truenos, y la tempestad terminaría llevándose a él: en 1392 moría envenenado, y no es difícil sospechar por orden de quién.

A Yusuf II debía sucederle su hijo mayor, Yusuf III, pero este fue apartado del trono por la facción fundamentalista de la corte y encerrado en el castillo de Salobreña. En su lugar fue proclamado rey el hijo menor, Muhammad VII, el hombre de los benimerines en Granada. Una de las primeras cosas que hizo el nuevo sultán fue asesinar al exvisir Ibn Zamrak, el viejo poeta. Era un aviso para disuadir a los eventuales conspiradores. Muhammad se apresuró a consolidar su poder con un tratado de paz: firmó simultáneamente acuerdos con Castilla y con los benimerines. Pero sus verdaderas intenciones no eran nada pacíficas: la tregua con Castilla no tenía otro objeto que ganar tiempo para lanzar una gran ofensiva. Ahora bien, la Castilla de los últimos años del siglo ya no era el débil reino de las guerras civiles anteriores. Y aunque Granada seguía protegida por una geografía que facilitaba la defensa, nada libraría al reino nazarí de sufrir golpes cada vez más severos.

Todos conocemos cómo acabó esta historia. Pero antes pasaron muchas otras cosas que es preciso contar.

Quinta parte. El colapso del mundo medieval

Crisis en Castilla: el canto del cisne de la Edad Media

El reino de Castilla iba a salir muy fortalecido de la grave crisis del fin del siglo XIV. El rey Juan I había muerto prematuramente en 1390. Dejaba un heredero de once años: Enrique. La minoría de edad del pequeño iba a desencadenar una formidable guerra de ambiciones. Y sin embargo, de allí salió una corona sólida, con un monarca jovencísimo, pero enérgico y clarividente. Aquella crisis trajo algo muy importante: el poder del trono y sus funcionarios, el poder de algo a lo que ya se podía llamar Estado empezaba a imponerse sobre los grandes señores de la tierra. Será un proceso largo y tempestuoso, pero era el principio del fin de la Edad Media.

Enrique, el pequeño huérfano, había sido formado desde muy niño para ceñir la corona. Creció envuelto literalmente en Castilla. Se crio a los pechos de Inés Lasso de la Vega, esposa de Juan Niño, ambos de viejos linajes cántabros. Tuvo por ayo y tutor nada menos que a Juan Hurtado de Mendoza. Los Hurtado de Mendoza, padre e hijo, eran veteranos de la causa Trastámara: Juan el Viejo había sido alférez de Enrique, el fundador de la dinastía, con quien combatió en Nájera, y su hijo Juan el Limpio había sido alférez igualmente de Juan I y ahora ejercía de tutor del nieto, el pequeño Enrique. Aquellos hombres habían servido a tres generaciones de Trastámaras con inquebrantable fidelidad. Para educar al pequeño se designó a tres obispos, nada menos: Diego de Anaya, Álvaro de Isorna y Alonso de Cusanza. Incluso en lo matrimonial se había preparado al pequeño para ceñir la corona: tenía solo once años cuando se concertó su boda con Catalina de Lancaster, la hija de Juan de Gante y Constanza de Castilla; un enlace que significaba la paz con Portugal e Inglaterra y, sobre todo, la reunificación de los dos linajes regios castellanos. De manera que Enrique era todavía un niño, sí, pero nadie podía discutir que él iba a ser el rey.

Ahora bien, hasta que Enrique ciñera la corona debían pasar todavía algunos años. Un Consejo de Regencia tendría que gobernar el reino mientras tanto. Y como ya había ocurrido otras veces en Castilla, la mesa del consejo fue un campo de batalla. Era voluntad del difunto rey Juan que los regentes fueran seis: el marqués de Villena, el arzobispo de Santiago don Juan García Manrique, el maestre de Calatrava, el conde de Niebla y don Juan Hurtado de Mendoza, bajo la dirección del arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio. Todos gente de la mayor confianza del viejo rey. Gente de confianza, sí, pero no especialmente bien avenidos. Pronto surgieron los desacuerdos en el su seno. Y el Consejo de Regencia constató que no podía gobernar.

¿Qué estaba pasando? Que los grandes señores del reino, los magnates de la

tierra, querían sacar tajada de la situación y exigían entrar en el Consejo. Otras veces había ocurrido lo mismo: los magnates aprovechaban el vacío de poder para arrancar derechos, concesiones, prebendas, nuevas tierras... Una dinámica muy típica del poder feudal. El presidente del Consejo, Pedro Tenorio, no era especialmente hostil hacia los magnates y quedó atrapado entre las exigencias de estos y sus propias obligaciones como regente. Para terminar de embrollar el paisaje, otro sector de la nobleza se había aglutinado en torno al segundo arzobispo del Consejo, don Juan García Manrique, el de Santiago. ¿Y quiénes eran esos magnates que presionaban de tal modo al Consejo de Regencia? Los nombres más poderosos de la propia familia Trastámara, parientes directos del pequeño rey.

Primera gran conspiradora: Leonor de Trastámara, hija de Enrique II y hermana del difunto rey Juan, tía por tanto del heredero. Leonor era dueña de un enorme señorío entre Sepúlveda y Roa, a caballo entre Segovia y Valladolid, a la estratégica sombra de Aranda, centro comercial de primer orden. Esta mujer se había casado con Carlos III, rey de Navarra, como prenda de la paz entre ambos reinos, pero aquel matrimonio fue un desastre: los cónyuges se separaron y nuestra dama volvió a Castilla alegando que sufría malos tratos. Asentada de nuevo en sus dominios castellanos, Leonor hizo cuanto pudo por sacar el mayor provecho posible de la minoría de edad de su sobrino.

Otro de los magnates que presionaban al Consejo era Fadrique Enríquez, duque de Benavente, hijo ilegítimo de Enrique II, que se había distinguido por hacer de su capa un sayo y atribuirse derechos y rentas que no le correspondían. Castigado en su día por el rey Juan, el resentimiento de Fadrique por aquella sanción aumentó cuando el rey se casó con la mujer que nuestro hombre había deseado para sí: la princesa Beatriz de Portugal. Ahora, muerto el rey, Fadrique buscaba resarcimiento.

El tercer gran nombre en esta ofensiva contra el Consejo de Regencia era Alfonso Enríquez, bastardo también de Enrique II, dueño de extensos territorios desde Gijón hasta las Babias leonesas. Casado con una hija ilegítima del rey Fernando de Portugal, mantenía estrechos vínculos con la corona portuguesa. Este caballero tenía una larga trayectoria como magnate díscolo y altanero. Fue uno de los primeros perjudicados por las medidas de Juan I para domesticar a los aristócratas, y tanto se ofendió que decidió pasarse al bando del duque de Lancaster para disputar la corona al rey de Castilla. Perdonado por el rey, Alfonso retornó a Asturias, pero fue para volver a rebelarse. Juan I, que no podía permitirse aplicar severos castigos a un noble de su propia sangre, renovó su perdón y limitó las sanciones a un cambio de tierras, sacando a Alfonso de los montes asturianos, tan difíciles de controlar. Conspirador nato, nuestro hombre acabó encarcelado hasta que murió Juan I. Libre de nuevo, ahora intrigaba con sus hermanastros Leonor y Fadrique para sacar partido de la minoría de edad de Enrique III.

No estamos hablando de finas intrigas de palacio. Apenas reunido el Consejo en la iglesia de San Martín de Madrid, una hueste armada se presenta en el templo y rodea el lugar: «Gente con cotas y espadas ceñidas, la cual dejaron en guardia de la iglesia, cercándola por todas partes», dice la *Crónica*. Eran las mesnadas del duque de Benavente y del conde de Trastámara, que pedían entrar en el Consejo. El obispo Tenorio huyó a uña de caballo. Los regentes no tuvieron otro remedio que ceder. Fadrique y Alfonso se sentarían en el Consejo. Más aún: los regentes decidieron constituir un Consejo Real en el que debían entrar catorce ciudades de entre las más notables del reino, además de ocho aristócratas y los dos arzobispos. Se trataba de dar satisfacción a todos. Pero nadie quedó satisfecho.

Las cuchilladas en el seno del Consejo se proyectaron a todo el reino. Todo el mundo peleaba contra todo el mundo. A cobijo del caos, el populacho empieza a perseguir a los judíos (ya lo hemos contado aquí). Los regentes intentaron sacar algunas cosas adelante: treguas con Granada y Portugal, con Francia e Inglaterra, con Aragón y Navarra; reducción de impuestos sobre el comercio; reasentamiento de campesinos expulsados de sus tierras por los señores... ¿Y cómo consiguieron eso? Vaciando literalmente el tesoro de la corona para compensar a todo el mundo. El propio arzobispo de Santiago lo reconoció el día que entregó finalmente el poder:

Dirá otro que los tesoros y rentas reales están consumidas y acabadas. No lo podemos negar; pero de otra suerte, ¿cómo se pagaran las deudas y las obligaciones que quedaban, y se apaciguaran las alteraciones de la nobleza y del pueblo, si no fuera con hacelles mercedes y acrecentalles sus gajes?

Una ruina, en fin.

La pesadilla duró hasta el verano de 1393. El 2 de agosto de ese año, poco antes de cumplir los catorce de edad, Enrique III era declarado mayor y asumía formalmente el cetro castellano. Entonces empezó el trabajo para el joven rey. Enrique reunió cortes en Madrid. Allí dio a conocer sus primeras medidas. Y allí se casó con Catalina de Lancaster, su prometida, la nieta inglesa de Pedro el Cruel. Detalla la crónica que la novia era «alta de cuerpo, mucho gruesa, blanca é colorada é rubia». Dicho quede para los curiosos.

Enrique nombró gobierno. El sentido de aquellos nombramientos fue inequívoco. Los cargos de mayor relieve político recaían en personas de absoluta confianza: mayordomo del reino (primer ministro), Diego Hurtado de Mendoza; almirante mayor (jefe de los ejércitos), Juan Hurtado de Mendoza. Además, la gran nobleza desaparecía de los puestos importantes de la corte, que ahora recaían en aristócratas de familias menores: Diego López de Estúñiga es nombrado justicia mayor, Ruy López Dávalos será condestable. Una de las primeras decisiones que tomó Enrique III fue restar atributos a las Cortes, en particular el cobro de las alcabalas, es decir, de los

impuestos sobre el comercio, que ahora pasarían directamente a la corona. Al mismo tiempo Enrique creaba la figura del corregidor como delegado del poder regio en las ciudades. La corona concentraba en sus manos los principales resortes del reino.

Lo más importante es que todos estos cambios no eran simples medidas coyunturales, sino que respondían a transformaciones muy profundas del mundo medieval. El mapa del poder había cambiado. ¿Cuándo? En los años inmediatamente anteriores. Enrique II, el primer Trastámara, había modificado el paisaje, pero solo en lo nominal, no en lo funcional: el bacalao lo seguían cortando los grandes dueños de la tierra, con la única diferencia de que ahora había entre ellos muchos Trastámara (por eso habrá tantos hijos del propio Enrique conspirado contra el nieto del fundador). Quien introdujo los grandes cambios, de manera paulatina y apenas perceptible, fue Juan I al conceder una posición de mayor relieve a los administradores del reino. Era una necesidad sobrevenida por la propia evolución de las cosas. Y el joven Enrique III la llevará a sus últimas consecuencias.

Los tiempos en los que el orden político descansaba sobre los grandes terratenientes habían pasado. Ahora había ciudades con sus propios fueros, rutas comerciales permanentes, salinas y minas de producción continua, puertos que albergaban un tráfico incesante hasta ciudades lejanas... Todo eso generaba derechos y rentas y pleitos que había que administrar y organizar. Por no hablar de los desafíos exteriores, que exigían un ejército siempre dispuesto y controlable. Por eso alrededor del rey va cobrando densidad una elite política nueva, nobles de corte, juristas y administradores que organizan el orden público: la «nobleza de servicios», como se la ha llamado.

¿Enrique III, dieciséis años en 1395, estaba cambiando el mundo? La historiografía tradicional tiende a personificar los acontecimientos en los grandes protagonistas, del mismo modo que hoy los periódicos publican de vez en cuando las listas de «los hombres más poderosos del mundo». Y la historia la hacen las personas, sí, pero detrás de cada hecho histórico suele haber procesos complejos donde se entrelazan y chocan ambiciones e intereses de ancho radio. Uno de esos grandes procesos estaba saliendo ahora a la superficie. Y el talento del Consejo de Castilla — y, sin duda, también del joven Enrique— fue levantar acta de lo que estaba ocurriendo, constatar que el interés de la corona estaba en cabalgar sobre los acontecimientos y obrar en consecuencia.

El gran salto adelante

Los grandes cambios que Castilla estaba conociendo a finales del siglo XIV anunciaban el fin de una época y el principio de otra: el mundo de la Edad Media quedaba atrás entre enormes transformaciones sociales, culturales y políticas. No será, evidentemente, un proceso inmediato, pero en la política de Enrique III de Castilla se dibujan ya las líneas que iban a modificar radicalmente el paisaje de todos los reinos cristianos españoles. Aquí empieza el gran salto que terminará con los Reyes Católicos. Pero vayamos por partes.

Lo primero que hizo Enrique III, después de reformar de arriba abajo el gobierno del reino, fue aplicarse a pacificar el reino por dentro y a proyectarlo hacia fuera. Y su primer objetivo estaba claro: neutralizar a los conspiradores que tanto habían amenazado la regencia, los grandes magnates de la propia familia Trastámara: Fadrique, Alfonso y Leonor.

Fadrique Enríquez, duque de Benavente, hijo ilegítimo de Enrique II, fue acusado de haber ordenado matar a un caballero castellano, lo cual le valió la expulsión del Consejo. Volvió a entrar dos años después, pero entonces se descubrió que había estado desviando fondos de la corona para sus propios bolsillos, en connivencia con sus hermanastros Alfonso Enríquez y Leonor de Trastámara. Cuando Enrique llegó al trono, Fadrique fue encerrado en sucesivos castillos. Morirá preso poco después. Un problema resuelto.

El otro bastardo del primer Trastámara, Alfonso Enríquez, viendo lo que se le venía encima, se encerró en Gijón, que en la época se limitaba a la península de Cimadevilla, y allí se hizo fuerte. Enrique III atacó con todo lo que tenía: por tierra y por mar. Era 1395. Alfonso salió a escape hacia Bayona para contratar refuerzos ingleses. Nunca volvió. Gijón se rindió, Enrique arrasó la ciudad a cañonazos —era la primera vez que se usaba artillería en una operación de este tipo— y Alfonso Enríquez murió poco después en el exilio, probablemente en Portugal. Otro problema resuelto.

En cuanto a Leonor de Trastámara, tía del pequeño rey, aquella que había abandonado la corte navarra alegando malos tratos, constató que el pequeño rey Enrique iba en serio y en 1395 se vio obligada a volver a Pamplona con su marido. Según parece, el tiempo había calmado mucho las cosas: no hubo más noticia de desavenencias conyugales, incluso nuestra dama empezó a ejercer labores de gobierno junto a Carlos III. Leonor fue coronada reina de Navarra en 1403 y en Pamplona se quedó. Tercer problema resuelto.

Hubo más conspiradores castigados, como Pedro Enríquez de Castilla, conde de Trastámara y condestable del reino, sobrino del rey Enrique II, pero no vale la pena detenernos en la nómina de los revoltosos. Es mucho más relevante preguntarse qué

estaba pasando. Y lo que estaba pasando era que en el seno del Consejo, donde se tomaban las grandes decisiones, los magnates de la tierra pesaban cada vez menos, y los nobles de la corte, los funcionarios del reino, pesaban cada vez más. Esta es la clave.

Los viejos magnates de la tierra se resistirán a perder influencia; no pugnan por la corona, sino por mantener su posición dominante. Pero los reyes saben que la supervivencia del reino depende precisamente de que nada escape a su control. La tónica de la Edad Media había sido la pugna entre el poder público de la corona y el poder privado de los señores. Ahora el poder de la corona se imponía sin remisión. Y el poder privado de los señores se desmoronaba con las murallas de Gijón, tras las que se había parapetado Alfonso Enríquez, demolidas por la artillería del jovencísimo rey Enrique III.

Con el frente interior pacificado, Castilla se lanza a afianzar su posición exterior. El primer desafío del flamante rey es un nuevo intento de invasión portuguesa: Juan de Avis, quizá temiendo que la recobrada solidez castellana se tradujera en ambiciones territoriales, rompe los pactos con Castilla y ataca simultáneamente Badajoz por el sur y Tuy por el norte, toma ambas ciudades y pone sitio a Alcántara, negocia un acuerdo privado con el arzobispo de Santiago y envía una flotilla por mar para golpear a la marina castellana. Una ofensiva en toda regla. Era 1396. La guerra durará dos años y la victoria será para Castilla: el almirante Diego Hurtado de Mendoza, aún con menos barcos (cinco galeras frente a siete navíos), destroza a la flotilla portuguesa mientras el condestable López Dávalos libera Alcántara y, victorioso, entra en tierras de Portugal. Juan de Avis se retira. Enrique III ha vencido ese primer desafío.

Es importante subrayar la victoria naval de Castilla en esta breve guerra porque la marina castellana será protagonista decisiva en estos años de salto adelante, los primeros del siglo xv. Los barcos castellanos, en el marco de la guerra de los Cien Años, van a golpear una vez más sobre los puertos ingleses. Fue especialmente memorable la proeza de Pero Niño —hermano de leche del rey— en 1405, cuando con tres galeras derrotó a los ingleses en las costas francesas, los persiguió luego hasta sus propias bases, penetró en el Támesis y llegó a los arrabales de Londres «prendiendo hombres, cogiendo ganados y reduciendo a cenizas más de ciento cincuenta casas y palacios». Al mismo tiempo, en el sur, el almirante Hurtado de Mendoza desmantela la base pirata de Tetuán, lo cual da a Castilla el control del estrecho. Será la última victoria de don Diego, que morirá en 1404. Pero su sucesor en el cargo, Alfonso Enríquez, confirmará la hegemonía castellana derrotando ese mismo año a una flota musulmana en aguas gibraltareñas. Poco antes la corona había promovido una primera expedición naval a las islas Canarias. Así entraron en nuestra historia las Afortunadas, de las que enseguida hablaremos con más detalle.

Mientras Castilla afianza su posición militar frente a sus vecinos, Enrique se preocupa también por tender lazos exteriores. Así zarpa del Puerto de Santa María en 1403 una embajada castellana con destino nada menos que a Samarcanda, a la corte de Tamerlán, el emperador de los mongoles. ¿Por qué ir tan lejos? Porque los mongoles estaban ya asediando Bagdad y Damasco, el poder musulmán (turco y mameluco) en Oriente Próximo pendía de un hilo y los musulmanes eran enemigos de Castilla. Aquí se aplica el viejo refrán: «el enemigo de tu enemigo es tu amigo». Estrechar lazos con el poder mongol significaría atrapar a los musulmanes en una pinza. ¿Una pinza geopolítica de decenas de miles de kilómetros a principios del siglo xv, sin aviones ni satélites? Puede parecer una ambición desmedida, pero el hecho es que Castilla se lo tomó muy en serio.

Hubo al menos dos embajadas castellanas a la corte de Tamerlán, el gran (y brutal) rey de los nómadas que dominaban Oriente Medio. La más conocida fue la segunda, la de Ruy González de Clavijo, porque su protagonista, camarero de Enrique III, la puso por escrito en su interesantísima crónica *Embajada a Tamorlán*. Don Ruy salió con un fraile, un escudero y un cargamento de ricos presentes con destino a Samarcanda, en lo que hoy es Uzbekistán. Allí, en medio de las inmensas estepas vacías, seguía en pie aquella vieja ciudad, ombligo de la ruta de la seda, y en ella había instalado Tamerlán su corte. Los viajeros castellanos hicieron escala en Rodas y en Constantinopla, desembarcaron en Trebisonda, en el mar Negro, y desde allí, a pie, atravesaron Turquía, Irak e Irán hasta llegar a su destino. Una odisea. Llegaron en septiembre de 1404, casi año y medio después de su partida. En Samarcanda tuvieron tiempo de ver cómo el Gran Mogol, que ya era un anciano, partía en campaña hacia China. Don Ruy y sus amigos se dispusieron a aguardar el retorno del guerrero. Pero Tamerlán nunca volvió.

En efecto, para desdicha de los audaces enviados de Castilla, Tamerlán moría pocos meses después, en febrero de 1405, antes de lanzar su campaña contra los chinos. Muerto Tamerlán, el poder mongol se disgregó una vez más y las tribus nómadas empezaron a pelearse entre sí. Así quedó frustrada la visionaria pinza que derribaría al poder musulmán. La embajada había sido, políticamente hablando, un fracaso. Pero para don Ruy y sus compañeros había un problema mayor: salir vivos de allí. Los embajadores castellanos tuvieron que malvender todo lo que llevaban para salvar el pellejo. Nuestros amigos consiguieron volver a España en marzo de 1406. Casi tres años después de su marcha.

Pero aquel de los mongoles no era el único frente de la política exterior castellana. En Europa, el eje de los conflictos seguía siendo el cisma papal: un papa en Roma, otro en Aviñón, cisma que a su vez se cruzaba con los alineamientos en torno a la guerra de los Cien Años. La novedad en el paisaje era que, en este momento, uno de los papas era español: el aragonés Pedro de Luna, coronado en

Aviñón como Benedicto XIII. Benedicto contó desde el primer momento con el apoyo de las coronas españolas. Aunque no sin altibajos, Castilla estará a su lado hasta que la posición del papa Luna sea insostenible. Pero también de esto nos ocuparemos enseguida.

Para completar su salto adelante, al joven Enrique III, que tenía veinticinco años en 1405, solo le faltaba consolidar su hegemonía en la península. Desbaratada la agresión portuguesa, el rey firmó sendos acuerdos con Navarra, donde reinaba su tía Leonor, y con Aragón, donde Martín I trataba de paliar los estragos de su predecesor. Ahora solo quedaba un enemigo: Granada, el reino moro del sur. Granada había renovado sus treguas con Castilla, pero los vaivenes del poder en la corte nazarí empujaban a la guerra. El nuevo rey de Granada, Mohammed VII, irrumpió en tierras de Murcia. Y con ello dio a Enrique III la ocasión para fijarse un objetivo a la altura de sus ambiciones: derrotar a los moros. Las huestes de Castilla avanzaron desde Toledo hacia el sur. Atravesaron La Mancha. Enfilaron directamente hacia Granada. El ejército nazarí, formado fundamentalmente por mercenarios magrebíes, le salió al encuentro. Ambas fuerzas chocaron en el paraje de Los Collejares, cerca de Baeza, en territorio cristiano. La victoria fue para Castilla; los nazaríes volvieron a su reino, pero la guerra aún se prolongaría varios meses más.

La victoria de Collejares dejaba a Enrique abierto el camino para intentar una ofensiva general contra Granada, algo que no se veía desde sesenta años atrás. El rey convocó Cortes en Toledo para pedir la financiación precisa. Pero no hubo tal ofensiva: Enrique enfermó súbitamente y murió a las pocas semanas, el 25 de noviembre de 1406. Fue una terrible conmoción para todo el reino. El rey moría con veintisiete años, en la flor de la edad, en la cumbre de su gloria y con un horizonte no menos glorioso ante sí. Inmediatamente se buscó un culpable. ¿Quién? El médico del rey, el judío don Mayr, que fue detenido y torturado. ¿Culpable o inocente? Nunca lo sabremos, porque don Mayr murió bajo el tormento. Y el rey, ¿de qué murió? Tampoco lo sabremos nunca. Es verdad que la salud de Enrique nunca fue buena — por eso le apodaron «el Doliente»—, y que en los últimos años había delegado muchas responsabilidades en su hermano Fernando. Pero no es menos cierto que aquella muerte inesperada parecía hecha a propósito para frustrar el gran salto adelante de Castilla.

Enrique moría dejando dos hijas y un hijo. Este, el heredero, el pequeño Juan, tenía solo un año de edad. La regencia del reino correspondería mientras tanto a Fernando, el hermano del rey. Y con ello entra en nuestro relato un personaje que iba a ser decisivo: Fernando de Antequera, que sin embargo no reinará en Castilla, sino en Aragón. Más cambios trascendentales se anunciaban en los reinos españoles. Pero antes de verlos, terminemos de completar el paisaje que dejaba el rey Doliente.

Y entonces aparecieron las islas Canarias

En tiempos de Enrique III pasó algo crucial para el futuro de España: naves castellanas llegaron a las islas Canarias y decidieron asentarse allí. Aún no se habían unido Castilla y Aragón, aún no había terminado la Reconquista, aún no se había incorporado el reino de Navarra, y las islas Canarias ya iban siendo parte de España. Caballeros normandos bajo bandera castellana tomaron posesión de las islas. Y desde entonces siempre han sido tierra española.

Las Canarias entraron muy temprano en la historia: griegos y romanos supieron de su existencia. Después, los árabes frecuentarán sus costas. Pero ni romanos ni árabes asentaron ningún establecimiento fijo. Todo el mundo sabía dónde estaban las Canarias, pero nadie puso el pie allí durante siglos. Las cosas cambiaron entre los siglos XIII y XIV. La aparición de barcos europeos en aguas canarias empieza a ser frecuente. ¿Por qué? Porque los instrumentos de navegación han progresado, se busca un nuevo camino hacia el interior de África, el cristianismo se expande hacia el sur en su lucha contra el islam, hacen falta nuevas rutas que sustituyan a las mediterráneas, infestadas de turcos... Por todas estas razones, barcos portugueses, castellanos, aragoneses y genoveses comienzan a navegar en torno a las islas. Y las Canarias empiezan a figurar en los mapas.

Sabemos cuándo fue la primera vez que las Canarias aparecieron en un mapa: en 1375, en el *Atlas* del mallorquín Abraham de Cresques, el primero en dibujar las islas con sus nombres actuales. También sabemos quién fue el primer colono: el italiano Lanzarote Malocello, que en 1312 se asentó en la isla de Lanzarote —a la que dio su nombre— durante nada menos que veinte años. Y sabemos quiénes fueron los primeros misioneros: una comunidad de franciscanos mallorquines que puso casa en Telde (Gran Canaria) hacia 1350. Estas visitas dejan un recuerdo amable, pero hay que decir que la mayoría de las tempranas navegaciones en Canarias tuvieron un carácter bastante más siniestro: con frecuencia se trataba de convoyes que iban en busca de esclavos aborígenes, práctica común en la época.

Finalmente fueron los castellanos quienes afrontaron la conquista. Y no sería tarea fácil. Por un lado, en algunas islas va a surgir una fuerte resistencia aborígen. Por otro, habrá frecuentes conflictos entre los propios conquistadores, reflejo de la pugna general que Castilla vivía en ese momento: la nobleza, que quiere aumentar su poder económico y político, se opone a la corona, que quiere reforzar el suyo. Al principio, la conquista reviste un carácter propiamente medieval: el noble ocupa tierras en beneficio propio, sin participación de la corona, que se limita a otorgar el derecho de conquista a cambio de un pacto de vasallaje. Después, sin embargo, la corona tomará el mando. Pero empecemos por el principio.

Estamos en 1402. Dos caballeros normandos, bien relacionados con la corte

castellana, obtienen el derecho de conquistar las islas. Son Jean de Bethencourt y Gadifer de la Salle. ¿De dónde ha salido esta gente? De las expediciones cristianas contra Túnez: ambos, Bethencourt y Gadifer, vinculados con la corte de Carlos IV de Francia, habían participado en la cruzada tunecina que normandos y franceses lanzaron en 1390. Bethencourt era un comerciante corsario, un navegante que lo mismo hacía la guerra que abría mercados, cosas que en aquella época solían venir de la mano. ¿Y qué buscaban en las Canarias? Al parecer, un tinte. Bethencourt poseía factorías textiles y tintorerías, y se había enterado de que en Canarias abundaba la orchilla, un líquen que se empleaba como colorante púrpura.

Ninguna corona europea de la época habría avalado una empresa cuyo objetivo era buscar un colorante, pero en el proyecto de las Canarias había mucho más. En particular, Bethencourt supo vestir su proyecto con los ropajes de la cruzada: se trataba de llegar a tierra de infieles y evangelizarlos. A la Iglesia no le pareció mal y el papa Martín V concedió bulas de indulgencia para quienes se sumaran a la expedición. De manera que nuestro normando solicita el derecho de conquista, lo obtiene, se convierte en vasallo del rey de Castilla y en la primavera de 1402 sale de La Rochelle con destino a Cádiz. Le acompañan doscientos ochenta hombres, casi todos normandos y gascones, con dos monjes franciscanos. En Cádiz desertó gran parte de la tripulación. ¿Por qué? Por miedo, sin duda. Bethencourt se queda con poco más de cincuenta voluntarios. Suficientes, en todo caso. Con ellos llegará a la isla de Lanzarote en el verano de 1402. El soriano Francisco López de Gómara, que nunca estuvo en las Canarias, pero que escribió su crónica, lo relataba así:

El rey don Enrique dio a ciertos caballeros las Canarias para que las conquistasen, reservando para sí el feudo y vasallaje; entre los cuales fue Juan de Betancurt, caballero francés, el cual, a intercesión de Rubín de Bracamonte, almirante de Francia, su pariente, hubo también la conquista de aquellas islas, con título de rey. Vendió una villa que tenía en Francia, armó ciertos navíos, pasó a las Canarias con españoles y llevó a fray Mendo por obispo de lo que conquistase, para doctrinar y convertir aquellos gentiles, que así lo mandó el papa Martin V.

«Aquellos gentiles», decía el de Gómara. Son los guanches. Ocupémonos de ellos. ¿Quiénes eran los guanches? Durante siglos se han formulado las hipótesis más descabelladas sobre esta cuestión. Hoy, los estudios genéticos tienden a coincidir en que los guanches procedían de la costa occidental africana. Eran bereberes o, al menos, compartían el sustrato étnico bereber, como otros pueblos en la fachada atlántica. ¿Cómo llegaron a las islas? No lo sabemos. Quizá saltaron desde el continente en fecha muy remota presionados por el crecimiento del desierto del Sahara o por la llegada de fenicios, cartagineses y romanos al norte de África.

El romanticismo del siglo XIX y el nacionalismo canario del XX han querido ver en los guanches una especie de sociedad paradisíaca, muy en el estilo del «buen salvaje». Eso es un disparate. Los guanches tenían una estructura política muy rígidamente jerarquizada, donde el rey (el Mencey o Guanarteme) solía ser el amo del ganado. Su justicia era extremadamente dura. En líneas generales eran pueblos muy primitivos, lo cual se explica por su aislamiento —por ejemplo, habían olvidado el arte de navegar— y por la carencia de numerosas materias primas en las Canarias. Además, los distintos grupos evolucionaron de forma muy distinta en cada isla, de manera que no es posible ofrecer una sola imagen del «pueblo guanche». Todo eso arroja una imagen contradictoria. Así, sabemos que el sistema social de los guanches era patriarcal, pero también que la transmisión era matrilineal. Del mismo modo, algunos misioneros que acudieron en los primeros días de la evangelización atestiguaron que los guanches no hacían sacrificios, pero los hallazgos arqueológicos han demostrado que sí. Más aún, no eran infrecuentes los sacrificios humanos: en Tenerife han aparecido ánforas con esqueletos de niños, en Gran Canaria se han encontrado huesos de niños mezclados con restos de corderos y cabritos, los cronistas hablan de sacrificios rituales de niñas...

Los guanches reaccionaron de dispar manera ante la llegada de los europeos, aquellas extrañas gentes. Algunos pactaron con los visitantes; otros les hicieron la guerra. Los guanches demostraron ser extremadamente belicosos, pero con frecuencia lo fueron contra los otros guanches, y así la conquista castellana de Tenerife, por ejemplo, será efectuada por un ejército compuesto mayoritariamente por guanches de otras islas y afectos a Castilla.

Esta es, en fin, la gente que se encuentran aquellos normandos y castellanos que llegan a las Canarias a principios del siglo XV. La conquista no va a ser un camino de rosas: los normandos se pelean entre sí, los aborígenes guanches no siempre son pacíficos, los conquistadores discuten sobre si practicar o no el esclavismo... En cierto modo, todo lo que va a pasar aquí es una premonición de lo que pasará un siglo después en América.

Cuando llegó a Lanzarote, Bethencourt fue recibido muy amistosamente por el rey local, que se llamaba Guardafia. ¿Por qué tanta amistad? Porque los guanches estaban acostumbrados a que todo extranjero que por allí aparecía les capturara como esclavos, pero el normando llegaba con mejores intenciones. Más aún: Bethencourt construyó un fuerte para proteger a los isleños de ataques piratas. Y así construida la alianza, el rey Guardafia se comprometió a ayudar al normando en la conquista de Fuerteventura, la vecina isla del sur. El horizonte era prometedor. Pero todo terminaría de la peor manera posible.

Ocurrió, como seguramente era inevitable, que todo resultó más difícil de lo previsto. Perdidos en una tierra desconocida, a los castellanos se les acabaron los

viveres. Aquella gente había ido buscando gloria y botín, y solo encontraba hambre y privaciones. Hubo peleas. Hubo motines. Y hubo quien dijo que, después de todo, por qué no coger a aquellos isleños como esclavos, tal y como hacían todos los demás.

Bethencourt regresa a Castilla en busca de ayuda. La Salle queda gobernando la isla. Entonces los normandos que han quedado en Lanzarote aprovechan para capturar guanches con el propósito de llevarlos consigo como esclavos. El rey Guardafia se levantó, como es natural. Fueron largos meses de guerra. Guardafia fue capturado dos veces y las dos consiguió escapar. Derrotado finalmente por Gadifer de La Salle, aceptó convertirse al cristianismo. En eso regresó Bethencourt, que seguramente no era menos expeditivo que La Salle, pero que tenía otra forma de hacer las cosas. De entrada, arregló el matrimonio de la hija de Guardafia, Teguisse, con su propio sobrino, Maciot de Bethencourt. Ganó el respaldo del rey guanche para conquistar Fuerteventura. Pero Bethencourt había ganado algo más: en Castilla había obtenido el derecho de señorío sobre la isla. Gadifer de La Salle quedaba fuera de juego.

Bethencourt consiguió someter Fuerteventura y Lanzarote. Después hizo lo propio en el Hierro, que repobló con colonos castellanos y normandos. No logrará los mismos éxitos en Gran Canaria y La Palma, tampoco en Tenerife. Cuando tuvo lo que quería, se marchó de allí dejando como gobernador a su sobrino Maciot, el que se había casado con la princesa Teguisse. En cuanto a La Salle, regresó a Castilla reclamando sus derechos sobre las islas; nadie le hizo caso.

La historia española de las Canarias acababa de empezar. En los años siguientes el joven Maciot venderá sus derechos de señorío al conde de Niebla. Así termina la etapa normanda en Canarias y comienza la etapa propiamente castellana. Las islas cambiarán de manos sucesivas veces. Una familia, los Peraza, se hará con ellas, tanto las conquistadas como las que aún estaban por conquistar. Los Peraza incorporan La Gomera previo pacto con los aborígenes. Serán los Peraza los que en 1477 cedan a la corona los derechos sobre La Palma, Gran Canaria y Tenerife. Así los Reyes Católicos tomarán en sus manos la colonización. Aquello ya era tierra española.

El papa Luna: Benedicto, en sus trece

Habría podido ser un gran hombre de Estado, porque lo tenía todo: energía, inteligencia, coraje personal, temple y tacto. Pero el destino quiso que fuera papa en un tiempo en el que había dos papas, y al final la cualidad por la que don Pedro Martínez de Luna pasó a la historia fue su muy aragonesa testarudez. Benedicto XIII, el papa Luna, fue el último pontífice de la era cismática. Cuando todo el mundo le había abandonado ya, él siguió encastillado en su fortaleza de Peñíscola, papa —o antipapa— hasta la muerte. Y de ahí, del ordinal Benedicto XIII, viene el dicho de «mantenerse en sus trece» como metáfora de obstinación y ánimo inquebrantable.

Aquí hemos contado ya cómo la Iglesia Católica Romana, allá por 1378, terminó dividida en dos. La Iglesia había caído bajo la órbita política de la corona francesa y había trasladado su sede de Roma a Aviñón. El papa Gregorio IX quiso volver a Roma, decisión movida por las mejores intenciones, pero que terminaría siendo fatal: Gregorio murió allí, en Roma, lo cual obligaba a los cardenales a elegir en la Ciudad Eterna al nuevo pontífice. Pero Roma era una olla de grillos; el populacho romano asaltó las habitaciones de los cardenales y estos se vieron obligados a elegir a un papa italiano, Urbano VI. Como fue una elección tomada bajo coacción física, aquel pontificado nació herido de muerte y con serias dudas sobre su legitimidad. Un numeroso grupo de cardenales discutió la legalidad del cónclave y eligió a otro papa: el francés Clemente VII, que se marchó de Roma y volvió a Aviñón. Urbano no aceptó aquello. Así la Iglesia se encontró con dos papas.

Toda la cristiandad se escindió. No era solo un problema de rigor canónico en el procedimiento, sino que todo se mezclaba con todo: la división de Europa en torno a la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra, las luchas por el control de los territorios pontificios, las trifulcas interminables entre ciudades italianas, los poderosos intereses políticos y comerciales sobre el Mediterráneo... En líneas generales, los reinos de la órbita francesa de alianzas —las coronas españolas incluidas— sostuvieron al papa de Aviñón, mientras que Roma contó con el respaldo de las coronas centroeuropeas e Inglaterra. Era lo que le faltaba a aquel horrible siglo XIV para ser completamente demencial.

En ese paisaje extraordinariamente turbio destacaba desde algún tiempo atrás un gran señor aragonés: Pedro Martínez de Luna y Pérez de Gotor, que había sido cardenal con el viejo Gregorio IX, había viajado con él a Roma, había participado en el polémico cónclave romano y después había tomado el partido de Clemente VII, el papa de Aviñón. Don Pedro pertenecía a la más linajuda nobleza aragonesa: segundo hijo de don Juan Martínez de Luna y de doña María Pérez de Gotor, señores de Illueca, Gotor y Mariana, había nacido en la localidad zaragozana de Illueca en 1328. Desde joven fue encaminado hacia la carrera de las armas, pero Pedro tenía una

mente brillante y un carácter templado, de forma que se le envió a estudiar Leyes a la Universidad de Montpellier y allí abrazó los hábitos. En 1375 fue creado cardenal por Gregorio IX. No ciertamente por su santidad, sino por su talento intelectual —había alcanzado el grado de doctor— y por su destreza política.

Pedro Martínez de Luna jugó un papel muy importante en los sucesos que condujeron al cisma. Como doctor en Leyes que era, la suya fue una de las principales voces a la hora de dictaminar si la elección del papa Urbano había sido canónica o no. Don Pedro era de los que pensaban, y con buenas razones, que aquella elección había sido irregular porque el cónclave había actuado movido por el miedo. El nuevo papa de Aviñón, Clemente VII, le nombró legado. En tal condición obtuvo para la sede de Aviñón el respaldo de las coronas españolas: Aragón, Castilla, Navarra, también Portugal; más aún, fue él, don Pedro, quien negoció el apoyo francés y escocés al papa Clemente. Pocos más apoyos tuvo aquel papa, de manera que es fácil percibir la enorme influencia que don Pedro adquirió: era literalmente el pulmón político de Aviñón. Y lo fue durante dieciséis años.

Fueron tiempos extremadamente agitados. La situación de división de la Iglesia era escandalosa. Todo el mundo quería resolver el problema, pero ¿cómo hacerlo sin que la solución tuviera consecuencias políticas indeseables? En aquel momento había tres salidas. La primera era la llamada «vía de la cesión» y consistía en que ambos papas presentaran su renuncia simultáneamente. La segunda, la «vía del compromiso», proponía que los dos partidos se reunieran para discutir sus diferencias a la luz del derecho y la razón, y que de aquella discusión saliera un papa aceptado por todos. La tercera, la más expeditiva, era la «vía del concilio»: convocar un nuevo concilio que depusiera formalmente a los dos papas y eligiera a un nuevo pontífice. Don Pedro de Luna, hombre de Estado, no ignoraba los inconvenientes de cada opción; en particular temía que enfrentar a los dos partidos, fuera en cónclave o en concilio, terminara en batalla campal, pues los cardenales no representaban solo una posición religiosa, sino también acuciantes intereses políticos. Para el cardenal aragonés, la vía más adecuada era la primera: la cesión simultánea de los dos papas, de manera que nadie pudiera invocar después los derechos de ninguno de ellos.

Cuando el papa Clemente murió, el partido de Aviñón vio llegado el momento de dar un paso adelante. Era posible avanzar en la vía de la cesión. Y el hombre más adecuado para ello era sin duda don Pedro de Luna. Así nuestro caballero aragonés fue elegido papa en 1394, y por una mayoría aplastante: veinte de los veintinueve votos del cónclave. El nuevo papa adoptó el nombre de Benedicto XIII. Ahora bien, una vez convertido don Pedro en el papa Benedicto, su gusto por la «vía de la cesión» se enfrió ostensiblemente. ¿Por qué había de ser él quien cediera si Roma se negaba a hacerlo? ¿Y para qué? ¿Para beneficiar al rey de Francia? Pero él no era un francés. Era un aragonés. Se acabaron los tiempos en los que el papa «verdadero» era un títere

del rey de Francia.

Francia, evidentemente, no podía aceptarlo. En 1398, solo cuatro años después de su elección como papa, Benedicto XIII se convierte en enemigo de la corona francesa. Navarra y Portugal siguen el ejemplo francés. No estamos hablando de maniobras de pasillo: el rey de Francia retira su apoyo político y económico al papa Luna y obliga por la fuerza a los cardenales a salir de Aviñón; uno de ellos, Juan de Neuchatel, se ha encargado de agitar los ánimos de los vecinos, que toman las calles. Por si esto fuera poco, Francia envía un ejército al mando de Godofredo de Boucicaut y asalta la ciudad. El papa Luna queda encerrado entre los muros de Aviñón junto a los únicos cinco cardenales que le permanecen fieles. Solo la intervención in extremis de la Corona de Aragón, que mandó una expedición de socorro, permitió a Benedicto XIII salvar el pellejo.

Pero el papa Luna no era solo un tipo testarudo, sino también un diplomático de primer nivel. Don Pedro, setenta años ya, tenía toda la astucia de una vida dedicada a la política y, además, más conchas que un galápago. Se las arregló para recobrar el apoyo de Francia. ¿Cómo? Haciendo ver a los franceses que sepultar la sede de Aviñón sería un duro golpe para la Iglesia y un golpe aún mayor para la propia Francia, y comprometiéndose, eso sí, a llegar a un acuerdo con el otro papa para resolver el problema. ¿Acaso no había sido él, Benedicto, el papa Luna, el primer defensor de la vía de la cesión?

Hay que decir que Benedicto lo intentó, aunque, ciertamente, a su manera. En el otro bando, en Roma, había un nuevo papa: Gregorio XII. Ambos pontífices concertaron cita en Savona en 1407. Benedicto no ocultaba sus cartas: puesto que él era el único que había sido designado cardenal antes del cisma, a él debía corresponder la dignidad papal. Eso era verdad. Y quizá por esa razón, su oponente, Gregorio, jamás acudió a la cita. En vez de eso, se encastilló con su curia en Lucca, creando una polémica formidable dentro del partido romano. Pero a Benedicto no le fue mucho mejor, porque el fracaso de su gestión le hizo perder todo crédito. A la desesperada, el papa Luna convocó un concilio en Perpiñán para recabar apoyos: allí constató que ya solo Aragón y Navarra estaban a su lado.

Como no era posible aproximar las posiciones de Benedicto y Gregorio, un nutrido grupo de cardenales de ambos bandos se reunió en Pisa y nombró un nuevo papa: Alejandro V. Era el año 1409 y la Iglesia ya tenía tres papas. Naturalmente ni Benedicto ni Gregorio reconocieron a Alejandro, pero aquello, lejos de multiplicar el caos, terminó siendo el factor que permitiría reconducir las cosas; más aún cuando Alejandro murió y fue reemplazado por otro papa, Juan XXII. El emperador Segismundo, titular del Sacro Imperio Germánico, tomó la iniciativa: si había fallado la vía de la cesión y también la vía del compromiso, solo quedaba la vía del concilio. Y sería además un concilio diferente; no votarían solo los cardenales en cónclave,

sino que a la nómina se añadirían príncipes, teólogos y juristas, todos agrupados por naciones. Ese concilio fue el de Constanza, en 1414. Juan XXII se vio obligado a abdicar pocos meses después. Gregorio, viendo lo que se le venía encima, optó por la misma solución. Solo Benedicto se mantuvo «en sus trece», pero sin respaldo alguno. El concilio había resuelto el cisma. Un nuevo papa, Martín V, era entronizado en 1417 con el apoyo de todas las partes. El cisma había terminado.

El papa Luna lo había intentado todo para seguir en el solio. Incluso organizó un gran debate de canónigos católicos y rabinos judíos, la llamada «Disputa de Tortosa», en 1413, para reafirmarse como cabeza de la Iglesia verdadera. Pero todo fue en vano. Retirado al castillo de Peñíscola, antigua fortaleza templaria, a Benedicto XIII solo le restaba ver cómo sus días se agotaban. Dicen que el papa Martín V —un italiano de la poderosísima familia Colonna— envió a España a unos sicarios para envenenarle. Puede ser. El hecho es que el papa Luna permaneció en Peñíscola, protegido por el rey de Aragón, pero ya sin influencia en el curso de los acontecimientos. Allí, en su castillo, junto al mar, se extinguió su larguísima vida en 1423, con noventa y seis años de edad y, por supuesto, sin renunciar al papado. Siempre, efectivamente, se mantuvo en sus trece.

Muerto Benedicto, la rama española de su partido nombró otro papa, el arcipreste de Teruel don Gil Sánchez Muñoz (Clemente VIII), mientras la rama francesa designaba aún a otro pontífice, Bernard Garnier (Benedicto XIV), pero todo esto ya es en realidad irrelevante, porque ninguno de ambos «pontificados» fue aceptado por nadie.

De Benedicto XIII, don Pedro Martínez de Luna y Pérez de Gotor, el papa Luna, solo quedó el recuerdo de aquel fantástico anciano encerrado en Peñíscola y, eso sí, un libro extraordinario: el *Libro de las consolaciones humanas*, un tratado moral al estilo de Boecio donde el viejo antipapa aconseja al lector sobre cómo afrontar los reveses de la condición humana. También hay una curiosidad local: una tisana a base de hierbas medicinales llamada «tisana del papa Luna» y que, según se cuenta, fue muy popular durante siglos «como remedio de probada eficacia para evitar flatos, dolores de cabeza, tensiones estresantes y dolencias de riñón». No es mal legado, después de todo.

Alrededor, mientras tanto, el mundo cambiaba a toda velocidad. Empezando por la propia Corona de Aragón, donde se avecinaban sucesos decisivos.

Fernando de Antequera: de regente de Castilla a aspirante de Aragón

A principios del siglo xv ocurrió algo trascendental para la Historia de España: una misma dinastía iba a reinar en Castilla y en Aragón. Esa será la casa de Trastámara. Hasta entonces habíamos tenido reinas castellanas en Aragón y reinas aragonesas en Castilla, pero la identidad de sangre entre las dos coronas nunca había llegado tan lejos como ahora. En el centro de este proceso hay un hombre: Fernando de Trastámara, que será después Fernando de Antequera y finalmente Fernando de Aragón. Con él comienza todo. Y de su linaje nacerán Isabel y Fernando, los Reyes Católicos. Por eso es tan importante contar con detalle lo que pasó.

Recompongamos el paisaje. Empecemos por Aragón, donde la corona atraviesa horas difíciles. El rey cingarra, Juan I, ha muerto sin descendencia en 1396 dejando el reino en la ruina. Le sucede su hermano Martín I, que tiene que lidiar con las guerras entre la nobleza local. Martín quiere prolongar la dinastía, pero todos sus hijos varones mueren a corta edad; solo le queda su primogénito Martín, rey de Sicilia. Mientras tanto, en Castilla ha muerto el rey Enrique III en 1406 y queda como heredero un niño, Juan, de apenas un año. Castilla corre el riesgo de caer en las habituales querellas de toda regencia. Que eso no pase depende de un hombre: Fernando de Trastámara, hermano menor del difunto rey.

Fernando era el segundo hijo de Juan I de Castilla y Leonor de Aragón, solo un año menor que el primogénito, Enrique. A Enrique le tocaba heredar el trono castellano y a Fernando, en principio, el ingrato papel de crecer en la sombra. Una sombra relativa, en todo caso: tenía solo diez años cuando se le concedieron el castillo de Peñafiel, el señorío de Lara y las ricas villas de Medina del Campo, Cuéllar, Castrojeriz y Olmedo, la columna vertebral de Castilla; a todo eso se unirán después los señoríos de Écija, Arjona y Santa Gadea, entre otros. Su madre, Leonor de Aragón, había muerto cuando él era un bebé. Su padre volvió a casarse, esta vez con Beatriz de Portugal. Aquel enlace dio lugar a una guerra —ya la hemos contado aquí— y reorientó hacia el oeste la política castellana. Cuando muera el rey Juan I, en 1390, su primogénito contraerá matrimonio con Catalina de Lancaster. Y Fernando, nuestro protagonista, buscará otro enlace: su tía Leonor de Alburquerque.

La tía Leonor era seis años mayor que Fernando, pero, sobre todo, era una de las mujeres más ricas de Castilla —«la richembra», la llamaban— y además descendía directamente de Alfonso XI, lo cual sumaba a sus muchos atractivos el de poseer sangre real; cosa que podía llegar a ser muy importante en caso de problema sucesorio en la corona. Este matrimonio hará a Fernando conde de Alburquerque y señor de Ledesma y de Medellín, territorios colindantes con Portugal, además de señor de Cerezo, Briones, Belorado, Villalón y Urueña, entre otros sitios. Junto a todo

eso, nuestro personaje disponía de una renta de 400.000 maravedíes legada por su difunto padre. Y es importante detallar estas cosas porque semejante red de señoríos y rentas iba a convertir a Fernando de Trastámara en el caballero más rico de Castilla... con solo trece años de edad. ¿Asombra la precocidad? Pues eso no es nada: tenía dieciséis años cuando nació su primer hijo, Alfonso, y solo dos años después nacía el segundo, Juan.

La vida de Fernando de Trastámara en este momento es la de un magnate del reino. Pero no debemos pensar en la vieja estampa de un terrateniente feudal dedicado a la caza, la guerra y la holganza, no, Fernando es un emprendedor: se ha construido un enorme palacio en Medina del Campo y desde allí organiza una red comercial de extraordinaria pujanza. Mercaderes de todas partes —Borgoña, Francia, Nápoles, Flandes, Aragón— acuden a la ciudad para hacer sus negocios. No hay producto que no pase por Medina: la apreciada lana castellana, por supuesto, pero también aceites, vinos, miel, telas, incluso las sedas que vienen de Oriente. Un dato significativo: Medina del Campo no tenía una feria, sino dos, en mayo y octubre, y cada una de ellas duraba cincuenta días. Era el centro de la vida económica castellana, y su cerebro era el infante Fernando.

¿Cómo era este hombre? Hay un testimonio de la época, el de Fernando Pérez de Guzmán, que describe así al personaje:

Príncipe muy fermoso de gesto, sosegado e benigno, casto e onesto, muy católico e devoto christiano, la fabla vagarosa e floxa, e aun en todos los actos era tardío e vagaroso; tanto paçiente e sofrido, que parecía que non avía en él tribulación de saña ni ira, pero fue príncipe de grant discrición e que sienpre fizo sus fechos con bueno e maduro consejo. A los que le sirvieron fue asaz franco, pero, entre todas las virtudes, las que más fueron en él de loar fueron la gran humildat e obidiençia e amor que sienpre guardó al rey, su hermano.

Todo queda dicho.

Esa vida de gran magnate cambió súbitamente cuando el rey Enrique III, su hermano, murió en la campaña de Granada. Era 1406. Se ha especulado mucho sobre las supuestas ambiciones de Fernando respecto al trono: Enrique nunca había gozado de buena salud —se sabe que padeció de tifus y viruela— y el poderoso hermano había desempeñado en alguna ocasión tareas de gobierno; su propio matrimonio con Leonor de Alburquerque, nieta de reyes de Castilla y Portugal, parecía pensado para acumular derechos dinásticos. Pero esto es pura hipótesis. Lo cierto es que Fernando nunca conspiró contra Enrique, que manifestó su satisfacción cuando nació un heredero —su sobrino Juan— y que aceptó con lealtad el papel que su hermano le asignaba en su testamento: el de corregente del reino junto a la ya reina viuda, Catalina de Lancaster. También es verdad, en todo caso, que la muerte de Enrique

dibujaba un paisaje enteramente nuevo. Y ahí Fernando iba a dar el do de pecho.

Tenemos, pues, a dos corregentes en el reino: la viuda, Catalina, y el hermano, Fernando. Pronto se vio que la convivencia era imposible. No solo porque ambos tuvieran ideas distintas sobre la tutela del heredero y el futuro del reino, sino, sobre todo, porque los clanes de la nobleza aprovecharon la situación para sembrar cizaña. Muy pocos años antes, la corona había domado a los aristócratas; ahora estos encontraban una nueva oportunidad para recuperar el terreno perdido y no dejarán de azuzar las desavenencias entre los corregentes en su propio provecho. Finalmente se impuso la única solución posible: dividir en dos las zonas de poder. Catalina se encargaría de gobernar el norte; Fernando tomaría bajo su mando las tierras del sur del Guadarrama y, en particular, la frontera con Granada, donde latía de nuevo la amenaza mora con el impulso benimerín.

Fernando no lo dudó: la guerra con Granada le abría un campo enorme. Ya era el hombre más rico de Castilla. Ahora podía multiplicar su poder controlando los subsidios de las Cortes para la guerra con el moro y, después, venciendo en el campo de batalla. La campaña de Granada había quedado interrumpida con la muerte de Enrique tras la victoria de Collejares. Era el momento de retomar las armas, porque los nazaríes no habían bajado la guardia. Nuestro hombre se puso al frente de las huestes castellanas. Atacó en Pruna, al sur de Sevilla; ganó. Atacó en Zahara de la Sierra, al norte de Cádiz; también ganó. Desde ahí avanzó hacia la inexpugnable plaza de Setenil, puerta de entrada a la serranía malagueña. Pero esta vez no ganó. Era 1407. Fernando quiso volver a intentarlo. El Consejo de Regencia, sin embargo, no lo veía nada claro. El nuevo rey de Granada, Yusuf III, mucho más pacífico que su antecesor, había ofrecido una tregua de dos años. El Consejo forzó a Fernando a aceptarla.

La paz duró poco. Transcurridos los dos años prescritos, Fernando volvió a atacar. Granada se estaba deshaciendo en peleas banderizas; era el momento. El infante escogió un punto neurálgico: Antequera, cabeza del frente norte de Granada. Y esta vez no se trataría de escaramuzas, sino de una batalla de asedio a gran escala. Los castellanos se plantaron ante la ciudad a finales de 1409. El 20 de abril de 1410 ya estaba todo preparado para el asedio. Cinco largos meses duraría el sitio; cinco meses durante los que se sucedieron los combates a campo abierto y los movimientos para privar a la ciudad de cualquier apoyo exterior. Finalmente, el 22 de septiembre de 1410 los nazaríes, exhaustos y sin víveres, rendían la ciudad. Pidieron caballos y mulos para retirarse a Archidona. Fernando se los concedió. El infante entraba triunfal en la plaza. El botín fue extraordinario. Pero, además, la importancia estratégica de aquella victoria fue decisiva. A partir de aquel día, a Fernando se le llamó «el de Antequera».

Ahora bien, no era solo Antequera lo que tenía Fernando en mente cuando

saboreaba las mieles de la victoria. En julio de 1409, justo antes de empezar la campaña, había muerto en Cagliari, víctima de unas fiebres, Martín de Sicilia, el único heredero varón de Martín I, rey de Aragón. Y el 31 de mayo de 1410, con Fernando en pleno asedio de Antequera, moría a su vez el rey Martín sin dejar herederos varones. A la Corona de Aragón se le presentaba un problema sucesorio de enorme magnitud. Y entre los candidatos naturales al trono estaba Fernando de Antequera, hijo de una infanta de Aragón, sobrino del rey Martín y nieto, por tanto, de Pedro IV el Ceremonioso. De nuevo la vida de Fernando daba un giro impredecible: la corona que le esperaba no era la castellana, sino la aragonesa.

Fernando no perdió el tiempo y se apresuró a enviar legados a Aragón para plantear formalmente su candidatura al trono de las cuatro barras. No era solo un príncipe de sangre aragonesa quien presentaba sus credenciales: era, además y quizá sobre todo, el hombre más rico de Castilla y, después de la victoria de Antequera, el jefe militar más prestigioso de los reinos españoles. En un paisaje tan convulso y fragmentado como el de la Corona de Aragón, semejante propuesta por fuerza tenía que suscitar adhesiones.

La situación política en Aragón era efervescente, por utilizar un término templado. El difunto rey Martín había sido un personaje de primera magnitud: además de merecer el apelativo de «el Humano» por sus indudables virtudes, era también un cruzado que no había dudado en lanzar dos campañas contra el norte de África. Pero sus afanes cruzados se habían visto frustrados una y otra vez por un pertinaz problema interior: las luchas entre bandos nobiliarios en los reinos de la corona. En Aragón peleaban los Gurrea y los Luna; en Valencia, los Centelles, y otros linajes hacían lo mismo en otros puntos de la corona. ¿Por qué peleaban? Por influencia, por tierras, por dinero. Lo de siempre: frente a los propósitos organizadores de la corona, los poderes privados de la nobleza pugnaban por marcar su propio territorio. Hacía falta mucha energía —y bastante dinero— para domesticar a aquella gente, y Martín I no tenía ni lo uno ni lo otro. Pero Fernando sí tenía ambas cosas.

Hasta seis candidatos presentaron su tarjeta ante las Cortes de Aragón. Además de Fernando, estaba Jaime de Urgel, casado con una hija de Pedro IV. También el duque de Gandía, don Alfonso de Ribagorza. Estaba el conde de Foix, casado con una infanta de Aragón. Estaba don Fadrique, nieto siciliano del difunto rey Martín, y estaba Luis de Anjou, duque de Calabria, hijo del rey de Nápoles. De todos ellos, Fernando de Antequera y Jaime de Urgel eran sin duda los que más apoyos suscitaban. Ante el caos provocado por las luchas dinásticas, los parlamentarios de los reinos de Aragón y de Valencia, y los de los condados catalanes, decidieron que el rey fuera designado por un Parlamento General de la Corona. Pero la lucha distará de ser pacífica. Fernando movió rápidamente sus fichas. Entrado el año 1411, mientras

Aragón reúne sus Cortes en Calatayud, el de Antequera comienza a recibir a gente importante en su villa de Ayllón. Va a empezar la lucha por un trono.

El compromiso de Caspe: una misma dinastía reina en Castilla y Aragón

Fernando de Antequera acababa de volver de su exitosa campaña militar en la frontera mora. Era el hombre más rico de Castilla y también el más poderoso. No podía ser rey de Castilla —eso correspondía a su pequeño sobrino Juan—, pero sí podía serlo de Aragón. Hombre inteligente, con tanto tacto como determinación, Fernando convirtió su palacio en una suerte de gigantesco despacho de influencias. Sabía que contaba con el apoyo de poderosas fuerzas en Aragón. También sabía que el papa Benedicto XIII, el aragonés papa Luna, le respaldaría. Necesitaba, además, tropas y un suplemento económico. ¿Dónde conseguir todo eso? En Castilla, por supuesto. Fernando acudió a las Cortes de Valladolid. Era 1411. Allí expuso una hipótesis sorprendente: ante la eventualidad de que el rey de Granada rompiera la tregua tras la victoria de Antequera, era preciso otorgarle a él, Fernando, tropas y subsidios. Nadie tragó el anzuelo: todos sabían que en realidad Fernando quería esas tropas para entrar en Aragón. Pero el de Antequera era un maestro en el arte de desplegar influencias. El apoyo del papa Luna fue fundamental. Castilla le dio finalmente lo que pedía.

En el otro lado del campo estaba el conde Jaime II de Urgel, un hombre de la misma edad de Fernando (nacido en 1380) y resuelto a todo para ganar el trono aragonés. Jaime era hijo del conde Pedro y de la ambiciosa dama italiana Margarita de Montferrato. Pocos años antes del conflicto sucesorio había desposado a Isabel de Aragón, hermana del rey Martín. Incluso había obtenido de este el nombramiento de gobernador general, aunque el propio rey, en los vaivenes de intrigas de la corte, había revocado el cargo. Para muchos, Jaime era el heredero natural del trono. Contaba con el apoyo del poderoso Antonio de Luna, cabeza de la rama primogénita de los Martínez de Luna. Pero su principal motor era una mujer: su madre, Margarita de Montferrato. Tan decidida estaba Margarita a dar el trono a su hijo que había acudido a ver al propio rey Martín en su lecho de muerte. La dama intentó convencer al monarca moribundo. No lo consiguió. Montó en cólera. Podemos imaginarnos a la gran señora lanzando a su hijo a la conquista del cetro aragonés: «Hijo mío, ¡no cedas! ¡Serás rey o no serás nada! ¡O rey, o nada! ¡O *rei* o *no res*!». Por esa frase, «*o rei o no res*», pasaría Margarita a la historia.

En ese ambiente se reunieron en febrero de 1411 las Cortes en Calatayud bajo la presidencia del arzobispo de Zaragoza, García Fernández de Heredia. Curiosamente, el arzobispo no era partidario ni de Jaime ni de Fernando, sino de otro candidato menor, el niño Luis de Anjou. En cualquier caso, las Cortes resolvieron que las asambleas de los tres reinos se reunieran a su vez para estudiar qué hacer. Pero algo ocurriría que iba a variar bruscamente el curso de las cosas.

El arzobispo García, concluido su trabajo en Calatayud, tomó el camino de vuelta a Zaragoza. En el trayecto, a la altura de La Almunia de Doña Godina, una hueste le salió al encuentro. La mandaba Antonio de Luna, el poderoso alfil de Jaime de Urgel. El arzobispo García no vivirá para contarle. Dijo el de Luna que el encuentro fue fortuito, que ambos discutieron, que llegaron a las manos, que las huestes de uno y otro entraron en la refriega y, en la confusión, el arzobispo resultó muerto por un triste azar. Pero nadie creyó a Antonio de Luna. El asesinato del arzobispo de Zaragoza fue imputado sin duda a Jaime de Urgel por mano del de Luna. El crimen levantó un escándalo enorme. El asesino fue excomulgado. Y los partidarios del niño Luis de Anjou, deseosos de vengarse de Jaime de Urgel, pasaron a apoyar en bloque a Fernando de Antequera.

Los pretendientes movieron sus influencias para ganar por la vía más rápida. Los partidarios de Jaime y los de Fernando se enfrentaron a campo abierto. Fue en la batalla de Murviedro, en la actual Sagunto. Allí, en el castillo de Nules, habían levantado bandera los Centelles, la poderosa familia valenciana que apoyaba a Fernando. Los fernandistas barrieron a las huestes partidarias del de Urgel, comandadas por el gobernador de Valencia. La Corona de Aragón estaba al borde de la guerra civil. Era urgente la convocatoria de Cortes para pacificar las cosas. Pero ¿cómo y dónde reunir Cortes en semejante atmósfera?

Finalmente los parlamentarios lograron reunirse en Alcañiz con el apoyo del papa Benedicto XIII. Él fue quien estableció que los parlamentarios de los distintos reinos debían nombrar a una comisión de sabios para examinar en justicia los derechos de cada uno de los pretendientes. Y así las Cortes eligieron a nueve hombres, tres por cada reino: juristas, obispos, consejeros reales, letrados, síndicos... Y hasta un santo había entre ellos: el valenciano Vicente Ferrer, que por entonces ya tenía fama no solo de santidad, sino también de juicio preclaro y honda sabiduría. Estos nueve fueron los que se reunieron en Caspe. Vicente Ferrer fue decisivo a la hora de inclinar la balanza.

Lo que se impuso fue el sentido común. Jaime era el candidato de la aristocracia terrateniente catalana; pero las ciudades de la propia Cataluña tenían pavor a cualquier candidato de la nobleza, que sin duda beneficiaría a los aristócratas en su largo conflicto frente a los centros urbanos, y por eso preferían a Fernando. Los aragoneses y los valencianos, por su parte, mantenían desde antiguo relaciones muy estrechas con Castilla, tanto por el comercio de lana como por otras rutas mercantiles, de manera que también veían en Fernando su mejor opción. No por ello la deliberación dejó de ser reñida. Finalmente, el 24 de junio, después de dos meses y dos días de discusión, los compromisarios obtuvieron una mayoría: los tres aragoneses, dos valencianos y un catalán se decidían por Fernando de Trastámara, llamado de Antequera. Eso fue el Compromiso de Caspe, que rezaba así:

Nos, Pedro de Zagarriga, arzobispo de Tarragona, Domingo Ram, obispo de Huesca, Bonifacio Ferrer, prior de la Cartuja, Guillén de Vallseca, doctor en Leyes, fray Vicente Ferrer, de la orden de Predicadores y maestro en Teología, Berenguer de Bardaxí, señor del lugar de Zaidín, Francisco de Aranda, donado del monasterio de Portaceli de la orden cartuja y oriundo de la ciudad de Teruel, Bernardo de Gualbes, doctor en Derecho civil y canónico, y Pedro Bertrán, doctor en Decretos, esto es, los nueve diputados elegidos por los Parlamentos generales [...], decidimos que aquel que sea elegido por los nueve por unanimidad o, al menos, por seis de nosotros, siempre que entre ellos haya por lo menos uno de cada una de las tres ternas, ese será tenido por justo, constante, válido y firme (...). Hechas las investigaciones debidas, hacemos público que los Parlamentos, súbditos y vasallos de la Corona de Aragón deben prestar juramento de fidelidad y tener al excelentísimo señor don Fernando, infante de Castilla, por rey y señor.

Fernando de Trastámara fue proclamado rey el 28 de junio de 1412 como Fernando I de Aragón. El 5 de agosto entró en Zaragoza y juró su título ante la Cortes junto a su hijo Alfonso.

¿Asunto arreglado? No. Todos los candidatos prestaron homenaje al nuevo rey, pero Jaime de Urgel se negó: lo consideraba injusto. Fernando le ofreció a cambio títulos y bienes, pero Jaime no los aceptó. «*O rei o no res*», le había dicho su madre. Jaime se lo tomará al pie de la letra. Antonio de Luna, el asesino del arzobispo, le prometió su espada, bien aupada sobre una tropa de mercenarios gascones. Jaime buscó pactos con Inglaterra que le permitieran cobrarse el poder haciendo la guerra a Castilla; incluso intentó tomar por la fuerza las Cortes catalanas para que le aclamaran como rey. Pero la causa de Jaime ya no interesaba a nadie; de hecho, hacía ya tiempo que grandes linajes catalanes como los Alemany y los Cervelló habían tomado el partido del de Antequera. El nuevo rey, Fernando, derrotará a las huestes del de Urgel en Castelflorite y en Montearagón. Jaime se vio obligado a refugiarse en el castillo de Balaguer. Allí esperó los refuerzos proquote por Antonio de Luna, pero estos no llegaron jamás: el de Luna permaneció encerrado en su castillo de Loarre. Todo estaba perdido.

Jaime de Urgel será finalmente vencido y apresado. Fernando le hizo someter a juicio por traición. Fue condenado a cadena perpetua. Morirá en prisión, en el castillo de Játiva, veinte años después; de una enterocolitis. ¿Y su madre, la intrigante y altanera Margarita de Montferrato? ¿Qué fue de ella? Fernando la puso a buen recaudo: durante siete años rodó por distintos monasterios de clausura hasta que murió en Castellón en 1420. En cuanto al pérfido Antonio de Luna, fue abandonado por sus mercenarios gascones y se rindió muy pronto, en septiembre de 1413. Escapó a Navarra para volver más tarde a Aragón, a Mequinenza, donde murió confinado en

1419.

La literatura nacionalista catalana ha hecho de Jaime de Urgel un héroe —una especie de precursor de la supuesta independencia catalana— y del Compromiso de Caspe una afrenta. Nada de eso, sin embargo, es verdad. Fernando tenía los mejores títulos, como nieto de un rey de Aragón, y sus apoyos descansaban lo mismo en Valencia y Aragón que en la propia Cataluña. Respecto a Jaime, no representaba a Cataluña, sino a una serie de clanes nobiliarios que, por otro lado, ni mucho menos eran solo catalanes. Nadie se levantó contra Fernando cuando fue elegido; nadie secundó a Jaime de Urgel. Y Fernando, además, será un buen rey. Morirá muy poco después de llegar al trono: en 1416, con solo treinta y seis años. Pero dejaba una herencia insospechada: un nieto suyo y una sobrina-nieta suya se casarían en 1469, uniendo los reinos de Castilla y Aragón. Serán Fernando e Isabel, los Reyes Católicos. Pero, de momento, volvamos a Castilla.

Otro culebrón en la corte de Castilla

Cuando Fernando de Antequera se marchó a Aragón para ser rey, el reino de Castilla quedaba en una situación delicada: con una reina regente poco dada a la política, Catalina de Lancaster; un heredero menor de edad, el infante Juan, y un oscuro cruce de intrigas e influencias en la corte. Fernando creía haberlo dejado todo bien atado, pero el destino iba a escribir su propio camino. Castilla y Aragón terminarán entrando en una guerra que ya era propiamente fratricida. Viejo vicio español.

En una situación como la castellana, la responsabilidad del gobierno o, al menos, de la dirección de las cosas del Estado debería haber correspondido a la reina viuda, Catalina de Lancaster, pero he aquí que la nieta de Pedro el Cruel no era exactamente un ejemplo de equilibrio. Apenas hemos hablado de esta mujer más que circunstancialmente, pero la personalidad de Catalina daría para una novela psicológica. Hija de Enrique de Lancaster y Constanza de Castilla, Catalina se había criado en Inglaterra conforme a su rango —nieta de reyes—, pero adoctrinada en la reivindicación familiar del trono castellano. Con quince años la casaron con el heredero de Castilla, Enrique, que todavía era un niño. Aquel matrimonio puso fin a las disputas dinásticas. Catalina fue reina. En lo personal, sin embargo, nunca fue una mujer feliz.

Pícnica, gruesa, rubicunda, glotona, el cuadro psicológico de Catalina se sustancia en un estado permanente de ansiedad y una necesidad enfermiza de cariño. Generosa hasta el exceso, de voluntad muy débil, entregada al alcohol, Catalina gastaba fortunas en hacer regalos a sus sirvientes; cuando constataba que le estaban chupando la sangre, los expulsaba de la corte y admitía a otros sirvientes nuevos que repetían la operación. Esa debilidad se hizo aún más patente cuando murió su marido, el rey Enrique, y Catalina se vio en la obligación de asegurar la regencia. Con la voluntad secuestrada por la corte, la reina viuda se avino al juego de repartir el gobierno con su cuñado, Fernando. Para ella fue el mando sobre la mitad norte del reino, pero quienes de verdad mandaban eran otros: el obispo Pablo de Santa María y la dama Leonor López de Córdoba, de manera muy acusada.

Es un personaje muy interesante, esta Leonor López de Córdoba: nacida en Calatayud, hija de un alto caballero que fue maestre de Calatrava y de Alcántara con Pedro el Cruel —y decapitado por ello—, criada con la familia de aquel rey desposeído, casada después con otro caballero del mismo partido, sometida a mil humillaciones y desaires por los nobles del bando vencedor —el de los Trastámara—, Leonor se convirtió en camarera mayor de Catalina cuando esta quedó viuda. Leonor era diez años mayor que la reina y ejerció sobre ella una influencia determinante. Tanto que empezó a tomar decisiones políticas al tiempo que acumulaba una fortuna nada desdeñable. Para Leonor, aquel poder era la venganza de tantos años de marginación. Pero se pasó de frenada y terminó levantando la suspicacia de la corte,

que provocó su caída hacia 1412. Desterrada en Córdoba, Leonor escribió o hizo escribir unas memorias que son la primera autobiografía conocida de una dama castellana. En esas *Memorias de doña Leonor López de Córdoba* quería reivindicar la nobleza de su linaje y, por supuesto, justificar su propia conducta. Murió pocos meses después, dejando a Catalina aún más sola.

En cuanto al obispo Pablo de Santa María, es un personaje que también merece cita. Su verdadero nombre era Selemoh-Ha Leví y era un notable judío de Burgos —rabino mayor—, casado y con dos hijos, que a la altura de 1390, en medio de las persecuciones contra los hebreos, decidió convertirse al cristianismo. Repudió a su esposa, que no había querido convertirse, y abrazó la carrera eclesiástica. En 1395 ya era arcediano de Treviño y en 1401 obispo de Cartagena. Entró en la corte castellana. El rey Enrique III le nombró consejero y ayo del heredero, el pequeño Juan, pero a quien realmente adoptó el obispo fue a la reina Catalina, cuya debilidad le inspiraba una curiosa mezcla de compasión y ambición. Fue Santa María quien palió la frustración de Catalina a través de la vida devota. En 1407, cuando murió el canciller López de Ayala, Pablo de Santa María ocupó el puesto. Poco después se hacía cargo de la diócesis de Burgos. Con frecuencia fue este obispo judío quien gobernó de hecho el reino. Y hay que decir que no lo hizo mal, hasta el punto de que el propio Fernando de Antequera, siendo ya rey de Aragón, requirió su consejo y le incluyó en la nómina de lugartenientes en el sur de Castilla. Pablo de Santa María pasó a la historia como «el Burgense». Entre otras cosas le debemos el largo poema «Las siete edades del mundo», que dedicó a la pobre Catalina de Lancaster.

En ese ambiente creció el pequeño heredero, Juan, huérfano de padre desde los dos años, rey nominal en una corte donde, a decir verdad, no pintaba gran cosa. Absorbido y abandonado alternativamente por su madre, Catalina, y avasallado por la figura gigantesca de su tío Fernando de Antequera, Juan lo tenía todo para desarrollar alguna neurosis. Juan había heredado de su madre la alta estatura, la tez blanca y los ojos claros, y también la debilidad de carácter, el ánimo influenciado y un gusto sin freno por los placeres de la vida.

En muchos aspectos, este Juan castellano recuerda poderosamente a aquel otro Juan de Aragón, el rey cigarra, el «amante de toda gentileza». Porque, en efecto, el Juan castellano también vivía para la «gentileza». Su cronista Fernán Pérez le retrató así:

Era hombre muy atrayente, muy franco é muy gracioso, muy devoto, muy esforzado; dábase mucho a leer libros de Filósofos é Poetas; eran bien eclesiástico, asaz docto en la lengua latina, mucho honrador de las personas de sciencia. Tenía muchas gracias naturales; era gran músico; tañía é cantaba é trovaba é danzaba muy bien. Dábase mucho a la caza, cavalgaba pocas veces en mula, salvo habiendo de caminar; tenía siempre un gran bastón en la

mano, el cual le parecía muy bien.

Y así, con su gracioso bastón, pasaba Juan por la vida disfrutando de ella, como el Juan cigarra aragonés. Con una diferencia: el destacado lugar que en la corte aragonesa del rey cigarra ocupó una dama, aquí, en la corte castellana, lo iba a ocupar un varón: Álvaro de Luna.

Álvaro de Luna era lo que podríamos llamar un trepa, pero, eso sí, un trepa de gran estilo. Hijo natural del caballero Álvaro Martínez de Luna y sobrino del arzobispo de Toledo, el joven Álvaro, que contaba entonces veinte años, entró en la corte castellana en 1410 como paje del pequeño Juan. El heredero —un niño de ocho años— se quedó fascinado con aquel joven tan diestro con las armas como con el laúd y los versos. Álvaro aprovechó la admiración del pequeño rey para escalar puestos. La marcha de Fernando de Antequera, primero, y la muerte de la reina después, fueron otras tantas oportunidades que Álvaro de Luna supo aprovechar para ascender en la corte. Dejó de ser un sirviente y se convirtió de hecho en el valido del rey. El cronista Fernán Pérez lo explica con términos discretos:

Ovo este Rey desde su mocedad muy adepto al noble varón Alvaro de Luna, á cuyo seso é consejo, más que ningún otro cavallero, se allegaba, é así por tan gran afección a él era inclinado, que todas las cosas quería el Rey hacer é cumplir á su voluntad.

Otros cronistas no dejan de deslizar algo más turbio: «algún trato indecoroso y lascivas complacencias», como apunta Alonso de Palencia.

¿Y cómo era este caballero? Fernán Pérez lo describe así:

Fue pequeño de cuerpo y menudo de rostro; pero bien compuesto de sus miembros, de buena fuerza, y muy cabalgador, asaz diestro en las armas, y en los juegos dellas muy avisado. En el palacio muy gracioso y bien razonado, como quiera que algo dudase en la palabra; muy discreto, e gran disimulador: fengido e cauteloso, y que mucho se deletaba usar de tales artes y cautelas, ansí que parece que lo había a natura.

Un cortesano nato, en fin.

Catalina se murió en junio de 1418, después de una caída y, según se dice, con el hígado destrozado por el alcohol y el corazón deshecho por el sobrepeso. Tenía solo cuarenta y cinco años. Había sonado la hora del infante Juan, un mozalbete de catorce años que fue coronado con la correspondiente pompa y proclamado rey en las Cortes de Madrid. Allí, por cierto, los procuradores del pueblo aprovecharon para denunciar los excesos y abusos de los nobles; no les hicieron mucho caso, pero el dato es elocuente sobre el estado del reino.

El pequeño Juan ya era rey —y Álvaro de Luna seguía a su lado—, pero entonces afloró en toda su magnitud otro problema que venía gestándose desde tiempo atrás y que terminaría llevando a Castilla y Aragón a la guerra. El lector podrá preguntarse: ¿Pero acaso no reinaba la misma familia, los Trastámara, en Castilla y Aragón? Sí, y aquí es precisamente donde radicaba el problema. Fernando de Antequera se había ocupado de atar bien las cosas. ¿Cómo? A través de una política matrimonial que, desafiando todas las leyes habituales de la consanguinidad, vinculaba a sus hijos con los de su hermano, el difunto rey Enrique de Castilla. Así, el primogénito de Fernando, Alfonso, casó con su prima María, hija de Enrique y hermana del joven rey Juan. Y para cerrar el círculo, a su hija María de Aragón la casó con Juan II de Castilla. De esta manera toda la península descansaba sobre los Trastámara.

Fernando pasó a mejor vida en 1416, después de una meteórica carrera. Su hijo Alfonso subía al trono aragonés como Alfonso V. Pero el de Antequera había dejado, además, dos alfiles en Castilla para proteger sus intereses: sus otros dos hijos, Enrique y Juan, llamados los «infantes de Aragón». Hay que recordar que a estas alturas los Trastámara eran la familia más rica y poderosa del reino. Había mucho en juego y era preciso extremar el control. Eso pasaba por atar corto a Juan II de Castilla, demasiado joven e influenciado. Sus primos Enrique y Juan se aplicarían a fondo para que el poder de la familia no se viera mermado. Contaban con el apoyo de su hermana María, esposa del rey. Pero iban a encontrarse con un obstáculo imprevisto: Álvaro de Luna, el favorito del joven y voluble rey Juan.

Álvaro sabía a qué jugaba. Conocía perfectamente quiénes eran sus enemigos: el poderoso clan de Aragón, los primos del rey. Y tampoco ignoraba quién podía echarle una mano: las ciudades, el bajo clero, la pequeña nobleza, el pueblo llano, en fin, todos aquellos que veían con malos ojos los excesos del poder señorial; esas mismas voces que acababan de manifestar su malestar en las Cortes de Madrid el mismo día en el que Juan tomaba en sus manos el trono. No son cuatro desarrapados: el excelente momento económico que vive Castilla, con el alza de los precios de la lana y sus abundantes exportaciones, ha convertido a los burgueses de las ciudades en una considerable potencia. Una buena plataforma en la que apoyar la propia ambición. Así el de Luna maniobra y hace caer al veterano y fiel Juan Hurtado de Mendoza, mayordomo mayor del reino. Él ocupará su puesto.

Con estos hilos se trenza la tragedia. Hay dos partidos en el reino. Los dos viven en la cámara del rey. Y no tardarán en llegar a las manos.

Alfonso de Aragón: volcado al Mediterráneo

Mientras el reino de Castilla se acercaba una vez más al borde del abismo, en Aragón un hombre trataba de poner orden: Alfonso V, segundo Trastámara aragonés, hijo de Fernando de Antequera. Alfonso era un castellano de Medina del Campo y tenía ya veintidós años cuando llegó al trono: no estaba en la mejor de las posiciones para tratar de entender cómo funcionaba esta corona, siempre sometida a las fuerzas centrífugas de los intereses particulares. Por el contrario, se enamoró de una de las joyas de la corona aragonesa: Italia.

Recompongamos el paisaje. Fernando de Antequera, infante castellano, pero hijo de infanta aragonesa y nieto de Pedro IV el Ceremonioso, ha ocupado el trono de Aragón en 1412 a petición de las Cortes de la corona y después de vencer no pocas resistencias. Fernando muere el 2 de abril de 1416 en Igualada, enfermo, pero nadie se opondrá a que la corona pase a su hijo primogénito y legítimo heredero: Alfonso, un mocetón de fuerte personalidad. El nuevo rey debía de ser un tipo impresionante. Su padre se había ocupado de que recibiera una esmerada educación, primero con el noble castellano Enrique de Villena, médico, astrólogo, teólogo y poeta, y después con el franciscano catalán Pere de Santa Eulalia. Muy pronto empezó a ejercer de heredero: presidió las Cortes Generales de 1412, supervisó las treguas con Venecia y Génova en 1413, cumplió a plena satisfacción el papel de lugarteniente general que le había encomendado su padre. En el mismo año de su coronación, un embajador francés escribía admirado: «Maneja a la perfección una espada de dos manos, es un excelente jinete y disfruta en las justas y torneos... Muy elegante en el vestir, toca toda clase de instrumentos y danza admirablemente. Y encima es tan prudente como un hombre de cincuenta años».

Todas esas virtudes no le privaron de sufrir fuertes hostilidades. Hacía tiempo que la Corona de Aragón —Aragón, Cataluña, Valencia, Mallorca, Córcega— se caracterizaba por su escasa cohesión. No se trataba tanto de rivalidades entre los distintos reinos como de conflictos sin fin entre los grandes linajes nobiliarios y, a su vez, entre estos y las ciudades. Los fueros específicos de cada reino, dentro de la corona, actuaban frecuentemente como coartada para los intereses particulares contra el interés general. Alfonso metió la mano en ese avispero, y lo hizo a fondo.

Para empezar, Alfonso V se rodeó de consejeros castellanos. Los representantes de los reinos le propusieron ser consultados antes de nombrar oficiales, pero el rey no les hizo ni caso. Más aún, puso al frente de la Bailía General de Aragón a un castellano: Álvaro de Garavito. Cosa importante, porque el «baile general» era el oficial encargado de administrar el patrimonio regio, y eso incluía la recaudación de las rentas derivadas de derechos de peaje, salinas, explotación de minas, etc. Era la primera vez que alguien de fuera de Aragón ocupaba ese puesto. Después hizo dimitir al justicia de Aragón, Juan Jiménez Cerdán, y puso en su lugar a alguien que era de la

tierra, sí, Berenguer de Bardají, viejo colaborador del rey Martín I el Humano, pero cuyo nombramiento despertó una enorme oposición en los reinos de la corona, hasta el punto de que tuvo que renunciar al cargo. Para colmo, Alfonso V no convocó a las Cortes hasta 1423, es decir, siete años después de su subida al trono, y cuando lo hizo no estuvo presente, sino que delegó en su esposa, la reina María —castellana—, la presidencia de la asamblea.

Todo esto puede parecer contradictorio con la imagen de prudencia e inteligencia política que el rey transmitía. En realidad no lo es. Porque mientras flagelaba a los notables de la corona, Alfonso prodigaba los gestos de generosidad con tal o cual linaje, tal o cual ciudad, para prevenir revueltas como las que promovió el conde de Urgel, el enemigo de su padre. Vieja táctica: divide y vencerás. El reino ya estaba dividido por las querellas entre linajes e intereses contrapuestos. Sumergirse en ellas solo habría conducido a quedar enredado en la maraña, como le pasó al rey Martín. Alfonso prefirió ganar voluntades aquí y allá y quitarse de en medio. Porque en aquel momento lo que a él le interesaba no era tanto Aragón, corona que ya tenía en sus sienes, como Italia: todo un mundo por conquistar.

¿Qué estaba pasando en Italia? Hay que recordar que la casa de Aragón tenía vara alta en las cosas de Sicilia y Nápoles desde mucho tiempo atrás, cuando Pedro III se casó con Constanza de Sicilia, en 1262. Ahora, siglo y medio después, la corona siciliana había sido otorgada por el papa —titular de los derechos— al rey de Aragón en recompensa por su contribución a la solución del cisma. El beneficiario de la cesión había sido Fernando de Antequera, el padre de Alfonso, pero nunca hizo nada por materializarla. Alfonso lo haría. ¿Por qué? Primero, por puro espíritu caballeresco: ganar Italia sería añadir una extraordinaria gema a su corona. Además, por interés político: las aguas del Mediterráneo occidental volverían a ser íntegramente aragonesas. Y por último, por conveniencia económica: las tierras españolas de la corona arrastraban una grave crisis desde hacía medio siglo, y las riquezas de Sicilia y Nápoles podrían enjugar con creces tanta estrechez. A su hermano Juan le dejó los asuntos castellanos. A su esposa, María, el gobierno de Aragón como lugarteniente general de la corona. Y con esos frentes tranquilos, Alfonso se lanzó a la aventura italiana.

Lo primero que se propuso fue recuperar el control de Sicilia. Los sicilianos pretendían erigirse en reino independiente dando la corona a Juan, el hermano de Alfonso. Lo que hizo el rey fue mandar a Juan a Castilla, orden que el interesado, por su parte, recibió con gran alivio, porque no tenía el menor interés en aquella espinosa corona italiana. Con Sicilia en orden, Alfonso puso los ojos en las islas de Córcega y Cerdeña, que habían caído en manos genovesas. El rey pidió dinero a las Cortes. No lo hizo en las Cortes Generales de la corona, sino que se dirigió individualmente a las de cada reino —divide y vencerás—. Con el dinero así conseguido, más una flota

genovesa de veinticuatro galeras capturada en Mallorca, marchó a la guerra. La campaña de Cerdeña fue un paseo: los señores que dominaban la isla se inclinaron ante Aragón con la misma facilidad con que antes se habían sometido a los genoveses. Génova había comprado su voluntad con dinero, Aragón la doblegaba con barcos. Pacificada Cerdeña, Alfonso se dirigió a Córcega. Aquí la resistencia fue mayor, pero Alfonso estaba decidido: tomó Calvi, en el norte, y marchó sobre la ciudad de Bonifacio, en el sur. Pero en ese momento ocurrió algo inesperado: el rey de Aragón recibió un mensaje de socorro de Juana II de Nápoles. Y esa llamada cambió las cosas.

¿Qué ofrecía la reina Juana? Algo muy tentador: si Alfonso le ayudaba contra sus enemigos, los Anjou, ella le nombraría heredero del trono napolitano. Vale la pena hablar un poco de Nápoles y la reina Juana. Por los infinitos cambalaches de la Italia feudal, el riquísimo reino de Nápoles, perpetuo escenario de conflictos entre el papado, los franceses y los poderosos linajes locales, había terminado bajo el mando de la familia Durazzo, aliada de los reyes de Hungría. La reina Juana era una mujer de cincuenta años, sucesivamente viuda de un noble austriaco y de otro francés, sin descendencia de ninguno de ellos. En torno a la viuda, una especie de Cleopatra de costumbres bastante livianas, se desatan las intrigas: un partido napolitano, encabezado por el *condottiero* Francesco Sforza, quiere nombrar heredero de Nápoles a Luis de Anjou, conde de Provenza; enfrente hay otro partido liderado por otro señor de la guerra, el *condottiero* Gianni Caracciolo, opuesto a los Anjou y a los Sforza, que ve en el aragonés Alfonso una excelente alternativa. Alfonso V no ignora que Nápoles es un avispero, pero ve ahí una oportunidad de oro para conseguir meter el pie en Italia con menor esfuerzo del previsto. No podía decir que no.

Alfonso V se dirigió a Nápoles. Fue recibido triunfalmente. La reina Juana le adoptó como heredero de su corona y le nombró lugarteniente del reino. Era julio de 1421. Nunca hubo conquista más fácil. Pero tampoco nunca hubo conquista más efímera. ¿Por qué? Porque Alfonso no había contado con la volubilidad de aquella mujer, que muy poco después resolvía hacer lo mismo con el otro contrincante en liza, Luis de Anjou. ¿Por qué hizo eso Juana? Según unos, por temor a enfrentarse al papa Martín V, el cual había manifestado su apoyo al Anjou. Según otros, porque el *condottiero* Caracciolo cambió de bando y se pasó al de los Sforza y los Anjou. El caso es que la situación del rey de Aragón se convirtió de repente en un baño en arenas movedizas: todo estaba igual de mal que antes, con la diferencia de que ahora él mismo había caído en medio del charco. Como Aragón era mucho Aragón, Alfonso decidió tirar hacia delante. En la batalla naval de la Foz Pisana —octubre de 1421— derrotó a los genoveses. Más tarde derrotó a los enemigos napolitanos, los de Caracciolo, que habían intentado levantar al pueblo en su contra. Pero aquellas victorias militares no le engañaban: Alfonso sabía que iba a necesitar mucho esfuerzo

para asentar sobre su cabeza la corona napolitana. Y justo en aquel momento...

Justo en aquel momento a Alfonso V le llegaron inquietantes noticias de España. En Cataluña, un fuerte bando nobiliario había puesto pies en pared y se negaba a aportar más dinero a las empresas italianas de Alfonso. Y en Castilla, mientras tanto, el condestable Álvaro de Luna se estaba haciendo con todo el poder frente a los intereses de los Trastámara, Enrique y Juan, los hermanos de Alfonso de Aragón. Si la Corona de Aragón dejaba de dar dinero, y si los intereses castellanos menguaban por la nueva política del de Luna, el gran proyecto napolitano de Alfonso quedaría en agua de borrajas. Había que volver a España. Pero ¿acaso si se marchaba no perdería Nápoles?

En Aragón, la reina María convoca Cortes. En Maella. Son las primeras desde el ascenso de Alfonso al trono. Nobles, clérigos y patricios están muy enfadados: ¿Qué es eso de que las Cortes vengan presididas por la reina consorte, y no por el rey titular? Y además, ¡para pedir más dinero! La reina María es clara: el rey su marido partió hace ya tres años y cuatro meses y no puede regresar por falta de dinero para pagar a la guarnición que debe dejar en Nápoles. O sea: si queréis que el rey vuelva, dad el dinero que se os pide. Las Cortes lo dieron: 10.000 florines. Suficiente para que una hueste le cubriera las espaldas en tierra italiana.

Era octubre de 1423. Alfonso hizo los bártulos, dejó una pequeña guarnición en Nápoles y zarpó de vuelta a casa. Por el camino se detuvo en Marsella, importante plaza de su rival Anjou, y la saqueó a conciencia. Llegó a Valencia en febrero de 1424 y puso allí su cuartel general. ¿Por qué Valencia? Primero, por no estar demasiado cerca de Cataluña, donde dos grandes partidos liderados por el conde de Cardona y el conde de Pallars, respectivamente, habían entrado en abierto conflicto. Y además, para manifestar ante el papa Martín que allí, en Peñíscola, había otro papa, heredero del difunto Benedicto XIII, el papa Luna, y que Aragón le apoyaría si el papa romano se permitía peligrosas veleidades en el asunto de Nápoles. Y así dibujado el paisaje, Alfonso puso toda su atención en el asunto castellano, donde las cosas habían llegado a un punto insostenible.

El atraco de Tordesillas: rey come alfil

Un rey blando, un valido ambicioso, dos hermanos a la gresca, unos magnates depredadores y una corte estupefacta. Este es el retrato de Castilla a la altura del año 1420, cuando don Álvaro de Luna (el valido) ha conquistado por completo la voluntad de Juan II (el rey) y los Trastámara castellanos, los infantes de Aragón, Enrique y Juan (hermanos a la gresca), empiezan a descuidar su interés común para proteger cada cual su beneficio propio. Alfonso V de Aragón tuvo que abandonar temporalmente su sueño italiano para poner un poco de orden. Y no era para menos.

Retrato de paisaje: Castilla se ha convertido en un avispero. Los viejos magnates, los magnates nuevos, las ciudades, la Iglesia, los judíos y, en fin, todo el mundo trata de proteger su propio estatuto en un reino que está conociendo profundos cambios. El rey Juan II es un mozalbete de quince años. Sus tíos Enrique y Juan, hijos de Fernando de Antequera, hermanos del rey de Aragón Alfonso V, se proponen controlar los resortes de Castilla para proteger sus cuantiosos intereses. Pero el rey castellano lo fía todo a otro personaje: su valido Álvaro de Luna, un noble de nuevo cuño que se ha convertido en árbitro de la corte y del reino. En torno a estos dos polos se dibujan sendos partidos. El de Luna trata de neutralizar a los infantes de Aragón. Los cuales, a su vez, empiezan a concebir proyectos propios: mientras Enrique se concentra en el frente castellano, Juan, que acaba de volver de Italia, arregla su matrimonio con Blanca de Navarra, heredera de la Corona de Pamplona. La pieza más débil del conjunto es Enrique: Juan va a ser rey de Navarra, Álvaro de Luna controla la corte castellana... ¿Y Enrique qué tiene en las manos? Nada. Pero eso cambiará pronto.

Estamos ahora en Tordesillas. Allí se ha reunido la corte en pleno: está el rey Juan II, está su todopoderoso valido Álvaro de Luna, están todos los que pintan algo en Castilla. Entre los allí presentes, algunos guardan un celoso secreto. ¿Cuál? Enseguida se revelará. Es el 14 de julio de 1420. Al caer la noche, por sorpresa aparece en palacio uno de los infantes de Aragón, Enrique. No viene solo: le acompaña una nutrida hueste. Los hombres de Enrique penetran en el recinto, desarman a la guardia, apresan al rey, al valido y a la corte en pleno. Todo en un santiamén. Nadie esperaba una cosa así. La *Crónica* llamó a esto «el atraco de Tordesillas», pero en realidad fue un golpe de Estado en toda regla.

Enrique de Aragón no quiere derrocar al rey Juan; solo pretende recuperar lo que considera suyo. ¿Cómo ha osado perpetrar una maniobra tan audaz? El rey y Álvaro de Luna no tardan en descubrir el pastel. Porque Enrique no ha actuado solo. Desde el interior de la corte contaba con el respaldo del condestable Ruy López Dávalos, del adelantado Pedro Manrique, de los nobles Garci Fernández Manríquez e Íñigo López de Mendoza, e incluso del obispo de Segovia, don Juan de Tordesillas. ¿Qué se proponen los conjurados? Acabar con el poder del enojoso Álvaro de Luna.

Los rehenes son conducidos a Segovia, primero, a Ávila después. Allí los conspiradores enseñan sus cartas. Fuerzan al rey a convocar Cortes. Enrique presiona al rey Juan y obtiene de él dos concesiones de enorme importancia: primero, la mano de su hermana, la infanta Catalina; además, el señorío de Villena, la vieja herencia del infante don Juan Manuel, un extensísimo territorio rico en campos y rentas y erizado de castillos. Logrado esto, el rey y don Álvaro serán conducidos a Talavera de la Reina. Pero el de Luna aún no había dicho su última palabra.

Lo que ocurrió fue que don Álvaro de Luna intrigó a toda velocidad. Por una parte, se apresuró a ganarse a Juan de Aragón, el hermano de Enrique. ¿Cómo? Prometiéndole enormes beneficios. Por otra, puso sobre aviso a todos sus aliados, que no eran pocos: no solo la poderosa familia Portocarrero, el clan de su esposa, sino además numerosos nobles de su confianza, y en particular el señor de Oropesa, García Álvarez de Toledo. Y por último, tramó la jugada final: fingiendo una partida de caza, se alejó de Talavera con el rey Juan y ninguno de los dos volvió. Era noviembre de 1420 y Enrique de Aragón, que apenas unas semanas antes creía tener todos los triunfos en la mano, se veía sin cartas.

El rey Juan y Álvaro de Luna acudieron a buscar refugio en el castillo toledano de Montalbán. Hacia allá se dirigió Enrique con sus huestes. Pero hacia allá había marchado también el otro infante de Aragón, Juan, de manera que los dos hermanos se encontraron frente a frente. No hubo guerra. No podía haberla. Finalmente, la única autoridad que podía hacer sonar su voz era la del rey. Pero la voz del rey era la de Álvaro de Luna, que pasaba así súbitamente de vencido a vencedor. Hubo un nuevo Consejo Real. En él predominaban abiertamente los partidarios de Álvaro de Luna, reforzados ahora por la facción de Juan de Aragón.

La maniobra de Álvaro de Luna aún no había terminado. Le quedaba neutralizar definitivamente a Enrique de Aragón, y lo hizo tendiéndole una lamentable trampa: le citó en Madrid fingiendo un acto de reconciliación y el infante terminó preso. Sus aliados —incluida su esposa, Catalina— tuvieron que huir para eludir la mazmorra. Fueron ellos quienes alertaron al rey de Aragón, Alfonso V, sobre lo que estaba pasando en Castilla. Mientras tanto, Álvaro de Luna saboreaba su victoria: repartía entre los nobles afines las posesiones de Enrique y sus partidarios, y reservaba para sí el título de condestable de Castilla, lo cual le otorgaba el control sobre el ejército. Ya era sin duda el hombre más poderoso del reino.

No obstante, la posición de Álvaro de Luna será más precaria de lo que a primera vista puede parecer. El nuevo condestable había llegado a la cumbre apoyándose, primero, en las ciudades y en la baja nobleza, y después en los magnates más altos del reino. Ahora estos, celosos del poder del condestable, volvían a conspirar. El de Luna recurrirá de nuevo a buscar el apoyo de las ciudades, pero con ello no logrará sino intensificar los recelos. Por otro lado, un factor nuevo e inesperado aparecía en

el horizonte: el rey de Aragón, Alfonso V, volvía de Nápoles, se instalaba en Valencia, recibía a los desterrados y tomaba la determinación de actuar. Y eso ya eran palabras mayores.

El rey de Aragón tenía claro su objetivo: no la Corona de Castilla, pero sí las ricas rentas y posesiones que los Trastámara conservaban en el reino, y eso exigía controlar la corte. Ante todo, había que sacar a Enrique de su prisión. Para ello precisaba el concurso de cuantos nobles castellanos le fueran afectos y, sobre todo, el de su otro hermano, Juan, el infante que había pasado al partido de Álvaro de Luna. Alfonso V, caballero de gran estilo, envió una carta a su hermano Juan invitándole a leer la *Crónica del rey don Pedro*; era una forma afectuosa de advertirle de que su cabeza podía acabar en una pica. Cuando lo tuvo todo bien atado —era ya junio de 1425—, el rey de Aragón manifestó abiertamente sus propósitos: tomar las armas e invadir Castilla para liberar a su hermano Enrique y al propio rey Juan II, pretextando que estaba secuestrado políticamente por Álvaro de Luna. Y como no quería hacerlo solo, Alfonso invitaba a unirse a él a cuantos nobles castellanos quisieran sumarse a la empresa.

¿Realmente estaba dispuesto Alfonso a invadir Castilla? Es difícil saberlo. El hecho es que la intervención del rey de Aragón recompuso las cosas. Alfonso y su hermano Juan se entrevistaron en Torre de Arciel, a un paso de la frontera navarra. Era el 3 de septiembre de 1425. Álvaro de Luna ni pio: sin duda se sentía en inferioridad. En Torre de Arciel se decidieron dos cosas importantes: una, que el otro infante, Enrique, con sus aliados serían inmediatamente liberados y se les restituirían todos sus bienes; la otra, que el infante Juan, pronto rey de Navarra, sería la cabeza del partido aragonés en la corte castellana. Todo fue muy rápido. El 8 de septiembre moría Carlos III de Navarra y Juan de Aragón subía al trono pamplonés, aunque el gobierno real lo ejercería su esposa, Blanca. Apenas un mes después, el infante Enrique salía de prisión y acudía a Tarazona para encontrarse con sus hermanos y aceptar la jefatura de Juan. Y en fecha tan temprana como el 11 de diciembre el partido aragonés aparecía ya en la corte castellana, en Roa, como si nada hubiera pasado. Álvaro de Luna seguía siendo condestable de Castilla, pero nadie ignoraba que una apisonadora le había pasado por encima: la voluntad política de Alfonso V de Aragón.

El programa de Alfonso V no terminaba aquí. El objetivo seguía siendo controlar la voluntad del rey Juan II de Castilla para preservar la influencia de la familia en el reino, lo cual pasaba por constituir un partido lo suficientemente poderoso como para mandar en el Consejo Real e impedir futuros vaivenes. En otros términos, había que forjar una liga de nobles. Y no faltaban nobles dispuestos a abrazar la causa de los infantes de Aragón: Zúñigas, Velascos, Manriques y Mendozas secundan a los aragoneses. Los nombres más importantes de Castilla ceden al nada discreto encanto

de una fuerza encabezada nada menos que por los reyes de Aragón y de Navarra. Con ellos van a estar los maestros de las órdenes de Calatrava y Alcántara, que son respectivamente Luis González de Guzmán y Juan de Sotomayor, y por supuesto, el imprescindible Íñigo López de Mendoza. Pero también alguno más que cambia de bando, como el contador Fernán Alfonso de Robles, que abandona a don Álvaro de Luna y se pasa al partido aragonés. Ya solo faltaba la última jugada: acabar con el de Luna.

Las preocupaciones de Juan II de Castilla estaban en aquel momento sorprendentemente lejos de lo que se agitaba bajo sus pies. Sabemos que en 1426, en las Cortes de Toro, porfía para mantener su costosísima guardia de mil lanceros, y que al año siguiente, a instancias del obispo de Cuenca, ordena quemar todos los libros del erudito Enrique de Villena, llamado «el nigromante». Mientras tanto, los de Aragón levantan su partido y reúnen voluntades. Sus fuerzas distaban de agrupar a la mayoría de la nobleza castellana, pero la potencia armada de las órdenes militares daba al partido aragonés una influencia determinante. El 10 de febrero de 1427 ya estaba constituida la Liga. Y dispuesta a actuar. Álvaro de Luna tenía que rendirse a la evidencia: al margen de unos pocos leales —el almirante Fadrique Enríquez, el conde de Benavente—, nadie iba a dar su vida por él.

Así fue. La Liga pidió la destitución de Álvaro de Luna. La mayoría de la nobleza se inhibió del asunto. El rey Juan II aceptó que se reuniera una comisión de arbitraje para deliberar sobre la continuidad del condestable. Fue en Valladolid, bajo la presidencia del abad de San Benito. Dos representantes de cada partido. Pero con truco, porque, en el lado de los supuestos defensores del condestable Álvaro de Luna, uno de ellos, el contador Fernán Alfonso de Robles, ya había decidido traicionar a su señor. El 30 de agosto de 1427 se dictó sentencia: Álvaro de Luna sería destituido de su cargo y desterrado de la corte por un plazo de año y medio. El de Luna no tuvo otro remedio que aceptar. Se marchó a sus posesiones en Ayllón. El rey de Aragón se comía al alfil de Castilla.

Pero si alguien pensaba que la salida de Álvaro de Luna iba a pacificar el paisaje castellano, se equivocaba de medio a medio. Al revés, lo único que había quedado claro era que la autoridad estaba en manos de los intereses privados de los nobles. Y esos intereses tardaron poco en empezar a luchar entre sí. Los mismos que habían aceptado el destierro de Álvaro de Luna volverán a llamarle. La guerra con Aragón será inevitable.

Una guerra doméstica: cuestiones de familia

Castilla contra Aragón. ¿Dos proyectos distintos de dos naciones diferentes? No: querellas de poder de una misma familia, los Trastámara, con intereses poderosísimos tanto en Castilla como en Aragón, empezando por las respectivas coronas de ambos reinos. El Trastámara de Aragón, Alfonso V, quería proteger sus intereses en Castilla. El de Castilla, Juan II, aconsejado por su valido Álvaro de Luna, quería frenar el poder de sus tíos, los infantes de Aragón, en la corte castellana. Un asunto de familia, después de todo.

En todo este enjuague, Álvaro de Luna, el condestable de Castilla, jugaba un papel central. Él era el principal obstáculo para los infantes de Aragón. Por eso fue desterrado de la corte. Pero, ante la evidencia de que el rey de Aragón planeaba una acción de amplio alcance sobre Castilla, los mismos nobles castellanos que antes le habían expulsado forzaron ahora su retorno. El valido del rey se hizo el interesante: hasta tres veces hubo que pedirle que volviera. Pero finalmente don Álvaro y el rey Juan se entrevistaron en Turégano. Mientras la facción aragonesa promovía en Castilla la creación de un Consejo Real que le fuera afecto, el condestable Álvaro de Luna empezaba a mover fichas. Primero hizo encarcelar al duque de Arjona, significativo paladín de los aragoneses. Después forzó la convocatoria de Cortes en Illescas para obtener fondos: teóricamente para hacer frente a la amenaza musulmana, pero, en realidad, para pagar tropas que hicieran la guerra a Aragón y Navarra.

Navarra, sí. Porque en el entretanto, el infante Juan de Aragón se había convertido en rey de Navarra. Repongamos el paisaje genealógico: Juan, hijo de Fernando de Antequera, el primer Trastámara aragonés, y hermano por tanto del rey Alfonso V de Aragón y del infante Enrique, y tío del rey Juan de Castilla. Juan había estado en Italia como legado de su padre. No le gustó lo más mínimo, como ya hemos visto. Volvió a España para hacerse cargo de los succulentos intereses castellanos de la familia. Inmerso en la pugna de su hermano Enrique con Álvaro de Luna, terminó apartándose del primero y acercándose al segundo. Alfonso tuvo que intervenir para recomponer el frente de los tres hermanos. Y en ese mismo momento Juan se casaba con Blanca de Navarra, lo cual le llevó al trono pamplonés cuando murió Carlos III el Noble. Ahora Alfonso de Aragón tenía en su mano varias bazas: la fuerza de sus propios reinos, la alianza de los amigos castellanos de su hermano Enrique y, además, el reino de Navarra. No eran malos mimbres para el cesto que Alfonso se proponía tejer: controlar el reino de Castilla.

A todo esto, hay que decir que el paisaje en Aragón era cualquier cosa menos apacible. Tanto en Cataluña como en Valencia había peleas interminables entre los linajes locales. Además, la frontera con Castilla sufría de manera permanente el azote de los bandoleros, que periódicamente saqueaban las comarcas del Jalón, Daroca y Tarazona sin que hubiera nadie para frenarlos (entre otras razones, porque también

algunos nobles saqueaban). Todos esos problemas se reflejaban en las cortes, donde unos y otros hacían y deshacían en función de sus intereses y sin demasiada preocupación por el bien común. Esto tiene su importancia, porque, con semejantes cortes, a Alfonso V le costaba la misma vida obtener dinero para sus empresas. Al contrario de lo que ocurría en Castilla, donde las cortes estaban bien controladas por la corona, en Aragón los representantes de los reinos se caracterizaban por su escasa docilidad. Aun así, Alfonso V, esgrimiendo la amenaza castellana, obtuvo en las Cortes de Teruel 120.000 florines para gastos bélicos. Con ese dinero, Alfonso intentaría desequilibrar la balanza en Castilla.

El plan de Alfonso era transparente y nadie lo ignoraba, porque el propio rey lo había enseñado ya: entrar en Castilla, recibir el apoyo de los grandes magnates aliados del partido aragonés, deponer al condestable Álvaro de Luna y controlar el gobierno del reino vecino. Era la primavera de 1429 cuando las tropas aragonesas pasaron a territorio castellano. Fue en Cogolludo. Las banderas de Alfonso llegaron hasta Hita. Allí debían recibir el apoyo de los Mendoza de Guadalajara. Sin embargo, los magnates castellanos se mostraron remisos a la aventura. El rey de Aragón iba a necesitar más fuerza de la prevista. A toda prisa convocó Alfonso nuevas Cortes, esta vez en Valderrobres, para pedir más dinero; no hubo tal, aunque sí una entrega de tropas. Debería haber sido bastante. Pero el enemigo, mientras tanto, no se había estado quieto.

Álvaro de Luna, con el dinero obtenido en las Cortes de Illescas, había trazado su propio plan. No iba a dar la batalla al aragonés; al menos, no de entrada. El condestable atacó primero las posesiones castellanas de Juan de Navarra, el otro infante de Aragón; el castillo de Peñafiel se rindió sin lucha. Después pasó a territorio de Aragón, asoló la frontera y, finalmente, marchó sobre Navarra, el reino de Juan. La reina Blanca de Navarra clamó cuanto pudo por una tregua, pero el condestable de Castilla no estaba para ruegos. La operación se parecía asombrosamente a la que Enrique II había diseñado medio siglo atrás: una cuña entre Estella y Laguardia, en el gozne de Navarra y Aragón, que amenazara a los dos reinos al mismo tiempo. Si no hubo batalla fue porque la reina María —la hermana de Alfonso, desposada con el rey de Castilla— se puso entre los contendientes. En vez de batalla, se firmó una tregua. Precaria, pero tregua.

La tregua era precaria porque en realidad afectaba solo a la frontera y a los dominios de la Orden de Santiago. El resto del territorio seguía sujeto a la guerra. Eso sí, a Alfonso de Aragón le costaba muchísimo más sostenerla que al condestable de Castilla. Álvaro de Luna, además, había empezado a trabajar entre bambalinas para debilitar la posición de Alfonso en su propio reino. ¿Cómo? Ofreciendo una tregua en exclusiva para Navarra (es decir, rompiendo el bloque navarro-aragonés) y azuzando el descontento en los condados catalanes. Con semejante avispero en la retaguardia, a

Alfonso se le acumulaban los problemas y mal podía enredarse en las querellas de Castilla. En el oeste del reino el infante Enrique se había hecho fuerte en Extremadura, pero no tenía más que sus propios recursos, que eran escasos. Álvaro de Luna acudió allá con sus huestes y tomó Trujillo. La puntilla la dieron las Cortes castellanas de mayo de 1430, cuando decidieron dar al condestable nada menos que 120 millones de maravedís para sufragar la guerra con Aragón. Alfonso V no podía correr al mismo ritmo. Por otra parte, sus ojos seguían puestos en Italia. Finalmente se impuso la conveniencia de firmar la paz. En cuanto el rey de Portugal ofreció una mediación —las llamadas Treguas de Majano—, Alfonso la aceptó sin perder un minuto.

Con una perspectiva contemporánea y, por así decirlo, «autonomista», todos estos enjuagues pueden parecer guerras entre identidades políticas distintas y, por definición, enemigas. Sin embargo, conviene no olvidar que en este momento, en España como en toda Europa, las disputas políticas son sobre todo peleas de familia, rivalidades entre linajes que protegen cada cual su propio poder. En el caso de los reinos españoles, además, esas familias son solo una: los Trastámara, que reinan en Castilla, Aragón y Navarra. El rey de Aragón Alfonso V ha nacido en Medina del Campo; sus hermanos, los «infantes de Aragón» de la corte castellana, son castellanos, y uno de ellos, Juan, es rey de Navarra. En cuanto al rey de Castilla, es sobrino del rey de Aragón. Y la reina de Castilla, María, es hermana del rey de Aragón. Y la reina de Aragón, también María, es castellana, hermana del rey de Castilla. En realidad esta guerra fue, más que una guerra civil, una guerra doméstica.

Los Trastámara de Aragón se dejaron muchas plumas en aquel envite. Juan, rey de Navarra, perdía las importantísimas plazas de Peñafiel, Cuéllar, Medina del Campo y Olmedo, los núcleos comerciales castellanos que antaño cimentaron la fortuna de su padre, Fernando de Antequera. El infante Enrique, por su parte, perdía el maestrazgo de Santiago y todas sus posesiones, y se veía expulsado del reino. Por el contrario, Álvaro de Luna ganaba, y mucho. Para sí reclamó el maestrazgo de Santiago, lo cual terminó de convertirle en el hombre más poderoso de Castilla. Pero es que, además, utilizó las tierras y rentas ganadas a sus adversarios para construir su propio partido en la corte. A tres de sus aliados más fieles —Estúñiga, Fernández de Velasco y Ponce de León— los elevó al grado mayor de la nobleza, la grandeza. A Íñigo López de Mendoza, Pedro Manrique y los condes de Benavente y Trastámara les otorgó buena parte de los territorios capturados a los de Aragón. Y al rey le entregó en prenda de victoria Olmedo y Medina del Campo. Victoria completa.

Después de su triunfo sobre los infantes de Aragón, a don Álvaro de Luna se le presentaba un horizonte de lo más prometedor. No solo había consolidado su posición en el reino y apartado a sus mayores enemigos, es que, además, en todos los restantes capítulos de su política las cosas estaban saliendo a pedir de boca. En esos mismos

años, Castilla había logrado afirmar sus privilegios comerciales en Flandes, donde la colonia mercantil burgalesa y la flota comercial vasca y cántabra tenían vara alta. El dominio del golfo de Vizcaya significaba un auténtico río de dinero para el tesoro castellano. Al mismo tiempo, la paz con Portugal permitía trabajar con las espaldas cubiertas. En esas condiciones, el punto de mira de la política exterior castellana ya solo podía estar en un sitio: el reino moro de Granada, que en aquel momento hervía como una caldera desbocada. ¿Qué estaba pasando en Granada? Que las luchas internas por el poder habían llegado a su punto de ebullición y Álvaro de Luna pensó en dar un golpe que devolviera a Granada al vasallaje castellano.

El 11 de marzo de 1431, el rey Juan II abandonaba Palencia al frente de una nutrida hueste, rumbo al sur. En Medina del Campo se le unieron más tropas. Y aún serán más en Villa Real (hoy Ciudad Real). El ejército castellano con su rey al frente resultaba impresionante. Pero eso no era todo, porque Álvaro de Luna había organizado en Córdoba su propia hueste. Y por si faltaba algo, desde Écija habían llegado columnas de almogávares, soldados de frontera, bien adiestrados en la guerra con el moro. El enorme contingente marchó con un destino preciso: Íllora, en la frontera norte del reino de Granada. No era necesaria una invasión: bastaba con una victoria que obligara a los nazaríes a pagar vasallaje. Con ese propósito marcharon las huestes castellanas hacia el sur en la primavera de 1431. Todo iba adquiriendo colores de cita épica. Y por si faltaba algo, a finales del mes de abril un fuerte terremoto sacude la región de Granada. Se diría que la Providencia estaba hablando.

En ese momento las huestes castellanas reciben una sorpresa: un mensajero musulmán pide audiencia con el rey Juan. Las noticias que el mensajero trae de Granada son al mismo tiempo estremecedoras y prometedoras. El rey no duda: es el momento de atacar. Era mayo de 1431 y las lanzas castellanas volvían a brillar en la frontera nazarí. ¿Qué novedades traía el musulmán? ¿Quién era el misterioso mensajero?

Terremoto en la Higuera: Castilla controla Granada

Para comprender bien el episodio conviene recordar qué pasaba en Granada. El reino nazarí había progresado mucho en materia económica por su riqueza agraria, sus buenas manufacturas y su intenso comercio con el sur, pero, desde el punto de vista político, vivía en permanente caos interno y con los horizontes exteriores cerrados. Las peleas —a muerte— entre linajes rivales eran todavía más ásperas que en la España cristiana. Lo que estos linajes o clanes familiares se disputaban era bastante prosaico: las riquezas del reino. La literatura posterior ha recubierto todas estas cosas con motivos algo más sublimes —una dama, un lance de honor, etc.—, pero la verdad es la que es: en Granada se peleaba por el oro. Incluso las cuestiones religiosas, antes tan importantes en Al-Ándalus, habían pasado ahora a segundo plano.

¿Cuáles eran esos linajes que peleaban en Granada? Sobre todo tres. Por un lado estaban los Abencerrajes, los Banu Sarray: un clan originario del norte de África que apoyaba a Muhammed IX. Por otro estaban los Venegas o Benegas (Banu Egas), enemigos de los anteriores. En tercer lugar tenemos a los Zegríes, originarios de Fez y asentados en la región fronteriza de Ronda. Abencerrajes, Venegas y Zegríes no quieren conquistar el trono: este pertenece por derecho a la dinastía nazarí. Pero harán todo lo posible para colocar en él a sus propios candidatos de entre la numerosa familia real.

En el momento de nuestro relato, hacia 1431, Granada acumulaba más de diez años de profunda inestabilidad política. Vale la pena detallar una vez más todo lo que había pasado. En 1419 había sido elevado al trono el niño Muhammed VIII, alias «el rey chiquito», así llamado porque tenía solo ocho años. El rey Chiquito llegaba apoyado por los Venegas y los Zegríes. Dos años después los Abencerrajes promovían un golpe de Estado y coronaban en su lugar a otro nazarí, Muhammed IX, el Zurdo. Este fue a su vez depuesto en 1427 por Zegríes y Venegas, que volvieron a colocar en el trono al anterior. El retornado rey chiquito perdonó a los Abencerrajes, pero en mala hora lo hizo, porque, apenas dos años después, estos volvían a las andadas, derrocaban a Muhammed VIII y llamaban de nuevo a Muhammed IX. El Zurdo, hombre poco dado a las componendas, mandó capturar y asesinar al rey Chiquito. Esto ya era demasiado para Zegríes y Venegas, que no podían tolerar semejante cosa. Por si faltaba algo, el 24 de abril se produjo aquel enorme terremoto que extendió entre los musulmanes la convicción de un castigo divino. Y así Granada entró en abierta guerra civil.

Los nazaríes sabían que un poderoso ejército cristiano marchaba hacia el sur. El rey Juan II de Castilla, en efecto, había agrupado numerosas tropas en Ciudad Real (donde le sorprendió el famoso terremoto) y el condestable Álvaro de Luna movía sus columnas desde Córdoba. Don Álvaro atacó Íllora, ya en territorio granadino, entrado el mes de mayo. En junio el rey de Castilla está en Pinos Puente, donde toma la torre.

Este es el momento en el que Juan II recibe al mensajero musulmán que líneas arriba anunciábamos. Y traía un secreto que iba a precipitar las cosas.

¿Qué cuenta el mensajero? Que Muhammed IX ha asesinado a su predecesor, el rey Chiquito, y que las facciones granadinas han roto hostilidades. ¿Quién era el mensajero en cuestión? Nada menos que el hijo y heredero del rey Chiquito, Yusuf ibn al-Mawl, «Benalmao» en las crónicas cristianas. Y Benalmao hace una propuesta que los castellanos no pueden rechazar: si le ayudan a recuperar el trono nazarí, él se encargará de abrir la puerta del reino a las huestes cristianas.

El tal Yusuf Benalmao sabía lo que decía. Sus principales apoyos en Granada, los Venegas y los Zegríes, controlaban respectivamente la campiña de Granada y la frontera norte. Con esas vías abiertas, la fuerza castellana tardaría muy poco en plantarse a pocos kilómetros de la Alhambra. ¿Podía Juan II fiarse del moro? Sí. La alianza de los disidentes era poderosa. Yusuf era cuñado de Ridwan Venegas, el cabeza de ese importante linaje granadino. Y además de los lazos de sangre, ambos se veían unidos por un lazo aún mayor: la certidumbre de la muerte, porque Muhammed IX el Zurdo ya había sacado el alfanje, había matado al rey Chiquito y no tardaría en aplicar la misma pena a cualesquiera otros enemigos. Pocas cosas unen más que el miedo a una muerte segura. Lo que Yusuf ofrecía al rey de Castilla era, en realidad, una forma de salvar su propia vida. Y Juan II no podía decir que no: le estaban poniendo en bandeja el vasallaje nazarí.

Con los pasos del norte abiertos por la inhibición cómplice de los Zegríes, la hueste castellana bajó hasta el pie de la sierra Elvira. El rey Juan instaló su campamento en el pago de Marachuchit, entre Atarfe y Pinos. Pedro de Velasco, conde de Haro, llegó el 14 de junio con refuerzos. Dos días después aparecía el condestable Álvaro de Luna con su hueste. La tropa de Castilla descendió hacia la vega de Granada sin otro obstáculo que las pequeñas guarniciones de algunas torres, que quedaron reducidas a escombros bajo los proyectiles de las lombardas castellanas: la artillería ya era protagonista habitual del paisaje bélico. Los cristianos se desplegaron en torno a su objetivo. En el otro lado, el Zurdo movió ficha: viendo lo que se le venía encima, fingió avanzadillas de sus tropas con el propósito de atraer a los castellanos y tenderles una trampa. Los castellanos no mordieron el anzuelo. Entonces Muhammed IX cambió de táctica, hizo salir al grueso de sus tropas y cercó a la vanguardia castellana. Era el 1 de julio de 1431. El movimiento cogió por sorpresa a Juan II, que no había previsto lanzar aún su ofensiva. ¿Qué hacer?

El rey de Castilla optó por la prudencia: ordenó al condestable Álvaro de Luna que acudiera con su hueste a socorrer a los cercados para facilitar su retirada. Pero no debía Juan II de tenerlas todas consigo, porque al mismo tiempo mandó tocar zafarrancho y salió él mismo al palenque, armas en mano, por si era necesaria su intervención. Cuando Álvaro de Luna llegó a la línea del frente, constató que no

había vuelta atrás: el Zurdo había atacado con todo lo que tenía, el cerco se estrechaba, dos mil castellanos estaban a punto de caer en su tenaza y no era posible maniobrar sin presentar batalla. El de Luna dudó: ¿cabía aún la posibilidad de retirarse combatiendo, en un repliegue ordenado, hasta volver al campamento del rey? El comendador de la Orden de Calatrava le contradijo: una retirada podía ser un suicidio; por el contrario, si el grueso de la fuerza del rey acudía al socorro, era posible dar la batalla y ganarla. Y eso fue lo que se hizo.

Álvaro de Luna envió un mensajero al rey Juan. Este, que ya había preparado a sus caballeros, partió inmediatamente hacia la línea de combate. La caballería castellana arrolló a una primera línea de peones musulmanes. Después trabó choque con la caballería granadina. Los musulmanes, que a punto habían estado de cercar a la fuerza castellana, se veían ahora cercados a su vez. Se combatió con dureza en toda la extensión del frente. Los castellanos sabían que la victoria dependía de una sola cosa: romper la línea enemiga. Poco a poco, las huestes del Zurdo fueron quedando aisladas en pequeños grupos rodeados por las armas de Castilla. Los musulmanes, al constatar que estaban siendo copados, intentaron un repliegue general, pero ya era demasiado tarde: sin dirección ni comunicación, los grupos de combatientes moros se vieron acosados en su retirada por los castellanos.

El repliegue musulmán se convirtió en fuga, y la fuga en desbandada. Sin dar tregua, los castellanos persiguieron y aniquilaron a los guerreros del nazarí. Refiere la *Crónica* que cerca de doce mil soldados de Muhammed IX perecieron en el combate. Aunque esa cifra sea discutible, el hecho es que el grueso del ejército nazarí —en su mayoría, mercenarios bereberes— quedó desmantelado. Fue un desastre absoluto para el Zurdo. Cuenta la tradición que en el devastado campo solo quedó una higuera. Por eso a aquella batalla se la llamó «de la Higuera». Granada estaba vencida. Y entonces...

Y entonces la tierra volvió a temblar. Debió de ser un seísmo impresionante, porque en las crónicas de la época abundan las referencias. Por ejemplo, Fernán Pérez de Guzmán, cronista de Juan II, lo explicó así: «En este tiempo tremió mucho la tierra en el real e más en la ciudad de Granada, e mucho más en el Alhambra, donde derribó algunos pedazos de la cerca Della». El «real» era el campamento del rey y estaba al pie de sierra Elvira, a más de diez kilómetros de Granada. Eso da una idea de la magnitud del terremoto. Lienzos enteros de la muralla granadina cayeron deshechos en escombros. La población quedó aterrorizada.

Muhammed IX salió por piernas. Buscó refugio en Almería. En Granada llegaba la hora de Yusuf Benalmao, que fue reconocido por Castilla y reinaría como Yusuf IV. Un cargamento de oro granadino selló el pacto: Granada era ahora un reino vasallo de Castilla. Atrás quedaban las huellas del terremoto. Era ya el 10 de julio de 1431. Para los cristianos debió de ser un alivio saber que se podían marchar de allí.

Mientras en Granada se lamían sus heridas, la hueste castellana volvía triunfal a Córdoba, primero, y a Toledo después. Magnas fiestas celebraron la victoria, la más importante obtenida sobre los musulmanes en muchos años. Una bula especial del papa autorizó que, desde ese día, se festejara el 1 de julio con liturgias para conmemorar la batalla. La memoria de la Higuera permaneció largo tiempo: siglo y medio después, Felipe II ordenaba pintar un fresco sobre aquel episodio, obra del italiano Fabrizio Castello, que aún se conserva en el monasterio de El Escorial.

Con ojos de hoy, puede sorprender que los castellanos no explotaran el éxito intentando tomar la capital nazarí. Pero es que tal perspectiva jamás había estado en la mente ni del rey ni del condestable. El objetivo de la campaña no había sido culminar una guerra de conquista, sino lograr una victoria política que pusiera a Granada bajo vasallaje. Para eso se contaba con el apoyo de facciones de la propia Granada a las que, evidentemente, no se les iba a hacer la guerra después de haber pactado con ellas. Y por otro lado, una larga campaña militar en el reino de Granada, con su paisaje erizado de fortalezas en una orografía complicadísima, no era algo que estuviera al alcance de Castilla en este momento. Lo que Juan II de Castilla y Álvaro de Luna querían era controlar el reino nazarí. Lo consiguieron. El balance de la batalla, en esos términos políticos, fue una clara y ya definitiva victoria de Castilla. Definitiva porque, a partir de este momento, Granada iba a vivir en permanente vasallaje hacia el reino cristiano del norte, e incluso en las guerras posteriores siempre habrá alguna facción granadina aliada del bando castellano. Con razón en Toledo celebraron la victoria de La Higuera por todo lo alto.

A todo esto, el pobre Yusuf IV apenas duró un año en el trono, porque el Zurdo volvió a las andadas y dio otro golpe de Estado. Poco tardaron en resucitar las peleas entre linajes. Lo de Granada, efectivamente, ya no tenía arreglo. El reino nazarí estaba condenado a muerte. Y sería una muerte lenta. Muy lenta.

Y Alfonso de Aragón conquistó el trono de Nápoles

Hoy a casi todo el mundo se le ha olvidado, pero el reino de Nápoles ha formado parte de la corona española durante casi trescientos años como herencia de la Corona de Aragón. Los aragoneses tenían voz y voto en las cosas de Italia desde finales del siglo XIII, cuando Pedro III se casó con la heredera de Sicilia, Constanza de Hohenstaufen. Después, será Alfonso V el que incorpore Nápoles a su corona. Para Alfonso de Aragón, Nápoles se convertirá en una verdadera monomanía. Y el sueño italiano del rey Magnánimo iba a hacerse realidad.

Cuando hablamos de Nápoles estamos hablando en realidad de un heteróclito y riquísimo conjunto de ciudades y feudos que ocupaba todo el tercio sur de la Italia actual. Por azares de la geografía, aquel lugar se había convertido en ruta de paso de un intensísimo tráfico comercial y, por consiguiente, en objeto de la general codicia. El triángulo Cerdeña-Sicilia-Nápoles era posiblemente el ombligo del comercio en el Mediterráneo occidental. Francia, Génova, el papado y Aragón, además de los musulmanes norteafricanos, miraban el pastel con ojos glotones. Pero es que, al otro lado de la bota italiana, las líneas entre el territorio de Nápoles y las costas adriáticas dominaban el tráfico en el Mediterráneo oriental, con la consiguiente inquietud de venecianos y bizantinos. En buena medida, Nápoles era el ombligo del Mare Nostrum.

Ya hemos contado las circunstancias que llevaron a Alfonso V de Aragón a sucumbir a la tentación napolitana. Los vaivenes sucesorios de Nápoles habían conducido al trono a una mujer sin descendencia, Juana de Durazzo. Las poderosas familias del reino entraron rápidamente en conflicto, cada cual en nombre de su propio candidato a la corona. Los Anjou franceses tenían a su candidato, Luis; no en vano Nápoles había sido largo tiempo territorio angevino (*angevino* significa precisamente «de Anjou»). Pero Aragón también tenía algo que decir, porque desde mucho tiempo atrás las cosas italianas le concernían directamente. Tan inmerso estaba Aragón en el asunto, que incluso aquel Luis, el Anjou, era hijo de princesa aragonesa: Yolanda. ¿Más datos? Si usted se acuerda, algunos años atrás, cuando el rey de Aragón Martín I el Humano murió sin descendencia, hubo varios candidatos al trono: el conde Jaime de Urgel (que perdió), Fernando de Antequera (que ganó) y un tal Luis de Nápoles. Pues bien, este Luis de Anjou del que ahora hablamos era hijo de aquel otro Luis napolitano. Cuestiones de familia. El hecho es que Aragón tenía algo que decir, y lo dijo. El rey Alfonso vio en Italia una enorme promesa de aventura y gloria. Y cuando Juana de Nápoles, para proteger su propia corona, le adoptó como heredero, no lo dudó: Alfonso se zambulló en el asunto italiano.

El rey de Aragón intentó consolidar su posición italiana entre 1421 y 1423 trabajando directamente sobre el terreno. Avanzó mucho en el empeño, pero, como ya

hemos visto, tuvo que dejar pendiente la tarea porque en España estaban ardiendo los intereses familiares. Una pequeña guarnición aragonesa permaneció en Nápoles como testimonio elocuente —y amenazante— de que Alfonso volvería. Y volvió. Era 1432. Habían pasado nueve largos años desde que abandonara Nápoles la primera vez, pero en todo ese tiempo el sueño italiano no había dejado nunca de perseguirle. En cuanto el enojoso asunto castellano quedó zanjado, el rey de Aragón reanudó sus peticiones de dinero a las Cortes. Dijo Alfonso que era para lanzar una expedición contra los musulmanes, pero seguramente nadie creyó el subterfugio. El hecho es que las Cortes apoquinaron 80.000 florines. Suficiente para armar una flota y empezar la campaña. Sus hermanos —Juan, Enrique y Pedro— le acompañarían. Y Alfonso zarpó.

No puede decirse que Alfonso entrara en Italia con mal pie. Algo que el rey de Aragón había aprendido en su anterior experiencia napolitana era que allí, en aquel complejísimo país, no bastaba con tener un buen ejército y ganar un par de batallas, sino que además había que hacer mucha política —entendida al itálico modo—. Génova, Venecia, Florencia, Milán y el papa Eugenio IV, aunque siempre estaban a la gresca, esta vez se pusieron de acuerdo. ¿En qué? En frenar al aragonés. Casi dos años estuvo Alfonso V negociando, intrigando, maniobrando, bien respaldado por su aliado Gianni Caracciolo. Objetivo: anular las opciones de su rival, Luis de Anjou. El cual se anuló por su propia cuenta cuando falleció, de muerte natural (no sobra precisarlo), en 1434. La malaria se llevó a Luis, y Alfonso veía el camino expedito. Más todavía cuando al año siguiente era la propia reina Juana la que moría —también por causas naturales— y el rey de Aragón quedaba solo en el campo.

¿Solo? En Italia, imposible. El partido angevino se movió con rapidez: Luis había muerto, pero había otro Anjou, Renato, que heredaba los derechos del difunto. Alfonso vio cómo de la noche a la mañana se construía un enorme partido contra él: allí estaban una vez más el papa Eugenio, los poderosos Sforza, los genoveses, el duque de Milán Filippo Visconti... El rey de Aragón no era hombre que se amedrentara por estas cosas: junto a sí tenía a su hermano Juan, que ya era rey de Navarra, y a su otro hermano Enrique, que al fin y al cabo seguía siendo, nominalmente, gran maestro de la Orden de Santiago en Castilla. Tanto Juan como Enrique no paraban de insistir en que era mejor volver a España, pero Alfonso no quería ni oír hablar de eso. Muchos nobles de la Corona de Aragón habían viajado con él a Italia. Ahora había llegado el momento de tomar las armas. De manera que Alfonso preparó su ejército y se dispuso a conquistar el trono a fuerza de espada. No fue una mala campaña, después de todo. Los aragoneses marcharon sobre Nápoles, tomaron la ciudad de Capua y se dirigieron luego hacia la importante plaza costera de Gaeta, que había que asediar por mar. Y allí sobrevino el desastre.

Fue el 4 de agosto de 1435. Ocurrió algo que Alfonso no había previsto: una flota acudió desde Génova en socorro de la sitiada Gaeta. Los de Aragón no estaban

preparados para eso. En la isla de Ponza se trabó un fuerte combate naval. Los nuestros perdieron. Los genoveses apresaron a los jefes de Aragón. Y con estupor descubrieron que entre los presos había dos reyes: Alfonso y su hermano Juan, el rey de Navarra, además de los infantes Enrique y Pedro. Una auténtica catástrofe. Los ilustres prisioneros fueron conducidos ante el señor de Milán, Filippo Visconti. El sueño napolitano se desvanecía. Pero...

Pero Italia es Italia, y allí nunca nada ha sido predecible. Visconti estaba contentísimo con semejante botín, pero el duque de Milán tenía sus propios planes. Para empezar, hacía tiempo que el duque había abandonado las ambiciones políticas para sumergirse en las cosas del espíritu, de manera que ni se le pasó por la cabeza matar a nuestros amigos ni nada parecido. De hecho, todas las crónicas coinciden en que el cautiverio milanés de los aragoneses fue principesco. De entrada, Visconti soltó al rey de Navarra, Juan, para que marchara a España en calidad de mensajero y consiguiera un rescate digno de tan excelentísimos presos. Y Juan, en efecto, volvió a España y obtuvo de las Cortes de Aragón 220.000 florines, de los que 50.000 serían para rescatar a Alfonso. Pero este, mientras tanto, no se estuvo quieto. Y pronto el duque Visconti y el rey de Aragón descubrieron que tenían muchas cosas en común.

Visconti llevaba años peleando contra florentinos, venecianos, saboyanos y contra el propio papa. El duque de Milán no podía ver a Alfonso como a un enemigo al que había que liquidar, sino como a un actor decisivo en el tablero italiano que, ¿por qué no?, podía convertirse en un valiosísimo aliado. Y a su vez, nada interesaba más al propio Alfonso, que en el milanés podía encontrar lo que le faltaba: un socio en suelo italiano. El hecho es que Visconti cobró el dinero aragonés, Alfonso salió de su encierro y a las pocas semanas ya estaba el rey de Aragón lanzado de nuevo a la aventura. Y esta vez con mejor fortuna.

Alfonso V asedió Capua y la reconquistó. Asedió Gaeta y la reconquistó. Puso sitio a Nápoles y dejó allí a su hermano Pedro (que, por cierto, moriría en el episodio). Mientras las banderas de Aragón sitiaban la ciudad de Nápoles, Alfonso conquistaba la región de Calabria pueblo a pueblo. Esta vez no hubo coalición de italianos contra el aragonés. ¿Por qué? Porque Milán había buscado la alianza de Alfonso contra sus vecinos, el propio Visconti había entrado en querellas con su yerno Sforza, este andaban en pleitos con prácticamente todo el mundo, y el papa Eugenio IV, por su parte, temía quedarse encerrado entre un enemigo al norte — Milán— y otro —Alfonso— al sur. En Milán, Visconti agonizaba y su yerno Sforza se precipitaba sobre la pieza: el poder. El papa, temiéndose lo peor, pactó con Alfonso: le reconocería como rey de Nápoles si él le ayudaba contra el *condottiero* Sforza. Eso terminó de abrir las puertas a nuestro hombre. El 23 de febrero de 1443, más de veinte años después de iniciada su aventura, Alfonso V de Aragón entraba triunfalmente en Nápoles. Como rey.

Alfonso ya nunca volvió a España. Más de una vez le llamaron —por ejemplo, cuando los franceses lanzaron incursiones contra tierras de Aragón— pero el rey no hizo caso. Más aún: contestó que todo era una maniobra de los Anjou para desestabilizar su posición en Nápoles. Así de obsesionado estaba por aquel suelo. Entre 1441 y 1442 las Cortes de Alcañiz volvieron a pedir el retorno del rey, pero Alfonso se limitó a pedir dinero a cambio: 55.000 libras que, por supuesto, gastó en su empresa napolitana. La cuestión del regreso de Alfonso V terminó convirtiéndose en punto permanente del orden del día en todas las reuniones de las Cortes aragonesas. Y Alfonso, ni caso. Una de las últimas decisiones de las Cortes en este sentido fue arbitrar un subsidio de 60.000 libras para que Alfonso volviera, pero con la condición de que se le pagaría el dinero a su retorno, no por adelantado. Alfonso no regresó.

Dicen que en el obsesivo amor de Alfonso por Nápoles había un nombre de mujer: Lucrecia de Alagno, la joven y hermosa hija del señor de Torre Annunziata. Lucrecia actuó como una auténtica reina en la corte napolitana de Alfonso, instalada en la fortaleza de Castel Nuovo, que el mallorquín Guillermo Sagrera había convertido en suntuoso palacio. En la corte de Castel Nuovo, bajo la mirada de Lucrecia, los humanistas Valla, Pontano y Beccadelli animaban las veladas del rey, amante de los clásicos y de la poesía. La *dolce vita*. Aunque esta nueva vida italiana de Alfonso no iba a dejar de procurarle algunos sinsabores. Y serán especialmente agrios en tierras de Aragón.

Contra los «malos usos»: la decadencia del orden feudal

En la primera mitad del siglo xv el feudalismo empezó a dar sus últimas boqueadas. Aquel régimen que había caracterizado a toda la Europa medieval desaparecía en medio de un mar de conflictos. Un capítulo fundamental fue la prohibición de los «malos usos», las prácticas abusivas impuestas por los señores feudales sobre los siervos. En esto los reinos españoles serán pioneros, y especialmente Alfonso V de Aragón. ¿En qué consistían esos malos usos? ¿Cómo vivía un siervo feudal?

De entrada hay que decir que, en líneas generales, el régimen feudal había sido bastante más suave en los reinos españoles que en el resto de Europa. ¿Por qué? Por las propias circunstancias de la Reconquista. En el largo proceso de repoblación de tierras cada vez más al sur, sobre las áreas tenazmente ganadas a los musulmanes, el protagonismo no fue tanto para el poder político como para la iniciativa personal de los repobladores, ya fueran grupos de campesinos que aseguraban su propia defensa o comunidades religiosas que tomaban en sus manos el control físico del espacio. Quien repoblaba las tierras ganadas al moro afrontaba riesgos mayúsculos y, en consecuencia, el poder le reconocía unos derechos personales y comunitarios muy amplios, inusuales en la Europa medieval. Todos los ordenamientos forales de la época —Jaca, Castrojeriz, Sepúlveda, etc.— dan fe de ello. Esto fue así en todos nuestros reinos, pero de modo singular en Castilla, donde la extensión de la frontera y su inestabilidad militar favorecieron el surgimiento de libertades muy notables.

El clima cambió a partir del siglo XIII, a medida que el peligro militar desaparecía y se consolidaba el poder de los señores de la tierra. Para asentar su posición, los señores habían ido haciéndose con el control de resortes esenciales de la vida económica: pastos, pasos de ganado, montes, hornos, molinos, incluso las puertas de las ciudades, cobrando tasas por su uso. Es en este momento cuando el régimen de los campesinos españoles empieza a asemejarse al del resto de Europa, particularmente en Aragón, corona mucho más feudalizada que Castilla. Pero, en todo caso, escritos quedaban los fueros y, con ellos, una serie de derechos que nunca van a desaparecer del horizonte. Por eso el endurecimiento del feudalismo traerá consigo una permanente resistencia, sobre todo en las villas, cuyas libertades con frecuencia chocarán con las ambiciones señoriales. Una y otra vez las Cortes del reino serán testigo de la denuncia de los «malos usos» de los señores, es decir, de los abusos de estos sobre el pueblo llano. Abusos que contravenían las libertades asentadas por la tradición.

¿En qué consistían estos malos usos? En prácticas de hecho que otorgaban al señor una posición de arbitrario poder sobre el siervo. Por ejemplo, en Castilla era tradición que la gente pudiera circular libremente por el reino, incluso cambiando de señor a voluntad, pero el feudalismo introdujo la práctica de la «adscripción», que

consistía en que el campesino quedaba vinculado a una tierra sin posibilidad de marchar a otra. Del mismo modo, en Castilla era habitual que los campesinos pudieran proveerse de leña en el bosque comunal, fabricaran su propia harina en el molino que libremente eligieran y cocieran el pan en su propio horno, pero los señores fueron imponiendo poco a poco que todo eso tuviera que hacerse en los molinos y hornos del propio dueño y, por supuesto, pagando una gabela. A esto se le llamaba «banalidades». Otro mal uso era la «mañería», que daba al señor derecho a quedarse con parte de los bienes de un siervo fallecido sin descendencia. Más ejemplos: la «tercería», que permitía obligar a un siervo a administrar los bienes señoriales e implicaba que, en caso de pérdidas, el administrador tuviera que responder con su propio patrimonio personal. Uno de los malos usos más llamativos era el llamado «privilegio de corral», que permitía al señor quedarse con los animales domésticos y el ganado de sus siervos cada vez que le apeteciera.

Estas prácticas chocaban con las viejas libertades castellanas. Pero la situación era aún peor en Aragón, donde el mayor peso del poder feudal había asentado malos usos difícilmente soportables. El más gravoso era la «remensa», que impedía al campesino abandonar su parcela de trabajo (el «manso») salvo que pagara al señor una fuerte indemnización. Pero había más usos malos: si el campesino moría sin descendencia en el manso, el señor se quedaba con parte de sus bienes, y a eso se le llamaba «exorquia», y si moría sin haber dictado testamento, aun con descendencia, el señor podía quedarse con un tercio de sus bienes, y a eso se le llamaba «intestia». Si la mujer del campesino era adúltera, el señor podía quedarse con todos los bienes del campesino: era la «cugucia». Si el campesino quería casar a una hija y librar la consiguiente dote, era preceptivo pagar otra cantidad al señor, la «firma de spoli». Y si el manso se incendiaba, también había que pagar al señor una indemnización llamada «arsina».

El sistema abría la puerta a todo género de abusos: por ejemplo, un señor podía incendiar un manso y pedir después la preceptiva arsina al campesino; nadie iba a pedirle cuentas, pues la justicia, en la práctica, la administraba el propio señor, y para la víctima era sumamente difícil acudir al rey. Para completar el paisaje, hay que añadir un dato relevante: si estos malos usos fueron imponiéndose de manera generalizada, ello se debió a que interesaban no solo a los grandes señores, sino también a los pequeños propietarios de la tierra. Porque los «malos usos» tenían por objeto multiplicar la producción de la tierra. Y funcionaban.

Pero en el caso de Aragón había un elemento agravante: la persistente tendencia de los grandes señores a ir adquiriendo las posesiones de las villas y aldeas e incluso del patrimonio real. Con una corona envuelta en asfixiantes problemas económicos desde los tiempos de Juan I, y sacudida después por una despiadada sucesión de plagas y guerras, el tesoro regio había quedado rápidamente deteriorado. De esta

manera, el patrimonio que la corona acumuló para consolidar su poder frente al de los nobles se convirtió en objeto de venta. Los señores empezaron a comprar villas de realengo, esto es, patrimonio del rey. Y del mismo modo se las arreglaron para adquirir derechos sobre villas y aldeas que hasta ese momento eran libres. En una atmósfera de fuerte crisis económica, esas aldeas y villas se vieron con graves problemas para sobrevivir. Su única posibilidad era venderse a algún señor. Y los campesinos de estos lugares quedaron en una dura situación de servidumbre. Como dice el maestro Luis Suárez, el jornalero andaluz era un hombre libre que todas las mañanas tenía que ir a la plaza del pueblo a buscar trabajo, pero el remensa catalán era prácticamente un siervo. Así la Corona de Aragón terminó siendo, a principios del siglo xv, el reino más feudalizado de España, a pesar de las frecuentes protestas en las Cortes contra el abusivo poder señorial.

Es muy importante subrayar que todas estas prácticas eran precisamente eso: prácticas, usos, y que no conformaban un derecho. Por ejemplo, por extendido que estuviese el hábito de cobrar una fuerte redención en dinero al campesino que quisiera abandonar el feudo, no por ello tal cosa se convertía en derecho. La ley y el derecho decían otra cosa, y la corona y las Cortes tenían la obligación de recordarlo. La pregunta era quién podía ponerle el cascabel al gato. Y la respuesta era solo una: la propia corona. Que contaba, eso sí, con el respaldo expreso de la Iglesia — permanente valedora del derecho en estos tiempos— y del patriciado urbano, siempre enfrentado a las ambiciones de los señores. Nada, por otra parte, podía interesar más al rey que frenar al poder señorial. Y esta tensión va a ser una constante en la política de los reinos cristianos españoles durante toda la primera mitad del siglo xv.

Uno de los hitos fundamentales en este camino son las Leyes Capitulares de 1440, en Castilla. Las dictó el infante Enrique de Aragón en tanto que maestro de la Orden de Santiago en el Capítulo General de Uclés. Las normas allí sentadas solo tenían efecto en el ámbito de la propia orden —es decir, en los territorios administrados por los freires de Santiago—, pero no fueron poca cosa. Prácticas como la tercería quedaron abolidas, y se obligó a aportar una indemnización económica al señor que incurriera en «privilegio de corral». Ahora bien, si alguien cambió decisivamente el paisaje, ese fue Alfonso V de Aragón.

Lo que hizo Alfonso V —justamente llamado el Magnánimo— fue permitir a los payeses de remensa, es decir, a los campesinos atados al manso, al feudo, agruparse en una suerte de gremio para negociar directamente la supresión de los malos usos. Esto fue una auténtica revolución, porque convertía a los payeses en agentes de derecho en teórico pie de igualdad con sus señores. Los señores, naturalmente, protestaron, y así aquella medida dictada en 1448 fracasó. Pero solo temporalmente, porque el rey de Aragón volverá a la carga en 1455 con una «sentencia interlocutoria» que expresamente prohibía los malos usos y derogaba la servidumbre.

Los conflictos que de ahí se siguieron terminarían conduciendo a una guerra —la «guerra remensa»— poco después. Enseguida lo veremos.

Una última nota: tal vez el lector haya echado de menos en esta crónica de los malos usos feudales alguna alusión al célebre «derecho de pernada», a saber, la potestad que supuestamente asistía al señor para gozar de las doncellas de su feudo antes de ser casadas. Bien: es que tal derecho no existió jamás. Nunca hubo nada semejante a un derecho de pernada entre los atributos, de derecho o de hecho, de los señores feudales en Europa. No hay ninguna fuente histórica que avale su existencia. Tanto la eminente Regine Pernoud como, posteriormente, Alain Boureau han demostrado la falsedad de ese mito. Boureau publicó hace años una obra que zanjó definitivamente cualquier polémica al respecto: *Le droit de cuissage, la fabrication d'un mythe* (Albin Michel, Paris, 1995).

«Al principio de la era feudal —explica Boureau—, el campesino tenía prohibido contraer matrimonio fuera del feudo porque ello causaba un evidente daño demográfico en áreas cuyo mayor problema era la falta de población». Y continúa el investigador:

Pero la Iglesia no cesó de protestar contra esa violación de los derechos familiares que, en efecto, desde el siglo x en adelante fue atenuándose. Se estableció en sustitución del mismo la costumbre de reclamar una indemnización monetaria al siervo que abandonase el feudo para contraer matrimonio en otro. Así nació el *jus primae noctis* del que se han dicho tantas tonterías: solo se trataba del derecho a autorizar el matrimonio de los campesinos fuera del feudo. Dado que en la Edad Media todo se traducía en una ceremonia, este derecho dio lugar a gestos simbólicos, por ejemplo poner una mano o una pierna en el lecho conyugal, utilizando unos términos jurídicos específicos que han provocado maliciosas o vengativas interpretaciones, completamente erróneas.

Un buen ejemplo es el ritual derogado en la sentencia arbitral de Guadalupe en 1486. Y todo lo demás es literatura.

Un dato interesante: el único historiador académico actual que se atreve a sostener la existencia del derecho de pernada es un español, el gallego Santiago Barros. Nadie más avala tal cosa. Hoy se sabe con total certeza que el tal «derecho» fue una especie de mito fabricado a partir del siglo xvii y que se convirtió en tópico ideológico a finales del xviii como instrumento de propaganda de la burguesía revolucionaria contra el Antiguo Régimen, con el propósito de mostrar el mundo antiguo como un infierno de horror y vergüenza. Pero la Edad Media nunca fue semejante infierno. Las leyendas negras suelen ser tan falsas como las leyendas rosas.

Quedémonos con lo sustancial: el hecho es que, a mediados del siglo xv, el

feudalismo estaba visto para sentencia. Los malos usos empezaron a ser perseguidos por la corona. No será fácil, pero España caminaba hacia una definitiva transformación. Y ahora, volvamos a Castilla, donde estaban pasando cosas de la mayor importancia.

El horrible final de don Álvaro de Luna

Figura discutida donde las haya: don Álvaro de Luna, condestable de Castilla. ¿Noble de baja cuna devorado por la ambición o visionario que aspiraba a construir un Estado fuerte? En estas páginas hemos visto a don Álvaro pasar de la nada a la cumbre, volver de la cumbre a la nada y retornar después llamado por los mismos que precipitaron su ruina. Ahora el poderoso condestable afrontaba la última etapa de su vida en una atmósfera todavía más agitada. Y con un final singularmente atroz.

Recordemos el contexto: la Castilla de Juan II está desgarrada. Por un lado tenemos a los grandes nobles que intentan mantener la corona bajo su control. Por otro está el partido de quienes aspiran a reforzar el poder central de la corona, en la certidumbre de que eso les beneficiará frente a las ambiciones de los primeros. El bando de los grandes nobles ha cuajado en torno a los infantes de Aragón, primos del rey, con especial protagonismo del infante Enrique. El otro partido ha encontrado en el condestable don Álvaro de Luna un líder capaz e implacable. Con Enrique están no solo un buen número de grandes linajes castellanos, sino también los hermanos del infante, que son Alfonso, rey de Aragón, y Juan, rey de Navarra. Con don Álvaro están otros linajes castellanos y numerosas ciudades, pero sobre todo está el propio rey Juan de Castilla.

La última vez que pasó por estas páginas, don Álvaro volvía a casa cubierto de gloria tras la victoria de la Higuera en 1431 sobre los musulmanes de Granada. Aquella gloria fue el preludio de unos años de oro: encumbrado a lo más alto del reino, don Álvaro adquiere numerosas posesiones en Madrid y Toledo, coloca a un hermanastro suyo como arzobispo de Toledo (puesto de enorme influencia) y, más aún, recibe la gozosa noticia de que los infantes de Aragón han caído presos en Italia. Nada obstaculiza ya su camino. Pero don Álvaro comete un error: un exceso de jactancia, de arrogancia, que hace demasiado visible su poder. Jactancia que no solo irrita a sus enemigos tradicionales, sino también a las nuevas figuras que van cobrando fuerza en la corte castellana. ¿Por ejemplo? Por ejemplo, Juan Pacheco, ayo del infante Enrique, el heredero. Curiosas vueltas del destino. El propio Álvaro de Luna empezó también su carrera como ayo del entonces heredero, el ahora rey Juan. Y había sido precisamente Álvaro quien había colocado al joven Pacheco al lado del pequeño Enrique. ¿Se repetía la historia?

De todas maneras, donde más serias pintaban las amenazas para el De Luna no era en la corte, sino en sus alrededores. En 1437 Álvaro había hecho detener al adelantado mayor del reino, don Pedro Manrique de Lara y Mendoza, síntesis destilada de la más rancia nobleza castellana. El adelantado quedó confinado en su castillo de Fuentidueña. Inmediatamente la villa del cuitado Pedro, Medina de Rioseco, se convirtió en un nido de conspiradores contra el arrogante condestable. Y naturalmente, los conspiradores no tardan en acercarse a los infantes de Aragón.

¿Quiénes son esos conspiradores? Pedro de Zúñiga, conde de Plasencia; Pedro Fernández de Velasco, conde de Haro, y el hijo de este, Pedro Velasco. Mucho Pedro, circunstancia que la tradición popular recogió en una coplilla malévol: «Cuando los tres Pedros van a una, mal para don Álvaro de Luna». Los tres Pedros, en efecto, fueron a una y se reunieron en Curiel de Duero. Era septiembre de 1439. Quien movía los hilos era Pedro Manrique. Y quienes apoyaban la jugada eran, por supuesto, los infantes de Aragón.

Fue un golpe de Estado en toda regla. Los conjurados se sublevaron en sus respectivos territorios. Eran muchos; demasiados para que el rey Juan pudiera oponer argumento alguno. Los Pedros y sus fieles, conscientes de que tenían la sartén por el mango, impusieron sus condiciones: desarmarían a sus huestes y abrirían sus villas al rey, pero a cambio el condestable debía ser desterrado por seis meses, se le prohibiría comunicación alguna con el rey y, además, los infantes de Aragón debían recuperar sus posesiones castellanas. Era octubre de 1439. El rey tuvo que aceptar. Al menos, momentáneamente.

La victoria de los Pedros fue solo momentánea porque Álvaro de Luna aceptó su temporal destierro, sí, pero no por eso dejó de mover sus propios hilos. Cuando los conjurados comenzaron a remover la corte del rey, eliminando a las gentes del condestable, este hizo ver a Juan II que en realidad era el propio rey quien perdía poder. El rey hizo caso al De Luna, como siempre. Los Pedros, enterados del asunto, reaccionaron atacando las posesiones de don Álvaro. Grave error, porque este, que había perdido peso en la corte, sin embargo conservaba intacta su propia potencia militar. Antes de terminar 1440 Castilla ya está otra vez en guerra civil. El de Luna consigue incluso acorralar al infante Enrique de Aragón, que tiene que pedir socorro a su hermano, Juan, ya rey de Navarra. El rey Juan II de Castilla, por su parte, ataca y toma la villa de Olmedo. Pero sus enemigos se enteran pronto de que el rey apenas cuenta con fuerzas, de manera que acuden al lugar y el rey queda sitiado. ¿Quién le librará del apuro? Una vez más, don Álvaro de Luna, que logra meter a un millar de hombres en la fortaleza —sin duda con ayuda desde dentro—, rescata al rey y lo lleva consigo.

Juan II ha salido del aprieto, pero Castilla queda manga por hombro. Los rebeldes plantean al rey sus reclamaciones, y la primera es el destierro definitivo de don Álvaro. Por otro lado, Juan de Aragón, rey de Navarra, ya no oculta que aspira a quedarse con la corona castellana. ¿Cómo? Regentándola mientras dure la minoría de edad del heredero, el pequeño Enrique, hijo de Juan de Castilla. Y el heredero o, mejor dicho, su ayo, Juan Pacheco, no hace ascos a la propuesta. El rey castellano es consciente de que se está jugando la vida y de que don Álvaro, su principal paladín, puede ser también un lastre. En una nueva jugada, los rebeldes se hacen con el control del Consejo Real, lo cual equivale a tener en sus manos el gobierno del reino.

De tal modo que en la práctica hay en Castilla dos reyes: por un lado Juan II, apoyado en don Álvaro, y por otro los nobles del Consejo, alineados en torno a Juan de Navarra.

¿Qué hace entonces el de Luna? Intrigar: uno a uno, se irá dirigiendo a todos los nobles susceptibles de cambiar de bando haciéndoles ver que el rey de Navarra aspira a destruir Castilla. La intriga surte efecto: numerosos grandes del reino toman distancias respecto al de Navarra. Entonces este, viendo conspiraciones por todas partes —y en efecto, las había—, opta por una jugada arriesgadísima: secuestrar al propio rey de Castilla. Fue el llamado golpe de Estado de Rámaga, el 9 de julio de 1443. Un paso evidentemente torpe, porque era justo lo que el condestable Álvaro de Luna necesitaba para inclinar la balanza a su favor. En efecto, ¿no había estado el de Luna diciendo a los nobles castellanos que la ambición de Juan de Navarra no era sino suplantar al rey de Castilla y violar así la dignidad del reino? Pues esta era la prueba suprema. Así todos los magnates que hasta aquel momento habían dudado sobre qué bando elegir, resolvieron pasar al lado del condestable: el conde de Haro, el de Benavente, el de Alba, el duque del Infantado y, lo más importante, el propio heredero Enrique y el influyente ayo Juan Pacheco. Entre todos lograron liberar al rey Juan aprovechando una cacería. Álvaro de Luna había dado la vuelta al paisaje.

Hubo guerra, como no podía ser de otro modo. Los ejércitos de Aragón y de Navarra se apresuraron a lanzarse contra Castilla. Las dos fuerzas chocaron en Olmedo. Fue el 19 de mayo de 1445. Ganó el bando de Álvaro de Luna. El infante Enrique de Aragón veía llegada su última hora: no solo porque ya no le quedaban apoyos políticos, sino, aún peor, porque una mano herida en la refriega se le gangrenó y terminó llevándole a la muerte pocas semanas después. Las últimas posiciones de los infantes de Aragón en Castilla terminaron rindiéndose en los meses sucesivos, no sin resistencias encarnizadas como las de Atienza y Torija. Pero la victoria ya estaba en las alforjas del condestable.

Álvaro de Luna tenía razones para confiarse: había vencido a los enemigos más potentes que pudiera imaginar y había puesto de su parte a los nobles más influyentes del reino. Pero la confianza rara vez es buena consejera. Crecido, el condestable empieza a tomar decisiones discutibles; en particular, un aumento de impuestos que provoca sublevaciones en ciudades como Toledo. Por otra parte, el de Luna está dispuesto a frenar en seco cualquier disidencia y no duda en tomar medidas expeditivas contra quien le tosa, como le ocurrió al conde de Plasencia, que tuvo que huir a Béjar. La atmósfera tardó muy poco en enrarecerse. Quizás el de Luna no se inquietara demasiado: otras veces había capeado peores temporales. Pero esta vez los relámpagos vendrían de otro lugar. Y los había desencadenado el propio condestable.

En efecto, el primer foco de conspiración contra don Álvaro fue el lecho regio. Juan de Castilla, viudo, se acababa de casar a propuesta del propio condestable con la

joven Isabel de Portugal. Y esta Isabel, constatando el excesivo peso de don Álvaro en la corte, no tardó en intrigar contra él, para lo cual encontró una nutrida colaboración. Al mismo tiempo, el príncipe heredero, Enrique, comenzaba a alimentar una profunda animadversión contra el condestable; animadversión a la que no era ajeno el ambicioso ayo del príncipe, Juan Pacheco, colocado en tal posición precisamente por influencia del de Luna. Todo eso, más la natural proclividad de los nobles a conspirar contra cualquiera que acumulara demasiado poder en la corte, terminó conduciendo a don Álvaro a la ruina.

El episodio clave fue un asesinato: el del contador mayor del rey, Alonso de Vivero. El de Luna sabía que los Zúñiga, espoleados por la reina Isabel, trabajaban en su contra. Expeditivo, el condestable se propuso detener a Pedro de Zúñiga, conde de Plasencia. El conde pudo huir in extremis gracias a un oportuno aviso. ¿Quién se lo dio? El contador Alonso de Vivero. Y Álvaro de Luna, ciego de ira, se vengó mandando una escuadra de sicarios para asesinar al contador, que fue arrojado por una ventana. Aquello significó el final del condestable: tanto la reina como los nobles presionaron al rey para que ordenara la detención de don Álvaro. El poderoso condestable fue detenido el 4 de abril de 1453. El propio rey firmó la condena a muerte.

La crónica nos ha dejado una descripción muy viva de la ejecución del condestable. Don Álvaro oyó misa y comulgó con devoción. Después se desayunó con un plato de guindas y un vaso de vino. Llegada la hora, subió al cadalso. Pidió no ser atado de manos con la habitual cuerda de los reos, sino con una lujosa cinta que llevaba consigo. Asimismo, requirió del verdugo que comprobara el filo del arma mortal, para que durara poco el trance. Sobre el cadalso vio el garfio del que habitualmente se colgaba la cabeza del ejecutado. Dijo: «Hagan del cuerpo y la cabeza lo que quieran». Y acto seguido, el verdugo le decapitó.

La muerte de Álvaro de Luna cerraba una etapa decisiva en la historia de Castilla: el primer intento —fracasado— de crear un Estado sobre el viejo reino medieval. Un año después moría a su vez el rey Juan II. Lo que quedaba en la mesa era un reino descompuesto por intrigas y ambiciones sin cuento. Las profundas turbulencias que enseguida iba a conocer Castilla proceden de ahí. Pero, como suele ocurrir en la historia, aquel caos sería necesario para que pudiera surgir una gran figura ordenadora como la de Isabel la Católica. Lo veremos en su momento.

Un español del Renacimiento: el marqués de Santillana

Con la muerte de Álvaro de Luna se retiraba de la escena política Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana. Un personaje del que apenas si hemos hablado hasta ahora, pero que merece capítulo específico. Era castellano, pero empezó su carrera en el séquito del rey de Aragón. Se formó como poeta en la corte aragonesa, pero bebió literalmente de la poesía italiana. Era un magnate feudal que atendía sobre todo a sus propios intereses, pero no por ello dejó de contribuir a la construcción de la Castilla moderna. Político y esteta, guerrero y mecenas, don Íñigo López de Mendoza personifica el amanecer del Renacimiento en España. Pasó a la historia con el nombre de su título: Marqués de Santillana. Y vale la pena contar someramente su vida, porque pocos personajes hay en nuestro siglo xv tan decisivos como don Íñigo, tanto por sí mismo como por sus descendientes.

Situémonos: retrocedamos al año 1398, en la linajuda localidad palentina de Carrión de los Condes. Allí nace un 19 de agosto el pequeño Íñigo, hijo del almirante de Castilla don Diego Hurtado de Mendoza y de la dama Leonor Lasso de la Vega, una de las mujeres más ricas del reino. Para Leonor, aquel de don Diego era su segundo matrimonio: su primer marido, Juan Téllez de Castilla, de sangre real, pero ilegítima, había muerto en la batalla de Aljubarrota algunos años atrás. Su nuevo enlace con un Hurtado de Mendoza devolvía a la dama al primer plano de la escena. Para Diego era también su segundo matrimonio, pues era viudo de una hija ilegítima del rey Enrique II, María. Por cierto que Diego había sido alférez de los castellanos en aquella batalla que a Juan le costó la vida. Vidas paralelas —en varias direcciones.

Las dos familias que así se unen, los Mendoza y los Lasso de la Vega, conforman uno de los patrimonios más notables del reino de Castilla. Los Mendoza poseían amplias propiedades en Guadalajara y Madrid, entre otros lugares; los Lasso de la Vega controlaban Carrión y, sobre todo, las apetitosas Asturias de Santillana, que abarcaban aproximadamente el este de la actual Asturias y el oeste de la actual Cantabria, y por las que venían peleando desde siglos atrás contra otro linaje de abolengo, los Manrique de Lara.

Todo ese patrimonio no va a ser en principio para Íñigo: él solo es el tercero en la línea de sucesión. Pero he aquí que el primogénito, García, muere en 1404, y el propio Diego, el padre, fallece poco después, de manera que nuestro hombre, que en aquel momento cuenta con poco más de seis años, se convierte en heredero de un inmenso patrimonio. Lo primero que se propone la madre, Leonor, es apartarle de hostilidades y asechanzas para preservar su herencia: Íñigo es enviado a casa de su abuela, Mencía de Cisneros —nada que ver con el futuro cardenal—, y después al lado de su tío Gutierre, un importante eclesiástico que pronto será arzobispo de Toledo. Cuando nuestro hombre cumple catorce años, la madre le arregla un buen

matrimonio: Catalina Suárez de Figueroa, hija de un maestro de la Orden de Santiago que había ganado vastísimas tierras en Extremadura. Si el patrimonio del pequeño Íñigo ya era considerable, ahora es sencillamente impresionante.

Para completar su formación de gran caballero de la corte, Íñigo abandonó Castilla. El poderoso Fernando de Antequera había ganado la Corona de Aragón e Íñigo y su joven esposa marcharon con él. La vida que esperaba a nuestro protagonista era verdaderamente sugestiva: el esplendor cortesano de una corona rica en cultura y abierta a las novedades que llegaban de Italia. Nuestro hombre se descubre a sí mismo como un enamorado de la poesía. Se codea con los grandes poetas valencianos Ausias March y Jordi de Sant Jordi, nombres señeros de la lírica aragonesa del momento; el primero ejercía de copero del rey y el segundo de halconero real, cargos que a ambos les procuraban la protección de la corona para entregarse al arte sin trabas ni preocupaciones. Íñigo cultiva ciencias y letras con Enrique de Villena el Nigromante. Conoce igualmente la obra de Dante y Petrarca. Cuando suba al trono Alfonso el Magnánimo, este le nombrará copero. Íñigo López de Mendoza es castellano, pero a todos los efectos es un noble aragonés. Allí, en la corte de Aragón, nace en 1417 su primer hijo. Naturalmente, Íñigo tramará amistad con los hermanos del rey, Enrique y Juan, los infantes de Aragón de los que tanto hemos hablado en estas páginas.

Nuestro hombre vuelve a Castilla alrededor de 1420, con el jovencísimo Juan II recién asentado en el trono castellano. Ya hemos contado aquí la situación: los Trastámara aragoneses —Enrique, Juan, el propio rey Alfonso— quieren proteger sus privilegios, pero para ello han de enfrentarse al valido de Juan II, don Álvaro de Luna, que intenta reforzar el poder del rey (y de paso, el suyo propio). ¿Qué posición ocupa Íñigo en este conflicto? Inequívocamente, la de un partidario de los infantes de Aragón, y por cierto no de los menores. Cuando los infantes den el golpe de Tordesillas, Íñigo estará con ellos, así como en el asedio de la Puebla de Montalbán. Como la mayor parte de los grandes nobles, Íñigo pensaba que el derecho estaba de su parte —o sea, de sus intereses— y que Álvaro de Luna solo era un ambicioso advenedizo que había secuestrado la voluntad del rey. Sería necio reprocharle esa actitud.

¿Y él, Íñigo? ¿Acaso no era su ambición lo único que le interesaba? En realidad, no exactamente. De hecho, concluido ese primer episodio de combate político, va a tardar muy poco en apartarse del escenario. López de Mendoza se retira a sus posesiones —concretamente a las de Guadalajara— y se abstiene de cualquier intervención política. Allí nació su sexto hijo en 1428. A estas alturas nuestro hombre ya es un reposado caballero que pasa de los treinta años y que vela ante todo por combinar la defensa de sus intereses con la fidelidad al rey. Los infantes de Aragón promoverán una guerra con Juan de Castilla en 1429, y esta vez Íñigo les dará la

espalda. Será entonces Álvaro de Luna quien le llame a su lado, pero López de Mendoza seguirá apartado de todos esos rifirrafes; de hecho, terminará abiertamente enemistado con el poderoso condestable. La influyente madre de nuestro hombre, doña Leonor, muere en 1432. Íñigo es el cabeza de la familia y, por herencia, el señor de las principales posesiones de su casa. El partido de don Íñigo ya era exclusivamente su propio nombre. Y, por supuesto, su lealtad era solo para Juan II de Castilla.

El do de pecho de nuestro caballero fue en 1445: la batalla de Olmedo, aquel lance en el que las huestes de Juan II detuvieron la ofensiva de los infantes de Aragón, don Enrique y don Juan, este último ya rey de Navarra. Íñigo López de Mendoza compareció allí al lado de Juan II de Castilla, y con eso dejó claro a todo el mundo dónde estaba su única fidelidad. La batalla se inclinó del lado castellano y el rey fue generoso: otorgó a don Íñigo el marquesado de Santillana, una vieja reivindicación familiar, y el condado del Real de Manzanares, en Madrid.

El ya marqués de Santillana estará metido en todos los fregados políticos que sacudieron a la Castilla de aquel tiempo. En particular, será de los primeros en manifestar hostilidad hacia el poder, propiamente dictatorial, del condestable Álvaro de Luna. Contra él escribió una obra, *Doctrinal de privados*, que es una larga enumeración de los vicios del de Luna, con especial hincapié en su desmedida ambición: «De este favor cortesano/ lo que nunca sope sé./ Non advertí nin pensé/ cuánto es caduco e vano:/ así que de llano en llano,/ sin algún temor e miedo,/ cuando me dieron el dedo,/ abarqué toda la mano». Y más: «De los tus Diez Mandamientos,/ Señor, non guardé ninguno;/ ya limosnas nin ayuno,/ cuaresmas nin avientos,/ nin de tales documentos/ puestos so cristiano yugo,/ non lo fice nin me plugo,/ mas todos tus vedamientos».

Álvaro de Luna cayó, fue preso, juzgado y decapitado en 1453. El marqués de Santillana, que a estas alturas ya era un maduro caballero de cincuenta y cinco años, consideró cerrada su andadura política. Su biblioteca de Guadalajara le aguardaba: una extraordinaria colección de obras en latín, castellano, francés, italiano y catalán. Con el marqués trabajaban desde varios años atrás dos conspicuos nombres de la cultura castellana del momento: Diego de Burgos y Juan de Mena. Al primero don Íñigo le había hecho su secretario y criado personal. El segundo fue cronista del rey Juan II y mantuvo una estrecha amistad con don Álvaro de Luna, pero ello no fue óbice para que trabajara también en la ubérrima biblioteca del marqués. Más aún: cuando Juan de Mena murió, fue el marqués de Santillana quien costeó su funeral.

El de Mena había escrito un gran poema alegórico, *Laberinto de Fortuna*, que era una suerte de himno poético al destino nacional de Castilla. La influencia de Dante es transparente en esta obra, lo cual tiene su importancia, porque fue precisamente el gusto común por el arte italiano y su herencia latina lo que unió a estos personajes en

la biblioteca del marqués. Esa influencia italiana va a ser uno de los polos permanentes de la cultura castellana del Renacimiento, contrapesado siempre por la querencia hacia las formas populares y pastoriles. El propio marqués de Santillana será claro ejemplo de esa oscilación.

Porque don Íñigo, en efecto, fue poeta, y de los grandes. Juan de Mena le había escrito en 1438 un poema medio en serio medio en broma, la «Coronación», donde contemplaba cómo en el Parnaso se coronaba al marqués en calidad de gran poeta. El marqués de Santillana ya había escrito mucho, y aún le quedaba mucho por escribir: la *Comedieta de Ponza* fue una narración versificada del desastre naval aragonés en Nápoles, su *Lamentación de España* es uno de los primeros escritos de reflexión moral y política de nuestra literatura y sus *Serranillas*, lírica popular de tema campesino y caballeresco, fueron muy populares. Don Íñigo fue también el primer autor español que utilizó el soneto, forma métrica importada de Italia. Y también el primero en compilar la sabiduría popular en sus *Refranes que dicen las viejas tras el fuego*. Un fenómeno.

El canto del cisne de nuestro caballero en la política castellana fue su intervención en la campaña contra Granada del año 1455. Reinaba ya en Castilla Enrique IV y la ofensiva de aquel año tenía por objeto, primero, cimentar el buen nombre del nuevo monarca, y al mismo tiempo, unir a los nobles en una empresa común. No puede decirse que fuera un éxito, porque tanto la nobleza como el pueblo desconfiaban de una campaña cuyos objetivos materiales permanecían bastante difusos; en todo caso, allí estuvo nuestro hombre. Terminado aquel episodio, el marqués volvió a su casa y ya saldría más. En ese mismo año moría su esposa, Catalina, y el propio don Íñigo hacía testamento. Aún viviría otros tres años, pero alejado de cualquier afán político. Murió el 25 de marzo de 1458, con sesenta años de edad. Con él se extinguía uno de los nombres cruciales de la Castilla del siglo xv y del Renacimiento español. Lo que le sobrevivía, además de su obra, era uno de los patrimonios nobiliarios más ricos de Europa.

Es paradójico, pero los descendientes de don Íñigo terminarían abanderando el proyecto de consolidación del poder regio que había iniciado Álvaro de Luna. El marqués tuvo tres hijos: Diego, que fue segundo marqués de Santillana, Íñigo y Pedro, que sería más tarde el cardenal Mendoza. Los tres apoyarán al partido de Isabel la Católica y su concurso será decisivo para que Castilla y Aragón, juntos, construyan el primer Estado moderno de Europa. Pero ya llegaremos a eso. De momento volvamos a Aragón, porque también allí estaba cambiando el mapa.

Revolución en Cataluña: los remensas, la Biga y la Busca

A mediados del siglo xv Cataluña empezó a arder. Los problemas sociales acumulados desde largo tiempo atrás, con buena parte del campesinado enfrentada a muerte con la nobleza, se mezclaron con una conflictiva sucesión en el trono aragonés. El resultado fue una guerra, la de los remensas, que iba a prolongarse durante la friolera de veinticinco años y que, para colmo, iba a complicarse con una guerra civil en Navarra. Ásperos tiempos. Pero su principal protagonista, el rey Juan II de Aragón, iba a adornarlos con un talento muy especial.

Empecemos por el principio: la cuestión social en la Corona de Aragón, y de forma singular en Cataluña, que estaba sumamente tensa desde finales del siglo anterior. Ya hemos visto que la crisis general había llevado a los señores de la tierra a acentuar las cargas sobre los campesinos, en particular obligándoles a permanecer atados a sus campos, a sus mansos; eso eran los «remensas» o «payeses de remensa». Tal situación había dado lugar a los llamados malos usos, es decir, comportamientos abusivos de los señores, denunciados sin cesar en las Cortes del reino. El rey Alfonso V había dictado normas muy estrictas contra los malos usos: a la corona le interesaba, y mucho, contar con el apoyo del pueblo frente a una nobleza excesivamente levantisca. La decisión más importante del rey en este sentido fue la creación de un «síndico de remensas», es decir, un gremio de campesinos. Era el año 1448. Por fin los remensas podrían defender por sí mismos sus derechos. Fue una novedad trascendental, porque modificó de un plumazo la relación de fuerzas dentro de la corona. Por supuesto, semejante innovación también despertó de inmediato las protestas de los magnates. La Generalidad, controlada por la oligarquía catalana, forzó la anulación de aquella medida. Sin embargo, se había abierto un camino sin retorno.

Mientras esto pasaba en el campo, las ciudades, y en especial Barcelona, vivían un conflicto paralelo. Allí la crisis económica de principios de siglo había llevado a la corona a adoptar medidas de protección de la actividad mercantil: vetos a la importación, cargas fiscales sobre los mercaderes extranjeros, devaluación de la moneda, etc. Era una manera de beneficiar a los pequeños mercaderes y a las gentes del pueblo. Ahora bien, esto lesionaba los intereses de la oligarquía urbana barcelonesa, los llamados «*ciutadans honrats*», un patriciado mercantil que desde tiempo atrás se había hecho con el poder en la ciudad. Los *ciutadans honrats* se levantaron contra las medidas proteccionistas de la corona. La crisis se agravó y, en consecuencia, la tensión creció. Corría el año 1450. Los patricios se aliaron en un grupo llamado la Biga. Los otros, los pequeños comerciantes y los menestrales, que apoyaban las medidas de la corona, formaron un grupo opuesto llamado la Busca. La Biga se hará fuerte en la Generalidad; la Busca, en el gobierno municipal de

Barcelona, el llamado «Consejo de Ciento». Una nueva línea de confrontación cruzaba el reino.

En tan explosiva situación, el rey Alfonso V el Magnánimo, concentrado en sus aventuras italianas, deja como lugarteniente de Aragón a su hermano Juan II, que ya era rey de Navarra. Juan acababa de vivir un agrio trance: una guerra con su hijo Carlos, fruto de su primer matrimonio con Blanca de Navarra. La causa del conflicto fue que Juan, viudo y vuelto a casar con una castellana, Juana Enríquez, decidió convertirse en protagonista de la política en el reino, cosa que no le correspondía del todo, pues la corona era de la fallecida Blanca, no de Juan. Esto ocurrió en torno a 1447. El hijo, Carlos, príncipe de Viana, que ya era un mocetón de veintiséis años, vio peligrar su corona, de manera que se apresuró a marcar su territorio. Encontró apoyo en los beamonteses, uno de los principales partidos del reino desde los tiempos de Carlos III. El otro partido, los agramonteses, apoyó al rey Juan. En 1451 estalló la guerra. Padre e hijo combatieron en Aibar. El hijo perdió y fue desheredado. Mientras tanto, la nueva esposa del rey, Juana Enríquez, daba a luz un niño en Sos: Fernando, que medio siglo después sería el rey Fernando el Católico.

Este es el paisaje cuando, en 1458, Alfonso V, rey de Aragón, muere sin descendencia. Por derecho la corona corresponde a su hermano Juan, el de Navarra. Y Juan II, que conoce el paño, no duda en buscar sus alianzas para sostenerse en el trono: los remensas, esto es, los campesinos, y la Busca, los pequeños comerciantes, que son los únicos que pueden ayudarle frente a la nobleza. A partir de aquí los acontecimientos se van a precipitar.

Por uno de esos enjuagues de la época, el gobierno de una parte de Cataluña correspondía a... Carlos, el hijo navarro de Juan, con el que acababa de hacer la guerra. La oposición de Juan y Carlos llega al punto de que el padre manda apresar al hijo. La oligarquía catalana, tanto la Generalidad como la Biga, ve un flanco débil en la posición de Juan II, protesta, expresa su apoyo a Carlos y, más aún, se levanta contra el rey y le exige que libere a su hijo. Es 1461. Juan cede. La oligarquía enseña entonces todas sus cartas, proclama a Carlos lugarteniente perpetuo de la Corona de Aragón y le jura fidelidad. Más aún: al rey Juan se le prohíbe entrar en Cataluña sin permiso de la Generalidad, que es en realidad quien se ha quedado con el gobierno. Juan ha perdido la corona de un plumazo.

El atribulado rey Juan mantiene sus apoyos en el pueblo, pero no tiene recursos para frenar a los nobles. ¿Qué hace? Hipoteca el Rosellón y la Cerdaña al rey de Francia. Lo cual excita aún más los ánimos de la oligarquía, que se subleva en todo el reino. Malas noticias para los campesinos y para la Busca, que ven cómo sus enemigos se han hecho con el poder. La gota que colma el vaso es la muerte de Carlos, el príncipe de Viana, en septiembre de 1461. Oficialmente murió de una pulmonía, pero la oligarquía dirá que había sido envenenado por Juana Enríquez, la

segunda esposa del rey. Pretexto idóneo para que la oligarquía dé el último paso y se haga con el poder total, esta vez contra Fernando, el hijo pequeño del rey Juan. Ya nadie queda al margen del conflicto.

Juan II decide pasar a la acción. Después de todo, ya no tenía nada que perder. Y así, pese al veto lanzado por la Generalidad, entra en tierras catalanas. Fue la chispa que hizo estallar el polvorín. En febrero de 1462 los campesinos se levantan; no contra el rey, sino contra la oligarquía. Juan tiene al apoyo del resto de sus reinos — Aragón, Valencia, Sicilia—, de manera que la guerra se concentra en Cataluña. Y es una guerra con varios rostros: en el conjunto de Cataluña, los campesinos combaten contra los nobles, que al mismo tiempo han de hacer frente a las tropas del rey; mientras tanto, en la ciudad de Barcelona, los pequeños comerciantes de la Busca, que simpatizan con la causa del rey Juan, pelean contra los patricios de la Biga, que están al lado de la Generalidad y contra el poder real.

No hay cuartel. En las montañas del interior se levanta un ejército campesino. Lo manda Francesc de Verntallat, un hidalgo de Vall de Bas que ha organizado una hueste de labradores en el Pirineo. Verntallat actúa como un justiciero popular. Primero sitia el castillo de Bestracá, donde el señor del lugar tenía preso a un remensa que no podía pagar para salir del feudo. Después actúa por la misma razón en Castellfullit. Ocupa Olot, Bañolas y otros castillos de la montaña. Su hueste crece. Organiza un meditado sistema de movilización: de cada tres labradores, uno se suma a la hueste y los otros dos labran las tierras del movilizad. Forma así un ejército que incluso está en condiciones de acudir a Gerona para socorrer a la reina Juana Enríquez y su hijo Fernando, sitiados por las tropas de la Generalidad. En recompensa la reina le nombrará capitán real.

En Barcelona, mientras tanto, la Biga ha logrado controlar la situación y derrotar a la Busca. La oligarquía no tendrá piedad: con el visto bueno de la Generalidad, son juzgados y ejecutados por traición Pere Destorrent, Francesc Pallarès, Bernat Turró, Martí Solzina y Joan de Mitjavila; los dos primeros eran miembros del Consejo de Ciento, el gobierno municipal de Barcelona. No hay vuelta atrás para nadie.

Como no hay vuelta atrás, la oligarquía, consciente de que sola no puede ganar, busca desesperadamente apoyos exteriores. Primero decide entregar el condado de Barcelona a Enrique IV de Castilla —sí, de Castilla—, pero este termina rehusando entrar en el avispero. Después pone sus esperanzas en el condestable Pedro de Portugal, pero el portugués es derrotado en el campo de batalla por las tropas reales que manda... el pequeño Fernando, el hijo del rey Juan. Finalmente, la Generalidad ofrece el poder a Renato de Anjou, igualmente sin resultados. Las huestes de los barones, encabezadas por el conde de Pallars, retroceden sin remedio.

Juan II tenía que lidiar a la vez con el problema navarro, que aún coleaba, y con esta guerra catalana, pero demostrará ser hombre paciente y sagaz. Solucionada

políticamente la cuestión navarra —la corona fue a parar a Leonor, hija del primer matrimonio de Juan—, el rey concentró sus esfuerzos en Cataluña con una estrategia más política que militar. Derrotó al conde de Pallars en Prats de Rey —era 1465— e inmediatamente ofreció el perdón a los rebeldes, proclamando solemnemente que devolvería sus privilegios a los condados catalanes. La oportuna medida le granjeó el apoyo de muchos que, sublevados, preferían sin embargo volver al redil. Sucesivamente pasaron al lado real Cervera, Tortosa y Amposta. La guerra se concentraba cada vez más en torno a Barcelona.

La oligarquía no podía ganar. La guerra fue larga y cruenta, pero cada mes, cada año que pasaba, iba inclinando la balanza hacia el lado de Juan II. El apoyo de las tropas francesas le permitió avanzar por la costa ganando ciudad tras ciudad. Bien que se cobraría Francia, por cierto, esta ayuda: se apoderó sin oposición del Rosellón y la Cerdaña. A estas alturas Juan II ya era un anciano de más de setenta años —muchos para la época— y se había quedado ciego, pero entrar en Barcelona se había convertido en la obsesión de su vida. El rey terminó doblegando la resistencia de la capital condal. En octubre de 1472 Barcelona capitulaba. Para evitar problemas mayores, Juan II fue clemente con los vencidos. Seguramente porque tenía la cabeza ya en otras cosas.

En efecto, mientras todo esto ocurría en Cataluña, el infatigable, sinuoso y maniobrero rey Juan de Aragón había trenzado una sorprendente combinación en Castilla: su hijo Fernando, aquel niño nacido en Sos, había contraído matrimonio con la infanta castellana Isabel, que pronto iba a ser reina. El paisaje político de España iba a experimentar un giro trascendental. Pero esto habrá que explicarlo con mayor detalle más adelante.

En cuanto al problema de los remensas, hay que decir que los campesinos y los menestrales aún tardarían algunos años en ver satisfechas sus reivindicaciones. Con la victoria en la mano, el rey Juan II de Aragón prefirió templar las cosas y dejar el problema a su heredero. El viejo monarca, que en su día había rehusado el gobierno de Italia, que después había reinado en Navarra y que había pretendido el trono castellano antes de reinar en Aragón, fallecía ahora en Barcelona —ciudad de la que ya apenas se movió— el 19 de enero de 1479, con ochenta y dos años. Destrozado por la edad, pero con la satisfacción de haber dejado en pie un armazón político irreversible. Una nueva España nacía.

Sexta parte. El camino a la unidad

Así era una crisis económica en el siglo XV

La historia humana, y, por supuesto, la historia de España, está llena de crisis económicas: no son cosa de ahora. Una de las crisis mejor documentadas es la que sacudió a la Corona de Aragón mediado el siglo xv. Apenas doscientos años antes, Aragón era el primer imperio marítimo español y una de las grandes potencias comerciales de Europa. Sin embargo, a la altura de nuestro relato aquel imperio había quedado completamente arruinado. ¿Qué pasó? ¿Qué se hizo mal?

Empecemos por el principio: aquí hemos visto cómo a mediados del siglo xiii, una generación después de la decisiva batalla de Las Navas de Tolosa, Aragón encuentra cerrado el camino de su expansión peninsular. Entonces la corona, que controla el tráfico en las Baleares y ha establecido firmes relaciones políticas con Sicilia, decide volcarse en el Mediterráneo. Bajo Jaime I el Conquistador se crean los primeros consulados del mar —una auténtica red de oficinas comerciales— y se publican las primeras normas legales para regular el tráfico marítimo. Sus sucesores prolongarán la misma política.

¿Cuál es la materia de este tráfico? La cosa funcionaba más o menos así: los barcos aragoneses exportaban tejidos, hierro y corales que vendían en el norte de África a cambio de oro; con este oro compraban después en Oriente las especias que, en la época, constituían la base del intercambio comercial, porque un saco de pimienta valía más que una tonelada de trigo. Al calor de este sistema crecieron las burguesías costeras en Cataluña y Valencia y se desarrollaron los correspondientes sectores productivos en Aragón.

La expansión comercial de Aragón a lo largo del siglo xiv, conducida por una dirección política plenamente consciente de lo que estaba haciendo, es prodigiosa. Las rutas que conectan Barcelona y Valencia con Grecia y Trebisonda imponen su ley en el mar. La lana de Aragón se vende en Cerdeña, en Sicilia y en el norte de África. Aragón exporta también manufacturas de hierro y de cuero, además de cereales. Y en las islas italianas, las naves aragonesas adquieren más cereal y otras materias primas para la industria manufacturera del propio país.

Rápidamente toda la sociedad se reedifica en función de la actividad económica. En ciudades como Barcelona aparece una nueva aristocracia de carácter puramente comercial —los «hombres honrados»— que, en cuanto puede, abandona la producción para dedicarse a la gestión de los grandes negocios. Por debajo de esta clase privilegiada surge otra, estrictamente productora, de menestrales, artesanos y mercaderes, que se dedica a la industria y el comercio. Quien controla el conjunto de

la economía es la clase alta de patricios, los «hombres honrados», que invierte sus ganancias en propiedades rústicas o en obligaciones de deuda de la corona. Y a los de abajo les queda, eso sí, la posibilidad de una cierta movilidad social al calor del dinero.

Ahora bien, a mediados del siglo XIV las circunstancias del mercado cambian. Los turcos se expanden por el Mediterráneo, de manera que el tráfico en este mar se hace más problemático: se acabaron los felices años en que las naos de Aragón podían navegar desde Valencia hasta Chipre o el Líbano. Al mismo tiempo, las rutas del Atlántico empiezan a abrirse y un intenso tráfico recorre el golfo de Vizcaya desde los puertos cantábricos hasta Flandes. Aragón no ve el proceso y pierde la oportunidad de extender sus rutas comerciales hacia el Atlántico; otras potencias mercantiles como Génova sí lo harán. Las consecuencias no se hacen esperar: el Mediterráneo pierde protagonismo como escenario comercial y, en consecuencia, la red mercantil de Aragón flaquea. Son, además, años revueltos —«aquel horrible siglo XIV»— en los que la peste sacude Europa y, después, los reinos españoles entran en frecuente guerra entre sí. La economía aragonesa sigue adelante, aparentemente ajena a todas estas convulsiones, pero en el mapa estaban apareciendo movimientos subterráneos que no tardarán en aflorar.

Quizás el más importante de tales movimientos fue esa paulatina sustitución del Mediterráneo por el Atlántico como escenario comercial primordial. Al calor de ese proceso, Castilla crece y Aragón mengua. Las redes mercantiles que Castilla establece con Flandes a lo largo del siglo XIV son firmes y, sobre todo, descansan en una base muy sólida: las materias primas exclusivas del país, especialmente la lana castellana y el hierro del Cantábrico, productos muy codiciados en los puertos de La Rochela, Nantes y Brujas porque nadie más estaba en condiciones de ofrecerlos en semejante cantidad. Habrá innumerables vaivenes en este tráfico, guerras con la red báltica de La Hansa incluidas, pero el negocio era tan próspero que terminará imponiéndose por sí solo. Y a la sombra de este negocio Castilla se convierte también en el mayor productor naval de la península. Hasta el punto de que hacia 1380 los catalanes y los valencianos irán a comprar sus barcos en los astilleros castellanos.

Frente a esa pujanza castellana, el comercio aragonés adolecía de un serio hándicap: descansaba sobre productos muy frágiles, materias que otros competidores podían surtir en iguales o mejores condiciones, muy sujetas a alteraciones de precios y, además, en unas rutas marítimas que empezaban a ser difícilmente controlables. Por decirlo en términos técnicos, toda la prosperidad aragonesa dependía de la estabilidad en la coyuntura: que se mantuvieran constantes los precios de los tejidos, el hierro y los aparejos marinos, por ejemplo. Pero la coyuntura, por definición, tiende a ser inestable, sobre todo cuando otros competidores ofrecen lo mismo a mejores precios. Como las riquezas obtenidas en los años anteriores no se habían

invertido en banca, sino en deuda pública o propiedades rurales, el margen de maniobra de los motores de la economía quedó enormemente reducido. Y nadie en la corona lo vio venir. O para ser más precisos: solo lo vieron venir los valencianos, que se apresuraron a ofrecerse a Castilla como puerto preferente para sus actividades mediterráneas. Así Valencia creció mientras Barcelona se hundía.

Todos los problemas sociales que empiezan a sacudir a la Corona de Aragón entre el último tramo del siglo XIV y la primera mitad del siglo XV, y que hemos visto ya en estas páginas, tienen su origen en esta fragilidad del sistema económico. Las alteraciones llegaron a su paroxismo en Cataluña. Cuando la riqueza deja de afluir al país, el sistema se colapsa. Todos los sectores piden medidas de protección, pero proteger a unos significa mermar la posición de otros. Por eso en las ciudades, y en particular en Barcelona, los grandes patricios de la burguesía se agrupan en la Biga y los pequeños comerciantes y artesanos hacen lo propio en la Busca, y entran en guerra unos con otros. Y por eso en el campo los payeses de remensa —los campesinos atados a los feudos— se rebelan contra sus señores, que a su vez aprietan el dogal porque necesitan más producción. Es todo el sistema el que se hunde a la vez. En menos de un siglo, la Corona de Aragón pasa de la prosperidad a la crisis y de la crisis a la ruina.

La literatura nacionalista catalana, siempre dispuesta a echar a otros las culpas de sus males, suele decir que la causa del empobrecimiento del país a principios del siglo XV fue la llegada al trono de los Trastámara, esos «intrusos castellanos». No es verdad. El eminente Jaime Vicens Vives, cuya autoridad en la materia —y cuya catalanidad— nadie discutirá, ha demostrado que el problema de fondo no era el titular de la corona, sino la estructura del sistema económico aragonés. Primero: porque las fuentes en las que tradicionalmente había captado Aragón su riqueza quedaron cegadas. Segundo: porque ese cierre produjo una reducción ostensible de las ganancias, lo cual afectó tanto al tesoro de la corona como a las economías particulares. Tercero: porque las ganancias obtenidas en los años anteriores se habían invertido en cosas que ahora, en plena crisis, apenas tenían valor real. Cuarto: porque Aragón carecía de capacidad productiva para, en tal tesitura, generar sus propios recursos y realimentar la economía del reino. Quinto: porque, en una situación tan frágil, cualquier alteración socioeconómica tenía consecuencias catastróficas, como de hecho ocurrió con las epidemias de principios del siglo XV, que no fueron más graves que las de otros años, pero que ahora, por todo lo ya dicho, tuvieron un efecto letal.

¿Hubo alguna responsabilidad política en la crisis? Sí, sin duda. Aquí hemos visto a Alfonso V el Magnánimo entregado a sus sueños italianos y a su hermano y sucesor, Juan II, envasado en guerras tanto en Castilla como en Navarra y en la propia Cataluña. Mientras los reyes se dedicaban a esas operaciones, que eran

costosísimas, la corona quedaba fuera de las nuevas vías de circulación de los metales preciosos. La ruta del oro circulaba desde África hasta Sevilla y de ahí a Génova. Aragón se tenía que conformar con la plata, y en condiciones de escasa posibilidad para conseguirla. Esto resultó ser de una importancia capital cuando la corona tuvo que hacer frente a los enormes gastos derivados de sus conflictos políticos. Hubo que pedir dinero. ¿A quién? En Aragón apenas había actividad bancaria. Los prestamistas de Florencia se ofrecieron; a cambio cobrarán intereses elevadísimos, lo cual no hizo sino agravar aún más el paisaje. Así, en fin, entró Aragón en la ruina mientras Castilla crecía a ritmo vertiginoso. Sencillamente, la Corona de Aragón no fue capaz de entender las causas de su propia crisis económica.

¿Recapitulamos? Un poder político que gasta sus ingresos sin previsión de futuro; una clase financiera que invierte en campos equivocados; una sociedad que, en vez de trabajar junta, se rompe en querellas internas; un país que descuida la necesidad de ser dueño de sus propios recursos industriales y financieros... Todo eso es lo que pasó en Aragón, y especialmente en Cataluña, en el siglo xv. Después de todo, no fue tan distinto a la gran crisis de principios del siglo xxi.

El hecho es que, a la altura de 1470, el paisaje de los reinos españoles apuntaba en una única dirección posible: la unificación, porque ya era imposible vivir de espaldas al vecino. La economía, la política y la vida social de Castilla, Aragón y Navarra estaban cada vez más integradas. Que Castilla y Aragón terminaran uniéndose era una exigencia de la propia marcha de las cosas. Vicens Vives lo expresa con una perfección que merece cita expresa:

Entre unos y otros se anudaron entonces tantas relaciones que era imposible su subsistencia en la forma política consagrada en el siglo xii. Magnates castellanos y aragoneses cruzan las fronteras y se instalan en el corazón de los problemas políticos de los vecinos; buques vizcaínos y andaluces constituyen el equipo ligero de la navegación catalana y mallorquina de este periodo; y ante las arremetidas francesas son los barceloneses los primeros que se ilusionan con las lanzas castellanas que su príncipe heredero podrá traer de Segovia. La monarquía del Renacimiento se está gestando en la Península —gestándose con signo castellano no por videncia mística, sino por el simple empirismo de su demografía en auge, de la libertad de acción que reivindica su realeza, y de los recursos que, a pesar de la contracción, continúan proporcionándole los rebaños trashumantes de la Mesta.

Cuando Juan II de Aragón planifique el matrimonio entre su hijo Fernando y la princesa castellana Isabel, en cierto modo estará pensando en un «rescate» financiero y político para su reino en crisis. Pero lo que de ahí iba a salir era más bien una

necesidad histórica: España. Y ahora, descendamos al detalle de las cosas que pasaban en nuestros reinos.

El extraño problema sexual del rey Enrique

Dicen que en su lecho de muerte el rey Juan II de Castilla pronunció una sentencia famosa: «Naciera yo hijo de un labrador e fuera fraile del abrojo, que no rey de Castilla». Era 1454 y hacía solo un año que el propio rey había ordenado decapitar al que fuera su valido e íntimo amigo don Álvaro de Luna. Juan II de Castilla moría antes de cumplir los cincuenta y dejaba la corona a su primogénito Enrique IV. Y el reino de Castilla iba a conocer trastornos que modificarían decisivamente la faz de toda España.

Juan II dejaba una descendencia compleja, y esto es preciso detallarlo porque iba a ser fundamental para todo cuanto sucedería después. El rey Juan había estado casado, primero, con su prima María de Aragón, hija de Fernando de Antequera y, por tanto, hermana de los infantes de Aragón y del propio rey aragonés. Con María tuvo Juan tres hijas que murieron a corta edad y un varón, Enrique, el heredero. Pero María murió en 1445 y Juan II volvió a casarse, esta vez con Isabel de Portugal, de la familia real del país vecino. Era un matrimonio político con el que se pretendía reforzar la alianza castellano-lusa frente al bloque navarro-aragonés. Con Isabel tuvo Juan II dos hijos: Isabel y Alfonso. Y ojo a esta pequeña Isabel de Castilla, porque terminará siendo la reina Isabel la Católica.

Cuando Enrique IV, el heredero, llegó al trono, tenía ya veintinueve años y una larga experiencia en la turbulenta política de la época: había peleado contra los infantes de Aragón en Olmedo, había construido su propio núcleo de poder en torno a su favorito, Juan Pacheco, había metido la nariz en las querellas con Navarra y tampoco había estado ausente de las intrigas que llevaron al cadalso a don Álvaro de Luna. Ahora le tocaba a él dirigir el teatro y lo primero que hizo fue cerrar frentes. Firmó paces con Aragón, pactó un acuerdo con Portugal, otro con Francia, perdonó a los revoltosos de los años anteriores, reformó la Hacienda real, cambió al equipo de gobierno —que ahora pivotaría sobre Juan Pacheco y el hermano de este, Pedro Girón, maestre de Calatrava—, convocó Cortes y trató de encauzar toda la energía del reino hacia la lucha contra los moros de Granada. La campaña granadina consistió en realidad en una serie ininterrumpida de escaramuzas fronterizas aprovechando las gravísimas tensiones internas que vivía el reino nazarí. No es que tales escaramuzas reportaran grandes beneficios, y además cesaron pronto porque eran demasiado caras y ni las cortes ni los nobles estaban por la labor, pero al menos permitieron calmar las cosas dentro de Castilla.

De todas esas medidas adoptadas por el nuevo rey, hubo dos que iban a tener consecuencias imprevisibles. Una, el cambio del equipo de gobierno en la corte, donde entró un personaje trascendental: Beltrán de la Cueva. La otra, la alianza con Portugal, que incluía el matrimonio del rey con la infanta Juana, hermana del rey portugués. Juan ya estaba casado: con la infanta Blanca de Navarra, hija de Blanca I y

el otro Juan II (ese mismo Juan que iba a ser rey de Aragón). Para llevar adelante la operación portuguesa hubo que anular el matrimonio navarro. Y la forma escogida para justificar tal cosa resultó francamente extravagante: se arguyó que un hechizo había dejado al rey sexualmente impotente. Aquí empieza la leyenda que terminaría otorgando a este rey el apelativo de Enrique «el Impotente».

Se podría escribir una tragedia, o quizás una comedia, con todo este asunto del primer matrimonio de Enrique y su supuesta impotencia. De hecho, hay una amplísima bibliografía. Parece cierto, porque los cronistas de la época lo dicen, que Enrique no sentía el menor interés por su primera esposa, la pobre Blanca, y que jamás consumó su unión. Pero ¿por qué? Cuando se casaron —era 1440— tenían ambos quince años. Las crónicas son unánimes sobre lo infructuoso del enlace: «La boda se hizo quedando la princesa tal cual nació, de que todos ovieron grande enojo». Mosén Diego de Valera lo dice más claro: «Durmieron en una cama y la princesa quedó tan entera como venía».

¿Qué había pasado? En su momento, muchos achacaron el suceso a los malos hábitos de Enrique, que traía fama de golfo. ¿Lo era realmente? Enríquez del Castillo describe a nuestro protagonista como «alto, de piel blanca, pelirrojo, pecoso y de frente ancha. Sus miembros son grandes y su apariencia leonina, en su rostro destaca una mandíbula prominente, con dientes mal enfrentados». Pero la descripción más llamativa no es la de su exterior, sino la de su interior, pues otros cronistas añaden que Enrique, en su juventud, se entregó «a abusos y deleites, deleites que la mocedad suele demandar y la honestidad debe negar, de los que hizo hábito, y de ahí vino la flaqueza de ánimo y disminución de su persona». Un crápula agotado por los excesos, en fin. ¿Verdad? ¿Mentira? Todo en la persona de Enrique parece teñido por la leyenda. Como la pareja seguía sin mantener relaciones, la corte se preocupó. Vinieron médicos de todo el reino a examinar al príncipe y el diagnóstico fue palmario: «Los físicos y cirujanos vinieron a curarlo, hicieron manifestación pública de su impotencia y por culpa de su impotencia vino en aborrecerla (*a su esposa*) y mandóla salir de su reino que mucho pesó a todos de la injusticia».

Enrique, todavía heredero del trono, no vivirá con Blanca más que tres años. Después, cada cual hizo su vida. Hay cronistas como Alonso de Palencia que cuentan auténticas enormidades, como que Enrique empujaba a su esposa al adulterio para obtener descendencia. Pero estas cosas conviene cogerlas con pinzas, porque Alonso de Palencia —como otros muchos— profesaba a nuestro protagonista un odio propiamente africano, de manera que es muy posible que mintiera. Luis Suárez ha explicado muy bien cómo, en el caso de Enrique IV, la difamación funcionó a toda máquina como eficaz arma política. Lo que podemos dar por seguro es que la aversión de Enrique hacia su esposa Blanca no vino acompañada por unas costumbres más templadas, pues el propio Fernando el Católico escribirá que

Enrique, una vez desposado con la navarra, «consagrará su vida a la liviandad».

Ahora bien, con frecuencia en la cama de los príncipes entra un tercer elemento, que es la política, y eso es lo que ocurrió en esta ocasión. Porque el lazo con Navarra se aflojó, surgió la necesidad de acercarse a Portugal y la forma más eficaz de hacerlo era con un nuevo matrimonio. Desde marzo de 1453 —con el rey Juan todavía vivo y Enrique como príncipe heredero—, hay constancia de que Castilla negociaba ese enlace. ¿Pero cómo concertar el matrimonio de un impotente?

La solución fue una extravagante argucia: Enrique —se dijo— era impotente, sí, pero solo con Blanca de Navarra, no con otras mujeres. ¿Y cómo era posible semejante cosa? Misterio. En todo caso, la corona puso todo su empeño en demostrarlo. Incluso se nombró una comisión de investigación —llamémosla así— que indagó entre las prostitutas de Segovia para confirmar que Enrique, en efecto, no era impotente en sí mismo, sino solo cuando estaba con Blanca. En mayo de 1453 don Luis Vázquez de Acuña, obispo de Segovia, anuló el matrimonio. La causa: algún maleficio o hechizo había impedido al príncipe consumir su enlace. Ingeniosa resolución, porque, por un lado, permitía anular las nupcias sin violentar el derecho y, por otro, dejaba el campo libre para que Enrique contrajera nuevo vínculo. A finales de ese mismo año el papa Nicolás V confirmaba la nulidad y, de paso, otorgaba su dispensa para que el heredero de Castilla se casara con su prima Juana de Portugal, hermana del monarca del país vecino.

Juan II murió en julio de 1454. Enrique fue proclamado rey. En mayo del año siguiente se casaba en Córdoba con la portuguesa Juana. Dados los problemáticos precedentes del muchacho, el pacto matrimonial incluyó una sorprendente cláusula: Enrique estaría tres años y medio casado con ella y, cumplido ese plazo, «si no obiese hijo o hija, tornase a tomar por mujer a la Princesa Blanca». Pasaron tres, cuatro, cinco años y no hubo descendencia. Pero hubo otras muchas cosas que tal vez lo expliquen todo.

Don Gregorio Marañón, en un célebre estudio, intentó entender cuál era el problema de Enrique IV. Tomando pie en su aspecto físico, dictaminó que

una falta de secreción sexual provoca en no pocas ocasiones una actividad de la hipófisis que se traduce en la acromegalia que podía apreciarse en Enrique y que reunía manifestaciones como la estatura elevada, la longitud extraordinaria de las piernas, la dimensión exageradamente grande de las manos y de los pies y el encorvamiento con el que caminaba.

Se sabe que el rey ordenó a sus embajadores italianos proveerle de innumerables brebajes y remedios eróticos para solucionar su problema. Envió una expedición a África en busca del cuerno del unicornio —el rinoceronte—, al que se le suponían virtudes afrodisiacas. Incluso llamó a su lado a un reputado médico alemán, Jerónimo

Munzer. Hay que suponer que, atiborrado de todas estas cosas, Enrique terminaría como un auténtico garañón. Pero no procreaba. El pueblo empezó a creer que, en efecto, el rey estaba hechizado.

Para colmo, la inclinación natural del rey hacia una vida sexual desordenada terminó adoptando formas propiamente escandalosas. Junto a su acreditada impotencia, Enrique IV empezó a dar muestras de una intensa inclinación homosexual. La guardia mora heredada de su padre —porque ya entonces había una guardia mora— se convirtió en una especie de séquito para francachelas. Sobre este asunto Marañón es taxativo:

Finalmente está, sin duda, relacionada con su inclinación homosexual, su famosa afición a los árabes de los que, como es sabido, tenía a su lado una abundante guardia, con escándalo de su reino y aun de la cristiandad. Es sabido que en esta fase de la decadencia de los árabes españoles, la homosexualidad alcanzó tanta difusión que llegó a convertirse en una relación casi habitual y compatible con las relaciones normales entre sexos distintos.

La islamofilia de Enrique es trasparente: los retratos de la época nos lo muestran tocado con un fez rojo al estilo moro y «sentado en tierra sobre tapices a la usanza morisca». En todo caso, ni sus gustos arabizantes ni su inclinación homosexual impidieron al rey Enrique mantener una aventura con Guiomar de Castro, dama de compañía de la reina. Y a todo esto, ¿qué hacía mientras tanto la reina, la portuguesa Juana? Seguirle la corriente: a juzgar por los testimonios del momento, Juana acompañaba a su marido en toda esa pompa morisca. Es comprensible que el pueblo castellano, proverbialmente austero, viera con escándalo la vida de su rey y pusiera sus ojos en otras gentes. La política de difamación que siguieron sus enemigos hizo el resto.

¿En qué otras gentes puso sus ojos el pueblo? En algunas muy emparentadas con el propio Enrique. Porque el Impotente, al llegar al trono, se había apresurado a alejar de la corte a la segunda esposa de su padre Juan, la reina viuda Isabel de Portugal, con sus hijos Alfonso e Isabel. La familia había quedado confinada en el castillo de Arévalo, en Ávila. Y a medida que Enrique se hundía en la depravación, esta otra familia castellana iba apareciendo como un espejo de virtudes. No perdamos de vista a esos dos hermanos: Alfonso e Isabel de Castilla.

Que los árboles no nos impidan ver el bosque. El problema sexual de Enrique IV solo era uno de los hilos que se trenzaban en la crisis política castellana, y en ella hay que insistir para tener una visión completa de los acontecimientos. La crisis política castellana era un banco con tres patas. Por un lado estaba el sempiterno conflicto de la corona con la nobleza y sus camarillas, conflicto que amargaría la vida del rey Enrique IV como antes había amargado la de sus predecesores: nada que no hayamos

visto ya aquí. Por otra parte estaba la atmósfera de guerra en Navarra y la inestabilidad política en Aragón, que Castilla intentará mover en provecho propio. Y en tercer lugar hay que recordar la dificultad del rey Enrique para engendrar un heredero, problema que se sumará a los otros dos en un cóctel explosivo.

Para desenredar el ovillo quizá convenga empezar por la cuestión interior castellana. En el reinado anterior, el de Juan, el problema se sustentaba en la lucha entre el partido de Álvaro de Luna, apoyado por una parte de la nobleza y la mayoría de las ciudades, y el partido de los grandes nobles, apoyado por el rey Juan de Aragón. Álvaro de Luna terminó decapitado, pero fue para que emergiera otra estrella política: Juan Pacheco, el ayo y valido del nuevo rey, Enrique IV. El mapa de alianzas cambió: en torno a Pacheco se agrupó una parte muy importante de la nobleza, y con un propósito tan poco loable como apoderarse del ingente patrimonio que Álvaro de Luna había acumulado. Una vez más, el rey Juan II de Aragón quiso meter la nariz en el asunto y apoyó al partido de Pacheco. Ahora bien, en medio del fregado había una mujer: la viuda del De Luna, Juana Pimentel, dispuesta a defender su posición con uñas y dientes. ¿Cómo lo hizo? Casando a su hija María con Íñigo López de Mendoza, nieto y heredero del marqués de Santillana. Así la familia Luna se aliaba con el poderosísimo clan de los Mendoza, lo cual cambió el paisaje político. En marzo de 1460 se constituía una Liga de nobles que, en la práctica, venía a limitar enormemente el poder del rey: los grandes linajes se repartirían los cargos de la corte y controlarían los gastos de la corona. Más aún: la Liga forzó a Enrique, que aún no tenía hijos, a reconocer como heredero a su hermanastro Alfonso.

En este momento la posición de Enrique IV de Castilla era extremadamente débil, pero las cosas iban a girar de forma imprevista. Traigamos de nuevo los acontecimientos que ya hemos visto páginas atrás. En Navarra estalló una guerra feroz entre el rey Juan —rey de Aragón, consorte viudo de Navarra— y su hijo, el príncipe Carlos, que reclamaba para sí el trono. A Enrique se le presentó la oportunidad de sacudir a Juan, su viejo enemigo, y de paso apretar el dogal sobre los nobles castellanos. Enrique invadió Navarra. Con éxito. ¿No iba eso a despertar la furia de Juan de Aragón? Sí, pero Juan poco podía hacer: en aquel preciso instante empezaban a hervir sus problemas en Cataluña, lo cual ató de pies y manos al viejo monarca. Tan cómoda se hizo la posición de Enrique, que pudo incluso permitirse el lujo de pactar con los nobles de la Liga. El golpe de gracia vino cuando la Generalidad de Barcelona, ya en guerra abierta con el rey Juan de Aragón, ofreció la corona nada menos que... ¡al propio Enrique de Castilla!

La historia de España habría cambiado para siempre si Enrique IV hubiera aceptado la corona que los catalanes ponían en su cabeza. Pero entre los muchos defectos de Enrique no se contaba la imprudencia, así que el rey castellano prefirió jugar sobre seguro: aupado en su posición de poder, se apartó del escenario aragonés

y firmó un pacto con el principal aliado de Juan, el reino de Francia, para garantizar el tráfico comercial de Castilla hacia el norte. A mediados de 1462, Enrique IV había dado completamente la vuelta a la situación. Pero había un tercer asunto pendiente: la sucesión. Y en este capítulo las cañas iban a volverse lanzas para el rey castellano.

Ya hemos contado los extraños problemas sexuales de Enrique IV el Impotente, rey de Castilla. La extrañeza aumentó cuando el 28 de febrero de 1462 su esposa portuguesa, la reina Juana, daba a luz a una hija. La pequeña, llamada igualmente Juana, nacía siete años después de celebrado el enlace. Como el rey arrastraba la fama que arrastraba, inmediatamente surgieron rumores que dudaban de su paternidad. ¿Fundados? ¿Infundados? Juzgue usted mismo. Porque, además, el verdadero problema no era estrictamente biológico, sino más bien político. Como ha quedado dicho, hasta aquel momento el heredero del trono castellano era el hermanastro del rey, Alfonso, o, en su defecto, su hermanastra Isabel. Pero ahora, nacida esa niña Juana, la heredera debía ser ella.

Enrique se movió con rapidez: convocó Cortes en Madrid e hizo que los nobles juraran a Juana como princesa de Asturias, esto es, como heredera. Pero el viejo hombre fuerte del reino, Juan Pacheco, que había perdido poder en beneficio de un nuevo favorito, Beltrán de la Cueva, vio aquí una ocasión de oro para recuperar posiciones: si Enrique era impotente por sentencia papal, ¿cómo podía haber engendrado una hija? Era imposible. Esa hija tenía que ser fruto de Beltrán, el nuevo favorito. Esa niña era «la Beltraneja». Y descalificada por ilegítima la niña Juana, los auténticos herederos de la corona debían ser los hermanastros: Alfonso o, en su caso, Isabel. La Liga nobiliaria secundó a Pacheco. Y por tanto, los Mendoza, enemigos de la Liga, pasaron esta vez al lado del rey. Y Castilla volvió a incendiarse.

¿Recapitulamos? A mediados del siglo xv Castilla arrastra una crisis política insuperable. Aragón se hundía en una crisis económica atroz. Navarra seguía al borde de la guerra civil. Granada, lo mismo. Portugal acababa de cerrar una tempestuosa lucha sucesoria. Pues bien: en medio de todo ese caos, un alcalde de la frontera se lía la manta a la cabeza y, en 1462, conquista Gibraltar a los moros. Genio de España.

El día que recuperamos Gibraltar

Un alcalde de la frontera, en efecto. El alcalde en cuestión era el de Tarifa, don Alonso de Arcos, un caballero sevillano de Utrera que había sido colocado ahí por el señor de la villa tarifeña. Hay que recordar que Gibraltar llevaba siglo y medio pasando de unas manos a otras: su posición geográfica convertía al peñón en una pieza clave de la estrategia tanto mora como cristiana, porque por ahí desembarcaban siempre cualesquiera refuerzos africanos que pudieran llegar al reino nazarí. En 1309 Castilla se había hecho con la plaza, pero volvió a manos moras en 1333 con la ofensiva benimerín, para pasar bajo el control del reino de Granada cuarenta años después. En todo este tiempo, la fricción en la zona había sido permanente: hasta ocho largos asedios de unos y otros. A la altura de 1462, la presión castellana sobre la frontera nazarí se había intensificado. Dentro de Granada, la pugna entre Yusuf V y su hermano Sad Ciriza estallaba en forma de algaradas por todo el reino. Y en ese momento, un musulmán de Gibraltar llamado Alí el Curro acude a ver al alcalde de Tarifa y le cuenta algo sorprendente: la guarnición del peñón ha quedado reducida a unos pocos hombres; es el momento de golpear.

¿Por qué Alí el Curro traicionó a sus hermanos de religión? Es difícil saberlo, pero hay muchas circunstancias que podrían explicarlo. Una vieja versión dice que Alí se había convertido al cristianismo, lo cual es perfectamente posible. Otra cosa que hay que tener en cuenta es que los moros de Granada no formaban en absoluto un bloque homogéneo, y de hecho Yusuf gozaba de la protección castellana en su lucha contra Sad Ciriza, de tal forma que lo de Alí no habría sido exactamente una traición. Y hay algo más: Gibraltar, desde la conquista benimerín, gozaba del estatuto de reino singular y los señores locales siempre habían pretendido mantenerlo frente a la hegemonía nazarí; lo cual, a ojos de Granada, significaba que el peñón podía convertirse en el baluarte de los moros de Marruecos, gentes que no tenían por qué ser necesariamente aliados de los granadinos. El hecho es que la información de Alí el Curro era cierta: Gibraltar apenas estaba protegido.

Don Alonso de Arcos no se lo pensó. Al fin y al cabo, nada iba a perder: si el ataque salía mal, habría sido simplemente un asedio fallido más, como los anteriores; pero, si salía bien, se cubriría de gloria. Don Alonso alineó a toda la hueste que tenía en los alrededores: ochenta caballeros y doscientos peones (o sea, gentes de a pie). Llegó hasta las proximidades de Gibraltar. Prudente, quiso obtener informaciones suplementarias. La providencia se las dio bajo la forma de dos espías moros que habían salido para vigilar los movimientos cristianos y terminaron atrapados por la hueste del alcalde. Los espías confirmaron la noticia de Alí.

El alcalde de Tarifa no era un aventurero: caballero de una pieza, cursó mensajes a sus superiores jerárquicos, el conde de Arcos y el duque de Medina Sidonia, que eran respectivamente Juan Ponce de León y Juan Alonso Pérez de Guzmán y que, por

cierto, se llevaban a matar entre sí. Los moros de Gibraltar, al ver a la hueste del alcalde don Alonso de Arcos, ofrecieron la capitulación en las condiciones habituales: rendición de la plaza y salida de las tropas a cambio de que se respetara la vida de los habitantes. Don Alonso habría aceptado de buena gana, pero he aquí que el conflicto entre los Ponce de León y los Pérez de Guzmán emponzoñó las cosas, porque ambos linajes se atribuían el derecho sobre la Roca. Una cosa muy española, en fin.

Aquí la crónica se vuelve confusa. Parece ser que mientras los dos bandos aristocráticos discutían sobre quién iba a quedarse con el pastel, don Alonso resolvió no esperar más, envió mensajeros a la plaza y obtuvo la capitulación de la guarnición mora. Era el 20 de agosto de 1462, viernes, día de san Bernardo, y desde entonces este santo es el patrón de la Roca. El alcalde de Tarifa, tipo serio, hizo su trabajo, lo terminó y, concluida la tarea, se marchó por donde había venido, dejando a los dos poderosos linajes que resolvieran sus querellas. Fueron los Medina Sidonia quienes, al final, ocuparon la fortaleza, quizá por la condición de adelantado mayor de la frontera que adornaba a su titular, Juan Alonso Pérez de Guzmán. No obstante, la disputa entre Ponces y Guzmanes iba a prolongarse durante largo tiempo.

Esta vez la reconquista de Gibraltar fue definitiva. Nunca más volvería a ser mora. El título de rey de Gibraltar pasó a engrosar la lista del rey de Castilla y ahí sigue incluso hoy, cuando el peñón es la última y oprobiosa colonia inglesa de Europa. Pero esto es otra historia y, además, bastante triste. Es mucho más amable — y justo— cerrar el relato con el buen don Alonso, el alcalde, cuya vida se extinguía quince años más tarde, en 1477, después de una ejemplar existencia de fiel caballero castellano. Fue sepultado en el monasterio de La Cartuja de Sevilla bajo esta inscripción: «Aquí yace sepultado el honrado caballero Don Alonso de Arcos, Alcaide de Tarifa, que ganó Gibraltar a los enemigos de nuestra Santa Fé». Un gran tipo.

Quedémonos con una estampa: Aragón está en crisis económica, Castilla está en crisis política, pero, por encima y por debajo de todo eso, un alcalde de la frontera se ata los machos y conquista Gibraltar. El dato es elocuente sobre el significado de la Reconquista, cuyo aliento profundo siguió vivo por encima de todas las vicisitudes. Don Alonso de Arcos atacó porque su principal objetivo en la vida era ganar tierras a los moros y hacerlas de nuevo cristianas. Ni más, ni menos.

Es importante subrayar esto porque, a la postre, sería ese vector de fuerza el que terminaría empujando a todos los reinos españoles hacia su unidad. A pesar de la severa e irrecuperable crisis económica de Aragón y a pesar de los interminables litigios internos de Castilla, la Reconquista seguía desplegando su impulso como una suerte de necesidad histórica. Y además empezaba a proyectarse también sobre los mares, cada vez más domésticos. Pero aquí es preciso llamar a un invitado que,

históricamente hablando, no deja de ser también un reino español: Portugal.

Y los portugueses nos regalaron la carabela

La conquista de los océanos desde finales del siglo xv no habría sido posible sin la carabela. Pero la carabela no es un invento español, sino portugués: fue Portugal el que desde su Escuela de Sagres dio un impulso determinante a la ciencia náutica. Gracias a la Escuela de Sagres fue posible descubrir América.

Estamos acostumbrados a pensar la historia de Portugal como ajena a la de España, pero los portugueses son tan hispanos como nosotros. Portugal nació como reino independiente en el siglo xii a partir de la herencia del rey de Castilla y León Alfonso VI. Desde su independencia, los caminos de portugueses y españoles no solo han corrido paralelos, sino que también se han cruzado reiteradas veces. Esto ocurrió de forma particularmente intensa en el ámbito de la conquista de los mares.

Situémonos a mediados del siglo xv, es decir, en la ola del Renacimiento. Hay en toda Europa un creciente interés por las ciencias, por las cosas del conocimiento. Y dentro de esa ola, la navegación vive un desarrollo extraordinario. A lo largo del siglo xv, España y Portugal, que prácticamente han terminado la Reconquista, hacen avanzar la técnica náutica a una velocidad impresionante, conquistan los mares, son la primera potencia marítima del mundo. La Corona de Aragón traía una intensa experiencia marinera por su dominio del Mediterráneo, desde el Levante español hasta Grecia. La Corona de Castilla mantenía rutas muy seguras en el Atlántico norte desde sus pactos con Francia en la guerra de los Cien Años; además, los marinos castellanos, cántabros y andaluces comenzaban la conquista de las islas Canarias. Pero, sobre todo, Portugal estaba haciendo cosas prodigiosas: gracias al impulso de Enrique el Navegante, un hombre fuera de lo común, los portugueses llegarán a las Azores y navegarán hacia el sur toda la costa africana.

Hay que decir un par de cosas sobre Enrique el Navegante, que es el personaje decisivo en esta historia. Enrique, nacido en la familia real portuguesa en 1394, hijo y hermano de reyes, era un tipo fascinado por la mar. Con veinte años participó en la conquista de Ceuta, donde resultó herido. Portugal había movilizado la friolera de doscientos barcos para la empresa. Esta experiencia ultramarina le convenció de que el futuro de su país estaba en la navegación. En cuanto pudo, se instaló en Sagres, en el extremo suroccidental de la península, levantó una fortaleza y organizó allí un gran centro náutico de investigación y producción que contaba incluso con astillero propio: el de Lagos. Astrónomos, geógrafos, navegantes de toda Europa, cartógrafos como el mallorquín Jehuda Cresques y cualquiera que pudiera aportar conocimientos sobre la mar, encontraba en Sagres financiación y apoyo. Enrique enseguida fue nombrado gran maestro de la Orden de Cristo, sucesora en Portugal de la Orden del Temple. Así, la Escuela de Sagres hay que entenderla como una nueva cruzada: la cruzada del mar.

La Escuela de Sagres compiló los mejores conocimientos geográficos y astronómicos de su tiempo para aplicarlos directamente a la navegación. Es el primer complejo científico-militar-industrial de la historia. Aquí había mucho amor a la mar y mucho amor a la ciencia, pero también había razones políticas muy poderosas: la presión turca en el Mediterráneo había cerrado las rutas a Oriente, las especias de India y China quedaban vetadas para los europeos y era menester encontrar nuevos caminos. A eso se va a emplear la Escuela de Sagres. La navegación en el siglo xv no era muy distinta de la de tiempos de los romanos: se seguía navegando a cabotaje, es decir, sin perder nunca de vista la costa. La principal fuerza de tracción eran los remos; se conocían sobradamente las corrientes de vientos, pero era muy arriesgado utilizarlas para ir más allá del litoral. Las cartas de navegación, muy imprecisas, apenas tenían valor práctico. La generalización de la brújula y el reloj de arena permitía orientarse en la mar, pero, sin conocimientos astronómicos avanzados, su eficacia también era muy limitada. Y en todas estas cosas Enrique el Navegante aportó innovaciones completamente revolucionarias.

Dentro de estas innovaciones, fue trascendental la aparición de la carabela, un nuevo tipo de embarcación más difícil de manejar que las otras naves de la época, porque requería mayor preparación, pero que a cambio tenía la ventaja de poder maniobrar con cualquier tipo de viento. La carabela es un barco ligero, de poco calado, bastante largo para la época —hasta treinta metros de eslora—, de elevados mástiles, con tres palos y velas latinas, es decir, triangulares, que permiten navegar contra el viento y alcanzar sin necesidad de remos una velocidad media de diez kilómetros por hora (en torno a seis nudos). Parece que el origen de este tipo de barco hay que buscarlo en los pescadores del sur del Mediterráneo. Lo que se vio en Sagres fue que la carabela, al poder maniobrar con cualquier viento, era un instrumento estupendo para ir más allá de las áreas donde los vientos conocidos cambiaban de dirección.

A partir de su base de Sagres, las hazañas náuticas de los portugueses son tantas y tan notables que es de justicia citarlas una por una. Joao Gonçalves Zarco se adentra en el Atlántico y toca la isla de Madeira en 1420. Seis años después, con Sagres ya en pleno funcionamiento, Gonzalo Velha Cabral va más lejos y descubre las islas Azores. Al año siguiente es Diogo de Silves quien alcanza la isla de Santa María en el mismo archipiélago de las Azores. Superada la frontera del Atlántico por el oeste, la nueva barrera se dibujaba al sur: el cabo Bojador, en la costa del Sáhara occidental, al sur de las Canarias, un punto del que nadie había pasado porque allí los vientos cambian de dirección. ¿Qué había al otro lado del cabo Bojador? Nadie lo sabía, porque ninguno de los navegantes que se aventuraron a franquearlo había vuelto para contarlo. Los mapas árabes llamaban a esa región «Mar Tenebroso», porque el régimen de vientos conducía a alta mar y, evidentemente, nadie osaba llegar tan lejos.

Pero la carabela permite dar el paso, y así, Gil Eanes, en 1434, logra pasar el temible cabo Bojador. Lo que encuentra es que, mar adentro, otros vientos distintos permiten regresar e incluso navegar hasta lugares nunca antes soñados.

En 1441 Nuno Tristán y Antonio Gonçalves tocan el cabo Blanco, ya en lo que hoy es Mauritania, y construyen un fuerte en la bahía de Arguín. En Portugal ha muerto el rey Juan I y ahora reina Eduardo I, el hermano mayor de Enrique el Navegante, que concede a este una quinta parte de los beneficios obtenidos en las nuevas tierras descubiertas. La ola de exploraciones no cesa: en 1444 Dionis Días pasa el río Senegal y el cabo Verde. Se enlaza así con el mercado africano del oro sin necesidad de atravesar el Sáhara. La actividad es tan intensa que entre 1444 y 1446 se registra el flete de cuarenta embarcaciones, nada menos. Enrique el Navegante morirá en Sagres en 1460. Para entonces ya se había explorado toda la costa africana hasta Sierra Leona. Y lo más importante es que el impulso de aquella escuela de navegación no remitirá: Zaire en 1482, el cabo de Buena Esperanza —el extremo sur de África— en 1487 y, al fin, la ruta marítima a la India en 1499.

Los navegantes portugueses de Sagres descubrieron los vientos que en el hemisferio norte permiten regresar a la península ibérica por el Atlántico central y, sobre todo, los alisios que al sur del paralelo 40 empujan hacia el interior del océano. En esa ruta descubrieron el mar de los Sargazos. Que se sepa, ninguno de ellos se aventuró más hacia el oeste. Esta tarea quedaría reservada para un misterioso navegante que hacia 1476 apareció en el ambiente de Sagres: Cristóbal Colón.

Estos nuevos conocimientos en materia náutica no quedaron constreñidos a Portugal. En aquella época todo el golfo de Cádiz hervía de iniciativas marineras, y consta que los navegantes andaluces pusieron muy pronto en práctica las cosas que salían de Sagres. Había familias de armadores que, siguiendo la estela portuguesa, establecieron bases comerciales en Río de Oro y el cabo Bojador, como Juan Venegas y Pedro Alonso Cansino. Ese es el ambiente en el que aparece una familia que va a ser determinante en el descubrimiento de América: los hermanos Pinzón, es decir, Martín Alonso, Vicente Yáñez y Francisco Martín. Los tres, y en particular el primero, gozaban de notable fama en los ambientes náuticos portugueses por sus incursiones en las Canarias y en Guinea. Los tres sabían pilotar carabelas y con toda seguridad estarían al tanto de los conocimientos de Sagres en materia astronómica y geográfica.

Y a propósito de conocimientos, es imprescindible deshacer un malentendido muy extendido hoy entre mucha gente, a saber: que en aquella época se creía que la Tierra era plana y solo Colón estaba seguro de su redondez, por lo que tuvo que enfrentarse a la cerrilidad de la Iglesia. Esto es absurdo, una invención del siglo XIX, tan funesto en tantas cosas. Cualquier persona culta del siglo XV sabía que la Tierra era redonda. Esto era una evidencia desde Aristóteles, o sea desde el siglo IV a. C. Un

siglo después Eratóstenes calculó la medida de la esfera, y de ahí la teoría pasó a Tolomeo, que afina aún más la medición. La Iglesia no pondrá en duda esa teoría. Ni la Iglesia, ni nadie. Es verdad que el Génesis propone una imagen plana, según la ciencia mesopotámica, pero desde San Agustín —siglo IV— encontramos ya en autores cristianos la tesis de la esfericidad de la Tierra: Isidoro de Sevilla la defiende en sus *Etimologías*, hacia el año 600, como Beda el Venerable a principios del siglo VIII y, después, Tomás de Aquino, que no solo confirma lo que dice Aristóteles, sino que completa la teoría con datos de la astronomía árabe.

No, cualquier español o portugués culto de finales del siglo XV sabía que la Tierra es redonda. Eso se enseñaba en las universidades y, además, se daba por sentada una medida prácticamente igual a la que hoy conocemos: 40.000 km por el ecuador. Lo que en aquella época estaba en discusión no era la redondez de la Tierra, sino la distancia a la que podían encontrarse las Indias —para ser más exactos, Cipango, Japón— desde las costas de Europa occidental, y las posibilidades de volver desde allá si se encontrara tierra al otro lado del océano. Eso se creía imposible. Y en efecto lo era. Lo que nadie podía saber, ni siquiera los pupilos de Enrique el Navegante, es que en medio había un continente. Esta última gran frontera quedaría para las carabelas españolas. Pero antes iban a pasar otras muchas cosas.

La triste historia de Juana la Beltraneja

Hay pocas existencias más tristes que la de Juana la Beltraneja, o sea, Juana de Castilla, una mujer que pudo reinar pero que, por un complejo juego de intrigas y querellas, terminó vituperada, perdió una guerra y acabó sus días en el exilio. Lo peor es que, a fin de cuentas, para España fue una bendición que Juana no reinara.

Situémonos una vez más. Allá por el año 1460, los reinos de nuestra península estaban al borde del colapso. Aragón —ya lo hemos visto—, hundido en una crisis económica irrecuperable. Navarra, azotada por una larga guerra banderiza al servicio de intereses ajenos. El reino moro de Granada, enzarzado en interminables guerras civiles entre las distintas familias de la dinastía nazarí. Y Castilla, que era el trono más fuerte de España, también tenía su cruz, porque aquí los grandes linajes nobiliarios se disputaban a dentelladas el poder político y económico —los derechos sobre el comercio de la lana, las tasas sobre ferias y caminos, etc.— y en la práctica tenían secuestrada a la corona del pobre Enrique IV el Impotente.

¿Tanto poder acumulaban los nobles como para tener al rey a su merced? En este momento, sí: las querellas dinásticas de los años anteriores habían convertido a los magnates en el brazo armado de los príncipes, y eso, en un tiempo en el que los reyes no poseían ejércitos propios, significaba que la corona debía comprar literalmente el apoyo de los grandes linajes nobiliarios. ¿Cómo lo compraban? Ofreciéndoles los recursos de la propia corona y, en especial, los derechos sobre tierras y villas que hasta entonces habían sido de realengo, es decir, propiedad del rey. Así la corona se fue descapitalizando mientras los magnates acumulaban más y más poder. Ese es el contexto en el que aparece nuestro personaje: Juana de Trastámara o de Castilla, nacida en Madrid un 28 de febrero de 1462.

Vale la pena dibujar una y otra vez el campo para no perderse. Juana era la única hija del rey Enrique IV —sí, el Impotente— y su segunda esposa Juana de Portugal. Aunque era mujer, por derecho le correspondía heredar la Corona de Castilla. La corte castellana, recordemos, se hallaba dividida por entonces en dos grandes partidos: uno, el «oficial», encabezado por el valido del rey Juan Pacheco y su hermano Pedro Girón, maestre de Calatrava, y otro, el «disidente», liderado por la poderosa familia de los Mendoza. Como el rey aún no había tenido descendencia, unos y otros jugaban como baza de fuerza con la familia del rey, y especialmente con sus hermanastros, los infantes Alfonso e Isabel, a los que correspondería heredar el trono en ausencia de descendencia legítima. Pero entonces llegó Juana.

Cuando nació la niña, el rey Enrique IV se apresuró a consolidar su posición proclamándola princesa de Asturias y haciendo que las Cortes, reunidas en Madrid, la juraran como heredera. Pero eso sirvió de bien poco, porque, por encima y por debajo de la mesa, los magnates seguían ventilando sus querellas. El exvalido Pacheco, resentido, vio que lo perdía todo y no se le ocurrió mejor cosa que reactivar la vieja

Liga nobiliaria, o sea, el frente que en años anteriores habían formado los grandes nombres del reino cada vez que se veían perjudicados por la corona. Era mayo de 1464. ¿Qué pedía ahora la Liga? Ante todo, que el nuevo valido del rey, Beltrán de la Cueva, abandonara la corte. Y si no lo hacía, los nobles proclamarían heredero al infante Alfonso, el hermanastro del rey Enrique. Pero ¿cómo? ¿Acaso no había ya una heredera legítima que era Juana? No: porque Juana —arguyeron Pacheco y los suyos— no era legítima, sino bastarda, hija en realidad de Beltrán de la Cueva. Así cayó sobre la pobre Juana el baldón de la bastardía. Y el muy despectivo sobrenombre de «la Beltraneja».

La situación de Castilla en aquel momento solo puede calificarse como endemoniada. Los nobles disidentes defienden que el heredero de la corona sea el infante Alfonso, un mozuelo de poco más de diez años (había nacido en 1453). El rey y los suyos mantienen la bandera de Juana, una niña de apenas dos años. Pero los candidatos a la sucesión no son en realidad otra cosa que rehenes en manos de los respectivos partidos. Juana va a pasar toda su infancia retenida por unos o por otros: el conde de Tendilla, los Mendoza, el propio Pacheco... La suerte de su rival, el niño Alfonso, no fue mucho mejor: su corona solo era la prenda del poder ajeno. Para terminar de liar la cosa, el viejo Juan II de Aragón, viendo que había cebo donde morder, se apresuró a reconocer al niño Alfonso. El rey Enrique trató de maniobrar. Primero propuso el matrimonio de Juana con el infante Juan, hijo del rey de Portugal. Después cedió ante los nobles rebeldes y sugirió que Juana podía casarse con el infante Alfonso, el candidato de la Liga. Nada de eso funcionó. Enrique tuvo que plegarse y reconoció a Alfonso como heredero. Pero en 1465 la Liga dio un paso más y, constatando la debilidad del rey Enrique, proclamó formalmente rey de Castilla al pequeño Alfonso. Fue en una ceremonia denominada «la farsa de Ávila», y algo de farsa hubo, en efecto, en todo aquello. Pero la corona era de verdad.

El pequeño Alfonso reinó. Por así decirlo. También reinaba Enrique, defendiendo mal que bien los derechos de su heredera Juana, a la que por otra parte desheredaba cada vez que pactaba con los rivales. Hubo guerra abierta en Castilla. Los bandos nobiliarios chocan en distintos lugares. Las ciudades, temerosas de que el desorden se extienda por todas partes, resucitan sus viejas hermandades de armas para garantizar su propia seguridad. El caos es fenomenal. En 1467 hubo en Olmedo una batalla que fue tan caótica como todo lo demás, porque aún hoy nadie sabe exactamente cómo acabó. El rey Enrique pierde al mismo tiempo la ciudad de Segovia con el tesoro real. Buscando un nuevo acuerdo, entrega como prenda a su esposa, Juana (la madre de la Beltraneja), con el lamentable resultado de que la reina, durante su cautiverio, queda de nuevo embarazada, y por supuesto de otro hombre, lo cual aumenta la fama de impotencia del rey. Un desastre. Y en eso va el niño Alfonso, el otro rey, y se muere.

Nadie sabe de qué murió Alfonso. En un ambiente como aquel, cualquier cosa es

posible. El hecho es que Alfonso, quince años, desaparece de la escena en julio de 1468. Los nobles de la Liga se quedan sin su rey. ¿Aceptarán a la Beltraneja? No: miran a la hermana de Alfonso, Isabel, como princesa de Asturias. Y obligan al rey Enrique a reconocerla como tal. Pero Isabel, diecisiete años en aquel momento, hará algo singular: elude la presión de los nobles de su propio partido, trata de llevar ella misma las negociaciones y acuerda con su hermano las condiciones de la sucesión. Eso será el Tratado de Toros de Guisando. Será pronto papel mojado, pero la jovencísima Isabel acababa de ofrecer una elocuente muestra de lo que llevaba dentro.

A todo esto, Juana la Beltraneja quedaba en la posición más desairada posible: a sus dieciséis años, y después de haber sido jurada heredera, ya se había visto desheredada dos veces. En este momento de nuestro relato la joven se hallaba recluida en el castillo de los Mendoza en Trijueque, Guadalajara. Sus posibilidades de reinar eran escasas, pero seguía siendo una prenda de enorme valor, porque cualquier nuevo suceso podía alterar otra vez el paisaje. Y ese nuevo suceso tardó poco en aparecer: en 1469, Isabel de Castilla, princesa de Asturias, se casa en secreto con Fernando de Aragón, hijo del rey aragonés. Y el mapa de España volvió a arder.

Extravagante boda real

En secreto. ¿Por qué se casaron en secreto Isabel y Fernando? Fundamentalmente, porque Enrique IV estaba dispuesto a matar para impedir ese matrimonio. Y no era para menos, desde su punto de vista. Fernando e Isabel son primos; pertenecen a una misma familia, los Trastámara, de origen asturiano, reinante en Castilla y Aragón. No es la primera vez que los Trastámara se casan entre sí, pero en esta ocasión hay mucho en juego: un vínculo entre los dos reinos mayores de España, nada menos. Lo cual dejaría fuera de juego a Enrique y a su heredera.

Fue en Valladolid, en 1469. Isabel de Castilla tenían dieciocho años; Fernando de Aragón, diecisiete. Vamos a fijarnos en los novios. Primero, Fernando, hijo del rey Juan de Aragón y, ahora, heredero de la corona. Es muy joven, pero su vida ha sido un continuo sobresalto político desde su más tierna edad. Este muchacho es aragonés porque su madre, Juana Enríquez, segunda esposa del rey Juan II, se marchó a parirlo a Aragón: buscó un caserón adecuado, que resultó ser el de la familia Sada en la villa de Sos, y allí dio a luz. Era 1452.

Ya hemos hablado aquí largamente de las broncas del rey Juan con su primogénito Carlos de Viana, hijo de su primer matrimonio con Blanca de Navarra. Precisamente en Navarra estaba Juana cuando le llegó la hora de alumbrar. Y lo quiso hacer en suelo de Aragón. También hemos explicado páginas atrás la feroz pugna de la corona aragonesa con la oligarquía catalana. Esta última estaba tan decidida a romper con el rey Juan que no dudó en ofrecer el trono, primero, a Carlos de Viana, y después, muerto este, al propio Enrique de Castilla. Todo lo cual se mezclaba con la guerra civil en las tierras catalanas, entre los dos polos sociales que representaban la Biga y la Busca. En esa atmósfera de caos permanente crece el joven Fernando. Como el heredero nominal, Carlos, está en insurrección permanente, el rey Juan se apresura a cubrir a Fernando de honores y dignidades: duque de Montblanc, conde de Ribagorza, señor de Balaguer... con solo seis años.

Carlos de Viana muere en 1461, y Fernando se ve convertido en heredero de la Corona de Aragón. Tiene nueve años. Las Cortes de Calatayud le confirman. Su padre le designa, además, lugarteniente general de Cataluña; un cargo nada honorífico en un momento en el que la guerra está asolando las tierras catalanas. Precisamente la guerra catalana será la principal escuela política y militar del pequeño Fernando. Política, sí, porque en aquel conflicto hubo tanta intriga palaciega como sangre en el campo. Cuando Enrique de Castilla renuncie a meterse en el avispero catalán, la oligarquía de Barcelona ofrecerá la corona sucesivamente a Pedro de Portugal y a Renato de Anjou, movimientos que desencadenan a su vez una intensa actividad diplomática en Francia y Borgoña, la primera para arbitrar en un conflicto que ve peligroso, la segunda por enemistad con la primera. Un laberinto, sí, pero el tipo de laberinto en el que el ya viejo rey Juan, siempre maniobrero, sabía

moverse como pez en el agua. Y Fernando se convertirá en el mejor discípulo de su padre.

Fernando fue, precisamente, la postrera y mejor jugada de aquel. A la altura de 1468, Juan II de Aragón ha conseguido eludir la presión de Castilla, Portugal y Francia. La oligarquía de Barcelona está cada vez más sola. Aragoneses, valencianos y mallorquines se han puesto del lado del rey, así como la población campesina, los pequeños comerciantes catalanes —los de la Busca— y, muy importante, la mayor parte del clero, que aquí, como casi siempre, optará por el poder público de la corona frente al poder privado de la nobleza. El reino está al borde de la ruina por tantos años de guerra, pero sigue siendo Aragón. La vecina Castilla, mucho más rica y poderosa, yace sin embargo en una crisis política de enorme alcance. Nadie ignora los problemas sucesorios de Enrique IV y la guerra abierta entre facciones de la nobleza. El rey alternativo que han escogido los rebeldes, el infante Alfonso, acaba de morir a muy temprana edad. Queda entonces en primer plano la hermana de este, la joven Isabel, soltera y con una promesa de trono en la mano. ¿Y si esa mano fuera para Fernando?

A sus diecisiete años, Fernando de Aragón es un príncipe de extraordinaria precocidad: no solo ha dirigido ejércitos y goza de una inteligencia política preclara, sino que ya tiene incluso dos hijos bastardos reconocidos. Además, acaba de recibir la Corona de Sicilia. La idea de casarse con Isabel no ha sido suya, pero el príncipe se sentirá muy atraído por esa mujer; es difícil hablar de «amor» en un matrimonio regio del siglo XV, pero pronto se verá que aquí, aunque había interés, había también muchas más cosas.

En cuanto a Isabel, que en este momento cuenta dieciocho años, es una mujer de carácter fuerte, decidido. Es muy consciente de su papel político. Además, es hermosa para la época y con un poderoso atractivo personal. Enrique IV, presionado por los nobles, había intentado casarla con un veterano aristócrata, Pedro Girón, el hermano del ambicioso Pacheco. Isabel rezó como nunca para que el matrimonio no llegara a celebrarse; Girón murió unos días antes de la boda. Ahora el partido de Isabel recibirá la propuesta de matrimonio de Fernando como una salvación: sacaba a la muchacha de las intrigas castellanas y le ofrecía una corona. Pero, además, le abría expectativas importantes sobre la propia corona castellana. Y Fernando no solo era un buen partido, sino que no carecía de atractivo.

Un nada pequeño problema obstaculizaba el enlace: Isabel y Fernando eran primos segundos y necesitaban por tanto dispensa papal para contraer matrimonio. Las presiones políticas sobre el pontífice fueron innumerables. El papa, que era Paulo II, se negó a concederla. Pero en Castilla apareció entonces una bula alternativa. Alguien, probablemente el arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo de Acuña, o quizás el legado pontificio, Antonio de Veneris, se encargó de proveer el ansiado

documento. Falso, sí, pero eso entonces solo lo sabían los falsificadores. Isabel huyó del control de su hermanastro, el rey Enrique, y acudió a Valladolid. Hacia allí se dirigía en el mismo momento Fernando, camuflado como criado de una pequeña cohorte, para burlar la vigilancia de las tropas de Enrique IV. El 18 de octubre de 1469, Fernando juraba los fueros de Castilla. Al día siguiente los novios contraían matrimonio en el vallisoletano palacio de los Vivero.

Enrique IV se subió por las paredes, como es natural: maniobró con rapidez, desautorizó el matrimonio de Isabel y Fernando, devolvió a Juana sus derechos y, aún más, él y su esposa juraron solemnemente que la chica era hija suya. Pero ya era demasiado tarde. La anarquía se adueñó del reino de Castilla. En aquel momento mandaban al mismo tiempo el rey Enrique, la princesa Isabel y el valido Pacheco, es decir, que no mandaba nadie. Isabel y Enrique tratarán de acercar posiciones, pero en vano. En Aragón, mientras tanto, el rey Juan y su hijo Fernando trataban de apagar los últimos rescoldos de la guerra civil catalana. Serán años de maniobras e intrigas. De Roma llegó finalmente una bula papal verdadera, expedida por el nuevo pontífice, Sixto IV, y seguramente debida a la mano de su legado en España, Rodrigo de Borja. Era diciembre de 1472. Con Aragón pacificado y esa bula en la mano, la posición de Fernando e Isabel se hizo aún más fuerte. Y Enrique IV veía cómo su mundo se desmoronaba.

Finalmente, el rey Impotente cayó enfermo. Se rumoreó que había sido envenenado, pero es poco verosímil, porque su enfermedad duró muchos meses. Murió en diciembre de 1474. El valido Pacheco le había precedido un par de meses en la visita a la Parca. Isabel se proclamó reina de Castilla un día después de la muerte de Enrique. Así quedaron frente a frente dos mujeres: Juana la Beltraneja e Isabel. Y en Castilla estalló —otra vez— la guerra civil.

La batalla de Toro

La gran diferencia entre el partido de Isabel y Fernando y el de Juana la Beltraneja era que en el primero había dos voluntades políticas de primer orden —las de los propios reyes—, mientras que el segundo venía movido por ambiciones nobiliarias que, en realidad, no aspiraban a otra cosa que a mantener el status quo previo, es decir, que el poder de los grandes magnates predominara sobre las prerrogativas regias.

Juana era en ese momento una niña de doce años. Había pasado la mayor parte de su vida alejada de sus padres: huésped —en realidad, rehén— sucesivamente del conde de Tendilla, de Juan Pacheco y, muerto este, de su hijo Diego López Pacheco. Para la pequeña Juana se había preparado un matrimonio de campanillas: con el duque de Guyena, hermano del rey de Francia. El matrimonio se celebró por poderes y no llegó a consumarse porque el duque en cuestión falleció dos años más tarde. Así Juana quedó viuda... con diez años. Después se negoció su enlace con la casa real portuguesa, incluso con su tío, el rey Alfonso V de Portugal. Nada de eso, sin embargo, se verificó. A la altura de 1474 Juana solo era un nombre que llevaba adheridos ciertos derechos a la Corona de Castilla. Y entonces empezó la guerra.

Buena parte de la nobleza, así como muchas ciudades, habían pasado al bando de Isabel y Fernando. Pero en el lado de la Beltraneja se mantenían nombres muy importantes de la aristocracia castellana: desde luego, seguían los Pacheco, ahora bajo el liderazgo de Diego López, y con él estaban el duque de Arévalo, el marqués de Cádiz, el maestre de la Orden de Calatrava y, sorpresa, el arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo, que había cambiado de bando, irritado al ver cómo los nuevos reyes promovían al cardenal Mendoza al rango de canciller, cargo que él ambicionaba. En conjunto, el partido de la Beltraneja controlaba una buena parte de Castilla la Nueva, Extremadura y Andalucía: la Castilla de los grandes latifundios, con sus abundantes recursos.

Lo que no tenían los partidarios de Juana era una bandera política visible, o no al menos de rango semejante al de sus enemigos, de manera que urdieron una intrincada combinación: ofrecer la mano de la niña al rey de Portugal, Alfonso V. Alfonso era tío carnal de Juana y, por otro lado, pasaba ya de los cuarenta años, pero el premio era suculento: la Corona de Castilla, nada menos, de manera que el rey portugués aceptó. Al mismo tiempo que se pedía a Roma la imprescindible dispensa papal, Alfonso V envió a Isabel y Fernando una suerte de ultimátum en términos muy claros: o reconocían a Juana como reina de Castilla, o invadiría el reino. Y así lo hizo: en la primavera de 1475 el rey de Portugal invadía Castilla por Extremadura con 5.000 caballeros y 1.600 peones. Se dirigió a Plasencia, donde se le unieron los hombres de Pacheco con la niña Juana. El 25 de mayo se verificó la boda.

Alfonso V estaba seguro de que su presencia armada en Castilla bastaría para

desequilibrar la balanza. Protegida por esa fuerza conminatoria, Juana firmó —o se le hizo firmar— un documento por el que proponía a las ciudades y villas una solución pacífica. La Beltraneja aseguraba que su padre, en su lecho de muerte, había reafirmado su derecho a la sucesión, y proponía una suerte de votación en Cortes para evitar la guerra: «Luego por los tres estados de estos dichos mis reinos, e por personas escogidas dellos de buena fama e conciencia que sean sin sospecha, se vea libre e determine por justicia a quien estos dichos mis reinos pertenecen; porque se excusen todos rigores e rompimientos de guerra». En suma, una votación bajo la sombra de las lanzas.

Pero, mientras tanto, Isabel y Fernando no se habían quedado quietos. Como lo que necesitaban era un baño de legitimidad, en enero de 1475 habían promovido un ambicioso acuerdo político, la Concordia de Segovia, por el que se delimitaban con claridad las competencias de uno y otro en Aragón y en Castilla, con especial detalle en asuntos espinosos como los impuestos, la administración de justicia, el nombramiento de cargos, etc. Lo más importante era que la Concordia de Segovia dibujaba un programa político de unión de coronas, lo cual ofrecía a castellanos y aragoneses un horizonte enteramente nuevo. Y aún más: puesto que lo que estaba en juego era la sucesión al trono castellano, Fernando hizo notar que, después de todo, el único descendiente varón vivo de Juan IV de Castilla era precisamente él, Fernando (por eso era primo de Isabel), redondeando los derechos que asistían a la pareja. A partir de ese momento los jóvenes príncipes forman un bloque invencible: sus avales para el trono son inmejorables —dos candidatos en uno— y sus apoyos han crecido de manera exponencial.

Alfonso V de Portugal, confiado, esperó a ver la evolución de los acontecimientos desde sus cuarteles en Plasencia y Arévalo. Craso error. Isabel y Fernando, con su legitimidad reforzada, se entregaron a una intensa tarea logística. En pocos meses habían reunido una fuerza de 4.000 caballeros, 8.000 jinetes y 30.000 peones; la mayor parte, gentes de las villas y aldeas, es decir, plebeyos. Al mismo tiempo que numerosos plebeyos del bando de la Beltraneja cambiaban de bando por no servir a las banderas portuguesas.

Hubo guerra en todas partes. Alfonso V, cuando vio lo que estaba pasando, se apresuró a tomar Zamora y Toro. En esta última ciudad sentó Juana su corte. Fernando intentó sitiarla con las milicias concejiles de Ávila y Segovia, pero con muy poco éxito. En Galicia, mientras tanto, los jinetes de Isabel y Fernando saqueaban las tierras de sus enemigos. El conflicto se contagió enseguida a las áreas fronterizas de Portugal, lo cual complicó todavía más las cosas. Hubo negociaciones: Alfonso, traicionando el compromiso con su mujer, ofreció renunciar al trono castellano si a cambio recibía el reino de Galicia, las ciudades de Zamora y Toro y una compensación económica. Isabel estaba dispuesta a pagar para que Alfonso se

marchara, pero no iba a entregarle ni una fanega de tierra castellana. La guerra se alargaba y el rey de Portugal empezaba a tentarse la ropa. En enero de 1476 quedó sitiado por tropas de Fernando el castillo de Burgos, donde resistía una guarnición partidaria de la Beltraneja. Alfonso V corrió a socorrerlo, pero enseguida vio que estaba demasiado lejos. Temeroso de alargar excesivamente sus líneas, retrocedió. El castillo de Burgos cayó. Y con él, el prestigio de Alfonso V de Portugal entre los nobles castellanos.

Rápidamente Alfonso se quedó solo. Pidió ayuda a los nobles que le habían llamado, pero estos estaban demasiado ocupados tratando de defender sus propios territorios. El único que acudió a Toro fue el arzobispo Carrillo. Alfonso intentó una última jugada: pidió refuerzos a su hijo, Juan, y un nuevo ejército portugués entró en Castilla. Fernando había tomado Zamora después de hacerse con Burgos. Ese sería ahora el nuevo objetivo portugués: sitiar a Fernando dentro de los muros zamoranos. Pero Fernando resistió el asedio. Más aún: cuando los portugueses lo levantaron, ya llegando el mes de marzo de 1476, Fernando les siguió. Iba a dar la batalla.

Fue el 1 de marzo de 1476. Ocho mil hombres por cada bando, cuentan las crónicas. Con Alfonso de Portugal estaban su hijo Juan y los obispos de Évora y de Toledo. Con Fernando de Aragón, el cardenal Mendoza y el duque de Alba, así como las milicias de Zamora, Ciudad Rodrigo y Valladolid. La batalla fue larga, pero no especialmente cruenta: se calcula que las bajas de cada bando no llegaron al millar. ¿Quién ganó? En realidad, nadie: el ala de Alfonso de Portugal cayó bajo el empuje de Fernando, pero las tropas del príncipe Juan doblegaron a sus rivales castellanos. Con todo, la victoria en esta batalla no iba a ser militar, sino... política.

En efecto, Fernando de Aragón, viendo que el choque concluía sin vencedores ni vencidos, se apresuró a dar su propia versión de los hechos. Envío cartas a todas las ciudades de Castilla y Aragón y a varias cortes europeas. En esas cartas decía que las tropas de Isabel de Castilla habían vencido a las de su enemiga, Juana, y del rey portugués. Pronto nadie dudó de quién había sido la victoria. Los partidarios de Juana, viendo su causa perdida, bajaron los brazos. Fernando tomaba el castillo de Zamora en son de triunfo. Isabel convocaba Cortes para proclamar a su hija como heredera de Castilla. Poco a poco, los últimos partidarios de Juana se dirigieron a Isabel pidiendo el perdón real. La propia guarnición portuguesa de Toro terminó levantando el campo pocos meses después.

Alfonso de Portugal se resistirá a darse por vencido. Durante meses intentará mantener en pie a su ejército en tierras castellanas. Pero mientras él ataca en tierras de Salamanca y Valladolid, las tropas castellanas castigan la frontera portuguesa, ahora desguarnecida. El rey luso se esforzará hasta el final por hacer visible su potencia, pero ya no había nada que hacer. Sobre todo porque la generosa política de perdón de Isabel y Fernando privará a Juana de sus últimos partidarios. El final

llegará pronto: el 13 de junio de 1476, Alfonso V de Portugal y Juana de Trastámara, llamada la Beltraneja, abandonaban el territorio castellano para no volver jamás. Isabel y Fernando habían vencido.

La guerra con Portugal no acabará aquí: las hostilidades continuarán en la mar y, de hecho, no podrá hablarse de paz hasta el Tratado de Alcazovas, ya en 1479. Pero, a nuestros efectos, las consecuencias políticas de la batalla de Toro significaron la extinción de las aspiraciones de Juana la Beltraneja. Para más dolor, pronto llegó a Portugal una bula del papa que anulaba la concedida en su día para que Juana pudiera casarse con Alfonso. De manera que la Beltraneja, que todavía era una niña, se veía viuda del duque de Guyena y separada del rey de Portugal, sin otro destino que someterse a los acuerdos que a partir de ahora firmarán Portugal y Castilla. Finalmente, en 1481 ingresó en el monasterio de las clarisas de Coimbra. Allí estará medio siglo, hasta su muerte en 1530. Pero para entonces el mundo ya era otro.

Jorge Manrique: un poeta guerrero del Renacimiento

Paredes de Nava, Palencia, 11 de noviembre de 1476, recién concluida la guerra castellana de sucesión. Los llanos de la Tierra de Campos repiten los ecos de una campana que toca a muerto. El muerto es don Rodrigo Manrique, conde de Paredes de Nava, maestre de Santiago, condestable de Castilla, que acaba de rendir su alma a Dios después de setenta años de luchas. El viejo conde, pugnaz y combativo, vástago aventajado del recio tronco de los Manrique de Lara, ha agotado sus días en el dolor y la sordidez de un cruel cáncer que le ha desfigurado el rostro. Toda la gloria de los títulos y las victorias se resuelve ahora en ese cuerpo derruido que exhala su último aliento.

Al pie del lecho del muerto, su hijo Jorge, criado a su lado, que ha librado mil combates junto al viejo conde, reflexiona melancólicamente sobre las fatalidades de la vida y de la muerte. Esa es la escena que dará lugar a las celebérrimas *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique:

*Así, con tal entender,
todos sentidos humanos
conservados,
cercado de su mujer
y de sus hijos y hermanos
y criados,
dio el alma a quien se la dio
(en cual la dio en el cielo
en su gloria),
que aunque la vida perdió
dejónos harto consuelo
su memoria.*

En realidad no podemos saber si don Jorge estuvo al pie del lecho de don Rodrigo —aunque el interesado así lo cuenta—, pero todo lo demás sí fue como lo hemos descrito. Y podemos añadir, para completar el cuadro, que sin duda Jorge Manrique traería a su mente todas las muertes que habían jalonado su propia vida. La de su madre, doña Mencía, dorado linaje de Figueroas y Mendozas, fallecida en plena juventud cuando el poeta apenas tenía cinco años. La muerte también de su hermano Rodrigo, caído en Baza, en una de las innumerables querellas que por entonces oponían a las grandes familias de Castilla. ¿Y de qué valen ahora los fastos y los lujos, los oropeles y los blasones? Otras cosas, sin embargo, permanecen. La vida terrenal solo es una de nuestras vidas. Hay otra que nos sobrevive, que es la de la

fama. Y hay una tercera que es la decisiva: la vida eterna. Esa superposición de vidas, la fragilidad de lo terreno y la certeza de lo eterno, es la columna vertebral de las *Coplas* manriqueñas.

¿Quiénes eran esos españoles, los que así pensaban y así sentían, los que filosofaban de tal modo ante la presencia insuperable de la muerte? Eran los mismos que hemos visto peleando por dos reinas. Y entre ellos, los Manrique de Lara: nuestro Jorge y su padre, don Rodrigo. Duques de Nájera, condes de Treviño, marqueses de Aguilar de Campóo: una de las grandes familias del momento. Los Manrique han dorado sus blasones en la guerra contra el moro y ahora están decididamente a favor de Isabel y Fernando. Nuestro clan combate en el castillo de Montizón, en Baza, en Uclés... Isabel y Fernando han confiado a los Manrique la tenencia de Ciudad Real. Al viejo Rodrigo le llega la muerte en estos afanes. Ahí Jorge escribe sus *Coplas*. Unos meses antes, en marzo de 1476, los partidarios de Isabel y Fernando habían vencido a sus rivales en la decisiva batalla de Toro. ¿Pero de qué servía la victoria ahora, ante ese cuerpo devorado por la enfermedad?

El propio Jorge conocerá muy pronto los sinsabores de la muerte. Los reyes Isabel y Fernando están sojuzgando toda resistencia. Pocos se atreven todavía a desafiarles. Uno de los últimos reductos de los rebeldes es el castillo de Garcimuñoz, en Cuenca, plaza fuerte del marqués de Villena. Jorge Manrique ha acudido al lugar. No es propiamente un asedio: la guerra está ganada. Tal vez era simplemente una escaramuza. Pero ahí, en esa refriega menor, encontrará la muerte nuestro hombre. Era la primavera de 1479. Ese mismo año, Portugal reconocía a Isabel y Fernando, nadie discutía ya a Isabel como reina de Castilla, los vascos —acérrimos partidarios de Isabel— frenaban un intento de invasión francés en Fuenterrabía y Fernando era coronado rey de Aragón. Una nueva España nacía. Pero Jorge Manrique no vivió para verlo.

Estremece pensar que estos mismos españoles, desgarrados en luchas intestinas de sabor inequívocamente medieval, apenas cincuenta años después van a construir en América el primer gran imperio colonial europeo. En realidad, España —toda ella, lo mismo Castilla que Aragón y Navarra— pasó de la Edad Media a la Moderna en ese breve plazo. Nuestro Renacimiento fue una especie de fulgor volcánico que en muy pocos años hizo salir al exterior todos los grandes cambios que, soterrados, venían incubándose desde un siglo atrás. Y así, en el espíritu de gentes como Jorge Manrique, guerrero medieval, asoman también el filósofo clásico y el poeta estoico:

*El vivir qu'es perdurable
non se gana con estados
mundanales,
ni con vida delectable*

*donde moran los pecados
infernales;
mas los buenos religiosos
gánanlo con oraciones
e con lloros;
los caballeros famosos,
con trabajos e aflicciones
contra moros.*

Lope de Vega dejó escrito que las *Coplas* de Manrique merecerían haber sido escritas con letras de oro. Y Azorín decía que estas coplas, con su métrica de pie quebrado, suenan al ritmo sentencioso y roto de las campanas fúnebres. Seguramente el mayor hallazgo estilístico del poema es precisamente ese: la perfecta adaptación entre la forma y el contenido, entre la música y la letra. Manrique se acercaba ya a los cuarenta años cuando compuso estas coplas, y llevaba mucho tiempo escribiendo; no puede pensarse que la perfección estilística de la obra sea fruto de una dichosa casualidad, sino que más bien es el producto acabado de un arte. El arte de una España que abandonaba la Edad Media sin romper del todo con su espíritu. Esa era la música de la España de los Reyes Católicos.

La Santa Hermandad: la primera policía nacional

Los Reyes Católicos pusieron los cimientos del primer Estado moderno de Europa. Entre otras cosas, fueron los primeros en organizar un cuerpo dedicado a garantizar la seguridad en todos los territorios de la corona y bajo la autoridad directa de esta. Eso sería la Santa Hermandad. Fue el primer cuerpo nacional de policía del mundo.

Tenemos que ponernos en situación: cuando los Reyes Católicos se hacen con la corona, España vivía un caos importante. En Castilla, al calor de la guerra civil, numerosos nobles se habían convertido en bandoleros que se dedicaban impunemente al saqueo. Bandas de facinerosos controlaban los caminos y extorsionaban a los labradores. En Aragón, por su parte, el bandolerismo era una constante de la vida cotidiana, y aún lo sería por mucho tiempo más. Estamos ante un auténtico orden mafioso: los magnates controlan organizaciones de delincuentes y los delincuentes creen posible convertirse en magnates. La corona no podía controlar lo que pasaba en sus territorios. Así se lo explicaba al obispo de Coria el cronista Hernando del Pulgar en 1473:

El duque de Medina con el marqués de Cádiz, el conde de Cabra con don Alonso de Aguilar, despojan toda aquella tierra de Andalucía. La provincia de León es devastada por don Alonso de Monroy, maestre de Alcántara. En Toledo, alcázar de emperadores, todos, grandes y chicos, viven una vida bien triste y desventurada. Medina, Valladolid, Toro, Zamora, Salamanca, están bajo la codicia del alcalde de Castronuño, Pedro de Mendoza, uno de los mayores facinerosos (...). El conde de Treviño, con esos caballeros de las Montañas, trabajan asaz para asolar toda aquella tierra hasta Fuenterrabía. No hay más Castilla; si no, más guerras habría (...). Las muertes, robos, quemas, injurias, asonadas, desafíos, fuerzas, ajuntamientos de gentes que cada día se facen, abundantes en diversas partes del reino, son por nuestros pecados de tan mala calidad, e tantos en cantidad.

¿Qué estaba pasando? No se trataba solo de un problema de orden público. Era también un problema político de primera magnitud, porque esos magnates convertidos en delincuentes disputaban el poder a los reyes. Lo mismo estaba ocurriendo en toda Europa: el poder regio trata de afirmarse frente al poder feudal, y este recurre a la violencia para impedirlo. El orden feudal ya no es lo que era: la vieja regla de que el fuerte debía proteger al débil, norma tradicional de la caballería cristiana, había quedado hecha migas bajo una aristocracia frecuentemente degenerada. En esa situación, los concejos de las villas buscan una forma eficaz de proteger sus campos, sus ferias, sus montes. Como las mesnadas de los señores feudales ya no protegen a nadie, sino más bien al revés, los concejos organizan su

propia defensa con hermandades de hombres armados. En Castilla había hermandades locales de este tipo desde mucho tiempo atrás. El primer intento por organizarlas en un solo cuerpo es de 1473, cuando aún reinaba Enrique IV, pero esta primera hermandad no sirvió de gran cosa. En 1476, cuando el conflicto por la sucesión en Castilla dé lugar a una verdadera guerra civil, se constatará que hace falta un concepto nuevo: más autoridad, capacidad para actuar en todo el territorio de la corona, mejor organización... Para eso nacerá la Santa Hermandad nueva.

Sabemos quiénes fueron los promotores de la idea: el asturiano Alonso de Quintanilla, contador mayor de cuentas, y el burgalés Juan de Ortega, primer sacristán del rey y provisor de Villafranca de Montes de Oca. Gente seria y finos políticos. Primero acudieron a ver a los concejos de las ciudades más importantes: Burgos, Palencia, Medina, Segovia, Olmedo, Salamanca, Zamora. No sin dificultad, porque las ciudades no se fiaban, lograron que cada concejo enviara un representante a la ciudad de Dueñas, en Palencia, donde Quintanilla y Ortega organizaron una reunión general a finales de marzo de 1476, pocas semanas antes de que los reyes presidan la asamblea de las Cortes en Madrigal. Y allí, en aquellas Cortes de Madrigal, Quintanilla tomó la palabra ante los reyes y les habló así:

Muy excelentes Señores, es notorio cuántos robos y asaltos y muertes y heridas y capturas de hombres se hacen y se cometen cada día en estos vuestros Reinos, en los caminos y yermos de ellos, desde el tiempo que vuestra Real Señoría reina. A lo cual ha dado causa la entrada de vuestro adversario de Portugal en estos Reinos, y el favor que le han dado algunos caballeros vuestros, rebeldes y desleales y enemigos de la patria (...). Y como estamos seguros de que Vuestra Alteza desea poner remedio en esto y castigar a los malhechores, pero las guerras en que estáis quote no os dan lugar a ello, hemos pensado en el remedio (...). Y nos pareció el mejor y sin costa vuestra el que se hiciesen Hermandades en todos vuestros Reinos, y cada ciudad y villa con su tierra entre sí, y las unas con las otras, de lo cual Vuestra Alteza mandó hacer sus Ordenanzas. Por ende suplicamos las mande dar por ley para todos vuestros Reinos, para que hayan mayor fuerza e vigor.

Los Reyes Católicos aceptaron la propuesta. El 19 de abril de 1476 se publica el Ordenamiento de Madrigal, la carta fundacional de la Santa Hermandad, que debía cumplirse en todo el reino de Castilla en un plazo de treinta días, so pena de graves sanciones. El Ordenamiento añadía novedades importantes en el plano jurídico. La Hermandad se convertía en jurisdicción superior a la hora de perseguir a los delincuentes: todas las autoridades quedaban obligadas a entregar los presos que la Hermandad reclamase. Se prescribía una lista detallada de delitos competencia directa de la Hermandad: asalto en los caminos, robos de muebles o semovientes en

despoblado, muerte, herida, incendio de mieses, viñas y casas... Se señalaba la forma de ejecutar la sentencia en caso de condena a muerte: asaeteamiento en descampado. Pero el Ordenamiento se esforzaba también por preservar la objetividad de la justicia y las garantías para el acusado. La Santa Hermandad nacía con un plazo limitado de vigencia: dos años, hasta que el problema de la inseguridad hubiera quedado resuelto.

¿Cómo se organizaba esta primera fuerza de policía? Ortega y Quintanilla lo habían previsto todo. Las ciudades aportarían, por cada cien vecinos, un jinete, y por cada ciento cincuenta, un hombre de armas. Asturias, las merindades del norte del Ebro y de Aguilar de Campóo aportarían solo soldados de infantería. Para mantener al nuevo cuerpo se estableció un impuesto —la llamada «sisa», que de ahí viene el verbo sisar— sobre todas las mercancías menos la carne. En total habrá 2.000 hombres en esta primera policía, cuyo rasgo fundamental es que, por primera vez, podían actuar en todo el territorio de la corona. También empezó a adoptarse el hábito de que los soldados de la Santa Hermandad, para ser fácilmente reconocidos, vistieran en sus trajes mangas de color verde. Muchos siglos más tarde, el verde sería recuperado para el uniforme de la Guardia Civil.

La idea era excelente y el proyecto, sobre el papel, intachable. Ahora bien, la iniciativa lesionaba derechos de personas, grupos e instituciones que hasta entonces habían hecho de su capa un sayo. Por otro lado, la Santa Hermandad no era solo un cuerpo de policía, sino que también traducía la voluntad de los reyes de afirmar su poder sobre otros derechos particulares, lo cual inquietaba a mucha gente; entre otras cosas, las ciudades debían mantener económicamente a los soldados de la Hermandad, y eso no gustaba demasiado a unos concejos que hasta hacía poco tiempo habían tenido que pagar también el chantaje de los bandoleros.

La primera junta de la Hermandad, en Valladolid, a punto estuvo de acabar en desastre. Solo la capacidad de persuasión de Ortega y Quintanilla pudo salvar la situación. Los reyes, por otra parte, movieron sus hilos, y se aseguraron de que los procuradores de las juntas participaran de la intención de la corona. ¿Cómo? Tocando donde más duele: si las grandes ciudades castellanas querían garantizar el comercio de la lana con caminos seguros, ferias prósperas y transportes sin sobresaltos, no tenían otra opción que aceptar las exigencias de mantener a las tropas de la Santa Hermandad. Más aún: la propia junta de la Hermandad dictó que todas las villas y lugares del reino quedaban obligadas a entrar en el nuevo sistema de seguridad, so pena de sanciones de entre 20.000 y 100.000 maravedíes. La seguridad se convertía, por primera vez, en política de Estado. El primer capitán de la Santa Hermandad fue Alfonso de Aragón, hermanastro del Rey Católico.

¿Fue eficaz la Santa Hermandad? Los cronistas de la época de Isabel, ciertamente poco críticos con la reina, atribuyen al nuevo cuerpo una eficacia desmedida. Así lo decía, por ejemplo, Lucio Marineo Sículo: «Cesaron en todas partes los hurtos,

sacrilegios, corrompimientos, prisiones, injurias, blasfemias, bandos, robos públicos y muchas muertes de hombres, y todos los otros géneros de maleficios, que sin rienda ni temor de justicia habían discurrido por España mucho tiempo».

La verdad es que el delito no desapareció: todavía entre 1492 y 1493 encontraremos una larga lista de crímenes reprimidos. Pero precisamente esa lista demuestra que la Santa Hermandad funcionaba a pleno rendimiento: el delito era registrado, perseguido y sancionado. Por otro lado, y para evitar suspicacias locales, los reyes tuvieron el tacto de permitir que junto a la Santa Hermandad coexistieran las hermandades previas, de carácter local, integradas en la nueva. Es lo que ocurrió en Guipúzcoa, Álava y Vizcaya, y también en Toledo y Talavera. Así, y siempre estrechamente sujeta a la autoridad de los reyes, la Santa Hermandad demostrará una eficacia notable. El periodo inicial de vigencia —dos años— fue prorrogado reiteradas veces. Los efectivos de la Hermandad participaron en la toma de Granada y en las expediciones a Nápoles y las Canarias. Además de todo eso, la información recogida por la Santa Hermandad será la base de los primeros censos y padrones modernos de España, ya iniciados el siglo XVI.

La Santa Hermandad nueva desapareció como tal a finales del siglo XV. Su trabajo sería prolongado por las hermandades locales durante siglos, frecuentemente bajo el mismo nombre de Santa Hermandad, y con labores de policía rural. En ese largo periplo hubo de todo: extraordinarios ejemplos de abnegación y otros casos bastante menos edificantes. La Santa Hermandad fue oficialmente disuelta en 1834. Para la historia quedaba como el primer cuerpo de seguridad nacional creado en Europa. Y en 1844 aparecía un nuevo cuerpo que se proclamaba heredero de su espíritu y que, como ella, velaría por la seguridad de los caminos y los campos de España simultáneamente en todo el territorio nacional: nacía la Guardia Civil.

La construcción de una potencia

En apenas quince años España estaba pasando de la Edad Media a la modernidad política. La guerra civil castellana por la sucesión de Enrique IV y la guerra de la oligarquía catalana contra el rey de Aragón habían sido los últimos suspiros de la España medieval. La victoria de Isabel y Fernando supuso la entrada de nuestro país en la modernidad; antes que ningún otro reino de Europa.

Otras muchas veces había habido guerras por la sucesión de un monarca sin descendencia. Sin embargo, el conflicto entre los partidarios de Juana la Beltraneja y los de Isabel de Castilla terminó siendo algo completamente distinto. Juana la Beltraneja, hija formal —pero discutida— del finado Enrique IV, se convirtió en bandera de las grandes casas nobiliarias que aspiraban a mantener su posición dominante en Castilla. Isabel, hermanastra del rey difunto, buscó sus primeros apoyos en las villas y la baja nobleza. Como había sido habitual hasta entonces, las potencias extranjeras también movieron sus piezas, y así Portugal y Francia optaron por la Beltraneja, en la certidumbre de que Castilla saldría debilitada con aquella mujer en el trono. Isabel, casada con Fernando de Aragón, también buscó sus alianzas. Pero ahora había dos novedades importantes. La primera: Isabel y Fernando tenían el propósito de constituir un poder único sobre dos coronas distintas, y ese proyecto unificador pronto atrajo muchas voluntades. La segunda: la castellana y el aragonés habían decidido imprimir un giro decisivo a la estructura política de sus reinos, lo cual iba a cambiar las cosas para siempre. Por eso es tan importante entender lo que pasó.

Aquí es preciso hacer un poco de teoría política para saber qué tenía en la cabeza aquella gente. Porque el cine y la literatura moderna nos han servido la idea de una sociedad medieval dominada por el simple capricho de los reyes o los nobles, pero esto es una falsificación. Por supuesto, los poderosos intentaban gobernar según su arbitrio, tal y como ocurre hoy y en todos los tiempos, pero la sociedad del siglo xv tenía criterios muy claros sobre en qué consistía un buen gobierno. Desde el siglo anterior, estaba muy extendida la idea pactista, teorizada entre otros por el franciscano catalán Francesc Eiximenis, cuya doctrina puede resumirse así: el poder real es fruto de un contrato entre la comunidad y el príncipe, al cual corresponde el gobierno como deber moral impuesto por Dios; en virtud de tal contrato, el príncipe debe gobernar bien y con justicia. No era un contrato abstracto ni tácito: el complejo sistema de fueros y leyes actuaba como guía concreta del pacto.

Esta concepción del poder se mantenía viva tanto en Aragón como en Castilla, y será determinante para formar la imagen de la comunidad política en el Renacimiento español. Una y otra vez las Cortes, y en particular las ciudades, esgrimirán esta idea como norte del buen gobierno. La pugna entre el poder público de la corona y el

poder privado de los nobles, que es la línea de fuerza mayor de toda la Edad Media europea en el plano político, terminará siempre subordinada a esa idea del pacto, que hará sentir su peso incluso cuando los reyes, para mantenerse en el trono, cedan a la tentación de hipotecar parcelas de poder en beneficio de los nobles. Tal era exactamente la situación tanto en aquel reino de Castilla desgarrado por la guerra civil como en aquella Corona de Aragón arruinada por la crisis económica. Sobre semejante paisaje, Isabel y Fernando optaron por un programa muy claro: restaurar el orden político reforzando el poder real. Y las villas y ciudades de todos los reinos entenderán muy pronto que ahí radicaba su propia salvación.

Isabel y Fernando no inventaron nada, ciertamente: todas las instituciones que a partir de este momento van a consolidar la unión de los reinos ya existían con anterioridad. Pero lo nuevo es la voluntad política de los reyes, que tienen muy claro el objetivo de constituir órganos de gobierno independientes de cualquier interés de facción e identificados con el programa político de la corona. El mejor ejemplo es el Consejo Real de Castilla, que databa del siglo anterior. El Consejo era la institución que debía asegurar un gobierno justo, por encima de los intereses privados de los estamentos más poderosos. Pero durante más de cien años aquel órgano había sido escenario de las ambiciones de cada facción, hasta el punto de quedar prácticamente secuestrado por los magnates del reino. Lo que hicieron Isabel y Fernando fue garantizar la eficacia política del Consejo disminuyendo el peso de los estamentos —nobles, prelados, etc.— y aumentando el de los «doctores» o «legistas», es decir, funcionarios de la corona especializados en la gestión y en la administración de Justicia. Desde fecha tan temprana como 1480 —en las Cortes de Toledo— el Consejo de Castilla ya es una institución plural y, a la vez, muy profesionalizada, con cinco miembros dedicados cada cual a tareas concretas: la gobernación ordinaria del reino, la administración de Justicia, la gestión de la Hacienda, la dirección de la Santa Hermandad y un último consejero dedicado exclusivamente a las cuestiones de Aragón.

Este proceso de profesionalización del gobierno se vivió en todos los ámbitos. En el de la Justicia, el órgano central, que era la Audiencia, fue haciéndose cada vez más simple en su organización y al mismo tiempo más eficaz en su alcance, con una presencia creciente de doctores y notarios en detrimento de los representantes políticos o estamentales. En el campo de la Hacienda, por su parte, el complejo sistema impositivo de los años anteriores —tercias, alcabalas, etc.— fue dejando paso a un modelo más funcional que atendía en primer lugar a sufragar directamente los gastos de la corona, en detrimento de los magnates. Del mismo modo, los reyes se aseguraron el control directo del territorio a través de la figura del corregidor municipal, que ya existía en Castilla y que ahora se extendía a las ciudades de la Corona de Aragón.

Todas estas reformas dibujaban ya un tipo de Estado completamente distinto al orden medieval. Los viejos estamentos seguían teniendo un enorme peso político y social, pero el gobierno ejecutivo del reino pasaba a ser competencia cada vez más exclusiva de los reyes y su consejo. Las funciones de gobierno se especializan y la autoridad regia se refuerza frente a los poderes privados: estas son las líneas centrales de un proceso de modernización que pronto iba a vivirse por igual en toda Europa y en el que España, bajo el impulso de Isabel y Fernando, estaba jugando un papel precursor. Por eso se dice que la España de los Reyes Católicos fue el primer Estado moderno de Europa. Hoy esa «modernidad» puede parecernos solo embrionaria, pero en su momento nadie había hecho nada igual.

Dentro de este proceso de modernización juega un papel decisivo la muy personal voluntad unificadora de Isabel y Fernando. Ambos sabían bien qué querían y por qué. El acuerdo político de la Concordia de Segovia, en 1475, recién casados los reyes, fue mucho más que un pacto matrimonial: aquellas líneas de recia prosa dibujaban el embrión de un Estado moderno en la medida en que atribuían un indiscutible lugar central al poder de los reyes. Y en lo que concierne específicamente a España, se constituía una nueva entidad política que iba mucho más allá de la simple unión de reinos, pues cada cónyuge reconocía al otro poderes y competencias en sus respectivos territorios: Isabel era propietaria de Castilla y Fernando lo era de Aragón, pero la una y el otro poseían atribuciones regias en el reino del esposo. No era una simple unión dinástica: era un auténtico proyecto de unificación territorial.

En la España actual, desde hace algunos años y bajo la fiebre autonomista, se ha intentado reconstruir la historia como si aquello hubiera sido un simple acuerdo de esponsales llamado a desaparecer cuando los reyes hubieran muerto. No es verdad: de toda la política de los Reyes Católicos se deduce con claridad el objetivo de unir definitivamente Aragón y Castilla y, más aún, de hacer lo propio con Portugal en cuanto fuera posible, y de ahí la obstinada política matrimonial portuguesa de Isabel y Fernando, cuyas hijas Isabel y María se casaron con reyes portugueses. Aragón y Castilla mantenían cada cual sus propias instituciones, sí, pero bajo una dirección común y sin que los reyes tuvieran la menor intención de separar lo que ellos mismos habían unido. Quizá la mejor prueba material de esa voluntad política unificadora sea el escudo que los propios reyes se otorgaron: un sello único, común a ambos, donde los cuarteles de Castilla y León se unían con los de Aragón y Sicilia bajo el águila de San Juan. Nunca antes unos reyes habían hecho nada parecido, ni en España ni en ningún otro lugar. Con razón puede decirse que bajo Isabel y Fernando nace la España moderna.

Así la España de finales del siglo xv ofrecía la imagen de una nación dinámica y llena de fuerza que había construido un orden nuevo. Esto se ve con mayor claridad si miramos al resto de Europa. Por ejemplo, la Inglaterra de aquel momento acababa de

cerrar la «guerra de las dos rosas» entre los Lancaster y los York, y la dinastía Tudor se esforzaba por construir algo parecido a un poder centralizado frente a las ambiciones nobiliarias. No era muy distinta la situación en Francia, que trataba de recomponer su mapa político absorbiendo a los territorios vecinos, mientras, en su interior, los nobles disputaban el poder al rey. Frente a ese escenario aún feudal, la España de los Reyes Católicos ya era una nación moderna. Esa fue la gran obra de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.

Este gran proyecto unificador explica todo lo que pasó inmediatamente después, en una carrera de acontecimientos que iba a convertir a España en la potencia determinante del mundo cristiano. La unificación territorial con la conquista del reino de Granada, primero, y la integración de Navarra después. La unificación religiosa con la expulsión de los judíos, polémico asunto del que pronto hablaremos en estas páginas. E incluso la unificación cultural con la publicación de la *Gramática castellana* de Nebrija, que fue la primera gramática del mundo sobre una lengua moderna y que pronto sería copiada en otros países. En la estela de esa política aparecen personajes tan decisivos como el cardenal Cisneros, cuyas medidas de reforma en la Iglesia española erradicaron o, al menos, atemperaron en el catolicismo español los vicios que en Centroeuropa iban a alimentar la reforma protestante. El descubrimiento de América puso la guinda a una época realmente prodigiosa. Todas estas cosas ocurrieron en un ambiente político que empujaba hacia grandes transformaciones y que Isabel y Fernando, proclamados como «reyes católicos» por Roma en 1496, estimularon de manera perfectamente consciente.

Y ahora, vayamos al lugar donde se estaba escribiendo el capítulo final de nuestra historia: el reino de Granada, el último reducto del islam español. Después de diez años de guerra, el reino moro afrontaba su final.

La agonía del islam español

¿Qué era a estas alturas el reino de Granada? ¿Qué representaba? ¿Por qué fueron necesarios diez años de guerra para conquistarlo? Hay que subrayar que el reino de Granada era, para la época, una potencia importante. Había nacido —recordemos— hacia 1236 de la descomposición del islam español. Mohamed ibn Nasr, llamado «el Rojo», *Alhamar*, por el color de su barba, se proclamó sultán e instauró un reino independiente y una dinastía propia: la nazarí, es decir, los descendientes de Nasr. El territorio original de este reino no era desdeñable: algo más de la mitad oriental de lo que hoy es Andalucía. Tenía una población muy numerosa para la época (se calcula en unos 300.000 habitantes), una economía muy activa, buen suelo agrícola y largas costas, con una posición privilegiada en el Mediterráneo.

En una situación así, los sucesivos reyes de Granada van a tener sobre todo dos objetivos. Uno, arreglarse con los reyes cristianos, es decir, con Castilla y Aragón. Castilla era poderosa, pero estaba muy poco poblada y tenía muchos problemas para consolidar los territorios conquistados. En cuanto a Aragón, su principal finalidad era que nadie estorbara a sus barcos en el Mediterráneo. Los nazaríes ofrecerán arreglos satisfactorios para ambos, generalmente bajo la forma de tributos económicos, las parias. Y el segundo objetivo de los reyes de Granada será asegurarse la amistad de los musulmanes del otro lado del mar, los benimerines del norte de África, por si acaso hacía falta su concurso. Con este sistema, el reino aguantará más de doscientos años. Fue especialmente brillante el siglo XIV, con un gran impulso cultural. A partir de ese momento, sin embargo, Granada entrará en decadencia, especialmente por las luchas dinásticas. Cada vez le es más difícil mantener sus territorios, que se van desprendiendo, como a jirones, en manos de los castellanos, mientras la vida interna del reino nazarí es una perpetua querrela. Cuando Fernando e Isabel unen las coronas de Aragón y Castilla, en 1479, Granada ya es un caos.

Enfrente están los Reyes Católicos, en efecto. Dos reyes con un proyecto. Hay que insistir en lo que suponen los Reyes Católicos para España. Hasta ese momento, las coronas de la península habían llevado una vida muy cerrada sobre sí mismas. Pero Fernando e Isabel vienen, por así decirlo, con ideas nuevas. En el espacio de Occidente se ha impuesto el ideal de la república cristiana, de la organización política construida en torno a una identidad religiosa, y la columna vertebral de esa organización es la corona. Los predecesores de los Reyes Católicos no sabían nada de todo esto, pero Fernando e Isabel sí; son las ideas que flotan en el ambiente. Además, recobra vigencia la idea-fuerza de la recuperación de la España perdida, una idea que nace en la corte asturiana en el siglo IX, que a lo largo de la Reconquista aparecerá y desaparecerá para volver a reaparecer, que con el tiempo se funde con el ideal de la cruzada y que ahora, además, encaja perfectamente con ese otro ideal de la república

cristiana. Para lograr este objetivo hay que conquistar Granada. Y así la toma de Granada se convertirá, para los Reyes Católicos, en una auténtica obsesión.

Fernando e Isabel acometen la empresa de Granada en 1482. Puede sorprender que la conquista durara nada menos que diez años, pero es que no fue en modo alguno una guerra fácil. Las fuerzas que los Reyes Católicos tienen a su disposición no son muy numerosas. Algunas crónicas aportan cifras fabulosas, de hasta 80.000 hombres, pero la verdad es que la mayor parte de la gente que se movilizaba eran tropas auxiliares para servicios de intendencia y transporte. La fuerza principal serán las huestes señoriales del territorio andaluz, y estas estaban compuestas por grupos relativamente pequeños. Solo con el tiempo irá asentándose un ejército profesional que será, más tarde, el que dará origen a la infantería española y a los tercios. Por otro lado, la geografía del reino de Granada, llena de serranías y quebradas, impedía librar grandes batallas campales. De manera que las batallas de la guerra de Granada serán largos episodios de sitio y asedio de fortalezas, al típico estilo medieval, combinados con correrías en campo enemigo para hacerse con víveres y volver después a las propias líneas. Las tropas se organizan al empezar la primavera y combaten hasta que entra el otoño; se retiran en invierno y, en primavera, otra vez a la pelea. A veces se cobrarán la pieza, como cuando se conquistan Baza o Alhama; otras veces los frentes estarán paralizados durante meses.

En una guerra así, los nazaríes pueden resistir con alguna comodidad. Pero el reino de Granada tenía dentro su propio cáncer: la enemistad a muerte en el interior de la familia real. El sultán Abul-Hasam Alí, llamado «Muley Hacén» en las crónicas cristianas, está en guerra con su hijo Boabdil. Muley Hacén se apoya en un poderoso clan, los abencerrajes, pero estos se insubordinan. Así que el sultán tiene que huir junto a su hermano, Muhamad al-Zagal, llamado en las crónicas «el Zagal», y se hace fuerte en Málaga. Cuando muere Muley Hacén, el Zagal reclama el trono. Mientras tanto, Boabdil reina en la ciudad de Granada. La situación es caótica: el Zagal combate a los cristianos por su lado, Boabdil hace lo propio por el suyo, y a la vez ambos bandos moros se enfrentan entre sí.

En uno de estos lances, Boabdil cayó preso de las tropas cristianas. Los Reyes Católicos le impusieron condiciones de vasallaje que dieron la vuelta a la situación. A Fernando el Católico se le ocurrió una idea realmente malévola: utilizaría a Boabdil como punta de lanza contra su tío, el Zagal. Fernando ofreció a Boabdil territorios propios en señorío, a cambio de pelear contra la otra facción mora. Así, en la guerra civil nazarí los castellanos pasarán a combatir junto a Boabdil y contra el Zagal. Este, el Zagal, sucumbe en 1490: entrega a Castilla sus tierras y emigra a Argelia. Los Reyes Católicos anuncian el final de la guerra. Llega el momento de pedir cuentas a Boabdil. Pero Boabdil, al parecer presionado por los partidarios de seguir la guerra, incumple el contrato. Y vuelta a empezar.

A partir de la primavera de 1490, Boabdil intenta pasar a la ofensiva. Sueña con sublevar a los musulmanes de los territorios ya controlados por los Reyes Católicos. Pero fracasa: la población, que no guardaba buen recuerdo del gobierno despótico de Muley Hazán, vuelve la espalda a la dinastía nazarí. Boabdil termina encerrándose en la Alhambra. Fernando e Isabel saben que Granada es inexpugnable, de manera que preparan un largo asedio. Instalan un campamento permanente en Santa Fe y se disponen a rendir la ciudad por hambre. Esta es la situación cuando un pequeño grupo de guerreros cristianos intenta algo extraordinario: un golpe de mano en el mismo corazón de la capital mora. Será la increíble hazaña de Hernán Pérez del Pulgar.

La primera operación de comandos de la historia

Hernán Pérez del Pulgar, justamente llamado «el de las Hazañas». Pocos guerreros españoles hay más ilustres que este caballero manchego, protagonista de proezas asombrosas durante la conquista de Granada. Un auténtico jefe de comandos.

Estamos en Granada. La Granada mora. Es el 17 de diciembre de 1490. Una noche sin luna, una noche fría frente a Sierra Nevada. Dieciséis hombres se mueven sigilosos en la oscuridad. Junto a ellos, los cascos de sus caballos apenas rozan el suelo. Son guerreros. Soldados cristianos de Castilla. Los manda un hombre singular: Hernán Pérez del Pulgar, el guerrero sin tacha. Con él participan en la aventura quince de los suyos: sus soldados, su gente. Todo el mundo los conoce. En las filas cristianas se dice de ellos que llevan la cabeza prendida solo con alfileres, por lo fácilmente que la pierden. Y esa misteriosa tropa que avanza en la noche va a protagonizar un episodio histórico: la primera operación de comandos documentada en la historia de España.

Los hombres han llegado al pie de la muralla mora de Granada. Vienen con ropas ligeras y armas cortas. Que nada estorbe en su arriesgada misión. Nueve soldados quedan abajo, a resguardo de los muros. Su función: cuidar los caballos, preparar la huida, cubrir la retirada. Los otros seis, con su capitán al frente, se hunden en las aguas del Darro... El agua, fría de diciembre, atenaza las cinturas. Las armas brillan mate en la noche. Una sombra guía a los comandos: es Pedro Pulgar, moro converso, que conoce la ciudad como la palma de su mano. Los hombres salen de las aguas. Silenciosamente, recorren las callejas de Granada. Llegan a su objetivo: la mezquita mayor. Hernán pide un papel que traen preparado. Saca su cuchillo. Con un golpe seco clava el pliego en la puerta de la mezquita. Aquel papel dice así:

Ave María. Sed testigos de la toma de posesión que hago en nombre de los reyes y del compromiso que contraigo de venir a rescatar a la Virgen María, a quien dejo prisionera entre los infieles.

En la puerta de la mezquita, tomada así para España, los hombres se arrodillan. Uno enciende una vela. Todos rezan: «Dios te salve, María...». Acto seguido, en el amén, los guerreros saltan como empujados por un resorte. Su misión aún no está completa: han de acudir a la alcaicería, el rico mercado de sedas, y prenderle fuego. Que todos sepan quién ha estado allí. Tristán de Montemayor, escudero de Hernán Pérez del Pulgar, ha de aportar la mecha: una cuerda embadurnada de alquitrán. Pero algo falla: la mecha no está. Tristán la ha dejado en el caballo.

El desconcierto ha hecho presa en los guerreros, solos en la capital del enemigo. Uno de ellos se ofrece a rectificar el error. Se llama Diego de Baena: un hombre valiente. Él irá a buscar la mecha. «Si lo consigues te daré una yunta de dos bueyes»,

le promete el capitán. Diego de Baena desaparece calle abajo, vuelve al lugar donde se esconden los caballos, encuentra la cuerda de alquitrán, retorna a la carrera. Pero cuando sus ojos ya vislumbran la mezquita en la oscuridad de la noche, un bulto se cruza en su camino. El bulto grita la voz de alarma: es un centinela. Diego pone fuera de combate al moro, pero el grito de socorro ha hecho su efecto: la guardia de la capital mora ha descubierto al comando.

Los hombres de Hernán Pérez del Pulgar huyen en la dirección que les marca Diego de Baena. A toda prisa prenden fuego a la alcaicería. Después, sin perder un segundo, hay que salir de la ciudad, franquear la muralla, ganar el arrabal y recuperar los caballos. Pero es noche cerrada, no se ve nada y el suelo se convierte en una trampa. Fatalidad: uno de los guerreros, Jerónimo de Aguilera, ha caído en un foso. Todos pugnan por sacarle, pero Jerónimo ha quedado atrapado. Ya se escucha a pocos metros el clamor de los centinelas moros. El caído es terminante: «¡Matadme! ¡Matadme! ¡Recordad nuestro compromiso! ¡No dejar atrás prenda viva! ¡No quiero caer en manos de los moros!». Todos miran al capitán. La más negra de las sombras cruza su alma. Nadie ignora los sufrimientos que esperan al desdichado si cae en manos de los mercenarios magrebíes de Granada. Dejarle vivo será peor que dejarle muerto.

Fiel al juramento, Hernán arroja su azagaya contra el soldado. Durante un segundo, en el aire frío de Granada explotan el dolor, la ira y la desolación. Hasta que se oye una voz angustiada: es la del propio Jerónimo de Aguilera. El lanzazo ha fallado. Está de Dios que ese hombre viva. «No dejaremos atrás prenda viva, pero tampoco prenda muerta», grita Hernán.

Los hombres del comando tiran de Jerónimo con todas sus fuerzas. Ya se oye el tumulto de la guardia nazarí pisándoles los talones. Un esfuerzo más. Jerónimo de Aguilera sale del foso.

En la noche de diciembre, noche fría de Granada sin luna, noche de Sierra Nevada, los guerreros saltan los muros de la ciudad. Vadean nuevamente el río. Abajo, los caballos esperan. En un abrir y cerrar de ojos, como jinetes fantasmas, desaparecen en el cielo oscuro. Y sobre la mezquita de Granada han quedado escritas estas palabras: Ave María...

El jefe de la brillante operación, Hernán Pérez del Pulgar y García Osorio, es sin duda uno de los guerreros más ilustres de nuestra historia. Se acercaba ya a los cuarenta años cuando acometió la osada aventura granadina. Hasta entonces no había parado de pelear. Era de Ciudad Real, donde había nacido en 1451. Se crio literalmente en el campo de batalla, tanto en las algaradas contra los moros como en la guerra civil que opuso a los partidarios de Juana la Beltraneja con los de Isabel de Castilla en la pugna por el trono castellano. Hernán estaba en el partido de Isabel, que ganó, como es sabido. Después vino la guerra con Granada, que fue larga y difícil.

En esa guerra, que iba a durar más de diez años, se hizo soldado Pérez del Pulgar. Muy pronto se le conoce por «el de las Hazañas». En 1481 —tiene solo treinta y un años— ya es gentilhombre de la Casa Real en recompensa por sus victorias. Al año siguiente protagoniza un episodio extraordinario en Alhama. Nuestro hombre ha quedado allí sitiado, junto al duque de Cádiz, por las fuerzas nazaríes. Alhama es una plaza estratégica decisiva. No puede perderse. Hay que pedir refuerzos. ¿Pero cómo avisar al cuartel general cristiano? Solo hay una posibilidad: atravesar las líneas enemigas. Es una locura, pero es exactamente el tipo de misión que nuestro hombre no rechazaría. Hernán sale de Alhama, burla a los sitiadores y llega hasta Antequera, donde están los cristianos. Alhama estaba salvada.

El historial militar de Pérez del Pulgar está lleno de episodios de ese género. Pocos meses después del éxito de Alhama lanza una operación sobre el castillo de Salar, entre Granada y Loja. Hernán toma la fortaleza con solo ochenta hombres. En 1489 dirige a los castellanos en la conquista de Baza y elimina personalmente al jefe de los moros. El rey Fernando le nombró caballero y le concedió escudo nobiliario: un león coronado (gules sobre fondo azul) con una lanza en las garras; en la lanza, una bandera blanca con el lema «Ave María»; alrededor del león, once castillos, uno por cada jefe moro derrotado hasta entonces por nuestro hombre. Al año siguiente las tropas de Boabdil, el rey nazarí, sitian a Pérez del Pulgar en Salobreña. Los cristianos se quedan sin agua. Boabdil le conmina a la rendición. Entonces Hernán sale a las almenas con un cántaro en la mano, el último cántaro, y lo arroja al suelo. El gesto desmoralizó a los musulmanes. Los castellanos atacaron y ganaron la batalla. Poco después acometerá la audacísima acción de la mezquita de Granada que ya hemos contado. Y que, por cierto, le valió un castillo más en su escudo y el derecho a ser enterrado en la catedral de Granada cuando se conquistara.

Granada caería en el invierno siguiente. Enseguida veremos cómo fue. Nuestro hombre no estuvo en la entrada de los reyes en la anhelada capital nazarí, pero sí en los combates posteriores contra los moriscos que se refugiaron en las Alpujarras. Después se instaló en Sevilla. Se casó por segunda vez —con doña Elvira López del Arco— y se dedicó a vivir de las rentas que le proporcionaba su cargo de regidor de Loja, concedido en premio a sus servicios.

Pérez del Pulgar era un hacha, en todos los sentidos del término. Dicen que su lema era «quebrar y no doblar», y eso lo dice todo. ¿Un bárbaro? No. En su escudo se leía: «Tal debe el hombre ser como quiere parecer». Había en este tipo una profunda ética guerrera que sin duda no era exclusiva de él y que explica por qué aquella gente pudo conquistar Granada, primero, y saltar a Nápoles y Flandes después. Ese espíritu permite entender los triunfos de la infantería española.

Hay que decir que Hernán Pérez del Pulgar seguiría haciendo historia. No solo con hechos de armas, sino también con la pluma. Porque algunos años más tarde, ya

retirado de los campos de batalla, el emperador Carlos le encargó que escribiera la historia de la conquista de Granada, y de ahí salió el *Breve parte de las hazañas del excelente nombrado Gran Capitán*. ¿Cómo acabó nuestro caballero? Sorprendentemente —por la vida que había llevado—, murió de viejo. En 1524, cuando tenía ya setenta y tres años, el emperador le llamó para que participara en la guerra contra Francia. Fue su última misión. Luego vino el postrero y largo invierno de la vejez. Falleció el 11 de agosto de 1531, a los ochenta años de edad. Se le enterró en la catedral de Granada. Se lo había ganado a pulso.

Y Granada cayó

Habíamos dejado a las tropas de Castilla y Aragón poniendo sitio a Granada. Era la primavera de 1490. Isabel y Fernando —contábamos— se habían propuesto rendir a la ciudad por hambre. Y lo del hambre no es metáfora. En las semanas anteriores a la rendición, los habitantes de la ciudad se comieron a sus caballos, sus perros, sus gatos y, al final, a 260 cristianos que tenían en prisión. Lo cuenta un manuscrito inglés de la época, redactado por el prior de Leicestershire según las noticias de un cruzado que participó en el asedio; lo ha descubierto recientemente el profesor de Tenerife José Gómez Soliño. Atroz.

Según ese documento, dentro de Granada había en aquel momento 24.000 personas entre doce y veintitrés años, además de viejos y niños más pequeños. Como la población total era de en torno a 30.000 personas, podemos suponer que la defensa de la ciudad no provocó la muerte de demasiada gente. A todo esto, nadie crea que, mientras tanto, Boabdil se dedicaba a guerrear. Más bien se dedicó, en secreto, a negociar y renegociar las condiciones de la rendición. ¿Con quién negociaba? Entre otros, con Gonzalo Fernández de Córdoba, que pasaría después a la historia como «el Gran Capitán».

Finalmente, el 25 de noviembre de 1491 Boabdil firmaba unas capitulaciones, bastante generosas, que significaban el final de la resistencia. Aquellas capitulaciones decían, entre otras consideraciones, cosas como las siguientes:

Es asentado y concordado que sus altezas y sus descendientes, para siempre jamás, dejarán vivir al dicho Rey Muley Baudili, y a los dichos alcaides y alcaldis y sabios y muftíes —al-faquíes—, y alguaciles y caballeros y escuderos, y viejos y buenos hombres y comunidad chicos y grandes, estar en su ley y no les mandarán quitar sus aljamas y sumaas y almuédanos y torres de los dichos almuédanos, para que llamen a sus açalaes, y dejarán y mandarán dejar a los dichos aljamas sus propios y rentas como ahora los tienen, y que sean juzgados por su ley sarracena con consejos de sus alcaldis según costumbre de los moros, y les guardaran y mandaran guardar sus buenos usos y costumbres. Ítem es asentado y acordado que no les tomarán ni mandarán tomar sus armas y caballos ni otra cosa alguna, ni en tiempo alguno para siempre jamás, excepto todos los tiros de pólvora grandes y pequeños que han de dar y entregar luego a sus altezas. Ítem es asentado y acordado que ningún judío no sea recaudador ni receptor, ni tenga mando ni jurisdicción sobre ellos. Ítem es asentado y acordado que a ningún moro o mora non haga fuerza a que se torne cristiano ni cristiana.

El día 2 de enero de 1492 se rendía formalmente la ciudad. El 6 de enero los

Reyes Católicos hacían su entrada triunfal en Granada y pisaban la Alhambra. Las crónicas nos han dejado un retrato muy vivo del episodio. Los reyes salieron de su campamento rodeados de gran hueste. Cerca de la Alhambra, en la torre de Comares, salió a recibirles el rey Boabdil, con las llaves de la ciudad en la mano. Boabdil hizo gesto de bajarse del caballo para besar la mano del rey Fernando. Este no se lo consintió y le hizo mantenerse montado. Entonces Boabdil besó el brazo de Fernando y le tendió las llaves: «Tomad, señor —dijo Boabdil—, las llaves de vuestra ciudad, que yo y los que estamos dentro somos vuestros». Fernando recibió las llaves. Se las dio a su esposa, la reina Isabel. Esta, a su vez, las pasó a su hijo, el príncipe Juan, el cual las confió al conde de Tendilla. Las llaves terminaron en el bolsillo de Gutierre de Cárdenas, contador mayor del reino, hombre de la máxima confianza de Isabel y Fernando desde muchos años atrás. Con las llaves de Granada en su poder, los reyes ordenan al marqués de Villena dirigirse a la Alhambra. Lo hará con 3.000 caballeros y 2.000 peones. Cárdenas fue precisamente el primer cristiano que penetró en la Alhambra. Así desaparecía el último reducto de poder musulmán en España desde aquel lejano año de 711. La Reconquista había terminado.

La conquista de Granada fue un acontecimiento de alcance universal. No solo fue decisiva para la historia de España. Toda Europa la vivió, en aquel mismo momento, como una noticia formidable, uno de esos sucesos que hoy llenarían horas de radio y televisión, portadas y portadas de periódicos. En Roma se celebraron grandes solemnidades religiosas que culminaron con una gigantesca procesión de tres días, presidida por el papa. En el reino de Nápoles, la victoria cristiana fue conmemorada con una obra teatral cuyos personajes alegóricos eran la Alegría, el Falso Profeta Mahoma y la Fe. En Londres, en la abadía de Westminster, el canciller de la corona, ante una enorme multitud convocada por las campanas, anunció solemnemente la victoria de los cristianos sobre los musulmanes. En España, uno de los grandes poetas del momento, Juan del Enzina, escribió este romance invitando a Boabdil a abrazar la Cruz:

*¿Qué de ti, desconsolado?
¿Qué de ti, rey de Granada?
¿Qué de tu tierra y tus moros?
¿Dónde tienes tu morada?
Reniega ya de Mahoma
y de su seta malvada,
que bivar en tal locura
es una burla burlada.
Torna, tórnate, buen rey,
a nuestra ley consagrada,*

*porque si perdiste el reyno
tengas ellalma cobrada;
de tales reyes vencido
onrra te deve ser dada.*

Tan enorme eco tuvo la conquista de Granada que el papa Julio II no dudó en otorgar a Fernando el Católico el título de rey de Jerusalén (que aún conserva el rey de España). El papa aspiraba a una nueva cruzada en Tierra Santa. Pero los Reyes Católicos tenían planes más inmediatos. Estaban construyendo una gran unificación y no se apartarían de su proyecto. Por otro lado, las cosas, sobre el terreno, eran menos épicas. Una vez conquistada la ciudad y el reino, había que organizar todo aquello. Y no fue especialmente fácil.

Las capitulaciones largamente negociadas incluían un trato muy generoso hacia los vencidos: respeto a la religión islámica de quienes quisieran seguir en ella, ayuda a quienes optaran por emigrar a África, exenciones fiscales a los vencidos durante un cierto plazo —tres años, concretamente—, perdón general de los delitos coquete en la guerra... A los granadinos solo se les exigió entregar sus fortalezas y sus armas de fuego. En lo demás, incluidos capítulos tan importantes como la administración de justicia, su vida seguiría siendo igual. Los reyes ya habían demostrado su generosidad cuando cerraron la guerra civil castellana. Aquí actuarían de la misma manera. Entre otras razones, porque era el mejor modo de evitar que sectores descontentos con Boabdil prosiguieran la lucha por su cuenta.

En líneas generales, la vida de los granadinos no cambió en absoluto: siguió siendo un territorio de carácter agrario en régimen señorial. La diferencia es que ahora el señorío pasaba a los vencedores de la guerra. Por supuesto, pasaba a los nobles, caballeros y clérigos cristianos que habían participado en la conquista, pero también a los musulmanes que habían formado frente con los Reyes Católicos. Es el caso, por ejemplo, de Mohamed el Pequeñí, cristianado después como Fernando Enríquez Pequeñí. Y es el caso también de la familia Abén Humeya, convertida al cristianismo y recompensada con el señorío de Válor. Para organizar la repoblación se designó al secretario real Fernando de Zafra. Y para pastorear la conversión de los mudéjares, que a partir de ahora se llamarían moriscos, se nombró al confesor de la reina, fray Hernando de Talavera. Solo más tarde se plantearía el problema de la difícil conversión de los moriscos.

¿Y qué fue de Boabdil? Leyendas románticas aparte, Boabdil se retiró a las Alpujarras y se dedicó a cazar, que era lo que le gustaba. Pero en 1493, deprimido por la muerte de su esposa, Moraima, decidió cambiar sus tierras a los Reyes Católicos por una fuerte suma de dinero, y se instaló en el reino de Fez. Allí viviría hasta 1533, cuando los españoles ya están en Cartagena de Indias y Perú. Aquellos españoles a

los que los Reyes Católicos, con la conquista de Granada, dieron una única bandera.

Mientras tanto, un hombre con un proyecto descomunal aguardaba entre los testigos del gran acontecimiento. Aquel hombre había llegado al campamento regio de Santa Fe con una loca idea. Lo suficientemente prometedor, sin embargo, para que la reina Isabel hubiera considerado interesante apoyarla. La idea consistía en alcanzar las Indias navegando hacia occidente. El hombre que la defendía se llamaba Cristóbal Colón. Se le había hecho esperar hasta que estuviera concluida la campaña de Granada. Ahora el momento había llegado. Pero esto es otra historia.

La expulsión de los judíos

En aquel año de gloria de 1492 ocurrió otro episodio que ha pasado a los libros con acentos mucho menos amables: la expulsión de los judíos, dictada por los Reyes Católicos. Recién concluida la campaña de Granada, un edicto de Fernando e Isabel puso a los hebreos españoles ante una disyuntiva radical: o convertirse al cristianismo o marcharse del país. ¿Cómo fue la expulsión de los judíos? ¿Por qué se los expulsó? ¿Y qué tiene que ver con la conclusión de ese proceso que llamamos Reconquista?

El asunto venía de lejos. En estas páginas ya hemos contado las grandes persecuciones de finales del siglo XIV en España, eco de las que se habían producido antes en otros lugares de Europa. Desde mucho tiempo atrás, la voz popular acusaba a los judíos de horribles profanaciones y crímenes blasfemos. Es Alfonso X el Sabio quien nos lo cuenta: «Oímos decir que en algunos lugares los judíos hicieron y hacen, el día de Viernes Santo, remembranza de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo raptando niños y poniéndolos en la cruz, y cuando no pueden robar niños, haciendo imágenes de cera y crucificándolas». Esta acusación será recurrente a lo largo de los siglos medievales y no solo en España. ¿Qué había de cierto en ello? Una investigación reciente en Italia, sobre un suceso de este mismo género, apunta a la responsabilidad de una secta askenazi, es decir, a un grupo muy minoritario, ajeno a la gran mayoría de la comunidad judía. En todo caso, esta acusación jugará un papel determinante en los meses previos a la expulsión.

¿Por qué hubo tales revueltas, qué las movía? Por un lado, hay un componente religioso que es fundamental, aunque hoy cueste entenderlo: en unas sociedades que están abandonando la estructura fragmentaria de la Edad Media para transformarse en sociedades cada vez más homogéneas, la diferencia se convierte en algo que despierta hostilidad; como el elemento de unión es precisamente el religioso, la diferencia que más recelos levanta es la diferencia religiosa. Es un fenómeno característico de las capas populares —digamos de las «clases bajas»— que se extiende por toda Europa. No faltarán sacerdotes que, desde los púlpitos, alimenten el fuego, pero incluso estos pertenecen también a las capas populares. Junto a esa razón de carácter sociorreligioso comparece otra que no se puede dejar de lado: la económica. No todos los judíos eran ricos, ni mucho menos, pero sí había muchos ricos que eran judíos, y lo eran sobre la base de las actividades que más irritaban a los pobres, a saber, el préstamo de dinero y la recaudación de impuestos. El cóctel de hostilidad religiosa y resentimiento social terminó siendo letal.

Después de aquellos primeros episodios, miles de judíos se convirtieron al cristianismo, pero muchas de esas conversiones eran puro producto del miedo. En este momento, la población de origen judío está dividida en cuatro grupos: unos, los sinceros, siguen manteniendo su fe tradicional; otros, los llamados «judaizantes», se

han convertido al cristianismo, pero solo en apariencia, porque mantienen costumbres y cultos judíos; un tercer grupo se ha convertido al cristianismo por fe auténtica, y en la Iglesia de aquellos años abundan los ejemplos; un cuarto grupo, en fin, se ha convertido al cristianismo por puro interés económico y de ascenso social, y si ya antes eran malos judíos, ahora son peores cristianos.

Es muy importante señalar que la actitud de los Reyes Católicos hacia los judíos, al menos hasta 1480, es de tolerancia. De tolerancia y hasta de simpatía, porque Isabel prestará ayuda para la construcción de sinagogas pese a la oposición de las autoridades locales: la reina anula la orden del concejo de Bilbao que prohibía a los judíos la entrada en la ciudad, concede protección regia a la aljama de Sevilla, protege la autonomía judicial de la aljama de Ávila... Sin embargo, existe una creciente presión social contra la minoría judía. Y a esa presión no son ajenos los judíos conversos.

Los acontecimientos se precipitaron por un caso que probablemente fue falso, pero que, en aquel momento, llevó los ánimos hasta el punto de ebullición: el caso del Niño de La Guardia. Recordemos la noticia que nos daba dos siglos antes Alfonso X el Sabio: los judíos raptaban niños y los crucificaban ritualmente para conjurar con la blasfemia el poder cristiano. Eso fue lo que se ventiló en el caso de un niño de La Guardia, localidad de Toledo, supuestamente raptado por los judíos y crucificado hacia 1488 o 1489. Un judío de Tembleque, Yuçé Franco, confesó haber participado en el crimen. Hoy se considera que la acusación fue un fraude judicial, pero es verdad que el proceso se desarrolló escrupulosamente conforme a las formalidades de la época. Para la hostilidad popular hacia los judíos, aquello fue la gota que colmó el vaso.

En ese contexto, una explicación posible de los acontecimientos sería la siguiente: los conversos se las arreglaron para convencer a las autoridades de que si había judaizantes, es decir, falsos cristianos, era por la influencia perniciosa de los judíos sinceros, por el proselitismo de los judíos, de modo que había que expulsar a estos para derrotar a los herejes. En esto tuvo un papel importante Tomás de Torquemada, primer organizador de la Inquisición, que era de origen judío y fue uno de los principales abogados de la expulsión. ¿Y los reyes eran tan ingenuos o tan débiles como para ceder a tales presiones? No. De hecho, tardaron mucho en ceder. Pero había problemas objetivos que estrechaban mucho el margen de maniobra.

Los Reyes Católicos, en su proyecto político, aspiraban a una sociedad unificada. La unidad en la fe católica era el objetivo. Para ello tenía que lograrse la integración plena de los judíos conversos, pero esta se veía dificultada porque gran parte del pueblo los consideraba sospechosos. ¿Por qué? Por su proximidad a los judíos observantes. De manera que había que deshacerse de estos si se aspiraba a una integración total de los conversos. Por otro lado, las sospechas populares se traducían

en un estado permanente de tensión civil, y eso era exactamente lo que los reyes querían evitar. Dado que la conversión de aquellos judíos observantes ya era un objetivo inalcanzable, ¿qué hacer? ¿Mantenerlos en el reino bajo protección? Pero eso equivalía a prolongar indefinidamente un factor de trastorno social. La expulsión parecía la única opción posible. Y eso fue lo que finalmente se hizo. Así rezaba el edicto de Isabel y Fernando:

El Consejo de hombres eminentes y caballeros de nuestro reinado, y de otras personas de conciencia y conocimiento de nuestro supremo concejo, y después de muchísima deliberación, se acordó en dictar que todos los Judíos y Judías deben abandonar nuestros reinados y que no les sea permitido nunca regresar (...). Hágase que los Judíos puedan deshacerse de sus hogares y todas sus pertenencias en el plazo estipulado; nosotros proveemos nuestro compromiso de la protección y la seguridad, de modo que al final del mes de Julio ellos puedan vender e intercambiar sus propiedades y muebles y cualquier otro artículo, y disponer de ellos libremente a su criterio, que durante este plazo nadie debe hacerles ningún daño o injusticias a estas personas o a sus bienes, lo cual sería injustificado, y el que transgrediese esto incurrirá en el castigo (...). Damos y otorgamos permiso a los anteriormente referidos Judíos y Judías a llevar consigo fuera de nuestras regiones sus bienes y pertenencias por mar o por tierra exceptuando oro y plata, o moneda acuñada u otro artículo prohibido por las leyes del reinado (...). Dado en esta ciudad de Granada, el treinta y uno día de marzo del año de nuestro señor Jesucristo de 1492.

¿Cuáles fueron las cifras exactas de la expulsión? Se estima que sumados Aragón, León y Castilla habría en España entre 200.000 y 250.000 judíos. De ellos, algo más de la mitad aceptó la conversión al cristianismo y otros muchos, entre 80.000 y 100.000, salieron del país. Los judíos, en España como en todas partes, residían en tanto que extranjeros; por eso la expulsión se planteó como una revocación del permiso de residencia. No es verdad que la corona los expulsara para quedarse con sus posesiones: de hecho, el edicto les daba cuatro meses para sacar de España sus bienes. Para evitar mayores violencias, el 18 de julio de 1492 Isabel la Católica dictó una real provisión por la que castigaba los abusos y maltratos sobre las personas y haciendas de los judíos expulsados.

Los historiadores modernos son casi unánimes a la hora de considerar que la expulsión de los judíos fue, además de un acto cruel, una calamidad socioeconómica. Es algo cuyos exactos términos siguen sujetos a discusión. En todo caso, es importante señalar que en su tiempo no se vio así. Los otros países europeos, como ya hemos dicho, habían expulsado a sus judíos muchos años antes. La Universidad de la

Sorbona (París) felicitó a los Reyes Católicos por el edicto de expulsión. Además, aquí, contra lo que ocurrió en otros lugares, los reyes no expulsaron a los judíos para quedarse con su dinero, lo cual fue unánimemente elogiado. Respecto a los daños económicos, la salida masiva de los judíos no impidió que España fuera la primera potencia del mundo durante el siglo y medio posterior.

¿Se obró bien? ¿Se obró mal? Desde nuestra perspectiva actual, aquello fue malo; desde la perspectiva de entonces, fue bueno. Quizá la verdadera pregunta es si quedaba otra opción. ¿Había otra manera de obtener la unificación religiosa del reino, culminar la integración de los conversos y desarraigar las repetidas violencias populares contra las comunidades judías? El debate es interminable.

Un epílogo en Melilla

Apenas se había obrado la reunificación de las tierras españolas de la península cuando, allá por 1497, los Reyes Católicos fijaron la vista en un nuevo objetivo: el norte de África, la vieja Mauritania Tingitana de los romanos. Y en ese nuevo espacio permanecía la sombra de una ciudad hecha ruinas, pero que pronto resucitaría: Melilla. Desde entonces Melilla es española. Aunque, bien mirado, ya lo había sido antes.

Empecemos con una escena sobrecogedora. Es la noche del 16 de septiembre de 1497. El solar donde un día se elevó la vieja Melilla fenicia y romana yace desierto y arrasado. Allí no hay nada. En los alrededores del vacío duermen pequeñas aldeas de pastores bereberes. Todo es quietud en el paisaje. Extraños sonidos, sin embargo, llenan el cielo nocturno. Y al amanecer del día siguiente, los aldeanos bereberes descubren con estupor algo asombroso: donde antes no había más que ruinas, se alza ahora la muralla de una ciudad. Melilla ha resucitado. Parece cosa de embrujo. Pero no ha sido magia: ha sido el trabajo de los ingenieros del noble castellano don Pedro de Estopiñán. Así Melilla renació de la nada.

¿Qué había pasado en el muerto solar de Melilla? ¿Cómo se había obrado la prodigiosa resurrección? Para situar el episodio hemos de acudir ahora a la corte de los reyes católicos, Isabel y Fernando. Desde la reconquista de Granada todas las tierras peninsulares son ya cristianas, pero el trabajo no ha terminado. Los reyes acarician enseguida un nuevo objetivo: extender su influencia al otro lado del mar, al norte de África. ¿Por qué? Primero y ante todo, porque esas tierras no son un mundo ajeno, sino que forman parte del espacio romano y cristiano que en su día cayó bajo el islam y, por consiguiente, también han de ser objeto de reconquista. Esto hoy cuesta entenderlo, pero conviene recordar que aquella era la patria de San Agustín de Hipona, por ejemplo. Pero hay, además, razones estratégicas importantes: extender la soberanía española al otro lado del estrecho permitirá neutralizar cualquier nuevo intento de invasión africana y, de paso, ayudará a controlar los focos de piratería que desde las costas berberiscas amenazan el litoral peninsular. Todo empujaba, pues, a dar el salto. Y Melilla sería el primer objetivo.

En los años anteriores, España y Portugal habían suscrito sucesivos tratados dividiendo sus áreas de influencia. A Portugal le correspondía el dominio de la costa africana desde Ceuta hacia el oeste, hacia el Atlántico, y a España desde allí hacia el este, hacia el Mediterráneo. Melilla, pues, era zona de influencia española. Y vale la pena contar someramente la historia de Melilla, sobre todo hoy, cuando tan intensas son las reivindicaciones marroquíes sobre esta ciudad. Porque el hecho es que Melilla nunca formó parte de los reinos musulmanes del sur del estrecho de Gibraltar. Para buscar los orígenes de Melilla hay que empezar por los fenicios, nada menos: son ellos quienes, al mismo tiempo que sientan bases en la península, crean en Melilla

una colonia comercial (Rusadir) y, por cierto, hacen lo propio en Ceuta. Melilla — como Ceuta— tuvo después un papel destacado en las guerras púnicas: sus puertos sirvieron muchas veces de base a las operaciones navales de cartagineses y romanos. Y Melilla y Ceuta, juntas, pasaron a ser romanas: Melilla en el año 46 d. C. con el nombre de Flavia y Ceuta en el 40 d. C. como Septem Fratres. Melilla se convirtió en un puerto de primera importancia en el tráfico comercial con el resto de Hispania.

Cuando se hundió el imperio romano, tanto Ceuta como Melilla corrieron la misma suerte que el resto de Hispania: fueron invadidas por los vándalos de Genserico, que atravesaron la península ibérica para acabar en el norte de África. Entonces Melilla quedó destrozada y languideció hasta casi desaparecer. No volvió a la vida hasta la invasión árabe de la península, pero, significativamente, nuestra ciudad nunca formará parte de los reinos musulmanes africanos, sino del califato de Córdoba; incluso cuando fue musulmana, Melilla fue española. Así será hasta el siglo XIII, cuando el califato cordobés se descomponga y Melilla caiga presa de las luchas entre el reino marroquí de Fez y el reino argelino de Tremecén. La ciudad quedó completamente deshecha, una vez más; tierra asolada. Melilla desapareció. Muchas gentes, a lo largo de los años siguientes, se asentarán en los alrededores, pero Melilla ya era una ciudad muerta.

Ahora la pregunta es esta: ¿qué interés podía tener ocupar una ciudad muerta? Lo que Isabel y Fernando buscaban era un cierto número de plazas en la costa africana que sirviera de cabeza de puente para su proyección al sur. Melilla, arruinada y sola, mal podía cumplir ese propósito. Por eso los reyes, en un primer momento, descartaron esa ciudad como objetivo. Había alguien, sin embargo, que veía las cosas de otra manera. El capitán general de Andalucía, Juan Alonso de Guzmán, duque de Medina Sidonia, ve en esas apetitosas ruinas un excelente enclave para instalar una base: es un llano fértil, protegido por montañas y a dos pasos del cabo de Tres Forcas. Tanto por tierra como por mar es un lugar de fácil defensa. Así que el duque resuelve enviar a un hombre de su confianza para que inspeccione la zona: su contable, don Pedro de Estopiñán.

Este Pedro de Estopiñán era un típico producto de los últimos años de la Reconquista: hijo de la baja nobleza militar, al parecer de origen aragonés, pero de linaje largo tiempo instalado en Andalucía, su familia participa en acciones bélicas en Canarias, Larache, Málaga, Granada... Don Pedro tenía fama de ser un tipo templado y de cabeza muy bien amueblada, «hombre bien entendido e diligente en toda cosa», así que entró al servicio de la poderosa casa de Medina Sidonia como contador mayor, una especie de intendente general que lo mismo se ocupaba de la logística para las campañas militares que de la administración de las rentas. Teniendo en cuenta que la casa de Medina Sidonia era una de las mayores fortunas de España, no era magro oficio. El hecho es que don Pedro recibe la orden de su jefe, el duque;

resuelve disfrazarse de mercader y viaja al cabo de Tres Forcas para reconocer el terreno. Lo que descubre allí confirma las intuiciones del duque: vale la pena conquistar Melilla.

El duque de Medina Sidonia no lo dudó: pidió permiso a los reyes y se apresuró a organizar una pequeña flota. Gracias a Barrantes, cronista de la casa ducal, sabemos lo que había allí:

Reunió cinco mil hombres de a pie y alguna gente de a caballo, y mandó aparejar los navíos en que fuesen, e hízolos cargar de mucha harina, vino, tocino, carne, aceite y todos los otros mantenimientos necesarios, y de artillería, lanzas, espingardas y toda munición (...). Así mismo llevaron en aquel viaje gran cantidad de cal y madera para reedificar la ciudad. Y con toda esta armada y gente partió Pedro de Estopiñán, Contador del Duque, por su mandato, del Puerto de Sanlúcar, en el mes de septiembre del año 1497.

La flotilla de Medina Sidonia llega a las costas de Melilla antes de acabar el día. Don Pedro no desembarca: prefiere esperar a la noche. En cuanto el sol se pone, los navíos fondean y comienza el desembarco. «La primera cosa que hicieron —sigue el cronista Barrantes— fue sacar a tierra un enmaderamiento de vigas que se encajaban y tablazón que llevaban hecho de España». Sorprendente carga. ¿Qué se proponía don Pedro? El cronista enseguida nos revela el misterio:

Y trabajaron toda la noche con los tablones y los pusieron alrededor de la muralla derribada por la parte de fuera, donde andaban los árabes (...). Y cuando el día siguiente amaneció, los moros que andaban por los campos, que habían visto el día antes Melilla asolada, y la vieron amanecer con los muros y torres, y sonar tambores y sonar artillería, no tuvieron pensamiento de que estuvieran en ella cristianos, sino diablos, y huyeron de aquella comarca a contar por los pueblos cercanos lo que habían visto.

La obra fue vertiginosa. A los pocos días llegó una tropa musulmana, pero Estopiñán había acabado ya el trabajo y la ciudad pudo defenderse con soltura. Aquel muro prefabricado, una verdadera obra maestra de la ingeniería militar, había cumplido su función. Don Pedro dejó allí al capitán Gómez Suárez como alcalde y volvió a Sanlúcar para contar al duque el resultado de la misión. La inversión del de Medina Sidonia había sido muy cuantiosa: doce cuentos de maravedíes, lo cual equivale a unos 32.000 ducados de oro (cada ducado pesaba 3,5 gramos de oro), pero era mucho más lo que el duque iba a obtener. La aventura había sido un éxito.

Los Reyes Católicos felicitaron al duque y a Estopiñán, al que concedieron una encomienda de la Orden de Santiago y además le nombraron «veinticuatro» (o sea,

concejal) de la ciudad de Jerez:

Don Fernando y Doña Isabel, por la Gracia de Dios, Rey y Reyna de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, etc., por fazer bien e merced a vos Pedro de Estopiñán, acatando vuestra suficiencia e fidelidad, e algunos servicios que nos avedes fecho e fazedes de cada día, e especialmente el servicio que nos feziste en la toma de Melilla, en alguna enmienda e remuneración dellos, tenemos por bien e es nuestra merced e voluntad, que de ahora e de aquí en adelante, para toda vuestra vida, seades Veinticuatro de la nuestra Cibdad de Xerez de la Frontera...

Melilla fue solo el primer paso: enseguida vendrán Mazalquivir, el peñón de Vélez, las plazas de Orán y Bugía, luego Argel y Túnez, La Goleta y hasta Trípoli. El propio cardenal Cisneros dirigió alguna de estas operaciones. Al final la cruzada en la vieja Mauritania romana se detuvo porque ocurrieron dos hechos imprevisibles: por un lado, España entraba en guerra con Francia por las posesiones italianas; por otro, el descubrimiento de América abría expectativas inmensas. Ambas cosas hicieron que el horizonte mauritano se cubriera de incertidumbres, porque no había en España fuerza suficiente para mantener tantos frentes a la vez. Pero Melilla ya nunca dejaría de ser española.

En cuanto al bueno de Estopiñán, aún desempeñará importantes servicios para los duques de Medina Sidonia y para los propios Reyes Católicos en lugares tan distantes como Gerona y Jerez. En esta última ciudad se afincó hasta su muerte en 1505, en el monasterio de Guadalupe, adonde había acudido en cumplimiento de un voto. Allí está enterrado el hombre que hizo española a Melilla.

Y otro epílogo en Navarra

El diseño de España tal y como hoy lo conocemos queda concluido en 1512 con la incorporación de Navarra a la corona común. No fue una incorporación pacífica: hubo guerra. Pero tampoco fue exactamente una agresión. ¿Qué pasó?

Lo primero que hay que decir es que Navarra es española, en términos históricos, desde sus propios inicios como entidad política singular. Lo que hoy conocemos como Navarra nació entre finales del siglo VIII y principios del siglo IX como un señorío —y, enseguida, reino— en torno a Pamplona. No surgió de un movimiento político interior, de una especie de toma de conciencia de identidad, sino que fue fruto del diseño estratégico de Carlomagno, el emperador de los francos, que buscaba construir un colchón protector en las viejas tierras de Hispania frente al poder musulmán instalado en Córdoba.

Lo que se conoce como Marca Hispánica —porque nadie dudaba de que aquello era Hispania— fue una cadena de condados y señoríos encaramada sobre el Pirineo desde el Atlántico hasta el Mediterráneo. Dentro de esa cadena, Pamplona era la entidad política más desarrollada por el peso específico de los caudillos locales. La situación del núcleo navarro no era fácil. Al sur estaban los Banu-Qasi, una poderosa familia hispana que se islamizó para conservar sus posesiones en el valle medio del Ebro. Al norte quedaba el imperio carolingio. Al oeste, el reino de Asturias, de fronteras aún borrosas. Al este, las posiciones del emirato en Zaragoza y Huesca. En tal marco, extremadamente conflictivo, dos grandes clanes de señores de la tierra se disputaron el poder: los Jimeno y los Velasco. Esa oposición, que conoció numerosos vaivenes, se resolvió a la altura del año 824 cuando Íñigo Arista se proclamó rey. Y entonces nace el reino de Navarra.

Desde el mismo instante de su fundación, Navarra establece lazos muy estrechos con el resto de los poderes de la península, tanto el reino de León como los condados del Pirineo. Arma privilegiada de esa política fueron los matrimonios de la casa reinante, y aquí aparecen figuras extraordinarias como la reina doña Toda, experimentada casamentera que sembró genes navarros en todos los grandes linajes españoles. A principios del siglo XI, Sancho III el Mayor recoge el fruto y se convierte en el principal monarca de la España cristiana, «Rex Navarrae Hispaniarum». El reino conocerá numerosos vaivenes, e incluso llegará a desaparecer para disolverse en Aragón antes de renacer bajo el cetro de un hijo del Cid, pero siempre será una de las coronas decisivas en la España cristiana. Quizá la imagen que mejor lo expresa es la de Sancho VII al frente de sus mesnadas en 1212, en la batalla de Las Navas de Tolosa.

La proyección política de Navarra cambió a principios del siglo XIII, cuando Sancho VII muere sin descendencia y entra en el reino la dinastía de Champaña.

Navarra gira hacia la órbita francesa. En capítulos anteriores hemos visto incluso a un rey de Navarra, Carlos el Malo, optando al trono francés en las convulsiones de la guerra de los Cien Años. Hasta que, allá por 1425, la política del reino volvió a bascular cuando Blanca de Navarra casó con Juan II de Aragón, hijo de la poderosa familia Trastámara que ya reinaba en Aragón y en Castilla. Blanca murió, y Juan, en vez de ceder la corona a su hijo Carlos, príncipe de Viana, reclamó el trono para sí. A partir de ese momento, la confrontación de intereses dentro del reino llegó hasta tal punto que estalló una guerra civil.

Por un lado están los partidarios de Juan y Blanca, identificados con el bando nobiliario de los agramonteses. Enfrente están los partidarios de Carlos, agrupados en torno al clan de los beamonteses. En torno a esa división, las potencias vecinas — Castilla, Aragón, Francia— mueven sus piezas y tratan de sacar tajada. Nos equivocaremos si pensamos en una guerra de ejércitos organizados con objetivos militares concretos. Al contrario, aquello fue más bien una querrela interminable de señores de la tierra que queman las cosechas del otro, arrasan aquí un molino y allá una fragua, en otro lugar sabotean un camino y aun en otro lado queman un bosque. Guerra de «baja intensidad», sí, pero, a la larga, mucho más letal que una guerra convencional, porque en la estela de estos conflictos, prolongados durante más de veinte años, surgieron hostilidades irreconciliables.

Lo que siguió fue un periodo extremadamente turbio, donde encontramos desde obispos asesinados hasta reinas envenenadas, pasando por sucesivos cambios de posición de los grandes clanes nobiliarios. A la altura de 1470, el paisaje es el siguiente: los beamonteses, que antes habían estado contra Juan II, ahora están con su hijo Fernando, rey de Aragón y también de Castilla por su matrimonio con Isabel, y los agramonteses, que antes habían estado con Juan, ahora están en el lado inverso. No es una guerra política: es una guerra social que además se complica con inquinas comarcales. La situación es explosiva: todo el reino es un avispero de banderías enfrentadas a muerte. Navarra conoce una crisis demográfica sin precedentes: la gente se va. Y para colmo de males, los franceses, que se resisten a perder su influencia sobre el viejo solar, acarician distintas hipótesis de intervención entre las que se cuenta, por supuesto, la invasión militar. Navarra se hunde en el colapso.

Nada podrá invertir ya la larga agonía del reino. Navarra era un territorio rico y bien situado, con una organización administrativa y fiscal ejemplar, sólidas instituciones y un eficaz sistema de recaudación. Pero todas esas virtudes, en un paisaje de permanente crisis interna, solo servían para hacer más apetitoso el bocado a ojos de las potencias exteriores. No parece que los reyes Isabel y Fernando, que en 1492 habían sumado el reino de Granada a su corona, tuvieran intención de acometer una intervención armada. De hecho, pasarán largos años antes de que tal cosa ocurra. Por el camino, los Reyes Católicos habían intentado diversas maniobras, en particular

a través de enlaces matrimoniales, para acercar Navarra a su esfera de influencia. Todo eso se irá al traste cuando el heredero del trono, Francisco de Foix, muera con apenas catorce años y su hermana, Catalina, se case con el noble francés Juan de Albret. Fernando de Aragón opta entonces por una política más agresiva, hasta el extremo de obligar a los reyes de Pamplona a aceptar la tutela militar de Castilla y Aragón sobre el territorio navarro. Francia, mientras tanto, reclama sus derechos en razón de los territorios de los Foix. A finales del siglo xv el horizonte estaba claro: o ganaba Francia o ganaba España.

Isabel de Castilla murió en 1504. Fernando quedaba viudo. En aquel momento el principal objetivo estratégico de la corona española era afianzar su posición frente a Francia. Españoles y franceses se hallaban en guerra en Italia. Navarra estaba geográficamente muy lejos, pero, políticamente hablando, estaba en medio. Los agramonteses se alinearon en torno a Juan de Albret, protegido por Francia; al mismo tiempo, la otra mitad de Navarra conspiraba a calzón quitado junto a Castilla y Aragón. Lo que hizo Fernando fue desposarse con una Foix, Germana, y al mismo tiempo suscribir un acuerdo con el papa, Venecia, Inglaterra y Alemania para aislar a Francia. Con esa alianza, el problema navarro quedaba visto para sentencia.

Fernando el Católico pidió a Navarra que dejara pasar a sus tropas para prevenir un ataque francés. El rey Juan de Albret contestó que no y, a cambio, ofreció sus garantías de que ningún ejército francés pasaría por sus tierras para atacar España. Pobre garantía cuando, en realidad, la propia posición del de Albret dependía del apoyo de Francia. Huestes de Castilla y Aragón empezaron a acantonarse en torno a Vitoria al comienzo del verano de 1512. Con ellas formaban distinguidos personajes del bando beamontés. Los tercios de Castilla, mandados por Fadrique Álvarez de Toledo, duque de Alba, llevaron la iniciativa. El 19 de julio comenzó la invasión.

Como campaña militar, esta conquista de Navarra reflejó todos los males que aquejaban al reino desde medio siglo atrás. A los ejércitos castellanos se unieron no solo los beamonteses, sino también algunos nobles del bando agramontés. Al mismo tiempo, hubo resistencias en ciudades que se consideraban amigas. Tampoco puede decirse que hubiera batallas propiamente dichas, sino más bien rendiciones de ciudades a medida que las tropas avanzaban, pero para encontrar que las algaradas y trastornos estallaban en la retaguardia, generalmente en forma de altercados bastante poco bélicos. ¿Y qué hacía Juan de Albret? Juan esperaba el apoyo francés, pero el rey de Francia andaba más preocupado por echar a los ingleses de Aquitania, de modo que el de Albret, sin apoyos, cogió a sus fieles y se retiró a sus posesiones del Bearn, al otro lado del Pirineo. Pamplona se rindió el 25 de julio. Fernando el Católico juró los fueros de Pamplona y de las demás plazas navarras. El viejo reino seguiría manteniendo su identidad, pero dentro de la corona española.

Aquello no fue el final, porque Juan de Albret, siempre con el apoyo francés,

intentaría recuperar su trono y aún habría más levantamientos: no iba a limpiarse de un plumazo un paisaje que llevaba convulso más de medio siglo. El último intento será en 1521, ya con el hijo de Juan de Albret, Enrique, y siempre en el contexto de la feroz pugna entre España y Francia. De hecho, los reyes de Francia seguirán llamándose «de Navarra» tomando pie en los territorios ultrapirenaicos. Pero la Navarra histórica, la que emergió a finales del siglo VIII, seguirá viendo su escudo en el blasón de los reyes de España hasta el día de hoy. Es un reino singular. Y un reino español.

Coda. El nacimiento de una Nación

Para los libros de Historia, la conquista de Granada en enero de 1492 cerró un largo capítulo de nuestro camino colectivo: la Reconquista, el proceso que define por entero la Edad Media española. Cuando el poder musulmán se asentó en España, apenas se había abandonado la Antigüedad romana; cuando Isabel y Fernando hicieron cristiana la capital nazarí, estaba comenzando ya lo que los manuales conocen como Renacimiento. Nuestra Edad Media, pues, debe definirse como una larga lucha contra el islam.

Con frecuencia se dice que el islam dominó España durante siete siglos. Tan sumaria fórmula se usa habitualmente para subrayar la singularidad española. Pero en realidad se trata de una simplificación abusiva. Un poder de origen musulmán, sí, controló buena parte de la península durante mucho tiempo. Pero a principios del siglo IX ya había centros políticos cristianos estables en Asturias y Navarra, a finales del siglo siguiente la frontera entre los dos mundos ya estaba en el Duero, a principios del siglo XI el califato había estallado y castellanos y catalanes saqueaban Córdoba, antes de que acabara ese siglo Toledo ya era de nuevo cristiana, la frontera del este bajó al Ebro a principios del siglo XII y cien años después se desarbolaba la amenaza musulmana en Las Navas de Tolosa. Nada, pues, de «un dominio de siete siglos».

Por otro lado, el islam español había desarrollado una identidad sensiblemente distinta a la del resto del mundo musulmán. Se sabe que la población mozárabe — esto es, cristiana— siguió siendo muy mayoritaria en Al-Ándalus hasta al menos el siglo XI. Después, los reinos de taifas, aquellos jirones andalusíes que sobrevivieron al estallido del califato, fueron en buena medida sociedades mixtas. Las sucesivas olas fundamentalistas de almorávides y almohades, netamente africanas, trataron de homogeneizar su espacio político y en parte lo consiguieron, pero a costa de abrir fuertes grietas internas que no fueron ajenas a la progresiva migración de mozárabes hacia el norte. El emplazamiento de masivos ejércitos africanos en la península no pudo detener un proceso que, visto con perspectiva de largo plazo, parece inapelable: la expansión de las potencias cristianas hacia el sur. La supervivencia del reino de Granada terminó siendo imposible: si alguna vez la dinastía nazarí pudo creer en su propio destino, las divisiones en su mismo seno terminaron condenándola a muerte.

A lo largo de todo este proceso, lo que aparece como una constante histórica es la voluntad de los reinos cristianos de ganar espacio hacia el sur. Y realmente impresiona comprobar cómo, con frecuencia, esa voluntad parece imponerse incluso sobre los proyectos y deseos personales de los monarcas de este tiempo. Se ha dicho que España es la nación más europea del continente porque solo ella tuvo que luchar día tras día por serlo. En cierto sentido, es verdad. Y al calor de esa lucha —llena, ya

lo hemos visto, de parones y espacios vacíos, de incertidumbres y autodestrucciones —, fue recobrando forma algo que había existido antes y nunca había dejado de estar presente en las conciencias: España. Por eso este volumen podría titularse «el nacimiento de una nación».

La idea de España como entidad política singular aparece, ya lo hemos visto, con la monarquía goda, que es la primera en formular tal concepto. La «Loa a Hispania» de San Isidoro es tan transparente que no requiere mayores comentarios. Fue precisamente la existencia de esa idea lo que hizo posible que, siglos después, se recogiera el testigo en la corte leonesa de Alfonso III. Pero igualmente veremos a los caudillos navarros y aragoneses reclamando ocasionalmente el título de reyes de España, lo cual demuestra que la conciencia de hispanidad era un sentimiento generalizado. Lo decisivo es que, dada la existencia previa de tal sentimiento, nada más natural que buscar la recuperación, primero, y reunificación, después, del territorio hispano. La operación será a veces consciente y a veces no, pero es difícil dudar de la existencia de un motor cuando comprobamos que algo se mueve.

¿Esto es ya una nación? Es evidente que, en términos modernos, no. El concepto moderno de nación implica una toma de conciencia política popular que en vano se buscará en la mentalidad medieval, ni en España ni en ningún otro sitio. Reiteradas veces hemos visto que los conceptos que articulan la comunidad política en estos siglos son muy otros. Pero el concepto de nación no es solo una idea política moderna, sino que, en un sentido más lato, también cabe entenderlo como una percepción histórica de pertenencia a una realidad territorial, cultural, religiosa, etc. Esa percepción es la que permitió a la corte asturiana hablar de una «España perdida» que debía ser recuperada. Y es la misma percepción que moverá a las distintas coronas españolas a buscar, por la paz o por la guerra, la hegemonía sobre lo que un día fue la Hispania romana. Porque existía una idea subyacente de la unidad de España, vale decir una idea de la nación histórica, fue posible no sólo la Reconquista, sino también el gran proceso unificador que culmina con los reyes católicos.

Con Isabel y Fernando, con su decisión política —plenamente consciente— de unir Castilla y Aragón bajo un mismo impulso soberano, se consuma el designio unificador de la Reconquista. No podremos hablar de una nación española en sentido moderno —tampoco, por supuesto, de una nación castellana o catalana—, pero sí de una nación española en sentido histórico. Y tan evidente debía de ser esto a ojos de todo el mundo que nadie, nunca, discutirá la legitimidad de la operación. Ni en Aragón ni en Castilla.

Todo lo que somos arranca en buena medida de ahí, de ese proyecto unificador que se plasma en la concordia de Segovia entre Isabel y Fernando. Ellos sabían algo que sus antepasados, absorbidos por la obsesión de conservar sus coronas, habían perdido de vista, a saber: que los reinos cristianos de España, desgarrados por luchas

internas y crisis sin fin, no tenían futuro alguno si no era en un designio expreso de unidad. Si aquella percepción de comunidad histórica había sido antes algo implícito, no expreso, con Isabel y Fernando se hizo explícito y consciente. Por eso puede decirse que con ellos germinó el nacimiento de una nación.

Desde entonces han pasado muchas cosas, algunas gloriosas y otras terribles. Como en todas partes. Lo asombroso es que la nación histórica española sigue viva. A través de mil peripecias, de imperios globales y hundimientos catastróficos, de invasiones extranjeras y guerras civiles, eso que se llama España sigue siendo una entidad política singular en la que es posible reconocerse. Es probable que nunca como hoy, principios del siglo XXI, haya habido presiones tan fuertes para romper el tejido, sobre todo por falta de vigor en las costuras. Pero el hecho es que aquí sigue esta vieja nación, aun preguntándose todos los días si de verdad es tal.

¿De verdad es tal? Quizá la mejor respuesta a esta pregunta sea, simplemente, leer de dónde venimos. La fantástica epopeya que comenzó con *La gran aventura del Reino de Asturias* y se prolongó con *Moros y cristianos* viene a desembocar aquí, en *¡Santiago y cierra, España!*, con la particularidad de que no es que se estuviera alumbrando algo nuevo, sino que se estaba recomponiendo algo que ya existía aun antes. Podrá haber caudillos locales y movimientos de ruptura —¿cuándo no los ha habido?—, podrá haber crisis feroces y largos periodos de desesperanza —¿cuándo nos han faltado?—, podrá incluso haber mandatarios ciegos al proyecto común —tampoco es novedad—, pero nada de todo eso puede romper la evidencia histórica de que España es una nación.

Ahora bien, así como es evidente que España es una nación, de igual manera puede dejar de serlo. Las naciones no son para siempre. Borgoña, Bizancio, Prusia... son ejemplos de entidades históricas que un día desaparecieron para siempre, a veces transmutadas en otras realidades, a veces simplemente borradas del mapa de la historia. Una nación no es una construcción geológica. Es una construcción humana que se esfumará si no comparecen los hombres que han de mantenerla. Ya estuvo a punto de pasar más de una vez. En 711 como en 1808.

A Bismarck se le atribuye la frase de que España es la nación más fuerte del mundo porque los españoles —decía— llevan siglos intentando destruirla sin conseguirlo. Esperemos que el viejo siga teniendo razón.

Bibliografía para saber más

A diferencia de periodos anteriores de la Reconquista, la fase que va desde la batalla de Las Navas hasta la toma de Granada, casi tres siglos de historia medieval, se halla extraordinariamente documentada: abundan las referencias de época y entre ellas hay verdaderas obras maestras, grandes clásicos de la literatura universal. A título de ejemplo:

El *Libro de los Hechos del rey Don Jaime*, que es la crónica escrita por el propio Jaime I de Aragón o a su dictado. Hay una excelente edición a cuidado de Julia Butiña Jiménez en Gredos (Madrid, 2003).

Las *Crónicas* de Pero López de Ayala, canciller de Castilla, que abarcan casi toda la segunda mitad del siglo XIV y el principio del XV. Hay una edición clásica en Planeta (Barcelona, 1993).

La *Crónica* de Ramón Muntaner, guerrero almogávar que pasó a Bizancio con las compañías catalanas y dejó escrita su peripecia. Hay una edición online en la web *lluisvives.com*, mantenida por el portal *cervantesvirtual.com*. Por cierto que en esta web se encuentra también la otra gran fuente histórica sobre la epopeya de los almogávares, aunque esta no es contemporánea, sino bastante posterior: la narración de Francisco de Moncada *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*.

Como el periodo es riquísimo en fuentes, los estudios generales sobre el mismo son numerosos. Con todo, y a modo de preferencia personal, siempre aconsejaremos la monumental *Historia de España antigua y media* de Luis Suárez (Rialp, Madrid, 1976). Del mismo autor, igualmente es obligado citar los cinco volúmenes de su obra *Los reyes católicos* (Rialp, Madrid, 1989-1990), que prácticamente agotan el tema. Y por supuesto, de Luis Suárez no hay que olvidar su *Isabel I, reina (1451-1504)*, que le valió el Premio Nacional de Historia en 2001.

Otro autor que es de imprescindible consulta sobre el medievo español: Julio Valdeón Barúque, desde su obra general *La España medieval* (Actas, Madrid, 2003) hasta sus estudios parciales sobre *Los Trastámaras* (Temas de Hoy, Madrid, 2001) y sobre *Alfonso X: la forja de la España moderna* (Temas de Hoy, Madrid, 2003), que fue Premio Nacional de Historia. Valdeón dejó uno de los mejores estudios sobre un episodio central para nuestro libro: *Pedro I, el Cruel y Enrique de Trastámara* (Aguilar, Madrid, 2002).

Hay un clásico catalán que últimamente apenas si se reedita en condiciones, pero cuyos estudios sobre este periodo son de vital importancia. Se trata de Jaime Vicens Vives, al cual debemos tres títulos fundamentales: *Política del Rey Católico en Cataluña* (1940), *Historia de los reinos en el siglo XV* (1945) y *Juan II de Aragón (1398-1479): monarquía y revolución en la España del siglo XV* (1953). Estos títulos

han desaparecido de la circulación porque su enfoque no se adapta a la doctrina vigente hoy en Cataluña. Quien tenga oportunidad de recuperar alguno de ellos, que no lo dude.

Cuarto nombre imprescindible en el estudio de la Edad Media española: Vicente Ángel Álvarez Palenzuela, al que debemos, entre otras muchas obras, una estupenda *Historia de España de la Edad Media* (Ariel, Barcelona, 2011) y una muy recomendable monografía sobre uno de los asuntos centrales que determinaron este periodo: *El cisma de Occidente* (RIALP, Madrid, 1982).

La peste negra, que fue sin duda el fenómeno social decisivo de la baja Edad Media en toda Europa, ha encontrado eco en numerosos trabajos, pero Saturnino Ruiz de Loizaga ha hallado una perspectiva singularmente interesante en su monografía *La peste en los reinos peninsulares según documentación del archivo vaticano (1348-1460)* (Ed. Museo Vasco de Historia de la Medicina y de la Ciencia, Bilbao, 2009). Sobre los desastres de «aquel horrible siglo XIV», en general, puede consultarse el libro de Teófilo Ruiz *Las crisis medievales (1300-1474)* (Crítica, Barcelona, 2008). Y para entender bien la espiritualidad colectiva de la época, un buen instrumento es la monumental obra *Catedrales*, de Miguel Sobrino (La Esfera de los Libros, Madrid, 2009).

En cuanto al mundo musulmán, hay dos obras que recogen bien el arco histórico que va desde el hundimiento de los reinos de taifas hasta la descomposición del reino de Granada y que hemos consultado con frecuencia. Una es *Itinerario cultural de almorávides y almohades: Magreb y península ibérica*, de Antonio Almagro Gorbea, Hamid Triki y María Jesús Viguera (Fundación El legado andalusí, Granada, 1999). El otro es el ensayo de Juan Eslava Galán *La agonía del reino nazarí de Granada* (Caja Granada, Granada, 2009).